

UNAM

AUTÓNOMA DE NUEVA
GENERAL DE BIBLIOTECA

146

TOLSTOY

OBRAS
COMPLETAS

INFANCIA-
ADOLESCENCIA
JUVENTUD

PG3367

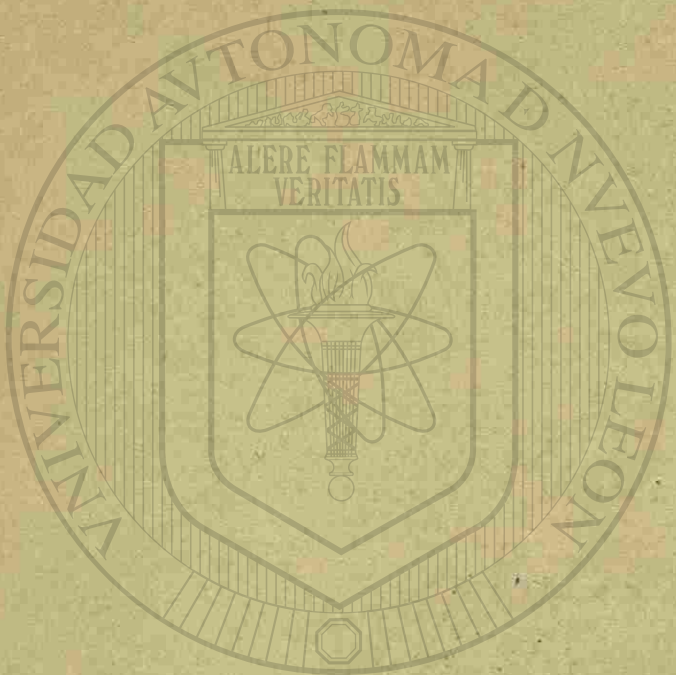
.S5

02

v. 1

001

76540



UANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Obras completas

de

León Tolstoi

Núm. Clas. 081

Núm. Autor T6540

Núm. Adg. 34872

Procedencia 8

Precio _____

Fecha _____

Clasificó _____

Catálogo _____



Edición íntegra y literal
según los manuscritos originales del autor

Obras completas
de
León Tolstoi

de conformidad con la traducción directa del ruso

hecha por

J. W. Bienstock

revisada y corregida

por

P. Birukov

I

**Infancia-Adolescencia
Juventud**

Nueva versión castellana

ilustrada

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Carbonell y Esteva-Editores
Barcelona-1905

100708

34872

891.7
T.

P63367

55
Q2
V1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

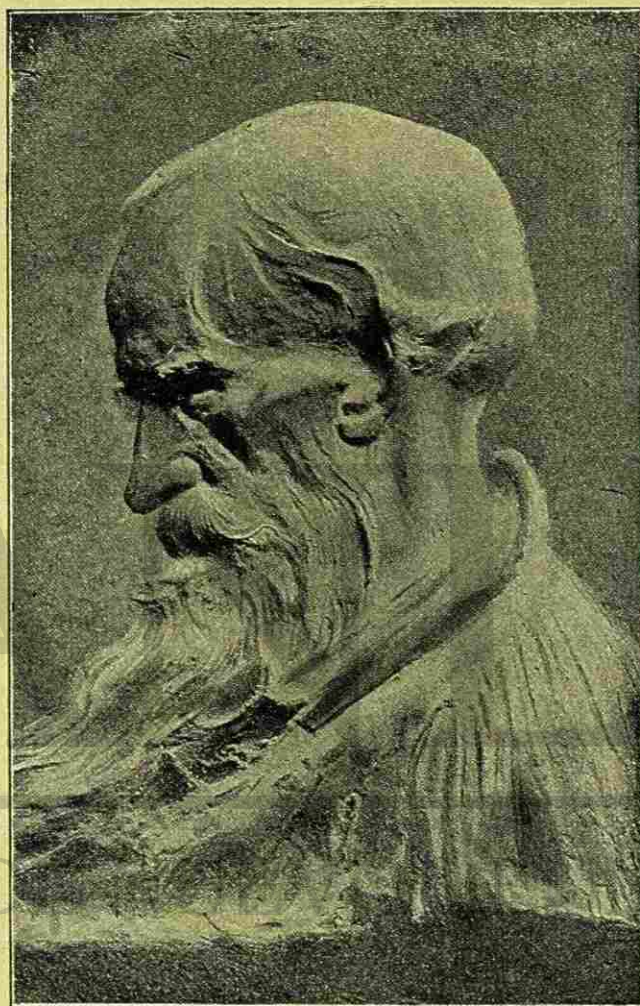
ES PROPIEDAD
DE LOS EDITORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de Carbonell
y Esteva, Rambla de
Cataluña, 118-Barna.



Leon Tolstoy

TOLSTOI. - LAM. 1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



Bienstock dice en el prólogo de su traducción directa del ruso—de conformidad con la cual hacemos nosotros la nuestra—que la obra de Tolstoi ha de ser considerada, en cierto modo, como obra inédita; y es gran verdad. Sabido es que la censura, en Rusia, es algo más que simplemente severa. En las obras de todos los escritores rusos borra sin miramiento aquellos pasajes que no le placen, cualquiera que su naturaleza sea y sin tener en cuenta sus dimensiones. De este modo ha dejado truncadas y bárbaramente mutiladas las más geniales y más generosas obras de la intelectualidad moscovita, hasta el punto de que al llegar el libro á manos de sus lectores ya no correspondía á la idea primitiva de su autor. Así es cómo, durante largos años, ha sido mal comprendida y torcidamente apreciada la obra de Tolstoi. Agravado este mal por las incompletas y poco fieles traducciones que de las obras tolstoianas en todos los países de Europa se han hecho—en la misma Rusia, por el motivo ya dicho—puede afirmarse que pocas veces, por no decir nunca, ha llegado al público una obra de Tolstoi totalmente íntegra según el pensamiento del autor.

Creemos, pues, que viene á tiempo esta nueva publicación que ofrecemos al público, debiendo hacer

notar que la denominamos OBRAS COMPLETAS DE LEÓN TOLSTOI en el doble sentido de que ha de comprender todos los trabajos literarios del insigne escritor ruso, y también porque en ella será fiel y devotamente respetado el pensamiento del autor, resurgiendo íntegros el carácter y el valor que estas obras geniales tuvieron un momento en su cerebro creatriz; en condiciones tales, en fin, hemos de dar á la pública luz estas obras, cómo si jamás hubiesen puesto en ellas sus manos pecadoras ni censores atrevidos ni traductores de conciencia poca.

La traducción directa del ruso—que sirve de base á la nuestra—ha sido concienzudamente hecha por Mr. J. W. Bienstock, sobre los textos revisados y comparados por Mr. Birukov con los manuscritos originales de Tolstoi que conserva en su poder Mr. Tchertkov, expulsado de Rusia por su amor inmenso á la causa de los humildes.

Estamos convencidos de que no se podía ofrecer al público la obra de Tolstoi con mayores garantías de autenticidad y de sinceridad, y con esto quedamos completamente tranquila la conciencia.

LOS EDITORES.

Barcelona, abril, 1905.



León Tolstoi

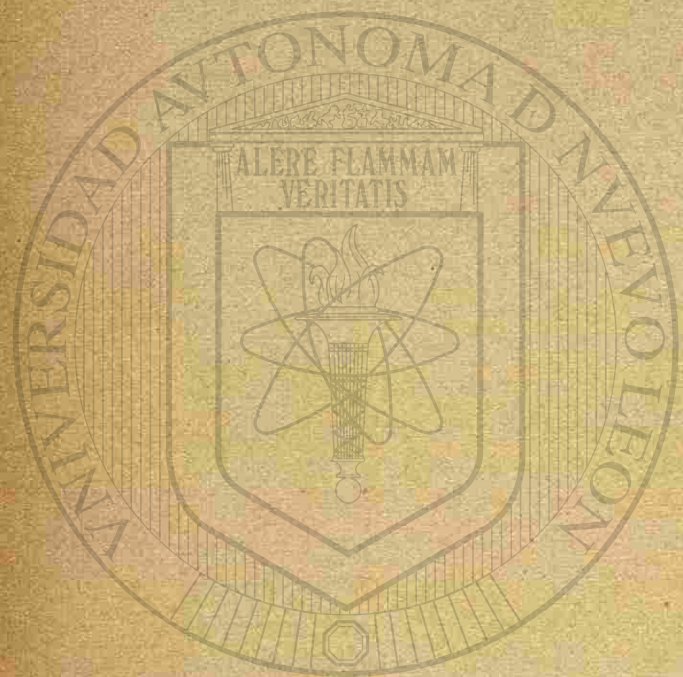
Ha sido llamado Tolstoi «el más grande escritor del pueblo ruso» y esta frase, que pronunció el gran Turguenef en su lecho de muerte, ha sido consagrada por todos los hombres de todos los pueblos de la tierra, y aún creemos nosotros llegada la ocasión de proclamar á Tolstoi: el más grande escritor de la humanidad, pues lo es quien, á la faz del mundo entero, estampa un día en un célebre documento estas grandes palabras: «Lo que yo amo por encima de todo lo del mundo es la Verdad» y quien, además, conforme á este principio excelso—en que se fundará la moral del porvenir—ha vivido toda su larguísima existencia. El más grande escritor de la humanidad presente es, en toda verdad, aquel que ha sabido iluminarla con la luz esplendorosa de su genio y le ha señalado los caminos del porvenir; porque mucho es lo que se ha dicho y aun más lo que se ha escrito sobre Tolstoi, principalmente en los últimos treinta años; mas parecenos que, después de proclamar al insigne escritor eslavo

como el más clarividente apóstol de lo futuro que haya vivido entre los hombres, será de muy poco y acaso de ningún valor cuánto se pueda añadir; además, es tan extensa la obra de Tolstoi, que es imposible en el corto espacio de estas pocas páginas dar de ella una ligerísima idea siquiera; sin embargo ha de bastarnos para decir cuán grande es nuestro entusiasmo por su labor generosa y el amor inmenso que ponemos en la empresa de publicar en lengua castellana las OBRAS COMPLETAS del escritor pulquérrimo y vibrante, del filósofo genial y profundísimo, del apóstol valiente e impecable del bien y de la verdad, que todo esto significa y todo esto vale el nombre de León Tolstoi, el escritor que con más audacia y mayor clarividencia ha señalado á la humanidad el verdadero camino de su vida futura... Más de cincuenta años de un trabajo constante y fecundísimo, dejan al venerable anciano con fuerzas todavía para hacer oír su palabra llena de dulce autoridad en medio de las terribles convulsiones de los presentes días... y su voz augusta, más poderosa que el tronar horrisono de los cañones y que el estallido terrible de las bombas nihilistas, llega hasta lo más hondo de la conciencia humana y le descubre la verdad, toda la verdad de la existencia.

Hemos creído llegado el tiempo de publicar seriamente las obras del gran escritor ruso, no fragmentadas y sin consideración mutiladas como se ha hecho hasta ahora; hemos creído llegado el tiempo de esta justa reparación que debe la lengua castellana al genial y generoso apóstol; hemos creído llegado el tiempo de reintegrar en toda su hermosa y sublime unidad la obra extensa y honradísima de León Tolstoi, unidad que era preciso reconstruir para sentir y comprender, en todo su valor y en toda su fuerza, la predicación moral en que se inspirará mañana la humanidad para la formación de su nueva vida.

Verdad es que este carácter de obra eminentemente ética, eminentemente educadora del alma humana, no lo ha dado Tolstoi á sus libros sino en lo que se ha llamado la segunda etapa de su vida literaria, pues durante los veinticinco ó treinta primeros años de su fecundísima labor, Tolstoi hizo obra de artista, aunque no de artista indiferente que pasa todos los días cabe el dolor humano admirándolo intensamente, pero sin sentirlo; no, Tolstoi nunca fué de esos, siempre fué en él ardentísimo el deseo de descubrir la verdad, de hallar el sentido íntimo de las cosas; pero su verdadero apostolado empieza más tarde, empieza cuando, habiendo penetrado en lo más hondo de la conciencia del hombre, se le aparece con fulgurante clarividencia la fórmula de la humanidad futura, de la humanidad finalmente redimida, de la humanidad iluminada por el glorioso triunfo del amor y de la justicia.

RAMÓN POMÉS.



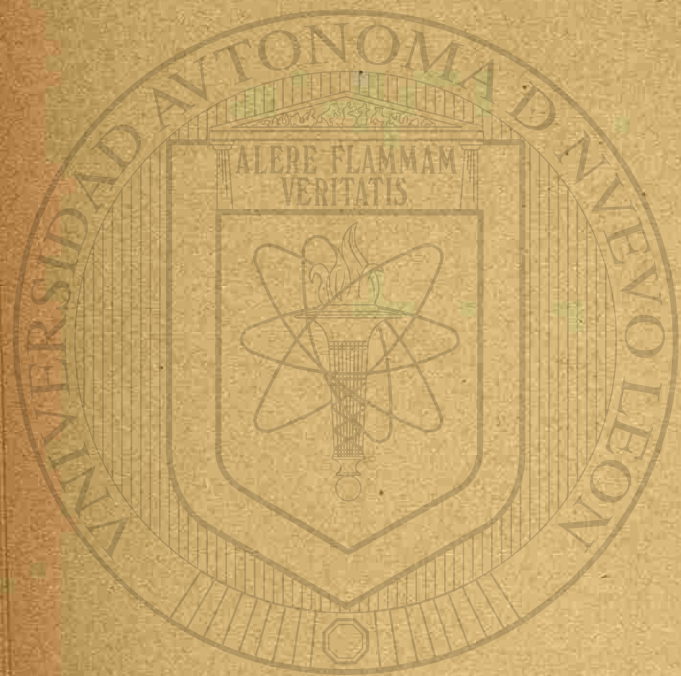
Infancia

1852

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

El preceptor Karl Ivanovitch

El 12 de agosto de 18... al cumplir exactamente el tercer día después del décimo aniversario de mi nacimiento, en celebración del cual había recibido magníficos regalos, Karl Ivanovitch me despertó á las diez de la mañana, con un fuerte golpe que dió por encima de mi cabeza con su espanta-moscas hecho con tiras de papel de azúcar atadas al extremo de un bastón. Pero lo hizo con tan mala maña, que dió con el maldito artefacto contra la imagen de un ángel suspendida á la cabecera de mi cama de roble, de modo que la mosca que mató cayóme sobre la cabeza. Saqué la nariz fuera de las sábanas y con la mano detuve el balanceo de la imagen, tiré al suelo la mosca muerta y me quedé mirando á Karl Ivanovitch con mirada de enojo, aunque soñolienta todavía. Y el preceptor, con su bata de la mañana, de colores chillones, apretada al cuerpo por un cinturón de la misma tela, con su gorro rojo de punto y con borla, con sus botas de piel de cabra, seguía paseándose tranquilamente á lo largo de la pared, apuntando á las moscas y matándolas con su maldito instrumento.

«Verdad que soy pequeño, yo pensaba; pero, por qué ha de venir á molestarme precisamente á mí? Por qué no se va á matar moscas en el lecho de Volodia? No será porque no las haya! Lo cierto es que Volodia es mucho mayor que yo; yo soy el más pequeñoñ, y he aquí por qué me atormenta. Se pasa la vida entera,

seguía yo murmurando, en busca de lo que pueda hacer para enfadarme. Bien ha visto que me ha despertado y aún que me ha

asustado, mas él como si de nada se hubiese percibido... el mal hombre! Y qué feo está con su bata y con su gorro de borla!»



Mientras yo exhalaba así, dentro de mí mismo, mi despecho contra Karl Ivanovitch, éste se acercó á su cama, miró el reloj que tenía puesto en una especie de pantufla bordada de perlas colgada junto á la cabecera, tiró el espanta-moscas, y volviéndose hacia nosotros, y al parecer de muy buen humor:

—Vamos, hijos míos, vamos... ya es hora. Vuestra madre está ya en el salón,— exclamó con su magnífica voz de alemán y en lengua alemana; después, acercándose á mí, se sentó á los pies de mi cama y sacó la petaca de su bolsillo. Yo me hacía el dormi-

do. Karl Ivanovitch empezó por tomar un polvo, después se restregó la nariz, se sacudió las manos y finalmente se acordó de mí; se puso á hacerme cosquillas en las plantas de los pies, mientras decía, con una angelical sonrisa y siempre en alemán: —Anda, anda, perezoso!

Aunque me daban horror las cosquillas, me estuve quietecito y no le contesté; me metí todavía más adentro en el lecho, dando patadas con todas mis fuerzas y haciendo lo posible por no reirme.

«Cuán bueno es, y cuánto nos ama! exclamé dentro de mí mismo; no sé cómo pude pensar de él tanto mal!»

Estaba enfadado conmigo mismo y con Karl Ivanovitch; y quería á la vez reír y llorar: me sentía nerviosamente excitado.

—Bah! dejadme ya, Karl Ivanovitch,— acabé por gritar, llenos de lágrimas los ojos, sacando por fin la cabeza de debajo la almohada.

Karl Ivanovitch, sorprendido, dejó en paz las plantas de mis pies, y me preguntó con cierta inquietud qué es lo que tenía, si había quizás sufrido un mal sueño... Su noble figura alemana y la ternura con que pareció interesarse por la causa de mis lágrimas, hicieron desbordarlas en abundancia. Sentí remordimiento, y no supe darme cuenta de cómo, un minuto antes, había podido odiar á Karl Ivanovitch y hallar tan horrorosa su gran bata y tan feo su

gorro de borla. Ahora, por el contrario, todo me parecía en él encantador, y hasta la dichosa borla parecíame una prueba evidente de su bondad. Dile que lloraba porque había tenido un mal sueño... que mamá había muerto y que la iban á enterrar. Todo eso lo inventé, pues no recuerdo que hubiese soñado nada aquella noche; mas, cuando Karl Ivanovitch, conmovido por mi relato, empezó á consolarme y á tranquilizarme, parecióme que había tenido de verdad aquel sueño horroroso, y entonces corrieron más abundantes mis lágrimas por esta causa.

Cuando Kari Ivanovitch me hubo dejado y sentándome sobre el lecho empecé á vestirme las medias, mis lágrimas disminuyeron mucho; pero los negros pensamientos evocados por el sueño que había inventado no querían abandonarme. Nuestro diatka (1) Nikolai entró en aquel momento—era un hombre pequeño y limpio, siempre serio, puntual, respetuoso y gran amigo de Karl Ivanovitch. Me trajo los vestidos y el calzado: botas altas para Volodia, para mí los insoportables zapatos con grandes lazos. Me di vergüenza de que me viese llorando; además, el sol de la mañana brillaba ya alegremente en la ventana, y puesto Volodia ante su jofaina imitaba los gestos de María Ivanovna, la institutriz de nuestra hermana; reíase de tan buena gana que hasta el serrote de Nikolai, con la toalla al hombro, el jabón en una mano y el jarro del agua en la otra, sonreíase diciendo:

—Basta, Valdimiro Petrovitch, ya es hora de que os lavéis.

Toda mi tristeza se disipó de pronto.

—Estáis listos?—se oyó cómo desde el fondo de la sala de estudio decía la voz de Karl Ivanovitch, una voz de entonación severa, sin aquella especial expresión de bondad que me había hecho llorar poco antes. En la clase, Karl Ivanovitch era otro hombre: era el preceptor. Vestíme rápidamente, me lavé y apenas hube dejado el cepillo, alisando con la mano mis cabellos húmedos todavía, acudí presuroso á su llamamiento.

Karl Ivanovitch, los anteojos sobre la nariz y con un libro en la mano, hallábase ya sentado en su sitio de costumbre, entre la puerta y la ventana. A la izquierda de la puerta había dos pequeños estantes, uno era el nuestro, otro era el *suvo*, el de Karl Ivanovitch. En el nuestro hallábanse toda suerte de libros de estudio, unos derechos, otros tirados; únicamente dos gruesos volúmenes encuadernados de rojo se hallaban correctamente apoyados en la

(1) Diatka—criado, siervo ó libre, encargado de servir á los niños en las casas principales.

pared, y en su lomo se leía *Histoire des Voyages*; había también libros largos, gruesos, delgadísimos, hasta libros sin cubiertas, y cubiertas sin libros, todo lo cual arreglábamos de cualquier modo cuando ciertos días, antes de las horas de recreo, se nos mandaba poner en orden la «biblioteca», como pomposamente llamaba Karl Ivanovitch á ese pequeño estante. La colección de libros que había en el *suvo*, si bien no era tan numerosa como la nuestra, era todavía más variada. De tres me acuerdo sobre todo: un folleto alemán, sin encuadernar, tratando del abono de los terrenos destinados al cultivo de las coles; un volumen de la historia de la guerra de los Siete años, en pergamino con una de las puntas quemada; y un curso completo de hidrostática. Karl Ivanovitch pasábase una gran parte del tiempo leyendo, hasta el punto de echarse á perder los ojos; mas, fuera de esos libros y del periódico *L'Abelille du Nord* no leía nunca otra cosa.

Entre los objetos colocados en su estante, uno sobre todo me recuerda siempre á Karl Ivanovitch. Era un rodela de cartón, montada sobre un pie de madera, entorno del cual giraba. Sobre la rodela había pegada una pequeña estampa representando la caricatura de una dama y su peluquero. Nuestro preceptor era habilísimo en eso de pegar figuras, por lo que él mismo se había fabricado tan hermosa rodela para guardar de la luz demasiado viva sus débiles ojos.

Hoy todavía pareceme ver su larga figura, con su gran bata de colores chillones y su casquete rojo por debajo del cual escapábase unos rizos de cabellos blancos: sentado ante una pequeña mesa sobre la cual está colocada, lanzando una mancha de sombra sobre su rostro, la rodela con el peluquero. En una de sus manos tiene un libro, y la otra apóyala sobre el brazo del sillón; á un lado el reloj, en cuyo cuadrante hay dibujado un picador, el pañuelo de cuadros, la tabaquera negra y redonda, el estuche verde de sus anteojos... Todos esos objetos se hallan siempre dispuestos con tan excelente orden, que en esto únicamente se adivina ya que Karl Ivanovitch es hombre que tiene la conciencia pura y el alma tranquila.

Muchas veces, cansados de corretear por abajo, por el salón, nos íbamos arriba quietamente, sobre la punta de los pies, y sin hacer ruido nos metíamos en la clase, donde Karl Ivanovitch se hallaba entonces solo, sentado en su sillón y leyendo, con expresión de un grande y solemne sosiego, alguno de sus libros favoritos. Algunas veces, sin embargo, le sorprendí sin leer: los anteojos se habían deslizado hasta la punta de su gran nariz aguileña,

sus ojos azules medio cerrados miraban con una expresión particular y sus labios sonreían tristemente. En la sala reinaba el más absoluto silencio, no se oía más que su respiración y el tic-tac del pequeño reloj.

Algunas veces ni siquiera reparaba en mí, y entonces yo pensaba: «Pobre, pobre viejo! Nosotros somos muchos, y jugamos y nos divertimos; mas él no tiene á nadie, nadie piensa en él. El dice, y es la pura verdad, que es huérfano... y cuán terrible la historia de su vida! Recuerdo que un día la conté, toda entera, á Nikolai. Ha de ser horroroso hallarse en su situación».—Tanta pena me daba, que me acercaba á él y le decía, mientras le alargaba amistosamente la mano, hablándole en alemán: «Oh, mi querido Karl Ivanovitch!...» A él le gustaba infinitamente que le hablase así, y me acariciaba descubriendo sin reparos su emoción.

En la pared del otro lado estaban colgadas varias cartas geográficas ó mapas, rotos casi todos, pero hábilmente recompuestos por la mano de Karl Ivanovitch. En la otra pared, en la que estaba la puerta de entrada, había colgadas á un lado dos reglas: una llena de cortes y muescas, la nuestra; la otra casi enteramente nueva,

la *suva*, y la cual empleaba más para *estimularnos* que para trazar líneas; al otro lado de la puerta había un gran cuadro negro, en el cual se marcaban nuestras faltas, las grandes por medio de un círculo, y las pequeñas por medio de una cruz. A la izquierda de



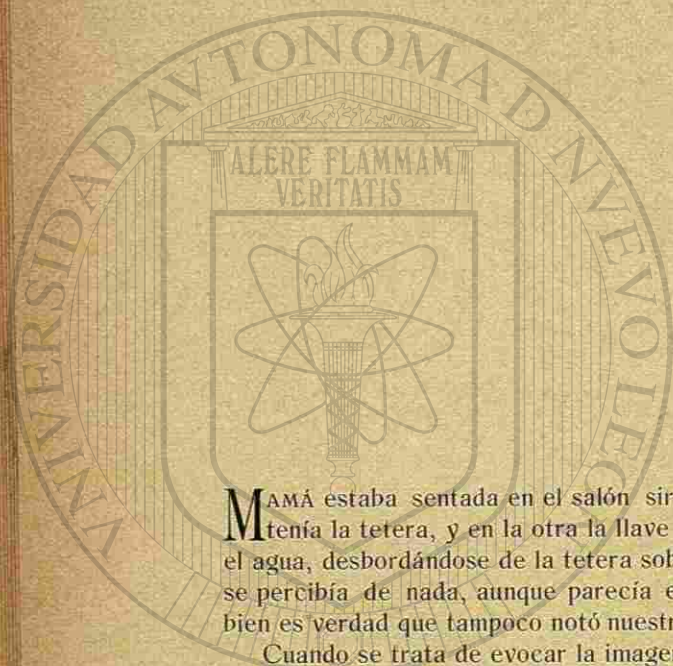
este cuadro estaba el rincón donde se nos ponía en penitencia, de rodillas.

Qué bien recuerdo ese rincón! Recuerdo perfectamente la portezuela del calorífero y el ruido especial que hacía al abrirse y al cerrarse. A veces, me tenía tanto tiempo en penitencia, que la espalda y las rodillas me hacían gran daño, y yo pensaba: «Karl Ivanovitch se ha olvidado de mí. El se está muy bien sentado en su sillón, naturalmente, leyendo en sus libros de hidrostática... Mas, y yo?»—Entonces para que pensase en mí, abría y cerraba suavemente la portezuela del calorífero, ó bien me entretenía en arrancar y hacer caer al suelo pequeños trozos de yeso de la pared; pero, si el trozo era demasiado grande y hacía mucho ruido al caer, entonces el miedo que se apoderaba de mí era peor que todo. Miraba á hurtadillas á Karl Ivanovitch, quien permanecía quieto con su libro en la mano, como si no se percatase de nada.

En medio de la sala había una mesa cubierta con un encerado negro, roto por infinidad de partes y por las cuales se veía la madera de la mesa llena de cortaduras hechas con cuchillo. Entorno de la mesa había algunos taburetes de madera sin pintar, lustrosos ya por el largo uso. En la pared que cerraba la sala había tres ventanas, y he aquí la vista que podía disfrutarse por ellas: debajo precisamente de la primera había una calle, cuya menor piedra, cuyo rincón más insignificante y cuyos menores accidentes me eran desde hacía largo tiempo tan conocidos como muy queridos; más allá del camino, extendíase la alameda de los tilos, cortados todos iguales, y por detrás de ellos se distinguía, á trechos, la cerca del jardín; más lejos estaba la pradera, con las grandes pilas de heno á un lado, y enfrente el depósito de la leña; más lejos, la pequeña casa del guarda. Por la ventana de la derecha se distinguía un buen trozo de la terraza, donde las personas mayores sentábanse mientras aguardaban la hora de la comida. Muchas veces, mientras Karl Ivanovitch corregía mi dictado, se me ocurría mirar hacia ese lado, y distinguía en la terraza los negros cabellos de mamá, entreveía luego la sombra de alguna otra persona y con frecuencia llegaba hasta mí el rumor vago de voces y de risas; entonces sentía un gran enojo de no poder hallarme allí, y pensaba: «Cuando sea persona mayor ya no tendré que dar lecciones, y me pasaré todo el tiempo del día, no aprendiendo de memoria diálogos, sino hablando con las personas que yo quiero». Mi despecho se trocaba al fin en tristeza, y tan absorbido me quedaba, pensando profundamente Dios sabe en qué,

que ni siquiera oía á Karl Ivanovitch enfadarse por mis faltas de escritura...

Karl Ivanovitch se quitó la gran bata, se puso un traje azul, muy planchado y con altas hombreras, se arregló la corbata delante del espejo y nos llevó al salón á dar los: Buenos días! á mamá.



II

Mi madre

MAMÁ estaba sentada en el salón sirviendo el té; en una mano tenía la tetera, y en la otra la llave del *samovar* del cual fluía el agua, desbordándose de la tetera sobre el plato; pero mamá no se percibía de nada, aunque parecía estar fijamente mirándolo; bien es verdad que tampoco notó nuestra entrada en el salón.

Cuando se trata de evocar la imagen de un ser querido, tantos son los recuerdos del pasado surgiendo de improviso que tras de ellos, como tras de un velo de lágrimas, apenas si la distinguimos... Esos recuerdos son las lágrimas de la imaginación. Cuando quiero recordar a mamá tal y cómo era en esa época, no acierto a ver más que sus ojos de un oscuro matiz, con su expresión eterna de bondad y de afecto; la pequeñísima peca de sus mejillas, que medio cubrían los rizos finísimos de su cabello; su mano suavísima y muy delgada, que me acariciaba con frecuencia y que yo besaba cuantas veces podía; su cuello blanco bordado... en fin, no pocos detalles de su adorable persona, pero la expresión general se me escapa siempre.

A la izquierda del diván, había un antiguo piano inglés, de cola; ante el piano estaba sentada mi hermana, una niña morena, Lubotchka, la cual con sus rosados deditos, recién lavados con agua fría, tenía puesta toda su atención en el estudio de un trozo de Clementi. Tenía once años y llevaba una falda corta, por deba-

jo de la cual le salían los blancos pantalones con puntilla; sentada a un lado del piano, aunque medio vuelta de espaldas, estaba María Ivanovna, con su cofia de lazadas rosa, su casaca azul claro y su rostro siempre colorado y ceñudo y que tomó una expresión todavía más severa apenas notó que había entrado Karl Ivanovitch. Le miró con gran dureza, y sin contestar á su saludo levantó la voz y con tono más imperativo aun que antes prosiguió cantando, mientras seguía el compás con el pie: *Uno, dos, tres—Uno, dos, tres...*

Karl Ivanovitch no se inmutó por ello, y siguiendo su costumbre, se fué derechamente á besar la mano de mamá, mientras en alemán le dirigía un cortés saludo. Salió ella entonces de su profunda abstracción, sacudió á los lados la cabeza, como para alejar de su pensamiento tristes ideas, alargó la mano á Karl Ivanovitch y estampó un beso en su arrugada sien, mientras él le besaba respetuosamente la mano.

—Gracias, querido Karl Ivanovitch, dijo mamá en alemán, y también en la propia lengua preguntó: Han dormido bien los niños?

Karl Ivanovitch era sordo completamente de una oreja, y además, en aquel momento oía menos á causa del tecloteo de la niña y el canturreo de la institutriz.

Se inclinó más todavía hacia el diván; con un pie al aire y apoyándose con una mano en la mesa, se quitó el gorro y con una sonrisa en los labios, que me pareció entonces la quinta esencia de los buenos modos, dijo:

—Dais vuestro permiso, Natalia Nicolaievna?

Karl Ivanovitch no se separaba jamás de su gorro rojo, por miedo de resfriarse, pues era bastante calvo, pero cada vez que entraba en el salón pedía permiso para estar cubierto.

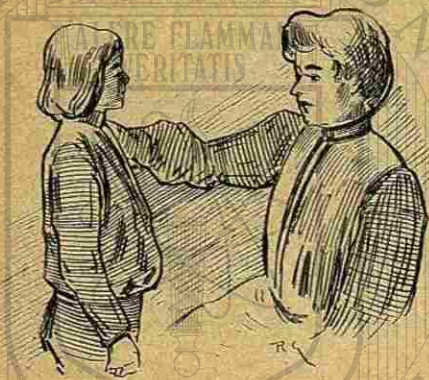
—Podéis cubriros, Karl Ivanovitch... Os pregunto si han dormido bien los niños,—dijo mamá volviéndose hacia él y levantando la voz.

Pero el preceptor tampoco entendió nada, puso el gorro sobre su cabeza y sonrió graciosamente, como para dar las gracias á mamá.

—Parad un momento, Mimi,—dijo sonriendo mi madre á María Ivanovna.—No se oye nada.



Cuando mamá sonreía, aunque era tan hermoso su rostro, parecía aun más hermoso, y hubiérase dicho que resplandecía la alegría entorno suyo. Si siempre pudiese yo entrever esta divina sonrisa en los momentos difíciles de la existencia, estoy cierto de que no sabría jamás lo que es dolor. Paréceme que en la sonrisa únicamente está lo que llaman la hermosura del rostro. Si la sonrisa embellece, es que el rostro es hermoso; si no lo cambia, es que el



rostro es vulgar ú ordinario; y si lo hace grotesco se puede afirmar que el rostro es feo.

Después de haberme dado los buenos días, mamá me cogió la cabeza con las dos manos, la echó un poco hacia atrás, miróme con mucha atención y me dijo:

—Tú has llorado hoy!

Yo no contesté; me besó en los ojos y me preguntó en alemán:

—Por qué has llorado?

Siempre que hablaba cariñosamente con nosotros, hacía mamá uso de esa lengua, que sabía á la perfección.

—He llorado en sueños, mamá,— dije entonces al recordar en todos sus menores detalles el sueño por mí inventado, y sin saber por qué ni cómo temblé á su solo recuerdo.

Karl Ivanovitch confirmó mis palabras, pero guardó silencio acerca del asunto del sueño. Después de una corta conversación sobre el sueño, en la cual Mimi tomó también parte, mamá puso sobre el plato seis trozos de azúcar destinados á los principales domésticos, se levantó y se dirigió á su costurero, colocado al pie de la ventana.

—Vaya! ahora, hijos míos, id á ver á papá, y decidle que venga sin falta á verme, antes que salga al campo.

El piano, el horrible compás y las miradas amenazadoras comenzaron de nuevo, y nosotros nos dirigimos al cuarto de papá, entrando en su gabinete, después de atravesar la pieza que, desde los tiempos de nuestro abuelo, conservaba el nombre de *office* ó cocina.

III

Mi padre

HALLÁBASE de pie, junto á su mesa escritorio, y, mientras iba señalando algunos sobres y pequeñas pilas de dinero, hablaba con mucha animación y mucho calor con nuestro intendente ó mayordomo Iakov Mikailov, quien de pie igualmente en su sitio habitual—entre la puerta y el barómetro—con las manos atrás, no paraba de agitar los dedos en todos sentidos con una rapidez vertiginosa.

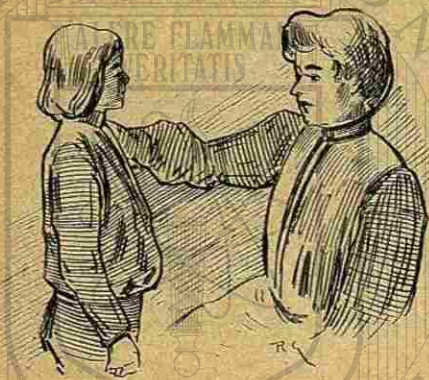
A medida que papá se animaba, los dedos del mayordomo agitábanse más aprisa, y al contrario, apenas papá se callaba, quedábanse quietos los dedos; pero cuando era el propio Iakov quien hablaba, entonces sus dedos comenzaban una serie de movimientos desordenados, con cambios súbitos de dirección en todos los sentidos. Según los movimientos de sus dedos, paréceme que se podían adivinar los más secretos pensamientos de Iakov. En cuanto á su rostro, era absolutamente impassible, expresando constantemente la conciencia de su dignidad tanto como una sumisión tan singular que parecía decir: Yo sé que tengo la razón, pero acataré vuestras órdenes.

Al vernos entrar, papá se limitó á decir:

—Aguardad un momento...

—Dios mío, pero qué tienes hoy, Iakov?— continuó dirigiendo-

Cuando mamá sonreía, aunque era tan hermoso su rostro, parecía aun más hermoso, y hubiérase dicho que resplandecía la alegría entorno suyo. Si siempre pudiese yo entrever esta divina sonrisa en los momentos difíciles de la existencia, estoy cierto de que no sabría jamás lo que es dolor. Parece que en la sonrisa únicamente está lo que llaman la hermosura del rostro. Si la sonrisa embellece, es que el rostro es hermoso; si no lo cambia, es que el



rostro es vulgar ú ordinario; y si lo hace grotesco se puede afirmar que el rostro es feo.

Después de haberme dado los buenos días, mamá me cogió la cabeza con las dos manos, la echó un poco hacia atrás, miróme con mucha atención y me dijo:

—Tú has llorado hoy!

Yo no contesté; me besó en los ojos y me preguntó en alemán:

—Por qué has llorado?

Siempre que hablaba cariñosamente con nosotros, hacía mamá uso de esa lengua, que sabía á la perfección.

—He llorado en sueños, mamá,— dije entonces al recordar en todos sus menores detalles el sueño por mí inventado, y sin saber por qué ni cómo temblé á su solo recuerdo.

Karl Ivanovitch confirmó mis palabras, pero guardó silencio acerca del asunto del sueño. Después de una corta conversación sobre el sueño, en la cual Mimi tomó también parte, mamá puso sobre el plato seis trozos de azúcar destinados á los principales domésticos, se levantó y se dirigió á su costurero, colocado al pie de la ventana.

—Vaya! ahora, hijos míos, id á ver á papá, y decidle que venga sin falta á verme, antes que salga al campo.

El piano, el horrible compás y las miradas amenazadoras comenzaron de nuevo, y nosotros nos dirigimos al cuarto de papá, entrando en su gabinete, después de atravesar la pieza que, desde los tiempos de nuestro abuelo, conservaba el nombre de *office* ó cocina.

III

Mi padre

HALLÁBASE de pie, junto á su mesa escritorio, y, mientras iba señalando algunos sobres y pequeñas pilas de dinero, hablaba con mucha animación y mucho calor con nuestro intendente ó mayordomo Iakov Mikailov, quien de pie igualmente en su sitio habitual—entre la puerta y el barómetro—con las manos atrás, no paraba de agitar los dedos en todos sentidos con una rapidez vertiginosa.

A medida que papá se animaba, los dedos del mayordomo agitábanse más aprisa, y al contrario, apenas papá se callaba, quedábanse quietos los dedos; pero cuando era el propio Iakov quien hablaba, entonces sus dedos comenzaban una serie de movimientos desordenados, con cambios súbitos de dirección en todos los sentidos. Según los movimientos de sus dedos, parece que se podían adivinar los más secretos pensamientos de Iakov. En cuanto á su rostro, era absolutamente impassible, expresando constantemente la conciencia de su dignidad tanto como una sumisión tan singular que parecía decir: Yo sé que tengo la razón, pero acataré vuestras órdenes.

Al vernos entrar, papá se limitó á decir:

—Aguardad un momento...

—Dios mío, pero qué tienes hoy, Iakov?— continuó dirigiendo-

se al intendente y levantando y bajando los hombros, lo que le era muy habitual. —Este sobre con 800 rublos...

Iakov se acercó al contador, marcó 800 y se quedó mirando al techo, como aguardando lo que iba á decir mi padre.

...para los gastos de la explotación durante mi ausencia. Comprendes? Recibirás 1,000 rublos del molino... sí ó no? Después recibirás también del Tesoro 8,000 por las hipotecas; en cuanto al heno, según tu propio cálculo, pueden venderse 7,000 pouds — á cuarenta y cinco kopeks el poud según mi cuenta — lo que te dará otros 3,000 rublos; de modo que tendrás en total: 12,000 rublos... sí ó no?

—Sí, ciertamente, —respondió Iakov.

Pero al ver la rapidez con que giraban sus dedos comprendí que iba á hacer alguna objeción á las tales cuentas; mas papá no le dió tiempo para ello.

De todo este dinero enviarás 10,000 rublos al Consejo de Tutela, para la hacienda de Petrovskoie. Tráeme ahora el dinero que hay en el escritorio, que pondrás á la fecha de hoy en el capítulo «gastos». Y este sobre, junto con el dinero, lo enviarás donde dicen las señas.

Mientras papá fué diciendo todo esto muy rápidamente, Iakov quitó del contador los 800, luego los 12,000, y puso en su lugar 21,000, que después borró también, tumbando de paso el contador, como para demostrar que de un modo igualmente fácil desaparecerían esos 21,000 rublos.

Estaba yo cerca de la mesa y miré disimuladamente el sobre, en el cual leí: «A Karl Ivanovitch Mayer».

Papá, al notar sin duda que leía lo que no me interesaba, me puso una mano sobre el hombro y por medio de una ligerísima presión me obligó á mirar hacia el lado opuesto á la mesa. No supe comprender entonces si esto era una caricia ó una corrección, y por lo que pudiese suceder apresuréme á besar la mano, surcada por grandes venas, que se apoyaba en mi hombro.

—Está bien—dijo Iakov. Y con respecto al dinero de Khabarovka, cuáles son vuestras órdenes?

Khabarovka era la propiedad de nuestra madre.

—Déjalo en mi escritorio, y no lo toques para nada sin orden mía.

Iakov se calló algunos segundos; de pronto sus dedos empezaron á moverse con mayor rapidez que nunca, y dejando la expresión de sumisión ingenua con que escuchaba siempre las órdenes del amo, tomó de pronto una maliciosa expresión, que era la suya

propia, y poniendo otra vez de pie el contador empezó á hablar.

—Permitid que os diga, Piotr Alexandrovitch... Cómo bien os plazca, pero en el Consejo no podremos pagar á tiempo. Habréis querido decir, —continuó pausadamente— que hemos de recibir dinero de las hipotecas, del molino y del heno, —y mientras decía esto iba señalando las cifras en el contador. —Pero... yo temo que nos hayamos equivocado en nuestros cálculos... —Y al callar se quedó mirándose á papá con aire meditando.

—Porqué?

—Permitid... En cuanto al molino, dos veces han venido ya para pedirnos nuevo plazo. El molinero jura por Dios que no tiene dinero... ahora está ahí, precisamente; queréis hablarle?

—Qué dice, entonces?... —preguntó papá, indicando con la cabeza que no tenía ganas de hablar con el molinero.

—Pues, es bien notorio! Dice que no ha tenido qué moler y que todo su dinero se lo ha gastado en la esclusa. Y si lo arrojamus fuera, mi amo, creéis que nos saldrá la cuenta? —En cuanto á las hipotecas, de que hablabais ahora, pareceme que os he ya expuesto muchas veces que nuestro dinero lo tenemos todo enterrado allí, y que dentro de poco nada se nos deberá ya. No há mucho envié á la ciudad, para el señor Ivan Afanasitch, una buena carga de harina y una cartita sobre este asunto: á todo ello me contestó de nuevo que de muy buena gana haría algo en favor de Piotr Alexandrovitch, pero que la cuestión no está ya en su mano, y que, según se desprende de infinidad de indicios, antes de dos meses quedará la cosa lista. —En cuanto al heno, vos mismo lo habéis dicho, es probable que llegue á dar hasta 3,000 rublos...

Marcó esta cifra en el contador, y se calló un momento, mirando ora al pequeño aparato, ora al rostro de papá, con una expresión que parecía decir: «Ya veis cuán poca cosa es! Y con el heno perderemos dinero, si lo vendemos ahora, lo sabéis perfectamente!...»

Era evidente que le quedaban todavía al mayordomo una multitud de argumentos en reserva, y por esto sin duda papá se adelantó á sus ideas interrumpiéndole.



—No cambiaré una sola de mis órdenes—dijo;—no obstante, si no viene el dinero tan deprisa como yo deseo, no hay que alterar nada por eso; tomarás el que necesites de los rendimientos de Khabarovka.

—Está bien.

En el rostro y en el juego de dedos de Iakov se adivinaba que esa última orden le causaba un vivísimo placer.

Iakov era siervo, y era un hombre celoso de su obligación y absolutamente fiel; como todos los buenos intendentes, era avaro hasta el extremo por su amo, y profesaba sobre los intereses de éste las más extravagantes ideas; no pensaba puede decirse en otra cosa sino en enriquecer al Señor empobreciendo á la Señora, y era su mayor delicia poder demostrar la necesidad de emplear todas las rentas de las propiedades de la esposa en mejorar la propiedad del marido, ó sea Petrovskoie, que así era llamada la hacienda que habitábamos.

En aquel momento sintióse Iakov satisfecho, al ver que había triunfado en lo que era su más caro ideal.

Luego de habernos dado los buenos días, papá nos dijo que demasiado tiempo hacía ya que llevábamos en el campo una vida de perezosos, que ya no éramos tan pequeños, y que había ya llegado el tiempo de empezar á trabajar seriamente.

—Creo que sabéis ya que esta misma noche parto para Moscova, y que vosotros venís conmigo—prosiguió.—Estaréis en casa de vuestra abuela, y mamá se quedará aquí con las niñas. No olvidéis jamás que su único consuelo estará en saber que trabajáis, que os portáis bien y que todo el mundo está contento de vosotros.

Aunque ya nos temíamos algo extraordinario, en vista de los grandes preparativos que hacía días veíamos hacer en casa, la noticia, sin embargo, nos sorprendió muchísimo. Volodia se puso todo encarnado, y con trémula voz expresó á papá el deseo de nuestra madre.—«Vaya, he aquí lo que mi sueño de hoy me anunciaba! yo pensé. Quiera Dios que no sea cosa peor todavía!»

Sentí una gran tristeza por mamá, pues íbamos á dejarla, y al mismo tiempo la idea de que comenzábamos á ser hombres realmente, de que se contaba con nosotros, me alegró infinito.

«Si es que partimos esta noche, hoy seguramente no tendremos clase, pensé. Qué alegría!... Y no obstante, lo siento por Karl Ivanovitch, pues seguramente le despedirán... De otro modo, no hubiera sobre la mesa aquella carta para él... Preferiría estar dando lecciones toda la vida, no marcharme de aquí, no dejar á

mamá y no dar este nuevo disgusto á ese pobre de Karl Ivanovitch. Ha sido ya tan desgraciado!...»

Todos esos pensamientos pasaban en tropel por mi cerebro; pero yo no me movía del sitio, mirando fijamente las lazadas negras de mis zapatos.

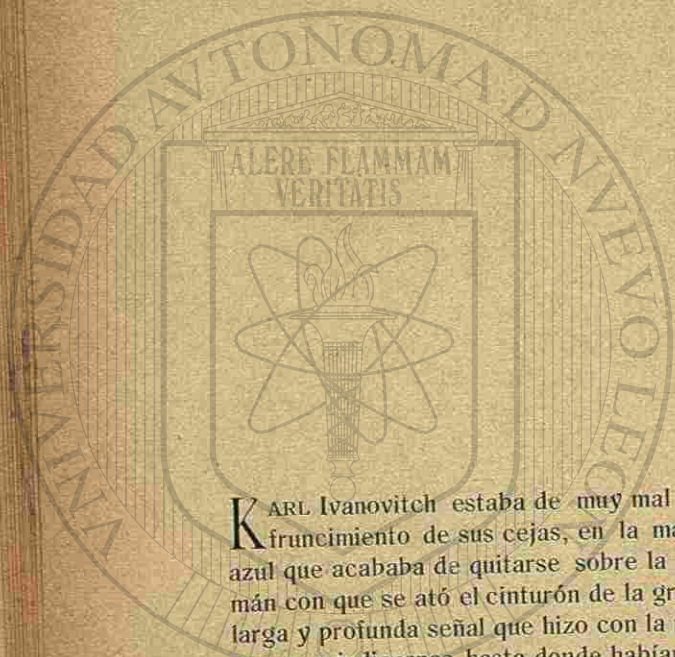
Papá cambió con Karl Ivanovitch algunas palabras sin interés, sobre el tiempo, sobre lo que había bajado el barómetro, y enseguida, volviéndose á Iakov, le recomendó que no diese comida á los perros, pues, por última vez quería salir, después de comer, con los perros más jóvenes y corredores; y, contra lo que yo había creído, nos dijo que podíamos ir á trabajar, aunque nos consoló la promesa de que por la tarde saldríamos con él de caza.

Al llegar arriba, salí á la terraza. Milka, el lebrél favorito de mi padre, se hallaba tendido al sol, delante de la puerta, con los ojos medio cerrados.

—Milotchka—le dije acariciándole y besándole en el mismo hocico,—hoy partimos... Adiós! ya no nos veremos más...

Enterrecíme y abundantes lágrimas brotaron de mis ojos.





IV

La clase

KARL Ivanovitch estaba de muy mal humor, se adivinaba en el fruncimiento de sus cejas, en la manera cómo echó el vestido azul que acababa de quitarse sobre la cómoda, en el furioso ademán con que se ató el cinturón de la gran bata, y sobre todo en la larga y profunda señal que hizo con la uña en el libro de los diálogos para indicarnos hasta donde habíamos de aprenderlos de memoria. Sin ver ni comprender nada, un buen rato me estuve con el libro de los diálogos delante, pues las lágrimas que llenaban mis ojos, á la idea de que íbamos á separarnos, me impedían leer. Cuando vino el momento de recitar mi lección á Karl Ivanovitch, quien para oirme mejor medio cerró los ojos—lo cual era muy mal signo,—al llegar al sitio que dice, en alemán, por supuesto: *De dónde venís?* y contesta el otro: *Vengo del café*, no pude aguantar más, y las lágrimas me privaron de continuar diciendo: *Habéis leído el diario?*... Cuando vino la lección de escritura, fueron cayendo mis lágrimas sobre el papel con tal abundancia, que no pareció sino que escribía sobre papel mojado.

Karl Ivanovitch se enfadó, y me hizo poner de rodillas—pretendiendo que todo mi sentimiento no era mas que una pura comedia de *marioneta*, según su expresión favorita,—me amenazó con la regla y finalmente exigió que le pidiese perdón, cuando yo no podía pronunciar una sola palabra, por culpa de las lágrimas. Por

último, quizás dándose cuenta de que estaba cometiendo una injusticia, se marchó al cuarto de Nikolai y tiró tras sí la puerta con brusco movimiento.

Desde la clase, pudimos oír la conversación que se entabló entre los dos viejos.

—Sabes tú, Nikolai, que los niños se van á Moscova? —Dijo Karl Ivanovitch al entrar en el cuarto del diatka.

—Sí, lo sé ya.

Nikolai quiso probablemente levantarse, pues oí que el preceptor le decía que no se moviese de sentado. Entonces abandoné el rincón donde hacía penitencia y me acerqué á la puerta á escuchar.

—Podéis hacer á la gente los mayores servicios,—decía Karl Ivanovitch con verdadera emoción—podéis tener con los hombres la mayor fidelidad que sea posible; pero no esperéis nunca el más pequeño agradecimiento!

Nikolai, que estaba sentado cerca de la ventana cosiéndose una bota, hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Doce años há que estoy en esta casa—continuó Karl Ivanovitch levantando los ojos y la

tabaquera al propio tiempo hacia el techo,—y ante Dios, Nikolai, puedo decir que les amo y que por ellos me he sacrificado lo mismo que si hubiesen sido hijos míos. Tú te acuerdas bien, Nikolai, cuando Volodenka (1) tuvo la tifoidea, tú te acuerdas, nueve días y nueve noches pasé en la cabecera de su cama, sin cerrar un momento los ojos... Oh! sí, en aquellos tiempos yo era el bueno de Karl Ivanovitch, el muy querido Karl Ivanovitch...

Tenían entonces necesidad de mí; hoy,—añadió el pobre sonriendo irónicamente—*los niños son ya grandes, son hombres, y es tiempo de empezar á trabajar seriamente*. Cómo si no pudiesen aprenderlo todo aquí mismo, Nikolai!



(1) Diminutivo de Volodia.

—En efecto, dónde aprenderían mejor?—dijo Nikolai, disponiéndose a tirar del sedal con todas sus fuerzas.

—Hoy, que ya no me necesitan, me echan á la calle... Dónde están sus promesas? Dónde su reconocimiento? Yo respeto y quiero bien á Natalia Nikolaievna—prosiguió poniéndose una mano sobre el corazón.—Pero, Nikolai, ella no es aquí nada... En esta casa, su voluntad vale igual que eso...—y al hablar, con expresivo gesto echó al suelo los recortes del cuero que había dejado á un lado el diatka.—Ya sé yo quien me ha hecho esta mala treta, y por qué se me echa ahora por inútil: es porque yo no adulo á nadie ni digo á todo «amen», como *ciertas personas* que me sé. Es mi costumbre decir siempre y ante quien quiera que sea la verdad, toda la verdad,—decía con orgullo.—Que Dios se lo perdone! Porque yo no esté aquí, no tendrán ellos más, y en cuanto á mí, gracias á Dios no ha de faltarme el modo de ganarme un pedazo de pan... No es eso, Nikolai?

Nicolai levantó la cabeza y se quedó un momento mirando á Karl Ivanovitch, cómo para asegurarse de que podía, en efecto, hallar donde quiera ese pedazo de pan; pero nada contestó.

Karl Ivanovitch estuvo largo tiempo hablando en ese mismo tono; y contó al viejo diatka cómo habían apreciado mejor sus servicios en casa de un general donde estuvo antes de venir á casa, lo cual me causó una hondísima pena. Habló después de Sajonia, de sus padres, de su gran amigo el sastre Schonheit...

Senti yo inmensamente su pena, y deploré mucho que papá y Karl Ivanovitch, á quienes quería casi tanto al uno como al otro, no se hubiesen comprendido mejor... Volví á mi rincón, sentéme sobre los talones y me puse á pensar en los medios de que pudiera valerme para restablecer la concordia entre los dos.

Al entrar de nuevo en la clase, Karl Ivanovitch me hizo levantar y me ordenó que preparara el cuaderno del dictado. Cuando estuvo todo á punto, se instaló majestuosamente en su sillón, y con voz que parecía salir de un abismo empezó á dictarme, en alemán, lo que sigue: DE TODOS LOS DEFECTOS ES EL MAYOR...

—Habéis escrito ya?—dijo interrumpiéndose á sí mismo; después aspiró una larga toma de rapé y prosiguió con nuevas fuerzas: ES EL MAYOR Y EL MÁS INHUMANO ENTRE TODOS EL DE LA INGRATITUD...

—Poned una mayúscula muy grande.

Terminada la escritura, yo me quedé mirándole, cómo aguardando la continuación.

—Punto final,—dijo entonces con una sonrisa apenas perceptible é indicándonos que le llevásemos los cuadernos.

Con variadas entonaciones y con una expresión de vivísimo placer leyó varias veces en voz alta esta máxima, que tan perfectamente interpretaba su íntimo pensamiento; después nos señaló para que la estudiásemos una lección de historia, y se sentó junto á una de las ventanas. Su rostro ya no estaba como antes terriblemente entenebrecido, sino que expresaba la satisfacción de un hombre que se ha vengado dignamente de una ofensa recibida.

Era ya la una menos cuarto y Karl Ivanovitch no pensaba todavía en cerrar la clase, dándonos una después de otra nuevas lecciones siempre, y en nosotros el cansancio y el apetito iban creciendo en iguales proporciones. Yo ponía toda mi

impaciente atención en los diversos ruidos de la casa que anunciaban la proximidad de la comida... Sin ver nada, tan sólo por los pequeños rumores que llegaban hasta mí, adivinaba que la cocinera estaba ya pasando por los platos la limpia servilleta... Allá van Mimi con mi hermana y Katenka,—Katenka, la hija de Mimi, tiene doce años—que vuelven ya de su paseo por el jardín... Pero no viene Foka todavía,—Foka es el jefe de cocina encargado de anunciar que la comida está servida, de manera que en cuanto aparezca sí que, sin hacer caso de Karl Ivanovitch, podremos tirar los libros y correr al comedor. Ahora parece que se oyen pasos en la escalera...

Pero no es Foka; yo tenía perfectamente estudiado el modo de subir de Foka, nunca me engañaba el ruido especial de sus botas. Abrióse la puerta, y una extraña figura completamente desconocida para mí apareció en el umbral.



reverso de la mano las lágrimas que realmente brotaban de sus horribles ojos.

Su voz era honda, ronca; sus movimientos bruscos y precipitados; sus discursos siempre descosidos y sin sentido aparente, pues no usaba jamás pronombres; pero su acento era tiernísimo y cuando hablaba tomaba su rostro á veces una expresión de tan inmensa tristeza que, á pesar de todo, sentíase uno, al escucharle, lleno á un tiempo de infinita lástima y de horror no menos grande.

Era el peregrino Gricha, el «inocente», que así era llamado en la comarca.

De dónde vino? Cuáles sus padres fueron? Qué le llevó á adoptar la vida errante y de miseria que hacía? Nadie sabía nada. Sé únicamente que desde la edad de los quince años se le tuvo por inocente, por «simple», que lo mismo en invierno que en verano iba con los pies descalzos, que frecuentaba los conventos, que regalaba pequeñas estampas con la imagen de Dios á quienes distinguía con su aprecio, y que pronunciaba palabras enigmáticas en que muchas personas veían tremendas profecías... Nadie le conoció jamás de otro modo. Sé también que de vez en cuando iba á casa de mi abuela, y que mientras unos decían que Gricha era un desdichado, aunque hijo de una gran familia, y un alma purísima, los otros afirmaban que no era más que un pobre mujik sin ganas de trabajar.

Foka compareció finalmente, Foka el exacto, desde hacía tanto tiempo esperado con tanta impaciencia, y bajamos al comedor. Gricha nos siguió, siempre sollozando y diciendo extravagancias y golpeando con su gran bastón las gradas de la escalera. Papá y mamá se paseaban por el salón, cogidos del brazo y hablando de algo que al parecer les interesaba muchísimo. María Ivanovna,



V

El inocente

ENTRÓ en la sala un hombre de una cincuentena de años, de rostro pálido, alargado, picado de viruelas, con largos cabellos grises y una barba escasa y casi roja. Era de tan elevada estatura que no solamente hubo de agachar la cabeza para pasar por la puerta, sino que aun le fué preciso doblar el cuerpo, el cual llevaba cubierto con algo que no se sabía bien lo que era, entre caftán y sotana, pero roto por mil partes diferentes; en la mano llevaba un enorme bastón. Al entrar en la clase, dió con el bastón en el suelo con todas sus fuerzas, frunció espantablemente las cejas, abrió la desmesurada boca y rompió en una horrorosa carcajada, una carcajada que no tenía nada de humano. Era bizco, y la blancuzca pupila de su ojo malo movíase en su órbita sin cesar, dando á su rostro, ya bastantemente feo sin eso, una expresión todavía más repugnante.

—Ah! ya estás cogido,—gritó acercándose á Volodia paso á paso, cogiéndole por la cabeza y comenzando á examinarle el cráneo con extrema atención; luego con gesto ridículamente serio se apartó de él, arrojó una bocanada de aliento sobre el encerado y empezó á trazar en él grandes cruces.

—Oh! oh! qué dolor... oh! oh! muy mal, muy mal... querido... huyen, vuelan,—fué diciendo con trémula voz y como sollozando, mientras miraba á Volodia con gran ternura y enjugándose con el

reverso de la mano las lágrimas que realmente brotaban de sus horribles ojos.

Su voz era honda, ronca; sus movimientos bruscos y precipitados; sus discursos siempre descosidos y sin sentido aparente, pues no usaba jamás pronombres; pero su acento era tiernísimo y cuando hablaba tomaba su rostro á veces una expresión de tan inmensa tristeza que, á pesar de todo, sentíase uno, al escucharle, lleno á un tiempo de infinita lástima y de horror no menos grande.

Era el peregrino Gricha, el «inocente», que así era llamado en la comarca.

De dónde vino? Cuáles sus padres fueron? Qué le llevó á adoptar la vida errante y de miseria que hacía? Nadie sabía nada. Sé únicamente que desde la edad de los quince años se le tuvo por inocente, por «simple», que lo mismo en invierno que en verano iba con los pies descalzos, que frecuentaba los conventos, que regalaba pequeñas estampas con la imagen de Dios á quienes distinguía con su aprecio, y que pronunciaba palabras enigmáticas en que muchas personas veían tremendas profecias... Nadie le conoció jamás de otro modo. Sé también que de vez en cuando iba á casa de mi abuela, y que mientras unos decían que Gricha era un desdichado, aunque hijo de una gran familia, y un alma purísima, los otros afirmaban que no era más que un pobre mujik sin ganas de trabajar.

Foka compareció finalmente, Foka el exacto, desde hacía tanto tiempo esperado con tanta impaciencia, y bajamos al comedor. Gricha nos siguió, siempre sollozando y diciendo extravagancias y golpeando con su gran bastón las gradas de la escalera. Papá y mamá se paseaban por el salón, cogidos del brazo y hablando de algo que al parecer les interesaba muchísimo. María Ivanovna,



V

El inocente

ENTRÓ en la sala un hombre de una cincuentena de años, de rostro pálido, alargado, picado de viruelas, con largos cabellos grises y una barba escasa y casi roja. Era de tan elevada estatura que no solamente hubo de agachar la cabeza para pasar por la puerta, sino que aun le fué preciso doblar el cuerpo, el cual llevaba cubierto con algo que no se sabía bien lo que era, entre caftán y sotana, pero roto por mil partes diferentes; en la mano llevaba un enorme bastón. Al entrar en la clase, dió con el bastón en el suelo con todas sus fuerzas, frunció espantablemente las cejas, abrió la desmesurada boca y rompió en una horrorosa carcajada, una carcajada que no tenía nada de humano. Era bizco, y la blancuzca pupila de su ojo malo movíase en su órbita sin cesar, dando á su rostro, ya bastantemente feo sin eso, una expresión todavía más repugnante.

—Ah! ya estás cogido,—gritó acercándose á Volodia paso á paso, cogiéndole por la cabeza y comenzando á examinarle el cráneo con extrema atención; luego con gesto ridículamente serio se apartó de él, arrojó una bocanada de aliento sobre el encerado y empezó á trazar en él grandes cruces.

—Oh! oh! qué dolor... oh! oh! muy mal, muy mal... querido... huyen, vuelan,—fué diciendo con trémula voz y como sollozando, mientras miraba á Volodia con gran ternura y enjugándose con el

con su aspecto eterno de mujer irritada, estaba sentada en un sillón simétricamente colocado formando ángulo recto con el diván. Con voz baja, pero siempre con entonación severa, estaba haciendo observaciones á las niñas sentadas cerca de ella.

Así que pasó la puerta Karl Ivanovitch, le dirigió de soslayo una terrible mirada y se volvió enseguida como queriendo decir: «Ni siquiera sé que hayáis entrado!» En las miradas que las niñas nos dirigían adivinábase que algo muy importante deseaban comunicarnos lo más pronto posible, pero abandonar su puesto para venir hacia nosotros hubiera sido faltar á los mandatos de Mimi. Lo primero que debíamos hacer era llegarlos á ella, hacerle una gran reverencia diciendo, en francés: *Buenos días, Mimi*, y luego sí que podíamos entrar ya en conversación.

Insoportable, vaya si lo era esa Mimi! Nada se podía decir delante de ella, todo le parecía inconveniente; además estaba siempre repitiendo: *Hablad en francés*, hasta cuando nosotros hubiéramos hallado un gusto inmenso en charlar en ruso; durante la comida, si hallabais bueno un plato y deseabais que no os estorbase nadie de comerlo como bien os pareciere, ya salía ella diciendo, por supuesto en francés siempre: *Qué es eso de comer sin pan!* ó bien: *Vaya un modo de coger el tenedor!*—«Por qué ha de meterse con nosotros? pensaba yo; que se fije en lo que hagan ó no hagan las niñas, nosotros ya tenemos para eso á Karl Ivanovitch». En aquellos momentos compartía yo el odio de éste contra *ciertas gentes*.

—Ruega á mamá que nos deje ir con vosotros á la cacería,—me dijo al oído Katenka, cogiéndome por el vestido, mientras las personas mayores se dirigían al comedor.

—Bien, lo probaremos.

Gricha tenía dispuesta en el propio comedor una mesa destinada á él solo, y en ella comió sin levantar jamás los ojos de su plato, suspirando de vez en cuando y haciendo las más grotescas muecas, mientras iba diciendo para sí: «Qué dolor! qué dolor!... ha volado... volará al cielo... Ah! sobre el sepulcro una piedra...»

Todo el día había estado mamá muy agitada y la presencia de Gricha, con sus gestos y sus palabras, aumentaba todavía su visible malestar.

—Ah! se me olvidaba pedirte una cosa,—dijo á nuestro padre mientras le alargaba un plato de sopa.

—Qué cosa?

—Rogarte que mandes encerrar á tus malditos perros; por poco devoran hoy al pobre Gricha, en cuanto ha entrado en el patio, y el mejor día pueden echarse sobre los niños.

Entendiendo que hablaban de él, Gricha volvió la cabeza, y mostrando su vestido roto, pronunció estas palabras, sin dejar de comer:

—Quería hacerme morder... Dios no permite... Es un pecado cazar con perros, un gran pecado! No se pega al *Bolshak* (1) Por qué pegar?... Dios perdonará... los días no son llegados...

—Qué dice?—preguntó papá, mirándole con fijeza y severamente.—No entiendo nada.

—Yo sí le entiendo—respondió mamá;—me ha contado que un cazador le ha azuzado, con la peor intención, los perros de caza, y te pide que no castigues por eso al cazador.

—Ah! Vamos...—exclamó papá,—y cómo pudo suponer que yo castigaría al cazador? Ya sabes—continuó hablando en francés con mamá,—que en general no soy un gran admirador de esa clase de personajes, y ese en particular me disgusta, pues, parece ser...

—Oh! no digas eso, amigo mío—le interrumpió mamá, como horrorizada de lo que iba á decir su marido.—Qué sabes tú de ello?

—Bah! paréceme que he tenido ya ocasión de conocer á esa clase de hombres, pues siempre han venido á casa muchos, y todos lo mismo siempre... Siempre la misma y eterna historia...

Con seguridad que mamá no era de igual parecer, pero tampoco tendría ganas de discusión entonces, pues rompiendo la conversación:

—Dame un pastelillo, si quieres—dijo.—Están buenos hoy?

—Lo que me enfada,—siguió diciendo papá, cogiendo con la mano un pastelillo, pero sin alargarlo á mamá—lo que me enfada es ver cómo personas discretas é instruídas se dejan tan fácilmente engañar.—Y dió un fuerte golpe con su tenedor sobre la mesa.

—Te he pedido un pastelillo,—dijo mamá alargando la mano.

—Y hacen muy bien,—siguió nuestro padre sin atender á la súplica de su esposa—en meter en la cárcel esta clase de gente, pues perturban todavía más los nervios de ciertas personas que los tienen ya asaz débiles,—añadió sonriendo al ver que á mamá le



(1) *Bolshak*, antiguo. Así llamaba el pobre á todos los hombres, sin distinción.

disgustaba soberanamente esta conversación, y al fin le alargó el pastelillo.

—Una sola cosa te diré: es muy difícil creer que un hombre que, con sesenta años á cuestas, anda descalzo lo mismo en invierno que en verano, y que lleva siempre además bajo sus vestiduras, verdaderas y muy pesadas cadenas de hierro, y que repetidas veces ha rechazado los ofrecimientos de una vida tranquila y sin cuidados; es muy difícil, digo, creer que un hombre así haga todo eso únicamente por holgazanería. En cuanto á sus profecías, —añadió mamá con un hondo suspiro y después de una pausa— motivos tengo para creer en ellas; paréceme que te he contado ya cómo Gricha predijo el día y la hora exactas de la muerte de mi pobre padre.

—Qué has hecho, infeliz?— exclamó mi padre riendo y poniéndose la mano junto á la boca formando pantalla por el lado en que estaba Mimi (cuando hacía ese gesto yo escuchaba con mayor atención, creyendo que papá diría algo de mucha risa). —Por qué me has hecho pensar en sus horribles pies? Involuntariamente los he mirado, y ya me será imposible comer un bocado más.

La comida tocaba á su fin. Lubotchka y Katenka no dejaban de hacernos signos con los ojos y demostraban en todos sus movimientos la mayor inquietud. Los tales signos querían decir: «Por qué no pedís que nos dejen ser también de la partida?» Con el codo yo tocaba á Volodia, Volodia me tocaba á mí, hasta que se decidió. Primero con voz tímida, pero luego con entonación algo más firme, Volodia explicó que, pues habíamos de separarnos aquel mismo día, deseábamos los dos que las niñas vinieran con nosotros á la cacería... Después de un corto conciliábulo entre las personas mayores, la cuestión fué decidida en favor nuestro, y, lo que era todavía mejor, se convino en que mamá vendría con todos nosotros.

VI

Preparativos de caza

A los postres fué llamado Iakov y se le dieron toda clase de órdenes concernientes al break, á los perros y á los caballos de silla, precisando los menores detalles y señalando á perros y caballos con sus nombres propios. El caballo de Volodia cojeaba un poquitín, y papá dió orden de que se le preparase un caballo de caza. Esa palabra de «caza» debió sonar extrañamente en los oídos de mamá, pues expresó su idea de que un «caballo de caza» había de ser algo así como un animal endiabrado que había de causar inevitablemente la muerte de Volodia. A pesar de las exhortaciones de papá y del mismo Volodia, quien aseguraba que su mejor gusto era que el caballo fuese de los difíciles para tener el placer de domarlo, mi pobre mamá seguía repitiendo que durante toda la tarde estaría por ello muy inquieta.

Acabada la comida, las personas mayores pasaron al gabinete de trabajo para tomar el café, y nosotros corrimos al jardín, arrastrando los pies por los paseos enarenados y ya cubiertos de hojas muertas, hablando de nuestras cosas. La conversación versó primeramente sobre el hecho verdaderamente extraordinario de que Volodia montaría un caballo de caza; después recayó en que era cosa vergonzosa que Lubotchka corriese menos que Katenka, y por fin se habló de que sería muy interesante ver las cadenas de Gricha... De todo se habló menos de nuestra próxima separación.

Interrumpió nuestra charla el ruido del break que se acercaba llevando sentado en cada uno de sus muelles un chícuelo de la casa. Detrás del carruaje venían los cazadores con los perros y más lejos el cochero Ignate, montado en el caballo destinado á Volodia y llevando de las riendas á mi viejo y pacífico Kleper. Después de bien vistas y revistas todas esas cosas interesantes, nos lanzamos corriendo y dando los más agudos gritos escaleras arriba, para ir á vestirnos, y vestirnos de modo que nos pareciésemos lo más posible á nuestros cazadores. Uno de los mejores medios para eso era el de meternos los bajos de los pantalones dentro de las botas; mas esto podía hacerlo Volodia, yo no, pues llevaba zapatos, los horribles zapatos con grandes lazos... Sin perder tiempo nos arreglamos como mejor pudimos, á fin de volver pronto abajo y gozar de la vista de los perros y de los cazadores, acariciando á unos mientras hablábamos con los otros.

El día era muy caluroso. Pequeñas nubecillas blancas, de formas las más extravagantes, que por la mañana aparecieron en el horizonte, iban acercándose y engrosándose cada vez más; un vientecillo fresco empezó á reunirlos de tal modo que alguna vez llegaron á oscurecer el sol. Pero á pesar de su rápida marcha y de que cada vez se hacían las tales nubes más espesas, bien claro se veía que no eran nubes de tempestad y que no nos privarían de esta nuestra última salida al campo; en efecto, á medida que la tarde avanzaba fueron disipándose: unas palidecían, se alargaban é iban á perderse más allá del horizonte; las otras, por encima de nuestra propia cabeza, se transformaban en una especie de transparente y blanquecina niebla; únicamente una gran nube negruzca se detuvo hacia el este. Karl Ivanovitch sabía siempre hacia dónde se dirigía tal ó cual nube, y dijo entonces que aquella oscura nube se iría hacia Maslovka, que no llovería en toda la tarde y que haría un tiempo verdaderamente esplendoroso.

Foka, á pesar de su edad bien respetable, subió hasta media escalera con elegancia y rapidez; y gritó: «El carruaje!» Luego, bien separadas las piernas, se plantó sólidamente en el dintel de la puerta, en la actitud firme de un hombre á quien no es necesario recordar sus deberes. Bajaron las señoras, y después de una corta discusión sobre quien había de subir primero, —lo cual parecióme completamente ocioso— tomaron asiento en el carruaje, abrieron todas sus sombrillas, y el coche partió á escape.

Cuando el break iba á ponerse en movimiento, mamá, señalando el «caballo de caza» preguntó al cochero con voz que descubría sus grandes temores:

—Es este el caballo para Valdimiro?

Hizo el cochero un signo afirmativo y entonces mamá, como horrorizada, se cubrió los ojos con la mano. Yo estaba ya impaciente, monté mi caballo y mirando por entre sus dos tiesas orejas le hice dar algunas vueltas y caracoleos.

—Tened cuidado, no atropelléis á los perros, —me dijo uno de los cazadores.

—No tengas miedo, no es la primera vez que monto, —le contesté con orgullo, sintiéndome más hombre sobre los lomos de mi pobre rocín.

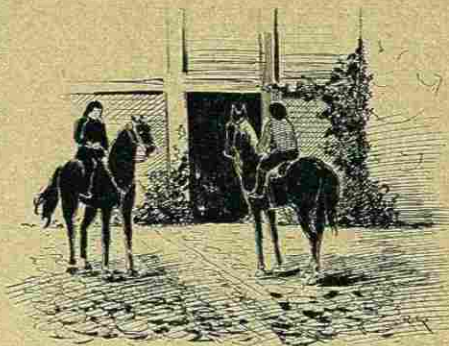
Volodia montó su caballo de caza, no sin algún recelo, á pesar de su entero carácter, por lo que mientras acariciaba al animal, pasándole suavemente la mano por las crines del altivo cuello, iba preguntando á todos:

—Es bueno?... Es bueno?

A caballo, parecía Volodia todo un hombre; sus apretados muslos desbordaban casi de la silla... estaba hermoso! Llegué á tenerle envidia, con más que suficiente motivo, pues, á juzgar por mi propia sombra, yo estaba muy lejos de ofrecer tan buena presencia.

Por fin, oyéronse los pasos de papá en la escalera: el picador reunió á los lebreles que corrían por todos lados, los cazadores llamaron cada cual á sus perros y montaron sus respectivos caballos. El palafrenero condujo el caballo de papá junto al marchapie, y apenas apareció á la luz del jardín la elegante figura de nuestro padre fueron, corriendo y saltando, á reunirse á su alrededor los perros de la jauría, que hasta entonces se habían estado echados, muy quietecitos, en las más pintorescas posturas. Entre ellos, más alegre que los demás, estaba Milka, haciendo sonar con gran ruido sus cascabeles. Cuando salía, saludaba siempre alegremente á los perros de la jauría, jugando con unos, oliendo á otros y hasta buscándole las pulgas á alguno.

Montó papá, y, formando la más alegre y ruidosa comitiva, partimos todos.



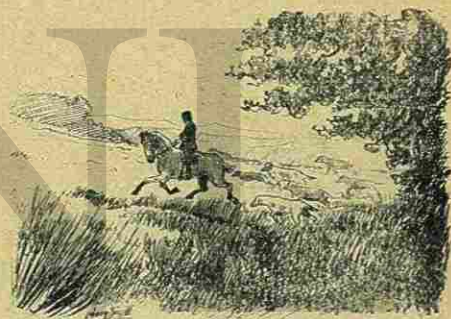
alguna segadora y se distinguía perfectamente el balanceo de las espigas en el momento en que las doblaba para cortarlas; en la sombra, veíase á una mujer medio encorvada sobre una pequeña cuna, extendiéndose en lontananza la inacabable llanura, materialmente sembrada de campanillas azules. Al otro lado, algunos campesinos, en mangas de camisa, iban apilando sobre los carros la cosecha, levantando grandes nubes de polvo en el campo seco y caliente por el sol de todo el día. El *starosta* (1) calzado con altas botas, el caftán echado sobre los hombros, y con la entalladura (2) en la mano, al ver de lejos á papá se quitó su sombrero de fieltro, se pasó un gran pañuelo por la cabeza y por la barba y se fué gritando tras las mujeres. El caballo que nuestro padre montaba, iba trotando ligera y alegremente, bajaba muy pocas veces la cabeza sobre el pecho, pero llevaba siempre tirantes las riendas y espantaba con los bruscos movimientos de su larga cola

las moscas que ávidamente se posaban sobre él. Dos lebreles, la cola bien al aire y levantando del suelo mucho las patas, saltaban graciosamente por entre los trigales, siguiendo al caballo. Milka corría siempre delante, y de vez en cuando volvía la cabeza como aguardando que le dijese ó le echasen algo. El rumor de las conversaciones de los campesinos, el patear de los caballos y el chirriar de las carretas, el alegre canto de las avejillas, el murmullo de los mil insectos volando por el aire en grupos compactos y al parecer inmóviles, el fuerte olor de la paja y del sudor de los caballos, los inúmeros colores diversos y las sombras con que el sol pintaba el anchuroso panorama, que aparecía como dorado en los primeros términos y azulado en las lejanías... Todo esto lo veía yo, lo escuchaba y lo sentía.

Al llegar á los bosques de Kalinov, encontramos ya allí el break, y además una carreta tirada por un caballo en la cual iba

(1) El *starosta* es el *antiguo*, el que administra los negocios de los campesinos, elegido por ellos.

(2) Es un pedazo de madera en que se hacen señales para indicar las jornadas que llevan hechas los trabajadores.



VII

La cacería

EL jefe de la partida, llamado Turka, marchaba delante montando un gran caballo gris-azul, de anchas narices; llevaba un casquete de pieles, un enorme cuerno de caza colgado al hombro y un cuchillo en la cintura. Por su aspecto sombrío y fosco, más que á una cacería, diríase que aquel hombre marchaba á algún mortal combate. Junto á las patas traseras de su caballo corrían y saltaban, en abigarrado pelotón, todos los perros de la jauría. Daba pena ver la suerte que aguardaba al que se quedaba atrás: no le quedaba más remedio que hacer los mayores esfuerzos para ver de atrapar á sus compañeros, y entonces nunca faltaba uno de los cazadores que iban detrás para pegarle algún latigazo, gritando: «Anda, no separarse!» Una vez hubimos ya salido del parque, papá ordenó á los cazadores y á nosotros que siguiéramos la carretera, y él se lanzó campos á traviesa.

La recolección estaba en su apogeo. Los campos inmensos, brillando bajo el sol, dorados, tenían por una parte su límite en el lejano bosque que se presentaba ante nuestros atónitos ojos como una ancha faja azulada y tras el cual, considerando las cosas con nuestra inteligencia infantil, ó bien se acababa el mundo ó bien extendíanse los países inhabitados. Los campos todos aparecían llenos de animación por el trabajo del hombre. Por entre la espesura del altísimo centeno veíase aquí y allá la encorvada espalda de

34872

el despensero. Colocado cuidadosamente encima del heno que llenaba la carreta veíase el samovar, la sorbetera y algunas cajas y paquetes de aspecto por demás atractivo. No podíamos engañarnos; se trataba de tomar el té en pleno campo, con dulces y frutas. Al ver la carreta demostramos todos una ruidosa alegría, porque tomar el té en el bosque, sobre la yerba, en sitio donde jamás lo hubiese nadie tomado, nos parecía cosa de extraordinario gusto.

Turka se acercó á papá, escuchando con visible atención las órdenes que le daba muy detalladas sobre el sitio en que convenría disponerlo todo, aunque no las había de obedecer, pues obraba siempre según su gusto; luego desató los perros, montó á caballo y silbando desapareció tras los árboles. Sueltos ya los lebreles, expresaron primero su alegría agitando rápidamente la cola, y después de haberse estirado y sacudido bien, empezaron á correr en todas direcciones, rastreando con aires de gran inteligencia.

—Tienes un pañuelo?— me preguntó papá.

Saqué mi pañuelo del bolsillo y se lo enseñé.

—Muy bien; pues, con este pañuelo atas el perro gris...

—Giráneo?— pregunté dándomelas de enterado.

—El mismo; y te vas con él por la carretera. Cuando llegues á las lindes del bosque te paras, y pon mucho cuidado en no volver sin una liebre al menos!

Até mi pañuelo al collar de Giráneo y eché á correr tanto como pude hacia el lugar designado. Papá refase y me iba gritando:

—Más aprisa, más aprisa, sino vas á llegar tarde!

Giráneo se detenía á cada paso, y movía las orejas, como acechando los gritos de los cazadores. Viendo que no tenía yo fuerzas para arrancarle de aquel lugar, empecé á dar gritos de: tai-oh! tai-oh!... Entonces emprendió el perro una tan violenta carrera que apenas pude seguirle y aún cayéndome por el suelo dos ó tres veces, antes de llegar al puesto que se me había señalado. Eligiendo entonces, junto al tronco de un gran roble un sitio llano y sombreado, tendime sobre la yerba, hice sentar á Giráneo á mi lado y esperé. Mi imaginación, empero, como sucede siempre en casos parecidos, se fué mucho más allá de la realidad; imaginaba haber cazado ya mi tercera liebre, cuando el bosque, no muy lejos de mí, se animó extraordinariamente, lanzando los lebreles gritos agudos y cada vez más frecuentes. A los ladridos del primer perro, sucedieron pronto los de otros, y luego los de otros más. El ladrar de las bestias, se hizo poco á poco más fuerte é ininterrumpido y confundiéndose con él las voces de los hombres llegaron á consti-

tuir un rumor inmenso, ensordecedor, como si de veras el propio bosque se hubiese animado.

Al oír todo aquel tremendo ruido, me quedé quieto en mi puesto. Fijos los ojos en las lindes del bosque, sonreía beatíficamente, mientras gruesas gotas de sudor iban resbalándome de la frente, me cosquilleaban la barbilla un momento, y yo dejaba que libremente corriesen... Parecióme que no podía haber en el mundo un instante más solemne y más trascendental que aquel en que me hallaba. Semejante situación, en una tensión tan fuerte, no podía durar mucho tiempo, y por mi desgracia no duró. Tan pronto los lebreles ladraban ferozmente cerca de mí, tan pronto se alejaban no poco... mas la liebre no parecía. Empecé á mirar, sin saber por qué, hacia uno y otro lado, casi distraído. El mismo cambio operóse en mi perro; al principio ladraba y se agitaba de un lado á otro; después se tendió cerca de mí, puso el hocico sobre mis rodillas y se quedó tranquilo.

Cerca de las raíces desnudas del gran roble junto al cual me había sentado, sobre la tierra gris y seca, por entre las hojas muertas y los pequeños pedazos de corteza cubiertos de líquenes y las yerbecillas finas, verdes, que apenas si llegaban á alzar dos dedos del suelo, circulaba en todos sentidos una multitud inmensa de hormigas, unas muy cargadas, sin carga las otras, pues la habían dejado ya y volvían por más. Iban las unas siguiendo á las otras, apresurándose todas por los caminos que ellas mismas se habían trazado; tomé algunas pequeñas ramitas y les cerré el camino. Era de ver entonces cómo unas, despreciando el peligro, se metían por debajo de las ramitas y pasaban ó bien trepaban valientemente por arriba, mientras otras, las que llevaban carga se veían como perdidas, avanzando y retrocediendo algunos pasos, sin saber qué hacer ni por dónde ir; unas veces se detenían, tal vez buscando una salida para huir, ó bien subiendo por la ramita seca empezaban á correr por mi propia mano, con la intención, parecióme á mí, de meterse luego por la manga de mi vestido. Me distrajo de tan interesantes observaciones una mariposa de pequeñas alas amarillas, que empezó á dar graciosísimas vueltas por delante de mis ojos. Apenas notó



que yo la miraba, pegó un vuelo hasta dos pasos lejos de mí, giró varias veces entorno de una flor de trébol silvestre, blanca, ya casi muerta, y se posó finalmente en ella. No sé si porque allí el sol calentaba de lleno sus tenues alas ó porque se entretuvo aspirando el jugo de la tierna florecilla, lo cierto es que se quedó en ella, pareciendo hallarse bien. De vez en cuando agitaba sus pequeñas alas, se acomodaba en la corola de la flor y luego volvía á su inmovilidad. Apoyé la cabeza en la palma de la mano y me quedé contemplándola con intenso é inexpressable placer.

Súbitamente lanzó Giráneo un sordo ahullido, y se levantó de un modo tan brusco que por poco me tumba á mí. Más allá de las lindes del bosque, con una oreja gacha y la otra tiesa como un palo, saltó una gran liebre. La sangre me subió á la cabeza, y repentinamente, olvidándome de todo, con voz extraordinaria, que no me pareció la mía, grité no sé qué cosa, abandoné el perro y me puse á correr. Mas, apenas había comenzado á hacer esto que ya me arrepentí: la liebre se sentó sobre sus patas traseras, dió un gran salto y ya no la ví más.

Pero, cual no fué mi vergüenza cuando, tras los lebreles que salieron corriendo del bosque, se me apareció la figura de Turka!

Vió la falta que había cometido, la de no haber podido *retenerme*, y mirándome despreciativamente, me dijo tan sólo: «Qué es eso, señor!» pero había que oír la entonación con que lo dijo... En aquel momento, sintiérame mejor si me coge y me ata á la silla de su caballo, lo mismo que una liebre. Largo rato estuve sin moverme del sitio, lleno de desesperación, sin acordarme tan sólo de llamar al perro... No hacía mas que golpearme los muslos, murmurando:

—Pero, Dios mío, qué he hecho!... Tonto de mí!

Oí á los lebreles corriendo ya por lo más espeso del bosque, luego oí un tiro de fusil y el cuerno enorme de Turka llamando á los perros... Pero yo no acertaba á moverme de aquel sitio; mis pies se habían clavado en el suelo...



VIII

Los juegos

LA cacería ha terminado. A la sombra de los tiernos olmos, sobre un tapiz extendido en el suelo, toda la compañía se sentó formando círculo; Gavril, el cocinero, sentado sobre la yerba, limpiaba los platos é iba sacando de las cajas y de los paquetes ciruelas y melocotones envueltos en papel finísimo. Por entre el ramaje de los olmos veíase brillar el sol, que proyectaba extraños movimientos y dibujos sobre el tapiz en que nos sentábamos y aún sobre la cabeza sudorosa de Gavril. El ligero viento que acariciaba las hojas de los árboles y también mis cabellos y mi rostro lleno de sudor fué serenándose poco á poco.

Cuando hubimos comido ya nuestro helado y nuestra parte de fruta, poco teníamos que hacer sobre el tapiz, y á pesar de que el sol quemaba todavía, bien que sus rayos se iban haciendo ya oblicuos, nos levantamos para ir á jugar.

—Bueno, y en qué jugaremos?—dijo Lubotchka, medio cerran-



do los ojos que hirieron de pronto los rayos del sol y saltando por la yerba.—Juguemos á Robinson.

—No... es un juego fastidioso—dijo Volodia que se había tendido perezosamente sobre la yerba mascando unas hojas que cogió al pasar;—siempre Robinson! Si queréis de todos modos jugar, construyamos entre todos una barraca.

Volodia quería hacerse, sin duda, el importante; sentíase evidentemente orgulloso de haber venido al campo montando un «caballo de caza», y quería hacernos ver que se había fatigado mucho. Quizás también tenía ya demasiado buen sentido y le iba faltando imaginación para gozar de veras con el juego de Robinson, el cual juego consistía en representar las escenas culminantes del *Robinson suizo* que todos habíamos leído.

—Vaya, hombre... Por qué no quieres darnos este gusto?—le decían las niñas;—tú harás de *Carlos*, ó de *Ernesto*, ó de *padre*... lo que tú quieras,—añadía Katenka, cogiéndole por la manga del vestido para levantarle.

—No, de veras os digo que no tengo ganas... Es juego enfadoso!—dijo Volodia, adoptando aun más cómoda postura, al mismo tiempo que sonreía con aire satisfecho.

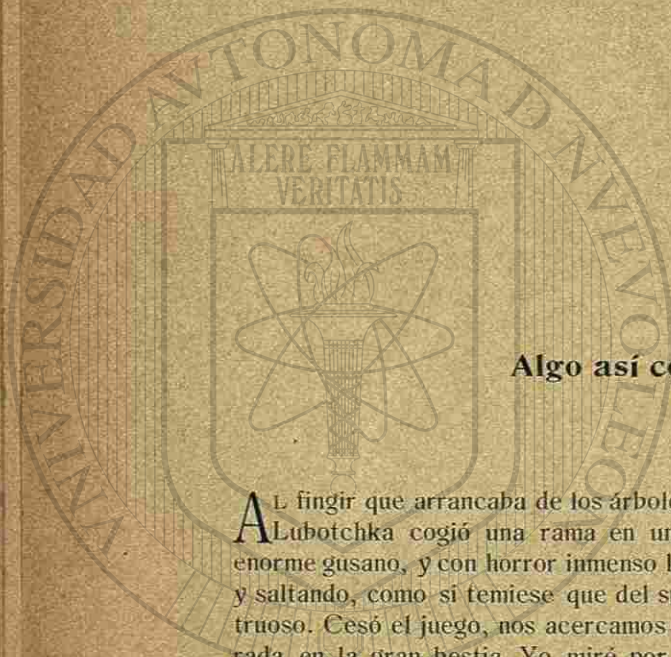
—Entonces, era mejor quedarnos en casa, puesto que nadie quiere jugar!—exclamó Lubotchka, con las lágrimas en los ojos, pues era una llorona terrible.

—Anda, no llores; hágase como queráis; pero no llores, te lo ruego, pues eso me pone nervioso.

La condescendencia de Volodia nos hizo poquísima gracia; al contrario, con su actitud displicente, como de enfadado, quitaba toda clase de encantos al juego. Cuando nos hubimos sentado en tierra y empezábamos á remar con todas nuestras fuerzas, figurando que íbamos á la pesca, Volodia se echó al suelo y cruzó los brazos en actitud que en nada recordaba la del pescador, ni con la mejor buena voluntad del mundo. Se lo hice notar así, pero me contestó que el agitar más ó menos los brazos no nos haría perder nada ni ganar tampoco, y que no avanzaríamos ni perderíamos por ello camino. A pesar mio, hube de comprender que tenía razón. Cuando, figurando que iba á cazar con un bastón al hombro, metíme bosque adentro, Volodia se tumbó de boca arriba, cruzó las manos por debajo la cabeza y dijo que él iba también. Tales actos y tales palabras enfriaban mortalmente el juego, y, á mí cuando menos, parecíanme mayormente desagradables, porque, en conciencia, no podía decirse que no obrase mi hermano con la más perfecta lógica.

Yo sé muy bien que con un bastón no solamente no se puede

matar un pájaro, sino que ni siquiera se puede tirar. No es más que un juego, una ficción. Razonando así, también es verdad que una silla no es un coche; y sin embargo, no hay duda que el mismo Volodia ha de recordar que, durante las largas veladas de invierno, muchas veces convertimos una silla en un magnífico carruaje, sin más que cubrirla con nuestros pañuelos; uno sentado á estilo de cochero, de lacayo el otro, en medio las dos niñas... y arre!... Allí era el viajar por montes y por llanuras, sucediéndonos á cada paso las cosas más extraordinarias. Y cómo entonces eran las veladas para nosotros alegres y cortas!... Si lo razonásemos todo tan severamente, no habría juego posible. Y si no hay juegos, qué queda entonces?



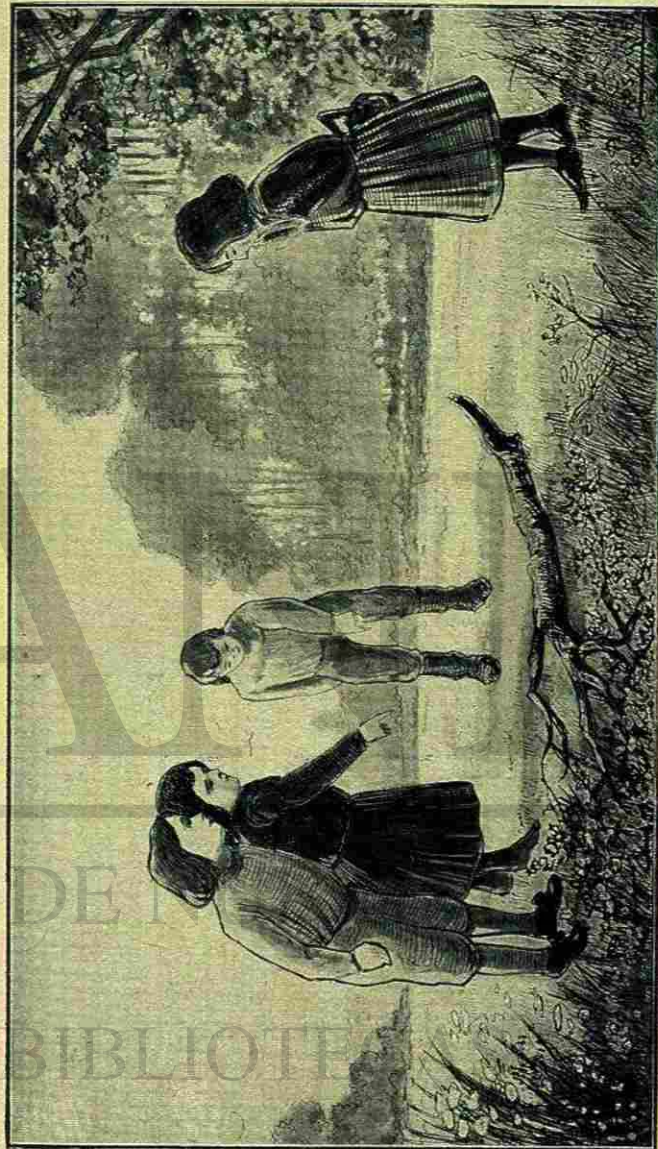
IX

Algo así como el primer amor

Al fingir que arrancaba de los árboles alguna fruta de América, Alubotchka cogió una rama en una de cuyas hojas había un enorme gusano, y con horror inmenso la tiró, levantando las manos y saltando, como si temiese que del suelo iba a salir algo monstruoso. Cesó el juego, nos acercamos todos y fijamos nuestra mirada en la gran bestia. Yo miré por encima de los hombros de Katenka, la cual con ayuda de una ramita intentaba levantar el gusanote.

Tengo observado que muchas niñas han la costumbre de levantar con gesto brusco los hombros, con el objeto de hacer subir el vestido que les deja al descubierto la garganta. Recuerdo también que Mimi se enfadaba mucho cuando veía á las niñas hacer este gesto, pues decía que eran ademanes de *criadota*. Al bajarse para coger el gusano, Katenka hizo precisamente este ademán, al tiempo que la brisa levantaba un poco el fichú que llevaba al cuello, cuya blancura quedó al descubierto... á dos dedos de mis propios labios. Dejé de mirar al gusano y con toda la fuerza de mi alma estampé un beso en el hombro desnudo de Katenka... La niña ni se volvió siquiera, no dijo nada, mas yo ví que la sangre enrojecía su cuello y sus orejas. Volodia, sin levantar la cabeza, dijo con un tono en que se descubría el desprecio:

—Qué significa tanta ternura, hermanito?



TOLSTOI.—L.A.M. II

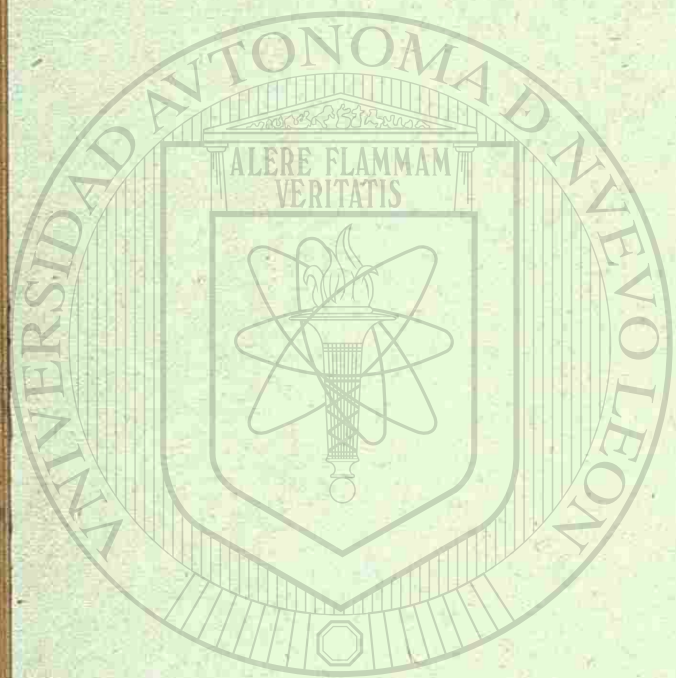
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Y las lágrimas se agolparon á mis ojos.

No paré desde aquel punto de mirar á Katenka... Desde hacía muchísimo tiempo estaba como acostumbrado á ver su pequeño rostro, fresco, rubio... y me gustaba más cuanto más lo miraba; pero desde entonces lo contemplaba aun con mayor placer, y más lo amaba todavía.

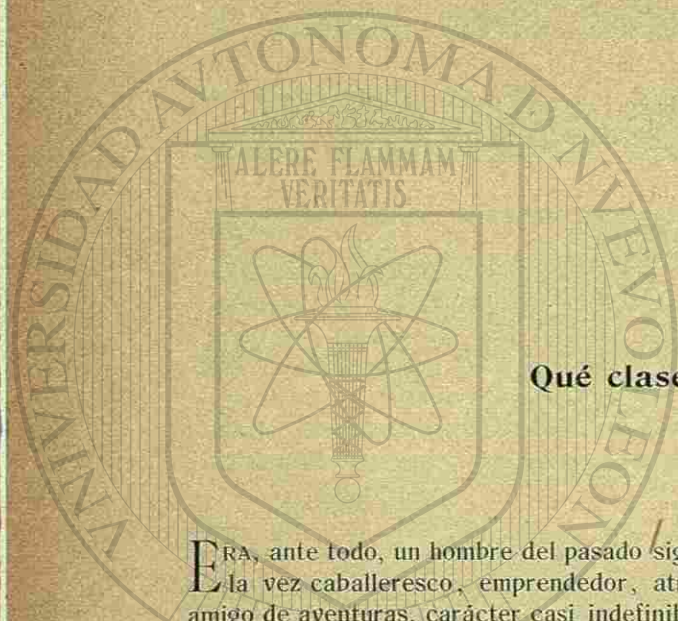
Cuando volvimos al lado de las personas mayores, papá nos dijo que, cediendo á los ruegos de mamá, consentía en dejar la marcha para el día siguiente, lo cual nos llenó á todos de inmensa alegría.

A la vuelta, fuimos siguiendo siempre al break. Volodia y yo, con el deseo de aventajarnos el uno al otro en el arte de la equitación y también en valor, galopábamos sin apartarnos nunca mucho del carruaje en que iban las señoras y las niñas. Mi sombra era ahora mucho más larga que antes, y juzgando por ella considerábame un regular caballero; pero la inmensa satisfacción personal que sentía en aquellos momentos, poco tardó en ser destruída en virtud de la siguiente circunstancia: Deseando ser la admiración de las personas que iban en el break, detuve un momento el trote del caballo, y después con el látigo y apretándole los ijares hice que emprendiese la bestia un buen galope, con el intento de pasar rozando el carruaje por el lado en que iba Katenka; el animal me obedeció y estaba ya pensando en si sería de buen efecto que al pasar lanzase algún grito, cuando al llegar mi caballo junto á los que tiraban del carruaje se plantó en seco, pero con movimiento tan brusco y tan no esperado por mí, que fui lanzado fuera de la silla y muy poco faltó que no diera conmigo en tierra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



X

Qué clase de hombre era mi padre

ERA, ante todo, un hombre del pasado siglo; tenía un carácter á la vez caballeresco, emprendedor, atrevido, amable y muy amigo de aventuras, carácter casi indefinible, común á toda la juventud de nuestro siglo. Miraba con singular desprecio á los hombres de los actuales tiempos, mas su desprecio participaba á la vez de un orgullo innato y algo también y quizás mucho de un secreto despecho por no haber podido alcanzar en nuestro siglo ni la influencia ni los triunfos que él estaba seguro de haber podido lograr en el siglo anterior. Sus dos pasiones principales eran las cartas y las mujeres; durante su vida ganó en el juego algunos millones y tuvo amistad con un número incontable de mujeres de todas las clases.

Era de elevada estatura, de hermosa presencia, con un andar muy especial, pues caminaba siempre á pasos cortos, y tenía la costumbre de mover con mucha frecuencia los hombros; eran sus ojos pequeños, siempre sonrientes, larga la nariz y aguileña, irregulares los labios—que no se plegaban con gracia, pero sí agradablemente—tenía un defecto de pronunciación, ceceaba, y era calvo casi enteramente.

Tal era mi padre, en lo más antiguo que yo lo puedo recordar, y con tal figura se había labrado la reputación de hombre de mucha suerte, y no tan sólo esto, sino que había sabido hacerse agra-

dable á todos sin excepción, á los hombres de clase y de fortuna más diversas, y sobre todo á aquellos á quienes quería él especialmente agradar, con la circunstancia, además, de que sabía siempre mantenerse en situación superior á todos.

Sin haber pertenecido jamás al *gran mundo*, frecuentaba con asiduidad ese medio y supo hacerse agradable y amable á todos. Sabía con mucha habilidad mantenerse en ese grado exacto de orgullo y de presunción que, sin herir la susceptibilidad de los demás, levanta no poco á los hombres en la pública opinión. Sabía ser original á tiempo, pues no se servía de la originalidad sino cuando podía reemplazar con ella la instrucción ó la riqueza. Nada en el mundo parecía bastante para excitar su curiosidad; podía hallarse en la situación más brillante y encumbrada, siempre parecía haber nacido para ocuparla. Sabía tan hábilmente disimular á los demás y aún evitarse á sí mismo el aspecto más enojoso de la vida, llena siempre de pequeñas contrariedades y de pequeños disgustos para todo el mundo, que era imposible no tenerle envidia. Conocía perfectamente todo lo que puede procurar algún placer agradable ó alguna amena distracción, y usaba de ello con largueza. Su fuerte eran las brillantes relaciones que contraía, ya gracias al parentesco de mi madre, ya gracias á sus amigos de la juventud, á los cuales envidiaba, en el fondo de su alma, aunque procuraba no darlo á entender, por haber llegado á las más elevadas situaciones sociales, mientras que él no había podido pasar de teniente de la guardia, ya retirado. Como todos los antiguos militares, tampoco papá sabía vestirse á la moda, pero en cambio acertaba á vestirse con cierta originalidad y elegancia. Solía siempre llevar vestidos ligeros y holgados, con anchas mangas dobladas y cuello blanco... Por lo demás, su elevada estatura, su corpulencia, su testa calva y sus movimientos desembarazados hacían de él un hombre simpático y agradable. Era muy sensible y hasta lloraba fácilmente y con frecuencia, cuando leía en alta voz; al llegar á algún pasaje patético, su voz comenzaba á temblar, aparecían las traidoras lágrimas á sus ojos, y por puro despecho arrojaba el libro. Era amigo de la música y aún cantaba, acompañándose al piano, las romanzas de un amigo



suyo, algunas canciones tziganas y varios motivos de óperas muy conocidas; pero no era partidario de la música sabia, y sin preocuparse para nada de la opinión pública, decía que las sonatas de Beethoven le fastidiaban y que hasta le hacían dormir, y que para su gusto nada había tan hermoso como *Ne m' éveillez pas, jeune fille*, que cantaba Semeonova, ó bien *Pas seule* cantada por la tzigana Taniucha. Era uno de esos hombres que, para hacer una buena obra, necesitan ser vistos del público, y que hallan bueno únicamente aquello que el público dice también que es bueno. Dios solamente sabe si tenía en realidad alguna verdadera convicción propia respecto á moral! Se vió en su existencia atraído por tan diversas direcciones, que tal vez ni tiempo tuvo para formularla, y además sentíase tan contento de la vida que ni un solo momento le pareció que una moral cualquiera fuese necesaria.

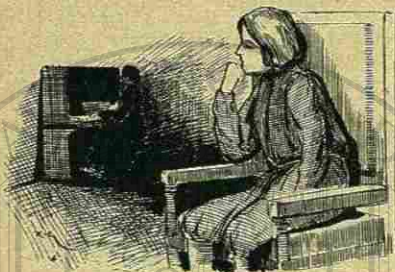
Al envejecer, formáronse ciertamente en él opiniones fijas sobre las cosas y se formularon principios inmutables, pero tan sólo desde un punto de vista extrictamente práctico; creía buenos todos los actos y todas las maneras de vivir capaces de proporcionarle alegría ó placer, y creía que todos los demás habían de hacer lo mismo. Hablaba siempre con vivacidad extraordinaria, y este don aumentaba, paréceme á mí, la elasticidad de sus principios, y además era muy capaz de considerar un hecho mismo ya como la más graciosa de las ocurrencias ya como la más tremenda de las cobardías, hablando de ello en una ó en otra forma según el humor en que se hallara.

XI

Lo que se hacía en el gabinete y en el salón

CAIA ya la tarde cuando llegamos á casa. Mamá se sentó al piano, y los pequeños buscamos papel, lápices, colores y nos sentamos todos entorno de la mesa pequeña, empezando á dibujar. Yo no disponía más que de color azul, pero me empeñé en dibujar una cacería. Cuando había dibujado ya, muy rápidamente, un niño azul, montado en un caballo azul y unos perros azules, no estuve seguro de que se pudiese dibujar también una liebre en azul y para ilustrarme sobre esto corrí al gabinete de papá. Papá estaba leyendo, y á mi pregunta: «Hay liebres azules?» contestó sin levantar los ojos: «Las hay, amigo!»—Volví á la mesa pequeña y dibujé una liebre azul; después me pareció mejor transformarla en un brezal, y así lo hice. El brezal tampoco me pareció bien después, y lo convertí en árbol, el árbol en pajar y el pajar en una hermosísima nube. Finalmente quedó mi papel tan lleno de color azul que, viendo que no podía salirme con la mía, lo rasgué y fui á repantigarme en el sillón... donde me quedé medio dormido mientras estaba mamá tocando el segundo concierto de Field, su maestro. Por mi imaginación fueron pasando una serie de vagos recuerdos, luminosos y transparentes. Empezó luego á tocar la sonata patética de Beethoven, y entonces vino á mi imaginación algo muy triste, muy penoso y sombrío. Mamá tocaba con fre-

cuencia esos dos fragmentos, y por eso recuerdo tan bien las sensaciones que despertaban en mí. Todas esas impresiones parecíanme recuerdos, pero recuerdos de qué?... Parece que recuerdo á veces cosas que no han existido jamás.



Precisamente enfrente de donde yo estaba venía la puerta del despacho de papá, y ví cómo entraban en él Iakov y algunos otros hombres, todos con barba y caftán, detrás de los cuales la puerta se cerró otra vez.

«Ah! van á comenzar los trabajos» pensé yo, bien seguro entonces de que no se podían cumplir en el mundo trabajos más importantes que aquellos que se hacían tras de aquella puerta. Lo que me confirmaba todavía más en esa idea era que cuantos entraban en el despacho de papá andaban con cierto recelo y hablando siempre bajo. A través de la puerta llegaban hasta mí la voz fuerte de papá y un singular olor á tabaco, el cual sin saber por qué, me atrajo siempre mucho. En mi ensueño, me sentí de pronto sorprendido por un rumor de zapatos bien conocido: Karl Ivanovitch, andando también de puntillas, y con el rostro muy sombrío, aunque resuelto, llevando unos papeles en la mano, se aproximó á la puerta y llamó quedamente. Se le hizo entrar y la puerta cerróse de nuevo.

«Con tal que no suceda alguna desgracia! pensé; Karl Ivanovitch está muy irritado, y es capaz de todo...»

Y nuevamente me dormí.

Sin embargo, ninguna desgracia se produjo; una hora después, el mismo ruido de los mismos zapatos me despertó otra vez. Karl Ivanovitch, enjugándose con un pañuelo las lágrimas que yo ví con mis propios ojos en sus mejillas, franqueó la puerta, y murmurando algo con voz entrecortada, subió muy despacio arriba. Detrás de él, salió papá del despacho y entró en el salón.

—Sabes lo que acabo de decidir?—dijo con alegre voz, mientras ponía una mano sobre el hombro de mamá.

—Qué, amigo mío?

—Me llevo á Karl Ivanovitch con los niños. Habrá sitio bastante en el coche. Además, los niños están muy hechos á su compañía, y él por su parte les tiene mucho afecto... Además, siete

cientos rublos anuales no son una gran cosa... En fin, que, en el fondo, es un excelente hombre.

Me fué imposible comprender por qué papá trataba en semejante forma á Karl Ivanovitch.

—Lo celebro mucho por los niños y por él mismo—dijo mamá, —es muy bueno.

—Si hubieses visto cómo se ha enternecido cuando le he dicho que podía guardar los 500 rublos á título de regalo... Pero lo más sorprendente y divertido es la nota que me ha traído; es preciso verlo—añadió sonriendo, mientras daba á mamá un papel escrito por la mano de Karl Ivanovitch,—es verdaderamente encantador!

La nota decía así:

«Para los niños, dos anzuelos—70 kopeks.

»Papel de color con cantos dorados, cola y mimbres, para regalos—6 rublos.

»Libro y arco, regalos para los niños—8 rublos, 16 kopeks.

»Pantalones para Nicolás—4 rublos.

»Reloj de oro, prometido por Piotr Alexandrovitch, en Moscou el día...—140 rublos.

»En total, Karl Mayer ha de recibir, además de sus honorarios, la suma de 159 rublos, 79 kopeks.»

Al leer esta nota en virtud de la cual Karl Ivanovitch reclamaba el pago de todo el dinero gastado por él en regalos para niños, y hasta el importe de un regalo que se le había prometido, pensará todo el mundo que Karl Ivanovitch era un hombre sin corazón, interesado, egoísta, y todo el mundo se engañará.

Al entrar en el despacho, con sus papeles en la mano y su discurso en la cabeza, tenía sin duda la intención de exponer elocuentemente á papá todas las grandes injusticias que con él se habían cometido en casa; pero al comenzar á hablar, con aquella misma voz llena de ternura y con las mismas entonaciones sentimentales que acostumbraba á tomar para hacernos el dictado, su elocuencia obró con fuerza extraordinaria sobre sí mismo, de tal modo, que al llegar al pasaje en que decía: «Aunque siento inmensa tristeza al separarme de los niños...» se sintió desfallecer por dentro totalmente, se hizo temblona su voz y vióse obligado á sacar aquel gran pañuelo de cuadros.

—Sí, Piotr Alexandrovitch—dijo entonces á través de sus lágrimas, y sin que este pasaje formase parte del discurso que llevaba preparado:—estoy tan acostumbrado á los niños, que sin ellos ya no sabré qué hacer. Antes que abandonarlos, preferiría

serviros sin honorarios de ninguna clase... — y fué precisamente al pronunciar estas palabras cuando alargó á papá su nota.

Habló en aquel instante con toda sinceridad Karl Ivanovitch?



Puedo afirmar que sí, pues conozco sobradamente su buen corazón; pero, entonces, cómo conciliar su nota con sus palabras? Eso es todavía para mí un gran misterio.

—Si para vos sería triste, lo sería más aun para mí tener que separarnos — dijo papá, dándole algunos golpecitos en la espalda. — Lo he reflexionado mejor...

Un poco antes de la cena, entró Gricha en el salón; desde el punto en que pusiera los pies en casa, no había cesado de suspirar y de llorar, lo que, según opinión de los que tenían fe en su don de profecía, anunciaba una gran desgracia para nuestra casa.

Se despidió de todos é hizo saber que al día siguiente, muy de mañana, partiría para muy lejos. Dirigió á Volodia una mirada de inteligencia y salimos fuera del salón.

—Qué hay?

—Que sí queremos ver las cadenas de Gricha, no hemos de hacer más que subir arriba ahora mismo; el peregrino duerme en el segundo cuarto, en el desván podemos sentarnos y desde allí lo veremos todo muy bien.

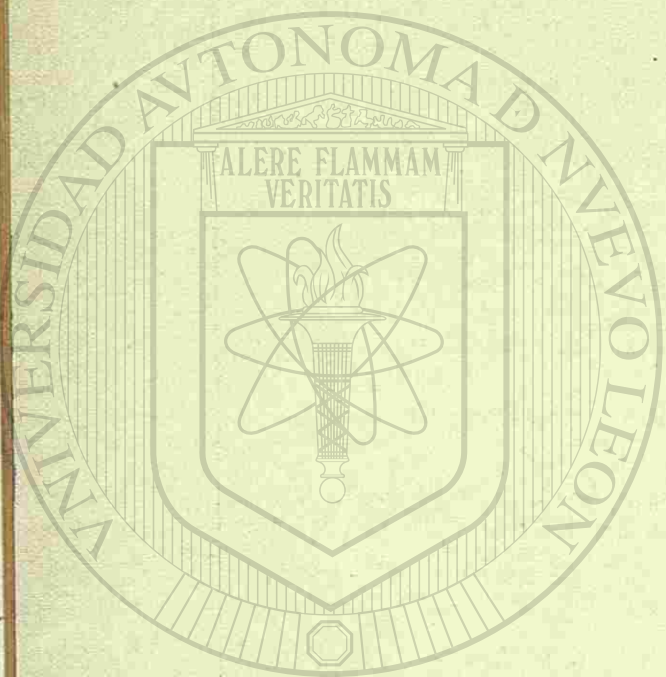
—Perfectamente, aguárdame; voy á llamar también á las niñas.

Las muchachas acudieron enseguida y juntos nos lanzamos escalera arriba.

Después de una corta y silenciosa discusión, para ver quién entraría primero en el oscuro desván, nos sentamos cómo mejor pudimos y esperamos.



TOLSTOI. — LÁM. III.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XII

Gricha

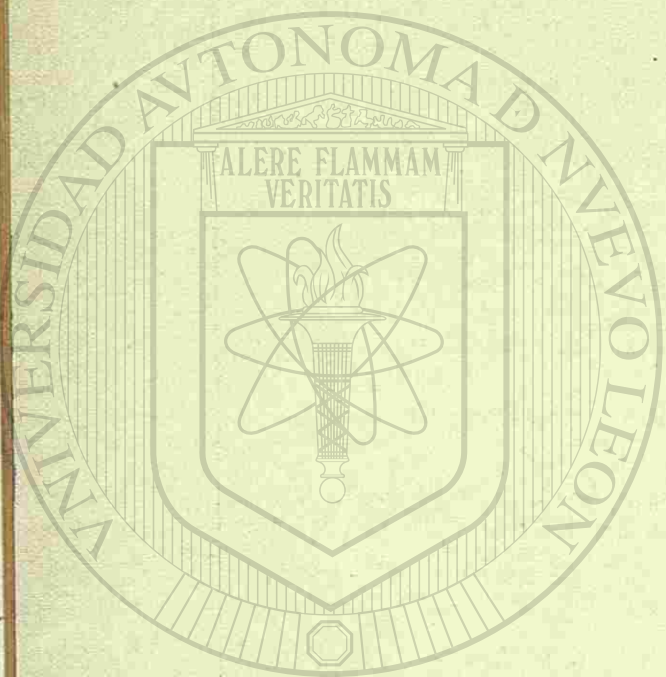
LA oscuridad nos causaba á todos un miedo enorme, nos apretamos los unos contra los otros, sin decir nada; casi en aquel mismo momento, andando con gran lentitud, entró Gricha en su cuarto. En una mano llevaba el bastón, y en la otra una candela de sebo puesta en una palmatoria de cobre.

Nosotros nos estuvimos todos muy quietecitos, conteniendo hasta la respiración.

—Señor mío Jesús Cristo!... Santa madre y Señora nuestra! En el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...—iba diciendo el peregrino con gran esfuerzo, como si se ahogase y con entonaciones y abreviaciones muy singulares, aunque suelen ser comunes en los que con mucha frecuencia repiten esas palabras.

Sin dejar de orar, puso el bastón á un lado y echando una ojeada sobre el lecho empezó á desnudarse. Desabrochóse el viejo cinturón negro, y empezó á quitarse lentamente su caftán de *nankin*, roto por mil partes, lo dobló cuidadosamente y lo puso en el respaldo de una silla. El rostro del viejo no tenía en aquel momento su expresión ordinaria, como de hombre muy atareado é idiota, sino que al contrario, aparecía tranquilo, pensativo y hasta en cierto modo majestuoso. Sus movimientos eran lentos y sosegados.

Cuando estuvo en camisa, se sentó pausadamente en la cama, hizo la señal de la cruz en todas las partes de su cuerpo, no sin



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



XII

Gricha

LA oscuridad nos causaba á todos un miedo enorme, nos apretamos los unos contra los otros, sin decir nada; casi en aquel mismo momento, andando con gran lentitud, entró Gricha en su cuarto. En una mano llevaba el bastón, y en la otra una candela de sebo puesta en una palmatoria de cobre.

Nosotros nos estuvimos todos muy quietecitos, conteniendo hasta la respiración.

—Señor mío Jesús Cristo!... Santa madre y Señora nuestra! En el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...—iba diciendo el peregrino con gran esfuerzo, como si se ahogase y con entonaciones y abreviaciones muy singulares, aunque suelen ser comunes en los que con mucha frecuencia repiten esas palabras.

Sin dejar de orar, puso el bastón á un lado y echando una ojeada sobre el lecho empezó á desnudarse. Desabrochóse el viejo cinturón negro, y empezó á quitarse lentamente su caftán de *nankin*, roto por mil partes, lo dobló cuidadosamente y lo puso en el respaldo de una silla. El rostro del viejo no tenía en aquel momento su expresión ordinaria, como de hombre muy atareado é idiota, sino que al contrario, aparecía tranquilo, pensativo y hasta en cierto modo majestuoso. Sus movimientos eran lentos y sosegados.

Cuando estuvo en camisa, se sentó pausadamente en la cama, hizo la señal de la cruz en todas las partes de su cuerpo, no sin

grandes esfuerzos, á juzgar por las muecas que hacía, y se arregló un poco las cadenas de hierro...

Después de permanecer un momento sentado y de examinar su camisa, rota por todos lados, se puso en pie y empezó á orar muy devotamente ante las imágenes sagradas, se persignó sin dejar de contemplarlas, y finalmente sopló la luz que se apagó crepitando.

Una luna clarísima daba de lleno en la ventana que miraba á los bosques. La larga figura blanquecina del inocente apareció iluminada de un lado por los rayos pálidos y argentinos del astro de la noche, mientras que del otro lado se confundía casi enteramente con las sombras... En el jardín, el vigilante dió un fuerte golpe en su placa de cobre.

Cruzando sus largos brazos sobre el pecho, inclinada la cabeza y suspirando penosamente y seguidamente, Gricha, silencioso, permaneció un buen espacio delante de las estampas, y después con inmenso trabajo se arrodilló y empezó otra vez á orar.

Primero recitó en voz baja las plegarias más conocidas, aunque acentuando singularmente algunas de sus palabras, luego las repitió, pero levantando la voz y con extraordinaria animación. Después pronunció algunas de las frases que le eran peculiares, esforzándose por expresarse en lengua eslava, lo cual costábale no poco trabajo. Todas esas frases eran muy incoherentes, pero también muy llenas de una ternura indecible... Rogaba por todos sus bienhechores—así llamaba á todos los que le recibían en sus casas—y entre otros, entendí que rezaba por mamá y por toda la familia; finalmente rogó por él mismo, pidió á Dios el perdón de sus pecados, mientras con frecuencia repetía: «Dios perdone á mis enemigos!» Gimiendo se levantó y repitió todavía una y otra vez las mismas frases, se prosternó de nuevo y de nuevo se levantó, aunque tanto dificultaba sus movimientos el peso enorme de las cadenas, las cuales al dar en el suelo hacían un ruido sordamente metálico.

Volodia me pellizó en la pierna, haciéndome un gran daño, mas yo ni me volví siquiera; no hice mas que rascarme la parte dolorida y continué observando, con un sentimiento de infantil admiración, de veneración y de lástima, todos los movimientos y todas las palabras del viejo Gricha.

En vez de reirme mucho, como creí que podría hacer antes de subir al desván, sentía una especie de miedo recorrer todo mi cuerpo y una grande angustia en el corazón.

Gricha permaneció todavía largo tiempo en ese estado de éxtasis religioso, y fué inventando cada vez nuevas plegarias. Ora

repetía muchas veces seguidas: «Señor, ten piedad de nosotros!» pero siempre con mayor fuerza de expresión; ora: «Perdóname, Señor... Enséñame lo que hay que hacer... Señor!» dicho con tan firme expresión, que no parecía sino que aguardaba una respuesta inmediata á sus palabras; otras veces no se oía más que una especie de sollozos y quejidos... Finalmente, se levantó, cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció en silencio.

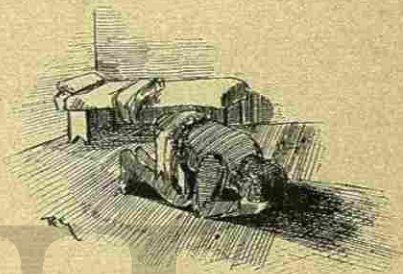
Saqué poco á poco la cabeza fuera de la puerta, y reteniendo la respiración, contemplé más atentamente al viejo. Gricha no se movía, de su pecho salían grandes suspiros y en la niña sin luz de su ojo enfermo, de lleno iluminado por la luna, brilló una lágrima.

—Hágase tu voluntad!— exclamó de pronto con una expresión inimitable, y prosternándose otra vez, con la frente tocando el suelo, lloró lo mismo que un niño...

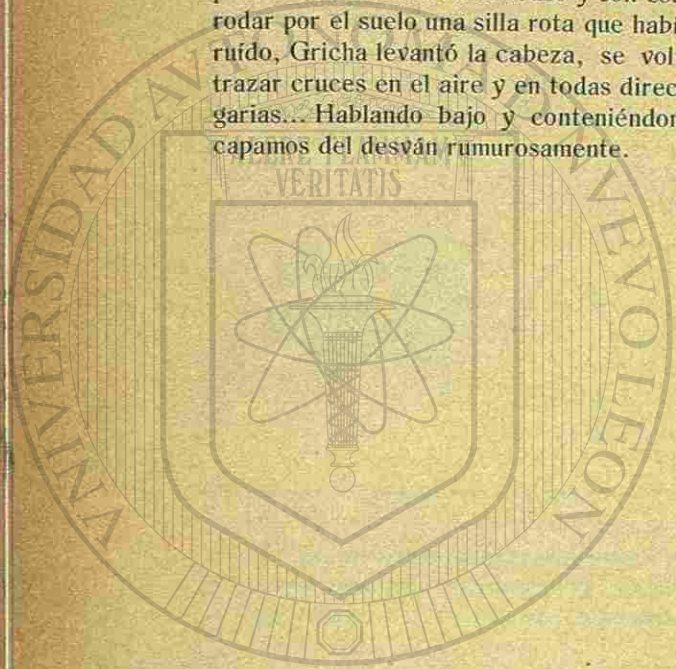
Muchísima agua ha corrido desde entonces, muchos recuerdos del pasado han perdido para mí su significación y se han convertido en un vago ensueño, el mismo peregrino Gricha ha hecho hace ya muchos años su último viaje; pero la impresión que produjo en mí aquella noche y el sentimiento que excitó, no se extinguirán jamás de mi memoria.

Oh! gran cristiano Gricha! Éra tan fuerte tu fe que sentiste la aproximación de Dios; era tan grande tu amor, que las palabras salían por sí mismas de tus labios, pues nunca las comprobaste con la razón... Y cómo sabías engrandecer su magnificencia, cuando, no hallando palabras para expresarlo, prosternábaste en tierra y llorabas!...

El estado de singular enternecimiento en que espiaba yo al peregrino no podía ya prolongarse mucho tiempo, primeramente porque mi curiosidad estaba ya satisfecha, y segundamente porque las piernas me dolían por haber estado tanto rato en la misma posición, y porque deseaba tomar alguna parte en los callados juegos que adivinaba entorno mío, en el oscurísimo desván. Alguien me cogió una mano y en voz muy baja me dijo al oído: «De quién es esta mano?» Lo cierto es que la oscuridad era en el desván completa; mas por el solo contacto y por la entonación de la voz que me habló, reconocí en el acto á Katenka.



Inconscientemente, sin darme cuenta de lo que hacía ni porque lo hacía, cogí el brazo de la niña, desnudo hasta el codo y apliqué mis labios sobre la sedosa y dulcísima piel. Katenka se sorprendió y se extrañó indudablemente mucho de lo que yo hacía, pues retiró con fuerza el brazo y con este brusco movimiento hizo rodar por el suelo una silla rota que había en el desván. Al oír el ruido, Gricha levantó la cabeza, se volvió lentamente, empezó á trazar cruces en el aire y en todas direcciones y volvió á sus plegarias... Hablando bajo y conteniéndonos apenas la risa, nos escapamos del desván rumbrosamente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XIII

Natalia Savichna

Al mediar el último siglo, por las callejuelas del poblado de Khabarovka, corría, vestida de harapos y desnudos los pies, pero siempre alegre, fuerte y coloreadas las mejillas, la niña á quien llamaban *Natachka*, ó sea el diminutivo familiar de Natalia. En virtud de ciertos servicios que le prestara su padre, Sava el tocador de clarinete, mi abuelo había accedido á su demanda y tomó á *Natachka* al servicio de la casa, en donde desde aquel punto formó parte del servicio doméstico femenino de mi abuela. Convertida más tarde *Natachka* en camarera, distinguióse en sus funciones por la dulzura de su carácter y su gran celo. Al nacer mi madre y ser precisa una niñera, fué *Natachka* la preferida para ese nuevo y delicadísimo cargo, en el cual supo merecer los mayores elogios y las más grandes recompensas por su actividad y por la fidelidad que tuvo siempre á su joven señora, á la cual servía desde niña. Pero los cabellos enharinados y los zapatos con flecos del mayordomo Foka á quien sus peculiares servicios ponían en frecuentes relaciones con *Natachka*, llegaron á cautivar su corazón adusto, aunque generoso y amante. A tanto llegó su afición amorosa que se decidió un día á presentarse á mi abuelo, con el objeto de pedirle el permiso para casarse con Foka. Pero mi abuelo acogió la pretensión de *Natachka* como una muestra de inmensa ingratitud, se enfadó, y para castigarla envió á la desola-

da sirviente, en calidad de moza de corral, á una hacienda de las muchas que tenía en un pueblo perdido allá en medio de las estepas.

Sin embargo, seis meses después, al ver que nadie era capaz de reemplazarla, Natalia volvió á la casa y entró de nuevo en sus antiguas funciones.

Al volver del destierro hecha un harapo, fué primeramente á ver á mi abuelo, echóse á sus pies y le rogó con las lágrimas en los ojos que se dignase volverle su estimación y su benevolencia, y olvidase para siempre un momento de locura que ella juraba que no volvería jamás. Y en efecto, mantuvo su palabra.

Desde aquel día Natachka se convirtió en Natalia Savichna y empezó á usar la negra cofia de las mujeres mayores, concentrando en su joven dueña el inmenso tesoro de amor que encerraba su tierno corazón.

Cuando una institutriz vino á ocupar su puesto cerca de mamá, se confiaron á Natalia las llaves de la despensa y de los grandes armarios de ropa blanca, poniendo en sus nuevas funciones el mismo celo y el mismo entusiasmo. No vivía sino mirando por los intereses de los amos, y por todas partes veía el despilfarro, el robo, esforzándose en evitarlos ó disminuirlos.

Cuando se casó mi madre, para recompensar de algún modo á Natalia Savichna sus veinte años de fidelísimos servicios, la llevó consigo, y dándole gracias, en los más elogiosos términos, por su afecto á la casa y su celo en servirla, le entregó un papel sellado con el acta de liberación en favor suyo y además le hizo saber que recibiría una pensión anual de 300 rublos, continuase ó no al servicio de la familia. Natalia Savichna escuchó todo esto con el mayor silencio, luego tomando el papel lo miró con desprecio por todos lados, y murmurando algo entre dientes salió de la sala cerrando con gran violencia la puerta. No atinando en la causa de tan extraña conducta, mi madre fué poco después al cuarto de Natalia Savichna, y allí la encontró, sentada en un cofre, llenos de lágrimas los ojos y estrujando entre sus manos el pañuelo, mientras tenía fijamente clavada la mirada en los pequeños pedazos de



papel desparramados por el suelo que eran lo á que había venido á parar el acta de su liberación.

—Pero, qué tienes, paloma mía? Qué te pasa, Natalia Savichna? —preguntóle mamá mientras le cogía entre las suyas una de sus manos.

—Nada, madrecita, no es nada—contestó;—es que en algo muy grave he de haberos faltado, pues me arrojáis de casa... Bien está, me iré.

Y esto diciendo se levantó, y sin poder retener sus lágrimas, dió algunos pasos para salir del cuarto. Mamá la detuvo, la abrazó estrechamente y lloraron juntas.

Desde tan antiguo como mis recuerdos alcanzan, veo á Natalia Savichna con todo su afecto y con todas sus caricias para conmigo, aunque únicamente ahora puedo apreciarlas bien, pues yo no tenía entonces la menor idea de lo rara y á la vez excelente criatura que era á un mismo tiempo aquella buena vieja.

No tan sólo era de notar que no hablaba jamás de sí misma, sino que ni siquiera se preocupaba lo más mínimo por lo que á ella sola interesaba; toda su vida fué una vida de amor y de abnegación. Tan habituado estaba yo á su tierna y desinteresada devoción por nosotros, que ni imaginaba que pudiese ser de otro modo, ni sentía reconocimiento por ello, ni recuerdo tampoco que me hubiese hecho nunca la pregunta: Pero, ella está contenta, es feliz?

A veces, por el más fútil pretexto, me largaba de la clase, corría á su cuarto, me sentaba donde me venía bien, y sin preocuparme de su presencia, empezaba á charlar y á decir las mil tonterías.

La vieja estaba siempre haciendo algo: ó revolvía los cofres y armarios, que no faltaban ciertamente en su cuarto, ó pasaba lista de la ropa blanca, ó hacía simplemente calceta, siempre escuchando con benevolencia las cosas que yo decía: «Cuando sea general, me casaré con una mujer de extraordinaria hermosura, compraré un caballo bayo, me haré construir un palacio de cristal, y haré venir de Sajonia los padres de Karl Ivanovitch». Ella iba diciendo á todo: «Oh, sí, sí, padrecito, sí...» Casi siempre, cuando hacía yo ademán de marcharme, abría Natalia Savichna un pequeño cofre azul celeste, en el interior de cuya tapa, lo recuerdo todavía perfectamente, estaba pegada la imagen en colores de un húsar, procedente de un pote de pomada, y al lado un dibujo de Volodia; sacaba del cofrecito una pastilla odorífera, la encendía y mientras la agitaba un poco iba diciendo:

—Cuando vuestro difunto abuelo —que Dios guarde!— fué á batiirse allá lejos contra los turcos, nos trajo eso de aquellas tierras... Ya ves... este pedacito es el último que queda,—añadía con un gran suspiro.

En las arcas y cofres de que estaba su cuarto lleno, había de todo, de todo. Cuando alguien necesitaba, no importa qué clase de cosa, por extravagante que fuese, decían siempre: «Pídase á Natalia Savichna», y era verdad, pues buscando bien acababa siempre por hallar lo que se le pedía, y entonces exclamaba: «Ya veis cómo hice bien en guardarlo». En su cofre había realmente millares de objetos, de los cuales nadie más que ella podía sospechar la existencia.

Una vez me enfadé fuerte con ella. Ved como fué. Mientras comíamos, al ir á echarme un poco de *krass* (1) se me escapó el jarro de las manos é inundé la mesa.

—Llamad á Natalia Savichna, para que vea lo bien que se porta su preferido,—dijo mamá.

Entró Natalia Savichna y al ver la maldad que yo había hecho, empezó á mover de un lado á otro la cabeza; después, le habló mamá al oído, y salió no sin dirigirme antes un gesto amenazador.

Después de comer, lo más alegre del mundo, me dirigía saltando hacia el salón, cuando de pronto se me presenta delante Natalia Savichna, y mientras me coge con una mano, á pesar de que yo me resistía desesperadamente, empieza á frotarme por la cara los manteles húmedos, repitiendo: «Otra vez no mojarás los manteles, otra vez no mojarás los manteles!»



Me sentí por ello tan fuertemente ultrajado que lancé verdaderos gritos de rabia. «Cómo, me decía á mí mismo caminando hacia el salón y enjugándome las lágrimas, Natalia Savichna, ó simplemente Natalia, se atreve á tutearme y además me restrega el rostro con los manteles mojados, como si yo fuese hijo de siervo... Oh! es horrible!»

Cuando Natalia Savichna me vió llorar, huyóse rápidamente, y yo me quedé pensando en los medios de vengarme de la injuria que acababa de hacerme la atrevidísima Natalia.

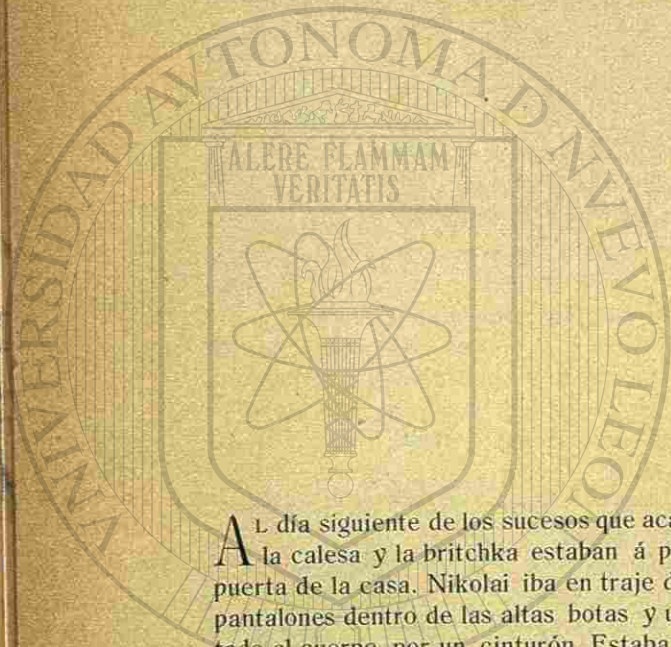
(1) Bebida fermentada á base de féculas.

Al cabo de algunos minutos, se presentó de nuevo en el salón Natalia Savichna, se me acercó tímidamente y empezó á consolarme.

—Vaya, no lloréis más, padrecito mío, no lloréis más... perdonadme... tonta que he sido, y muy culpable... Verdad que me perdonáis, palomita mía?... Ea! esto es para vos.

Y sacó de debajo del chal un cartuchito de papel encarnado en el cual había dos caramelos y un higo seco, alargándome con mano trémula el presente. No me atreví á mirar frente á frente á la buena vieja y casi arrebaté de sus manos el regalo... Después corrieron más abundantes mis lágrimas, pero ya no eran lágrimas de rabia, sino lágrimas de ternura y de vergüenza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XIV

Separación

Al día siguiente de los sucesos que acabo de narrar, á mediodía, la calesa y la britchka estaban á punto de marcha frente la puerta de la casa. Nikolai iba en traje de camino, eso es, con los pantalones dentro de las altas botas y un viejo caftán bien apretado al cuerpo por un cinturón. Estaba de pie sobre la britchka, arreglando las mantas y los almohadones de los asientos. Cuando creyó que estaban á la debida altura se sentó encima y á fuerza de algunos golpes los fué allanando.

—En nombre de Dios, Nikolai Dmitritch, puede que quepa todavía en vuestro coche este paquete del amo?—dijo el criado de papá, sacando la cabeza por la ventanilla de la calesa—es tan pequeño!...

—Debiste decirlo antes, Mikhei Ivanitch,—respondió Nikolai vivamente; y con rabia lanzó al fondo de la britchka y con todas sus fuerzas un grueso paquete.—Os juro que tengo trastornada la cabeza y venís todavía con vuestros paquetitos,—añadió quitándose el casquete y enjugándose el sudor que resbalaba por su morenida frente.

Los criados de la casa, unos en caftán y otros en blusa, todos descubierta la cabeza, y las mujeres vestidas con telas de indiana, con niños en los brazos mientras otros corrían descalzos entorno de todos ellos, estaban agrupados junto á la puerta mirándolo todo

y hablando animadamente. Uno de los postillones—uno muy viejo, muy encorvado, cubierta la cabeza con un gran casquete de invierno—estaba examinando con suma atención todo el juego de la calesa, mientras otro,—un hombre joven y vigoroso, que iba en mangas de camisa, la cual llevaba remendada en los codos con tela encarnada, cubierta la testa con un gran fieltro negro, que se echaba ora sobre una oreja, ora sobre la otra para mejor rascarse sus rubios bucles—puso su garibaldina sobre el asiento, dejó á un lado las riendas, y haciendo chasquear el látigo miraba tan pronto á la punta de sus botas como á los cocheros que estaban engrasando la britchka. Uno de éstos, con gran esfuerzo levantaba el carruaje, mientras el otro, medio echado debajo de la rueda, engrasaba cuidadosamente el eje... y para no perder la grasa que le quedaba en la brocha engrasó también la llanta de las ruedas. Los caballos de posta, verdaderos rocines, de todos colores y cataduras, estaban cerca de la verja, y agitaban melancólicamente la cola para espantarse las moscas. Unos, estirando sus patas gruesas y velludas, cerraban los ojos y se dormían; otros, para pasarse el fastidio, se entretenían frotándose mutuamente ó bien masticaban hojas y brotes de una planta trepadora que crecía junto á la puerta de la casa y era de un verde oscurísimo. Los lebreles, estaban unos tendidos al sol y suspirando pesadamente, mientras otros andaban buscando la sombra de la calesa y de la britchka, lamiendo golosos la grasa de sus ejes. El aire llegaba cargado de polvo; el horizonte era de un tinte violeta gris, pero en el cielo no se descubría la más pequeña nube. Un fuerte viento del oeste levantaba en la carretera y en los campos verdaderos torbellinos de polvo, doblaba la cima de los elevados tilos del jardín y se llevaba lejos las hojas amarillentas que se desprendían de las ramas. Sentéme junto á la ventana, aguardando que se acabase con tantos preparativos.

Cuando estuvimos todos reunidos entorno de la mesa redonda del salón, para vernos juntos por la última vez, en lo menos que pensaba era en el momento de profunda tristeza que á todos nos aguardaba. Los más fútiles pensamientos sentía agitarse en mi cabeza. Me preguntaba, como si se tratase de cosas realmente importantes: Cuál será el cochero que guíe la britchka, y cuál el que venga en la calesa? Quién irá con papá, y quién con Karl Ivanovitch? Por qué se habrán empeñado en abrigarme tanto, para ponerme encima todavía un gran peludo? Soy yo tan delicado? O es que correremos peligro de helarnos? Bah! lo que interesa es que acabe todo pronto... que subamos á los coches y partamos...

—A quien me mandáis que entregue la lista de la ropa interior

de los niños?—preguntó Natalia Savichna, que entraba en aquel momento con los ojos llenos de lágrimas y dirigiéndose á mamá.

—Dadla á Nikolai, y venid enseguida á despediros de los niños.

La buena vieja quiso decir algo; pero inmediatamente se detuvo, escondió el rostro en el pañuelo, y haciendo con la otra mano un ligero ademán, salió de la estancia. Al ver llorar á la anciana, se conmovió mi corazón, pero la impaciencia que sentía pudo más que ese sentimiento, y volviendo á mi indiferencia, continué escuchando la conversación que tenían papá y mamá. Hablaban de cosas que evidentemente ni al uno ni al otro interesaban: Qué falta comprar para la casa? Qué diremos á la princesa Sofía y á *madame* Julia? Cómo estarán los caminos?

Apareció entonces Foka, y en el mismo tono con que anunciaba: «la comida está servida» dijo deteniéndose en el dintel de la puerta: «Los carruajes están á punto». Observé entonces que mamá hizo un movimiento de sorpresa y palideció horriblemente al oír esas palabras, como si no las hubiese esperado.

Se dió orden á Foka de que cerrase todas las puertas y ventanas del salón. Esto me divertió no poco, pues pensaba: «Diríase que nos hemos de esconder de alguno».

Cuando estuvimos todos sentados, Foka se apoyó también en el borde de una silla, pero en aquel preciso momento rechinó la puerta, y todos nos volvimos, viendo entrar casi corriendo á Natalia Savichna, quien, sin levantar siquiera los ojos, vino á sentarse cerca de la puerta, en la misma silla de Foka. Veo todavía la cabeza calva, el rostro arrugado é inmóvil de Foka, junto al rostro todavía lleno de vida de la buena Natalia, con su cofia por debajo de la cual se escapaban

sus cabellos grises... Los dos sentados en la misma silla, y los dos como si estorbase el uno al otro.

Yo continuaba en mi estado de indiferencia, más impaciente que otra cosa: los diez segundos que estuvimos con las ventanas cerradas me parecieron á mí una hora interminable. Por fin, levantáronse todos, hicieron la señal de la cruz, y las despedidas comenzaron. Papá abrazó á mamá y la besó diferentes veces.



—Vamos, amiga mía!—dijo—que no nos separamos por todo un siglo.

—No obstante, es cosa muy triste!—dijo mamá con los ojos llenos de lágrimas.

Al oír su voz, al ver cómo temblaban sus labios balbucientes y al contemplar las lágrimas que surcaban sus mejillas, olvidé de pronto todas mis impaciencias... Sentí una tan inmensa tristeza, llenó mi alma tan profundo dolor, mezclado con el temor vago de no sabía qué, que hubiera preferido huir antes que despedirme de mi madre. Pero comprendí en aquel momento, no sé cómo, que al besar á papá, nos había también besado á nosotros.

Había ya dado tantos besos á Volodia y había hecho sobre su rostro tantísimas cruces, que—creyendo que había llegado mi turno—me adelanté; pero seguía bendiciéndole todavía y apretándole contra su pecho. Por fin, me acerqué á ella y la besé, abrazándome con todo su cuerpo, y lloré, lloré mucho, sin pensar entonces más que en mi gran dolor.

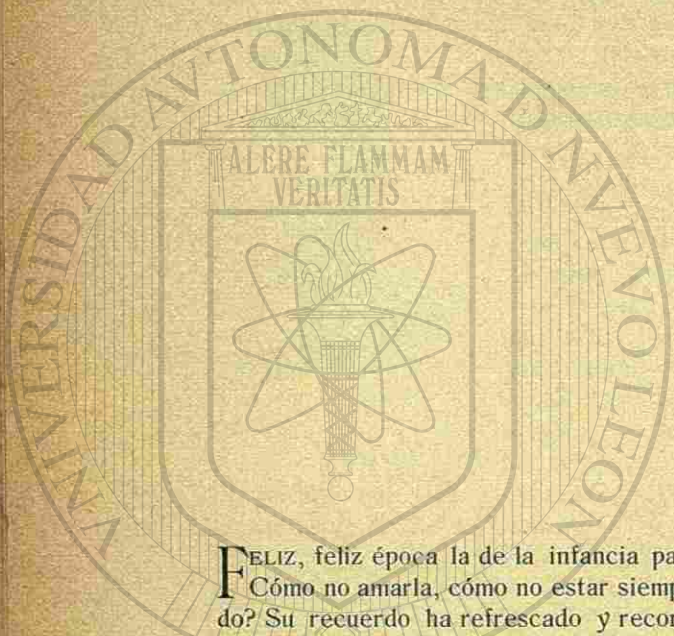
Al salir para bajar al jardín, nos hallamos en la antecámara á toda la servidumbre enojosa, aguardándonos en fila para despedirse. Sus «dadme la manecita si os place», sus sonoros besos en el hombro y el olor de grasa de sus cabellos, excitaban en mí poco menos que asco. Todavía bajo la influencia de este sentimiento, besé con extraordinaria frialdad la cofia de Natalia Savichna, cuando llena de lágrimas se bajó un poco para besarme á mí.

Cosa bien rara, veo todavía los rostros de los domésticos con tal precisión que podría dibujarlos todos, aún en sus menores detalles; pero el rostro y la actitud de mamá escapan del todo á mi imaginación, lo cual depende, sin duda, de que, mientras duró la despedida, ni un solo momento me atreví á mirarla frente á frente. Parecióme que si la miraba, su dolor y mi dolor llegarían á traspasar los humanos límites.

Me metí el primero en la calesa, y me coloqué en el fondo de todo. Con la capota levantada bien poca cosa podía ver, pero un secreto instinto me decía que mamá estaba todavía allí...

«La miraré por última vez, ó no?... Ea! por última vez» me dije, y me abalancé fuera de la calesa, hacia el portal de la casa. En aquel momento, mamá, sin duda con la misma idea de verme por la última vez, acercóse á la parte opuesta de la calesa, y me llamó. Al oír su voz á mi espalda, me volví tan bruscamente que nuestras cabezas chocaron. Ella se sonrió con infinita tristeza y me besó por última vez, pero muy fuerte, muy fuerte...

Cuando habían dado ya los caballos algunos pasos, me decidí



XV

La infancia

FELIZ, feliz época la de la infancia para siempre desaparecida! Cómo no amarla, cómo no estar siempre acariciando su recuerdo? Su recuerdo ha refrescado y reconfortado muchas veces mi alma y ha sido la fuente de mis alegrías más puras...

Después de haber estado todo el día corriendo hasta fatigarme, vengo y me siento á la mesa del té, en mi alta silla de niño; es ya muy tarde y hace ya rato que me he bebido mi taza de leche con azúcar. El sueño cierra materialmente mis párpados, mas yo no me muevo de mi sitio, me quedo donde estoy sentado y escucho. Cómo no escuchar? Mamá está hablando con alguno, y es muy dulce el sonido de su voz, muy agradable. Tan sólo el sonido habla tan intensamente á mi corazón! Con mis ojos medio cerrados por el sueño, me quedo mirando su rostro con fijeza, y de pronto va haciéndose pequeño, pequeño... no mayor que un botón, pero le veo con una limpidez extraordinaria y veo que me mira y se sonríe. Me gusta ver tan pequeñita su cara. Voy cerrando todavía más los ojos, y entonces se me figura no mayor que esas pequeñas imágenes que vemos en el fondo de las pupilas. Mas, ay! de pronto remuévome en mi silla y el encanto queda roto. Cierro todavía más los ojos, me vuelvo á un lado y á otro; por todos los medios que me sugiere mi infantil ingenio intento rehacerlo, pero todo es en vano,

me levanto y poniéndome como de rodillas me instalo lo más cómodamente que puedo en el sillón.

—Vas á dormirte otra vez, Nikolenka—me dice mamá;—harías mejor en subir á acostarte.

—Es que no quiero todavía dormir, mamá,—contesto; y unos sueños muy vagos, pero muy dulces, me llenan de nuevo la imaginación; el bueno y confortante sueño de la infancia cierra otra vez mis párpados, y al cabo de un momento me quedo dormido, permaneciendo en la misma postura hasta que me despiertan... A veces siento, á través de mi sueño, que una mano me acaricia tiernamente, y aún durmiendo reconozco esta mano, la tomo y apretándola muy fuerte, muy fuerte la llevo amorosamente á mis labios.

Todo el mundo se ha retirado ya; únicamente una bujía queda encendida en el salón. Mamá dice que ella misma me despertará... se sienta en el propio sillón donde estoy yo dormido, y pasa su mano fina y suavísima por mis cabellos y mis mejillas y hasta oigo el murmullo de su voz bien conocida y encantadora:

—Anda, levántate, hijo mío; ya es tiempo de ir á la cama.

Ninguna mirada indiferente ó fría la contiene; no teme ya derramar sobre mí toda la ternura de su amor. Yo ni siquiera me muevo, pero aprieto su mano con mayor fuerza todavía.

—Levántate, angel mío.

Con su otra mano me acaricia el cuello, y moviéndolos con rapidez sus dedos cosquillean suavemente mi piel. La cámara está silenciosa y medio á oscuras; mis nervios se hallan excitados por el cosquilleo y por el despertar, todo á un tiempo; mamá está junto á mí, me toca, siento su perfume, oigo su voz... Echo de pronto un brinco, con mis brazos rodeo su cuello, ella aprieta mi cabeza contra su pecho y yo murmuro:

—Oh! mamá, oh! mi queridísima mamá, cuánto te amo!

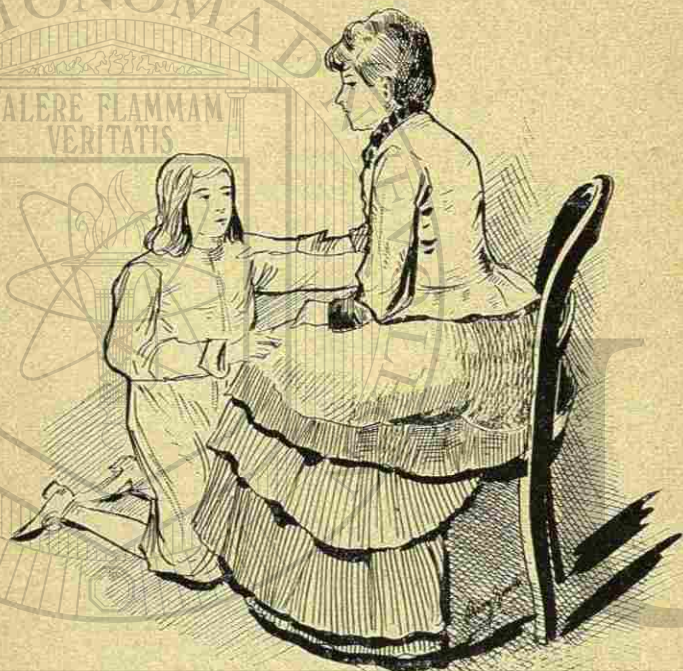
Ella sonríe, con su triste y encantadora sonrisa; con sus dos manos coge mi cabeza, la pone sobre sus rodillas y me besa en la frente.

—Pues es verdad que me amas mucho, mucho?—Cállase un momento, y después añade:—Amame siempre así, no me olvides jamás... Cuando haya dejado tu mamá de ser, tú no la olvidarás!... Verdad que no la olvidarás, Nikolenka?

Y al decir estas últimas palabras, me besa con mayor ternura todavía.

—Vaya, no digas eso, palomita, alma mía!—exclamo besando sus rodillas, mientras las lágrimas fluyen de mis ojos lo mismo que dos riachuelos... pero son lágrimas de amor y de felicidad.

Cuando después subo á mi cuarto y me arrodillo ante las imágenes sagradas, con mi sola ropa de dormir, invade mi espíritu un extraño sentimiento al pronunciar estas palabras: «Señor, guarda la vida de papá y mamá!» Y cuando repito las plegarias que balbucie-



ron por primera vez mis labios de niño, aprendiéndolas de labios de mi madre, mi amor por ella y mi amor por Dios fúndense extrañamente en un mismo éxtasis.

Después de los rezos, me meto en la cama, y siento entonces mi alma sosegada, diáfana, ligera; y desde aquel punto unos sueños suceden á otros sueños; todos tranquilos y apacibles y, aunque vagos é imprecisos, todos rebosantes de amor, de un amor puro, y animados por la esperanza de una felicidad sin nubes. Algunas veces sueño en la suerte triste de Karl Ivanovitch—el único hombre infeliz que yo conozco,—y es tanta la pena que me causa y le amo tanto, que las lágrimas inundan mis ojos y digo: Dios le dé la dicha, y me dé á mí la posibilidad de socorrerle y de aliviar su dolor... Y

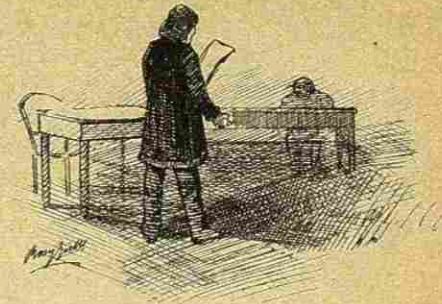
entonces me siento capaz de todo sacrificio por él. Tomo después mi juguete favorito—un conejo ó un perrito de fayenza—lo coloco con mucho cuidado junto á mi almohada de plumas y me quedo admirado de lo bien que ha de estar allí y lo calentito. Ruego otra vez á Dios para que dé la felicidad á todos, para que estén contentos todos, y que mañana haga un día bueno para salir á paseo; me vuelvo del otro lado, se mezclan todos mis pensamientos, mis sueños se confunden, y me duermo dulcemente, tranquilamente, todavía el rostro humedecido por las lágrimas.

Candor, falta de todo cuidado, necesidad de amar, fe de la infancia, os hallaré otra vez algún día? Qué otra época de la existencia puede ser superior á aquella en que las dos mejores virtudes—la alegría inocente y la necesidad ilimitada de amar—son los únicos resortes de la vida!...

A dónde fueron aquellas ardientes plegarias y—oh! don precioso—aquellas purísimas lágrimas de ternura? El ángel consolador acudía á mí sonriente, enjugaba mis lágrimas é inspiraba sueños dulcísimos á mi inocente imaginación de niño.

La vida, después, dejará en mi corazón tantas penas y amarguras que para siempre se habrán alejado de mí esas lágrimas y esos impulsos generosos, no quedando en su lugar más que su recuerdo y su añoranza?

previno que la fiesta de nuestra abuela se aproximaba y que habíamos de preparar para aquel día algún presente ó regalo, se me ocurrió que podía escribirle unos versos, y apenas lo hube pensado me encontré con dos versos rimados... lo demás vendría pronto. No sé comprender cómo ni por qué me vino tan extraña idea, siendo yo un niño; recuerdo tan sólo que esa idea me encantó, y que á cuantas preguntas se me hacían sobre eso, yo contestaba que ofrecería el día fijado un presente á mi abuela, pero no quería decir á nadie en qué había de consistir ese presente.



Contra lo que yo esperaba, sucedió que, después de los dos versos que compuse en el momento de la inspiración, á pesar de cuantos esfuerzos hice, no pude hallar los que habian de seguirles. Púseme entonces á leer con gran afición los versos que había en nuestros libros; pero ni Dmitriev, ni Derjavine me ayudaron poco ni mucho; al contrario, cuanto más los leía más patente se me hacía mi incapacidad. Sabiendo que Karl Ivanovitch era muy aficionado á copiar y á guardar gran número de versos, me puse á rebuscar entre sus papeles, y entre innumerables versos alemanes, encontré los siguientes, sin duda salidos de su propia pluma:

A la señora L... en Petrovskoi, 3 de junio de 18...

Acordaos de cerca,
acordaos de lejos,
acordaos de mí,
acordaos hoy y siempre,
acordaos hasta la tumba
de que yo pude fielmente amaros.

KARL MAYER.

Estos versos, escritos con una hermosa redondilla, en un magnífico papel de cartas, me gustaron mucho por la profunda sentimentalidad de que estaban penetrados; enseguida me los aprendí de memoria, resuelto á tomarlos por modelo; de este modo, la cosa

XVI

Los versos

COSA de un mes después de nuestra llegada á Moscova, hubiérame visto en el salón de arriba, en casa de nuestra abuela, sentado ante una gran mesa y escribiendo; enfrente de mí se hallaba el profesor de dibujo, dando los últimos toques á una cabeza de turco, con turbante y todo, dibujada al lápiz. Volodia se hallaba sentado detrás del profesor, y con el cuello estirado iba siguiendo con gran atención el trabajo del maestro. La tal cabeza era la primera obra hecha por Volodia al lápiz negro, y aquel mismo día la había de presentar á nuestra abuela, pues era su fiesta patronímica.

—Y aquí no ponéis un poquitín de sombra?—preguntó Volodia á su maestro, levantándose sobre la punta de los pies y señalando el cuello del turco.

—No, es inútil—dijo el profesor mientras cerraba el lápiz y el porta-lápiz en una cajita de tapa corredera;—ahora está muy bien, y os recomiendo que no toquéis en él nada... Vaya! y vos, Nikolenka,—añadió levantándose y sin dejar de mirarse al turco—decídnos ya vuestro secreto; qué le ofrecéis á vuestra abuela? Lo mejor, en verdad, hubiera sido dibujar una hermosa *testa* como esa... Adios, señores!—dijo finalmente, mientras tomaba su sombrero y salía.

También yo pensé en aquel momento que, en efecto, una *testa* hubiera sido mucho mejor que lo que yo preparaba. Cuando se nos

marchó en verdad perfectamente. El día de la fiesta tenía ya lista mi felicitación en doce versos, é instalándome en la mesa de la clase empecé á copiarla en un magnífico papel.

Bien pronto hube echado á perder dos hojas de ese papel... no que quisiese corregir nada, pues los versos me parecían excelentes; mas, á partir del tercero, las líneas iban torcidas y subiendo cada vez más, y aún mirado de lejos, se veía enseguida que todo el escrito iba de través y hacía muy feo. La tercera copia que hice estaba tan mal como las otras dos, pero decidí no hacer ninguna nueva. En mi poesía, felicitaba á nuestra abuela y le deseaba una larga vida y una excelente salud, acabando de este modo:

Nos esforcaremos todos en consolarte,
Y te amaremos como si fueses nuestra madre.

Me parecía bastante bien la cosa, aunque en realidad el último verso me sonaba mal al oído.

«Y te amaremos como si fueses nuestra madre», iba repitiendo yo á media voz; pero qué otra rima poner en lugar de madre? Jugar?... Lecho?... (1) Bah! ya está bien, y aún mejor está que los versos de Karl Ivanovitch.

Y escribí finalmente el último verso. Luego, en el cuarto de dormir, me puse á leer en alta voz toda mi poesía, dándole la más melodiosa entonación que pude y con todos los gestos adecuados... Verdad que alguno de los versos carecía de toda medida, mas yo no me detuve en cosa de tan poca monta. Sin embargo, el último verso me chocó todavía más que antes; me senté en la cama y me puse á reflexionar...

«Por qué he escrito *como si fueses nuestra madre*? Puesto que no está aquí, no había para qué hablar de ella; verdad que quiero mucho á mi abuela, verdad que la respeto, pero... no es precisamente lo mismo; por qué habré escrito esto, por qué habré mentido? Cierto que esto son versos, pero no había necesidad de mentir».

En este momento entró el sastre que me traía mi trajecito nuevo. —Bah! quede así! —exclamé con fuerte impaciencia, y con cierto despecho escondí los versos debajo de la almohada y corrí á probarme el traje del sastre de Moscova.

Los trajes de Moscova si que eran magníficos trajes: los de los niños, color de canela, guarnecidos con botones de cobre, iban

(1) Las palabras *jugar* y *lecho*, en ruso *igrat*, *krovat*, riman con la palabra *matre*, *mat*.

ajustados al talle—qué diferencia con nuestros trajes del campo! —luego unos pantalones negros, muy estrechos, moldeaban maravillosamente las piernas y caían sobre los zapatos.

«Al fin, también yo tengo pantalones caídos»—iba pensando mientras transportado de alegría me miraba los pies por todos lados. Aunque el traje me venía muy estrecho y metido en él me sentía grandemente cohibido, no dije nada á nadie, declarando por el contrario, que me iba perfectamente y que si ese traje tenía algún defecto era el de pecar todavía de ancho. Después de esto, permanecí largo tiempo ante el espejo, poniéndome la cabeza llena de pomadas; pero, aunque hice lo imposible, no pude llegar á aplacar un mechoncito de cabellos que me salía por arriba; en el momento en que, para probar su obediencia, dejaba de pasar por encima de él mi cepillo, se erizaba ya de un lado ya de otro, dando á mi rostro una expresión verdaderamente grotesca.

Karl Ivanovitch se vestía también en el cuarto de al lado, detrás de la sala de clase, y le llevaron también un traje azul y diferentes prendas de ropa blanca. Junto á la puerta que conducía á los pisos inferiores, se oyó la voz de una de las camareras de mi abuela, y yo salí para ver lo que quería. Llevaba en la mano un plastrón de camisa fuertemente planchado y me dijo que lo llevaba á Karl Ivanovitch, sin haber podido dormir en toda la noche para tenérselo á punto. Yo me encargué de hacerle personalmente entrega del plastrón, y pregunté á la criada si mi abuela se había levantado ya.

—Cómo levantada! Ha tomado ya su café y el arcipreste ha llegado hace rato!... Qué bien estáis!... —añadió sonriendo, mientras contemplaba mi traje nuevo.

Estas palabras me hicieron sonrojar, di una vuelta sobre mis talones é hice chasquear los dedos, como para decirle que aun no sabía hasta qué punto, en efecto, estaba yo hermoso.

Cuando traje el plastrón á Karl Ivanovitch ya no lo necesitaba,



pues había echado mano de otro, y, inclinado ante el pequeño espejo que tenía colocado sobre la mesa, sostenía con las dos manos una hermosísima corbata de seda, probando de hacer surgir de ella su barbilla cuidadosamente afeitada. Nos arregló el vestido, tirando por todos lados, y pidió á Nikolai que le hiciera el mismo servicio á él, conduciéndonos finalmente al salón donde estaba nuestra abuela. Me río todavía pensando en el fuerte olor de pomada que despedíamos todos tres mientras subíamos la escalera.

Karl Ivanovitch llevaba en la mano una pequeña cajita fabricada por él, Volodia llevaba su cabeza de turco, y yo mis versos, y cada uno de nosotros llevaba también, como si dijéramos en la punta de la lengua, las palabras con que haría el ofrecimiento de su regalo.

En el momento en que Karl Ivanovitch abría la puerta del salón, el sacerdote se ponía la casulla y pronunciaba las primeras palabras de la plegaria dando gracias.

Nuestra abuela estaba en el salón; casi doblado el cuerpo, se apoyaba en el respaldo de una silla y rogaba con verdadero fervor. Papá estaba á su lado, y al vernos entrar dirigió hacia nosotros su mirada y se sonrió al ver el afán con que cada uno de nosotros se esforzaba por esconder á la espalda los presentes que llevábamos preparados y al ver que para no ser descubiertos nos habíamos quedado casi junto á la misma puerta. Todo el efecto de la sorpresa con el cual tanto habíamos contado, nos fallaba ya en absoluto.

Al comenzar el desfile ante la cruz, me invadió de pronto una penosa impresión de malestar debido á mi insuperable timidez, y pareciéndome que ni valor tendría para hacer el ofrecimiento de



mi regalo, me escondí detrás de Karl Ivanovitch, el cual, con palabras las mejor escogidas, felicitaba ya á nuestra abuela, y después de haber pasado varias veces su cajita de la una á la otra mano, se la entregó por fin, y se separó un poco para dejar el sitio á Volodia. A mi abuelale gustó extraordinariamente la cajita adornada con pequeños bordes dorados, y con la más amable sonrisa expresó su reconocimiento. No obstante, era fácil adivinar que la buena anciana no sabía dónde meter la caja, ni qué hacer de ella, y sin duda por esto se la enseñó á papá, alabando el arte exquisito

con que estaba hecha. Después de haberla examinado, papá la puso en manos del arcipreste, á quien pareció gustar muchísimo el pequeño objeto; meneaba satisfecho la cabeza, y ora contemplaba la cajita, ora dirigía la mirada al autor de semejante obra maestra. Hizo Volodia ofrecimiento de su cabeza de turco y recibió también las más calurosas felicitaciones y alabanzas. Y con esto llegó finalmente mi vez, y mi abuela, dibujando en sus labios una alentadora sonrisa, se dirigió á mí.

Los que hayan sentido en algún momento de su vida la timidez, saben que este sentimiento crece en relación directa del tiempo en que se vive dominado por él, y que el valor disminuye en relación inversa, ó sea: que cuanto más dura ese estado, hácese más penoso y es más difícil vencerlo.

El escaso valor ó atrevimiento que me quedaba, fué desapareciendo mientras Karl Ivanovitch y Volodia hacían el ofrecimiento de sus regalos, y llegó mi timidez al último límite. Instantáneamente sentí que toda la sangre del corazón me subía á la cabeza, y me sentí cambiar el color de la cara, mientras de la frente y de la nariz me resbalaban gruesas gotas de sudor. Mis orejas ardían, y sentía á un mismo tiempo temblores de frío y espasmos de calor... sin pronunciar palabra, no hacía mas que apoyar todo mi cuerpo ora sobre un pie ora sobre el otro.

—Anda, Nikolenka, muéstranos lo que has hecho... se trata de una cajita ó de un dibujo también?—dijo papá.

Ya no había escapatoria; con mano trémula presenté la hoja fatal, ya muy arrugada, pero la voz se negó en absoluto á servirme, y sin decir palabra me quedé plantado delante de mi abuela. Me rebelaba entonces contra la idea de que, en vez de examinar el dibujo que todos esperaban, iban á ser leídos en alta voz y delante de todo el mundo mis versos que no valían nada... y con aquellas palabras: *como si fueses nuestra madre*, las cuales bien claramente demostraban que no la había amado jamás y que la tenía ya olvidada. Cómo describir la angustia que sentí cuando mi abuela fué leyendo en alta voz mis versos, y cuando, haciéndosele dificultosa la lectura se detuvo en mitad de un verso, y con una sonrisa, que entonces me pareció burlona, se quedó mirando á papá, y también cuando no pronunciaba una palabra tal como yo quería, y aun más cuando, á causa de la debilidad de su vista, entregó el pliego á papá, pidiéndole que recomenzase la lectura desde el principio. Me pareció en aquellos momentos que lo hacía porque estaba ya cansada de leer versos tan malos y para que papá por sí mismo

leyese el último verso en que se ponía tan de relieve mi falta absoluta de amor filial.

Lo que yo me esperaba es que papá me diese con los versos en la nariz diciéndome: «Mal hijo... por qué olvidas á tu madre?... He aquí lo que mereces!» Pero nada de esto sucedió; al contrario, apenas acabada la lectura, mi abuela exclamó: «Oh! muy bien, muy bien!» y me besó en la frente.

La cajita, el dibujo y los versos fueron colocados junto á dos pañuelos de batista y una tabaquera adornada con el retrato de mamá, todo ello puesto en una tablita que se adaptaba al sillón en que siempre se sentaba mi abuela.

—La princesa Varvara Ilinichna—anunció uno de los criados que acompañaban á mi abuela cuando salía en carruaje.

La venerable anciana se quedó pensativa mirando el retrato de la tabaquera, y no dijo nada.

—Vuestra Excelencia dará orden de que pase?—repitió el criado.



XVII

La princesa Kornakhova

QUE pase—dijo la abuela arrellenándose en el sillón.

La princesa era una mujer de cuarenta y cinco años, pequeña, seca, biliosa, con unos ojos verde-gris muy desagradables y cuya expresión no se avenía muy bien con la de su boca, cuyos pliegues esforzábanse en denotar cierta bondad, quizás fingida. Bajo el sombrero de terciopelo adornado con plumas de avestruz, se le veían sus cabellos de un rojo muy claro; las cejas y las pestañas parecían mucho más claras todavía, y mucho más rojas en contraste con el tinte enfermizo de la cara. Sin embargo de todo esto, y gracias sin duda á sus desenvueltos ademanes y á sus manos diminutas y huesosas, el aspecto general de su persona tenía algo de muy noble y muy enérgico.

La princesa hablaba muchísimo, y por su charla era mujer que pertenecía á esa especie de gentes que hablan siempre como si alguien les contradijese, aunque ninguno de los que escuchan diga palabra. Ora levantaba la voz, ora la bajaba de un modo gradual; otras veces, súbitamente, con nueva vivacidad, se ponía á hablar mirando á los que no tomaban parte alguna en la conversación, como si con ello quisiese fortificarse en su modo de ver.

Aunque la princesa besó la mano de mi abuela, á quien llamaba siempre, en francés, *mi buena tía*, yo noté que la noble anciana no la veía con muy buenos ojos, y frunció de un modo muy parti-

cular las cejas al oír la explicación de por qué el príncipe Mikhailo no había podido venir á felicitar á la abuela, á pesar de que tenía vivísimos deseos de hacerlo; entonces, contestando en ruso á la charla en francés é inacabable de la princesa, dijo mi abuela alargando mucho las palabras:

—Os estoy muy reconocida, amiga mía, por vuestras atenciones y si el príncipe Mikhailo no ha podido venir... es bien excusable, pues tiene siempre tanto qué hacer! Y en fin, para decir la verdad, qué atractivo había de tener para él pasarse el tiempo con una vieja como yo?—Y sin dejar á la princesa ocasión de contradecir sus palabras, siguió diciendo:—Y vuestros niños qué tal, mi querida amiga?

—Gracias á Dios, mi buena tía, van creciendo, trabajan, se divierten... sobre todo el mayor, Esteban; es tan malo que no es posible hacer de él nada de provecho; pero es muy inteligente... es un chico que promete. No podríais imaginaros, mi querido primo, —continuó dirigiéndose solamente á papá, pues mi abuela no se tomaba el menor interés por los hijos de la princesa, y queriendo, sin duda, alabar á sus nietos, sacó de debajo de la cajita los versos y empezó á desdoblar el papel;—no podríais imaginaros la que ha hecho ahora hace pocos días...

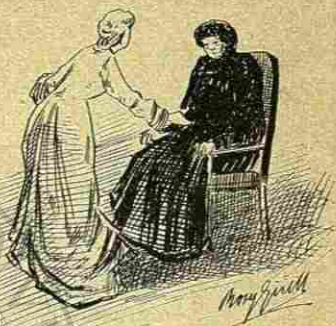
Y la princesa, inclinándose hacia papá, empezó á contarle algo en voz baja, pero con mucha animación. Al acabar la relación, de la que no pude oír una sola palabra, rompió á reír estrepitosamente, y mirando á papá, exclamó:

—Verdad que es malo, mi querido primo? Merecía, sin duda, ser azotado, pero es tan espiritual, tan... alegre, que de todas veras se lo he perdonado, mi querido primo.

Y la princesa, sin añadir palabra, se quedó mirando á mi abuela riéndose todavía.

—Acaso *pegáis* á vuestros hijos, querida?—dijo entonces mi abuela frunciendo las cejas del mismo modo que antes y acentuando mucho la palabra *pegáis*.

—Ah! mi buena tía,—respondió con voz dulzona la princesa, lanzando una rápida mirada á papá—conozco bien vuestra opinión sobre esto; pero permitidme que, en esta sola cosa, no sea de



vuestro parecer: reflexiono mucho, leo, pido consejo á todo el mundo, y no obstante, la experiencia me lleva á la convicción de que con los niños es preciso obrar por medio del temor y de las correcciones enérgicas. Para hacernos obedecer de los niños es necesario hacernos temer... No es verdad, querido primo? Y ahora os pregunto: qué cosa los niños temen más que las disciplinas?

En este punto lanzó la princesa sobre nosotros una mirada interrogadora, y he de confesar que me sentí en aquel punto profundamente turbado.

—Todo lo que queráis, pero el niño es niño todavía á los doce y aún á los catorce años; por lo que hace á las niñas ya es muy otra cosa.

«Qué dicha, yo pensé, no ser hijo suyo!»

—Eso es, eso es, querida—dijo mi abuela doblando otra vez mis versos y metiéndolos debajo de la cajita, como si no hubiese creído á la princesa digna de escuchar una obra semejante.—Si, si, está muy bien; pero decidme, os ruego, qué clase de delicados sentimientos podéis, después de eso, exigir á vuestros niños?

Y creyendo, sin duda, incontestable ese argumento, mi abuela añadió para poner un término á la conversación:

—Sin embargo, cada cual puede tener su particular opinión acerca de esto.

La princesa no contestó, limitándose á sonreír con cierta condescendencia, como para expresar que también ella excusaba un tan extravagante prejuicio en persona que tanto estimaba.

—Ah! pero, hacedme el favor de presentarme á vuestros niños —dijo mirándonos y sonriendo amorosamente.

Nos pusimos en pie y fija la mirada en el rostro de la princesa, ninguno de nosotros acertaba en qué era lo que habíamos de hacer ó decir para demostrar que hacíamos conocimiento con ella.

—Besad la mano á la princesa—dijo papá.

—Nada más os pido sino que queráis mucho á vuestra vieja tía—dijo mientras besaba los cabellos de Volodia,—cierto que soy una parienta algo lejana; la verdad es que no cuento los lazos de amistad por parentesco—añadió dirigiéndose particularmente á mi abuela. Pero ésta, todavía enfadada con ella, respondió:

—Bah! querida, es que toma alguien la sola amistad por parentesco?

—Este será un hombre de mundo—dijo papá interviniendo y señalando á Volodia—y éste un poeta...—añadió mientras yo besaba la pequenita mano de la princesa y mi imaginación me repre-

sentaba esa mano armada de unas disciplinas y bajo las disciplinas un cuerpo de niño lleno de cardenales y de sangre...

—Cuál?—preguntó la princesa teniéndome cogido por la mano.

—El pequeño, el de los bucles,—dijo papá sonriendo graciosamente.

«Qué mal le habrán hecho mis bucles?... no hay acaso otros asuntos de conversación?» pensé mientras me dirigía á un rincón de la sala.

Yo tenía el más extravagante concepto de la belleza—como que Karl Ivanovitch me parecía el hombre más bello del mundo,—



pero sabía perfectamente que yo no tenía nada de hermoso, y no me engañaba por cierto... He aquí porque siempre que se hacía alusión á mi físico sentíame fuertemente herido en mi sensibilidad.

Recuerdo muy bien que un día, mientras comíamos,—tenía entonces seis años—se hablaba de mí en la mesa, y mamá trataba de hallar algo hermoso en mi persona, diciendo que yo tenía unos ojos muy inteligentes, agradable la sonrisa... pero finalmente, cediendo á los argumentos de papá y sobre todo á la evidencia, veíase obligada á reconocer que, en efecto, era un poquitín feo. Al darle las gracias después de

la comida, me acarició y me besó en la mejilla, diciéndome:

—Has de saber, Nikolenka, que nadie te amará por tu hermosa cara, por lo cual habrás de esforzarte mucho más que los otros en ser inteligente y bueno.

Estas palabras de mi madre me convencieron no tan sólo de que yo no era nada hermoso, sino que además diéronme la seguridad de que yo sería un niño bueno é inteligente.

A pesar de todo esto, con frecuencia tuve después violentas crisis de desesperación, imaginándome que no podía haber felicidad en la tierra para un hombre que tuviese, como yo, la nariz demasiado larga, los labios gruesos y unos ojos grises y pequeños...

Entonces rogaba á Dios que hiciese un milagro, que me transformase en niño bello y gracioso, y hasta hubiera dado todo lo que tenía entonces y todo lo que pudiese tener en el porvenir á cambio de una buena y hermosa figura.



XVIII

El príncipe Ivan Ivanovitch

EN cuanto la princesa hubo escuchado mis versos, deshaciéndose en grandes alabanzas del poeta, mi abuela se suavizó un poquito, empezó á hablarle también en francés, dejó el tratamiento de *vos* y aquel terrible *querida* y la invitó á que viniese por la noche con todos sus hijos; la princesa aceptó muy agradecida y después de un rato de amistosa conversación se retiró.

Fueron tan numerosas las visitas de cumplimiento, que junto á la puerta de la calle el desfile de carruajes no cesó en toda la mañana.

—Buenos días, querida prima,—dijo uno de los visitantes al entrar en la sala y mientras besaba las manos á mi abuela.

Era un hombre de al menos setenta años, de elevada estatura, con enormes charreteras y dejando entrever bajo el cuello de la guerrera una gran cruz blanca. La expresión de su rostro era franca y tranquila. La soltura y simplicidad de sus ademanes me cautivaron extraordinariamente. Aunque no tenía en la cabeza más pelo que una especie de semicírculo cerca de la nuca, y que el labio inferior descubría la falta absoluta de dientes, su rostro presentaba todavía una muy notable belleza.

El príncipe Ivan Ivanovitch, gracias á su franco carácter, á su prestancia, á su gran valor, á su noble parentesco, y singularmente á

su buena estrella, pudo hacer á fines del pasado siglo, joven todavía, una hermosísima carrera. Siguió en el servicio, y su ambición vióse prontamente satisfecha, no quedándole ya nada por desear. Desde su más tierna juventud pareció destinado á ocupar en el mundo la brillante situación en que le colocó, más tarde, la fortuna. He aquí por qué, á pesar de los pesares, de los desencantos y de las decepciones que halló en su camino, como se hallan en todo camino cuyo fin es la ambición, no se desmintió una sola vez su carácter siempre sosegado, ni se apartó un punto de su noble modo de pensar, ni de las reglas fundamentales de la religión y de la moral, sabiendo atraerse la estima de todo el mundo, menos por su brillante situación que por su firmeza y su inquebrantable rectitud. No era en realidad un muy grande espíritu; pero gracias á una situación que le permitía considerar desde cierta altura las mezquinas vanidades de la existencia, sus ideas fueron siempre nobles y elevadas. Era bueno y era sensible, pero frío y hasta un poco orgulloso en sus relaciones. Eso era tal vez debido á que, ocupando una

situación en que podía ser útil á mucha gente, por medio de su frío trato quería apartar á aquellas personas que no buscaban más que servirse de su influencia. No obstante, su frialdad quedaba muy atenuada con su finísimo trato de hombre de gran mundo. Era muy instruído y aún erudito, pero su instrucción se limitaba á lo que había aprendido en sus años juveniles, esto es, á fines del pasado siglo. Había leído todo lo más notable que Francia había producido en filosofía y en elocuencia durante el siglo XVIII; conocía muy á fondo las obras maestras de la literatura francesa, como que podía citar, y le gustaba hacerlo, pasajes enteros de Racine, de Corneille, de Boileau, de Molière, de Montaigne, de Fenelon; sabíase también de memoria la mitología; había estudiado igualmente con gran fruto, en traducciones francesas, los poemas épicos de la antigüedad y tenía ciertos conocimientos de Historia que había adquirido en los libros de Segur; pero no tenía idea alguna de las matemáticas, fuera de un poco de aritmética, como tampoco sabía gran



cosa de física ni de literatura contemporánea. En una reunión cualquiera podía permanecer cortésmente callado ó bien pronunciar algunas frases poco menos que vulgares sobre Goethe, Schiller, Byron, pero la verdad es que no los leyó jamás. A pesar de esta educación franco-clásica, de la cual van quedando muy pocos ejemplos, su conversación era siempre sencilla, nunca afectada, y en esta misma simplicidad se ponía en evidencia su ignorancia de muchas cosas, y demostraba también su afabilidad y su espíritu tolerante. Era enemigo acérrimo de toda originalidad, que reputaba cosa de muy mal gusto. En cualquier parte donde se hallase, en Moscova ó en el extranjero, la sociedad y la compañía le eran completamente necesarias; vivía, como quien dice, en plena luz, y en días determinados recibía en su casa á lo mejor de la ciudad. Ocupaba en la sociedad tan elevada posición, que una de sus invitaciones podía servir de pasaporte para el más encopetado de los salones, y las mujeres todas, por muy jóvenes y hermosas que fuesen, se dejaban paternalmente besar por él, y aún muchos de los hombres más distinguidos y más influyentes se daban por satisfechos de poder ser admitidos en sus reuniones. Ya no le quedaban al príncipe muchos amigos como nuestra abuela, que fueran de un tiempo mismo, de una misma educación y de unas mismas opiniones, y he aquí porque daba tanta importancia á su antigua amistad con ella y sentía por ella tan inmenso respeto.

Yo no podía dejar de mirar al príncipe: la estima de que le daban todos buen testimonio, sus enormes charreteras, y sobre todo la fuerte alegría de mi abuela al verle, y además el hecho de ser el único que se dirigía á ella con tanta franqueza y con la audacia de llamarla *prima mía*, todo junto me inspiró por él una estimación inmensa, igual, si es que no fuese superior, á la que sentía por mi propia abuela.

Cuando le hubieron enseñado y leído mis versos, me llamó hacia él y dijo:

—Quién puede saberlo, mi querida prima?... Puede que tengamos aquí un futuro Derjavine.

Al propio tiempo me pellizó tan fuertemente la mejilla que si no me puse á gritar desesperadamente fué porque comprendí que había de aceptar aquello como una verdadera caricia.

Los invitados poco á poco se fueron; papá y Volodia salieron del salón, y en él no quedamos sino el príncipe, mi abuela y yo.

—Por qué no ha venido Natalia Nikolaievna?—preguntó súbitamente el príncipe, después de un corto silencio.

—Ah! amigo mío...—contestó mi abuela bajando la voz y apo-

yando una mano en la manga galoneada del príncipe,—seguramente que hubiese venido si todo dependiera de su voluntad... Me ha escrito diciéndome que Pedro le propuso venir, pero que ella no ha querido porque este año no ha habido en la casa muchos ingresos; además, me dice: «Por otra parte, no tengo necesidad alguna de venir este año, con todos nosotros, á Moscova; Lubotchka es todavía muy pequeña, y en cuanto á los niños, más me tranquiliza que estén con vosotros que no que vivan conmigo». Todo eso está muy bien—



continuó diciendo mi abuela, en un tono que bien claramente daba á entender que no le parecía tan bien como decía,—hace ya mucho tiempo que debían haber venido aquí los niños para poder aprender algo y acostumbrarse al trato de gentes, pues en verdad no sé qué clase de educación se les podía dar en el campo... El mayor tendrá muy pronto trece años y el menor once. Ya habéis visto, mi querido primo, que están hechos unos verdaderos salvajes, ni siquiera saben presentarse ante las personas.

—No comprendo, sin embargo,—dijo el príncipe,—á qué vienen esas perpetuas lamentaciones por lo malo de los tiempos... *El* posee una excelente fortuna, y la propiedad de Khabarovka de Natacha, donde en otros tiempos representamos con vos tan hermosas comedias, y que conozco lo mismo que la palma de la mano, es una magnífica propiedad que ha de dar muy buenos rendimientos...

Voy á hablaros como á un verdadero amigo—le interrumpió diciendo mi abuela, con una expresión de infinita tristeza;—parece que todo ello no son más que pretextos para que *él* pueda vivir solo aquí, frecuentar los círculos, cenar Dios sabe con quien y hacer Dios sabe qué... Y ella no sospecha nada, pues ya sabéis cuánta es su angelical bondad, y *le* cree en todo. *El* la ha convencido de que era necesario traer los niños á Moscova y que ella se quedase sola en el campo, con su aya estúpida, y lo cree bien así. Si *él* le dijese que era preciso pegar á los niños, como hace con los

suyos la princesa Varvara Ilinichna, creo que accedería á ello,—añadió mi abuela revolviéndose en el sillón con ademán de un gran desprecio. Y continuó diciendo, mientras con el pañuelo se enjugaba una furtiva lágrima:—Sí, amigo mío, pienso muchas veces que

él no puede ni apreciarla ni comprenderla, y que á pesar de toda su bondad, de su grande amor por él y de su afán en disimular todo dolor—lo sé muy bien—no puede ser ni es dichosa con su marido, y acordaos siempre de lo que os digo ahora: si un día...

En este punto, mi abuela se cubrió el rostro con el pañuelo, llorando amargamente.

—Ea! amiga mía...—exclamó el príncipe á modo de reconvencción—estoy viendo que os entristecéis y lloráis por nada, por dolores imaginarios... No os da vergüenza! mucho tiempo hace que *le* conozco, y sé que es un marido

atento, bueno, afable y sobre todo sé que es un hombre correctísimo, un perfecto caballero.

Y habiendo oído, sin querer, una conversación que no debía haber escuchado, profundamente conmovido, de puntillas salí en aquel punto del salón.



XIX

Los Ivíne

VOLODIA! Volodia!... Los Ivíne!—grité con alegría al ver por la ventana á tres jóvenes con paletós azules y cuellos de castor, que, seguidos por su ayo muy joven y elegante, atravesaban la acera por delante de nuestra casa.

Los Ivíne, parientes nuestros, eran casi de la misma edad que nosotros. Al poco tiempo de nuestra llegada á Moscova, trabamos conocimiento con ellos é hicimos buenas amistades.

El segundo de los Ivíne; Serioja, era muy moreno, con largos bucles, con una nariz pequeña, arremangada y recta, con labios de un rojo vivo y algo gruesos, que casi nunca cubrían la hilera superior de sus blancos dientes, con ojos de un hermoso azul oscuro y con una expresión de carácter muy enérgico. No sonreía jamás; ó estaba totalmente serio, ó reíase á todo trapo, con una risa sonora, armoniosa y de veras simpática. Su original belleza me chocó ya desde el primer momento. Una atracción irresistible me llevó hacia él; verle colmaba mi dicha, y durante mucho tiempo todas las fuerzas de mi alma consagraronse al cumplimiento de este deseo; cuando pasaba dos ó tres días sin verle, comenzaba por sentir una especie de disgusto íntimo y acababa por ponerme triste y aún por llorar muchas veces. Todos mis sueños y mis ensueños no tenían más objeto que mi amigo. Al dormirme formulaba en mi fuero interno el deseo de verle en sueños, y en el momento de cerrar los

suyos la princesa Varvara Ilinichna, creo que accedería á ello,—añadió mi abuela revolviéndose en el sillón con ademán de un gran desprecio. Y continuó diciendo, mientras con el pañuelo se enjugaba una furtiva lágrima:—Sí, amigo mío, pienso muchas veces que

él no puede ni apreciarla ni comprenderla, y que á pesar de toda su bondad, de su grande amor por él y de su afán en disimular todo dolor—lo sé muy bien—no puede ser ni es dichosa con su marido, y acordaos siempre de lo que os digo ahora: si un día...

En este punto, mi abuela se cubrió el rostro con el pañuelo, llorando amargamente.

—Ea! amiga mía...—exclamó el príncipe á modo de reconvencción—estoy viendo que os entristecéis y lloráis por nada, por dolores imaginarios... No os da vergüenza! mucho tiempo hace que *le* conozco, y sé que es un marido

atento, bueno, afable y sobre todo sé que es un hombre correctísimo, un perfecto caballero.

Y habiendo oído, sin querer, una conversación que no debía haber escuchado, profundamente conmovido, de puntillas salí en aquel punto del salón.



XIX

Los Ivíne

VOLODIA! Volodia!... Los Ivíne!—grité con alegría al ver por la ventana á tres jóvenes con paletós azules y cuellos de castor, que, seguidos por su ayo muy joven y elegante, atravesaban la acera por delante de nuestra casa.

Los Ivíne, parientes nuestros, eran casi de la misma edad que nosotros. Al poco tiempo de nuestra llegada á Moscova, trabamos conocimiento con ellos é hicimos buenas amistades.

El segundo de los Ivíne; Serioja, era muy moreno, con largos bucles, con una nariz pequeña, arremangada y recta, con labios de un rojo vivo y algo gruesos, que casi nunca cubrían la hilera superior de sus blancos dientes, con ojos de un hermoso azul oscuro y con una expresión de carácter muy enérgico. No sonreía jamás; ó estaba totalmente serio, ó reíase á todo trapo, con una risa sonora, armoniosa y de veras simpática. Su original belleza me chocó ya desde el primer momento. Una atracción irresistible me llevó hacia él; verle colmaba mi dicha, y durante mucho tiempo todas las fuerzas de mi alma consagréronse al cumplimiento de este deseo; cuando pasaba dos ó tres días sin verle, comenzaba por sentir una especie de disgusto íntimo y acababa por ponerme triste y aún por llorar muchas veces. Todos mis sueños y mis ensueños no tenían más objeto que mi amigo. Al dormirme formulaba en mi fuero interno el deseo de verle en sueños, y en el momento de cerrar los

ojos veía surgir ante mi su figura, cuya contemplación causábame un inmenso placer; sin embargo, á nadie del mundo hubiera querido yo confesar un sentimiento que hasta tal punto me absorbía. Quizás porque le era desagradable sentirse constantemente acariciado por mis miradas, ó quizás porque no sentía hacia mi la más pequeña simpatía, es lo cierto que prefería siempre jugar y hablar con Volodia antes que conmigo. Mas yo de todos modos estaba contento, yo no deseaba nada, no exigía nada y estaba dispuesto á sacrificar toda mi existencia por él. Además de esta apasionada atracción que sobre mí ejercía, su presencia excitaba en mí, en un grado no menos vivo, también otro sentimiento: el temor de causarle tristeza y de disgustarle. Puede que á causa de la expresión altiva de su rostro ó bien porque, menospreciando el mío por feo, apreciaba exajeradamente en los demás el privilegio de la belleza, ó bien quizás—lo cual parece más seguro,—por ser un indiscutible signo de amor, es lo cierto que yo sentía hacia él una especie de temor tan grande como mi amor mismo. La primera vez que Serioja se me dirigió, me sentí profundamente turbado por dicha tan inesperada, y palidecí, se me agolpó después toda la sangre en la cabeza y no acerté á contestar una sola palabra. Tenía él entonces la mala costumbre, cuando reflexionaba, de mirar á un punto fijamente, parpadeando sin cesar y contrayendo fuertemente las cejas. Todos decían que ese *tic* le estaba malísimamente, pero á mí me parecía tan gracioso y encantador que inmediatamente me puse á imitarle, con entusiasmo tal, que tres días después de habernos conocido, mi abuela me preguntó si es que estaba enfermo de los ojos, pues de tal modo los movía que parecía de veras un ave nocturna. Jamás se cruzó entre nosotros una sola palabra de cariño ó de ternura, pero comprendió tan bien el poder que sobre mí ejercía que, inconscientemente, pero también tiránicamente, se sirvió de él en nuestras relaciones infantiles, y aunque yo sentía unos grandes deseos de decirle todo mi afecto, no lo hice por el temor que me inspiraba, haciendo imposible la franqueza, por lo cual tomé el partido de aparecer indiferente, pero en realidad someténdome á él sin el menor asomo de rebelión. En alguna



oportunidad me pareció insoportable su tiranía, pero nunca hallé manera de librarle de ella.

Me causa honda pena ahora el recuerdo de esos sentimientos puros y buenos, de ese amor desinteresado y sin límites y que se extinguió sin haber podido ser declarado ni correspondido.

Cosa es bien extraña, que siendo niño tratase de parecerme á los hombres, y ahora que soy hombre muy frecuentemente trate de parecerme á los niños. Muchas veces este deseo—el de no parecer niño—contuvo, en mis relaciones con Serioja, el sentimiento que iba á declararse, obligándome á ser hipócrita. No tan sólo ni me atrevía siquiera á besarle, cosa que deseaba á veces con verdadero ardor, sino que ni osaba tomarle una mano y menos aún decirle cuán contento estaba de verle... Tampoco me atrevía á llamarle Serioja, sino *Serguei*, como era ya costumbre entre nosotros. Con la más pequeña muestra de sensibilidad poníase uno en evidencia de que era todavía un *niño*, ignorante de las amargas experiencias que hacen á las personas mayores reservadas y prudentes hasta la frialdad... Y así en nuestras relaciones, nos privamos á nosotros mismos de los más puros placeres, de las afecciones más tiernas, por el único y extraño deseo de parecernos á los *hombres*.

Corrí al encuentro de los Ivine hasta la antecámara, les dí los buenos días y corriendo también fui á dar la buena noticia á mi abuela, llevando pintado en el semblante la más franca expresión de alegría y bien convencido de que la llegada de los Ivine había de colmar también de inmensa satisfacción á la venerable anciana. Después, sin perder nunca de vista á Serioja, le seguí hasta el salón, espionando sus menores movimientos. Mientras mi abuela iba diciendo que había crecido mucho, vi que fijaba en él su mirada penetrante, y entonces sentí la especie de temor mezclado con esperanza que ha de sentir también el pintor cuando espera de labios autorizados la definitiva sentencia sobre su obra predilecta.

El joven ayo de los Ivine, con el permiso de mi abuela, nos acompañó á todos al jardín, se sentó en un banco pintado de verde, cruzó graciosamente las piernas, colocando entre ellas el bastón con puño de cobre, y con toda la expresión de un hombre que está enteramente satisfecho de sus actos, encendió un cigarrillo.

Herr Frost era alemán, pero un alemán de especie muy distinta que nuestro buen Karl Ivanovitch; primeramente hablaba con gran corrección el ruso y el francés, pero con pronunciación muy defectuosa, y gozaba en general, sobre todo entre las damas, de la reputación de hombre muy sabio; segundamente, tenía los bigotes rubios, llevaba una gran aguja de rubies en la corbata de satén

oportunidad me pareció insoportable su tiranía, pero nunca hallé manera de librarle de ella.

Me causa honda pena ahora el recuerdo de esos sentimientos puros y buenos, de ese amor desinteresado y sin límites y que se extinguió sin haber podido ser declarado ni correspondido.

Cosa es bien extraña, que siendo niño tratase de parecerme á los hombres, y ahora que soy hombre muy frecuentemente trate de parecerme á los niños. Muchas veces este deseo—el de no parecer niño—contuvo, en mis relaciones con Serioja, el sentimiento que iba á declararse, obligándome á ser hipócrita. No tan sólo ni me atrevía siquiera á besarle, cosa que deseaba á veces con verdadero ardor, sino que ni osaba tomarle una mano y menos aún decirle cuán contento estaba de verle... Tampoco me atrevía á llamarle Serioja, sino *Serguei*, como era ya costumbre entre nosotros. Con la más pequeña muestra de sensibilidad poníase uno en evidencia de que era todavía un *niño*, ignorante de las amargas experiencias que hacen á las personas mayores reservadas y prudentes hasta la frialdad... Y así en nuestras relaciones, nos privamos á nosotros mismos de los más puros placeres, de las afecciones más tiernas, por el único y extraño deseo de parecernos á los *hombres*.

Corrí al encuentro de los Ivine hasta la antecámara, les dí los buenos días y corriendo también fui á dar la buena noticia á mi abuela, llevando pintado en el semblante la más franca expresión de alegría y bien convencido de que la llegada de los Ivine había de colmar también de inmensa satisfacción á la venerable anciana. Después, sin perder nunca de vista á Serioja, le seguí hasta el salón, espionando sus menores movimientos. Mientras mi abuela iba diciendo que había crecido mucho, vi que fijaba en él su mirada penetrante, y entonces sentí la especie de temor mezclado con esperanza que ha de sentir también el pintor cuando espera de labios autorizados la definitiva sentencia sobre su obra predilecta.

El joven ayo de los Ivine, con el permiso de mi abuela, nos acompañó á todos al jardín, se sentó en un banco pintado de verde, cruzó graciosamente las piernas, colocando entre ellas el bastón con puño de cobre, y con toda la expresión de un hombre que está enteramente satisfecho de sus actos, encendió un cigarrillo.

Herr Frost era alemán, pero un alemán de especie muy distinta que nuestro buen Karl Ivanovitch; primeramente hablaba con gran corrección el ruso y el francés, pero con pronunciación muy defectuosa, y gozaba en general, sobre todo entre las damas, de la reputación de hombre muy sabio; segundamente, tenía los bigotes rubios, llevaba una gran aguja de rubies en la corbata de satén

negro, y vestía un pantalón azul claro muy elegante; terceramente, era joven, de rostro hermoso, aunque poco expresivo y era de fuerte musculatura. Adivinábase que apreciaba en mucho esas

últimas ventajas, creyéndose irresistible con las personas del sexo femenino, y por esto, sin duda, en todas sus actitudes procuraba poner en evidencia su musculosa complexión. Era el tipo verdadero del joven alemán-ruso que quiere mostrarse bravo y conquistador.

En el jardín reinó gran alegría. El juego de los bandidos á que nos entregamos marchaba perfectamente, cuando un pequeño incidente estuvo á pique de desbaratarlo todo. Serioja era un bandido, y al ir á echarse encima de un viaje-

ro, dió un paso en falso y fué á topar violentamente contra un árbol; fué tan fuerte el golpe que de veras creí que se había lastimado. Yo hacía el gendarme, y aunque mi deber era atacarle, corrí hacia él y del modo más afectuoso que supe le pregunté si se había hecho daño. Serioja se enfadó contra mí, apretó los puños, y golpeando con rabia el suelo y con voz que descubría que en realidad dolíase del golpe, empezó á gritar:

—Ea!... qué significa esto? Es que no hay manera de jugar contigo? Por qué no me persigues, vamos á ver, por qué no me persigues?—iba repitiendo sin dejar de mirar á Volodia y á su hermano, que hacían los viajeros y saltaban y corrían alameda abajo; de pronto lanzó un agudísimo grito y rompiendo á reír estrepitosamente se fué en su seguimiento.

No sabré decir cuánto me sorprendió y hasta dónde me sentí cautivado por este acto de heroísmo; á pesar de haberse hecho bastante daño, no tan solamente no lloró, sino que ni siquiera dió señales de sentir el más pequeño dolor y tampoco olvidó ni por un instante el juego.

Poco después, se nos reunió y jugó con nosotros Ilinka Grapp, y antes de subir á comer, Serioja tuvo todavía ocasión de sorpren-



derme otra vez y de encantarme nuevamente con su valor extraordinario y la firmeza de su carácter.

Ilinka Grapp era el hijo de un pobre hombre extranjero que en antiguos tiempos había vivido en casa de mi abuela y le debía inmenso reconocimiento. Y ahora creíase en el deber de enviar con frecuencia á su hijo como de visita á casa. Pero si se figuraba el buen hombre que nuestro conocimiento y nuestro trato habían de causar á su hijo algún provecho ó algún placer, se engañaba en absoluto, puesto que no tan sólo rehusábase á Ilinka nuestra amistad, sino que si de él nos ocupábamos alguna vez tan sólo era para burlarnos.

Ilinka Grapp era ya un jovencuelo de trece años, delgaducho, alto y muy pálido, con un rostro que tenía una inexplicable semejanza con la fisonomía de los pájaros, y con una expresión llena de timidez y de cierto instintivo temor; iba siempre pobremente vestido, pero siempre también tan lleno de pomadas, que nosotros habíamos llegado á afirmar que si se ponía un rato al sol, se derretían las pomadas en la cabeza del muchacho é iban surcando sus vestidos.

Cuando ahora le recuerdo, paréceme que era un niño muy servicial, dulce y bueno; pero en aquel entonces se me antojaba un sér hasta tal punto despreciable que ni era digno de lástima ni valía la pena de ocuparse de él.

Cuando hubimos acabado de jugar á los bandidos subimos al salón, y allí empezamos á mover gran zaragata entregándonos á ejercicios de gimnástica, empuñándonos cada cual en hacer algo que los demás no hicieran.

Ilinka nos miraba como sorprendido y con una pequeña sonrisa en los labios; entonces le propusimos que hiciere lo mismo que

nosotros, y no quiso, diciendo que no se creía capaz de ello. Serioja estaba soberbio, encantador, se había quitado el vestido y hacía sus ejercicios en mangas de camisa; en su rostro y en sus ojos se pintaba la alegría, reíase incesantemente y á cada momento inventaba nuevos juegos y nuevos saltos; tan pronto saltaba por encima de tres sillas puestas una al lado de otra; tan pronto hacía



piruetas alrededor de toda la sala; tan pronto poníase piernas arriba apoyando las manos sobre los diccionarios de Tatistchev, que colocaba en medio de la estancia á manera de pedestal, y hacía entonces con las piernas tan ridículos movimientos que era cosa imposible no reirse de todo corazón... Después de este último ejercicio, que tuvo pleno éxito, se detuvo y reflexionó un momento; luego, arqueando según solía las cejas y con aire aparentemente serio se acercó á Ilinka y le dijo:

—Vamos á ver, probad de hacer esto; os aseguro que no es cosa muy difícil.

Viendo Grapp que la atención de todos estaba fija en él, se avergonzó extraordinariamente y encendido el rostro y con voz apenas perceptible juró que no podía hacer en modo alguno lo que se le pedía.

—Eso es, que lo haga; no vale decir que no sabe... Es acaso una niña?... Ea! no hay más remedio... que se ponga de cabeza abajo.

Y Serioja le tomó entonces de la mano.

—Sí, sí!... de cabeza abajo!... gritamos todos rodeando á Ilinka, que palidecía de terror. Le cogimos y le arrastramos casi hasta la pila de los diccionarios.

—Dejadme... yo lo haré solo... No me rompáis el vestido!—gritaba la pobre víctima. Pero sus gritos de desesperación nos excitaron aun más, y todos nos moríamos de risa, pues el traje del pobre niño se desgarraba y se descosía por todos lados.

Volodia y el mayor de los Ivine inclinaron la cabeza del desdichado niño hasta tocar con ella los librotos; yo y Serioja le cogimos las piernas que él agitaba hacia todos lados como para desasirse, le arremangamos los pantalones hasta las rodillas y le soltamos en medio de grandes risotadas... Serioja se encargó de sostener en equilibrio el cuerpo del desdichado, puesto de cabeza abajo.

Después de aquella primera explosión de risa, nos callamos todos un momento, nunca he sabido por qué, y en la sala reinó un silencio tal que no se oía sino los acongojados suspiros del infeliz Grapp... La verdad es que en aquel momento no estaba yo seguro de que fuese todo aquello cosa realmente divertida.

—Ea, ahora!... muy bien!...—dijo Serioja, soltando de pronto á Ilinka y palmoteando regocijadamente.

El pobre niño nada decía, y al tratar de desembarazarse de sus enemigos, dió con el talón de la bota tan fuerte golpe en el ojo de Serioja, que éste se apartó rápidamente del grupo llevándose las manos á los ojos, de los que empezaron á brotar abundantísimas

lágrimas... Ilinka, en cuanto quedó suelto, cayó pesadamente al suelo, como un cuerpo inerte, y al través de sus lágrimas pudo únicamente decir:

—Por qué me martirizáis?

El aspecto del pobre Ilinka era de veras lamentable, con el rostro bañado en lágrimas, desgreñados los cabellos, arremangados los pantalones, dejando al descubierto las piernas y las destrozadas botas. Todos nos callamos, sintiéndonos instintivamente culpables, y para disimular empezamos á reirnos forzosamente.

Serioja, no obstante, fué el primero en reponerse.

—Parece una mujer lloricona—dijo tocándole suavemente con el pie.—Con éste no se pueden hacer bromas... Vaya! Levantaos!

—Yo lo que digo es que eres un mal amigo y un mal niño!—dijo con cierta cólera Ilinka, y volviéndose del otro lado se echó á llorar.

—Ah! esa es buena .. darle á uno grandes talonazos, y salir luego con injurias!—gritó Serioja cogiendo un diccionario y blandiéndolo por encima de la cabeza del desdichado, quien ni tan sólo intentó defenderse, no hizo más que cubrirse la cara con las manos.

—Esa es tuya, bien tuya...—dijo Serioja tirándole el libro á la cabeza.—Dejémosle, pues no sabe comprender lo que es broma. Vamos al jardín!—y se reía con gran risa forzada.

Yo me miraba con honda compasión al desdichado, todavía tendido en el suelo y llorando, con el rostro cubierto por el diccionario, tan estrepitosamente que dijérase que se iba á morir...

—Vamos, Serguei!—le dije—por qué has hecho eso?

—La gran cosa! Acaso he llorado yo cuando no há mucho me rompo por un poquito más la pierna?...

«Eso es verdad, pensé; Ilinka no es más que un llorón... Serguei sí es un chico valiente, oh! muy valiente!...»

No supe entonces comprender que Ilinka menos lloraba por el



dolor físico que se le causara, que por la idea de que cinco niños, que eran tal vez muy de su agrado, sin razón alguna, se habían puesto de acuerdo para molestarle y hacerle sufrir.

Hoy ni siquiera puedo explicarme la crueldad de mi acción. Por qué aquel día no me acerqué á él, por qué no le defendí, por qué no le consolé? Donde se escondió en aquellos momentos el hondo sentimiento de compasión que me hacía llorar con las más ardientes lágrimas á la sola contemplación de un pajarito que se caía del nido, ó al ver que pegaban á un perro, ó bien á la sola idea de que iban á matar una gallina para hacer el caldo?

Tan buenos sentimientos estaban acaso entonces dominados por mi estimación hacia Serioja y por el deseo de parecer, en su presencia, tan valiente como él mismo?... Lo cierto es que esa estimación y ese deseo de parecer valiente no eran en el fondo cosa muy envidiable—y ellos constituyen la sola mancha negra que he podido hallar en las páginas de mis recuerdos infantiles.



XX

La llegada de los invitados

A juzgar por la agitación extraordinaria que reinaba en todas las dependencias de la casa y por la iluminación espléndida que daba cierto aire de novedad y de fiesta á los objetos y muebles del salón y de la sala grande, que desde hacía tiempo conocía bien, y por el hecho además de que el príncipe Ivan Ivanovitch había enviado sus músicos, no cabía duda de que un gran número de invitados eran esperados aquella noche.

Al rumor de cada uno de los coches que se paraban delante de casa, yo corría á la ventana, y apoyando mis manos entre mis sienes y los cristales para ver mejor, con curiosidad impaciente miraba á la calle. La oscuridad impedía de buenas á primeras distinguir los objetos exteriores; pero poco á poco se iban dibujando: en frente había una tienda que yo de antiguo conocía, con su gran linterna; al lado una gran casa, con dos de sus ventanas del piso bajo iluminadas; en medio de la calle un infeliz cochero guiando un carruaje con varios viajeros, ó bien sin ninguno, ya de vuelta á casa; de pronto se para un coche ante el portal, y yo, plenamente convencido de que eran los Ivine—pues prometieron venir temprano—corro á su encuentro hasta la antecámara; pero en vez de los Ivine, aparecen, tras el criado que abre la puerta, dos personas del sexo femenino: una muy alta, envuelta en una especie de manto azul con cuello de cibelina; la otra pequeñita, toda ella cubierta

dolor físico que se le causara, que por la idea de que cinco niños, que eran tal vez muy de su agrado, sin razón alguna, se habían puesto de acuerdo para molestarle y hacerle sufrir.

Hoy ni siquiera puedo explicarme la crueldad de mi acción. Por qué aquel día no me acerqué á él, por qué no le defendí, por qué no le consolé? Donde se escondió en aquellos momentos el hondo sentimiento de compasión que me hacía llorar con las más ardientes lágrimas á la sola contemplación de un pajarito que se caía del nido, ó al ver que pegaban á un perro, ó bien á la sola idea de que iban á matar una gallina para hacer el caldo?

Tan buenos sentimientos estaban acaso entonces dominados por mi estimación hacia Serioja y por el deseo de parecer, en su presencia, tan valiente como él mismo?... Lo cierto es que esa estimación y ese deseo de parecer valiente no eran en el fondo cosa muy envidiable—y ellos constituyen la sola mancha negra que he podido hallar en las páginas de mis recuerdos infantiles.



XX

La llegada de los invitados

A juzgar por la agitación extraordinaria que reinaba en todas las dependencias de la casa y por la iluminación espléndida que daba cierto aire de novedad y de fiesta á los objetos y muebles del salón y de la sala grande, que desde hacía tiempo conocía bien, y por el hecho además de que el príncipe Ivan Ivanovitch había enviado sus músicos, no cabía duda de que un gran número de invitados eran esperados aquella noche.

Al rumor de cada uno de los coches que se paraban delante de casa, yo corría á la ventana, y apoyando mis manos entre mis sienes y los cristales para ver mejor, con curiosidad impaciente miraba á la calle. La oscuridad impedía de buenas á primeras distinguir los objetos exteriores; pero poco á poco se iban dibujando: en frente había una tienda que yo de antiguo conocía, con su gran linterna; al lado una gran casa, con dos de sus ventanas del piso bajo iluminadas; en medio de la calle un infeliz cochero guiando un carruaje con varios viajeros, ó bien sin ninguno, ya de vuelta á casa; de pronto se para un coche ante el portal, y yo, plenamente convencido de que eran los Ivine—pues prometieron venir temprano—corro á su encuentro hasta la antecámara; pero en vez de los Ivine, aparecen, tras el criado que abre la puerta, dos personas del sexo femenino: una muy alta, envuelta en una especie de manto azul con cuello de cibelina; la otra pequeñita, toda ella cubierta

por un chal de color verde que apenas si deja ver unos pequeñísimos pies calzados con botines forrados de piel. Sin prestar la menor atención á mi presencia en la antecámara, aunque, al ver que se acercaban esas damas creí deber mío saludarlas, la pequeña sin decir nada se paró ante la mayor y ésta desató el pañolón que cubría por completo la cabeza de la pequeñuela, se desabrochó el



manto, y cuando el lacayo se hubo hecho cargo de todos esos objetos para guardarlos convenientemente y hubo además quitado los forrados botines de los pies de aquella personilla, apareció en todo su esplendor una encantadora niña de doce años, con un gracioso vestido de muselina, escotado, con pantalones blancos, que le salían un poquitín por debajo de la corta falda y unos elegantes zapatitos negros. En el delgaducho y blanquísimo cuello llevaba una cinta de terciopelo negra; llevaba el pelo rizado, y sus bucles de un castaño oscuro le iban tan magníficamente en su rostro encantador y sobre sus desnudos hombros, que nadie, ni aún

Karl Ivanovitch, me hubiera hecho creer que los tenía así rizados por haberlos llevado todo el santo día envueltos en pequeños trozos de la *Gaceta de Moscova* y porque se los alisaban luego con un hierro caliente. Yo jurara que aquella niña había nacido así, con su cabecita perfectamente rizada.

El rasgo más notable de su fisonomía, era el grandor extraordinario de sus ojos salientes, medio cerrados, que formaban un contraste agradabilísimo con su pequeñina boca. Tenía casi siempre apretados los labios y su mirada era tan seria que la expresión general del rostro nunca hacía esperar la sonrisa, lo cual hacía lo aun más encantador.

Tratando de que no se fijase nadie en mí, iba hasta la gran sala y volvía de ella, fingiendo aires de honda preocupación y cómo sin percatarme siquiera de la llegada de los invitados. Cuando hubieron

llegado las visitantes al centro de la sala, me hice el encontradizo con ellas y después de grandes reverencias, que traté fuesen lo más elegantes posible, les hice saber que mi abuela se hallaba en el salón. La señora Valakhina, cuyo rostro me gustó extraordinariamente por parecerse mucho al de su hija Sonitchka, me contestó con un amabilísimo movimiento de cabeza.

Mi abuela pareció muy contenta de ver á Sonitchka, hizo que se le acercara, le echó atrás uno de los bucles que le caía sobre la frente, y dijo en francés mirándola fijamente: «Qué hermosa niña!» — Sonitchka se sonrió y el carmín pintó sus mejillas, pareciéndome en aquel momento tan encantadora que yo me sentí ruborizado también al mirarla.

—Espero que no te aburrirás en mi casa, amiguita mía!...—dijo mi abuela mientras le acariciaba la barbilla. —Diviértete y baila lo más que puedas. Ya tenemos aquí una dama y dos caballeros—añadió dirigiéndose á la señora Valakhina, y tocándome á mí con la mano.

Me pareció esta especie de *aparejamiento* tan agradable que otra vez me ruboricé.

Sintiendo que mi timidez aumentaba todavía, al oír que se paraba delante de casa otro coche, creí buena ocasión para alejarme del grupo. En la antesala me encontré con la princesa Kornakhova acompañada de su hijo y de un número incalculable de niñas. Las niñas tenían todas el mismo rostro, se parecían extraordinariamente á la princesa y eran muy feas, sin lograr atraer por ningún concepto la atención, mientras se quitaban sus abrigos, hablando todas á un tiempo y riendo estruendosamente, no sé por qué... quizás por verse tan numerosas. Esteban era un muchacho de unos quince años, de elevada estatura y muy robusto, pero su rostro tenía una grande expresión de fatiga, con unos ojos hundidos y rodeados por una pequeña franja amoratada; sus pies y sus manos eran enormes teniendo en cuenta su edad. Era desgarrado, y tenía una voz desagradable y desigual, mas parecía estar muy contento de sí mismo, y yo le tuve por tal y cómo debía ser un muchacho á quien se educa é instruye á latigazos.

Permanecimos bastante rato, el uno junto al otro, de pie, considerándonos mutua y atentamente sin decirnos palabra. Luego nos acercamos como para besarnos el uno al otro, pero mirándonos siempre en los ojos nos paramos... y reflexionamos. Cuando hubieron todas sus hermanas desfilado por delante de nosotros riéndose todavía, para empezar la conversación le pregunté si no sería estrecho el carruaje para tanta gente como eran.

—No lo sé—me contestó desgarbadamente, —pues yo no voy nunca en el interior, me marea enseguida, y como ya mamá lo sabe, siempre que salimos por la noche, me subo al pescante; es mucho más divertido, se ve todo desde allá arriba. Felipe me deja guiar y hasta algunas veces tomo el látigo. Entonces, más de uno de los que van á pie... ya me entendéis! —añadió haciendo un gesto por demás expresivo, como si pegase á alguien. —Es muy divertido!

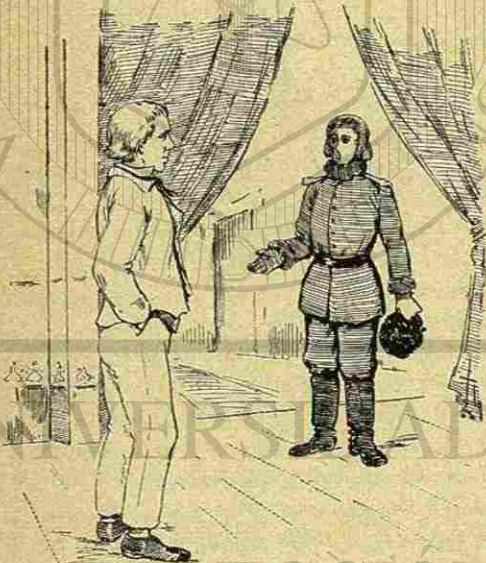
—Excelencia—dijo un lacayo entrando en la antecámara—Felipe pregunta dónde habéis puesto el látigo.

—Cómo, que dónde lo he dejado!... Se lo he devuelto.

—Dice Felipe que no se lo habéis devuelto.

—Entonces, es que lo habré dejado colgado en el farol.

—Felipe dice que no está tampoco... Decid mejor que lo habéis perdido... Mas ahora el pobre se verá obligado á pagar con su dinero vuestras bromas y vuestros descuidos, —continuó el lacayo animándose cada vez y más irritado.



Este lacayo, que tenía todo el aspecto de un hombre respetable y serio, parecía tomar con mucho calor el partido de Felipe, queriendo á toda costa poner en claro este asunto. Por un espontáneo rasgo de delicadeza, fingiendo que de nada me había enterado, me separé disimuladamente un poco; pero los criados que se encontraban por allí obraron de muy distinto modo: se aproximaron todos al grupo y parecían aprobar lo que hablaba el viejo lacayo.

—Bueno, bueno; si se perdió el látigo, perdido está—dijo Esteban como para evitar más precisas explicaciones. —yo le pagaré el látigo á Felipe! Es divertido... —añadió acercándose á mí y tomando mi brazo para dirigirse al salón.

—No, hacedme la gracia, señor... Y con qué pagaréis el látigo?

Ya sé yo cómo es el pagar vuestro: hace ocho meses que habláis de pagar á María Vasilievna sus veinte kopeks y aun no lo habéis hecho; á mí mismo hace ya dos años que me debéis... y también á Petruchka...

—Quieres callarte?—gritó el joven príncipe palideciendo de cólera. —Lo contaré todo...

—Lo contaré, lo contaré!—interrumpió el viejo—eso no está bien, Excelencia... —añadió con energía el criado mientras dejaba los abrigos de aquel enjambre de niñas sobre un banco.

—Es verdad, es verdad!—oímos que decían varias voces al tiempo que entrábamos nosotros en el salón.

Mi abuela tenía el extraordinario talento de expresar su opinión sobre las gentes pronunciando de cierto modo y en ciertos casos el *tú* y el *vos*, aunque empleando casi siempre esos tratamientos de modo inverso de cómo se usan generalmente, tomando en su boca los matices que sabía imprimirles una significación absolutamente original y especialísima.

Cuando el joven príncipe se acercó á mi abuela, ella empezó á hablarle empleando el *vos* y mirándole con expresión de tan profundo menosprecio que yo en su lugar no hubiera sabido dónde esconderme; pero Esteban era con toda evidencia muchacho de otros *temples*: no tan sólo dejó de dar la menor importancia á la acogida que le hacía mi abuela, sino que con el mayor aplomo, y aún con cierta agradable desenvoltura, saludó á la noble anciana y á todos los demás presentes. Sonitchka absorbía toda mi atención; recuerdo que mientras Volodia, Esteban y yo estábamos hablando en sitio de la sala desde donde se podía ver á la preciosísima niña, y ella vernos y oírnos también, yo conversaba con inmenso placer y siempre que se me ocurría alguna frase que juzgaba digna de ser escuchada, pronunciábala levantando la voz y mirando hacia la puerta del salón; pero cuando nos hallábamos en algún sitio donde no pudiésemos ser vistos por ella, entonces me callaba y no hallaba gusto en la conversación.

Poco á poco, el salón y la gran sala llenáronse de invitados. Entre éstos, como sucede siempre en las fiestas y bailes infantiles, había no pocas personas mayores—niños grandes—que no quisieron perder la ocasión de divertirse y de bailar, bajo el pretexto de que así daban gusto á la dueña de la casa.

Al llegar los Ivine, en lugar del inmenso placer que causaba siempre en mí la presencia de Serioja, sentí contra él un muy extraño despecho, porque iba á ver á Sonitchka y á ser visto por ella.

do.—Ven enseguida, pues has de sacar á bailar... La danza empieza ahora mismo.

—Volodia—hice yo entonces con voz casi tétrica, mientras mostraba á Volodia mi mano llevando puesto el desastrado guante.—Volodia, pero tú no has pensado?...

—En qué?—dijo con marcada impaciencia.—Ah! en los guantes?—añadió con tono indiferente mirando mi mano.—Es verdad, no los tenemos; es preciso decírselo á nuestra abuela, á ver qué piensa de esto...—Y sin reflexionar lo más mínimo se precipitó escalera abajo.

La sangre fría que demostró en trance como éste, el cual juzgaba yo de gran trascendencia, me tranquilizó del todo, y me apresuré á bajar al salón, sin acordarme del horrible guante que llevaba todavía puesto en la mano derecha. Me acerqué con cierto disimulo al sillón de mi abuela y tocando suavemente su brazo, le dije en voz baja:

—Abuela! no tenemos guantes, qué hacemos?

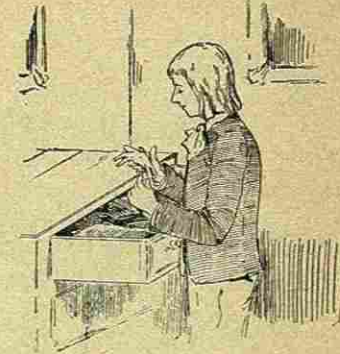
—Qué dices, niño?

—Que no tenemos guantes,—repetí acercándome más y poniendo mis dos manos sobre los brazos del sillón.

—Pues, esto qué es?—dijo mi abuela cogiéndome súbitamente la mano derecha; y hablando en francés continuó, dirigiéndose á la señora Valakhina:—Ved, querida, ved cuán elegante se ha puesto este niño para danzar con vuestra hija.

Mi abuela me apretaba fuertemente la mano, y con cierta gravedad miraba á los invitados como pidiéndoles su parecer por mi proeza, hasta que, satisfecha la curiosidad de todos ellos, estalló una risotada general.

Gran pesar me hubiese producido que Serioja me viera en aquel momento, descompuesto por la vergüenza y tratando en vano de escaparme, pero delante de Sonitchka que se reía hasta saltársele las lágrimas y cuyos bucles danzaban entorno de su rostro encendido por la risa, no me sentí ni un punto avergonzado. Comprendí que era su risa franca y natural, que no había en ella el menor asomo de burla; por el contrario, el hecho de haber reído juntos, mirándonos el uno al otro en los ojos, parecióme que me acercaba



XXI

Antes de la mazurka

Ah! baile tenemos... parece que se va á bailar aquí esta noche,—dijo Serioja al volver del salón y sacando del bolsillo sus guantes de piel, enteramente nuevos.—Es cosa de meternos los guantes.

«Qué hacer? Nosotros no tenemos guantes, pensé. Es preciso que suba á buscarme unos».

Pero, por más que revolvi todas las cómodas y todos los armarios, no encontré sino nuestros guantes de viaje, de lana verde y en un rincón un guante de piel que no podía servirme de nada, en primer lugar por muy viejo y muy sucio, y luego porque era demasiado grande, sin contar que le faltaba el dedo de enmedio, que Karl Ivanovitch había cortado hacía ya tiempo en ocasión en que tuvo no se qué en una mano. Pero, contra todos los pesares, endosé el famoso guante y me quedé mirando fijamente el dedo mediano, que surgía del guante atrocemente manchado de tinta.

«Ah! si estuviese aquí Natalia Savichna, con seguridad que ella sabría hallarme unos guantes... Yo no puedo bajar así, pues si me preguntan porque no bailo, qué voy á contestar? Y, sin embargo, tampoco puedo no ir, pues será notada mi ausencia. Qué hacer? dije en voz alta agitando con desesperación los brazos.

—Qué haces ahí?—me preguntó Volodia, que entraba corrien-

más á ella. La aventura del guante, que pudo acabar mal, me proporcionó la ventaja de familiarizarme con una sociedad, la sociedad de los salones, que me había causado siempre cierto espanto; desde aquel punto ya no me sentí tan encogido y tímido entre nuestros invitados.

El sufrimiento que la timidez produce viene siempre de que ignoramos la opinión que de nosotros se formaron los demás; en cuanto esta opinión se ha expresado claramente, cualquiera que sea, se acaba el padecer.

Estaba Sonitchka encantadora bailando conmigo la cuadrilla francesa, teniendo por pareja contraria al joven príncipe tan desgachado! Y con qué gentileza me sonreía cuando, en la cadena, me tendía graciosamente la mano! Era un encanto ver cómo sus rizados bucles, saltando en su cabeza, seguían el compás, con no menos precisión que sus graciosísimos pies. En la quinta figura, cuando mi pareja atravesó y se quedó al otro lado, y yo, guardando el compás me quedé bailando solo, Sonitchka contrajo con cierta gravedad los labios, como temiendo que yo no me saliese airosamente del paso; mas fué su temor vano, pues marqué los compases é hice las figuras con la más exacta precisión, y al acercarme otra vez á ella le presenté elegantemente la mano en que llevaba puesto el horrible guante, á cuya vista rompió en la más fresca y alegre de las risas, deslizándose sus pies con una gracia y una ligereza inmensas... Recuerdo todavía que al danzar cogidos todos de la mano, la preciosa niña inclinó la cabeza, y sin desasir su mano de la mía, con sus dedos finamente enguantados se rascó con inmensa gracia la punta de la nariz... Todo esto lo recuerdo como si lo tuviese delante de los ojos, y aún me parece que oigo todavía los acordes de la cuadrilla que bailamos juntos y en cuyos cortísimos instantes me sentí intensamente vivir.

Luego vino la segunda contradanza, que bailé también con Sonitchka. Al hallarme á su lado, tan juntito á ella, me quedé tan profundamente turbado que no supe qué decir. Cuando ya me pareció que mi silencio duraba demasiado, temiendo que me pudiese la niña tomar por un imbécil, me decidí á sacarla, costase lo que costase, de un semejante error. «Habitáis acaso en Moscova?» le pregunté en francés, y habiendo obtenido respuesta afirmativa, continué diciendo: «Pues yo no he frecuentado mucho la capital», contando con que haría gran efecto el verbo *frecuentar*. Comprendí, sin embargo, que la conversación, á pesar de tan brillantes comienzos, que mostraban con toda evidencia mis grandes conocimientos de la lengua francesa, no podría continuar en tan elevado

tono... Nuestra vez para tomar parte en la danza no se acercaba aun, y se estableció entre nosotros de nuevo el silencio; yo me la miraba con cierta recelosa inquietud, deseando descubrir la impresión que le causara, y esperaba que ella viniese en mi ayuda: «¿Dónde habéis hallado tan horrible guante?» de pronto me preguntó, haciéndome inmenso placer con su pregunta. Y le expliqué que era un guante de Karl Ivanovitch y hasta me extendí, esforzándome en ser irónico, sobre la persona de nuestro preceptor, diciéndole lo ridículo que aparece cuando se quita el gorro encarnado y lo que nos reímos cuando un día se cayó de caballo, con su casacón verde, yendo á parar precisamente en medio de una gran charca... La danza fué deslizándose con todo esto perfectamente, casi sin sentirlo; pero, por qué había yo hablado con ironía de Karl Ivanovitch? Hubiera acaso desmerecido á los ojos de Sonitchka hablándole de mi maestro con todo el respeto y toda la estimación que en realidad sentía por él?

Cuando hubo terminado la contradanza, Sonitchka me dió las gracias con tanta gentileza como si en efecto hubiese yo merecido de veras su reconocimiento... Estaba entusiasmado. No cabía en mí de contento, y no acertaba á explicarme donde hubiese podido adquirir aquella osadía y aquella seguridad de mí mismo. «Nada puede ya intimidarme!» pensé mientras daba algunas vueltas por la sala aparentando aires de hombre satisfecho: «Ahora sí que estoy dispuesto á todo!»

Serioja me propuso que la otra cuadrilla la bailásemos juntos: «Muy bien, le dije; no tengo pareja, mas ya la encontraré». Eché una mirada por el salón y ví que todas las bailadoras estaban ya invitadas, menos una señorita, de elevado talle, que estaba de pie junto á la puerta de la sala y hacia la cual avanzaba un joven con la intención, al parecer, de sacarla á bailar... Yo me hallaba al otro extremo del salón, y, sin detenerme á pensar en ello, me deslicé



corriendo lo más graciosamente que pude, y en menos que lo digo llegué junto á la señorita, le hice una reverencia y con voz resuelta la invité á bailar conmigo la próxima cuadrilla... y ella, sonriéndose con amable benevolencia, me tendió la mano y el joven caballero que la iba también á invitar se quedó sin pareja.

Tuve en aquellos momentos tan clara conciencia de mi fuerza, que no presté la más pequeña atención al despecho del joven; luego, sin embargo, supe que preguntó quién era aquel niño desenvuelto que le había quitado la pareja en sus propias barbas.



XXII

La mazurka

EL joven caballero á quien yo había quitado anteriormente la pareja, bailaba ahora la mazurka en primera fila; y en vez de ejecutar el «paso» que nos había enseñado Mimi, se lanzó de su sitio llevando á su pareja cogida de la mano, corrió simplemente hacia adelante, y al llegar á uno de los ángulos del salón, se detuvo, separó los pies, picó con el talón el suelo, se volvió y corriendo á saltitos fuése todavía más lejos.

Como yo no bailaba entonces, me senté detrás del sillón de mi abuela, y observé.

«Qué es lo que hace? pensé. No es así cómo nos lo enseñó Mimi, diciéndonos que todo el mundo bailaba la mazurka sobre la punta de los pies, haciendo el paso resbalado, y he aquí que este la baila de muy otro modo. Los Ivine, el mismo Esteban... ninguno de los que danzan ejecuta el «paso» que nos enseñó Mimi... y aún Volodia ha adoptado la nueva manera... La verdad es que resulta muy elegante... Sonitchka está encantadora... y qué bien baila!»
—Era en aquellos momentos perfectamente feliz.

La mazurka se acababa; algunas personas se acercaban ya á mi abuela para despedirse de ella y retirarse; los lacayos, procurando no chocar con los bailarines, iban llevando con mil precauciones los cubiertos y los manjares á las salitas más apartadas; y mi

corriendo lo más graciosamente que pude, y en menos que lo digo llegué junto á la señorita, le hice una reverencia y con voz resuelta la invité á bailar conmigo la próxima cuadrilla... y ella, sonriéndose con amable benevolencia, me tendió la mano y el joven caballero que la iba también á invitar se quedó sin pareja.

Tuve en aquellos momentos tan clara conciencia de mi fuerza, que no presté la más pequeña atención al despecho del joven; luego, sin embargo, supe que preguntó quién era aquel niño desenvuelto que le había quitado la pareja en sus propias barbas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



XXII

La mazurka

EL joven caballero á quien yo había quitado anteriormente la pareja, bailaba ahora la mazurka en primera fila; y en vez de ejecutar el «paso» que nos había enseñado Mimi, se lanzó de su sitio llevando á su pareja cogida de la mano, corrió simplemente hacia adelante, y al llegar á uno de los ángulos del salón, se detuvo, separó los pies, picó con el talón el suelo, se volvió y corriendo á saltitos fuése todavía más lejos.

Como yo no bailaba entonces, me senté detrás del sillón de mi abuela, y observé.

«Qué es lo que hace? pensé. No es así cómo nos lo enseñó Mimi, diciéndonos que todo el mundo bailaba la mazurka sobre la punta de los pies, haciendo el paso resbalado, y he aquí que este la baila de muy otro modo. Los Ivine, el mismo Esteban... ninguno de los que danzan ejecuta el «paso» que nos enseñó Mimi... y aún Volodia ha adoptado la nueva manera... La verdad es que resulta muy elegante... Sonitchka está encantadora... y qué bien baila!»
—Era en aquellos momentos perfectamente feliz.

La mazurka se acababa; algunas personas se acercaban ya á mi abuela para despedirse de ella y retirarse; los lacayos, procurando no chocar con los bailarines, iban llevando con mil precauciones los cubiertos y los manjares á las salitas más apartadas; y mi

abuela, pareciendo muy fatigada, no hablaba sino lo más preciso y con marcada displicencia; lánguidamente, ya por la trentésima vez, los músicos atacaban de nuevo el mismo motivo. La señorita que había bailado antes conmigo, me vió al hacer una de las figuras del baile, y sonriéndose pèrfidamente, sin duda para dar gusto á mi abuela, me presentó delante á Sonitchka y á una de las innumerables princesas, llevándolas cogidas una de cada mano, y me interpeló diciendo:

—Ortiga ó rosa?

—Ah! eres tú?—hizo mi abuela volviéndose,—anda, hijo mío, anda; escoge.

En aquel momento, más ganas tuve de esconderme bajo el sillón de mi abuela

que de contestar á la pregunta que se me hacía; pero, cómo rehusar? Me levanté y al pronunciar la palabra *rosa* miré tímidamente á Sonitchka... No había vuelto todavía en mí que ya una mano enguantada de blanco cogía la mía, y, con una encantadora sonrisa en los labios, hacía la princesa ademán de adelantarse como invitándome al baile, sin sospechar que yo no sabía ya qué hacer con mis piernas.

Sabía que el «paso» que nos enseñó nuestra Mimi no era ya admitido y que si lo bailaba allí podía costarme una grande afrenta; pero el aire bien conocido de la mazurka, obrando sobre mi oído, produjo una excitación directa en mis nervios acústicos, los cuales á su vez transmitieron el movimiento á mis piernas; y éstas, de un modo involuntario y con gran extrañeza de los espectadores, empezaron á ejecutar el paso fatal, sobre la punta de los pies. Mientras avanzábamos en línea recta la cosa iba bien, pero comprendí que al volver al punto de partida, si no ponía mucha atención en ello, avanzaría un gran espacio á mi pareja, y para evitar un escándalo semejante me detuve con la intención de hacer el mismo «paso» que había visto ejecutar con tanta elegancia por el joven caballero á quien yo quitara antes su bailadora. Pero en el momen-



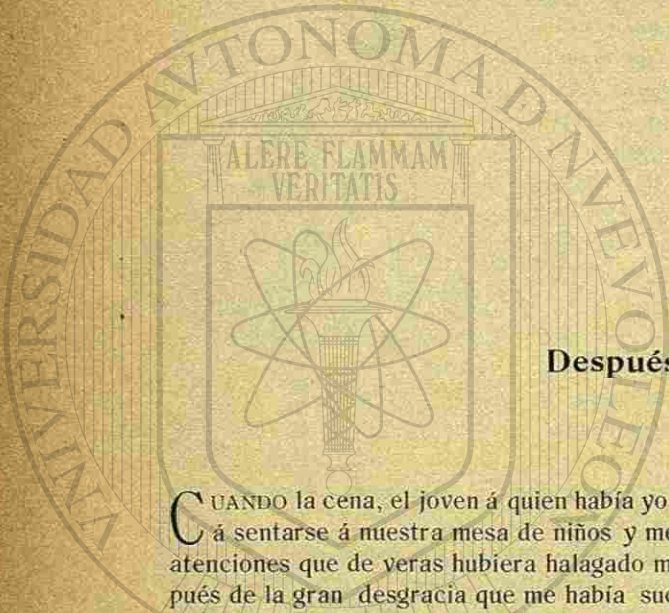
to en que, separadas las piernas, me disponía á saltar, la princesa separóse de mí rápidamente y se puso á contemplar el juego de mis pies con aire de extraña curiosidad... Esta mirada me perdió. Me turbé de tal manera que, en vez de bailar, no hice más que dar saltitos sin moverme del sitio, y ello de modo que no concertaba con la música ni con nada; finalmente, me detuve en seco. Todo el mundo me miraba: quien con sorpresa, quien con viva curiosidad, quien con cierta malicia, quien compasivamente... tan sólo en la mirada de mi abuela se adivinaba la indiferencia.

—Si no sabéis bailar, por qué os ponfais?—me dijo al oído y con voz muy irritada mi papá, y separándome con gesto mesurado, tomó la mano de mi pareja, dió con ella una vuelta á la moda antigua, que admiró todo el mundo y la condujo á su sitio; en aquel preciso momento terminaba la mazurka.

«Dios mío!... por qué me castigas tan cruelmente? Todo el mundo me desprecia y me dspreciará siempre... se me ha cerrado todo camino: amistad, amor, consideración, todo lo he perdido! Por qué me hacía Volodia signos que todo el mundo veía y que eran completamente inútiles? Por qué esa maldita princesa se ha puestó á mirar de aquel modo mis pies? Por qué Sonitchka... gentil, vaya si lo es! pero por qué se sonreía en aquel momento? Por qué papá se ha irritado, quitándome de enmedio? Es que se habrá avergonzado de mí? Oh! es horroroso... Pero si mamá hubiese estado aquí, de seguro que no se avergonzara de su Nikolenka!...»

Y vuela mi imaginación hacia tan purísima imagen... Y recuerdo entonces las praderas que se extienden delante de la casa, y los grandes tilos del jardín, y el estanque de aguas purísimas sobre el cual vuelan las golondrinas trazando elegantes círculos en el espacio, y el cielo azul manchado de blancas y diáfanas nubecillas, y las elevadas pilas del heno oloroso recién cortado... y otras muchas visiones de apacible dibujo, de colorido espléndido que flotan vagas en mi conturbada imaginación.





XXIII

Después de la mazurka

CUANDO la cena, el joven á quien había yo quitado la pareja, vino á sentarse á nuestra mesa de niños y me concedió tan asiduas atenciones que de veras hubiera halagado mi amor propio, si, después de la gran desgracia que me había sucedido, quedara en estado de recibir todavía cualesquiera sensaciones. Mas hubiérase dicho que de todas maneras quería alegrarme; me hacía las mil posturas y vigilando que no le viese alguna de las personas mayores, no hacía mas que echar vino de todas las clases en mi copa obligándome á beberlo. Al final de la comida, cuando el criado me puso una media copa de champagne, que mi flamante amigo hizo que se convirtiera en toda una copa, haciéndomela tragar de una vez, sentí que recorría todo mi cuerpo un calorcillo agradable y al propio tiempo una muy singular ternura hacia mi alegre protector, y sin saber por qué estalló en mi boca la más ruidosa carcajada.

De pronto, nos llegaron de la sala las primeras notas del *Abuelo*; se levantó de la mesa todo el mundo, y en aquel mismo punto cesó mi amistad con el galante joven; se fué con las personas mayores, y no atreviéndome yo á seguirle, me acerqué curiosamente á la señora Valakhina para enterarme de lo que estaba diciendo á su hija.

—Media horita más!...—decía Sonitchka con tono persuasivo.

—De veras te digo que no puede ser, ángel mío!

—Yo te lo ruego, concédeme esta media hora!—seguía diciendo la niña con gran mimo.

—Y estarás contenta si me siento mañana enferma?—dijo la señora Valakhina sonriendo, lo cual fué para ella una verdadera imprudencia.

—Ah! ya veo que me lo concedes!... Nos quedamos!—exclamó la niña saltando alegremente.

—Cómo negarte nada?... Anda, pues, baila... Ahí tienes á tu caballero,—añadió señalándome á mí.

Sonitchka me tomó de la mano y riendo y saltando nos dirigimos al salón.

El vino que había bebido, y quizás más que todo la presencia y la bulliciosa alegría de Sonitchka, hicieronme olvidar la desdichada aventura de la mazurka.

Durante la danza ejecuté los pasos más cómicos y ridículos; á veces imitaba al caballo, corriendo á pequeños saltos y levantando muy alto las piernas; otras veces, sin moverme del sitio, daba pequeños saltos como un cordero que riñe con un perro, y todo ello riéndome á trapo tendido, sin preocuparme lo más mínimo por la impresión que pudiese causar en los demás circunstancias. Tampoco Sonitchka cesaba de reirse: se reía si girábamos juntos teniendo cogidas las manos, y se reía al ver á un señor

anciano que daba con mucha pena un gran paso para no pisar un pañuelo que estaba caído en el suelo, y se reía aun con más gusto al verme saltar casi hasta el techo para demostrar mis habilidades.

Al atravesar una vez el gabinete de mi abuela, me ví en el espejo, bañado el rostro de sudor, los cabellos en desorden, con mis malditos bucles más alisados que nunca, pero la expresión de mi fisonomía era tan alegre, tan atractiva, tan sana, que me enorgullecí de mí mismo.



«Si estuviere siempre como ahora, pensé, todavía agradara á las gentes».

Pero cuando de nuevo miré el hermoso rostro de mi pareja, además de la expresión de franca alegría, de perfecta salud y de simpático descuido que tanto en él me gustaba, la elegante y suavísima belleza que en la niña descubrí, despertó en mi corazón un gran despecho contra mí mismo... Comprendí entonces que era cosa enteramente vana pretender atraer sobre mí la atención de tan seductora criatura.

No podía esperar la reciprocidad de sus sentimientos, y ni siquiera pensaba en ello; aún así mi alma sentíase llena de una gran felicidad. Creí entonces que, después del sentimiento de profundo amor que llenaba de delicias mi alma, era imposible ya esperar felicidad mayor, ni desear cosa alguna fuera de que este sentimiento no muriese jamás; sentíame enteramente dichoso. Mi corazón palpitaba lo mismo que un pichón aprisionado, me sentía afluir á él grandes torrentes de sangre y tenía inmensas ganas de llorar.

Al atravesar el corredor, por delante del cuarto oscuro, debajo de la escalera, dirigí hacia el interior la mirada, pensando: «Qué felicidad poder vivir ahí siglos con ella, en el fondo de este cuarto oscuro, donde nadie vendría á buscarnos!»

—Reina hoy gran alegría, no es verdad?—dije en voz baja y trémula, y apretando el paso, espantado no tanto de lo que iba diciendo como de lo que tenía intención de decir.

—Oh! sí... es verdad!—dijo la niña mirándome en los ojos con expresión tan franca y tan serena, que todos mis vagos temores se disiparon de pronto.

—Sobre todo, después de la cena... Pero, si supieseis la pena que siento (quería decir tristeza, mas no me atreví) de que tan pronto os vayáis, tal vez para no veros más!

—Por qué no hemos de vernos más?—dijo la niña mirando fijamente á la punta de sus zapatos y haciendo resbalar sus deditos por la tela de un *paravent* por delante del cual en aquel preciso punto pasábamos.—Cada martes y cada viernes voy con mamá al paseo de Tverskoi. No váis vosotros también á paseo?

—Pediremos que nos dejen ir los martes... y si acaso no nos lo consenten, iré solo, ya sé el camino, os lo prometo... Vendré... aunque sea sin sombrero.

—Una cosa quiero deciros—hizo súbitamente Sonitchka,—y es que yo tuteo á todos los jóvenes que vienen á casa. Queréis que nos tuteemos también nosotros?... Lo quieres?—dijo meneando graciosamente la cabeza y mirándome en los ojos.

En ese momento entramos en la gran sala, donde comenzaba ya la segunda parte del baile, con animación extraordinaria.

—Muy bien... y vos...—Dije yo, cuando creí que la música y el ruido ahogaría un poquito mi voz trémula.

—No es eso... tú y no vos—exclamó Sonitchka riendo.

Acabó la danza antes que hubiese yo podido pronunciar una sola frase tuteando á la hermosa niña, aunque á cada momento me venían á los labios frases en que este pronombre se repetía muchas veces. No me sentía bastante audaz para decir: «Quieres tú? Me entiendes?... frases todas que sonaban en mis oídos extrañamente y me causaban un encanto singular. No veía nada ni á nadie, fuera de Sonitchka, y quedé muy turbado contemplando como la niña se recogía los rizados cabellos y se los echaba por detrás de la oreja, con lo que descubrió una parte de la frente y de las sienas que no había visto aun. Me quedé después contemplando como la abrigaban cuidadosamente con el chal verde, de manera que no se le veía mas que la punta de la pequeñísima nariz, y me hice á mí mismo la observación de que si ella no hubiese con sus rosados dedos apartado un poco el abrigo junto á su boquita, hubiérase con toda seguridad ahogado; y finalmente ví cómo, al bajar con su madre las escaleras, se volvió un momento hacia nosotros, hizo un ligero movimiento de cabeza, y desapareció tras la puerta.

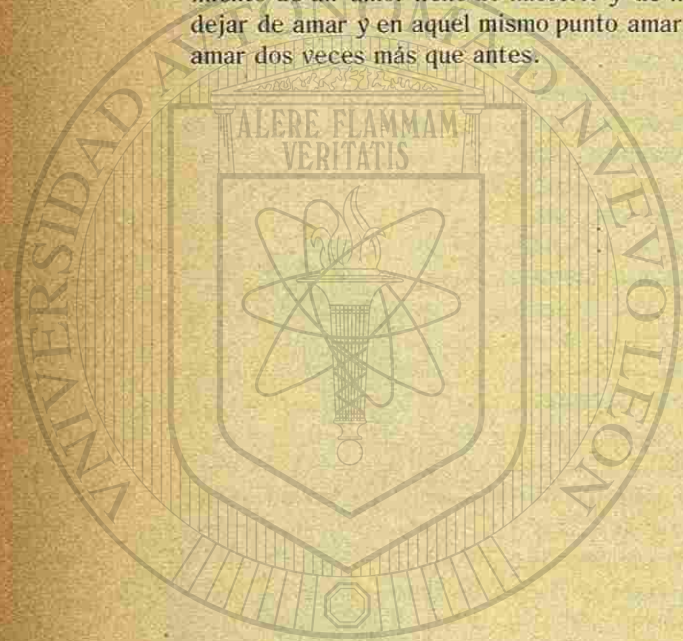
Volodia, los Ivine, el joven príncipe y yo estábamos todos enamorados de Sonitchka, de suerte que al salir ella nos quedamos todos en lo alto de la escalera siguiéndola ávidamente con la mirada. A quien con preferencia dirigió Sonitchka el ademán de despedida, yo no lo sé, mas en aquel momento quedéme firmemente convencido de que me lo había dirigido á mí.

Al despedirme de los Ivine, hablé ya con cierto desparpajo y hasta fríamente con Serioja, estrechándole con indiferencia la mano. Comprendió seguramente que aquel día había perdido mi amor



y todo su poder sobre mí, mas he de consignar que si de veras lo sintió lo supo muy bien disimular.

Por primera vez en mi vida hacía traición á mis afectos, y he de confesar que por primera vez también sentí la dulce satisfacción de haberlo hecho. Me fué profundamente agradable reemplazar el hondo afecto de mi devoción hacia Serioja por el novísimo sentimiento de un amor lleno de misterio y de incertidumbre. Además, dejar de amar y en aquel mismo punto amar de nuevo, es igual que amar dos veces más que antes.



XXIV

En la cama

CÓMO he podido tanto tiempo y con tan profunda pasión amar á Serioja? iba yo pensando ya una vez en la cama. No! no me ha comprendido nunca, no podía apreciarme, no merecía mi amor... Y Sonitchka? qué deliciosa criatura! Con qué gracia decía: Lo quieres? yo comenzaré...»

Me revolví en el lecho, y representándome su pequeña y graciosísima figura, me cubrí la cabeza con la sábana y envuelto enteramente en ella me estiré con delicia: un agradabilísimo calor recorrió todo mi cuerpo, y me perdí en un mar de dulces ensueños y de aun más dulces memorias. Fijando de pronto la mirada en un punto ignorado de la oscura estancia, la ví tan claramente cómo delante de mis ojos la tenía de verdad una hora antes. En pensamiento, conversé con ella, y esta conversación, aunque desprovista por completo de sentido, me causaba un placer inexplicable solamente porque las palabras *tú, contigo, tuyo* figuraban en ella á cada momento.

Iban tomando tal consistencia esas imaginaciones que, dulcemente conmovido, me era imposible conciliar el sueño, y entonces quise compartir con alguien mi exuberante felicidad.

—Duermes, Volodia?—dije casi á plena voz mientras me volvía del otro lado.

—No—me contestó mi hermano con soñolienta voz;—qué me quieres?

—Que estoy enamorado, Volodia, totalmente enamorado de Sonitchka.

—Bien, y qué?—repuso estirándose en el lecho.

—Ah! Volodia, es que tú no puedes imaginarte lo que en mí siento... Ahora mismo la he visto aquí tan claramente... tan clara-



mente que he estado hablando con ella... Oh! es delicioso, y es extraordinario... Y otra cosa todavía: Al hallarme aquí acostado y pensando en ella, no sé por qué me entristezco, me entristezco y me vienen unas grandes ganas de llorar...

Volodia se revolvió en la cama.

—No quisiera sino una cosa,—continué diciendo—estar siempre con ella, verla sin cesar... nada más. Y tú, la quieres también? Confiésalo, Volodia, di la verdad.

Cosa más rara! deseaba que estuviesen todos enamorados de Sonitchka y que todos lo proclamasen en voz alta.

—Qué te importa!—hizo Volodia volviéndose de cara a mí—quizás...

—No puedes dormir... y fingías estar dormido—exclamé yo viendo brillar sus ojos y adivinando que no tenía en realidad ganas de dormir, pues había echado á un lado las sábanas y las mantas.—Hablemos de ella, hablemos... No es verdad que es encantadora, no es verdad que es hermosa?... Si me decía ella: «Nikolenka, salta por la ventana ó échate al fuego», ten por seguro que lo haría sin pensarlo y alegremente. Ah! cuán encantadora es, cuán bonita!—añadí casi en éxtasis, representándomela tan vivamente como si la tuviese delante de los ojos.

Y para poder por completo gozar de la deliciosa imagen que me sugería mi calenturienta imaginación, me volví bruscamente del otro lado y hundiendo mi cabeza en la almohada, exclamé sollozando:—Tengo unas grandes ganas de llorar, Volodia!

—Vaya un tonto!—hizo mi hermano riéndose, y después de una

pequeña pausa, siguió diciendo:—En mí no es exactamente la misma cosa; yo pienso que, si fuese posible, me daría gusto infinito verme sentado junto á ella, y hablar, hablar largamente...

—Ah! entonces, tú también estás enamorado?—le dije interrumpiéndole.

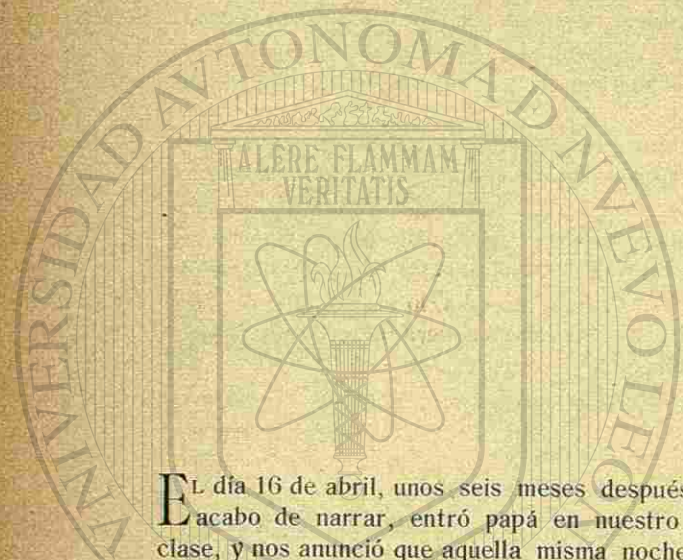
—Entonces!—continuó Volodia con voz de infinita ternura—entonces, charlando y charlando, yo besaría sus pequeñas manos, sus ojos, sus labios, sus pies... besaría toda, toda su queridísima persona...

—Tonterías!—grité yo levantando la cabeza de la almohada.

—Qué sabes tú de eso!—dijo Volodia con entonación de desprecio.

—Mejor que tú lo sé... tú eres quien nada sabes ni comprendes y encima dices tonterías,—exclamé al fin en medio de mis lágrimas.

—Y por eso lloras? La verdad es que no hay de qué. Eres lo mismo que una chiquilla...



XXV

La carta

EL día 16 de abril, unos seis meses después de las cosas que acabo de narrar, entró papá en nuestro cuarto, durante la clase, y nos anunció que aquella misma noche habíamos de partir con él... era preciso volver inmediatamente á Petrovskoie. Al oír esta noticia me dió un gran vuelco el corazón y mi pensamiento se dirigió recta y rápidamente á mamá.

La causa de esta partida inesperada era la siguiente carta:

«Petrovskoie, 12 abril.

»Ahora mismo, las diez de la noche, acabo de recibir tu amable carta del 5 de abril, y según es costumbre mía, te contesto inmediatamente. Feodor la trajo ayer de la ciudad; pero como era ya muy tarde hasta esta mañana no la ha entregado á Mimi, y ésta no ha querido dármela en todo el día, con el pretexto de que estoy algo delicada. En efecto, he tenido un poquitín de fiebre, y hasta te diré que desde hace cuatro días no me llevo muy bien y guardo cama.

»Te ruego, amigo mío, que no te asustes por eso, y, si Ivan Vasilievitch lo permite, espero mañana poderme levantar un poco.

»El viernes de la pasada semana salí de paseo con las niñas en carruaje, pero al entrar en la carretera, junto al pequeño puente que siempre me ha hecho tanto miedo, los caballos se encabrita-

ron y el coche quedó tumbado en la cuneta; el tiempo era soberbio y como ninguno nos habíamos hecho el menor daño, tuve la idea de andar á pie hasta la capillita que se levanta en aquella parte del campo. Al llegar allí me sentí muy fatigada y sentéme para descansar, aguardando que los hombres pusiesen el carruaje en situación otra vez de llevarnos á casa; pero en esta faena tardaron los hombres más de media hora, y como yo llevaba zapatos de suela muy delgada y se me mojaron en el camino, acabé por



sentir un gran frío en los pies. Después de comer, sentíme atacada de fiebre, pero continué como si tal cosa, lo mismo que siempre; después de tomar el té me senté al piano para tocar alguna buena pieza á cuatro manos con Lubotchka... á quien no conocerías, tanto ha progresado! Pero imagínate cuanta no sería mi sorpresa cuando observé que no me era posible llevar el compás. Recomencé varias veces, pero siempre con negativo éxito, pues se me mezclaban en la cabeza toda clase de compases y en mis oídos resonaban los más extravagantes acordes. Iba contando: uno, dos... ocho... quince, observando con gran sorpresa que me equivocaba casi conscientemente, pero siéndome también imposible corregirme. Finalmente, vino Mimi en mi auxilio y quieras que no me metió en la cama. Aquí tienes, amigo mío, contado en sus menores detalles, de qué manera me puse enferma, y cómo es mía enteramente toda la culpa. Al día siguiente tuve una fiebre muy alta; fué enseguida llamado el bueno de Ivan Vasilievitch, y desde aquel punto no se ha movido de casa, prometiéndome ahora que muy pronto me dejará salir. Es muy bueno ese anciano de Ivan Vasilievitch! Mientras estuve con fiebre alta y con delirio, ni un solo punto se apartó de mí, permaneciendo junto á mi lecho, de día y de noche, sin cerrar un solo minuto los ojos, y en este momento, mientras te escribo, está en el salón con las niñas contándoles cuentos alemanes... Desde la cama oigo las grandes risas con que acogen sus fábulas y sus dichos.

»La *belle flamande* como la llamas tú, está aquí desde hace dos semanas, pues su madre se halla en casa de una parienta suya, y con sus exquisitos cuidados me da testimonio de su más sincera devoción. Me ha confiado todos sus más íntimos sentimientos. Con su hermosa cara, con su gran corazón y su graciosa ju-

ventud podría ser una muy buena hija si estuviese en mejores manos; pero en medio de la gente con quien vive, á juzgar por lo mismo que ella me ha dicho, acabará por perderse totalmente. Se me ha ocurrido estos días que, si nouviésemos nosotros tantos hijos, haríamos tal vez una buena obra quedándonosla en casa.

»Lubotchka quería escribirte por su propia mano; pero ha roto ya tres hojas de papel exclamando: «Ya sé yo que es tan burlón papá, que si hago en mi escrito alguna pequeña falta, se la ha de enseñar á todo el mundo». Katenka continúa tan buena y tan amable como siempre, y Mimi tan buena igualmente y tan difícil de contentar como ya sabes.

»Y ahora hablemos de cosas serias; me dices que tus negocios no marchan muy bien este invierno, y que te será necesario tomar el dinero de Khabarovka. Lo que me extraña es que me pidas mi consentimiento para eso; acaso, todo lo que es mío no te pertenece también?

»Eres tan bueno, amigo mío, que para no entristecerme, me disimulas la verdadera situación de tus asuntos, pero yo la adivino; has perdido, sin duda, grandes cantidades en el juego, y yo te juro que eso no me apena en lo más mínimo. He aquí porque te digo que, si puede repararse la cosa, no pienses dos veces en ello, te



lo ruego, y no te des un tormento inútil. Estoy acostumbrada no solamente á no contar con tus ganancias, para los niños, sino también, perdóname, á no contar con tu fortuna personal. Ni tus ganancias me dan alegría ni me causan pena tus pérdidas; lo que me ailige únicamente es esa desdichada pasión del juego que me roba una parte de tus dulcísimas ternuras y me ha obligado á decirte muchas veces, como ahora, una tan amarga verdad, aunque Dios sabe lo mucho

que esto me duele y me apena. Yo mientras tanto, no ceso de rogar al Señor, no que nos preserve... de la pobreza—qué importa la pobreza!—sino que hayamos salido ya de esta terrible

situación cuando los intereses de nuestros hijos, que yo he de defender, se pongan en conflicto con los nuestros. Hasta hoy ha escuchado Dios mi ruego; no te has extralimitado un solo punto más allá del cual hubiésemos de sacrificar una fortuna que no nos pertenece, que es de nuestros hijos. Oh! sí, es cosa terrible tener que pensar en ello; pero has de reconocer que tan horrorosa desdicha nos está amenazando siempre... Es como una pesada cruz que el Señor nos ha dado á los dos.

»Me hablas también en tu carta de los niños, y vuelves á nuestra discusión sempiterna. Me pides que consienta en ponerlos en una casa de educación, y bien sabes mis prevenciones contra ese sistema...

»No sé, amigo mío, si tú serás de mi parecer; pero en todo caso, y te lo ruego por nuestro amor, prométeme para mientras viva y para después de mi muerte, si le place á Dios separarnos, que esto no sucederá jamás.

»Me dices también que te es necesario ir á San Petersburgo para los asuntos de nuestra casa. Que el Cristo sea contigo, amigo mío, y vuelve lo antes que puedas, pues todas nosotras nos aburrimos muchísimo sin tí! La primavera se ha presentado magnífica este año; hemos quitado ya la puerta del balcón, y el caminito que lleva á los naranjales está completamente seco hace ya más de cuatro días. Los melocotoneros están todos floridos, y nieve ya no se ve sino en muy contados sitios. Han vuelto las golondrinas y Lubotchka me ha traído hoy las primeras flores de este año. El doctor dice que de aquí á tres días estaré ya completamente buena, y podré salir á respirar el aire puro y á buscar los primeros y dulces calores del sol de abril. Hasta la vista, pues, amigo mío, y no te inquietes ni por mi enfermedad ni por tus pérdidas; deja terminados tus asuntos lo más pronto que puedas y vente aquí con los niños á pasar todo el verano; he hecho muchos y maravillosos proyectos para pasarlo juntos y ya no faltas sino tú para poderlos realizar».

Lo que de la carta sigue ahora estaba escrito en francés, con letra confusa y muy desigual, en otra hoja de papel, y decía así:

«No creas lo que te digo de mi enfermedad: nadie sabe hasta qué punto es mi actual dolencia gravemente seria... Yo sé tan sólo que no me he de levantar ya de mi lecho. No pierdas un momento, vente enseguida y trae contigo á los niños. Quizás pueda todavía, por la última vez, besarlos y bendecirlos, éste es mi único y postrer deseo. Yo sé que esto será para tí cosa muy terrible, mas, qué quieres? tarde ó temprano, por mí ó por otra persona lo

habías de saber... Tratemos, pues, de soportar esta desdicha con firmeza y con la esperanza puesta en la misericordia de Dios, y sometámonos todos á su voluntad.

»No pienses que esto que te escribo ahora sea el delirio de una imaginación enferma, al contrario, en este momento se me presentan las ideas con una extraordinaria claridad y me siento perfectamente tranquila. No te dejes, pues, llevar por la esperanza de que esto no son sino los presentimientos vagos y engañosos de un alma inquieta. Nada de esto, yo siento, yo sé, porque se ha complacido Dios en hacérmelo comprender así, que ya no me queda sino muy corto tiempo de vida.

»Mi amor por tí y por los niños acabará cuando acabe mi existencia? He comprendido ahora que esto es imposible. Siéntolo así en estos momentos con tan inmensa fuerza que no creo que este amor, sin el cual no sé explicarme la vida, pueda desaparecer jamás. Mi alma no puede existir sin este amor por vosotros y yo sé que mi alma ha de vivir eternamente, pues un amor como el mío no podía nacer para extinguirse en este mundo.

»Yo no estaré con vosotros, pero estoy firmemente convencida de que mi amor no ha de abandonaros jamás, y hácese esta idea tan dulce á mi corazón que, serenamente y sin miedo de ninguna clase, aguardo la proximidad de la muerte.

»Estoy tranquila, y bien sabe Dios que siempre he mirado y miro también ahora la muerte como el paso ó tránsito á una vida mejor. Pero, por qué se llenan ahora de lágrimas mis ojos? Por qué privar á los niños de su madre tan querida? Por qué darte á tí una pena tan cruel, tan inesperada? Por qué ha de ser preciso que yo muera cuando vuestro amor hacía mi vida infinitamente feliz?

»Cúmplase su santa voluntad!

»Las lágrimas me impiden seguir... Y como tal vez no he de verte ya más, te doy gracias, mi queridísimo amigo, por todas las dichas que me has hecho sentir en este mundo, y en el otro he de rogar á Dios que te recompense por ellas. Adios, amigo, y ten por seguro que, aunque ausente, mi amor no ha de abandonarte jamás. Adios, Volodia, adios mi ángel, adios mi benjamín Nikolenka!...

»Me olvidaréis algún día?...

Iba esta carta acompañada de un billete de Mimi, en francés, concebido en los siguientes términos:

«Los tristes presentimientos de que os habla han sido por desgracia confirmados por las propias palabras del doctor. Ayer, por la noche, dió orden de que fuese la adjunta carta llevada inmediatamente al correo; pero creyendo que no estaba muy segura de lo

que decía he aguardado hasta esta mañana, en que me decidí á cerrarla y enviarla. Hube apenas acabado de hacer esto, cuando Natalia Nikolaievna me preguntó qué había hecho de la carta, ordenándome que la quemase si no la había mandado aun. Está ahora siempre hablando de esa carta y dice que ha de causaros la muerte. No retardéis un momento vuestro viaje si queréis todavía ver á este ángel que va á dejarnos. Dispensad mi mala letra, pues hace ya tres noches que no duermo... Sabéis de sobra cuánto la amo!»

Natalia Savichna, que pasó toda la noche del 11 de abril en el cuarto de mamá, contóme más tarde, que habiendo escrito la primera parte de la carta la dejó mamá al alcance de su mano, en la mesita de noche, y se durmió.

«Yo misma, siguió diciendo Natalia Savichna, confieso que me dormía también en mi sillón y que al fin se me cayó al suelo la labor que estaba haciendo. Súbitamente, sería la una de la madrugada, parecióme, á través de mis somnolencias, que tu mamá estaba hablando; abro los ojos, y veo á mi pobre paloma sentada en el lecho, juntas sus pequeñinas manos y fluyendo de sus ojos dos ríos de lágrimas... «De modo que todo ha acabado!» dijo, y se cubrió el rostro con desesperación.

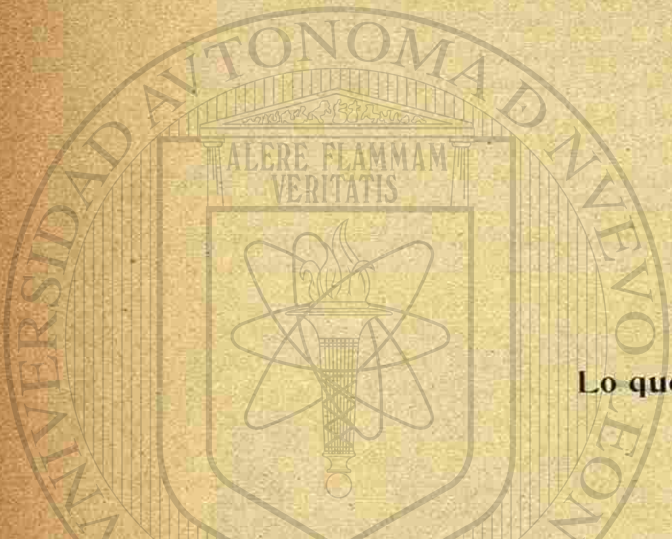
»Yo me levanté y le pregunté: Qué tenéis?

«—Ah! Natalia Savichna, si supieseis lo que acabo de ver!...»

«La interrogué repetidamente, pero no me contestó; hizo que le acercasen la pequeña mesa, donde había quedado la carta, escribió en ella todavía unas cuantas líneas, ordenó que la cerrasen en su presencia y que fuese inmediatamente llevada al correo.

»Y, desde aquel punto, fué siguiendo de mal en peor».



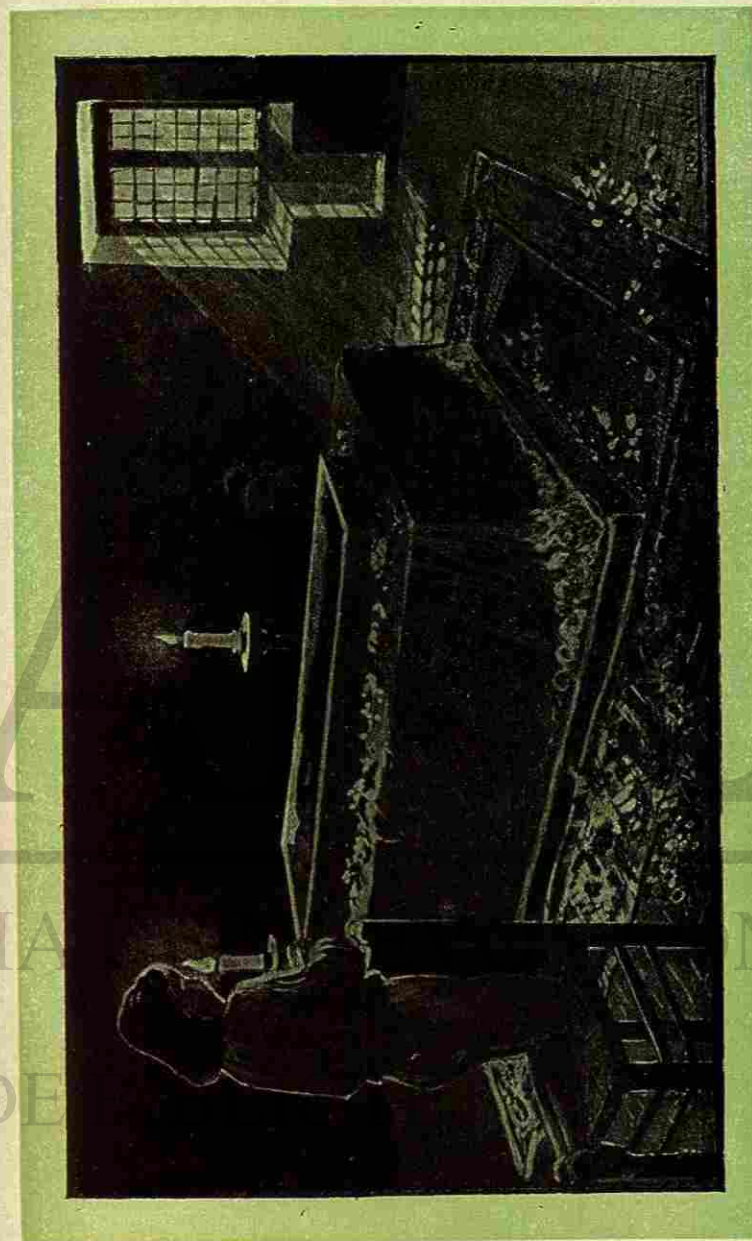


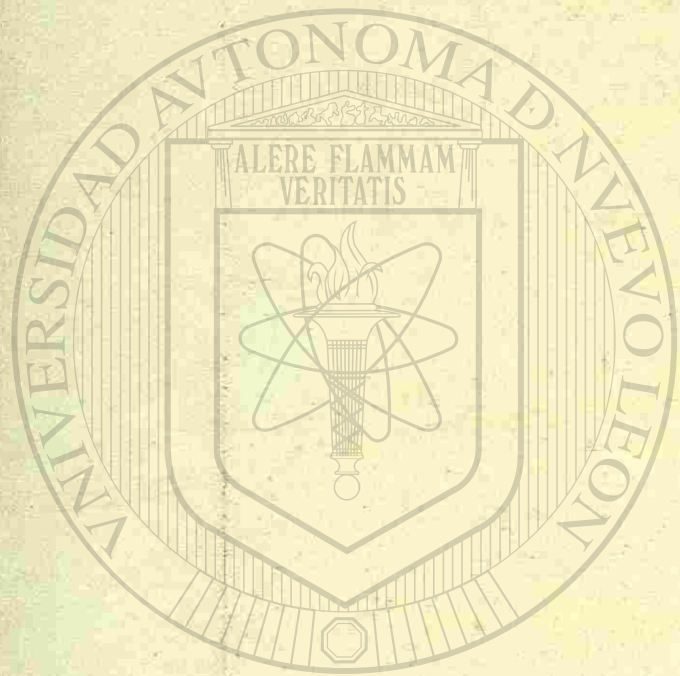
XXVI

Lo que nos aguardaba en el campo

EL día 25 de abril descendíamos del coche de viaje ante la puerta de nuestra casa de Petrovskoie. Al partir de Moscova papá estaba muy pensativo, y al preguntarle Volodia: «Es que acaso está enferma mamá?» — le miró con gran tristeza, y, sin decir palabra, hizo con la cabeza un signo afirmativo. Durante el viaje, se fué calmando visiblemente, pero á medida que nos acercábamos á casa, su rostro tomaba una expresión cada vez más triste, y cuando al bajar del carruaje preguntó á Foka, que salía de la casa corriendo y traspuesto: — «¿Dónde está Natalia Nikolaievna?» la voz le temblaba y las lágrimas llenaban sus ojos. El buen viejo Foka lanzó sobre nosotros disimuladamente una mirada, y murmuró mientras abría la puerta de la antecámara: — «Hace ya seis días que no ha abandonado el lecho!»

Milka, que, según supe después, desde el primer día que cayó enferma mi madre no había cesado un momento de gruñir, corrió con inmensa alegría hacia mi padre, lanzando grandes gritos y lamiéndole las manos; pero mi padre no hizo de ella el menor caso y entró en el salón, de allí al gabinete cuya puerta conducía directamente al dormitorio. A medida que iba avanzando, en los movimientos de su cuerpo se adivinaba su creciente inquietud; al entrar en el gabinete





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

andaba de puntillas, respiraba apenas y se persignó antes de decirse á abrir la puerta... En aquel momento Mimi, despeinada y llenos de lágrimas los ojos, avanzó por el corredor murmurando muy bajito y con expresión de un gran dolor: — «Ah! Piotr Alexandrovitch!... No se puede entrar por ahí; es preciso pasar por la otra puerta».

Oh! qué impresión de terrible angustia todo esto hizo en mi infantil imaginación, preparada ya á una gran desdicha por un lúgubre presentimiento!

Entramos en la sala de los criados. En el corredor nos hallamos con el idiota Akim, que siempre nos divertía con sus extravagantes muecas; pero en aquel momento no tan sólo dejó de parecerme risible, sino que me hizo un gran daño contemplar su rostro estúpido y á todo indiferente. En el cuarto de las criadas había dos niñas que estaban trabajando, haciendo no sé qué, las cuales se levantaron para saludarnos, pero con tan tétrica expresión que ello aumentó no poco mi espanto. Atravesando luego la cámara de Mimi, papá abrió la puerta del dormitorio y entramos. A la derecha de la puerta había dos ventanas, cuya luz habían velado cubriéndolas con unos chales; junto á una de ellas estaba sentada Natalia Savichna, calados los anteojos y haciendo calceta. No se levantó para besarnos, según siempre hacía; no hizo más que enderezar un poco el cuerpo, miró por encima de sus anteojos y corrieron sus lágrimas en abundancia. Me causó una penosísima impresión que todos al vernos se pusieran á llorar, mientras que antes que llegásemos nosotros se estaban todos tan tranquilos y sosegados. A la izquierda de la puerta había una mampara, detrás de la cual estaba el lecho, una mesita, una pequeña cómoda llena de tazas y botellas y un gran sillón en el cual descansaba dormitando el doctor; junto al lecho estaba una joven rubia, de una extraordinaria belleza, cubierto todo el cuerpo con un elegantísimo peinador blanco; estaba poniendo saquitos de hielo en la cabeza de mamá, á la cual no pude distinguir en el momento de entrar. Esta señorita era la *belle flamande* de que hablaba mamá en su carta, y que más tarde jugó tan importante papel en la existencia de toda nuestra familia. Al vernos entrar, separó una de sus manos de la cabeza de mamá y se arregló un poco los pliegues del peina-



dor, luego murmuró, con una imperceptible sonrisa en los labios: «Ha perdido el conocimiento».

Me sentí profundamente afligido en aquellos instantes; pero, debido á un especial estado de mi espíritu, continué observando los menores detalles. En la alcoba, que estaba casi á oscuras, se sentía un fuerte calor y los perfumes extrañamente mezclados de la menta, del agua de colonia, de la infusión de camomilla y de otras yerbas aromáticas.

Esa mezcla de olores me impresionó con tanta fuerza, que no solamente al sentirla otras veces, sino que pensando en ella tan sólo mi imaginación se transporta á aquella oscura cámara, sin aire apenas para respirar, y se me representan con extraordinario relieve los menores detalles de aquel terrible momento.

Mamá tenía los ojos grandemente abiertos, mas no veía nada... Ah! no olvidaré jamás aquella espantosa mirada!... Expresaba un tan inmenso sufrimiento!

Nos sacaron del cuarto.

Cuando, algunos días después, pedí á Natalia Savichna que me contase los últimos momentos de mi madre, he aquí lo que la buena mujer me dijo:

—Después que os hubieron sacado de la alcoba, mi pobre paloma se agitó todavía en el lecho un largo espacio... parecía que algún peso enorme le oprimiese el pecho; luego dejó pesadamente caer la cabeza sobre la almohada y se durmió dulcemente, tran-



quilamente, como un ángel del cielo. Salgo entonces para ver por qué no le traen la medicina, y al volver á entrar ya mi pobrecita había sacado medio cuerpo fuera de la cama y á grandes voces estaba llamando á vuestro padre. La cogió Piotr Alexandrovitch en sus brazos, acercó á la de ella su cabeza, y ya se vió enseguida que ni fuerzas tenía para decir lo que había intentado,

sin duda, expresar... Abrió sus pequeñísimos labios y en medio de grandes sofocaciones pudo solamente murmurar: «Dios mío... Se-

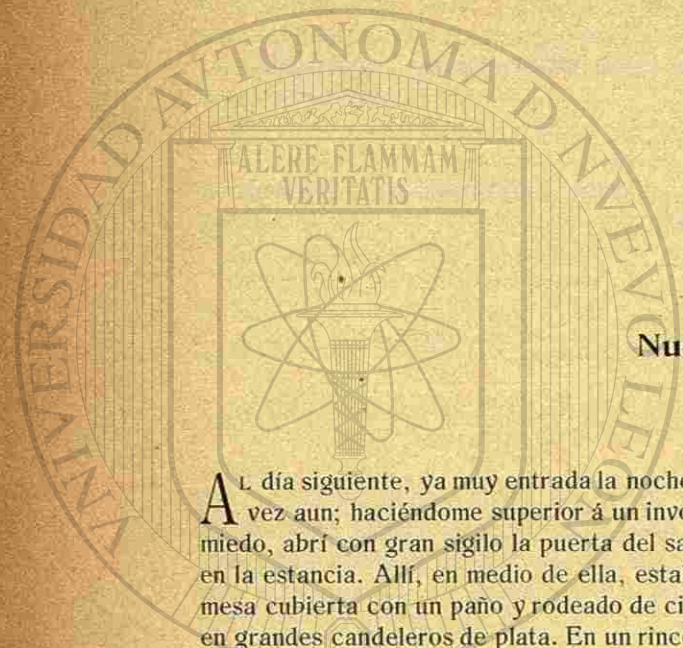
ñor... mis hijos!» Quise venir á buscaros, pero Ivan Vasilievitch me retuvo, diciendo que esto la conmoviera aun más y que era mejor que no os viese. Después ya no hizo sino levantar y bajar su pequeñísima mano, y Dios solamente sabe lo que quiso decir con ello!—Yo pienso que quiso echaros por última vez la bendición, aún desde lejos; pero el Señor no le permitió ver una última vez á sus hijos. Después, mi pequeña paloma se incorporó un poco, haciendo todavía el propio ademán con la mano, y súbitamente exclamó, con una voz de que me será imposible daros la más pequeña idea: «Oh! madre de Dios, no les abandonéis!...»

«Pero la enfermedad se había concentrado en el corazón; en sus ojos se adivinaba que la infeliz sufría horriblemente. Cayó de nuevo sobre las almohadas, mordiendo con energía increíble las sábanas y entonces, oh! padrecito mío, hubierais visto sus lágrimas correr lo mismo que ríos...»

—Y después?—pregunté.

Natalia Savichna no podía hablar ya, me volvió la espalda y empezó á llorar abundantemente.

Mi pobre mamá había muerto en medio de los más atroces sufrimientos.



XXVII

Nuestro gran dolor

Al día siguiente, ya muy entrada la noche, quise verla por última vez aun; haciéndome superior á un involuntario sentimiento de miedo, abrí con gran sigilo la puerta del salón y de puntillas entré en la estancia. Allí, en medio de ella, estaba el féretro, sobre una mesa cubierta con un paño y rodeado de cirios encendidos puestos en grandes candeleros de plata. En un rincón de la estancia estaba arrodillado un diácono salmodiando con voz baja y monótona las plegarias de los difuntos.

Me detuve en la puerta y miré, pero estaban tan llenos de lágrimas mis ojos, y mis nervios tan extraordinariamente excitados que no acertaba á distinguir nada con claridad, todo se me confundía de una manera extraña: la luz de los cirios, el brocado, el terciopelo, los grandes candeleros, la almohadilla rosa guarnecida con puntas en que descansaba el cadáver su cabeza, la pequeña corona de flores, la cofia con lazos y, en medio de todo esto, *algo* que no sabía lo que fuese, muy diáfano y de un lúgubre color de cera. Me subí á una silla para ver mejor su rostro, pero en el sitio que el rostro debía ocupar, no acertaba á ver sino la misma cosa diáfana y amarillenta. Me puse á considerarlo con mayor atención, y poco á poco fuí reconociendo los rasgos para mí tan queridos. Cuando me hubé convencido de que *aquello* era efectivamente el rostro de mamá, tembló todo mi sér lleno de un inmenso horror. Por qué aparecen

tan hundidos sus ojos cerrados? Por qué aquella palidez horrorosa, y por qué bajo la piel transparente de una de sus mejillas aparecía aquella horrible mancha oscura? Por qué tan fría y tan severa la expresión de su rostro? Por qué tan pálidos sus labios, y por qué sus pliegues majestuosos expresan tan perfectamente el sosiego del más allá, que una corriente de intensísimo frío recorre todo mi cuerpo y sube hasta mis cabellos, mientras estoy mirándola con fijeza?...

Yo miraba, y mirando sentía que una fuerza inexplicable, invencible, atraía mis miradas sobre aquel rostro sin vida. No apartaba la vista de aquella faz amada, y mientras tanto mi imaginación me iba sugiriendo los cuadros más rientes y más llenos de vida y de felicidad. Llegué á olvidarme de que el cadáver que veía extendido ante mí y que yo miraba estúpidamente como una cosa que nada tuviese de común con mis recuerdos, *era* mi madre precisamente. En aquellos momentos se me representaba en toda clase de gestos y de actitudes, pero siempre viva, alegre, sonriente... Después, sin saber por qué, al fijarme en uno de los pálidos rasgos de su fisonomía sentíme vuelto brutalmente á la realidad, y temblé de nuevo aunque sin dejar de contemplar el cadáver... Y otra vez los ensueños reemplazaron á la realidad, y otra vez la realidad destruyó los ensueños... Finalmente, la imaginación cansada ya de engañarme se aquietó, la conciencia de la realidad desapareció también, y permanecí allí suspenso, olvidado de mí mismo.

No sé cuanto tiempo estuve en ese estado, ni podría ahora definirlo, sé únicamente que durante un cierto espacio de tiempo perdí la noción de mi propia conciencia, gozando de un bienestar sublime, inexpresable, triste...

Tal vez al volar hacia un mundo mejor, su alma bellísima consideraba tristemente aquél en que yo permanecía aun; tal vez veía mi gran dolor, y teniéndome lástima, en alas de su amor, como una celeste sonrisa, bajábase á la tierra para consolarme y bendecirme.

Rechinó agriamente la puerta y entró en la mortuoria cámara un nuevo diácono para reemplazar al que hacía rato estaba allí. Este ruido me sacó de mi ensimismamiento, y la primera idea que se me ocurrió fué que, como ni lloraba ni era de gran desolación mi postura, el diácono podría tomarme por un niño sin corazón que por pura curiosidad se había encaramado en una silla: hice la señal de la cruz, me incliné y rompí á llorar.

Al recordar ahora mis impresiones de entonces, pareceme que aquel instante de profunda inconsciencia constituyó para mí el verdadero dolor. Antes y después del entierro no hice más que

llorar y estuve muy triste; pero hoy casi me da vergüenza recordar aquella mi tristeza, pues estuvo siempre mezclada con un cierto sentimiento de amor propio; sentía á veces el deseo de mostrar que yo estaba más triste que los demás, á veces me preocupaba de la impresión que pudiese mi aspecto producir sobre los otros, al paso que no faltaron momentos en que una curiosidad sin objeto me llevaba á hacer las más fútiles observaciones sobre la cofia de Mimi ó la fisonomía de cualquiera de los presentes. Me enfadaba conmigo mismo que en aquellos momentos pudiese experimentar otra clase de sensaciones que no fuesen la de un inmenso dolor, y me esforzaba en disimular todas las demás; de manera que mi tristeza no fué entonces ni franca ni natural.

Además, sentía una especie de extraño placer al pensar en mi desdicha; me esforzaba por aumentar en mí la conciencia del infortunio que estaba sufriendo y este sentimiento egoísta, más egoísta aun que los demás, ahogaba en mí el verdadero dolor.

Aquella noche dormí profunda y tranquilamente, como sucede siempre después de sufrir una pena muy grande. Al despertarme,



me encontré con que se habían agotado mis lágrimas y mis nervios se habían absolutamente calmado. A las diez me llamaron para asistir al servicio fúnebre que había de celebrarse antes que se llevaran el cadáver. La sala estaba ya llena de criados y de campesinos que, llenos de lágrimas los ojos, venían á despedirse para siempre de su señora. Mientras duró la fúnebre ceremonia, lloré mucho, como era de rigor que llorase, hice con devoción la señal de la cruz y me incliné repetidas veces hasta el suelo; pero no rogué un solo punto con toda el alma, y en el fondo estaba á todo muy indiferente... Lo que más me preocupaba era el traje nuevo que llevaba puesto y que me apretaba muchísimo en el sobaco. Cuidába-

me, sobre todo, de no ensuciarme demasiado los pantalones al ponerme de rodillas, y disimuladamente iba pasando en revista á todos los

asistentes. Papá se había colocado junto á la cabecera del féretro, blanco el rostro como un papel y viéndose que á duras penas podía contener las lágrimas. Destacábase su elevada figura, con su rostro pálido, expresivo, y con sus movimientos siempre elegantes y firmes; hacía la señal de la cruz, inclinábase unas veces hasta tocar la tierra con la mano, otras tomaba el cirio de manos del sacerdote, otras acercábase al féretro y producía siempre un gran efecto; pero, sin saber por qué, á mí me parecía muy mal que papá aparentase en aquellos momentos tan elegante y fino. Mimi se apoyaba en la pared y parecía tener que hacer grandes esfuerzos para aguantarse en pie; llevaba un vestido muy arrugado y no muy limpio, la cofia puesta de través y sus ojos aparecían grandemente rojos é hinchados, vacilante la cabeza y escondiendo con frecuencia el rostro en su pañuelo ó en sus manos... A mí me parecía que se escondía así de los presentes para descansar un instante de sus sollozos poco sinceros. Recordaba en aquellos momentos que el día antes había dicho á nuestro padre que la muerte de mamá era para ella golpe tan terrible que no lo podría soportar, que esa muerte la privaba de todo, que el buen ángel de mamá—así la llamaba siempre—en presencia de la misma muerte no se había olvidado de ella y había expresado el deseo de asegurar su porvenir y el porvenir de Katenka... Y lloraba con ardientes lágrimas mientras decía esto, y quizás era su dolor en parte sincero, pero aún así estoy seguro de que no lo era enteramente.

Lubotchka, toda vestida de negro, no hacía sino llorar terriblemente, tenía baja la cabeza y casi nunca dirigía la mirada hacia el féretro, expresando plenamente su rostro el miedo infantil. Katenka estaba junto á su madre, y aunque en su rostro se pintaba un vivo dolor, nada había perdido de su rosada frescura.

La condición franca de Volodia se exteriorizaba también completamente en su dolor; permanecía á veces pensativo, fija la mirada en un objeto cualquiera; otras veces, súbitamente se contraían sus labios, hacía el signo de la cruz y se inclinaba hasta el suelo.

Todos los extraños que asistían á los funerales me parecían gente insoportable; las frases de consuelo que decían á mi padre: «Que había pasado á una vida mejor», «que no era de este mundo...» me causaban una grande irritación.

Quién les había dado el derecho de hablar de ella y aún de llorarla? Algunos llegaron á hablar de nosotros, á llamarnos los «pobres huérfanos»—cómo si necesitásemos nosotros que nos dijeran que los niños sin madre son llamados *huérfanos!* Sin duda

hallaban gusto en ser los primeros que nos llamaran así, como se da también la gente gran prisa en llamar por la primera vez á una joven que acaba de casarse: *Señora*.

En un rincón de la estancia muy apartado, medio escondida tras la puerta abierta de un pequeño armario, estaba arrodillada una vieja mujer, de cabellos grises y muy encorvados los hombros. Con las manos juntas, tenía los ojos levantados al cielo y rogaba; pero tenía secos los ojos, aquella vieja mujer no lloraba. Elevaba su alma á Dios y le pedía que la reuniese con *aquella* á quien más



amaba que á todo lo del mundo, deseando en el fondo del alma que se cumpliese lo más pronto posible su ruego.

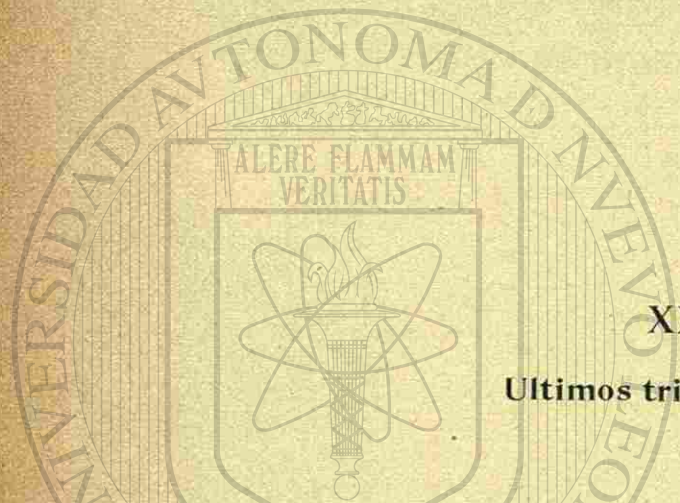
«Esta sí que la amaba sinceramente!» pensé, y me avergoncé de mí mismo.

La ceremonia tocaba á su fin. Fué descubierto el rostro de la difunta, y todos los presentes, menos nosotros, fueron acercándose en fila al cadáver y lo besaron.

Una de las últimas personas que avanzaron para dar el postrer adiós á la muerta fué una aldeana que llevaba en brazos á una niña de cuatro ó cinco años, á la que Dios únicamente sabe porque la había lleva-

do á un semejante sitio. En el momento en que avanzaba la buena mujer, se me cayó el pañuelo, me bajé para cogerlo, y no me había todavía levantado, cuando un grito terrible, agudísimo, espantoso, resonó en la silenciosa estancia... Aunque viva cien años, no olvidaré jamás aquel grito, y cuando lo recuerdo, un gran escalofrío de horror atraviesa todo mi cuerpo. Al levantar la cabeza, he aquí lo que vieron mis ojos: junto al féretro estaba aquella aldeana, teniendo encima de un taburete á la niña, á la cual podía con muy duras penas aguantar, pues ésta agitaba violentamente sus manitas, echaba atrás el rostro con gesto brusco lleno de un gran espanto, y dilatados los ojos, que tenía fijos en el rostro de la muerta, gritaba con una voz terrible, espantosa. Lleno de un horror inmenso, lancé á mi vez un terrible grito, más terrible aun, pienso yo, que los de la niña y salí corriendo de la estancia.

Solamente entonces comprendí de donde venía aquel fuerte olor que, mezclado con el del incienso, llenaba la cámara mortuoria, haciendo difícil la respiración; y al pensar que aquel rostro pocos días antes resplandeciente de ternura y de belleza, y que era lo que yo más había amado en el mundo, podía ser causa de un horror semejante, me hizo comprender, por la primera vez en mi vida, toda la amargura de la verdad y llenó mi alma de profunda desesperación.



XXVIII

Ultimos tristes recuerdos

MAMÁ ya no existía; pero nuestra vida deslizábase de igual manera; nos acostábamos y nos levantábamos á las mismas horas y en la misma cámara de antes; el té de la mañana y el de la tarde, la comida y la cena, todo iba siguiendo su curso normal y fijo; las mesas, las sillas y todos los demás muebles ocupaban su sitio de siempre, nada había cambiado en la casa ni en el curso de nuestra existencia: *Ella* faltaba únicamente...

A mí me parecía que después de una desdicha tan grande todo había de cambiar. El curso habitual de nuestra vida parecíame como un ultraje hecho á su memoria, tan vivamente me recordaba todo su ausencia.

La víspera del entierro, después de comer, me entraron unas grandes ganas de dormir y me fui al cuarto de Natalia Savichna, con la idea de ponerme á dormir en su mismo lecho, sobre el suavísimo colchón de plumas; pero en el momento de entrar ví á Natalia Savichna tendida en la cama, inmóvil, durmiendo sin duda. Al ruido de mis pasos, se incorporó, echó á un lado el chal de lana con que se había cubierto el rostro para guardarlo de las moscas, se arregló un poco la cofia y se quedó sentada en la propia cama.

Como no era ciertamente la primera vez que se me había ocurrido echarme á dormir en su lecho después de comer, adiviné

enseguida la buena vieja el motivo de mi visita y me dijo, mientras saltaba de la cama:

—Habéis venido, sin duda, para descansar aquí un rato, mi querida palomita... Libre os dejo el sitio.

—Qué os pasa, Natalia Savichna?—dije yo cogiéndole una mano.—La verdad es que no he venido para eso... He venido... Pero, mejor será que os acostéis, pues vos si que estaréis verdaderamente fatigada.

—Oh, no, padrecito mío! Yo he descansado ya bastante...—hizo la buena vieja, á pesar de que no había dormido un solo momento durante los últimos días, como me constaba á mi bien.—Además, no es tiempo hoy de dormir...—añadió con un profundo suspiro.

Me entraron ganas de hablar de nuestra gran desdicha con la buena vieja, pues conocía su gran sinceridad y su verdadera afeción por todos nosotros, por lo cual parecióme que llorar con ella sería para mí de un gran consuelo.

—Natalia Savichna—hice yo después de un corto silencio y sentándome de un brinco en la cama,—esperabais vos una desgracia semejante?

La anciana me miró con ansiedad y con extrañeza á la vez, sin comprender quizás el motivo de mi pregunta, y yo mismo añadí:

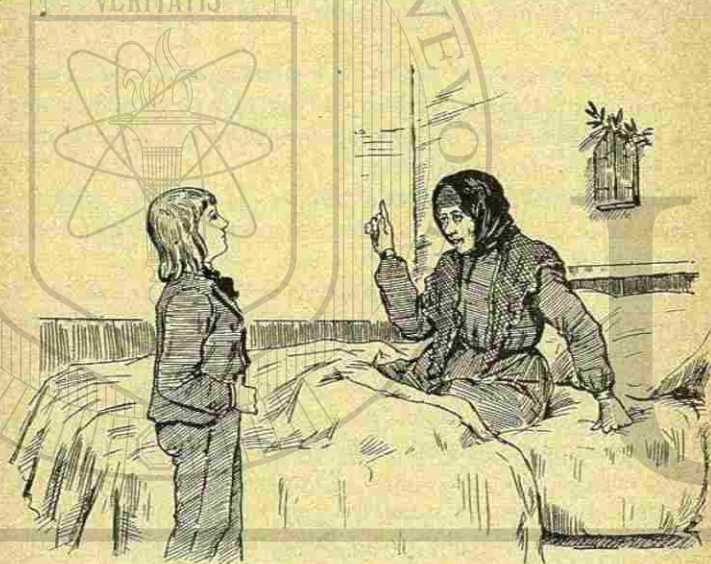
—Nadie lo podía esperar!

—Ah! padrecito mío—exclamó entonces la vieja mirándome con gran ternura,—no solamente esperarla, sino que ni puedo ahora pensar en ella. Muy vieja soy ya, hace tiempo que mis carcomidos huesos piden el reposo, y sin embargo, he aquí hasta donde he debido llegar: yo enterré á mi amo, vuestro abuelo, de eterna memoria, el príncipe Nikolai Mikhailovitch; después enterré á sus dos hermanos, á su hermana Annuchka, y todos eran más jóvenes que yo. Y ahora, por mis grandes pecados, he de sobrevivir también á vuestra madre. Esta es su santa voluntad! La ha llamado á sí porque era de ello bien digna, pues no quiere consigo sino á los buenos.

Esta sencilla idea dióme algún consuelo y me acerqué un poquito más á Natalia Savichna. Había cruzado los brazos sobre el pecho y dirigía á lo alto sus miradas. Sus ojos hundidos y húmedos expresaban una profunda, pero muy sosegada tristeza. Ella esperaba firmemente que Dios no la tendría separada mucho tiempo de aquella en quien, durante tan largos años, se habían concentrado todas las fuerzas de su amor.

—Oh! sí, padrecito mío, yo me digo á mí misma que hace ya

mucho tiempo que la vestía y desnudaba y que con su media lengua me llamaba *Nacha*... Cuánto le gustaba entonces correr hacia mí, estrecharme con sus pequeños brazos y besarme mientras balbuceaba: «Mi *Nacha*, mi gallinita!» Y yo le contestaba riendo: «Esto no es verdad, madrecita, vos no me amáis, y enseguida que os habréis hecho grande os casaréis y olvidaréis á vuestra *Nacha*». Ella entonces se ponía á reflexionar seriamente, y me decía: «No, yo no querré de manera ninguna casarme si no me dejan llevar conmigo á mi *Nacha*». Y he aquí que ahora es ella quien me deja, ella la que no ha querido aguardarme... Oh! cuánto me amaba! Y á quién no amó en este mundo! Creedme, padrecito mío, no olvidéis



nunca á vuestra mamá, pues no era una mujer, era un ángel del cielo. Cuando haya entrado su alma en el reino de Dios, os amará todavía y allí se alegrará también su alma si sois bueno.

—Natalia Savichna, por qué, pues, decís: cuando haya entrado su alma en el reino de Dios?—pregunté.—Yo creo que está ya en él.

—No, oh! no—contestó Natalia Savichna, bajando la voz é incorporándose un poco más en la cama,—ahora, su alma está aquí.

Y al decir esto señaló hacia arriba. Hablaba tan bajito que apenas se le oía la voz y con acento de una tan profunda convic-

ción que involuntariamente levanté los ojos y los fijé en las cornisas del techo, como si buscase algo allá arriba.

—Antes que el alma del justo entre en el Paraíso, ha de sufrir cuarenta pruebas, padrecito mío, y durante cuarenta días puede permanecer en la casa.

Durante largo tiempo todavía siguió hablando en este tono, como si contase las cosas más ordinarias de la vida, que hubiese visto por sí misma y á propósito de las cuales á nadie se le pudiese ocurrir la más pequeña duda.

Yo la escuchaba, casi reteniendo la respiración, y aunque no comprendía bien todo lo que me iba diciendo, puse en ello la más inquebrantable fe.

—Créeme, ahora está aquí su alma, y nos mira y escucha tal vez lo que decimos,—exclamó al final Natalia Savichna.

Y bajando entonces la cabeza se calló. Después se levantó para ir á buscar un pañuelo con que secar sus lágrimas, me miró fijamente un buen espacio, y acabó por decir con voz en que temblaba la emoción:

—Con este golpe de ahora, el Señor me ha acercado hacia él no pocos pasos. Qué me queda que hacer en este mundo? Por quién vivir, á quién amar?

—Y á nosotros, es que no nos amáis, acaso?—exclamé yo en tono de reproche y conteniendo apenas mis lágrimas.

—Dios únicamente sabe cuánto os amo, mis dulces palomitas; pero es que á nadie puedo amar como á ella la he amado.

No pudo decir una palabra más, y volviéndome la espalda, estalló en grandes sollozos.

Yo ya no pensé en dormir; sentados en la cama, uno al lado del otro, y sin decir palabra, lloramos copiosamente.

Foka entró en la estancia, y al vernos á los dos llorando, no queriendo indudablemente estorbarnos, se detuvo en la misma puerta y permaneció allí como temeroso y en silencio.

—Qué querías, Foka?—preguntó Natalia Savichna enjugándose los ojos con el pañuelo.

—Pues... me falta un litro y medio de vino bueno, cuatro libras de azúcar y tres libras de arroz para el *kutia* (1).

—Enseguida, enseguida, padrecito—dijo Natalia Savichna aspirando á toda prisa un polvo de tabaco, y con ligereza extraordinaria dirigióse hacia el gran cofre. Todo el dolor reavivado por nuestra conversación, desapareció en ella casi súbitamente apenas

(1) Plato ruso que se sirve después de los entierros.

se ocupó la buena mujer de lo que era propio de su servicio, que creía en todos los momentos cosa importantísima.

—Y por qué cuatro libras?—hizo la buena vieja murmurando mientras ponía el azúcar en el platillo de la balanza,—con tres libras y media habrá bastante—y fué quitando del platillo algunos terrones.—Qué significa esto? Ayer mismo pidiéronme ocho libras de arroz y ahora me piden otra vez. Todo lo que tú quieras, Foka Demiditch, pero yo no te daré más arroz. Ese Vanka no está contento sino cuando piensa que en esta casa anda todo al revés, creyendo que de este modo no se pondrá atención en sus cosas. Pero yo no he de consentir que se derroche y se malgaste de este modo... Habráse visto? ocho libras!

—Qué le haremos? Dice que está ya todo comido.

—Perfectamente! Entonces, mira, que lo tome todo...

Me chocó entonces extraordinariamente que se pudiese con tanta frialdad pasar del profundo sentimiento de que me había dado tan patente testimonio á mí, á esas bajas murmuraciones y mezquindades. Más tarde, reflexionando en ello, he comprendido que lo que pasaba en su alma, por doloroso que fuese, le dejaba todavía suficiente presencia de espíritu para ocuparse de lo referente á su servicio y que la fuerza de la costumbre la arrastraba á sus ocupaciones habituales. Tan de veras había hecho honda presa en su alma el dolor, que no le parecía necesario hacer de él manifestación expresa ni dejarse de ocupar de cosas indiferentes, ni siquiera hubiera comprendido como los demás podían extrañarlo.

La vanidad es el sentimiento más incompatible con el verdadero dolor, y además está ese sentimiento tan fuertemente arraigado en la naturaleza del hombre que pocas veces logramos que un dolor, por muy fuerte que sea, lo arroje fuera. La vanidad del dolor se expresa por el deseo de parecer triste, ó desdichado, ó animoso, y este mezquino sentimiento que no confesamos nunca, pero que no nos abandona jamás, ni aún en medio del más acerbo pesar, le quita fuerza, dignidad y sinceridad. Pero Natalia Savichna estaba tan profundamente afectada por la desdicha, que en su alma no quedaba sitio ni lugar para un solo deseo, y si vivía era únicamente por la costumbre de vivir.

Después de dar á Foka las provisiones que pedía y después de recordarle que era preciso preparar un buen pastel para la mesa del sacerdote, le dejó plantado, tomó su labor y de nuevo se sentó á mi lado.

La conversación volvió á recaer sobre el tema primitivo, de nuevo lloramos juntos y de nuevo enjugamos juntamente nuestras

lágrimas. Estas conversaciones con Natalia Savichna renováronse todos los días; sus lágrimas tranquilas y sus palabras sosegadamente piadosas me hacían mucho bien y me consolaban.

Pero pronto nos separaron; tres días después del entierro partimos todos para Moscova, y no debía volverla á ver jamás.

Mi abuela no supo la terrible noticia sino con nuestra llegada y su dolor fué de veras inmenso. No pudieron dejarnos en su casa, pues durante una semana entera estuvo casi sin conciencia y el médico llegó á temer por su vida, con tanto mayor motivo, pues ni tomaba alimento, ni quería medicinas de ninguna clase, ni hablaba con nadie, ni dormía. A veces hallándose sola en su cuarto y sentada en su sillón de siempre, estallaba de pronto en una gran risa y enseguida sollozaba intensamente sin derramar una sola lágrima, y sufría finalmente grandes convulsiones y lanzaba gritos tremendos ó pronunciaba palabras insensatas y espantosas. Sentía como una necesidad de imputar á alguien su gran desdicha y pronunciaba á veces palabras terribles, amenazadoras; otras veces, levantábase del sillón con increíble energía, daba rápidamente algunos pasos por la estancia y caía luego en fuerte síncope.

Un día entré yo en su cuarto; hallábase como de ordinario sentada en su sillón y parecía tranquila, pero su mirada me chocó sobre manera. Tenía los ojos totalmente abiertos, pero su mirada era vaga, estúpida. Me miró un momento, indudablemente sin darse cuenta de que me veía. Sus labios empezaron por sonreír dulcemente y enseguida habló con voz llena de una grande ternura: «Ven á mí, amigo mío, acércate, ángel mío!»—Creí que me hablaba á mí y me acerqué, pero sin mirarme continuó diciendo: «Ah! si tú supieses, alma mía, cuánto he sufrido y cuán feliz soy al verte aquí!»

Comprendí entonces que se imaginaba ver á mamá, y me detuve. «Y me decían que habías muerto—continuó frunciendo las cejas—qué tontería! Morir tú antes que yo?» Y rompió á reír con risa nerviosa, que daba miedo.

Solamente las personas capaces de amar con mucha fuerza pueden sentir un dolor también con mucha fuerza, pero esta misma necesidad de amar sirve de contrapeso al dolor y lo cura. He aquí



porque la naturaleza moral del hombre es todavía más vivaz que su naturaleza física: el dolor no le matará nunca.

Una semana después, nuestra abuela pudo romper á llorar y fué sosegándose poco á poco y mejorando en su salud. Su primer pensamiento, en cuanto recobró su plena conciencia, fué para nosotros y su amor hacia nosotros creció todavía. Desde aquel punto no la abandonamos ya, estábamos siempre con ella; lloraba á veces pero sosegadamente, nos hablaba de mamá y nos acariciaba con gran ternura.

Al ver el dolor de mi abuela, nadie podía pensar que lo exajeraba, pues la expresión de su pesar conmovía al más indiferente; pero, no sé porque me fué siempre más simpático el expresado por Natalia Savichna, y hoy mismo estoy plenamente convencido de que nadie la amó como ella tan pura y tan francamente y que nadie tampoco añoró de un modo tan hondo á mamá como esa criatura sencilla y afectuosa.

Con la muerte de mamá termina el feliz periodo de mi infancia, y comienza para mí una naeva vida: la de la adolescencia. Pero como mis recuerdos acerca de Natalia Savichna, á la que ya no ví más y que tan fuerte y tan dichosa influencia tuvo sobre la dirección y el desarrollo de mi sensibilidad, pertenecen á esta primera época, quiero decir todavía algunas palabras sobre ella y sobre su muerte.

Después que dejamos nosotros la casa, según me contaron más tarde los criados que quedaron en ella, la buena anciana se aburría extraordinariamente, pues no tenía nada que hacer, aunque continuó en sus manos la administración de la casa y no cesaba de registrar y de ordenar cofres y armarios, pesándolo y contándolo todo; pero hallaba á faltar el ruido y el movimiento propios de una casa señorial y sobre todo á sus amos, á los cuales estaba acostumbrada á servir desde la infancia. La pena, el cambio de vida y la ausencia de ruido y de movimiento entorno suyo, desarrollaron bien pronto la enfermedad senil á que se hallaba ya predispuesta. Un año justo después de la muerte de mamá, se le acentuó la enfermedad y empezó á guardar cama.

Yo me imagino cuán doloroso debió ser eso para Natalia Savichna, y sobre todo lo de morir sola, en la gran casa desierta de Petrovskoie, sin parientes y sin amigos. Todo el mundo en la casa amaba y respetaba á Natalia Savichna, pero no había intimado nunca con ninguno y de ello estaba orgullosa.

Quizás pensando que en la posición que ocupaba y gozando de la confianza de sus amos, con tantos y tan importantes intereses á

su cargo, la amistad con alguno podía conducirla á la parcialidad y á una indulgencia culpable; ó quizás también porque no tenía afinidad ninguna con los otros domésticos, es lo cierto que se mantenía apartada de todos y decía siempre que en la casa no tenía compadres ni amigos y que á nadie permitiría el derroche de los intereses de los amos.

Al confiar á Dios, con fervoroso ruego, todos sus sentimientos, hallaba siempre el buscado consuelo. Pero á veces, en los momentos de debilidad á que estamos todos sugetos, cuando el mejor consuelo se halla en la simpatía ó en las lágrimas de una criatura viviente, ponía sobre la cama á su perrito, que le lamía las manos fijando en ella sus amarillos ojos, le hablaba lo mismo que á una persona y lloraba acariciándole suavemente.

Cuando el perrito se ponía á gemir con demasiada tristura, ella se esforzaba en tranquilizarle diciéndole: «Basta, basta... no es menester que me digas tú que he de morirme pronto!»

Un mes antes de su muerte, sacó de su gran cofre un trozo de cretona y muselina blancas y unas cintas rosa, y haciéndose ayudar por una criada se hizo un traje blanco y una cofia y preparó, hasta en sus menores detalles, todo lo necesario para la celebración de sus funerales. Después se ocupó de todo lo referente á los amos, puso en orden ropas y muebles y haciendo de todo junto un detallado inventario lo entregó á la criada más antigua. Después, sacó de los armarios dos vestidos de seda y un magnífico chal que le había regalado mi abuela, el uniforme de mi abuelo, todo bordado de oro, y que era propiedad suya, habiendo conservado como nuevos sus galones y sus bordados y librado también al paño de la devastadora polilla. Antes de morir expresó el deseo de que uno de estos dos vestidos, el rosa, le fuese dado á Volodia para que se hiciese con él una bata, y el otro vestido debía serme entregado para idéntico uso; el chal lo dejaba á Lubotchka.

El uniforme de nuestro abuelo lo dejaba á aquel de nosotros dos que primero fuese oficial. Todo lo demás que poseía y todo el di-



nero, menos cuarenta rublos destinados á los gastos de su entierro y á las misas, lo heredaba su hermano.

Su hermano, liberto desde hacía mucho tiempo, vivía en una provincia muy lejana y hacía la más depravada existencia, por lo que no tenía su hermana relación de ninguna clase con él.

Cuando el hermano de Natalia Savichna se presentó para recibir la herencia de la difunta, no halló más que veinticinco rublos en papel, y empezó á gritar que era imposible, que una mujer que había estado sirviendo sesenta años seguidos á una familia rica, pasando todo por sus manos y viviendo, además, con gran economía, era indudable que había de dejar al morir una mayor herencia. Pero la realidad era como era.

Natalia estuvo enferma dos meses, y soportó sus dolores con una paciencia verdaderamente cristiana; no murmuraba, no se quejaba lo más mínimo, y solamente porque era su costumbre ni un solo punto dejaba de invocar á Dios. Una hora antes de morir se confesó con verdadera alegría y sosiego, fué comulgada y se le administró con su beneplácito la extremaunción.

Pidió humildemente perdón á toda la gente de la casa, por las ofensas que sin intención pudiese haberles hecho, y rogó al padre Vasili, su director espiritual, que nos dijese que no sabía cómo agradecer nos nuestras bondades y que la perdonásemos si por inadvertencia había causado el menor pesar á alguno de nosotros, «pero yo no fui nunca ladrona, y ni un cabello me he apropiado nunca de lo perteneciente á mis amos». Y era ésta, en realidad, la única buena condición que apreciaba en sí misma.

Se hizo poner el vestido y la cofia de antemano por ella preparados, apoyó el codo en la almohada y hasta el fin no cesó de hablar con el sacerdote, y recordando de pronto que nada dejaba á los pobres, tomó diez rublos y pidió que fuesen distribuidos entre los de la parroquia. Después hizo la señal de la cruz, se inclinó en el lecho y respirando por la última vez pronunció, con una alegre sonrisa, el santo nombre de Dios.

Dejaba la vida sin pesar ninguno, no temía á la muerte y la recibió como un bien. Con frecuencia se dice esto mismo, pero cuán pocas veces es totalmente verdad! Natalia Savichna podía no tener miedo de la muerte, pues moría con una fe inquebrantable y habiendo cumplido la ley del Evangelio: toda su vida fué amor puro, desinterés y sacrificio.

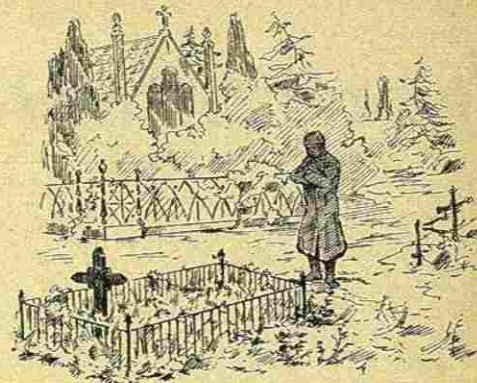
Qué digo? Si con creencias más elevadas su vida podía ser dirigida hacia un fin superior, hemos de estimar por eso menos aquella alma pura, verdaderamente digna de afecto y admiración?

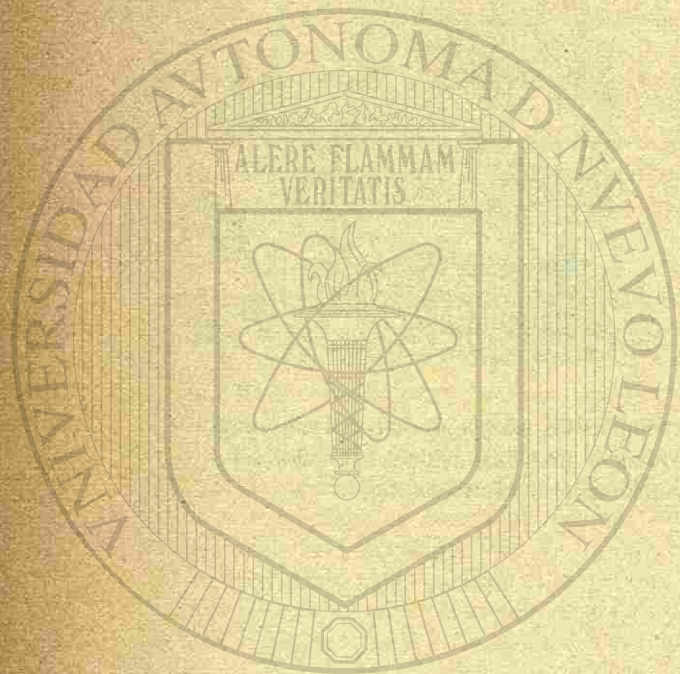
Aquella mujer cumplió la obra mejor, la de mayor elevación en esta vida—murió sin miedo y sin añoranzas.

Conforme á su deseo, fué enterrada no lejos de la capilla expiatoria que se levantó sobre la tumba de mamá. El pequeño cuadrado, que invaden las ortigas, bajo el cual duerme su cuerpo, está rodeado por una verja pintada de negro, y al salir de la capilla no me olvido jamás de acercarme á aquel santo lugar y de inclinarme hasta el suelo.

A veces me detengo silenciosamente entre la capilla y la verja negra.

En mi alma se levantan entonces los más penosos recuerdos y me quedo pensando: la Providencia me habrá unido á estos dos seres nada más que para hacérmelos añorar eternamente?...





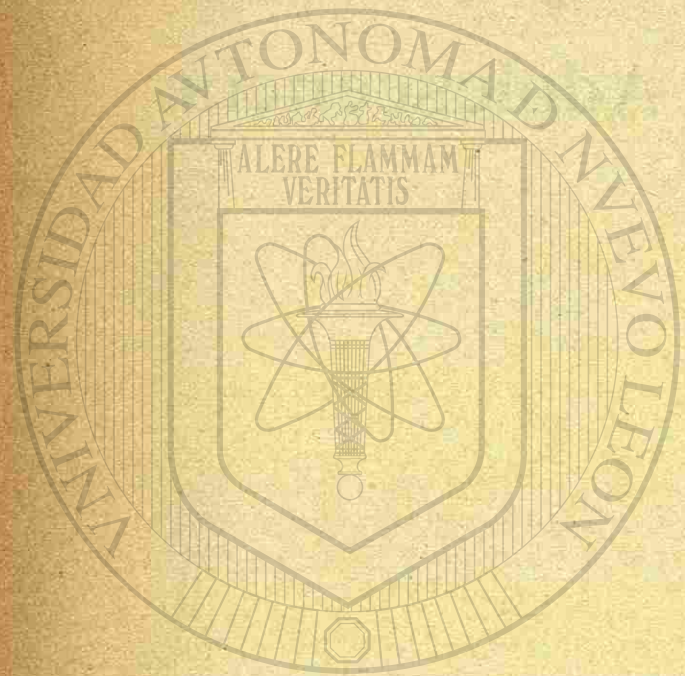
Adolescencia

1854

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Nuestro viaje

OTRA vez dos carruajes se hallan parados ante la puerta de la casa de Petrovskoie; el uno es un coche cerrado en que se instalan Mimi, Katenka, Lubotchka, la criada y en cuyo pescante se sienta el propio intendente Iakov; el otro carruaje es una britchka en que tomamos asiento Volodia, yo y el criado Vasili, que hace poco ha pasado al servicio de la casa.

Papá, que dentro de unos días ha de reunirse con nosotros en Moscova, se halla en el dintel de la puerta, con la cabeza descubierta, y hace con gran devoción la señal de la cruz sobre el cristal del coche cerrado y sobre el otro carruaje, y exclama luego:

«El Cristo sea con vosotros!... En marcha!» Iakov y los cocheros se quitan el sombrero y hacen la señal de la cruz. «Oh! oh!... en marcha!» Y los dos carruajes empiezan á rodar casi á un tiempo por el camino enarenado, y los árboles de la alameda grande, uno después de otro, pasan rápidos por delante de nuestros ojos.

No estoy triste: mi espíritu se olvida de lo que atrás deja, para no pensar más que en lo que aguarda. A medida que me alejo de los objetos que me recuerdan los grandes dolores que embargan todavía mi alma y llenan mi imaginación, van perdiendo mis recuerdos su fuerza y van siendo reemplazados por la agradable sensación de la conciencia de una vida llena de fuerza nueva, de frescura y de esperanzas.

Muy raramente habré pasado días—no diré tan alegres, pues tenía vergüenza de mi propia alegría—pero sí tan agradables y tan interesantes como los cuatro días que duró nuestro viaje. Ya no tenía delante de los ojos ni la puerta cerrada de la alcoba de mamá, por delante de la cual no podía pasar sin temblar de pies á cabeza, ni su piano siempre cerrado y al cual no se acercaba nadie y que todo el mundo miraba con cierto temeroso respeto; ni siquiera llevábamos los trajes de luto, pues nos habían hecho poner vestidos de camino; ni tenía á la vista toda clase de objetos que me recordaban incesantemente la pérdida irreparable y me obligaban á cohibir toda manifestación de vida para no herir en lo más mínimo su santa memoria. Durante el viaje, por el contrario, siempre tuve delante de los ojos nuevos sitios pintorescos, nuevos objetos que atraen y cautivan á todo momento mi atención, con la naturaleza primaveral que refuerza en mi alma el agradable sentimiento de la satisfacción del presente y de la esperanza luminosa del porvenir.

Por la mañana, muy temprano, el implacable—como les sucede siempre á las gentes que son nuevos en el desempeño de sus servicios—y excesivamente celoso Vasili nos tira del cobertor de la cama y nos asegura que es hora ya de partir, pues todo está á punto. No valen súplicas ni engaños, ni siquiera fingidos enfados para prolongar un poco la dulce somnolencia de la mañana; en el rostro impasible y duro del nuevo criado se adivina que permanecerá á todo inexorable y que se halla dispuesto á hacernos obedecer á toda costa... No hay más remedio, pues, que saltar de la cama y correr medio vestidos al patio para lavarnos.

En la cocina hierve ya el samovar, y ante él Mitka el postillón, roja la cara como una cereza, está soplando el fuego. El patio está lleno de humedad, y como un tenue vapor se eleva de los montones de estiércol odorante; un sol claro y alegre ilumina el Oriente y las techumbres de los cobertizos que rodean el patio están llenas de rocío y brillan al sol. En el establo están nuestros caballos atados al pesebre y se percibe desde fuera su masticación fuerte y regular. Un perro de larga pelambre que antes de la salida del sol se había dormido sobre un montón de estiércol seco, se levanta y se estira perezosamente, y á pequeños pasos se dirige á la otra parte del patio buscando sombra. La mujer que cuida de aquella parte de nuestra casa, va abriendo las puertas rechinantes, hace salir á las vacas al camino, donde se oyen ya los mugidos del gran rebaño, y de pasada echa algunas palabras á su vecina más perezosa. Felipe, arremangadas las mangas de la camisa, saca del pro-

fundo pozo, por medio de una polea y de una cuerda, un cubo de agua, que echa luego, perdiendo más de la mitad en el camino, en otro mayor que está junto al estanque en donde los patos se bañan ya. Con intenso placer, me quedo mirando el cuerpo vigoroso de Felipe, con su fuerte barbilla y sus hinchadas venas y grandes músculos, que se dibujan con mucho vigor en sus brazos desnudos y robustos en cuanto hace el menor esfuerzo.

Tras la ventana del cuarto donde han dormido Mimi y las niñas, y donde estuvimos hablando toda la velada, se escucha ya gran movimiento... Finalmente, ábrese la gran puerta, y nos llaman para tomar el té.

Vasili, llevado por su celo casi siempre intempestivo, entra á cada dos por tres en nuestro cuarto, toma ahora una cosa, ahora otra, nos hace señas con los ojos y no cesa de suplicar á María Ivanovna que se apresure lo posible.

Los caballos están ya enganchados y manifiestan su impaciencia agitando de vez en cuando sus sonoros cascabeles. Los sacos, las maletas, los mundos, grandes y pequeños, están ya colocados en su sitio, y nosotros vamos también á instalarnos en nuestros respectivos asientos; pero vemos enseguida que no será tan fácil la empresa, pues hallamos los carruajes enteramente ocupados por toda clase de embalajes, de tal modo que no acertamos á ver cómo se pudo meter todo aquello allí la noche antes, y menos aun cómo podremos nosotros tomar el debido asiento; finalmente, estaba ya en mi sitio cuando traen todavía una caja conteniendo un servicio de té, con una cubierta triangular, la cual caja quieren meter debajo de mi asiento, con lo que llega al colmo mi desesperación por tantas incomodidades. Pero Vasili me dice que todo se arreglará y me veo obligado á creerlo así.

El sol va elevándose por encima de una grande y compacta nubecilla blanca que cubre todo el horizonte por el lado del este y todo el campo se ilumina con una dulce y agradable claridad. Todo se muestra bello y atrayente entorno mío, y mi alma siéntese ligera y sosegada... La carretera, atravesando los campos, extiéndese como una inacabable cinta ante nosotros y se alarga hasta perderse de vista en medio del verdor de la campiña cubierta toda ella de reluciente rocío; á veces se levanta al borde del camino un pequeño arbusto de apretadas hojas que extiende por el suelo su sombra alargada é inmóvil sobre los terraplenes de la carretera ó sobre la yerba fina y verde de los campos... El monótono rodar de los carruajes y el cascabeleo de los caballos no logran apagar el alegre canto de las golondrinas que revolotean por encima de

nuestros carruajes. El olor á polvo y aún de no sé qué clase de ácidos, que en el interior de nuestra britchka se respira, es dominado por los suavísimos perfumes de la mañana, y todo junto hace experimentar á mi alma una especie de agradable inquietud, el deseo de hacer algo, de ocuparme en algo, indicio seguro de un intensísimo placer.

No pude antes de salir de casa lograr bastante tranquilidad de espíritu para hacer una buena plegaria, y cómo había ya observado varias veces que los días en que me olvidaba, por una circunstancia



cualquiera, de cumplir con este deber religioso, me sucedía alguna desgracia, quise reparar entonces mi falta: me quité la gorra, me acurruqué en el rincón de la britchka en que me hallaba, y dije las plegarias de la mañana, haciendo finalmente la señal de la cruz de manera que no me vieses; pero mil diversos objetos me distraían continuamente, de modo que muchas veces seguidas fui repitiendo unas mismas palabras de la plegaria...

He aquí que, por el caminillo que corre á lo largo de la carretera, se ven venir varias personas que marchan lentamente: son peregrinos. Llevan cubierta la cabeza con unos trapos nada limpios; á la espalda llevan una especie de alforjas fabricadas con corteza vegetal; las piernas envueltas en tiras de trapos sucios y rotos y en los pies los pesados *lapti* (1). Mueven todos con cierta regularidad sus bastones y apenas si se vuelven á mirarnos; con paso lento y pesado avanzan uno detrás de otro, y yo me pregunto: «¿Dónde irán y á qué? Será muy largo su viaje? Las alargadas sombras que proyectan en el suelo alcanzarán pronto á la del arbolillo que tanto me ha gustado há poco?»

Luego, nos cruzamos con un gran carruaje de postas, tirado por cuatro caballos que avanzan á escape; no transcurren más que dos segundos y los rostros que á la distancia de algunos pasos nos miraban á nosotros con viva curiosidad han ya pasado, y yo me quedo sorprendido de que aquella gente no tenga nada que ver

(1) Calzado especial de madera que llevan los campesinos rusos en algunas regiones.

con nosotros y á la cual probablemente no volveré á encontrar jamás, habiéndonos cruzado sólo un punto en nuestra vida.

Más adelante, vemos marchar á buen paso á lo largo del camino que bordea la carretera, dos caballos muy velludos y llenos de sudor, con el collar y los arneses puestos; detrás va un joven postillón montado en otro caballo y dejando caer á lo largo sus piernas; con el sombrero de fieltro echado sobre una oreja va tarareando una especie de triste canción. Su rostro y su postura expresan una tan grande indolencia y descuido que en aquel momento ser postillón, ir de aquella guisa montado y hacer camino cantando, me pareció á mí el colmo de la felicidad...

Allá lejos, á la otra parte del torrente se descubre, destacándose sobre el claro azul del cielo, una iglesia campestre con su techumbre verde; enseguida vemos el pueblecillo, levantándose de en medio de él como una gran mancha roja el techo de la casa señorial con el gran jardín que la rodea. Quién vive en esa casa? Habrá niños también, con padre y madre... y con su preceptor? Por qué no nos detenemos en esa casa para trabar conocimiento con sus dueños?

De pronto nos cruzamos con una larga fila de pequeños carros, tirados cada uno por tres caballos de buena presencia, que nos obliga á separarnos un poco del camino. «¿Qué lleváis?» pregunta Vasili al primer cochero, el cual no hace más que agitar el látigo y dirigiéndonos una larga y estúpida mirada nos contesta cuando es imposible ya que se le oiga. «¿Qué mercancía traéis?» grita Vasili al cruzarse con el segundo carro, guiado por un hombre todo envuelto con una especie de flazada nueva; tiene el pelo rubio, el rostro muy encendido y escasos pelos en la barbilla; saca un momento la cabeza fuera de la envoltura, nos dirige una mirada indiferente, llena de menosprecio y se esconde de nuevo... Y yo me quedo pensando que tal vez aquella gente no sabe quienes somos, de dónde venimos ni á dónde vamos.

Y así me paso más de una hora y media metido en las más hondas y más diversas reflexiones, sin fijarme ya en los números marcados en los postes del camino. Pero, el sol comienza á calentar excesivamente mi cabeza y mis espaldas; aumenta el polvo del camino, la tapa triangular de la caja de té empieza á incomodarme de veras, y procuró cambiar de posición; siento mucho calor, no estoy bien de ninguna manera y me aburro. De pronto, fijo toda mi atención en los postes y en las cifras que llevan, y voy haciendo diversos cálculos matemáticos acerca del tiempo que nos falta para llegar al término de la jornada. «Doce verstas son el

tercio de treinta y seis, y hasta Lipetz hay cuarenta y una verstas; entonces tenemos hecho ya un tercio de camino, menos...

—Vasili,—le digo cuando advierto que va dormitando,—déjame pasar al pescante.

Consiente Vasili en ello y cambiamos de sitio; enseguida se pone á roncar y se estira tan guapamente en el interior de la



britchka que apenas deja sitio para nadie. Desde la mayor altura en que voy ahora, se descubre el más hermoso panorama, y empiezo el estudio de nuestros cuatro caballos... haciendo las más hondas reflexiones sobre el color y las cualidades de cada uno, hasta en los menores detalles. Pero, por qué habrán enganchado hoy á Diatchok á la derecha y no á la izquierda, como otras veces?... y se lo pregunto tímidamente á Felipe.

—Cómo Diatchok?—me contesta distraído.

—Y Levaia, paréceme que no se esfuerza nada en tirar,—pro-

sigo diciendo.

—No puede ir á la izquierda Diatchok,—me contesta al fin el cochero sin hacer caso de mi segunda observación.—No es caballo que se pueda enganchar á la izquierda. A la izquierda hace falta siempre un caballo que sea caballo, no una bestia como él es.

Y al decir esto, Felipe se inclina á la derecha y tirando las riendas con todas sus fuerzas empieza á dar de latigazos á Diatchok, en la grupa y en las piernas, aunque es evidente que el pobre Diatchok arrastra casi él solo el carruaje. Felipe hace esto todas las veces que siente necesidad de dejar en paz el peludo casquete que incesantemente, no se sabe por qué, se écha ya sobre una oreja ya sobre otra...

Aprovecho este favorable momento para pedir á Felipe que me dé las riendas, y me da primero una, después otra, y finalmente las cuatro riendas y hasta el látigo pasan á mis manos, y en el mismo momento siéntome el más feliz de los niños. Yo me esfuerzo lo más que puedo en imitar á Felipe y le pregunto si lo hago bien. Pero de todo este juego resulta, como era de esperar, que no hago nada á derechas, que un caballo trabaja demasiado y que el otro apenas tira, y acaba por pasar su brazo por delante de mi pecho y por tomarme las riendas de la mano. El calor va aumentando todavía, las nubes que no han abandonado aun el horizonte, comienzan á hincharse lo mismo que pompas de jabón, van elevándose poco á poco y toman un tinte gris oscuro. Por la ventanilla del coche que corre delante de nosotros se ve salir una mano sosteniendo una botella y un pequeño paquete, y Vasili, con una destreza admirable, salta del carruaje en marcha y nos trae pan tierno, queso y *krass*. Al llegar á una gran pendiente, bajamos de los carruajes y corriendo, avanzándonos los unos á los otros, llegamos al puente, mientras Vasili y Iakov cogidos á las ruedas de los coches, tratan de evitar su bajada demasiado rápida, aunque no sé si por ellos solos hubieran podido lograrlo, de no llevar enganchados los caballos. Después, con el permiso de Mimi, naturalmente, Volodia y yo nos instalamos en la calesa y las niñas ocupan nuestro sitio en la britchka, que según ellas, y tenían razón, es mucho más alegre, causándonos, sin embargo, á todos el cambio gran contento. En las horas de mayor calor, al atravesar un pequeño bosque, saltamos del coche Volodia y yo, y nos entretenemos en cortar algunas ramas verdes con las cuales formamos una especie de pabellón por encima de la britchka. Al ver Lubotchka avanzar aquel toldo moviente lanza agudísimos gritos, cosa que no deja nunca de hacer todas las veces que algo le causa un placer muy grande.



Y con esto llegamos á la vista del pueblo donde hemos de comer y descansar, percibiendo enseguida el olor especial de las poblaciones rurales; pronto

llega también hasta nosotros el rumor de las conversaciones, el chirriar de las carretas... y observo que los cascabeles de nuestros caballos ya no suenan lo mismo que en plena campiña; á uno y otro lado van desfilando largas hileras de izbas con techo de paja seca y portal de madera tallada, con pequeñas ventanas, por las cuales aparece, aquí y allí, el rostro de alguna mujer curiosa... Por delante de los coches saltan y brincan los niños y niñas del pueblecillo; en camisa los más de ellos, con los ojos grandemente abiertos, se quedan de pronto inmóviles al paso de los coches, ó corren como diablillos por entre la polvoreda con sus pequeños pies descalzos... y á pesar de los grandes gestos y de las amenazas de Felipe corren detrás de los coches y aún tratan de encaramarse en ellos... De pronto salen de todos lados toda clase de hospederos, y rodeándonos, con palabras y con gestos los más amables tratan de llevarse á su casa á los viajeros... Se abren de par en par las puertas de una de las hospederías, pasan los botones de las ruedas rozando la madera y entramos en el anchuroso patio. Ya tenemos por delante cuatro horas de descanso y de libertad!



II

La tempestad

EL sol se inclinaba ya hacia el horizonte, y sus rayos oblicuos pero muy ardientes, calentaban mi cuello y mis mejillas de un bien poco agradable modo; no se podía poner la mano en los bordes de la britchka, pues quemaban lo mismo que hierro candente; una gran polvoreda llenaba el camino y parecía hasta respirarse, y no se sentía el menor movimiento de aire que lo arrastrase lejos. Delante, siempre á igual distancia, balanceábase monótonamente la grande y polvorienta caja de la calesa, tras la cual aparecía raramente el látigo que el cocheró agitaba, y también el sombrero de éste y el gorro de Iakov. Yo no sabía qué hacer ni en qué pasar el tiempo; ni el rostro de Volodia, lleno de polvo, y dormitando á mi lado, ni el balanceo regular del cuerpo de Felipe, ni la sombra alargada de nuestra britchka que, formando un ángulo agudo, se arrastraba por detrás, nada lograba sacarme de mi profundo sopor... Toda mi atención la ponía en el poste que divisaba allá lejos ó bien en las nubes que, si andaban poco há dispersas por el cielo, se iban juntando ahora y tomaban tintes sombríos, amenazantes, reuniéndose en una sola é inmensa nube negra. De vez en cuando llegaba hasta nosotros el rumor de un trueno lejano, y esta circunstancia sobre todo aumentaba en mí la impaciencia de llegar cuanto antes á alguna hospedería ó albergue. La tempestad me ha

llega también hasta nosotros el rumor de las conversaciones, el chirriar de las carretas... y observo que los cascabeles de nuestros caballos ya no suenan lo mismo que en plena campiña; á uno y otro lado van desfilando largas hileras de izbas con techo de paja seca y portal de madera tallada, con pequeñas ventanas, por las cuales aparece, aquí y allí, el rostro de alguna mujer curiosa... Por delante de los coches saltan y brincan los niños y niñas del pueblecillo; en camisa los más de ellos, con los ojos grandemente abiertos, se quedan de pronto inmóviles al paso de los coches, ó corren como diablillos por entre la polvoreda con sus pequeños pies descalzos... y á pesar de los grandes gestos y de las amenazas de Felipe corren detrás de los coches y aún tratan de encaramarse en ellos... De pronto salen de todos lados toda clase de hospederos, y rodeándonos, con palabras y con gestos los más amables tratan de llevarse á su casa á los viajeros... Se abren de par en par las puertas de una de las hospederías, pasan los botones de las ruedas rozando la madera y entramos en el anchuroso patio. Ya tenemos por delante cuatro horas de descanso y de libertad!



II

La tempestad

EL sol se inclinaba ya hacia el horizonte, y sus rayos oblicuos pero muy ardientes, calentaban mi cuello y mis mejillas de un bien poco agradable modo; no se podía poner la mano en los bordes de la britchka, pues quemaban lo mismo que hierro candente; una gran polvoreda llenaba el camino y parecía hasta respirarse, y no se sentía el menor movimiento de aire que lo arrastrase lejos. Delante, siempre á igual distancia, balanceábase monótonamente la grande y polvorienta caja de la calesa, tras la cual aparecía raramente el látigo que el cocheró agitaba, y también el sombrero de éste y el gorro de Iakov. Yo no sabía qué hacer ni en qué pasar el tiempo; ni el rostro de Volodia, lleno de polvo, y dormitando á mi lado, ni el balanceo regular del cuerpo de Felipe, ni la sombra alargada de nuestra britchka que, formando un ángulo agudo, se arrastraba por detrás, nada lograba sacarme de mi profundo sopor... Toda mi atención la ponía en el poste que divisaba allá lejos ó bien en las nubes que, si andaban poco há dispersas por el cielo, se iban juntando ahora y tomaban tintes sombríos, amenazantes, reuniéndose en una sola é inmensa nube negra. De vez en cuando llegaba hasta nosotros el rumor de un trueno lejano, y esta circunstancia sobre todo aumentaba en mí la impaciencia de llegar cuanto antes á alguna hospedería ó albergue. La tempestad me ha

producido siempre un indefinible sentimiento, mezcla de terror y de tristeza.

Diez verstas al menos nos separan aun del pueblo más próximo, y el enorme y oscuro nubarrón, viniendo sabe Dios de dónde, avanza rápidamente hacia nosotros, sin que se note el menor aliento de aire. El sol, no cubierto todavía por las nubes, hace brillar como si fuesen de metal sus contornos sombríos y las nubecillas grises, separándose del nubarrón inmenso, corren rápidas hasta cubrir el horizonte. De vez en cuando, á lo lejos brilla un relámpago que rasga la gran nube y enseguida empieza á oirse como un rumor muy hondo que poco á poco se aproxima, se acentúa y acaba por llenar con su estruendo horroroso todo el espacio. Vasili se levanta y extiende toda la capota de la britchka, los cocheros se echan encima el capote y á cada relámpago que cruza el cielo se quitan la gorra y hacen la señal de la cruz; los caballos levantan las orejas, hinchán las narices como para aspirar el aire fresco de la tempestad que se acerca, y la britchka rueda más rápida por la polvorosa carretera. Empieza el miedo á apoderarse de mí y la sangre circula más aprisa por mis venas... De pronto, las nubes más avanzadas empiezan á cubrir el sol, y sus rayos, desapareciendo de pronto, iluminan por última vez el negro horizonte... Todo se transforma y la campiña entera parece hundirse en las sombras. El bosque que se extiende á lo largo de la carretera parece temblar de miedo, y las hojas de los árboles se vuelven de un color gris-blanco que resalta con viveza sobre el fondo violáceo de las nubes, moviéndose rumorosamente, y la copa de los altísimos olmos se balancea con gran majestad, mientras hojas y montones de yerba seca corren formando remolinos por la carretera en medio de asfixiante polvoreda. Las golondrinas de blanquísimo vientre giran veloces por encima de nuestros carruajes y pasan rozando el pecho de los caballos; los murciélagos con las alas desplegadas vuelan del lado que sopla el viento; los bordes del delantal de cuero de la britchka que hemos bajado y atado fuertemente, se levantan y dejan pasar hasta nosotros verdaderos torbellinos de viento fresco y dan fuertes golpes contra la caja de la britchka... El rayo parece estallar encima de nuestro carruaje, y dejándonos deslumbrados ilumina por un momento el campo entero, fijándome en la retina la imagen de Volodia, que se mantiene quieto y acurrucado en un rincón del coche. En el mismo instante, rompe sobre nuestras cabezas un ruido formidable, que va elevándose al espacio como formando una espiral y extendiéndose cada vez más hasta transformarse en un rumor ensordecedor que, á pesar



®
TOLSTOI.—L.A.M.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

nuestro, nos hace temblar y nos corta la respiración... La cólera de Dios! Cuánta poesía encierra esta idea popular!...

Los coches ruedan cada vez más velozmente y en las contracciones de hombros de Vasili y de Felipe advino que tienen miedo también. El coche baja con rapidez vertiginosa la pendiente y levanta un gran ruido al dar con el puente de madera; no me atreví a hacer el menor movimiento y espero resignado nuestra muerte...

De pronto rómpese uno de los tirantes y nos vemos obligados a pararnos en medio del puente.

Apoyada la cabeza en el borde de la britchka, latiéndome con fuerza el corazón hasta interrumpirme la respiración, sigo con ansiedad los movimientos de los negros y gruesos dedos de Felipe que, con mucha calma, hace un gran nudo y arregla las riendas, apartando a un lado el caballo con la mano y con el mango del látigo.

El sentimiento de miedo y de tristeza aumenta en mi espíritu a medida que crece en el espacio y se nos echa encima la tempestad, y cuando llega el momento de majestuosa calma que precede de ordinario al apogeo de la tormenta, este miedo y esta tristeza alcanzan una fuerza tal que llego a convencerme de que, un cuarto de hora más, y me mata mi propia emoción. En ese preciso instante, aparece en el otro extremo del puente una criatura humana, ó casi humana, un miserable mendigo, descubierta la cabeza y rapada, con unos pies deformes y descarnados, vestido con una especie de camisa sucia y rota por mil partes, el cual con mirada estúpida y ademán suplicante extiende hacia nosotros, haciéndole veces de mano, un pequeño trozo de madera sucio y pintado de rojo, clamando: «Hacedme caridad en nombre del Cristo!» La voz del mendigo es quejumbrosa, en aquel momento parece lúgubre, y se inclina a cada palabra que pronuncia y hace la señal de la cruz...



Me es imposible expresar el sentimiento de terror que en aquel momento invadió mi alma. Un espasmo de frío recorrió todo mi cuerpo, y mis ojos, llenos de un miedo inmenso, se clavaron en el mendigo...

Vasili era el que, durante todo el camino, fué distribuyendo al paso las limosnas; pero en aquel momento estaba dando instrucciones á Felipe para recomponer el tirante, y hasta que no hubieron acabado no vi que tratase de sacar algo del bolsillo; pero se puso el carruaje en movimiento y en aquel punto estalló un rayo deslumbrador llenando de intensa claridad el desfiladero en que nos hallábamos, y sin el más pequeño intervalo retumbó por el espacio un trueno horrisono, pareciendo que toda la bóveda celeste se nos venía encima... Se desencadenó un huracán horroroso, y las crines y la cola de los caballos, la manta de Vasili y las puntas de las cortinas de la britchka tomaba todo una misma y violenta dirección. Sobre la capota de cuero de la britchka cayó pesadamente una gran gota de lluvia... después una segunda, una tercera luego, una cuarta, y súbitamente empezó á resonar sobre los carruajes y sobre todo el campo como un inmenso redoble de tambor, el ruido particularísimo de una lluvia batiente.

Por los movimientos que hace Vasili, adivino que por debajo de la manta trata de abrir un bolsón, mientras el mendigo, sin dejar de hacer el signo de la cruz é inclinándose á cada paso, sigue corriendo junto á las mismas ruedas del coche con peligro de ser aplastado, gritando todavía: «Una limosna en nombre del Cristo!» Por fin tira Vasili una moneda de cobre en medio del camino, mientras la desdichada criatura, con sus andrajos pegados al cuerpo por la furiosa lluvia y batido por el huracán, se queda un momento pèrplejo en medio de la carretera y enseguida rápidamente desaparece de mi vista.

La lluvia cae oblicuamente arrastrada por un viento huracanado, y nos moja á todos formando luego un charco de agua sucia en el mismo pescante. El polvo acumulado en el camino se transforma inmediatamente en un barro líquido en el que se hunden las ruedas del carruaje; las sacudidas se hacen menos violentas y á ambos lados del camino corren dos riachuelos de agua turbia. Los relámpagos brillan con mayor amplitud y son menos deslumbrantes, como son también menos formidables los truenos, cuyo rumor apaga el caer regular de la lluvia torrencial...

Pronto, empero, empieza á ser la lluvia de gotas más pequeñas, el nubarrón va disipándose, deshaciéndose en nubecillas ondulantes, el sitio del espacio en que ha de brillar el sol empieza

á aclararse y tras los bordes blanquecinos de las nubes se distingue ya un pequeño trozo de cielo azul. Un momento después un tímido rayo de sol brilla sobre los charcos de la carretera, bajo la lluvia finísima y silenciosa que sigue cayendo todavía, haciendo brillar las humildes yerbas de los campos. La gran nube negra ensombrece aun el lado opuesto del horizonte, pero ya no me causa el menor miedo. Siento una especie de bienestar dulce, inexpresable: la esperanza en la vida reemplaza pronto en mí el penoso sentimiento del terror. Sonríe mi alma lo mismo que la naturaleza refrescada, alegrada... Vasili se desabrocha un poco, se quita la gorra y la sacude para quitarle el agua. Volodia levanta la cortina de cuero de la britchka, yo me inclino un poco fuera del carruaje y á plenos pulmones respiro con verdadera ansiedad el aire fresco y perfumado. La caja del coche en que van las niñas, con el mundo y las maletas colgados en la parte trasera, se balancea delante de nosotros, reluciente toda ella á los rayos del sol, lo mismo que los caballos,

los arneses, las riendas y las ruedas, todo brilla lo mismo que si estuviese cubierto de un barniz. A un lado del camino se extiende el campo inmenso, con sus sembrados de otoño, de trecho en trecho cortado por torrentes poco profundos y reluciendo al sol la tierra mojada, perdiéndose sus últimos términos en el horizonte; por el otro lado extiéndese un pequeño bosque, bordeado por una serie de pequeños nogales, que permanece inmóvil, sin mover una sola de sus ramas, como presa de una felicidad intensa y profundísima, mientras gruesas gotas de lluvia saltan de rama en rama y caen finalmente sobre las hojas muertas del año pasado que alfombran el suelo. De todos lados, con alegres cantos en



el pico, las alondras vuelan ligeras describiendo en el espacio grandes círculos hasta tocar el suelo para después perderse en el infinito; entre la maleza se adivina el ir y venir de los pajarillos y en el bosque óyese distintamente el canto del cuco. El perfume delicioso que despide el bosque después de la tempestad, compuesto de todos esos olores especiales que exhalan con mayor fuerza después de una gran lluvia las flores y los arbustos, es tan agradable que no puedo estar quieto en la britchka, salto á tierra y corro hacia el bosque, y aunque me caen encima de todos lados grandes gotas de lluvia, arranco algunas ramas mojadas aun, me golpeo el rostro con ellas y aspiro con verdadera delicia su perfume. Sin fijarme siquiera en que arrancan del suelo mis zapatos grandes trozos de barro y que llevo ya las medias mojadas por haberme metido sin mirar en los lodazales, corro loco de alegría á la portezuela del coche en que van las niñas, y exclamo, levantando al aire, como en triunfo, las ramas floridas que llevo en la mano:

—Lubotchka!... Katenka!... Mirad, mirad!... cuán hermoso es todo!

Las niñas lanzan al aire exclamaciones de admiración y de alegría, y Mimi me grita que me aparte, pues puede aplastarme el coche.

—Oh! sí, sí; pero ved cuán hermoso es y cómo huele bien!

III

Nuevo punto de vista

KATENKA estaba sentada á mi lado en la britchka, y con la cabeza graciosamente inclinada permanecía callada y pensativa mirando cómo, por debajo de las ruedas del carruaje, parecía huir el camino polvoriento. Yo me la miraba en silencio, como extrañado de la expresión triste y hondamente seria que notaba por la primera vez en su hermoso rostro.

—Ah! por fin!... vamos á llegar pronto á Moscova,—dije.—
Cómo te figuras tú que es Moscova?

—No sé...—contestó Katenka como de mala gana.

—Pero, piensas que sea mucho más grande que Serpukhov ó más pequeña?

—El qué?—dijo distraídamente la niña.

—Oh! nada...

Mas por ese instintivo sentimiento que hace adivinar á uno los pensamientos de otra persona, y que es cómo el hilo conductor de la conversación, Katenka comprendió que su indiferencia me hacía daño, y levantando la cabeza me dijo:

—Vuestro papá os ha dicho que estaríamos nosotras en casa de vuestra abuela?

—Sí, nos ha dicho que nuestra abuela quiere de todas maneras que vivamos todos con ella.

—Y estaremos juntos?

el pico, las alondras vuelan ligeras describiendo en el espacio grandes círculos hasta tocar el suelo para después perderse en el infinito; entre la maleza se adivina el ir y venir de los pajarillos y en el bosque óyese distintamente el canto del cuco. El perfume delicioso que despide el bosque después de la tempestad, compuesto de todos esos olores especiales que exhalan con mayor fuerza después de una gran lluvia las flores y los arbustos, es tan agradable que no puedo estar quieto en la britchka, salto á tierra y corro hacia el bosque, y aunque me caen encima de todos lados grandes gotas de lluvia, arranco algunas ramas mojadas aun, me golpeo el rostro con ellas y aspiro con verdadera delicia su perfume. Sin fijarme siquiera en que arrancan del suelo mis zapatos grandes trozos de barro y que llevo ya las medias mojadas por haberme metido sin mirar en los lodazales, corro loco de alegría á la portezuela del coche en que van las niñas, y exclamo, levantando al aire, como en triunfo, las ramas floridas que llevo en la mano:

—Lubotchka!... Katenka!... Mirad, mirad!... cuán hermoso es todo!

Las niñas lanzan al aire exclamaciones de admiración y de alegría, y Mimi me grita que me aparte, pues puede aplastarme el coche.

—Oh! sí, sí; pero ved cuán hermoso es y cómo huele bien!

III

Nuevo punto de vista

KATENKA estaba sentada á mi lado en la britchka, y con la cabeza graciosamente inclinada permanecía callada y pensativa mirando cómo, por debajo de las ruedas del carruaje, parecía huir el camino polvoriento. Yo me la miraba en silencio, como extrañado de la expresión triste y hondamente seria que notaba por la primera vez en su hermoso rostro.

—Ah! por fin!... vamos á llegar pronto á Moscova,—dije.—
Cómo te figuras tú que es Moscova?

—No sé...—contestó Katenka como de mala gana.

—Pero, piensas que sea mucho más grande que Serpukhov ó más pequeña?

—El qué?—dijo distraídamente la niña.

—Oh! nada...

Mas por ese instintivo sentimiento que hace adivinar á uno los pensamientos de otra persona, y que es cómo el hilo conductor de la conversación, Katenka comprendió que su indiferencia me hacía daño, y levantando la cabeza me dijo:

—Vuestro papá os ha dicho que estaríamos nosotras en casa de vuestra abuela?

—Sí, nos ha dicho que nuestra abuela quiere de todas maneras que vivamos todos con ella.

—Y estaremos juntos?

— Naturalmente, nosotros estaremos arriba, en una parte de la casa; vosotras en el otro extremo y papá ocupará, seguramente, la casita pequeña; pero comeremos todos juntos abajo, en el comedor de mi abuela.

— Mamá ha dicho que vuestra abuela es una mujer descontentadiza y de genio muy raro...

— No, lo parece únicamente al principio que se la trata... La verdad es que impone su aspecto, pero no se irrita fácilmente, y es, por el contrario, muy buena y muy alegre. Si hubieses visto el baile que se armó en su casa el día de su santo!

— De todas maneras, me da miedo vuestra abuela; aunque, por otra parte, Dios únicamente sabe si...

Katenka se calló de pronto y se puso pensativa.

— El qué? — pregunté con cierta inquietud.

— Nada, nada...

— No, algo has querido decir al pronunciar la frase: «Dios únicamente...»

— De modo que, según me decías, hubo un gran baile en casa de tu abuela?

— Sí, y fué una pura desdicha que no estuvieseis vosotras allí. Había multitud de invitados, mil personas al menos, una gran música, princesas y generales... y hasta yo bailé, Katenka! — exclamé parándome súbitamente en medio de mi descripción.

— No me escuchas?

— Vaya si te escuchó; acabas de decirme que tú bailaste...

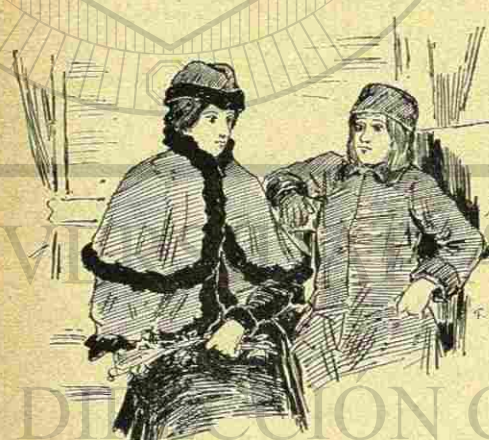
— Por qué estás tan triste?

— No siempre se ha de estar alegre.

— No, la verdad es que has cambiado mucho desde que hemos vuelto

nosotros de Moscova. Dime la verdad — añadí resueltamente y mirándola con fijeza, — por qué has cambiado de tal modo?

— Que yo he cambiado? — respondió Katenka con una vivacidad que bien claramente descubría que mi observación la había interesado en lo más hondo. — Tú me dirás en lo que he cambiado.



— Yo digo que no eres ya como antes, — continué. — Antes bien se veía que tú eras lo mismo que nosotros; nos considerábamos como parientes y nos amabas tú á nosotros como nosotros á tí. Y ahora te has vuelto grandemente seria y hasta parece que te apartas de nosotros...

— Oh! de ninguna manera.

— No, deja que acabe, — la interrumpí yo diciendo; y sentía ya en la nariz el ligerísimo escozor que precede á las lágrimas, pues me sucedía que siempre venían á llenar mis ojos apenas intentaba expresar algún hondo é intenso pensamiento, mucho tiempo contenido. — Sí, sí; te apartas de nosotros, rehuyes nuestra conversación y no hablas más que con tu madre, como si no te dignaras siquiera recordar que nos conocemos de tanto tiempo...

— Pero es que no podemos siempre ser iguales, hemos de cambiar, — contestó Katenka, que tenía la manía de quererlo explicar todo por una necesidad fatal, sobre todo cuando no sabía cómo explicarse una cosa.

Recuerdo que una vez riñendo con Lubotchka, ésta la llamó tonta, y Katenka respondió: «Todo el mundo no puede ser sabio, ha de haber tontos también». A mí, empero, aquella respuesta no me satisfizo, pues no comprendí lo de que un día ú otro se había de cambiar, y proseguí el interrogatorio.

— Pero, en qué te fundas para decir que no hemos de ser siempre iguales?

— Es que seguramente no siempre viviremos juntos, — respondió Katenka, cubriéndose de púrpura sus mejillas y dirigiendo la mirada fuera de la britchka para apartarla de la mía. — Mamá pudo vivir en casa de vuestra difunta madre, que era amiga suya; pero con la condesa, que según dicen es tan irritable, no sé yo si podrán llegar á entenderse; sin contar que un día ú otro nos habremos de separar: vosotros sois ricos, tenéis la propiedad de Petrovskoie; nosotras somos muy pobres, mamá no tiene nada.

«Vosotros sois ricos, nosotras somos pobres»; estas dos frases y los conceptos que de las mismas se desprenden, me parecieron en aquel momento á no poder más extravagantes. Según mis ideas de entonces, tan sólo los aldeanos y los mendigos podían ser tenidos por pobres y no podía en mi imaginación asociar la idea de pobreza con la imagen de la graciosa y bellísima Katenka. Me parecía lógico que mientras viviesen Mimi y su hija habían de estar con nosotros, compartiendo nuestros bienes con ellas, lo que esto no fuese pareciame un perfecto disparate. De pronto, infinidad de nuevas ideas surgieron, en medio de grandes confusiones, en mi

mente tratando de comprender su verdadera situación, y me sentí en aquel punto tan cohibido por el hecho de que fuésemos nosotros ricos y ellas pobres que el rubor me subió á la cara y ni tan sólo me atreví ya en mucho espacio á mirar á Katenka.

«Por qué ha de haber ricos y pobres?—pensaba yo—y por qué ha de hacer esto necesaria la separación? Por qué no compartir siempre con ellas nuestras riquezas?» Pero entendí al propio tiempo que no había de hablar de estas cosas á Katenka; ya una especie de práctico instinto, contrario á los más lógicos razonamientos, decíame que tenía razón la niña, y que no era tiempo ni ocasión de explicar á Katenka mis ideas.

—Es verdad, pues, que nos dejaréis?—dije entonces por decir algo.—Y cómo podremos vivir separados?

—Qué le haremos? También será penoso para mí; pero si llega el caso, ya sé yo lo que tengo que hacer...

—Te harás actriz... pero esto es una tontería!...—exclamé, pues sabía que por aquel entonces el teatro era su sueño dorado.

—No, decía esto cuando era más pequeña... Ahora no...

—Entonces, qué es lo que harás?

—Entraré en un convento... y allí viviré tranquila llevando un vestidito negro y una pequeña toca de terciopelo.

Y apenas hubo acabado de decir esto, Katenka rompió á llorar.

No se te ha ocurrido, lector, alguna vez hacer la observación de que, en un momento dado de la vida, cambia por completo tu punto de mira acerca de muchas cosas? Los objetos que viste siempre de un modo, toman de pronto ante tus ojos los más impensados y sorprendentes aspectos...

Por la primera vez, durante ese viaje, se operó en mí uno de estos radicales cambios, y por eso pongo en este punto el comienzo de mi adolescencia.

Por la primera vez vínome con toda claridad al pensamiento la idea de que nosotros, es decir, nuestra familia, vivíamos en un mundo que es presa de toda clase de intereses que se agitan vio-

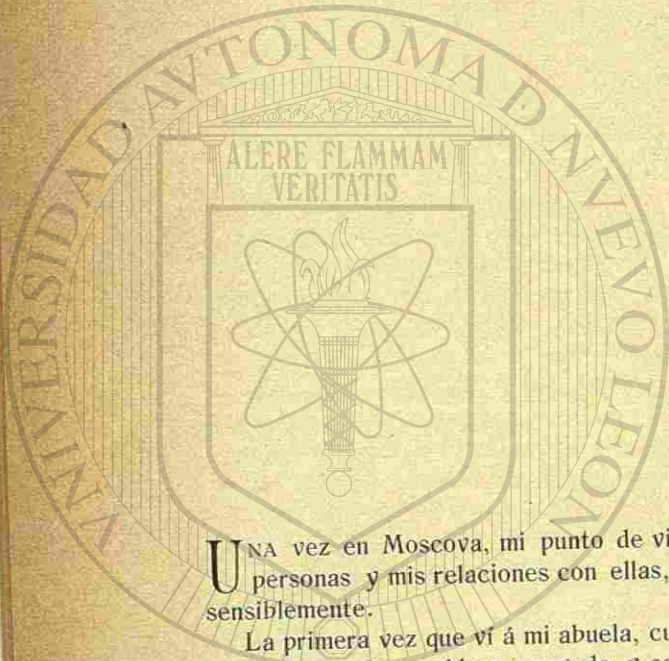


lentemente entorno suyo; pero que existe en la realidad un distinto aspecto de los hombres, el cual nada de común tiene con nosotros, que no se ocupa de nosotros, ni tiene siquiera idea de nuestra existencia. Sin duda que yo conocía ya todo esto desde mucho tiempo atrás, pero nunca se me había presentado con tan clara evidencia como en ese momento.

La idea no se transforma en convicción sino por ciertos caminos, con frecuencia no esperados y distintos de los que otros espíritus siguen para llegar á la misma convicción. La conversación con Katenka que tan fuertemente me había conmovido y me obligaba á reflexionar en su porvenir, fué para mí ese camino de que hablo. Contemplando los pueblos y las ciudades que atravesábamos, y en cada una de cuyas casas vivía al menos una familia como la nuestra, y viendo á las mujeres y á los niños que llenos de curiosidad veían pasar á los carruajes, para desaparecer luego para siempre de nuestros ojos, y al observar al propio tiempo que muchos ciudadanos y muchos campesinos ni siquiera se dignaban mirarnos al pasar y mucho menos nos saludaban, como yo estaba acostumbrado á ver en Petrovskoie, por la primera vez en mi vida la siguiente pregunta se formuló en mi espíritu: En qué pueden ocuparse si no se ocupan de nosotros? Pregunta que me fué sugiriendo no pocas más: Cómo y de qué vive toda esa gente? Cómo educan á sus hijos? Los instruyen? Les dejan jugar? Los castigan?...

qué, tuvo la extravagante idea de meter sobre su cabeza ya calva una gran peluca roja, me pareció tan extraño y tan ridículo que me quedé todo extrañado de no haber observado todo esto mucho antes.

Entre las niñas y nosotros fué elevándose una especie de barrera invisible. Ellas tenían, para con nosotros, cada día mayor número de secretos; se envanecían, visiblemente, de sus faldas que se alargaban cada día, y nosotros nos envanecíamos de nuestros pantalones á la moda. El primer domingo después de nuestra llegada á Moscova, Mimi se presentó á comer con un vestido tan elegante y con tantos lazos en la cabeza, que bien se veía que no estábamos ya en el campo y que todo iba á tomar nuevos derroteros.



IV

En Moscova

UNA vez en Moscova, mi punto de vista sobre las cosas y las personas y mis relaciones con ellas, se modificó todavía más sensiblemente.

La primera vez que ví á mi abuela, cuando me encontré con su rostro tan enflaquecido y arrugado y con sus ojos sin luz, el sentimiento de profundo y sumiso respeto que había hasta entonces sentido por ella, transformóse y dejó lugar á una especie de compasión, y cuando, al dejar caer su rostro sobre la cabeza de Lubotchka, lloró lo mismo que si tuviese delante de los ojos el cadáver de su hija tan querida, mi compasión se cambió en un profundísimo sentimiento de afecto. Me hacía su gran dolor una especie de daño, pues comprendí que nosotros, por nosotros mismos, no éramos nada á sus ojos, y que no éramos nada para ella sino por el recuerdo que despertábamos en su alma, y sentí también que en cada beso con que cubría nuestras mejillas, expresábase inalterablemente la misma idea: Mi hija está muerta y ya no la veré más!

Papá, quien en Moscova poco se ocupó de nosotros, y cuyo rostro apenas veíamos más que en las horas de comer, vestido casi siempre de fraque, con grandes cuellos de camisa surgiendo de su elegante chaleco, perdió muchísimo á mis ojos. Karl Ivanovitch, á quien mi abuela llamaba *diatka*, y que de pronto, Dios sabe por



V

El hermano mayor

Yo tenía menos que Volodia un año y algunos meses; crecimos, estudiamos y jugamos siempre juntos. Entre nosotros no hubo nunca distinción de mayor ó menor, pero precisamente hacia la época de que hablo, empecé á comprender que Volodia, por su edad, por sus gustos y por su manera especial de ver las cosas, no era ya para mí el mejor camarada. Hasta parecióme que Volodia se reconocía á sí mismo una especie de superioridad y estaba de ella orgulloso. Esta convicción mía, aunque tal vez errónea, me inspiraba una especie de amor propio que me hacía sufrir no poco al más pequeño choque con él. En todo era más fuerte ó más diestro que yo: en los juegos, en el estudio, en nuestras mismas disputas, en el modo de portarse con la gente, por lo cual cada día sentíame más alejado de él y me causaba esto una especie de sufrimiento moral que no acertaba á explicarme. Si, cuando le hicieron á Volodia las primeras camisas de tela de Holanda, con frisados, hubiese yo dicho con toda franqueza que me hubiera gustado mucho tener otras camisas iguales, de fijo que con esto sólo me consolara, y no hubiera estado pensando cada vez que veía á Volodia arreglarse el cuello de la camisa, que lo hacía para molestar-me á mí. Pero me callé, y esto me hizo sufrir mucho más; lo que me enfadaba especialmente era que no pocas veces Volodia comprendía mi sufrimiento, lo veía claro, y trataba de disimularlo.

Quien, alguna vez en su vida, no ha notado esas relaciones misteriosas y mudas, que se manifiestan en una sonrisa imperceptible, en las miradas y aún en los movimientos de las personas que viven habitualmente juntas: entre marido y mujer, entre hermanos, entre amigos, entre amos y criados, sobre todo cuando estas personas no son enteramente sinceras entre sí!... Cuántos deseos y cuántos pensamientos no expresados, y con miedo de ser comprendidos, se exteriorizan en una sola mirada, cuando por acaso y con vaga timidez se encuentran vuestras miradas frente á frente!

Pero, quizás, en el caso de que hablo, una excesiva sensibilidad me engañaba; quizás no sentía Volodia lo mismo que yo sentía. Mi hermano era impulsivo, franco, y con frecuencia cambiaba la orientación de su espíritu. Entusiasmábase violentamente por cosas las más diversas, se entregaba á ellas con toda el alma, pero con una facilidad igual las abandonaba.

Tan pronto se sentía totalmente absorbido por la pasión de los cuadros: los compraba con su dinero, ó los pedía á papá ó á nuestra abuela, y aún dibujaba y pintaba él también. A veces le cogía la pasión de los *bibelots*, con los cuales llenaba su mesa y que iba recogiendo de todos los rincones más ignorados de la casa. Otras veces era absolutamente atraída su atención por las novelas, que se procuraba de modo que no se enterasen papá ni abuela, y se pasaba leyéndolas noches y días enteros... Involuntariamente, me asociaba á sus cambiantes pasiones, y aunque era yo demasiado orgulloso para seguir exactamente sus pasos, era también demasiado joven y poco independiente para emprender y seguir un camino propio. Pero nada envidiaba yo tanto como el carácter siempre alegre, franco y noble de Volodia, que se mostraba constantemente sin doblez ninguna, sobre todo en las querellas que con frecuencia surgían entre nosotros. Yo comprendía que mi hermano obraba en ello perfectamente, pero no le podía imitar, aunque me esforzaba.

Un día, era en el periodo de su gran pasión por las porcelanas, me acerqué á su mesa, y sin querer se me cayó y rompióse un pequeño frasco de colores, vacío.

—Quién te ha dado permiso para tocar mis cosas?—dijo Volodia que entraba en aquel momento y vió que yo me había entretenido alterando el buen orden en que él tenía colocados todos aquellos preciosos objetos que adornaban su mesa.—Dónde está el frasquito azul?... Sin duda has sido tú...

—Sin querer, se me ha caído, y se ha roto... la gran desdicha!

—Lo que te ruego es que *no te atrevas* jamás á tocar lo que es

mío—dijo recogiendo los pedazos del frasco y contemplándolos con cierta tristeza.

—Pues yo lo que te ruego es que no mandes...—contesté.—

Si se ha roto, roto está, qué le haremos?—Y me sonreí, aunque no tenía ganas de ello.

—Para tí no es eso nada; mas para mí te digo que es ya *algo*—dijo Volodia levantando los hombros, gesto que había heredado de papá.—Lo ha roto, y se ríe todavía, oh! el insoportable *niño!*

—Es verdad que yo soy un niño, pero tú eres un gran simple.

—No tengo gana de que nos injuriemos el uno al otro—dijo Volodia apartándose suavemente de la mesa.—Vete!

—No me empujes!

—Vete!

—Te digo que no empujes!

Volodia me tomó de la mano y quiso apartarme un poco, pero yo estaba ya excitado hasta lo último, enlacé una de mis piernas con una pata de la mesa, y al querer tirar de mí Volodia, siguió la mesa detrás, dando en el suelo, con gran estruendo, con todos sus cacharros de porcelana y de cristal.

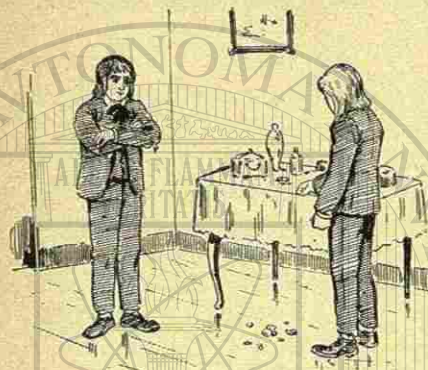
—Toma!... Recógelo ahora!

—Mal criado!—gritó Volodia, tratando de evitar la caída de su tesoro.

«Ahora, todo habrá acabado entre nosotros, pensaba yo mientras salía de la estancia; ahora ya estaremos reñidos de por vida».

En todo el día no nos hablamos; verdad que yo me sentía culpable, de tal modo que ni me atrevía á mirarle ni pude ocuparme en nada, pues fué grande el desasosiego de mi espíritu. Volodia, por el contrario, se mostró tan alegre como siempre, trabajó igual que todos los días, y, según tenía por costumbre, después de comer charló y aún se rió no poco con las niñas.

Apenas hubo acabado el profesor su lección, yo me salí de la clase, pues me sentía cohibido y con gran malestar á solas con mi hermano; acabada la lección de historia, tomé el cuaderno y me



dirigi hacia la puerta; al pasar por delante de Volodia, á pesar de que en mi interior sentía el vivo deseo de acercármele y de hacer las paces con él, traté de disimularlo y de aparentar enfado. En aquel punto levantó mi hermano la cabeza y con una imperceptible risa en los labios, que algo tenía de finamente burlesca, me lanzó una tranquilizadora mirada. Nuestras miradas se encontraron y ví que los dos pensábamos y sentíamos lo mismo, pero un invencible sentimiento de amor propio me obligaba á pasar de largo.

—Nikolenka!—exclamó entonces mi hermano con voz perfectamente natural, sin la menor inflexión patética;—basta de malas caras, perdóname si te he agraviado...

Y me alargó la mano.

Algo que no sé de fijo lo que fuese empezó á subirme de lo más hondo, me comprimó el pecho y aún dificultóme la respiración; pero fué cosa de un segundo, aparecieron las lágrimas á mis ojos y me sentí de pronto como aligerado de un gran peso.

—Perdó... na... me, Vo... lodia!—dije llorando y apretando fuertemente su mano.

Volodia entonces sonrióse y me miró cómo si no acertase á comprender el motivo de mis abundantes lágrimas.

ritu rehuye todo trabajo serio y dejándose llevar de la imaginación busca impresiones nuevas de cualquier clase que sean; en uno de esos momentos, pues, salí de la clase sin objeto alguno y sin poner atención en nada empecé á bajar la escalera... Alguien subía, y como es natural quise saber quien era; pero de pronto cesó el rumor de los pasos y oí la voz de Macha que decía: «Vaya, estad quieto, no hagáis tonterías... Si acertara á bajar María Ivanovna!» — «No bajará, no temas», oí que decía quedamente la voz de Volodia; después llegaron hasta mí los rumores de una pequeña lucha, como si mi hermano quisiese retener á la muchacha contra su voluntad, y oí distintamente estas palabras: «Pero dónde metéis las manos, señor? No os da vergüenza!» Y entonces Macha, desarreglado el pañuelo, bajo el cual se descubría la blanquísima y fuerte garganta, hasta el nacimiento de los pechos, pasó corriendo por delante de mí.

No puedo decir cuánta ni cuál extrañeza produjo en mí este suceso inesperado; y no obstante, esta extrañeza dejó pronto lugar á una gran simpatía por el acto de Volodia. Yo no me extrañaba en realidad de su acto, sino más bien de que hubiese llegado á comprender, antes que yo, que obrar de aquel modo era cosa agradable, é involuntariamente le quise imitar.

Desde aquel día me pasé horas enteras en el descansillo de la escalera, sin idea determinada, escuchando atentamente los menores ruidos, dispuesto á imitar á Volodia, pero sin hallar el momento oportuno, aunque lo deseaba con verdadero ardor; á veces, escondido tras la puerta, y lleno el corazón de celosa envidia, me pasaba largas horas escuchando los rumores que se producían en el cuarto de las criadas y surgía en mi cerebro esta idea: «Qué sucedería si me fuese ahora arriba y quisiese, como Volodia, besar por fuerza á Macha?... Qué contestaría yo si al ver mi gran nariz y mis erizados cabellos, me dijera despreciativamente la muchacha: Qué es lo que queréis?»

No pocas veces también oí á Macha decir á Volodia: «Vaya



VI

Macha

ENTRE los grandes cambios que se operaron en mi manera de ver las cosas, ninguno me sorprendió tanto como aquel en virtud del cual dejé de ver en una de nuestras criadas á la sirvienta, para empezar á ver en ella á la *mujer* de quien quizás dependiera, hasta cierto punto, mi sosiego y mi dicha.

Recuerdo haber visto siempre en casa á la criada Macha, y nunca, hasta llegar la ocasión que hizo cambiar por completo mi manera de mirarla, y que voy á contar ahora, me había yo fijado lo más mínimo en ella. Macha tenía unos veinticinco años cuando tenía yo catorce, y era muy hermosa, aunque no me atreveré á describirla, por miedo de que mi imaginación no me represente ahora con exactitud la imagen tal vez engañosa que me había yo formado de aquella mujer al tiempo que nacía mi pasión. Para no incurrir en error, diré tan sólo que era imponderablemente blanca, bien desarrollada, que era una mujer y que yo tenía catorce años.

En uno de esos momentos en que, con el libro en la mano, se pasea uno por el cuarto poniendo toda la atención en no pisar las juntas del piso, ó en que se tararean motivos sin hilación ninguna, ó bien en que pinta uno sobre la mesa líneas sin la menor significación, en una palabra, en uno de esos momentos en que el espí-

un castigo que Dios me ha dado, siempre persiguiéndome... Pero, ¿qué queréis de mí?... Dejadme en paz. ¿Cómo es que Nikolai Petrovitch no me atormenta con semejantes tonterías?»

Pero ella no sabía que Nikolai Petrovitch, en aquel mismo momento se hallaba escondido en la escalera, dispuesto á dar todo lo mejor del mundo por hallarse siquiera un minuto en el lugar de Volodia.

Yo era de un natural tímido, pero mi timidez aumentaba todavía con la conciencia que tenía de mi poco gracioso semblante. Estoy convencido de que nada tiene mayor influencia sobre la dirección del hombre en el mundo que las cualidades de su físico, y menos aun estas cualidades que su propia convicción de que posee un rostro agraciado ó de que no lo posee.

Pero yo tenía también demasiado amor propio para conformarme con mi situación, y me consolaba como hace la zorra, cuando no puede alcanzar la fruta, convenciéndose á sí misma de que está verde aun, ó lo que es lo mismo: me esforzaba por despreciar todas las ventajas que procura un hermoso rostro, pero en realidad envidiando con toda el alma á Volodia por el placer que, según mi opinión, le procuraba su bella fisonomía, y así yo me esforzaba con todas las energías de mi espíritu y de mi imaginación para hallar placer en mi orgullosa soledad.



VII

Los terribles perdigones

DIOS mío! pólvora aquí!...—exclamó Mimi con voz que la emoción sofocaba.—¿Qué hacéis? Queréis volar la casa y matarnos á todos?

Y con expresión de una intrepidez indescriptible, Mimi gritó que nos apartáramos todos, y con paso resuelto y recogiendo las faldas acercóse á un montoncito de perdigones que habíamos dejado en el suelo y con los cuales jugábamos, y empezó á pisarlos con sus talones. Cuando creyó todo peligro pasado, llamó á Mikhei y le ordenó que recogiese toda aquella pólvora y la arrojase lejos, ó bien que la echase al agua, para alejar todo riesgo, y moviendo majestuosamente la cabeza se dirigió hacia el salón murmurando: «Suerte que se les vigila bien».

Cuando entramos con papá en el cuarto de nuestra abuela, ya estaba allí Mimi, sentada junto á la ventana, con una expresión que me pareció asaz misteriosa, mirando, con toda su severidad pintada en los ojos, hacia la puerta. Tenía algo en la mano, envuelto en un papel, pareciéndome que serían los famosos granos de plomo, la *terrible pólvora* como la llamó Mimi, y también me pareció que lo sabía ya todo la noble anciana.

En el momento en que entramos estaba también con nuestra abuela la camarera Gacha, quien á juzgar por lo rojo que tenía el rostro é hinchados los ojos, debía estar muy irritada, y además el

doctor Blumenthal, un hombre pequeño y delgaducho, que se esforzaba en vano por calmar á la sirviente, haciéndole con la mirada y con la cabeza signos misteriosos de pacificación.

Nuestra abuela estaba sentada un poco de través y con la punta de los dedos se entretenía en golpear el brazo del sillón, lo cual era en ella signo de una malísima disposición de espíritu.

—Cómo os sentís hoy, mamá? Habéis dormido bien?—preguntóle papá besando respetuosamente su mano.

—Muy bien, querido; no ignoráis, paréceme á mí, que me llevo siempre perfectamente bien,—contestó mi abuela en el mismo tono en que hubiera podido hablar si la pregunta de papá hubiese estado fuera de lugar y aún ofensiva.—A ver, queréis darme un pañuelo limpio?—continuó dirigiéndose á Gacha.

—Ya os lo he dado,—respondió la criada, señalando con el dedo un pañuelo de batista blanco como la nieve, que estaba colocado en el brazo del sillón.

—Quitad de ahí ese trapo sucio, y dadme, si queréis, un pañuelo limpio.

Gacha se fué al armario y abrió uno de sus cajones, pero lo hizo con tanta fuerza que los cristales de las ventanas temblaron. Nuestra abuela nos miraba á todos con gran severidad y no perdía uno solo de los gestos de la sirviente. Y cuando ésta le hubo entregado, parecióme á mí, el mismo pañuelo de antes, aunque habiendo fingido que lo cambiaba, mi abuela le dijo con mucha sequedad.

—Cuándo me picaréis un poco de tabaco, querida?

—Cuando tenga tiempo.

—Qué decís?

—Digo que lo picaré hoy mismo.

—Si no queréis servirme, querida, sería mejor decírmelo, y haría ya mucho tiempo que os hubiese arrojado de esta casa.

—Hacedlo, yo os aseguro que no lloraré por ello,—murmuró á media voz la criada.

Entonces empezó el doctor á hacerle nuevos signos con los ojos, pero le miró ella con tan irritada expresión que el pequeño hombre se volvió al otro lado y disimuló empezando á jugar con la llavecita del reloj que llevaba colgada en el chaleco.

—Ya lo veís, querido,—dijo mi abuela dirigiéndose á papá, mientras la criada, murmurando todavía, abandonaba la estancia.

—Ya veis cómo se me habla en mi propia casa.

—Permitidme, mamá; yo mismo os picaré el tabaco,—hizo papá, no sabiendo como salir del paso ante el inesperado apóstrofe de la anciana.

—No, os lo agradezco; pero sabed que si se muestra tan grosera es porque sabe que nadie más que ella tiene traza para picarme el tabaco cómo á mi me gusta. Ya sabéis, querido,—continuó diciendo mi abuela después de un corto silencio—que por un poco más vuestros hijos hacen saltar hoy la casa, y con ella á todos nosotros?

Papá se quedó mirando á mi abuela con una respetuosa curiosidad, cómo aguardando á que le explicase lo que no entendía.

—Oh! sí... ved con qué estaban no há mucho jugando. Enseñadlo...—añadió dirigiéndose á Mimi.

Papá tomó en sus manos el paquete de perdigones que le alargaba Mimi y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Pero si esto son granitos de plomo, mamá, y no ofrecen el menor peligro.

—Querido, os agradezco mucho la lección que acabáis de darme; pero considerad que soy ya muy vieja...

—Los nervios, los nervios! murmuró en voz bajísima el doctor.

Y enseguida se dirigió papá á nosotros.

—De dónde habéis sacado esto? Y cómo os atrevéis á jugar con estas cosas?

—No se lo preguntéis á ellos, preguntad más bien al *diatka* en qué se ocupa,—dijo nuestra abuela pronunciando con gran desprecio la palabra «*diatka*».

—Volodia ha dicho que el mismo Karl Ivanovitch es quien le ha dado esta pólvora,—añadió Mimi.

—Bien, ya veis ahora cuán perfectamente se porta ese *diatka*,—continuó mi abuela.—Dónde está ahora ese... *diatka*? Cómo le llaman? Decidle que se presente.

—Le he dado permiso para que saliese á hacer algunas visitas,—dijo papá.

—No es una razón, pues debiera estar siempre aquí. No son míos estos niños, sino vuestros, y no tengo derecho para daros consejos, pues sois más sabio que yo,—prosiguió diciendo con mal disimulado desdén nuestra abuela,—mas paréceme que es tiempo ya de que esté á su lado un verdadero preceptor y no un *diatka*, un campesino alemán, que nada puede enseñarles sino es muy groseros modales y canciones tirolesas, y ya comprendéis que es



cosa muy importante que sepan los niños canciones tirolesas. Por lo demás, no hay *ahora* nadie que pueda pensar en estas cosas, y vos haréis cómo mejor os plazca.

La palabra *ahora* significaba: «puesto que ya no existe su madre», y esta sola palabra suscitó tan tristes recuerdos en el corazón de nuestra abuela que lentamente bajó la cabeza sobre la tabaquera del retrato en miniatura y se quedó pensativa.

—Hace ya mucho tiempo que pienso en esto,—se apresuró á decir papá—y aún tenía intención de pedir os consejo, mamá; creéis que sería buena idea llamar á Saint-Jerôme para que diese á los niños lecciones de buena sociedad?

—Harás perfectamente, amigo,—contestó mi abuela, dejando de pronto el desabrido tono en que había estado hablando hasta entonces.—Saint-Jerôme es cuando menos un verdadero preceptor, capaz de comprender cómo es necesario dirigir á niños de una buena casa, lo que no hará nunca un simple diatka, que apenas si puede hacer más que sacarlos á paseo.

—Mañana mismo le hablaré,—dijo papá.

Y en efecto, dos días después de esta memorable conversación, el pobre de Karl Ivanovitch dejaba el puesto á un joven y elegantísimo preceptor francés.

VIII

Historia de Karl Ivanovitch

Muy avanzada ya la noche del último día que Karl Ivanovitch pasó con nosotros, se hallaba éste junto á su cama, con su gran bata y el gorro encarnado con la famosa borla, arreglando la maleta y metiendo en ella sus escasos bienes.

La conducta de Karl Ivanovitch con nosotros, durante los últimos tiempos, se hizo singularmente seca y aún áspera, pareciendo que evitaba toda íntima relación con nosotros. Así, no me extrañó que al entrar yo en su cuarto, me mirase de reojo y continuase como si tal cosa su trabajo. Me eché sobre la cama, y Karl Ivanovitch que me lo había siempre prohibido, no me dijo entonces nada, y la idea de que ya no nos reñiría más, de que pronto no habría ya nada de común entre nosotros, me recordó bruscamente la separación próxima; esto me



entristeció y aun más la idea de que pudiese dejar de querernos, y me entraron ganas de expresarle este sentimiento mío.

—Me permitis que os ayude, Karl Ivanovitch?—dije de pronto acercándomele.

Karl Ivanovitch me miró y de nuevo apartó la vista, como preocupado por lo que estaba haciendo; pero en la rápida mirada que lanzó sobre mí, pude leer, no la indiferencia precisamente, que es por lo que yo interpretaba su frialdad con nosotros, sino una profunda y concentrada tristeza.

—Dios lo ve todo y lo sabe todo, en todo está su santa voluntad,—dijo despacio é irguiéndose tan alto como era, mientras exhalaba un profundísimo suspiro.—Sí, Nikolénka,—continuó diciendo al observar la expresión de verdadera simpatía con que yo le miraba,—ha sido mi suerte la de un ser desgraciado desde la misma infancia hasta tocar á las losas de la sepultura. Se me ha pagado siempre con mal el bien que he hecho á los hombres, por lo que mi recompensa no está aquí abajo, sino allá arriba—dijo señalando con el dedo el cielo.—Si conocieseis mi historia y todo lo que he sufrido en esta vida!... He sido zapatero, he sido soldado, he sido *desertor*, he sido fabricante, he sido preceptor, y ahora soy *cero*, y no tengo tampoco, como no tenía el Hijo de Dios, donde descansar la cabeza,—dijo y cerrando los ojos se dejó caer aplomado en el sillón.

Al notar en Karl Ivanovitch esta especie de humor sentimental en cuyo periodo, sin fijarse en la clase de auditores que tenía, expresaba para sí mismo los más íntimos pensamientos, me senté en la cama en silencio, y no aparté ya los ojos de su bondadosa figura.

—Ya no sois un niño y podéis comprenderme. Os contaré hoy mi historia y todo lo que he padecido en esta vida. Día vendrá en que recordaréis al viejo amigo que tanto y tan bien os ha amado, niños!

Karl Ivanovitch se puso de codos en la mesa que estaba junto á él, tomó pausadamente un polvo, y levantando los ojos al cielo, con aquella monótona voz de garganta que solía tomar para hacernos el dictado, comenzó su relación con estas palabras:

—*Fué desdichado ya desde el seno mismo de mi madre!...*—Y repitió esta frase en lengua alemana, dándole la misma expresión exactamente, cosa que fué repitiendo con frecuencia en el curso de su narración, siempre que decía alguna cosa de sentido capital y profundo.

Cómo Karl Ivanovitch me ha contado más de una vez su

historia, y siempre por el mismo orden, siempre con las mismas palabras y con las mismas entonaciones de voz, espero poderla repetir aquí casi palabra por palabra. Era aquello su historia realmente ó era producto de su fantasía, nacida en su mente cuándo la solitaria vida hecha en nuestra casa, y en la que él mismo llegó quizás á creer de veras á fuerza de repetirla, ó bien se limitaba á adornar con hechos fantásticos los reales acontecimientos de su existencia? Hoy por hoy no sabré decirlo. Por un lado, contaba su historia con tan sincero sentimiento y con tan perfecta ilusión,—principales indicios de veracidad—que se le había de creer; por otro lado, había en su historia tantos aspectos puramente poéticos que bien podían suscitar la duda.

—En mis venas corre la noble sangre de los condes de Sommersblatt.—Y repitió esta misma frase en lengua alemana.—Nací seis semanas después del matrimonio. El marido de mi madre, á quien yo llamaba papá, era colono en casa de los condes, y se veía bien que no le perdonaba á mi madre su falta y que á mí no me quería. Tuve un hermano más pequeño y dos hermanas, pero yo era como un extraño en mi propia familia. Siempre que mis hermanitos hacían alguna de las suyas, exclamaba mi padre: «Con ese tonto de Karl no tendremos nunca un momento de tranquilidad». Y me reñían y me castigaban. Cuando las dos niñas se querellaban entre sí, papá decía: «Ese Karl no será jamás un niño obediente». Y me reñían y me castigaban. Únicamente mi buena madre me quería y me acariciaba. Con frecuencia me decía: «Ven, Karl, á mi cuarto», y una vez allí me besaba y me decía palabras dulces: «Pobre Karl; decíame, nadie te quiere, pero yo no te cambiaría por nadie ni por nada del mundo. Sólo una cosa te pide tu madre: que aprendas mucho y que seas siempre un hombre honrado, con esto sólo Dios no te abandonará!» Así traté de hacerlo.

»Cuando hube llegado á los catorce años, y pude hacer mi primera comunión, mi madre dijo á papá: «Karl es ya un hombre; qué hacemos de él?» «No lo sé» dijo papá, y mamá replicó: «Podríamos enviarlo á la ciudad, en casa del señor Schultz, para que aprendiese el oficio de zapatero», y papá dijo: «Está bien». Seis años y siete meses estuve en la ciudad en casa del señor Schultz y el zapatero llegó á quererme. Con frecuencia decía: «Karl es un buen trabajador y será pronto mi asociado». Pero el hombre propone y dispone Dios... En 1796 se hicieron quintas, y todos los que podían servir en el ejército, desde los diez y ocho á los veinte años, venían obligados á presentarse y reunirse en la ciudad.

»Papá y mi hermano vinieron á la ciudad y juntos fuimos al

sorteo... Mi hermano sacó un mal número, le tocaba ser soldado. Yo saqué un número bueno, yo no debía ser soldado. Y dijo papá: «No tengo más que un hijo y he de separarme de mi hijo!»

»Yo entonces le tomé la mano y le dije: «Por qué decís esto,

papá? Venid conmigo, pues yo tengo algo que deciros». Y papá vino y juntos nos sentamos á la mesa, en una taberna de la ciudad, y yo pedí un poco de cerveza, y nos la trajeron, y bebimos todos; mi hermano bebió también.



»Papá, empecé yo diciendo, por qué habéis dicho que no tenéis sino un hijo y que os tendréis que separar de él?... Mi corazón quiere salirse del pecho cuando esto oigo. Mi hermano no será soldado, porque yo seré soldado por él... Karl no hace aquí falta á nadie, y Karl será soldado!...»

—«Vos sí que sois un hombre honrado, Karl Ivanovitch», dijo papá, y me besó en la frente.

»Y yo fui soldado!»

IX

Continúa la historia de Karl Ivanovitch

ERA entonces un tiempo terrible, Nikolenka—continuó diciendo Karl Ivanovitch.—Napoleón andaba por el mundo; quería conquistar Alemania, y nosotros defendimos la patria hasta la última gota de nuestra sangre! Estuve en Ulm! Estuve en Austerlitz! Estuve también en Wagram!...

—De modo que habéis hecho la guerra también?—dije yo mirándole con gran extrañeza.—Habéis matado también hombres?

Karl Ivanovitch me tranquilizó enseguida respecto á este punto.

»Una vez, un granadero francés que se quedó algo atrás, perdiendo casi de vista á los suyos, se cayó del caballo y quedó tendido en medio del camino. Corrí hacia él y levanté el fusil para atravesarle el pecho, pero el francés tiró lejos sus armas y con voz plañidera me pidió perdón... y lo dejé!

»En Wagram, Napoleón logró encerrarnos en una especie de islote y supo rodearnos tan bien, que no nos quedó medio ninguno de salvación. Durante tres días estuvimos sin víveres y además con el agua hasta las rodillas. El maldito Napoleón ni pensaba al parecer en apoderarse de nosotros ni nos dejaba libres.

»El cuarto día, sin duda por haberse apiadado Dios de nosotros, nos hizo Napoleón prisioneros y se nos condujo á una fortaleza. Yo llevaba un hermoso pantalón azul, un magnífico uniforme, un reloj

sorteo... Mi hermano sacó un mal número, le tocaba ser soldado. Yo saqué un número bueno, yo no debía ser soldado. Y dijo papá: «No tengo más que un hijo y he de separarme de mi hijo!»

»Yo entonces le tomé la mano y le dije: «Por qué decís esto,

papá? Venid conmigo, pues yo tengo algo que deciros». Y papá vino y juntos nos sentamos á la mesa, en una taberna de la ciudad, y yo pedí un poco de cerveza, y nos la trajeron, y bebimos todos; mi hermano bebió también.



»Papá, empecé yo diciendo, por qué habéis dicho que no tenéis sino un hijo y que os tendréis que separar de él?... Mi corazón quiere salirse del pecho cuando esto oigo. Mi hermano no será soldado, porque yo seré soldado por él... Karl no hace aquí falta á nadie, y Karl será soldado!...»
—«Vos sí que sois un hombre honrado, Karl Ivanovitch», dijo papá, y me besó en la frente.

»Y yo fui soldado!»

IX

Continúa la historia de Karl Ivanovitch

ERA entonces un tiempo terrible, Nikolenka—continuó diciendo Karl Ivanovitch.—Napoleón andaba por el mundo; quería conquistar Alemania, y nosotros defendimos la patria hasta la última gota de nuestra sangre! Estuve en Ulm! Estuve en Austerlitz! Estuve también en Wagram!...

—De modo que habéis hecho la guerra también?—dije yo mirándole con gran extrañeza.—Habéis matado también hombres?

Karl Ivanovitch me tranquilizó enseguida respecto á este punto.

»Una vez, un granadero francés que se quedó algo atrás, perdiendo casi de vista á los suyos, se cayó del caballo y quedó tendido en medio del camino. Corrí hacia él y levanté el fusil para atravesarle el pecho, pero el francés tiró lejos sus armas y con voz plañidera me pidió perdón... y lo dejé!

»En Wagram, Napoleón logró encerrarnos en una especie de islote y supo rodearnos tan bien, que no nos quedó medio ninguno de salvación. Durante tres días estuvimos sin víveres y además con el agua hasta las rodillas. El maldito Napoleón ni pensaba al parecer en apoderarse de nosotros ni nos dejaba libres.

»El cuarto día, sin duda por haberse apiadado Dios de nosotros, nos hizo Napoleón prisioneros y se nos condujo á una fortaleza. Yo llevaba un hermoso pantalón azul, un magnífico uniforme, un reloj

de plata, regalo de papá, y quince thalers, de todo lo cual se apoderaron los soldados franceses. Por dicha mía, tres luises que mi madre me había dado los tenía cosidos en mi ropa interior, y no me los encontró nadie.

»Pero yo no quise estarme mucho tiempo en la fortaleza y me decidí á buscar los medios para huir. Un día que era no sé qué gran fiesta, dije al sargento de guardia: «Señor sargento, hoy es



gran fiesta y yo la quiero celebrar; traed, si queréis, dos buenas botellas de *madera*, yo lo pago, y nos las beberemos en buena compañía». El sargento dijo: «Está bien», y trajo las botellas; cuando hubimos bebido juntos un par de tragos, le tomé la mano y estrechándosela con efusión le dije: «Señor sargento, vos tenéis también quizás un padre y una madre...» «En verdad que sí, señor Mayer», dijo el sargento. «Mi padre y mi

madre, proseguí diciendo, no me han visto desde hace ocho años, ni siquiera saben si estoy vivo ó si mis huesos yacen ya bajo la tierra húmeda. Oh! señor sargento, dos luises tengo secretamente guardados... Vuestros serán si me dejáis partir. Sed mi bienhechor ahora, y mamá, mientras viva, rogará por vos al Señor todopoderoso!

»El sargento bebió otro vaso de vino, y dijo: «Señor Mayer, yo os quiero mucho y os compadezco; pero vos sois un prisionero y yo soy un soldado». Yo estreché su mano, y dije: «Señor sargento!...» El sargento repuso: «Vos sois pobre y yo no tomaré vuestro dinero, pero os ayudaré. Cuando yo me haya ido á dormir, comprad una buena botella de aguardiente para los soldados: ellos beberán y se dormirán, yo os doy palabra de que no veré nada.»

»Era un buen hombre. Compré el aguardiente y cuando estuvieron borrachos los soldados, tomé mis botas, una manta vieja que tenía, y tan quietamente cómo pude salí fuera. Me dirigí hacia las murallas y quise saltar, pero había en los fosos mucha agua y no quise echar á perder mi único vestido, por lo cual me dirigí hacia la puerta.

»El centinela se paseaba por delante de la puerta con el fusil al hombro, y gritó: *Quién vive!* por la primera vez. Yo me callé, y el centinela dijo: *Quién vive!* por segunda vez. Yo me callé también y entonces el centinela por la tercera vez gritó: *Quién vive!* En aquel punto yo me tiré abajo de la muralla, atravesé el foso y empecé á correr...

»Durante toda la noche corrí siguiendo la carretera, y temiendo que pudiesen reconocermé, me escondí en medio de los altos bosques. Allí me arrodillé, junté las manos y dí gracias al Padre del Cielo por haberme salvado, y ya completamente tranquilo me dormí...



»Al llegar la noche desperté y me fui más lejos. De pronto ví avanzar por el mismo camino que yo seguía

un gran carro alemán tirado por dos caballos negros, el cual me alcanzó enseguida. En el carro iba un hombre muy bien vestido, fumando su pipa, y al cruzarse conmigo me miró largamente. Yo probé de acortar el paso para que el carro me avanzase pronto, pero cuanto más despacio caminaba yo más también acortaba su marcha el maldito carro, y el hombre que en él iba no cesaba de mirarme. Me puse á andar más aprisa y el carro también anduvo más aprisa, y el hombre mirándome siempre. Me senté entonces al borde del camino, y el hombre hizo parar el carro, sin dejar un punto de mirarme: «Joven, dijo entonces, á dónde vais tan tarde?» Yo contesté: «Voy á Francfort». — «Subid á mi carro, hay sitio sobrado y os llevaré hasta allá... Pero, decidme: por qué no lleváis equipaje ninguno, por qué no vais afeitado, y por qué lleváis el traje lleno de polvo y barro?» — Todo eso me preguntó apenas me vió sentado á su lado. «Soy un pobre hombre, le dije, y voy á la ciudad en busca de trabajo, no importa cuál, y llevo el traje lleno de barro porque me he caído en el camino». — «No me decís toda la verdad, joven; el camino está completamente seco en estos tiempos». — Yo me callé. — «Decidme la verdad, prosiguió luego el buen hombre; quién sois y á dónde vais? Vuestra presencia me ha interesado, y si sois de veras un hombre honrado, yo os ayudaré».

»Entonces se lo conté todo, y el buen hombre dijo: «Excelente joven, os vendréis conmigo á mi fábrica de cuerdas, os daré

trabajo allí, os daré dinero, podréis compraros vestidos y viviréis en mi casa». — Yo dije: «Está bien».

»Llegamos á la fábrica de cuerdas y el buen hombre dijo á su mujer: «Ahí tienes á un joven que ha combatido por su patria; hecho prisionero, ha logrado escaparse, y ahora no tiene ni vestidos, ni pan, ni casa, y vivirá con nosotros. Dale enseguida ropa limpia y algo que comer».

»Estuve en la cordelería cosa de un año y medio, y me quería tanto mi patrono que de ningún modo me dejaba partir. Era muy bueno para mí. Yo era entonces un buen mozo, joven, de elevada estatura, ojos azules, nariz romana... y la señora L... (no puedo decir su nombre) la esposa de mi patrono era joven también y muy bella... y me amó.

»Un día me vió á solas y me dijo: «Señor Mayer, cómo os llamaba vuestra madre?— Yo dije: «Karlchen».

»Y entonces ella dijo: «Karlchen, sentaos aquí, á mi lado».

»Me senté donde me ordenaba y me dijo: «Karlchen, dadme un beso».

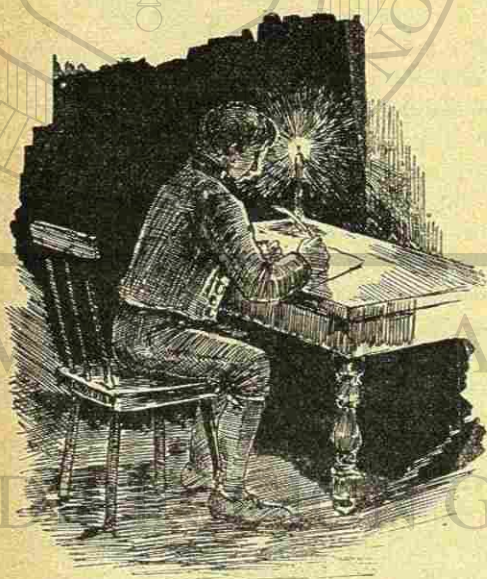
»Yo la besé y ella dijo entonces: «Karlchen, yo os amo con todo

el corazón, y no puedo ya más...» Y diciendo esto temblaba toda».

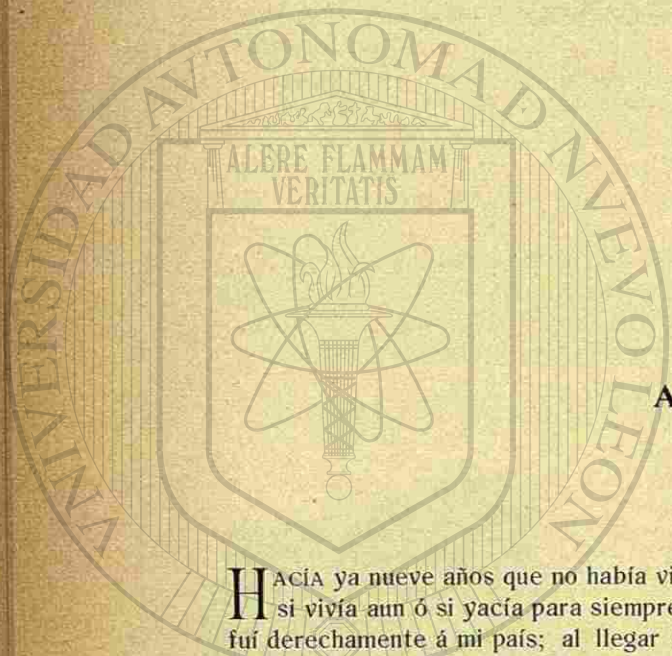
En este punto hacía siempre Karl Ivanovitch una larga pausa, movía de un lado á otro sus azules ojos, inclinaba ligeramente hacia atrás la cabeza y se sonreía como se sonríe bajo la influencia de un recuerdo muy agradable.

»Sí, decía luego arreglándose en el sillón y arreglándose los pliegues de la bata, en mi existencia ha habido mucho malo y mucho bueno, y ahí está el testimonio de lo que digo, añadió se-

ñalando una imagen del Salvador, bordada sobre seda y colgada en la cabecera de su cama; nadie puede decir que Karl Ivanovitch



sea un mal hombre! No quise pagar con una ingratitud el bien que se me había hecho en casa del cordelero y decidí abandonarla secretamente. Por la noche, cuando se hallaban ya todos durmiendo, escribí una carta dirigida á mi patrono, la dejé sobre la mesa de mi cuarto, tomé mis ropas con tres thalers de plata que tenía ahorrados, y sin que nadie me sintiese, me salí á la calle. Nadie me había visto ni oído y emprendí en medio de la noche mi camino».



X

Acaba la historia de Karl Ivanovitch

HACIA ya nueve años que no había visto á mi madre, é ignoraba si vivía aun ó si yacía para siempre bajo la húmeda tierra. Me fui derechamente á mi país; al llegar al pueblo, pregunté por la casa de Gustavo Mayer, antiguo colono del conde de Sommersblatt, y me dijeron: «El conde murió hace tiempo, y Gustavo Mayer vive ahora en tal calle, donde tiene una gran taberna». Me puse un chaleco nuevo y una buena casaca, regalo del fabricante de cuerdas, y me dirigí hacia la taberna de papá. Mi hermana María estaba sentada en el portal de la tienda y me preguntó lo que quería: Yo dije: «Podéis servirme un vasito de aguardiente?» Y la muchacha gritó: «Padre! hay un joven que pide un vasito de aguardiente». Y el padre contestó desde muy adentro: «Sírvele á ese joven lo que pide». Me senté junto á una pequeña mesa, y mientras bebía mi licor y fumaba mi pipa, consideré despacio á papá, á María y á mi hermano Juan, que acababa de entrar en la tienda. Hablando con todos ellos, me dijo de pronto papá: «Sabrísais vos, tal vez, dónde se halla ahora nuestro ejército?»—«Yo vengo precisamente de por allá; se halla ahora cerca de Viena».—«Nuestro hijo era soldado, hizo papá, mas hace ya nueve años que no nos ha escrito una sola línea y no sabemos si está vivo ó muerto. Mi

mujer llora todo el santo día...» Lancé al aire una bocanada de humo y exclamé: «Cómo se llama vuestro hijo y dónde servía? Quizás yo le conozca...»—«Se llama Karl Mayer, y servía en los cazadores austriacos, dijo papá».—«Era de elevada estatura y tan bello como vos», añadió mi hermana María. Yo dije entonces:—«Pues, yo conozco á vuestro Karl».—«Amalia, gritó mi padre, ven, ven enseguida; aquí está un joven que conoce á nuestro Karl!» Y mi querida mamá entró por la puerta del fondo; yo la reconocí inmediatamente. —«Conocéis á nuestro Karl?» dijo mirándome, pálida como una muerta y temblando toda.—«Sí, le he visto...» Y no me atrevía á levantar los ojos sobre ella, pues el corazón se me quería saltar del pecho.—«Mi Karl está vivo! exclamó mamá. Dios sea loado! Dónde está mi Karl? Moriría tranquila, si pudiese volver á ver, una vez siquiera, á mi hijo bien amado; pero Dios no lo quiere!» Y lloró mi madre amargamente; yo no pude más, y exclamé:—«Mamá! Yo soy vuestro Karl»—Y mi pobre madre cayó en mis brazos».



Karl Ivanovitch cerraba los ojos y sus labios temblaban, murmurando en alemán sus últimas frases. Después continuó: «Pero Dios no quiso que yo acabase mis días en mi país; yo estaba destinado á ser infeliz... No estuve en mi casa más que tres meses. Un domingo en el café, mientras bebía mi cerveza y fumaba mi pipa, con un camarada estuvimos hablando largamente de política, del Emperador, de la Guerra, de Napoleón, diciendo cada cual lo que entendía ó sabía. Cerca de nosotros estaba sentado un sujeto con un casacón gris; tomaba café, fumaba y ni una sola vez se mezcló en nuestra conversación. Cuando dió el reloj las diez, tomé mi sombrero, pagué el gasto y me fui á casa. A cosa de media noche llamaron á la puerta. Yo me desperté y dije: «Quién va?»—«Abrid».—Yo dije: «Abriré si me decís quién llama». —«Abrid en nombre de la justicia», dijeron entonces tras la puer-

ta, y yo abrí. Junto á la puerta se quedaron dos soldados y entró en la estancia el sujeto desconocido que estaba en el café. Era un espía! «Seguidme!» dijo el hombre.—«Está bien» yo contesté... me puse las botas, el pantalón, los tirantes, y mientras esto hacía paseábame por el cuarto. Algo removíase en mi corazón, y yo me decía: es un cobarde!... De pronto me acerqué á la pared donde tenía colgado mi sable, lo tomé bruscamente y dije: «Eres un espía, defiéndete!» Di rápidamente un pase á la derecha, otro á la izquierda, y dirigí el tercer golpe sobre la cabeza del mal hombre... El espía cayó á mis pies.



»Tomé mi maleta, el dinero que pude y salté por la ventana... Fui á parar á la ciudad de Ems, en donde conocí al general Sazin. Me llegó á querer muchísimo, y cuando se fué á Rusia, me procuró un pasaporte del Embajador y me llevó consigo para que fuese el preceptor de sus hijos. Cuando el general Sazin murió, me llamó á su casa vuestra madre, y me dijo: «Karl Ivanovitch! A vos os confío mis hijos, amadles y yo no os abandonaré jamás, yo aseguraré el reposo de vuestra ancianidad!» Ahora ya no existe la pobre, y todo se ha olvidado. A cambio de

mis veinte años de fieles y devotos servicios, véome ahora obligado, en mi avanzada edad, á andar errante por las calles en busca de un pedazo de pan duro. Dios lo ve todo, lo sabe todo, y ésta es su santa voluntad! Por vosotros, hijos míos, tengo yo pena...» acabó diciendo Karl Ivanovitch, y cogiéndome una mano me atrajo hacia sí y me besó en la frente.

XI

El primer "Uno"

DESPUÉS de todo un año de severo luto, nuestra abuela se rehizo un poco del gran dolor que la había tan hondamente herido, y empezó, aunque raramente, á recibir algunas visitas, sobre todo niños de nuestra edad, amigos y camaradas nuestros.

El día en que se cumplía el aniversario del nacimiento de Lubotchka, el 15 de diciembre, antes de comer, llegó á casa la princesa Kornakova con sus hijas, la señora Valakhina con Sonitchka, Ilinka Grap y los dos más jóvenes de los Ivine.

Los rumores de las conversaciones, las risas y las idas y venidas de los convidados subían claramente hasta nosotros, pero nosotros no podíamos juntarnos con ellos hasta que no hubiésemos terminado las clases de la mañana. En el cuadro que había en la sala de estudio leíase: *Lunes, de 2 á 3, maestro de historia y de geografía*; y precisamente aquel día nos tocaba aguardar á ese maestro de historia, escuchar su lección y despedirnos de él, antes que pudiésemos quedar libres. Eran ya las dos y veinte minutos y el maestro de historia no parecía por ninguna parte, aunque yo no dejaba de mirar hacia la calle por donde había de venir... con el más ardiente deseo de no verle nunca más.

—Diríase que Lebediev no vendrá hoy, —hizo Volodia, apartando un momento la vista del libro en que estudiaba su lección.

—Hiciéralo Dios... pues yo no sé absolutamente nada. No

ta, y yo abrí. Junto á la puerta se quedaron dos soldados y entró en la estancia el sujeto desconocido que estaba en el café. Era un espía! «Seguidme!» dijo el hombre.—«Está bien» yo contesté... me puse las botas, el pantalón, los tirantes, y mientras esto hacía paseábame por el cuarto. Algo removíase en mi corazón, y yo me decía: es un cobarde!... De pronto me acerqué á la pared donde tenía colgado mi sable, lo tomé bruscamente y dije: «Eres un espía, defiéndete!» Di rápidamente un pase á la derecha, otro á la izquierda, y dirigí el tercer golpe sobre la cabeza del mal hombre... El espía cayó á mis pies.



»Tomé mi maleta, el dinero que pude y salté por la ventana... Fui á parar á la ciudad de Ems, en donde conocí al general Sazin. Me llegó á querer muchísimo, y cuando se fué á Rusia, me procuró un pasaporte del Embajador y me llevó consigo para que fuese el preceptor de sus hijos. Cuando el general Sazin murió, me llamó á su casa vuestra madre, y me dijo: «Karl Ivanovitch! A vos os confío mis hijos, amádelos y yo no os abandonaré jamás, yo aseguraré el reposo de vuestra ancianidad!» Ahora ya no existe la pobre, y todo se ha olvidado. A cambio de

mis veinte años de fieles y devotos servicios, véome ahora obligado, en mi avanzada edad, á andar errante por las calles en busca de un pedazo de pan duro. Dios lo ve todo, lo sabe todo, y ésta es su santa voluntad! Por vosotros, hijos míos, tengo yo pena...» acabó diciendo Karl Ivanovitch, y cogiéndome una mano me atrajo hacia sí y me besó en la frente.

XI

El primer "Uno"

DESPUÉS de todo un año de severo luto, nuestra abuela se rehizo un poco del gran dolor que la había tan hondamente herido, y empezó, aunque raramente, á recibir algunas visitas, sobre todo niños de nuestra edad, amigos y camaradas nuestros.

El día en que se cumplía el aniversario del nacimiento de Lubotchka, el 15 de diciembre, antes de comer, llegó á casa la princesa Kornakova con sus hijas, la señora Valakhina con Sonitchka, Ilinka Grap y los dos más jóvenes de los Ivine.

Los rumores de las conversaciones, las risas y las idas y venidas de los convidados subían claramente hasta nosotros, pero nosotros no podíamos juntarnos con ellos hasta que no hubiésemos terminado las clases de la mañana. En el cuadro que había en la sala de estudio leíase: *Lunes, de 2 á 3, maestro de historia y de geografía*; y precisamente aquel día nos tocaba aguardar á ese maestro de historia, escuchar su lección y despedirnos de él, antes que pudiésemos quedar libres. Eran ya las dos y veinte minutos y el maestro de historia no parecía por ninguna parte, aunque yo no dejaba de mirar hacia la calle por donde había de venir... con el más ardiente deseo de no verle nunca más.

—Diríase que Lebediev no vendrá hoy, —hizo Volodia, apartando un momento la vista del libro en que estudiaba su lección.

—Hiciéralo Dios... pues yo no sé absolutamente nada. No

obstante, helo aquí, paréceme que viene ahora,—exclamé con voz triste.

Volodia se levantó y se acercó á la ventana.

—No, no es él,—dijo—es un señor cualquiera. Aguardemos hasta las dos y media,—prosiguió estirándose y rascándose la cabeza, cosa que hacía siempre que descansaba un momento en su trabajo.—Si no ha llegado á las dos y media, podremos pedirle á Saint-Jerôme que cierré nuestros cuadernos.

—Vamos á ver, qué necesidad tendría de venir hoy?—añadí yo estirándome también y blandiendo por encima de mi cabeza el libro que sostenía con las dos manos.

No sabiendo qué hacer, abrí el libro por la página en que estaba mi lección y empecé distraídamente á leerla. La lección era larga y difícil, no sabía de ella una sola palabra y comprendí enseguida que no lograría retener de la misma una sola sílaba, con mayor motivo hallándome en ese especial estado de enervamiento en que la atención niégase á fijarse en cualquier cosa que sea.

En la última lección de historia, que siempre me pareció la más difícil y la más enojosa de las ciencias, Lebediev se había quejado de mí á Saint-Jerôme, y éste en el cuaderno de notas me había marcado *dos*, lo que era considerado como un mal signo. Saint-Jerôme me dijo entonces que si en la lección siguiente obtenía menos de *tres* sería muy severamente castigado. Y aquel día precisamente estábamos en esa «lección siguiente» y confieso con toda mi franqueza que sentía un gran miedo.

Estaba tan absorbido en recorrer esa lección para mí enteramente desconocida que me sorprendió de pronto, dándome el corazón un gran salto, escuchar rumor de pasos en la estancia próxima y apenas tuve tiempo de volverme que ya ví en el umbral de la puerta el rostro grotesco, repugnante para mí, aunque bien conocido y desagradable, del profesor de historia, con su fraque azul y sus dorados botones de la Universidad.

Dejó el maestro lentamente su sombrero en la repisa de la ventana, los cuadernos sobre la mesa, se levantó con gran cuidado los dos faldones del fraque, como si fuese cosa absolutamente necesaria, y lanzando un gran suspiro se sentó en su sitio acostumbrado.

—Vamos á ver, señores,—dijo frotando una con otra sus dos manos sudorosas—empecemos por recapitular lo que fué dicho en la lección anterior, y después trataré de haceros comprender la continuación de los acontecimientos de la Edad Media.

Esto quería decir: recitad vuestras lecciones.

Mientras Volodia la recitaba con la facilidad y el aplomo de los que se traen bien sabida su lección, yo, sin objeto ninguno y sin saber por qué, me salí hasta el descansillo de la escalera, dónde me hallé sin saber yo mismo cómo había llegado hasta allí. Mas, apenas me había instalado en mi acostumbrado sitio de observación—detrás de la puerta—cuando súbitamente Mimi, que era la causa sempiterna de mis desdichas, se me apareció delante exclamando: «Vos aquí?» y me miró severamente, miró luego hacia la puerta del cuarto de las criadas y volvió á posar en mí su irritadísima mirada.

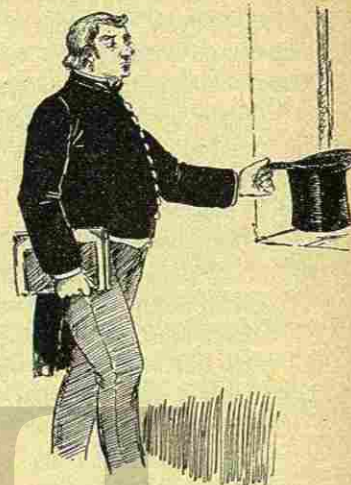
Yo me sentí doblemente culpable, por estar fuera de la clase y por hallarme en sitio que ni era propio ni podía plausiblemente explicar; por todo ello me callé, é inclinando al suelo la cabeza expresé con toda mi persona el más sincero arrepentimiento.—«Pero, esto es inconcebible! exclamó Mimi. Qué hacéis aquí?»—Yo seguí callado.—«No, esto no puede quedar así!» añadió repicando con los dedos en la baranda de la escalera. «Yo se lo diré todo á la condesa».

Eran ya las tres menos cinco cuando volví á mi sitio en la clase. El profesor, como si no hubiese notado ni mi ausencia ni mi presencia, seguía explicando á Volodia la lección correspondiente. Cuando al terminar sus explicaciones empezó á cerrar lentamente el cuaderno, y fué Volodia á buscar en la otra estancia la estampilla, se me ocurrió la agradabilísima idea de que todo había concluído y que por aquel día se habían olvidado de mí. Pero de pronto el profesor, con una maliciosa sonrisa en los labios y dirigiéndose á mí:

—Espero que habréis ya aprendido vuestra lección?—hizo, frotándose las manos.

—Ciertamente,—contesté.

—Entonces, decídmelo algo de la cruzada de San Luis,—dijo balanceándose en la silla y mirándose seriamente la punta de los pies.—En primer lugar me hablaréis de las causas que movieron al Rey de Francia á tomar la cruz,—dijo levantando los ojos y se-



ñalando con el dedo el tintero;— después me explicaréis los rasgos generales y característicos de esta cruzada,—añadió haciendo con la mano un movimiento circular como si quisiese atrapar una mosca en el aire,— y finalmente me hablaréis de la influencia de esta expedición sobre los Estados europeos en general;— dijo golpeando con el cuaderno el borde de la mesa,— y sobre el Estado francés en particular,— concluyó dando un segundo golpe con el cuaderno en la mesa é inclinando la cabeza hacia la derecha.

Tragué varias veces saliva, tosí repetidamente é inclinando por fin á un lado la cabeza me quedé mudo. Después, tomando la pluma que estaba sobre la mesa me puse á hacerla pedazos y continué callado.

—Hacedme el favor, la pluma,—dijo el profesor alargando la mano,— podrá servirnos todavía. Y bien, qué me decís?

—San... San... San Luís era... era un sabio... un sabio y buen rey.

—Cómo decís?

—Un buen rey. Y tuvo la idea de ir á Jerusalén, y entregó entonces las riendas del gobierno á su madre.

—Cómo se llamaba su madre?

—Se llamaba B... Bla... Blanca.

—Cómo Bla-Blanca?

Yo me sonreí estúpidamente.

—Bien, y no habéis podido aun aprender nada más?

Nada tenía yo que perder ya, tosí dos ó tres veces y empecé á decir todo lo que se me vino á la cabeza. El profesor se callaba

y se entretenía en quitar el polvo de la mesa con la pluma que me había tomado de las manos. Me dirigía de vez en cuando miradas furtivas repitiendo: «Bien, muy bien!» Yo veía claramente que no sabía nada, que no decía más que disparates, y sentía al propio

tiempo una gran pena de que el maestro me escuchase en silencio y no me mandase callar.

—Por qué, pues, le vino á San Luís la idea de ir á Jerusalén?

—dijo al fin repitiendo mis propias palabras.



—Para... por... es que...

Me turbé totalmente, me callé y sentí en aquel punto que, aunque me estuviese mirando un siglo entero aquel miserable profesor, yo no podría pronunciar ya una sola palabra.

Así permaneció mirándome el maestro unos tres minutos; después, de pronto, hizo que expresase su rostro una profundísima tristeza y con voz por demás afligida dijo á Volodia, que en aquel punto entraba en la estancia.

—Dadme el cuaderno, voy á poner las notas.

Volodia se lo dió y con gran cuidado dejó también la estampilla al alcance de su mano.

El maestro abrió el cuaderno, con parsimonia hundió la pluma en la tinta y en la columna que correspondía á Volodia escribió un hermosísimo *cinco*; se detuvo entonces un momento, me miró, sacudió la tinta de la pluma y permaneció un instante pensativo.

Enseguida hizo con la mano un gesto imperceptible y en la columna que me correspondía apareció brevemente trazado un magnífico *uno* y un punto luego.

Cerró el maestro con gran precaución el cuaderno de notas, se levantó y se dirigió hacia la puerta, sin dejar entender por su impasibilidad que se hubiese fijado en mi mirada, que á un mismo tiempo expresaba la desesperación, la súplica y el desprecio.

—Mikhail Larionovitch!—dije.

—No,—exclamó él, comprendiendo lo que yo quería sin duda decirle.—No puede aprenderse así, no quiero ser pagado por nada.

El maestro tomó el sombrero, se puso el abrigo y se abrochó con gran cuidado. Cómo si fuese posible ocuparse en tales niñerías después dé lo que acababa de sucederme! A él no le hubiera costado más que un pequeño movimiento de la pluma, lo que para mí significaba la felicidad ó la mayor de las desdichas.

—Ha terminado la clase?—preguntó Saint-Jerôme entrando en la sala.

—Ha terminado,—dijo Volodia.

Y el profesor ha quedado contento de vosotros?

Sí,—contestó también Volodia.

—Qué nota os ha puesto?

—A mí *cinco*.

—Y á Nicolás?

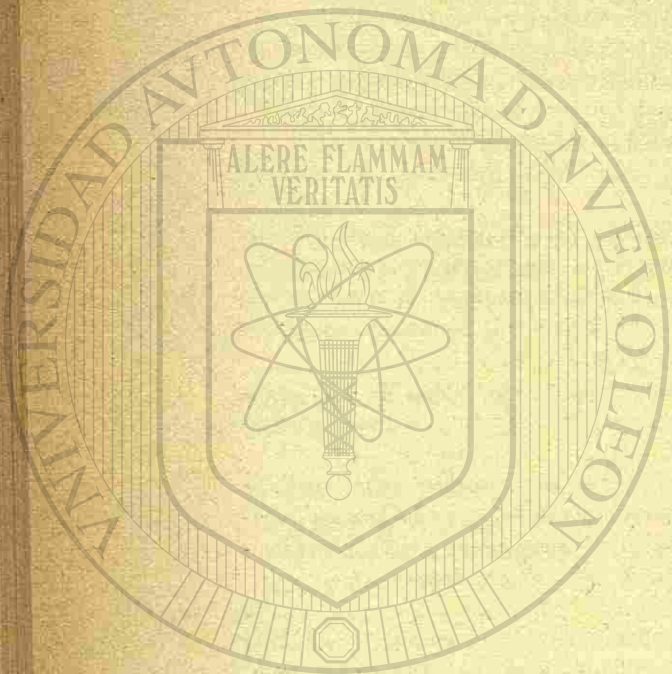
Yo me callé.

—Cuatro, según creo,—hizo Volodia.

Comprendió que era necesario salvarme al menos por aquel día.

Que me castigasen, bueno; pero no en día que teníamos en casa convidados. Y entonces pronunció Saint-Jerôme, en francés, la frase sacramental:

—Vamos á ver, señores; arréglense un poco, y vamos abajo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



XII

La llavecita

A PENAS tuvimos tiempo de saludar á los invitados, que se nos llamó ya á la mesa. Papá estaba muy alegre—desde hacía tiempo ganaba mucho dinero en el juego.—Hizo á Lubotchka el regalo de un magnífico servicio de plata, y mientras comíamos se acordó de que se había dejado olvidada en su habitación una bombonera que había comprado para la fiesta.

—En vez de enviar allá un criado, será mejor que vayas tú, *Cocó*, —me dijo.—Hallarás las llaves en la mesa grande, en la petchina, ya sabes... Con la mayor abrirás el segundo cajón de la derecha, y en él encontrarás una bombonera y un paquete de bombones; te lo traerás todo aquí, deprisita, eh?

—Quieres que traiga también cigarros?—pregunté, sabiendo que siempre, después de comer, enviaba á alguno por ellos.

—Sí, trae también; pero cuidado con hacer ninguna maldad en mi despacho,—me gritó cuando yo salía ya del comedor.

En el lugar indicado encontré las llaves, y me disponía ya á abrir el cajón cuando me entraron ganas de saber qué clase de objeto podría abrir la llave más pequeña que había en el manajo.

Sobre la mesa, entre mil objetos diferentes, había una especie de cartera bordada y cerrada con un pequeñito candado; yo quise saber si la llavecita correspondía al mismo. La experiencia

tuvo un completo éxito. La cartera se abrió y en ella encontré una multitud de papeles y documentos. El instinto de curiosidad me impulsó entonces con tanta fuerza que, sin escuchar la voz de la conciencia, me puse á examinar lo que en la cartera había.

El sentimiento infantil de gran respeto hacia las personas mayores, y en especial hacia mi padre, era en mí tan grande y tan fuerte que mi espíritu se negó involuntariamente á sacar cualesquiera conclusiones de lo que ví en la dicha cartera. Comprendí vagamente que papá viviría en esferas totalmente especiales, para mí desconocidas, muy hermosas tal vez, mas para mí totalmente inaccesibles, de modo que el solo intento de penetrar en los misterios de su vida sería por mi parte una especie de sacrilegio.

He aquí porque los extraordinarios descubrimientos que hice en la cartera de papá, no dejaron en mi inteligencia ninguna idea clara y precisa, aparte de la conciencia amarga de haber obrado mal. Me avergoncé de mí mismo y un gran malestar invadió mi espíritu.

Bajo la influencia de ese sentimiento, quise cerrar cuanto antes la cartera, pero evidentemente me estaba reservado padecer aquel día memorable el mayor número posible de desdichas.

Habiendo introducido la llavecita en el pequeño agujero de la cerradura, la hice girar en sentido contrario y creyendo que había

cerrado — oh, desdicha! — saqué la llave y en mis manos no quedó más que un pedacito de ella; el resto se quedó dentro, y mis esfuerzos fueron inútiles para sacar la otra mitad del interior del candado; hube de conformarme al fin con la horrible idea de que había cometido una nueva falta, un crimen tal vez, que aquel mismo día, apenas volviese papá á su despacho, quedaría descubierto.

«La queja de Mimi, el uno de la lección de historia, y la historia de la llavecita! En verdad que no podía ya suceder-

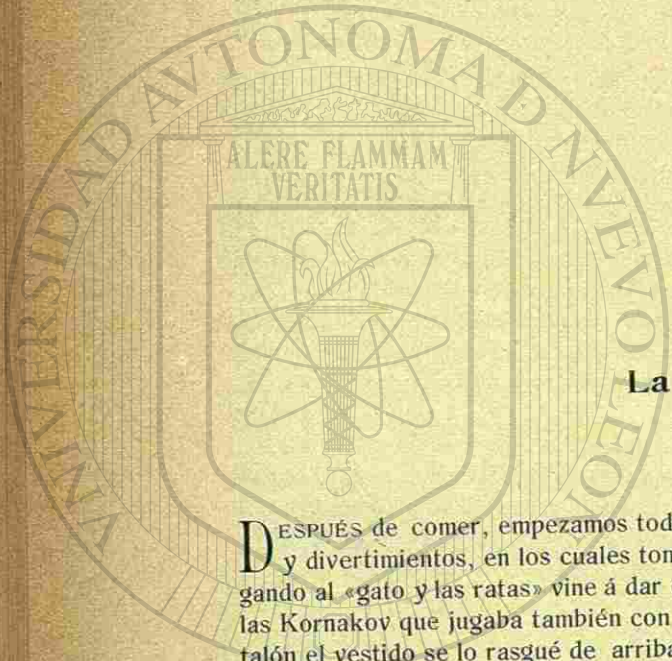
me nada peor. Todos iban á estar en contra mía: abuela por lo de Mimi, Saint-Jerôme por el uno, y papá por la llavecita... Y



todo eso caerá sobre mí antes, sin duda, de que la noche llegue.

«Qué será de mí?... Pero, qué es lo que he hecho, qué es lo que he hecho!...» iba yo diciendo en voz alta mientras daba grandes pasos, que apagaba la mullida alfombra del gabinete. «Bah! pensé luego, sacando del cajón la bombonera y los cigarrillos, *lo que haya de ser será*, no es posible la escapatoria...» y corrí hacia el comedor.

Esta sentencia fatalista, que aprendí de labios de Nikolai cuando era todavía muy pequeño, ha tenido en los momentos más difíciles de mi vida una influencia bienhechora y, siquiera por breves horas, ha obrado como un buen calmante del espíritu. Al entrar en el comedor me sentía un poco nervioso, inquieto, excitado, pero muy alegre.



XIII

La traidora Sonitchka

DESPUÉS de comer, empezamos toda clase de pequeños juegos y divertimientos, en los cuales tomé una parte muy activa. Jugando al «gato y las ratas» vine á dar en mal hora contra el aya de las Kornakov que jugaba también con nosotros y pisándole con el talón el vestido se lo rasgué de arriba abajo. Al ver entonces que á todas las niñas y especialmente á Sonitchka les había causado inmensa alegría el percance y que se reían con verdadero gusto al ver el aire desolado con que la pobre mujer se fué corriendo al cuarto de las criadas para componerse lo mejor que pudiese la rasgada falda, decidí en mi fuero interno proporcionarles por segunda vez el mismo extraordinario placer. Y así, apenas hubo el aya vuelto al salón, de nuevo empecé á galopar entorno de ella, y continué mis mal intencionadas evoluciones hasta el momento favorable de coger otra vez con mi talón sus faldas y rasgárselas de nuevo. Sonitchka y las princesas podían apenas tenerse la risa, lo cual halagaba en grande mi amor propio. Pero Saint-Jerôme, que había ya averiguado indudablemente todas mis maldades, se me acercó y frunciendo las cejas—cosa que yo no podía sufrir—me dijo que le parecía que estaba yo muy alegre, pero que no era con seguridad para nada bueno, y que si no trataba de reportarme un poco me haría arrepentir por ello, aún siendo día de fiesta.

Pero yo me sentía en el estado de enervamiento propio de un hombre que ha perdido más de lo que lleva en el bolsillo y que, con gran miedo de pasar cuentas, continúa tirando de las cartas sin esperanza ninguna de hacer paces, tan sólo para no darse ni el tiempo de reflexionar.

Me sonreí insolentemente y me alejé.

Después de «el gato y los ratones» no sé quien organizó un juego de cuyo nombre no tengo ya memoria; consistía en poner dos hileras de sillas, una enfrente de la otra, se dividían en dos grupos niños y niñas y cada cual iba eligiendo por turno su pareja. La más joven de las princesas escogía todas las veces al más joven de los Ivine; Katenka tomaba á Volodia ó á Ilinka, y Sonitchka elegía siempre á Serioja, y con gran sorpresa mía no mostraba la niña el menor indicio de rubor, cuando venía Serioja rectamente hacia ella y se sentaba á su lado; al revés, ella se reía entonces con su gran risa sonora y le hacía con la cabeza signos que él sin duda comprendía bien.

En cuanto á mí, no tenía quien me eligiese. Sintiéndome profundamente herido en mi amor propio, comprendí que estaba de más, que era *un sobrante*, pues al preguntar, cada vez que se acababa el juego: «Quién queda todavía?» alguien contestaba invariablemente: «Queda Nikolenka; tómale tú». He aquí porque cada vez que me tocaba á mí salir, me iba yo directamente ó hacia mi hermana ó hacia alguna de las más feas princesas, y desdichadamente para mí no me engañaba nunca. Parecía Sonitchka tan ocupada en hacerse signos con Serguei Ivine que no reparaba siquiera en mi presencia. Entonces la llamé mentalmente *traidora*, no sé todavía por qué, pues nunca me había prometido nada, y menos que me eligiría á mí en vez de Serioja... No obstante, estaba yo firmemente convencido de que obraba conmigo de la manera más vergonzosa.

Terminado el juego, observé que la *traidora*, á quien yo despreciaba ya, pero de la cual no acertaba á separar mis ojos, se alejaba hacia un rincón de la sala con Serioja y con Katenka,



discutiendo misteriosamente algo entre ellos. Yo procuré deslizarme sin que me viesen tras el piano, para sorprender su gran secreto. He aquí lo que ví entonces: Katenka sostenía por las dos puntas un pañuelo de batista y á guisa de *paravent* cubría las cabezas de Serioja y de Sonitchka: «No, no; habéis perdido y es necesario que paguéis!» decía Serioja, mientras Sonitchka se mantenía ante él en actitud de un gran culpable, con las manos caídas y rojas como la cereza las mejillas, diciendo: «No es verdad, no he perdido; que lo diga Katenka!» Y Katenka dijo: «Yo amo la verdad; vos habéis perdido, querida!»

Apenas hubo Katenka pronunciado estas palabras que Serioja se inclinó un poco y besó á Sonitchka... así, como lo digo: la besó en sus pequeñísimos labios rojos, y Sonitchka se reía como si no fuese nada aquello, como si fuese una cosa muy natural y muy alegre!... Ah! la gran traidora!



XIV

Mi gran extravío

EN aquel mismo punto sentí un gran desprecio por todo el sexo femenino en general, y en particular por la traidora Sonitchka, y empecé á esforzarme para persuadirme á mí mismo de que no había nada alegre ni hermoso en sus ojos, ni en su boca, ni en sus cabellos; y me entraron ganas entonces de hacer algo que fuese sonado, atrevido, que sorprendiese á todo el mundo. Poco tardó la ocasión en presentarse.

Saint-Jerôme, después de haber estado un rato hablando con Mimi, salió de la estancia; el rumor de sus pasos se escuchó primero en la escalera, después en el piso de arriba, en la dirección de la clase. Se me ocurrió entonces que Mimi le habría contado lo de haberme visto en el descansillo de la escalera, tras la puerta, y que subía arriba para examinar el cuaderno de las notas. En aquel momento me pareció que Saint-Jerôme no tenía más objeto en su existencia que el deseo de castigarme y de perderme.

He leído, no sé dónde, que los niños de doce á catorce años, esto es, en la edad pasajera de la adolescencia, se hallan inclinados al incendio y aún al asesinato. Al recordar ahora mi adolescencia, y sobre todo el estado de espíritu en que me hallaba aquel día tan nefasto para mí, comprendo muy bien la posibilidad del crimen más horrendo cometido sin objeto ninguno y aún sin el deseo de

causar daño, sólo por simple curiosidad, nada más, por la ineludible é inconsciente necesidad de la acción. En ciertos momentos se le presenta al hombre su porvenir bajo un aspecto tan sombrío que llega á temer, si detiene en él sus pensamientos, que cese de pronto la actividad de su espíritu, necesitando convencerse á sí mismo de que existe realmente un pasado y de que ha de haber un porvenir. En estos instantes, en que el pensamiento no discute por adelantado cada uno de los impulsos de la voluntad, y en que, como único resorte de la vida, gobiernan los instintos de la carne, comprendo muy bien que el niño, inclinado naturalmente por su propia inexperiencia á un semejante estado de espíritu, sin vacilación ninguna y sin miedo, con la sonrisa en los labios, por simple curiosidad, pegue fuego en su propia casa, aunque estén en ella durmiendo su padre, su madre y sus hermanos, á los cuales ame tiernamente. Bajo la influencia de esa misma ausencia temporal del pensamiento—casi por pura distracción—al joven campesino de diecisiete años, al contemplar el hermoso filo de un hacha, recientemente afilada, cerca del banco en que se hallaba durmiendo su padre, le entran ganas de probar su fuerza, levanta al aire el hacha y con honda curiosidad, tal vez fuera de sí mismo, la deja caer con brusco movimiento y se queda mirando, con espantosa estupidez, cómo va cayendo bajo el banco la sangre de su propio padre.

Bajo el poder de esta misma ausencia del pensamiento y movido por una curiosidad instintiva, halla el hombre un placer inmenso en pararse al borde del abismo, pensando: «Si me echase abajo, qué sucedería?» Otras veces halla gusto en apoyarse en la sien una pistola, diciendo: «Si bajase ahora el gatillo?» O bien siente el impulso instintivo de coger por la nariz á un personaje importante, á quien todos dan testimonio de gran acatamiento, y decirle: «Qué tal, amigo, cómo vamos?»

Bajo la influencia de esa especie de emoción interior, producida por la ausencia de toda reflexión, cuando Saint-Jerôme entró otra vez en la sala, y me dijo que no tenía el derecho de estar en compañía de los demás niños, pues me había conducido muy mal y había estudiado peor, ordenándome que me subiese arriba inmediatamente, le hice grandes muecas con la lengua y le dije que no me daba la gana de moverme.

En los primeros momentos, la sorpresa y el furor le impidieron á Saint-Jerôme pronunciar una sola palabra.

—Muy bien!—dijo al fin, cogiéndome bruscamente—os he prometido ya muchas veces un castigo, del que vuestra abuela hasta

hoy ha logrado libraros; mas ahora estoy convencido ya de que, sin disciplinas, no será posible haceros obedecer lo más mínimo, y hoy os las habéis ganado bien.

Pronunció estas palabras en voz tan alta que todos le oyeron. Entonces, con una fuerza extraordinaria, me refluyó toda la sangre al corazón, que se puso á latir desahoradamente, y sentí cómo mi rostro cambiaba de color y cómo mis labios temblaban.

Sin duda estaba horroroso en aquel punto, pues Saint-Jerôme, tratando de evitar mis miradas, se me acercó rápidamente y me cogió una mano; pero en el momento de sentir el contacto de su piel en la mía, perdiendo toda conciencia de la realidad y olvidándome de todo, con furor arranqué de entre las suyas mi mano y con toda mi fuerza de niño le di un gran golpe.

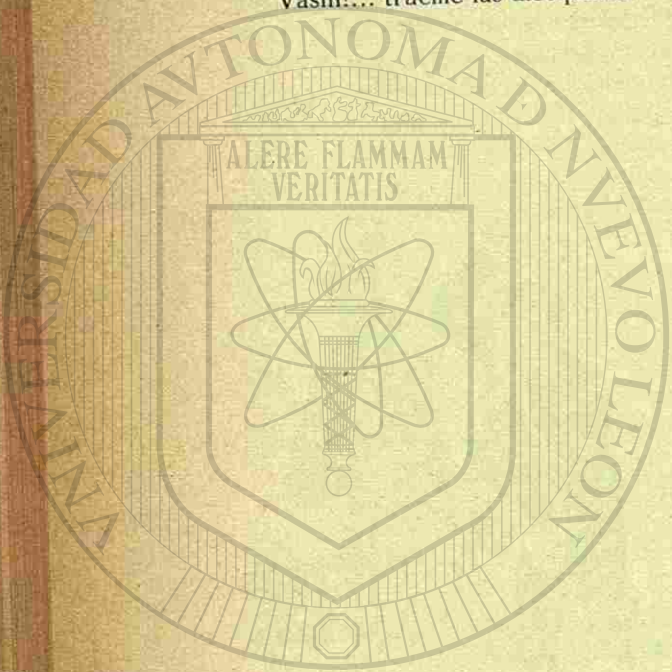
—Qué te pasa?—exclamó Volodia acercándoseme, lleno de horror y de extrañeza por lo que yo acababa de hacer.

—Déjame!...—le grité á través de mis sollozos;—ninguno de vosotros me quiere, y no sabéis comprender cuán infeliz me hace esto! Sois todos igualmente perversos y odiosos!—grité exaltado, delirante, y, sin dirigirme á ninguno, dirigiéndome á todos.

Pero en aquel punto Saint-Jerôme, pálido el rostro y lleno de enérgica resolución, se me acercó otra vez, y sin que tuviese yo tiempo para prepararme á la defensa, con brusco movimiento me cogió cómo con tenazas las dos manos y me arrastró fuera de la estancia. Perdí casi de vista el mundo... y no recuerdo más sino que con la cabeza y con las piernas traté de desasirme luchando con verdadera desesperación, mientras me sentí con un poco de fuerza. Recuerdo tan sólo que mi nariz chocaba á veces con las piernas del profesor, que se me metía en la boca un trozo de su vestido, que entorno mío, por todos lados, sentía el perfume de violetas que usaba siempre Saint-Jerôme... Cinco minutos después,



cerróse con estrépito detrás de mí la puerta del cuarto oscuro, mientras con voz que me pareció á mí de triunfo y extraordinariamente odiable, gritaba el vil preceptor:
Vasili!... tráeme las disciplinas!



XV

Mis ensueños

PODÍA yo creer en aquellos momentos que proseguiría el curso de mi existencia, después de tan grandes desdichas, y que vendría un tiempo en que recordaría todo aquello con tranquilidad de espíritu?

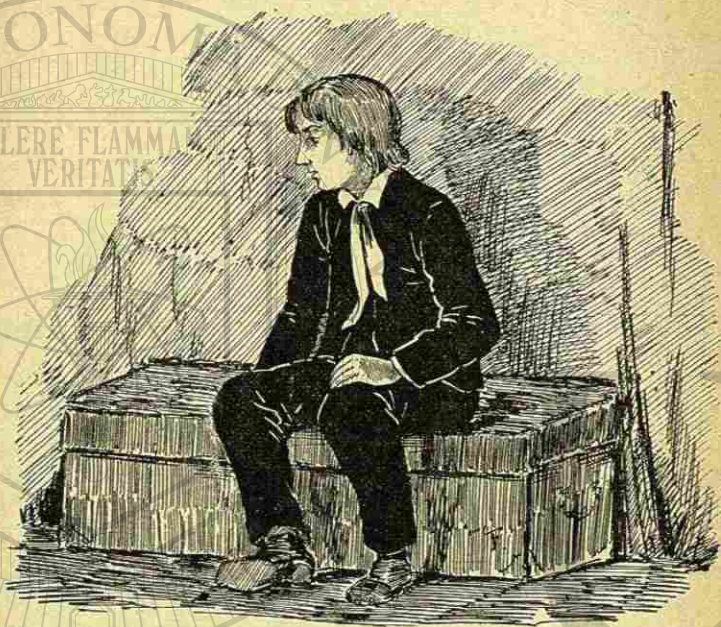
Pensando en lo que había hecho, no acertaba á adivinar lo que sin duda me iba á suceder; pero sí tenía un presentimiento vago de que podía darme por enteramente perdido.

Al principio, reinó entorno mío el más absoluto silencio, ó al menos así me lo pareció á mí, debido sin duda á mi fuerte emoción interior. Pero poco á poco empecé á distinguir diferentes sonidos... Subió Vasili y arrojando en el rincón de la ventana un objeto que me pareció ser una escoba, se estiró bostezando en un banco. De abajo subía la voz estridente del preceptor—hablando sin duda de mí;—luego rumor de voces infantiles, grandes risas... Pero al cabo de algunos minutos reinaba ya en la casa el movimiento habitual, lo mismo que si nadie pensase ni supiese tan sólo que yo estaba encerrado en el cuarto oscuro.

Yo no lloraba, pero algo pesaba como losa de plomo sobre mi corazón. Los pensamientos y las imágenes que ellos evocaban pasaban por mi imaginación turbada con una rapidez siempre creciente. Mas el recuerdo de mi desdicha interrumpía sin cesar su encadenamiento caprichoso, y de nuevo venía á caer en un labe-

rinto sin salida, entre la incertidumbre de la suerte que me estaba reservada y mi desesperación y mis miedos.

A veces pensaba que había de existir realmente alguna causa que explicase esta aversión general y aun este odio que me tenían



todos... pues en ese momento yo creía que todos, desde mi abuela hasta el cochero Felipe, me aborrecían y hallaban placer en mis sufrimientos. «Probablemente, ni soy siquiera el hijo de mi madre y de mi padre, ni tampoco el hermano de Volodia; sino un infeliz huérfano, una criatura hallada en mitad del camino y que recogieron por pura lástima...» Esto iba yo pensando, y esta idea absurda fué no solamente un gran consuelo para mí, si bien triste, sino que llegué á considerarla como perfectamente verosímil. Hallaba cierto placer en sentirme desgraciado no por haber sido culpable, sino porque tal había de ser mi suerte desde que nací, pareciéndome que de este modo me hacía semejante al infeliz de Karl Ivanovitch. «Pero, por qué tenerme tanto tiempo ignorante de un secreto que al fin yo mismo he llegado á descubrir?» pensaba. Y siguiendo en mis reflexiones, yo me decía: «Mañana mismo me iré al despacho de papá, y le diré: Papá, en vano me has tenido igno-

rante del secreto de mi nacimiento; lo sé ya todo». Y él dirá entonces: «Qué le haremos, amigo mío? Tarde ó temprano lo habías de saber: tú no eres hijo mío; pero te adopté y si tú te haces digno de mi amor yo no te abandonaré jamás». Yo le diré: «Papá, aunque no tengo el derecho de darte este nombre, que pronuncio ahora por la última vez, yo te amo y te amaré toda la vida. No olvidaré jamás que tú has sido mi bienhechor, pero no puedo permanecer en tu casa. Aquí nadie me quiere, y Saint-Jerôme ha jurado perderme. Él ó yo hemos de salir de aquí, pues no respondo de mis actos si vuelve á mi presencia. Aborrezco á ese hombre hasta un punto tal que estoy dispuesto á todo... aún á matarle». Y diré también: «Papá, yo mataré á ese hombre». Papá entonces me hará mil reflexiones, me suplicará, pero yo haré un gran gesto con la mano y le diré: «Amigo mío, mi amado bienhechor, no podemos él y yo vivir juntos, déjame». Entonces le besaré la mano y le diré, en francés, no sé por qué: «Oh, padre mío; oh mi querido bienhechor! Dame por la última vez tu bendición, y sea hecha la voluntad de Dios!» Y medio echado sobre el cofre, en el cuarto oscuro, me puse á llorar desesperadamente. De pronto recordé el castigo ignominioso que me aguardaba, y se me presentó de nuevo la realidad en su verdadero aspecto, y momentáneamente se desvanecieron mis ensueños.

Otras veces me imaginé estar ya libre, fuera de nuestra casa... Entro á servir en los húsares, y voy á la guerra. De todos lados se me echan encima gran número de enemigos, yo levanto al aire mi sable y mato á uno de ellos, luego á otro, y á otro, hasta que extenuado por la fatiga y por las heridas que había recibido caigo al suelo, gritando: «Victoria!» El general viene hacia mí y pregunta: «Dónde está nuestro salvador?» Al verme me abraza y con lágrimas de alegría grita también: «Victoria!» Curo de mis heridas y todavía con el brazo en cabestrillo me paseo por la gran avenida de Tverskoie. Ya soy general! He aquí que un día me ve el Emperador y pregunta: «Quién es ese joven herido?» Los suyos le contestan: «Es un héroe célebre: Nikolenka». El Emperador se llega hasta mí y dice: «Te doy las gracias, y haré todo lo que tú quieras». Saludo al Zar respetuosamente y apoyado en el sable digo: «Soy dichoso, oh mi Emperador, con poder verter mi sangre toda por la patria, y aún quisiera morir por ella. Pero, pues me haces la gracia de permitirme que te pida algo, te pido lo siguiente: que me dejes destruir á mi mayor enemigo, un extranjero llamado Saint-Jerôme, quiero destruir á mi enemigo Saint-Jerôme!»—Me presento severamente ante Saint-Jerôme y le digo: «Tú has sido

la causa de mi infortunio, de rodillas!...» Pero de pronto se me ocurre la idea de que el verdadero Saint-Jerôme puede entrar de un momento á otro con las disciplinas en la mano, y de nuevo me veo, no el general que salva á su patria, sino la más miserable y la más humillada de las criaturas.

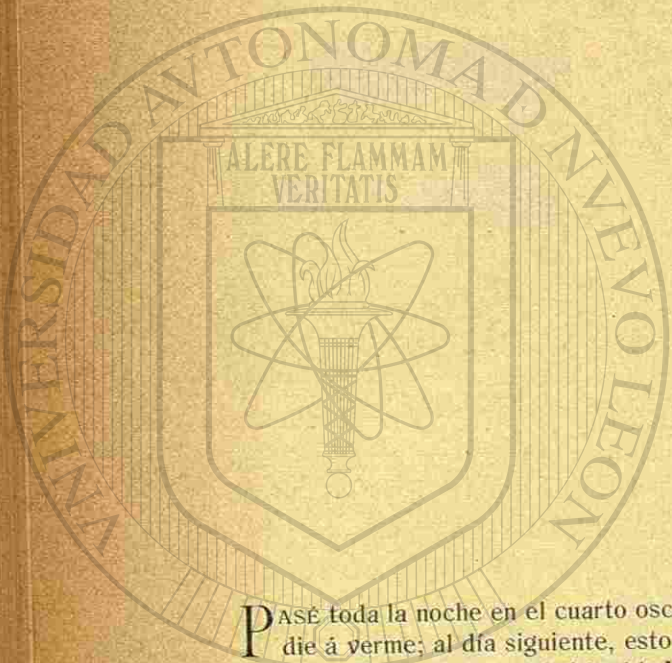
A veces pienso en Dios y le pregunto atrevidamente por qué me castiga: «Paréceme que no me he olvidado de hacer ni un solo día mis plegarias de la mañana y de la noche; por qué, pues, me haces sufrir tanto?» Puedo decir con toda verdad que el primer paso hacia la duda religiosa que me turbó durante toda mi adolescencia, fué dado en aquel momento, no porque la desdicha me inclinase á la murmuración y á la incredulidad, sino porque la idea de la injusticia de la Providencia, que me vino en un instante de turbación moral absoluta y en el aislamiento de todo un día, fué cómo la mala semilla que al caer en la tierra húmeda, después de la lluvia, germina rápidamente y ahonda mucho más sus raíces. A veces, imaginábame que iba á morir y me representaba al vivo la sorpresa de Saint-Jerôme cuando, al entrar en el cuarto oscuro, hallaría en mi lugar un verdadero cadáver. Recordando lo que me había dicho Natalia Savichna: que el alma del difunto no abandona la casa hasta cuarenta días después de la muerte, ya me veía yo volando invisiblemente por todas las salas y habitaciones de la casa, y oía el llorar sincero de Lubotchka, y las lamentaciones de mi abuela y la conversación de papá con Saint-Jerôme.—«Era un buen muchacho», dice papá con las lágrimas en los ojos.—«Sí, responde Saint-Jerôme, pero un gran holgazán también».—«Deberais respetar á los muertos, replica papá, pues sois vos el motivo de su desgracia: le habéis causado un inmenso horror, y no pudo soportar la humillación que le preparabais. Salid, miserable!»

Y Saint-Jerôme cae entonces de rodillas, llora, y pide perdón. Cuarenta días después mi alma volará al cielo... ya veo allá lejos, muy lejos, cómo un foco de luz admirablemente hermosa, blanca, transparente, y comprendo que *aquello* es mi madre. Y la blanca claridad me rodea, me acaricia, pero yo estoy inquieto, no acabo de reconocerla. «Si eres de veras mi madre, digo yo entonces, muéstrate de modo que te pueda reconocer y te pueda besar». Su voz me contesta: «Aquí no somos lo mismo que allá; no puedo besarte mejor... No te satisface?»—«No me satisface, aunque siento en mí un gran bienestar; pero echo de menos que tú no puedas hacerme cosquillas como antes y que yo no pueda besar tus manos...»—«Nada de esto es necesario aquí, y aún sin esto, mira cuán dichosos somos!» dice la voz, y en efecto me siento en-

tonces como mecido en una felicidad infinita, y juntos vamos los dos volando cada vez más arriba, más arriba... En aquel punto vuelvo súbitamente á la realidad y véome de nuevo sentado sobre el cofre, en el cuarto oscuro, con las mejillas humedecidas por las lágrimas y repitiendo estas palabras, que ya no tienen para mí ningún sentido: *y juntos vamos los dos volando cada vez más arriba, más arriba...*

Hago los mayores esfuerzos para explicarme mi verdadera actual situación, pero siento débil la inteligencia y tan sólo la imaginación me representa allá lejos un sombrío é impenetrable porvenir. Intento volver otra vez á los dulces y consoladores sueños que la realidad ha interrumpido; pero observo, con gran extrañeza mía, que, apenas hallado el hilo de mis pasadas fantasías, me es imposible proseguirlas, y, cosa más extraña aun, que ya no me causan placer ninguno.



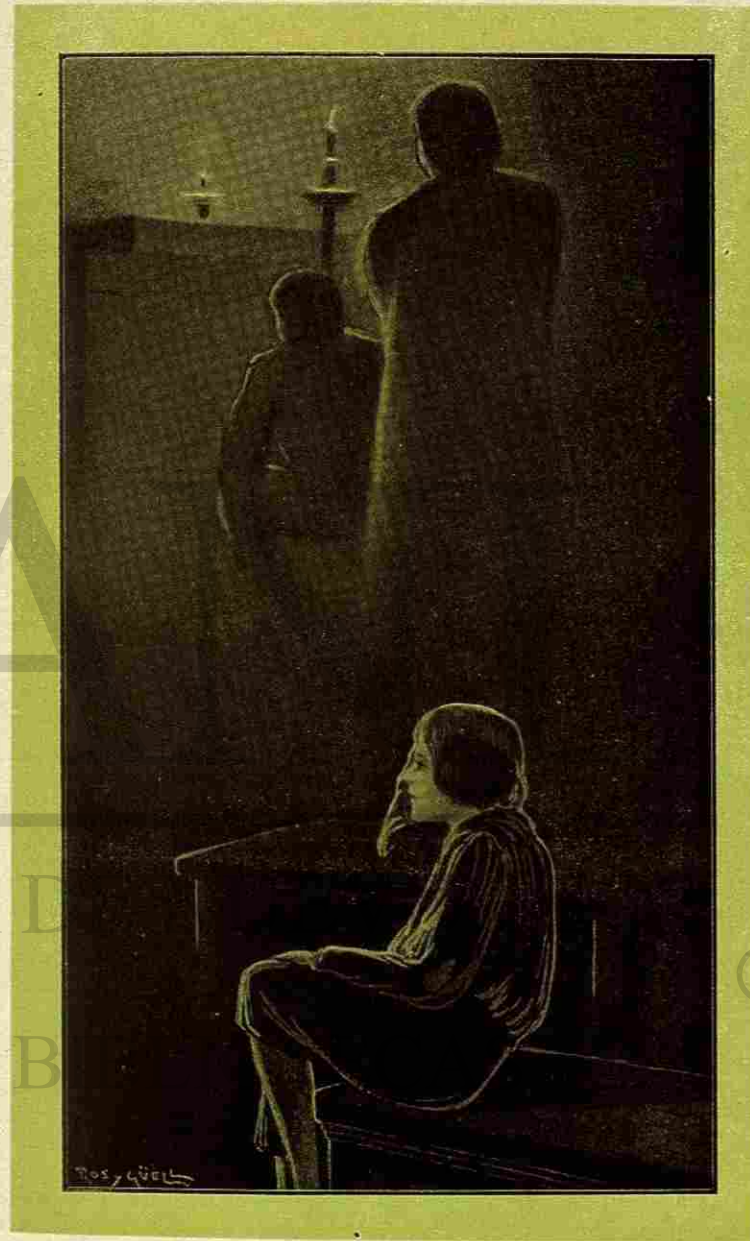


XVI

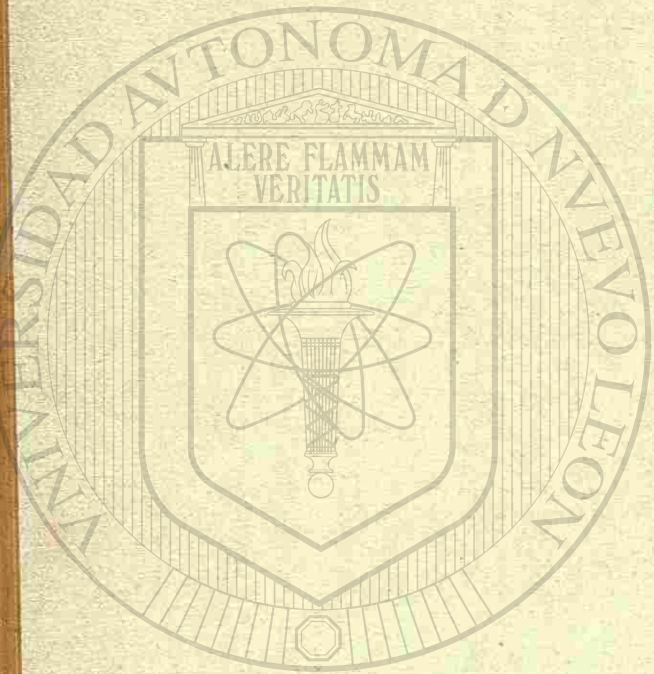
Después del dolor viene el placer

PASÉ toda la noche en el cuarto oscuro, sin que se acercase nadie á verme; al día siguiente, esto es, el domingo, me llevaron á la pequeña estancia que había al lado de la gran sala de clases y me encerraron en ella. Entonces creí que mi castigo se limitaría á una reclusión más ó menos prolongada, y mi corazón, bajo la influencia de un sueño reparador, del claro sol cuyos rayos juguetaban en los dibujos de los cristales de la ventana, y de los mil rumores propios del día que de la calle me llegaban, empezó á tranquilizarse, aunque el aislamiento en que me tenían me era muy penoso; sentía ansia de moverme, de contar á alguien todo lo que llevaba en el alma, y entorno mío no había una sola criatura viviente. Esta situación se me hacía aun más desagradable, pues no acertaba á entender cómo Saint-Jérôme podía silbar paseándose arriba y abajo de su cuarto canciones alegres, sin acordarse de mi situación... Yo creí entonces que lo hacía, no porque tuviese ganas de silbar, sino por molestarme á mí solamente.

A eso de las dos, Vasili me trajo la comida, y cuando quise entablar con él conversación sobre lo que había hecho y sobre el castigo que me aguardaba, díjome tan sólo:



TOLSTOI.—LÁM. VI



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

—Vaya, señor!... no os deis pena; después del dolor viene el placer.

Aunque, y también en otras ocasiones de mi existencia, esta máxima sostuvo la firmeza de mi espíritu y me consoló un poco, el hecho de que me hubiesen enviado, no solamente pan y agua, sino toda clase de manjares, con postres y todo y pasteles, me hizo reflexionar muchísimo. Si no me hubiesen enviado dulces, hubiera significado que me castigaban con la reclusión; pero indudablemente no me consideraban castigado suficientemente, estaba tan sólo separado de los demás como un hombre peligroso, pero cuyo castigo había de venir más tarde. Cuando estaba profundamente embebido en la resolución de este problema, giró la llave en la cerradura de mi prisión, y Saint-Jerôme apareció en el dintel de la puerta, con aspecto severísimo y solemne.



—Venid á ver á vuestra abuela,—dijo, sin mirarme siquiera.

Antes de salir del cuarto, quise limpiarme la manga del vestido que estaba manchada de yeso, pero Saint-Jerôme me dijo que era absolutamente inútil, como si me hallase en situación tan triste para mí que no hubiese de preocuparme lo más mínimo por mi aspecto exterior.

Mientras Saint-Jerôme, teniéndome cogido de la mano, me llevaba á través del gran salón, Katenka, Lubotchka y Volodia me miraron con la misma expresión con que miramos todos á los infelices presos que llenos de cadenas pasaban todos los lunes por debajo de nuestras ventanas. Y cuando me acerqué al sillón en que estaba sentada mi abuela, con el intento de besarle la mano, volvió el rostro á un lado, como para no verme y escondió la mano bajo el abrigo.

—Esto es, querido,—dijo por fin la noble anciana, después de un largo silencio durante el cual me miró de pies á cabeza con expresión tal que yo no supe donde poner mis miradas ni donde esconder mis manos.—No puedo decir en verdad que hagáis mucho aprecio de mi amor y que seáis para mí un gran consuelo. El señor Saint-Jerôme que, á mis ruegos,—añadió arrastrando lentamente cada una de sus palabras—se había encargado de vuestra educación, no quiere ya continuar en mi casa. Y por qué? Por vuestra culpa, querido mío... Yo pensé que os mostraríais reconocido,—prosiguió

después de un corto silencio, que probaba que había sido estudiado su discurso, — á sus grandes cuidados y á sus esfuerzos, que sabrís apreciar sus muchos méritos, y por el contrario, vos, un niño, habéis levantado la mano contra él! Es magnífico, es admirable! Comienzo también á pensar que no sois capaz de comprender y de apreciar el buen tratamiento que se os daba, y que será preciso emplear con vos medios humillantes... Pídele inmediatamente perdón! —añadió con tono severo, imperioso, señalándome con el dedo á Saint-Jerôme. —Has oído?

Yo miré en la dirección que señalaba la mano extendida de mi abuela, me quedé un momento mirando la figura siniestra de Saint-Jerôme, bajé la vista sin moverme del sitio, y de nuevo sentí mi corazón desfallecer.

—Vamos á ver, no habéis oído lo que acabo de deciros?

Yo temblaba de pies á cabeza, pero no me movía del sitio.

—*Cocó!*—dijo entonces mi abuela, notando sin duda mi gran sufrimiento interior.—*Cocó!*—dijo otra vez, pero ya no con entonación imperiosa, sino extraordinariamente tierna.—Qué te pasa?

—Oh! abuela... Es que yo no quiero pedirle perdón, yo no le pediré perdón por nada...—dije deteniéndome de pronto, pues comprendí que no podría retener por más tiempo las lágrimas si decía una palabra más.

—Pues, yo te lo ordeno! Yo te mando que... Pero, qué tienes?

—No... no... no pue... do... No... quiero!—dije al fin, rompiendo á llorar ruidosamente, tanto más ruidosamente cuanto más me había esforzado por contener mis lágrimas.

Y Saint-Jerôme exclamó entonces con voz trágica y en francés:

—Así es cómo obedecéis á vuestra segunda madre, así es cómo agradecéis sus grandes bondades!

—Dios mío!... si ella lo viese!—dijo mi abuela apartando de mí los ojos para enjugar las lágrimas que le pugnaban por salir.—Si ella lo viese!... Todo sea para bien. Oh! pero ella no podría soportar este dolor, no, no podría!

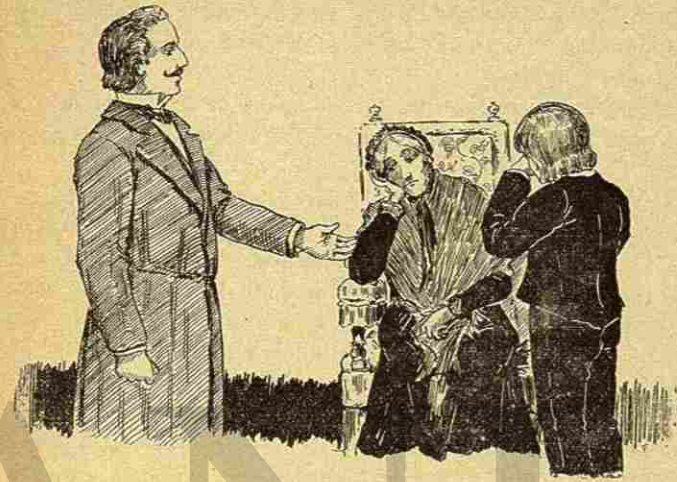
Y mi abuela se puso á llorar de veras. Yo lloraba también, pero no se me ocurría siquiera ponerme de rodillas para pedir perdón.

—Tranquilizaos, en nombre del cielo, señora condesa,—dijo Saint-Jerôme.

Mi abuela no le escuchaba ya, escondía el rostro entre las manos y sus sollozos transformáronse enseguida en una especie de hipo nervioso. Acudieron corriendo en la estancia Mimi y Gacha, pintado el espanto en el rostro, y pronto perfumes de sales espar-

ciéronse por toda la casa y se oyeron rumores de pasos que iban, y venían y conversaciones en voz baja y rostros angustiados.

—Podéis admirar vuestra obra!—dijo Saint-Jerôme mientras me



conducía arriba otra vez, y yo iba pensando: «Dios mío! pero qué es lo que he hecho? Soy un terrible criminal!»

Una vez arriba, Saint-Jerôme me ordenó que me fuere á mi cuarto y él se fué abajo otra vez. Apenas me ví solo, sin darme cuenta de lo que hacía, tomé la escalera grande que conducía á la calle. No sé si fué mi pensamiento en aquel punto huir tan sólo de la casa ó echarme al agua... Sé tan sólo que, tapándome el rostro con las manos para no ver á nadie, iba bajando la gran escalera.

—Dónde vas?—me preguntó de pronto una voz bien conocida.

—Precisamente necesito de tí, querido.

Yo quise huir, escaparme, pero la mano fuerte de papá me agarró por la muñeca, diciéndome con severidad en él no acostumbrada:

—Quiero que vengas conmigo, ahora mismo! Cómo te has atrevido á tocar la cartera que viste sobre mi mesa?—y me llevó á rastras hacia el pequeño diván que había en un descanso de la escalera.—Por qué no contestas, niño, por qué no contestas?—añadió tirándome de la oreja.

—Perdón,—dije al fin—ni yo mismo sé por qué hice todo aquello!

—Ah!... ah!... con que no sabes porque hiciste todo aquello,

con que no lo sabes?—repetía tirándome de la oreja á cada palabra que decía.—Volverás otra vez á poner la nariz dónde no te importa, volverás otra vez?

A pesar del gran dolor que sentía en la oreja, yo no lloraba; al contrario, sentía dentro de mí algo muy agradable y reconfortante. Y cuando papá dejó en paz mi oreja, le tomé una mano y la cubrí de lágrimas y de besos.

—Pégame más, más,—dije yo en medio de mis lágrimas—más fuerte, más fuerte, pues soy cobarde, soy odioso, soy un hombre infeliz!

—Pero, qué es eso?—dijo mi padre, empujándome un poco.

—No, no quiero subir, no subiré,—dije agarrándome á sus vestidos.—Todos me detestan, lo sé muy bien... En nombre de Dios, óyeme, créeme, defiéndeme ó arrójame de tu casa. Yo no puedo vivir, no puedo vivir con él; no trata sino de humillarme por todos los medios, me ordena que me arrodille delante de él y quiere á cada punto pegarme. Esto yo no lo puedo soportar, ya no soy un bebé... No quiero sufrirlo, no lo sufriré, sería mi muerte! Ha dicho á mi abuela que soy un mal niño, y ahora está enferma la pobre... y se morirá por culpa mía... por culpa de él... en nombre de Dios, pégame tú; pero por qué han... de... mal... tra... tarme?...

Las lágrimas me ahogaban; me senté en el diván de la escalera, y no teniendo ya fuerzas para decir una palabra más, dejé caer la cabeza sobre las rodillas de papá, sollozando como si me fuese á morir.

—Pero, qué es eso? qué tienes, hijo mío?—dijo papá con verdadera conmiseración é inclinándose sobre mí.

—El es mi tirano... mi perseguidor... yo me moriré... nadie me quiere!—No podía ya hablar, y empecé á ser presa de pequeñas convulsiones.

Papá me tomó entonces en brazos y me llevó hasta mi propio lecho... Y me dormí.

Cuando desperté era ya muy tarde; cerca de mi cama estaba ardiendo una bujía, y en la estancia se hallaban nuestro médico, sentado en una butaca, y algo apartadas Mimi y Lubotchka. Todo indicaba que se había estado temiendo por mi salud, y bien claramente aparecía pintada la ansiedad en el rostro de Mimi y en el de mi hermana. Yo, en cambio, me sentía tan bien y tan fuerte de espíritu que de buena gana hubiera saltado en aquel mismo punto del lecho; pero me pareció mejor, y para mí más agradable, mantenerles en su certeza de que estaba yo realmente enfermo, y no me moví siquiera.

XVII

Mi rencor

Sí, era un sentimiento de rencor verdadero—no era aquel odio de que se habla en las novelas y en el cual yo no creo, odio que, según dicen, proporciona un gran placer al hombre que lo siente si puede causar algún daño al odiado, sino aquel rencor profundo que nos inspira inmensa é invencible aversión contra un hombre merecedor, sin embargo, de nuestra estima; mi rencor era aquel rencor que hace que los cabellos, la nariz, el sonido de la voz, todo lo del hombre que odiáis os parezca repulsivo, sin embargo de lo cual os sentís atraído por aquel hombre y seguís con la mayor atención sus menores movimientos. Esta es la especie de odio que yo sentía contra Saint-Jerôme.

El preceptor haría ya como un año y medio que estaba en casa. Y al pensar ahora con sangre fría en aquel hombre, hallo que era un buen francés, pero un francés en el más alto grado. No era torpe, ni mucho menos; por el contrario, era muy instruido, y llenaba honradamente sus deberes para con nosotros; mas tenía, cosa muy natural y corriente entre sus compatriotas, pero muy contrario al carácter ruso, los rasgos esenciales de un ligero ó superficial egoísmo, mucha ambición, mucha audacia y mucha pedante fatuidad, todo lo cual placíame poquísimo. No es menester decir que nuestra abuela le había explicado su teoría sobre los

castigos corporales, y que por esto no se atrevía á pegarnos, á pesar de lo cual nos amenazaba, á mí sobre todo, con las terribles disciplinas, pronunciando la palabra «castigo» de un tan insoportable modo que eso de *castigar* parecíame que había de ser para él de un placer inmenso.

No es que me causase á mí un gran miedo el dolor del castigo, pues no lo había sufrido jamás; pero la sola idea de que Saint-Jerôme podía pegarme me ponía en un insufrible estado de concentrada desesperación y de un furor inmenso.

Alguna vez Karl Ivanovitch, en momentos de impaciencia, arregló personalmente sus diferencias con nosotros, sirviéndose para ello ya de la regla ya de sus propios tirantes; pero todo ello lo recuerdo sin la menor pesadumbre. Aún en la época á que me refiero, cuando tenía yo catorce años, si se le hubiese antojado á Karl Ivanovitch pegarme, estoy seguro de que lo sufriera sin la más pequeña queja. Yo amaba á Karl Ivanovitch, estaba acostumbrado á su trato desde la más tierna infancia, y lo consideraba como un miembro de mi propia familia; pero Saint-Jerôme era un orgulloso, lleno de vanidad, y por el cual no sentía el más pequeño afecto, salvo ese involuntario respeto que me inspiraban todos los mayores. Karl Ivanovitch era un viejo extravagante, un *diatka*, á quien yo amaba con todo mi corazón y á quien, sin embargo, mi infantil inteligencia colocaba muy por debajo de mí, en lo tocante á la condición social. Saint-Jerôme, por el contrario, era un joven elegante, instruido y que se esforzaba para ponerse en nuestro mismo nivel.

Karl Ivanovitch nos reñía y nos castigaba siempre con la más perfecta sangre fría, adivinándose que lo consideraba cómo un deber necesario, aunque desagradable. Saint-Jerôme, por el contrario, gustaba de aparecer siempre en su papel de mentor, y era evidente que si castigaba lo hacía más para darse gusto que para utilidad nuestra. Se dejaba arrastrar por su propia elocuencia, y sus frases francesas siempre pomposas, que pronunciaba acentuando con fuerza la última sílaba y alargando extraordinariamente los acentos circunflexos, me resultaban á mí francamente aborrecibles.

Cuando se enfadaba mucho, Karl Ivanovitch decía: *Comedia de marionetas, holgazán, mosca de España*; Saint-Jerôme nos llamaba: *perversa criatura, mala pécora* y otros epítetos del mismo género, que herían profundamente mi amor propio.

Karl Ivanovitch nos hacía poner de rodillas, de cara á la pared, y el castigo entonces residía en el sufrimiento físico que producía

una semejante postura; Saint-Jerôme, irguiéndose y haciendo con la mano un ademán majestuoso gritaba con voz trágica: «De rodillas, perversa criatura!» y nos mandaba que nos pusiésemos de rodillas, vueltos de cara hacia él y pidiéndole perdón. Así el castigo consistía, más que en nada, en la humillación.

No me castigaron aquel día y nadie me recordó nada de lo que había pasado; pero yo por mi parte no podía olvidar lo que había sentido durante esos dos trágicos días: mi desesperación, mi vergüenza, mis grandes miedos, mi rencor no menos grande... Desde entonces, Saint-Jerôme se mostró muy displicente conmigo y poco se ocupaba de mí; pero yo no sabía acostumbrarme á mirarle con indiferencia. Cada vez que, por pura casualidad, se encontraban nuestras miradas, parecíame que había de expresar la mía una evidente hostilidad y yo me apresuraba á desviarla, aparentando aires de la más completa indiferencia; sin embargo, yo me imaginaba que él comprendía á pesar de todo mis pensamientos, que adivinaba mis esfuerzos para fingir, y esto me turbaba profundamente y el rubor encendía mis mejillas.

En una palabra, me fué cada vez más penoso, sin hallar palabras que lo ponderen bastante, haber de tener con él cualesquiera relaciones que fuesen.

XVIII

El cuarto de las criadas

Yo me sentía cada vez más solo, más aislado, y hallaba mis mejores placeres en las reflexiones y observaciones solitarias. En el siguiente capítulo diré algo de estas mis reflexiones; en cuanto á la esfera de mi observación, reduciase casi al cuarto de las criadas, en el cual se desarrollaba un drama muy interesante para mí y muy tierno.

La heroína de este drama, naturalmente, era la célebre Macha. Estaba enamorada de Vasili, que la conocía ya de muy antiguo y á la cual había dado palabra de casamiento. Pero el azar, que cinco años antes los había separado, los reunía nuevamente en casa de mi abuela, aunque poniendo entre ellos un gran obstáculo: Nikolai, el tío de Macha, que no quería oír hablar siquiera de casamiento de su sobrina con Vasili, de quien decía que era «hombre desprovisto de buen sentido y desordenado».

Esta oposición del viejo dió por resultado que Vasili, que antes se había mostrado no poco indiferente y aún descuidado en sus relaciones con la muchacha, se convirtió de pronto en el más ardiente de los enamorados, como lo podía únicamente ser un criado-siervo, y sastre además con blusa azul y cabellos engrasados.

Aunque los testimonios de su amor eran muy extraños y á veces ridículos—por ejemplo, al encontrarse trataba Vasili de hacerle

daño, ó pellizcándola, ó dándole un gran golpe en la espalda ó apretándola con tanta fuerza contra sí que apenas podía la pobre respirar—no hay duda que su amor era perfectamente sincero. Lo prueba que el día en que Nikolai le negó formalmente la mano de Macha, de rabia y de dolor, Vasili se *puso á beber*, frecuentó las tabernas, cometió toda clase de desaguisados y se portó tan mal que varias veces hubo de sufrir castigo. Pero todos estos actos y todas sus consecuencias parecían tener una especie de mérito á los ojos de Macha, pues no hacían sino acrecentar su amor por Vasili. Cuando era Vasili llevado al *puesto de policía*, por alguna barrabasada que hubiese cometido, Macha se pasaba todo el santo día llorando, lamentando su adverso sino, comunicando sus desdichas á Gacha, que solía tomar parte muy viva en los amores de los infelices amantes, y, despreciando las amonestaciones y aún los golpes de su tío, se escapaba hasta la encerrona de su amigo, para estar un rato con él y consolarle.

No os indigne, lectores míos, que os introduzca en tan baja sociedad. Si en vuestro corazón vibran todavía las cuerdas del amor y de la compasión hacia los humildes, en el cuarto de las criadas hallaréis sonos que se acordarán todavía con los vuestros propios. Que queráis ó no seguirme, yo me voy á mi observatorio,—el descansillo de la escalera—desde donde veo perfectamente todo lo que pasa en el cuarto de las criadas.—Allí están los mil y mil objetos incoherentes, y cuya vista me es ya familiar, la pequeña cubeta, el cántaro, los hierros de planchar y frisar, la muñeca de cartón con la nariz rota, la pequeña caja de bombones, un pedazo de cera negra, y sobre la mesa, una gran mesa pintada de rojo, las labores de las criadas, empezadas ó por empezar... Tras la mesa está ahora sentada *ella*, con el vestido que tanto me gusta, una falda rosa, llevando al cuello un pañuelo ó fichú azulclaro que atrae singularmente mi atención. Está cosiendo seguido, seguido, deteniéndose únicamente para rascarse la cabeza con la misma aguja ó para despabilar la bujía que la ilumina... Y yo miro



mientras tanto, miro y pienso: «Por qué no nació señora, con sus ojos azules y tan claros, con su gorda y rubia trenza, con sus pechos bien redondeados? Qué bien le sentaría una pequeña cofia con lazos azules ó rosa, y un vestido de seda púrpura, pero no como el de Mimi, sino como uno que vi en el paseo de Tverskoie... y de este modo sentada en el salón se pasaría las horas bordando algún objeto precioso y yo me pasaría las horas y los días mirándola siempre y sirviéndola en todo lo que me permitiese!... Pero, qué repugnante figura de borracho tiene ese Vasili, con su blusa azul no siempre limpia! Además, en los movimientos de su cuerpo y en la especial curvatura de sus espaldas pareceme ver las señales de los castigos infamantes que ha sufrido...»

—Cómo Vasia, otra vez?—dice Macha á Vasili que entra en el cuarto, y clava la aguja en la labor, sin levantar la cabeza.

—Podemos de él esperar algo bueno?—contesta Vasili.—Que lo decida al menos de un modo definitivo, pues de lo contrario yo me pierdo, me pierdo para siempre... y él tendrá la culpa.

—Tomaréis té?—dice en esto otra criada que estaba allí.

—Gracias. Y por qué me detesta, vamos á ver, el ladrón de tu tío? Porque voy bien vestido, porque soy fuerte, porque ve en mí un hombre de veras... por eso!—concluye Vasili haciendo un gesto cuya significación yo no comprendo.

—Es necesario someterse,—dice Macha, mientras rompe el hilo con los dientes—y vos estáis siempre con lo mismo, siempre!...

—Es que yo no puedo más, yo no puedo seguir así... ya lo sabes!

En este momento óyese un gran ruido en el salón donde solía estar la noble condesa, y enseguida sube la escalera, murmurando en voz alta, la irascible Gacha.

—Anda! esfuézate en servirla, pues ni ella misma sabe lo que quiere... maldita vida de galeras! Que me perdone Dios mis pecados!...—exclama al entrar en el cuarto de las criadas, agitando nerviosamente los brazos.

—Todos mis respetos, Gacha Mikhailovna,—dice Vasili levantándose y yendo á su encuentro.

—Aparta! No son precisamente tus respetos lo que me hace falta,—dice la irritada sirvienta mirando entorno con severidad.—Y qué vienes á hacer aquí, en el cuarto de las doncellas? Es este el lugar de un hombre?

—Quise informarme de vuestra salud,—hace tímidamente Vasili.

—Mi salud? Pues, que ya no tardaré en reventar!—grita Gacha

Mikhailovna, todavía más colérica y abriendo desmesuradamente la boca.

Vasili rompe á reír.

—No es cosa de risa, y cuando te digo que te vayas, vete al diablo! Aquí lo tenéis, otro miserable, otro cobarde que quiere también casarse. Anda, lárgate, lárgate!

Y Gacha, picando de pies irridadísima se mete en su cuarto y cierra tan violentamente la puerta que todos los vidrios de la casa tiemblan.

Ya en su cuarto se la oye largo rato aun gritando, insultando á todos y á todo, y maldiciendo de la vida; además, por el gran ruido que hace, compréndese que echa de revés cuantos objetos se le ponen por delante y hasta tira de las orejas á su gato favorito: finalmente se abre la puerta, y el gato, arrojado al aire por la cola, cae al suelo lanzando los más lastimeros maullidos.

—Vaya, estoy viendo que será cosa de venir con frecuencia á tomar aquí el té,—dice Vasili haciendo ademán de marcharse.

—No hagas caso de eso,—salta la doncella que le había invitado á tomarlo,—voy á ver cómo va el samovar.

—Pues, yo quiero que acabe esto de una vez,—prosigue Vasili sentándose cerca de Macha, apenas la otra doncella ha salido.—De no, me iré directamente á la condesa y le diré: Quiero esto, lo otro y... lo demás. No puedo seguir así, y sino me marcharé al fin del mundo, y no me veréis más, yo os lo juro.

—Y entonces, qué será de mí?

—Ah! si no fuese por tí, tú me retienes tan sólo; sin esto, haría ya mucho tiempo que sería mi cabeza libre, te lo juro por Dios de Dios.

—Vasia, por qué no me dejas tus camisas para que las lave?—dice Macha después de un corto silencio,—ya ves que está sucia á no poder más,—añade cogiéndole por el cuello de la camisa.

En este momento se oye abajo la campanilla de mi abuela, y Gacha sale echa una ventolera de su cuarto.

—Sepamos al fin, canalla, qué es lo que quieres!—dice empujando hacia la puerta á Vasili, quien se había levantado al verla.

—Ya lo estás viendo, has traído á mal traer á esta muchacha, y la atormentas todavía; sin duda hallas un gran placer en verla llorar. Vete, que ni tu olor se sienta aquí. Y qué puedes haber hallado de bueno en él?—continúa dirigiéndose á Macha.—Te parece que tu tío no te ha pegado aun bastante por su culpa? Siempre lo mismo: «Yo no me casaré sino con Vasili!» Tonta, más que tonta!

—Y es verdad que no me casaré con otro, pues no quiero más

que á Vasili, aunque me pegue mi tío hasta matarme por su culpa! —dice Macha y rompe á llorar copiosamente.

Largo tiempo estuve contemplando á Macha, medio fendida sobre un gran cofre y enjugándose las lágrimas con su pañuelo.



Puse todos los medios en esforzarme para cambiar de opinión sobre Vasili, pues quería hallar el motivo de que á ella le pareciese tan atractivo aquel hombre. Pero aunque me hermanaba francamente con su dolor, no llegaba á comprender cómo una criatura tan encantadora según me lo parecía á mí la muchacha podía amar tan de veras á Vasili.

«Cuando yo sea grande,—pensaba mientras me volvía á mi cuarto—Petrovskoie será mi propiedad; Vasili y Macha serán mis siervos, y yo estaré sentado en mi despacho fumando una pipa. Macha estará en la cocina, planchando, y yo diré: «Que venga Macha». Macha vendrá y en el despacho no habrá nadie más... Súbitamente entrará Vasili, y al ver á Macha conmigo dirá: «Estoy perdido!» Y Macha llorará, y yo entonces diré: «Vasili! Yo sé que tú la amas y que ella te ama también. Pues bien, aquí tienes mil rublos, cástate con ella y que Dios os colme de felicidades». Y yo me quedaré en el diván sentado fumando mi pipa. Entre las incontables ideas y sueños vagos que pasan sin dejar huella ninguna ni en nuestro espíritu ni en nuestra imaginación, algunos hay que dejan una vibración profunda, sensible, tanto que aún sin guardar el verdadero sentido de la idea, recuerda uno que algo bueno pasó por nuestra cabeza ó nuestro corazón, se siente la huella del pensamiento bueno y se trata un día de hacerlo renacer... Huella profundísima ha dejado en mi alma la idea del sacrificio de mi que-
rencia y de mi simpatía por Macha, en aras de la felicidad que no había de hallar sino casándose con Vasili.

rencia y de mi simpatía por Macha, en aras de la felicidad que no había de hallar sino casándose con Vasili.



XIX

Mis ideas de adolescente

SE me creará apenas si digo cuáles fueron los temas más frecuentes de mis reflexiones favoritas durante mi adolescencia—hasta tal punto se dirán incompatibles con mi edad y mi situación. Mas, paréceme á mí que el contraste entre la situación del hombre y su actividad moral es el indicio más seguro de la veracidad.

En el invierno, durante el cual llevé una vida aislada, de concentración y de reflexión, pasaron por mi espíritu todas las cuestiones abstractas sobre los destinos del hombre, sobre la vida futura, sobre la inmortalidad del alma, y mi inteligencia infantil, débil, con todo el ardor de la inexperiencia, trataba de explicarse estos problemas cuyo sólo enunciado constituye la mayor altura á que puede llegar el espíritu del hombre, pero cuya solución no alcanzará fácilmente.

Paréceme que el desarrollo del espíritu humano, en cada individuo, sigue la misma vía que el desarrollo del espíritu en la generación entera; que las ideas que sirven de base á las diversas teorías filosóficas, forman las partículas indivisibles del espíritu, pero las cuales concibe cada hombre con más ó menos claridad, aún antes de conocer la existencia de esas teorías filosóficas.

Estas ideas se presentaban á mi espíritu con mayor claridad y precisión, por cuanto yo trataba de aplicarlas á la vida, imaginán-

dome que era el primero en descubrir tal ó cual grandiosa y universal verdad.

Una vez surgió no sé cómo en mi inteligencia la idea de que la felicidad no depende de las causas exteriores, sino de nuestra relación con ellas; que el hombre que se acostumbra al sufrimiento no puede ser desgraciado, y para habituarme al trabajo y al dolor, á veces me estaba más de cinco minutos, y podía apenas, aguantando con el brazo extendido un tomo del gran diccionario de Tetichef, ó bien me encerraba en el cuarto oscuro y me daba sendos disciplinazos en la desnuda espalda, hasta que, á pesar mío, brotaban las lágrimas de mis ojos.

O bien, recordando á veces que la muerte nos espera cada día, cada momento, yo daba por sentado—sin preguntarme por qué los hombres no lo habían hasta ahora comprendido—que para ser feliz el hombre ha de gozar con lo presente, sin preocuparse por el porvenir, y bajo la influencia de esta idea durante tres días descuidé mis trabajos y mis lecciones; no pensaba más que en esto cuando medio echado en la cama solazábame en la lectura de una novela cualquiera, ó cuando glotonamente devoraba el pan dulce que había comprado con mis últimos cuartos.

Otro día, de pie delante del encerado en el cual trazaba con el yeso algunas figuras, se me ocurrió de repente esta idea: Por qué es la simetría cosa agradable á los ojos? Qué es la simetría? —Es un sentimiento innato, me contesté á mí mismo.—En qué se funda? En el fondo de las cosas hallamos siempre una simetría? Por el contrario, he aquí la vida—y tracé en el encerado un gran óvalo.—Después de la vida, el alma se va á la eternidad—y partiendo del óvalo tracé una línea recta hasta el borde de la pizarra.—Esto es la eternidad; cómo es, entonces, que más allá de la vida no se reproduce la misma figura que representa á ésta? Y en efecto, cómo explicarnos la eternidad si marchamos únicamente hacia una sola dirección? Probablemente habremos existido antes de esta actual existencia, aunque habiendo perdido de ello todo recuerdo.

Este razonamiento, que me parecía muy grande y muy nuevo y cuyo enlace coordinatorio apenas recuerdo hoy, me plugo extraordinariamente y tomando enseguida una hoja de papel pensé dejarlo consignado; pero en aquel punto acudieron á mi mente de



un modo espontáneo tal cúmulo de pensamientos y de grandes ideas, que me ví obligado á pasearme por la estancia, para que se calmara mi espíritu. Al acercarme á la ventana, atrajo toda mi atención el caballo que estaban enganchando á un carro de riego y toda mi fuerza anímica se dedicó á hallar la solución de este problema: A qué animal, ó mejor, á qué hombre pasará el alma de este caballo cuando llegue á morir?—En este momento Volodia atravesó la estancia, y sonrióse al notar sin duda que yo aparentaba tan hondamente preocupado... La sonrisa de mi hermano bastó para hacerme creer en aquel momento que todo lo que yo estaba pensando no era más que una solemne tontería.

No he contado este caso, memorable ciertamente para mí, sino para dar al lector una idea de lo que eran mis meditaciones.

Pero ningún sistema filosófico tuvo en mí tanta influencia como el excepticismo, el cual, en una cierta época, me llevó á un estado no muy lejano de la locura. Yo me imaginaba que, fuera de mí, nada ni nadie existía en el mundo; que los objetos que yo veía no eran objetos verdaderos sino sencillamente imágenes que no existían sino cuando yo ponía mi atención en ellas y que desaparecían del mundo de la realidad apenas dejaba yo de pensar en las mismas. En una palabra, me hallé, sin yo saberlo, de acuerdo con no pocos filósofos, bien convencido de que no existe nada en la realidad, sino únicamente nuestra relación con ella. Muchas veces, bajo la influencia de esta idea obsedante llegué á tal grado de enervamiento que, súbitamente, me volvía hacia el lado opuesto esperando así ver de improviso la *nada* que yo creía existir en torno mío.

Es el espíritu humano un mísero é infortunado vehículo de la actividad moral!

Mi débil espíritu no podía penetrar lo impenetrable, y en ese trabajo, superior á mis fuerzas, perdí una después de otra las convicciones que, para la mayor felicidad de mi existencia, debía haber conservado siempre.

De todo ese inmenso trabajo moral no logré sacar más que una



gran agilidad de espíritu, que debilitó extraordinariamente mi voluntad; la costumbre del análisis moral perpetuo destruyó en mí la frescura del sentimiento y la fuerza de la razón.

Las ideas abstractas se forman gracias á la capacidad del hombre de coger, por medio de la conciencia, un cierto estado momentáneo del alma y transportarlo en el recuerdo. Mi capacidad de reflexión abstracta desarrolló en mí la conciencia hasta un grado tan anormal que, muchas veces, comenzando á pensar en las cosas más simples y sencillas, acababa por caer en el círculo vicioso del análisis de mis propias ideas. De modo que no pensaba ya en lo que había atraído la atención de mi espíritu, sino que pensaba en lo que yo pensaba... A mí mismo me decía: Pienso en que estoy ahora pensando.—Y ahora, en qué pienso? Pienso en que pienso en lo que pienso...—Mi razón empezaba á perder su equilibrio.

Sin embargo, los descubrimientos filosóficos que hacía halagaban extraordinariamente mi amor propio, y con frecuencia me creía un grande hombre que descubre, para dicha de toda la humanidad, una verdad nueva, y desde lo alto de mi orgullosa conciencia me miraba á los demás mortales; pero, cosa extraña, cuando me hallaba en presencia de alguno de estos mortales temblaba de pies á cabeza, y cuánto más me elevaba en mi propia opinión, menos capaz era de mantener relaciones con los demás hombres, y no tan sólo me abstenía de mostrar á nadie la conciencia de mi propia dignidad, sino que ni sabía acostumbrarme á no tener vergüenza á la más pequeña frase que se me dirigía...



XX

Mi hermano Volodia

CUANTO más avanzo en la explicación de esta época de mi vida, más pesada se me hace la labor y más difícil para mí. Muy raramente, entre mis recuerdos de esta época, hallo instantes de sincero y ardoroso sentimiento, de aquel sentimiento que iluminaba con puros é incesantes resplandores los comienzos de mi existencia. Involuntariamente siento en mí el deseo de atravesar lo más pronto posible el desierto de la adolescencia y de alcanzar el momento feliz en que de nuevo el sentimiento de veras tierno y noble de la amistad iluminó con purísima luz el término de este periodo y el principio de una nueva vida, llena de encantos y de poesía, la vida de la juventud.

No seguiré hora tras hora mis recuerdos, pero quiero echar siquiera una rápida mirada sobre los sucesos principales desde el presente momento hasta mi amistad con un hombre extraordinario que tuvo una influencia inmensa, decisiva y bienhechora, sobre mi carácter y mi dirección.

Uno de estos días ha de entrar Volodia en la Universidad, profesores particulares vienen ya para él sólo, y yo con cierta envidia, mezclada con un involuntario respeto, le escucho cómo, con el yeso en la mano y de pie ante un encerado, habla de raíces y de coordenadas... expresiones que á mí me parecen pertenecer á

gran agilidad de espíritu, que debilitó extraordinariamente mi voluntad; la costumbre del análisis moral perpetuo destruyó en mí la frescura del sentimiento y la fuerza de la razón.

Las ideas abstractas se forman gracias á la capacidad del hombre de coger, por medio de la conciencia, un cierto estado momentáneo del alma y transportarlo en el recuerdo. Mi capacidad de reflexión abstracta desarrolló en mí la conciencia hasta un grado tan anormal que, muchas veces, comenzando á pensar en las cosas más simples y sencillas, acababa por caer en el círculo vicioso del análisis de mis propias ideas. De modo que no pensaba ya en lo que había atraído la atención de mi espíritu, sino que pensaba en lo que yo pensaba... A mí mismo me decía: Pienso en que estoy ahora pensando.—Y ahora, en qué pienso? Pienso en que pienso en lo que pienso...—Mi razón empezaba á perder su equilibrio.

Sin embargo, los descubrimientos filosóficos que hacía halagaban extraordinariamente mi amor propio, y con frecuencia me creía un grande hombre que descubre, para dicha de toda la humanidad, una verdad nueva, y desde lo alto de mi orgullosa conciencia me miraba á los demás mortales; pero, cosa extraña, cuando me hallaba en presencia de alguno de estos mortales temblaba de pies á cabeza, y cuánto más me elevaba en mi propia opinión, menos capaz era de mantener relaciones con los demás hombres, y no tan sólo me abstenía de mostrar á nadie la conciencia de mi propia dignidad, sino que ni sabía acostumbrarme á no tener vergüenza á la más pequeña frase que se me dirigía...



XX

Mi hermano Volodia

CUANTO más avanzo en la explicación de esta época de mi vida, más pesada se me hace la labor y más difícil para mí. Muy raramente, entre mis recuerdos de esta época, hallo instantes de sincero y ardoroso sentimiento, de aquel sentimiento que iluminaba con puros é incesantes resplandores los comienzos de mi existencia. Involuntariamente siento en mí el deseo de atravesar lo más pronto posible el desierto de la adolescencia y de alcanzar el momento feliz en que de nuevo el sentimiento de veras tierno y noble de la amistad iluminó con purísima luz el término de este periodo y el principio de una nueva vida, llena de encantos y de poesía, la vida de la juventud.

No seguiré hora tras hora mis recuerdos, pero quiero echar siquiera una rápida mirada sobre los sucesos principales desde el presente momento hasta mi amistad con un hombre extraordinario que tuvo una influencia inmensa, decisiva y bienhechora, sobre mi carácter y mi dirección.

Uno de estos días ha de entrar Volodia en la Universidad, profesores particulares vienen ya para él sólo, y yo con cierta envidia, mezclada con un involuntario respeto, le escucho cómo, con el yeso en la mano y de pie ante un encerado, habla de raíces y de coordenadas... expresiones que á mí me parecen pertenecer á

una ciencia intangible. Un domingo, después de comer, se reúnen en el gran salón de nuestra abuela todos sus profesores, con dos catedráticos de la Universidad, y en presencia de papá y de algunos amigos de la familia, se hace una especie de ensayo de sus exámenes de ingreso, y en ellos demuestra Volodia, con satisfacción inmensa de nuestra abuela, hondo conocimiento de las materias sobre las cuales se le pregunta. También me hacen á mí algunas preguntas, pero estoy muy mal preparado y los profesores tratan de disimular mi insuficiencia, pero de modo que mi ignorancia me confunde aun más. La verdad es que ponen muy poca atención en mí, quizás porque no tengo aun sino quince años escasamente y me falta todavía uno para mi ingreso en la Universidad. A Volodia se le ve únicamente para comer, todo lo demás del día y buena parte de la noche se queda arriba estudiando, pero no porque le obliguen á ello, sino por su propia voluntad... Es muy ambicioso y no se contenta con hacer unos exámenes medianos, quiere que sean brillantísimos.

Y con esto llega el primer día de exámenes; Volodia viste un traje azul, con botones dorados, lleva zapatos de charol y en el bolsillo un magnífico reloj de oro. Ante el portal se pára el coche de papá, arregla Nikolai los asientos, y Volodia y Saint-Jerôme suben al carruaje. Las niñas, especialmente Katenka, con el rostro resplandeciente de alegría, contemplan desde la ventana la silueta elegantísima de Volodia que sube al coche, mientras papá dice: «Dios lo quiera! Dios lo quiera!» y nuestra abuela, que se ha arrastrado hasta junto á la ventana, con las lágrimas en los ojos va haciendo la señal de la cruz sobre Volodia hasta que desaparece el coche tras la esquina de una calleja, y se queda murmurando algunas palabras que no llevo á entender.

Vuelve Volodia, y todos con gran impaciencia le preguntan: «Bueno, y qué? Bien, eh? Cuántos puntos?» Pero sin más que ver su alegre cara ya se comprende que ha quedado bien Volodia, cómo que ha tenido cinco puntos. Al día siguiente le despiden todos con los mismos deseos de que salga bien y con los mismos temores, y se aguarda su vuelta con igual impaciencia é igual ale-



gría; y de este modo durante nueve días seguidos. El décimo es el en que se hace el último y más difícil examen, el de la instrucción religiosa. Toda la familia está reunida junto á la ventana y aguárdase á Volodia con impaciencia mayor aun que los días anteriores. Son ya las dos y Volodia no vuelve.

—Dios mío!... vedles, vedles!—exclama de pronto Lubotchka, sacando casi todo el cuerpo fuera de la ventana.

Y en efecto, en el coche, al lado de Saint-Jerôme, viene sentado Volodia, pero no lleva ya el fraque azul y el sombrero gris, sino que luce gallardamente el uniforme de estudiante, con su cuello azul bordado, con su sombrero de tres picos y su espada al costado.

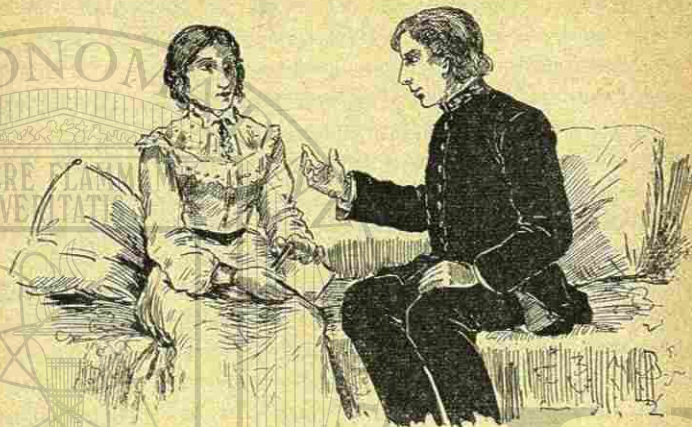
—Por qué no estás viva aun!—exclama mi abuela al ver á Volodia de uniforme, y se desvanece en los brazos de Mimi.

Volodia, con el rostro lleno de alegría corre á nuestro encuentro, y me besa á mí, á Lubotchka, á Mimi y á Katenka, la cual se enrojece hasta la punta de los cabellos; Volodia no sabe qué hacerse, tanta es su alegría. Ah! y qué hermoso está con su uniforme, y qué orgulloso! El cuello azul bordado en oro le sienta maravillosamente y hace resaltar sus nacientes bigotes negros. Su talle es esbelto y elegantísimo, su prestancia noble! Ese día memorable, comemos todos juntos en el cuarto de nuestra abuela. En todos los rostros resplandece la alegría, y á media comida, en el momento oportuno, trae el mayordomo á la mesa, guardando un continente entre solemne y alegre, según convenía á las circunstancias, una botella de *champagne* envuelta en una servilleta. Nuestra abuela, por la primera vez después de la muerte de mamá, bebe también *champagne*; bebe toda una copa, felicitando á Volodia, y de nuevo se pone la pobre á llorar pensando, sin duda, en su hija.

Desde este punto, Volodia sale ya solo en su coche propio, recibe amigos suyos, suyos únicamente, en sus habitaciones, fuma, frecuenta los bailes, y un día yo mismo le vi en su cuarto bebiéndose con sus camaradas dos botellas enteras de *champagne*, y todos ellos al vaciar sus copas lo hacían á la salud de una persona cuyo nombre pronunciaban apenas y misteriosamente, y entre sí discutían á quien tocaría el fondo de la botella.

Sin embargo, Volodia todos los días, con gran regularidad, come en casa, y después de comer se sienta en el diván, como tuvo siempre costumbre de hacer, y se pasa un gran rato hablando con Katenka, pero de un modo que á mí me parece lleno de impenetrables misterios. Hasta donde pude llegar á entender, sin tomar parte en la conversación, hablan únicamente de los héroes y de las heroínas de las novelas que han leído, de sus amores, de sus celos; pero

yo no puedo comprender cómo hallan encanto en conversaciones semejantes, ni porque se sonríen tan finamente mirándose á veces de soslayo y discutiendo con tanto calor acerca de estos temas.



En general, observé que entre Katenka y Volodia, además de la amistad muy natural en camaradas de toda la vida, existían relaciones para mí muy extraordinarias, que los alejaban de todo el mundo y los unían misteriosamente entre sí.

XXI

Katenka y Lubotchka

KATENKA tiene dieciseis años, ya es una mujer; las formas angulosas, la timidez, la escasa gracia de los movimientos propia de la niña mientras se halla en la edad ingrata, han dejado ya su lugar á la frescura y la gracia de la flor que acaba de abrirse; pero en lo demás no ha cambiado lo más mínimo. Los mismos ojos azul claro, la misma mirada sonriente, la misma nariz pequeña y recta, y cuya línea va á confundirse casi con la de la frente, la misma pequeñina boca con su clara sonrisa, los mismos graciosísimos hoyos en sus mejillas sonrosadas, las mismas pequeñas y blancas manos... de manera que, lo mismo que siempre, puede ser llamada Katenka la niña *gentil* por excelencia. Lo único nuevo en ella es la gran trenza rubia que lleva como las jóvenes que andan para mujeres y el naciente pecho,—cuya aparición parece que le estorbe y le agrada á un tiempo.

Y aunque Lubotchka ha crecido con ella y se ha educado con ella, mi hermana es muy otra.

Lubotchka es de poca estatura y su aspecto no tiene nada de agradable. Lo único hermoso que tiene en toda su persona son los ojos, unos ojos hermosos de verdad, grandes, negros, con una expresión infinitamente agradable y de suprema ingenuidad que

forzosamente ha de llamar la atención de cuantos la miren. Lubotchka es siempre en todas las cosas natural y simple; Katenka, en cambio, parece que quiere siempre tener semejanza con alguno, Lubotchka mira siempre rectamente y á veces cuando detiene sobre alguien su mirada, la aguanta tan largo rato que la riñen por eso, pues dicen que es una falta de buena crianza; Katenka, por el contrario, baja los párpados, medio cierra los ojos, y dice que lo hace por ser corta de vista, pero á mí me consta que ve perfectamente. Lubotchka no gusta de hacer monadas ante los extraños, y cuando alguien la besa delante de gente invitada, toma aires de descontento y dice que no le agradan las caricias; por el contrario, cuando hay en casa personas extrañas es cuando Katenka aparece más tierna y más juguetona, sobre todo con su madre, y gusta de corretear por el salón, cogida del brazo de cualquiera otra niña. Lubotchka se ríe siempre terriblemente, y en el acceso de la risa agita los brazos y corre por la estancia como una loca; Katenka,



por el contrario, se cubre la boca con el pañuelo ó con las manos, abandonándose poco á una risa franca y abierta. Lubotchka se sienta manteniendo derecho el cuerpo y anda con los brazos colgando; Katenka inclina á un lado la cabeza y marcha con los brazos encogidos. Lubotchka aparece riente y satisfecha cuando puede hablar con algún señor de edad ya avanzada y dice que

no se casará sino es con un húsar; Katenka dice que todos los hombres le son igualmente desagradables, que no se casará jamás y en cuanto algún hombre le dirige la palabra se turba y parece que le tenga miedo. Lubotchka se queja siempre de Mimi porque la aprieta de tal modo con el corsé que ella dice que se ahoga, que no puede respirar, y es aficionada á comer mucho; Katenka por el contrario, nos dice siempre que va floja y nos lo demuestra metiendo la mano por debajo del corpiño, y en cuanto á comer come muy poco. Lubotchka está todo el día dibujando testas y pequeñas figuras; Katenka no dibuja mas que flores y mariposas. Lubotchka

interpreta muy correctamente los conciertos de Field y hasta algunas de las sonatas de Beethoven; Katenka toca todo lo más variaciones de valeses, y se equivoca con mucha frecuencia, cometiéndolo en el piano las mayores atrocidades.

Pero, á pesar de todo y según mis opiniones de entonces, Katenka se parecía mucho más que mi hermana á una verdadera mujer, y he aquí porque me gustaba también infinitamente más.

mismo sentimiento de amor y de respeto, pero me permito ya pensar en él, juzgar sus actos, é involuntariamente se me ocurren acerca de él ideas de que yo mismo me asusto. Siempre recordaré un hecho que me inspiró algunas de estas ideas y que me ha causado verdaderos sufrimientos morales.

Una noche entró, ya bastante tarde, en el salón, vestido de fraque y con chaleco blanco, para llevarse consigo á un baile á Volodia, que en aquel momento se acababa de vestir en su cuarto. Nuestra abuela, ya en la alcoba, esperaba que mi hermano fuese á verla—pues tenía, siempre que iba á un baile, la costumbre de despedirse de él, examinando su vestido y haciéndole mil recomendaciones. En el salón, que iluminaba una sola lámpara, Mimi y Katenka iban y venían, disponiendo y arreglando no sé qué cosas, y Lubotchka sentada al piano estudiaba el segundo concierto de Field, que era uno de los trozos de musica favoritos de mamá.

En ningún otro momento supe hallar una tan extraordinaria semejanza entre mamá y Lubotchka, cómo que parecía ella misma. Lo raro es que esta semejanza no estaba ni en el rostro, ni en la estatura, sino en algo que no era fácil precisar: en las manos, en el modo de andar, en mil imperceptibles movimientos, pero sobre todo en la voz y en algunas de sus expresiones. Cuando Lubotchka se enfadaba y decía: «Hace un siglo entero que no me dejan tranquila», estas dos palabras *siglo entero* que mamá tenía la costumbre de pronunciar con frecuencia, las decía mi hermana de un modo tal, arrastrando las sílabas, que uno creía estar oyendo á mamá. Pero la más extraordinaria semejanza la ofrecía la niña, en su modo de tocar el piano y en todas sus actitudes mientras tocaba; se arreglaba las faldas al sentarse y doblaba la hoja cogiéndola por la parte de arriba, con la mano izquierda, del mismo modo exactamente que mamá; lo mismo que ella también, cuando no acertaba con alguna de las notas ó modulaciones musicales, daba un puñetazo sobre el teclado, exclamando: «Oh! Dios mío!» cómo tocaba también con su misma extraordinaria delicadeza y limpidez, que todas las grandes habilidades de los pianistas modernos no han logrado hacer olvidar.

Papá entró en el salón con apresurado paso y se fué derechamente á Lubotchka, quien al verle dejó de tocar.

—No, Lubotchka, sigue, sigue—dijo papá cogiéndola y sentándola él mismo,—ya sabes cuánto me gusta oírte.

Lubotchka continuó tocando y papá se quedó sentado delante de ella contemplándola. De pronto, hizo un brusco movimiento de hombros y empezó á pasearse por la estancia. Cada vez que se

XXII

Mi papá

DESDE que ha entrado Volodia en la Universidad veo siempre alegre á papá, y con mucha más frecuencia que antes come con nosotros y con nuestra abuela. Sin embargo, la verdadera causa de su alegría, lo he sabido por Nikolai, consiste en que durante esos últimos tiempos ha ganado mucho dinero. Aún muchos días, antes de marchars al Círculo, se viene á nuestras habitaciones, se sienta junto al piano, nos reúne entorno suyo y marcando el compás con los pies calzados con zapatillas, pues en casa no puede sufrir los tacones altos, nos dice canciones tzígas. Y entonces son de ver las extremadas admiraciones de Lubotchka, su preferida, la cual adora ciertamente en papá. Algunas veces viene á clase, escucha mis explicaciones y cuando quiere corregirme en algo, por las pocas palabras que al caso pronuncia comprendo que no está tampoco muy seguro de lo mismo que me enseñan á mí. Otras veces, disimuladamente, cuando abuela se enfada y nos riñe sin verdadero motivo, nos hace signos porque no le hagamos caso.

«Vaya! hemos sido cogidos, hijos míos!» nos dice después. En general, á mis ojos va descendiendo mi papá poco á poco de las alturas inaccesibles en que le colocara mi imaginación de niño. Verdad que beso todavía sus afiladas y blancas manos con el

aproximaba al piano, se detenía y se quedaba mirando largo rato á Lubotchka. Fijándome en él entonces, observé que estaba profundamente emocionado. Después de haber atravesado varias veces el salón, se plantó detrás de la silla de Lubotchka besó sus negros cabellos y volviéndose rápidamente al otro lado prosiguió sus paseos. Al acabar la niña su tocata se levantó, y acercándose á papá le preguntó:

—Te ha gustado?

Silenciosamente le tomó con ambas manos la cabeza y se puso á besarla en la frente y en los ojos con una ternura que yo no había visto jamás en él.

—Ay! Dios mío! pero si estás llorando, papá!—dijo Lubotchka de pronto fijando en nuestro padre sus grandes ojos sorprendidos.

—Pídote perdón, mi queridísimo papaito, pues no había caído en que es éste el *concierto de mamá!*

—Oh, no! querida... lo que te pido es que lo toques con mayor frecuencia—dijo papá con voz trémula de emoción.

—Si supieses el bien que me ha hecho poder llorar contigo...

Y la besó otra vez aun; entonces tratando de disimular su emoción, salió, moviendo con brusco ademán los hombros, por la puerta que desde el corredor conducía al cuarto de Volodia.

—Volodia!—gritó desde la mitad del corredor—acabas pronto? En este momento vino á pasar por delante de él la criada Macha, la cual, al ver

al amo, bajó la cabeza y quiso dar un rodeo para no toparle; pero él la cogió y la detuvo, diciéndole en voz bajita:—«Vaya! cada día más hermosa!»—y se inclinó sobre ella cómo para besarla.

Macha bajó avergonzada todavía más la cabeza y murmuró:

—Permitidme!...

Cuando hubo pasado Macha y me vió á mí papá, encogióse de



hombros con su movimiento habitual, hizo cómo si tosiese y luego gritó otra vez:

—Volodia, pues, qué haces?

Quiero á mi padre, pero la razón vive independientemente del sentimiento, y con frecuencia encierra la razón ideas que hieren el sentimiento y que son muy crueles y aún incomprensibles para el corazón. Y pensamientos de esta clase, aunque yo me esforzaba en apartarlos de mí, me asaltaban, cuando pensaba en mi padre, con excesiva frecuencia.

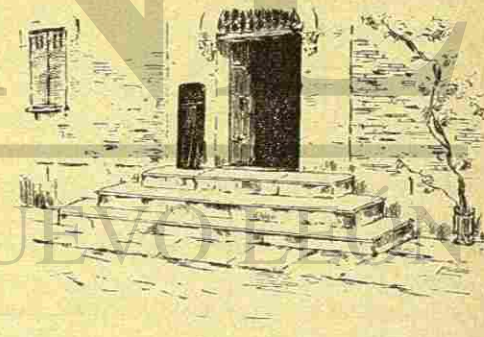
prendí porque se nos enviaba á paseo en hora tan fuera de costumbre.

Precisamente aquel día lo mismo yo que Lubotchka nos hallábamos en una disposición de espíritu singularmente alegre, pues la cosa más nimia, la más insignificante palabra, el hecho más pueril nos hacía reír... Un faquín llevando una regular carga y corriendo por la calle con paso menudo y rápido nos hace estallar en la más ruidosa carcajada. Más allá, un cochero harapiento guiando al galope agita los extremos de las riendas que tiene en la mano, y nos reímos de nuevo. El látigo de Felipe se enrosca en el arco del trineo y exclama: Eh!... lo cual nos hace morir de risa. Mimi, con aire de sumo descontento, dice que únicamente los tontos se ríen de este modo, y Lubotchka, encendida por el esfuerzo hecho para contenerse, me mira de reojo, chocan nuestras miradas y estallamos en una risa verdaderamente homérica, hasta llenarse de lágrimas nuestros ojos, por no poder contener la risa que nos retoza por el cuerpo. Nos hallamos apenas un poquitín calmados, cuando miro de nuevo á mi hermana, pronuncia ésta cierta palabra que estaba entonces de moda entre nosotros y otra vez nos reímos como verdaderos locos.

Volvíamos ya á casa, y yo acababa de abrir la boca haciendo una risible mueca cuando súbitamente hiere mis ojos la imagen lúgubre de una tapa de ataúd que está apoyada contra la pared junto á la entrada, y me quedo inmóvil con la risible mueca en los labios.

— Vuestra abuela ha muerto! — dice Saint-Jerôme, que avanza hacia nosotros, muy pálido el rostro.

Todo el tiempo que estubo en casa el cuerpo de nuestra abuela, sentí con gran fuerza el miedo de la muerte, esto es, que su cadáver me recordaba penosa y vivamente que un día ha de venir en que yo muera también, sentimiento que algunos se empeñan en confundir con la tristeza que les causa la separación de los seres amados... No es que añore á mi abuela, y á decir verdad no creo que nadie la eche de menos. La casa se llena de gente enlutada,



XXIII

Nuestra abuela

NUESTRA abuela va debilitándose más cada día; la campanilla, la voz de la colérica Gacha y el rechinar de puertas y vidrieras se hace oír cada vez con mayor frecuencia en sus habitaciones; no recibe ya en su gabinete, sentada en su sempiterno sillón, sino en su dormitorio, siempre echada en una cama muy alta, llena de almohadas con sendas puntillas y bordados. Al ir á darle los buenos días noté en su mano una especie de hinchazón amarillenta y percibí en la alcoba el mismo olor fuerte y pesado que sentí hace cinco años en la alcoba de mamá. El doctor hace tres visitas diarias y se han celebrado ya varias consultas médicas. Pero su carácter, su modo altanero de tratar á los criados y sobre todo á papá no han cambiado en lo más mínimo. De igual modo que antes frunce las cejas y pronuncia las palabras: «Querido mío».

Pero hace ya algunos días que no nos dejan entrar en sus habitaciones, y una mañana mientras estábamos en clase, Saint-Jerôme me ordenó que me fuera de paseo con Lubotchka y Katenka. Una vez sentado en el trineo, noté que la calle, delante de las ventanas que corresponden con las habitaciones de mi abuela, estaba cubierta de paja, y que unos individuos con blusa azul se hallaban en nuestra puerta cochera, y sin embargo de todo esto no com-

pero no sé ver á nadie verdaderamente triste, salvo una sola persona, cuyo dolor y desesperación me sorprenden cómo no sabré yo decir. Esta persona es la sirvienta Gacha. Se sube al granero, se encierra sola allí, y llora y se maldice y se arranca los cabellos; no quiere saber nada de nadie, y dice que después de morir su dueña tan amada, no le queda ya más sino morir también...

Repito aquí de nuevo que, en materia de sentimientos, lo inverosímil es siempre seguro indicio de verdad.

Nuestra abuela ya no existe, pero su recuerdo y ciertos comentarios acerca de ella viven todavía en nuestra casa. Estos comentarios refiérense principalmente al testamento que hizo mucho antes de morir y que no conoce nadie excepto su ejecutor testamentario, el príncipe Ivan Ivanovitch. Entre la servidumbre de nuestra abuela observé cierta emoción y hasta sorprendí algunas frases, descubriendo que se preocupaban por saber á quien irían las riquezas de la noble anciana, y confieso que con alegría, aunque á pesar mío, yo pensaba que vendrían á nosotros.

No habían pasado de esto más de seis semanas cuando Nikolai, la ordinaria gaceta de noticias en nuestra casa, me contó que nuestra abuela había dejado heredera universal de sus bienes á Lubotchka, dándole por tutor hasta su matrimonio, no á papá, sino al príncipe Ivan Ivanovitch.



XXIV

Mi personalidad

No me faltan ya más que algunos meses para hacer mi entrada en la Universidad. Estudio ahora bien, y no solamente aguardo sin miedo ninguno á mis profesores, sino que hallo hasta una especie de gusto en las lecciones. Es en efecto para mí de un gran placer acertar en la exposición clara y metódica de la lección estudiada. Me preparo para entrar en la facultad de ciencias matemáticas, y si he de decir la verdad esta elección se funda únicamente en que las palabras: sinus, tangente, diferencial, integral y otras por el estilo me gustan extraordinariamente.

Soy mucho más pequeño que Volodia, ancho de espaldas y más bien grueso. He continuado tan feo como antes, y como antes también esto hace mi desolación. Trato en cambio de parecer original, y la única cosa que me consuela es que una vez dijo papá de mí que tenía yo unos ojos inteligentes, y así lo creo con toda firmeza.

Saint-Jerôme está contento de mí, me alaba, y no solamente no le detesto ya sino que, cuando dice alguna vez que: con mis capacidades y mi clara inteligencia sería vergonzoso que no hiciese yo esto ó lo de más allá, paréceme hasta que le quiero.

Mis observaciones en el cuarto de las criadas hace ya mucho

tiempo que han acabado, pues me avergüenzo ahora de esconderme tras las puertas, y, además, la convicción del amor de Macha por Vasili confieso que me curó casi del todo de mis grandes ardores. Luego el matrimonio de Vasili, á cuyos ruegos yo mismo pedí el permiso á papá, me curó definitivamente de esta desdichada pasión mía.



Y cuando los jóvenes desposados, llevando una pequeña fuente con bombones, vinieron á ver á papá para darle las gracias por su matrimonio, y Macha, con su elegante cofia con lazadas de azul celeste nos dió á cada uno de nosotros las gracias besándonos en el hombro, no sentí más que

el olor de la pomada que llevaba en los cabellos, sin que experimentase la más pequeña emoción.

En general comienzo á corregirme poco á poco de mis defectos de la adolescencia, excepto no obstante el principal de ellos, que sin duda habrá de causarme en mi existencia no pocos sinsabores: mi singular disposición para el raciocinio.



XXV

Los amigos de Volodia

AUNQUE entre los camaradas de Volodia yo representaba un papel que hería profundamente mi amor propio, me gustaba hallarme en su cuarto cuando recibía á sus amigos, observando en silencio cuánto se pasaba allí. Los que con mayor frecuencia venían á pasar algún rato con Volodia eran el ayudante de campo Dubkov y el estudiante príncipe Nekhludov. El primero era un hombrecillo moreno y sanguíneo, no muy joven ya, y aunque tenía las piernas algo cortas era de un aspecto asaz agradable, y estaba siempre muy alegre. Era una de esas personas de inteligencia limitada, y que son simpáticas precisamente por esa cualidad suya, pues no pudiendo ver las cosas todas sino por uno solo de sus aspectos, se muestran siempre entusiasmadas. Los razonamientos de tales hombres son siempre estrechos y hasta erróneos, pero ellos suelen ser siempre en todo sinceros y se muestran constantemente satisfechos, y aún su estrecho egoísmo nos parece, no sé por qué, digno de excusa y hasta encantador. Además, para Volodia y también para mí, Dubkov tenía un doble encanto: un aspecto muy marcial y la edad precisamente que los jóvenes tenemos la costumbre de mirar como la más apropiada para la mayor brillantez de nuestras cualidades naturales. De todas maneras, Dubkov podía ser calificado de lo que se llama «todo un hombre». Una sola cosa me era

desagradable, y es que delante de él, Volodia se mostraba cómo avergonzado de mis actos más insignificantes y aún de mi poca edad.

Nekhludov no era tan hermoso; sus ojos pequeños y grises, su frente estrecha y recta, la longitud desmesurada de sus manos y de sus pies no podían realmente ser considerados como rasgos de belleza. Lo que de hermoso tenía el príncipe era su elevado talle, la frescura del rostro y la blancura extremada de sus dientes. Su rostro, no obstante, tenía una expresión muy enérgica y original, debida, principalmente, á sus pequeños y brillantes ojos, y además la movible expresión de su sonrisa, á veces seria y grave, á veces infantil y graciosa, no podía menos de atraer sobre él la atención de quien le viese por la primera vez.

Era en apariencia muy tímido; pues la menor cosa le encendía de rubor el rostro hasta la punta de las orejas, aunque su timidez no se parecía en nada á la mía: cuánto mayor era el rubor que pintaba sus mejillas, mayor resolución expresaba su rostro, cómo si se enfadase consigo mismo por su propia debilidad.

Aunque parecía ser gran amigo de Dubkov y de Volodia, era evidente que tan sólo el azar los había reunido. Sus opiniones eran siempre distintas; Volodia y Dubkov tenían miedo de todo lo que se parecía siquiera al razonamiento ó al sentimentalismo; Nekhludov, por el contrario, era de espíritu estusiasta en el más alto grado, y con frecuencia, aún á pesar de la burla que le hacían, lanzábase á discutir ampliamente sobre toda clase de cuestiones filosóficas ó bien relacionadas con el sentimiento. Volodia y Dubkov gustaban de estar siempre hablando de las mujeres que amaban varias á un tiempo y siempre las mismas uno y otro. Nekhludov, por el contrario, enfadábase cuando hacían sus amigos alusión á su amor por cierta joven rubia.

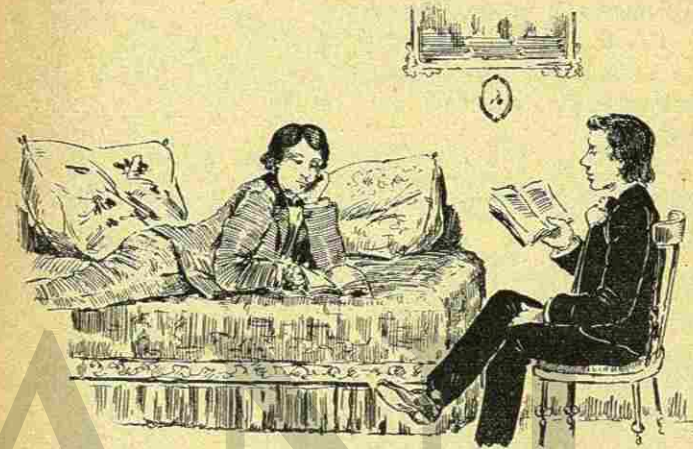


Volodia y Dubkov se permitían con frecuencia hacer burla de sus padres y demás parientes; Nekhludov, por el contrario, se ponía furioso si se dirigía la más pequeña alusión, en sentido desfavorable, á su tía, á la cual tenía el príncipe en una entusiasta adoración. Volodia y Dubkov, después de cenar, se iban

con frecuencia... á no sé dónde, pero siempre sin Nekhludov, á quien solían llamar la *niña pudorosa*.

El príncipe Nekhludov me sorprendió ya desde el primer momento, tanto por su interesante conversación, como por su aspecto exterior. Pero, aunque teníamos ambos una multitud de ideas comunes,—ó tal vez precisamente por eso—el sentimiento que me inspiró la primera vez que le ví estaba muy lejos de ser de veras amistoso. Su mirada inquieta, su voz firme, su aire altanero y sobre todo la absoluta indiferencia que desmostraba conmigo, me disgustaba no poco. Con mucha frecuencia, durante nuestras conversaciones, sentía grandes deseos de contradecirle, y, para vencer su orgullo, salir triunfante de él en alguna discusión, siquiera para demostrarle que yo también era inteligente, aunque no se dignase poner en mí su atención; pero cuántas veces lo quise intentar, mi natural timidez me contenía.

teras sin decirnos una palabra; pero bastaba la presencia de un tercero para que se iniciase entre nosotros la más interesante y más variada conversación. Nos conocíamos tan bien el uno al otro, que nunca hallábamos en nosotros mismos cosa de qué hablar,



XXVI

Los grandes razonamientos

ECHADO sobre el diván, se hallaba Volodia leyendo una novela francesa, cuando un día, después de la clase, según tenía por costumbre, entré en su cuarto. Levantó un momento la cabeza para mirarme y continuó su lectura, y este movimiento suyo, tan simple y tan natural, me desconcertó y me avergonzó no poco, pues me pareció leer en su mirada la pregunta: por qué vienes ahora? Y en el rápido movimiento para bajar la cabeza me pareció ver el deseo de disimular la expresión de su mirada. Esta especial disposición mía á interpretar la más insignificante palabra, el gesto más sencillo, era por aquel entonces característica en mí. Me acerqué á la mesa, y tomé también un libro, pero antes de empezar la lectura se me ocurrió que era cosa tan ridícula que, después de todo un día de no habernos visto, estuviésemos juntos un momento sin decirnos siquiera una palabra.

—Estarás en casa esta noche?

—No lo sé; por qué lo dices?

—Por nada,—hice yo, y viendo que no se arrancaba la conversación, abrí el libro y comencé á leer.

Es muy extraño: solos Volodia y yo, podíamos estar horas en-

pues el conocerse mucho, lo mismo que el conocerse poco, impide la mutua aproximación.

—Está Volodia en casa?—se oyó que decía en la antecámara la voz dulzona de Dubkov.

—Está!—gritó Volodia bajando las piernas y dejando el libro sobre la mesa.

Dubkov y Nekhludov, con el abrigo y el sombrero puestos, entraron en el cuarto.

—Vas al teatro esta noche, Volodia?

—No, no tendré tiempo,—contestó Volodia algo turbado.

—Eso es una tontería; si tienes gana de ir...

—Es que ni tengo billete siquiera.

—En la puerta del teatro encontrarás cuantos quieras.

—Espera entonces, vuelvo enseguida,—dijo Volodia, y haciendo su habitual movimiento de hombros salió de la estancia.

Yo sabía que Volodia deseaba ir al teatro, y que si rehusaba la invitación de Dubkov era tan sólo porque no tenía aquel día dinero, cómo que había salido para pedir prestados al portero algunos rublos hasta su mensualidad próxima.

—Buenos días, diplomático!—hizo Dubkov alargándome la mano.

Los amigos de Volodia me llamaban diplomático porque un día, después de comer, reunidos en el salón con nuestra difunta abuela, se habló de nuestro porvenir, y la noble anciana dijo que Volodia sería probablemente militar y que en cuanto á mí confiaba verme convertido en un gran diplomático...

—¿Dónde ha ido Volodia?—me preguntó el príncipe.

—No lo sé,—contesté lleno de rubor ante la idea de que probablemente había adivinado ya el verdadero motivo de la salida de mi hermano.

—Seguro que no tiene dinero, no es eso, diplomático?—añadió interpretando mi turbación.—Yo tampoco lo tengo hoy; y tú tienes, Dubkov?

—Veámoslo!—hizo éste sacando el bolsón y palpándolo con sus cortísimos dedos.—Cinco kopeks... veinte kopeks... y basta,—concluyó haciendo con la mano un gesto cómico.

En este preciso momento entró Volodia otra vez.

—Vamos al teatro ó no?

—No vamos.

—Eres extraordinario!—dijo Nekhludov.—Por qué no confiesas que no tienes dinero? Te cedó mi billete; lo quieres?

—Y tú?

—Este se irá al palco de sus primas,—dijo Dubkov.

—No, eso de ninguna manera,—exclamó resueltamente el príncipe.

—Por qué?

—Porque no me gusta, no estoy bien allí.

—Tontería!... no comprendo cómo puede no gustarte permanecer donde todos se alegran tanto de verte; esto es sencillamente ridículo, querido.

—¿Qué quieres que le haga, si soy tan tímido? Estoy seguro de que tú no te has ruborizado una sola vez en tu vida, al paso que yo me ruborizo á cada instante, por la menor cosa,—y al decirlo se enrojecieron sus mejillas á no poder más.

—Sabes de qué proviene tu timidez?... Pues de un exceso de amor propio, amigo,—dijo sentenciosamente Dubkov, con aires de protección.

—Cómo por exceso de amor propio!—dijo Nekhludov herido en lo más vivo.—Has de saber, por el contrario, que si soy tímido débese á que me parece que estorbo siempre, que desagrado á la gente; he aquí porque...

—Vístete ya, Volodia,—dijo Dubkov, agarrando á mi hermano por la espalda y haciendo ademán de quitarle la chaqueta.

—Me sucede con frecuencia...—decía Nekhludov; pero su amigo no le escuchaba ya, tarareando una canción cualquiera, la última de moda, mientras el otro seguía diciendo:

—No te escaparás; quiero probarte que mi timidez no viene de mi amor propio.

—Bueno, me lo probarás viniéndote con nosotros.

—Ya te he dicho que no quiero ir.

—Entonces, quédate aquí y demuéstrolo al diplomático, y cuando volvamos, ya nos lo explicará él.

—Vaya si se lo probaré,—exclamó Nekhludov con tozudería infantil.—Solamente os pido que volváis cuanto antes.

—A vos, qué os parece? Tengo yo amor propio?—dijo el príncipe sentándose á mi lado.

Aunque sobre esto tenía ya mi opinión formada hacía mucho tiempo, me turbó profundamente su pregunta inesperada y no supe al momento qué contestar.

—Creo, en efecto, que sí, que tenéis amor propio,—dije al fin, sintiéndome temblorosa la voz y el rubor cubrir mi rostro á la sola idea de que había llegado el momento de probarles á todos que yo poseía la inteligencia que había dicho mi padre.—Pienso que todos los hombres tienen su amor propio, y que todo lo que hace el hombre, lo hace por amor propio.

—Entonces, qué es lo que entendéis por amor propio?—dijo Nekhludov con una sonrisa que me pareció ligeramente despreciativa.

—El amor propio no es sino la convicción que cada uno de nosotros tiene de que es mejor y más inteligente que los demás.

—Pero, cómo pueden estar todos convencidos en justicia de lo mismo?

—No sé si es justo ó injusto; sólo sé que nadie, excepto yo, se atreve á confesar esto. Por lo que á mí hace, estoy bien convencido de que soy el hombre más inteligente del mundo, como estoy convencido igualmente de que pensáis lo mismo de vos.

—No es cierto, pues yo digo que he hallado en mi camino hombres que reconozco por más inteligentes y por mejores que yo,—dijo Nekhludov.

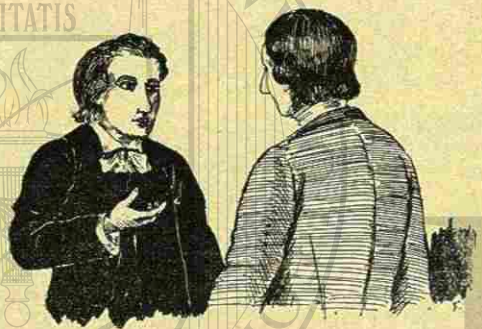
—Esto es imposible,—exclamé con gran firmeza.

—Acaso creéis de veras lo que habéis dicho?—añadió Nekhludov mirándome fijamente.

—Lo he dicho con toda formalidad.

Y enseguida se me ocurrió, espontáneamente, una gran idea, que quise al momento exponer, diciendo:

—Os lo voy á demostrar. Por qué nos tenemos más amor á nosotros mismos que á los demás? Porque nos creemos mejores que los demás, más dignos de estimación; si nos pareciesen los demás hombres mejores que nosotros, les amaríamos más que á nosotros mismos, y esto no sucede nunca... Y aunque esto suce-



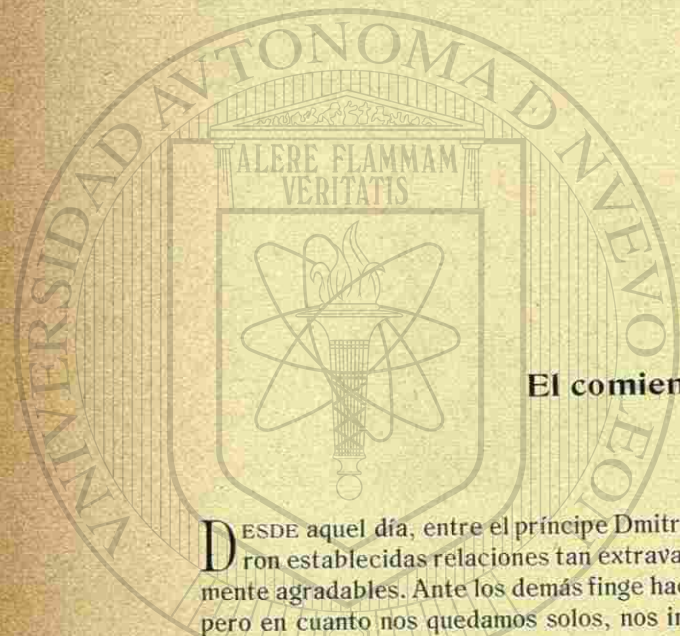
diese, tendría yo igualmente razón,—añadí con una sonrisa que, involuntariamente quizás, expresaba lo satisfecho que había quedado de mí mismo.

Nekhludov permaneció callado un instante.

—Vaya! no os creía hasta ese punto inteligente!—dijo luego, con una encantadora y alegre sonrisa. En aquel punto me sentí extraordinariamente feliz.

Obra la alabanza con tanta fuerza, no tan sólo sobre los sentimientos, sino también sobre la inteligencia del hombre que bajo su influencia benéfica y agradable, me pareció que me hacía aun más inteligente, y las ideas, una después de otra, se me presentaron con excelsa claridad y con rapidez extraordinaria. Después de hablar del amor propio, pasamos insensiblemente á tratar del amor y sobre este tema la conversación pareció inagotable. Aunque nuestros razonamientos hubiesen sin duda parecido á un extraño una especie de absurdo galimatías—tan poco claros eran y tan limitados—tenían para nosotros una importancia inmensa. Nuestras almas se hallaron tan perfectamente acordadas que, al poner en vibración la menor fibra de una de ellas, hallaba inmediatamente eco

en la otra, y esta constante armonía en los diversos asuntos que tocamos durante la conversación nos proporcionó un placer inmenso. Nos pareció que no había palabras bastantes ni suficiente tiempo para transmitirnos del uno al otro todas las ideas y todos los pensamientos que pedían con urgencia ser exteriorizados, para ser compartidos.



XXVII

El comienzo de la amistad

DESDE aquel día, entre el príncipe Dmitri Nekhludov y yo quedaron establecidas relaciones tan extravagantes como extremadamente agradables. Ante los demás finge hacer de mí muy poco caso; pero en cuanto nos quedamos solos, nos instalamos en un rincón y reanudamos nuestros razonamientos, olvidándolo todo, hasta el volar del tiempo.

Unas veces hablamos de la vida futura; otras veces de las artes, del servicio, del matrimonio, de la educación de los niños, y ni un solo momento se nos ocurre que cuánto vamos diciendo es terriblemente absurdo; y es natural, pues el absurdo que discutimos es un absurdo agradable, espiritual, y durante la juventud se aprecia y se cree todavía en la eficacia de lo espiritual. Durante la juventud, todas las fuerzas del alma van dirigidas hacia el porvenir, y este porvenir toma formas variadas, vivientes y seductoras, bajo la influencia de una esperanza que se basa, no en la experimentación de lo pasado, sino en la posibilidad de una dicha imaginada; los ensueños sobre una felicidad futura, comprendidos y compartidos, constituyen la verdadera dicha de esa hermosa edad. En nuestros raciocinios metafísicos, una de nuestras principales fuentes de conversación, me gustaba venir á parar en aquel momento en que las ideas se suceden cada vez más rápidas, se ha-

cen también á cada momento más abstractas, y llegan por fin á un grado tal de oscuridad que es ya punto menos que imposible su expresión, y en que, creyendo uno decir lo que piensa, dice todo lo contrario. Me placía hallarme en aquel momento en que, elevándose más cada vez en los dominios de lo ideal, se llega á sentir toda la fuerza de lo infinito, viéndose clara la imposibilidad de ir más lejos.

Una vez, durante el carnaval, aunque vino Nekhludov varias veces á casa, estaba tan ocupado por sus diversiones que no pudimos hablar. Esto me hirió en mi orgullo de tal modo que nuevamente le juzgué vanidoso y antipático. Esperé entonces una ocasión para demostrarle que no me importaba nada su compañía, que no la estimaba, y que no le guardaba afección personal ninguna.

La primera vez, después de carnaval, que quiso hablar de nuevo conmigo, le dije que tenía que preparar algunas lecciones difíciles y me fui arriba; pero no había transcurrido un cuarto de hora, cuando se abrió la puerta de mi cuarto y el príncipe entró diciéndome:

—Estorbo?

—No,—le contesté, aunque tenía hecho el propósito de pretextar una ocupación cualquiera.

—Entonces, por qué os habéis marchado?... Hace ya mucho tiempo que no hemos discutido juntos, y estoy tan acostumbrado á ello que ya me parece que me falta algo.

Esto me curó de mi despecho, y Dmitri volvió á ser á mis ojos el mismo hombre bueno y encantador.

—No adivináis por qué me he marchado?

—Quizás,—contestó sentándose á mí lado—pero aún adivinándolo, yo no debo decirlo. Decidlo vos.

—Sí que os lo diré: me he marchado porque me enfadé... no es enfado precisamente; pero sentí despecho... Esto es, pues he temido siempre que no me consideréis como deseo, tan sólo por ser yo demasiado joven.



—Sabéis por qué me gusta tanto vuestra compañía?—dijo el príncipe contestando á mi confesión con una mirada llena de simpatía y de bondad.—Sabéis por qué os quiero mucho más que á otras personas á quienes conozco desde más antiguo y con las cuales tengo más frecuente relación? Pues, en este mismo instante lo acabo de ver con la más perfecta claridad, porque tenéis una condición extraordinaria, rara entre los hombres: la franqueza.

—Sí, digo siempre hasta aquellas cosas de que me avergüenzo ante mi propia conciencia; pero no las digo sino á aquellos de quienes estoy seguro.

—Sí, mas para estar seguro de un hombre, es necesario absolutamente ser su amigo, y nosotros no somos todavía buenos amigos, Nikolai; acordaos de lo que hemos dicho hablando de la amistad: para ser verdaderos amigos es preciso que el uno esté del otro bien seguro.

—Eso es, estar seguro de que vos no diréis á nadie aquello que yo os diga; y las ideas más importantes y las más interesantes son precisamente aquellas que por nada del mundo diríamos á nadie, y las malas ideas son tan malas que si las hubiésemos de confesar á alguno ciertamente que no se nos ocurrirían jamás.

—Sabéis lo que pienso, Nikolai?—añadió levantándose y frotándose las manos una con otra. Enseguida dijo sonriendo:—Hagámoslo, y ya veréis cómo será cosa útil para el uno y para el otro. Prometámonos que nos lo confesaremos siempre todo mutuamente. Así nos conoceremos bien el uno al otro, y no nos dará vergüenza lo que pensemos, dándonos también mutua palabra de que *jamás hablaremos á nadie de nosotros*. Hagámoslo!

—Muy bien; hagámoslo.

Y en efecto, lo hicimos. Lo que de esto resultó ya lo contaré más tarde.

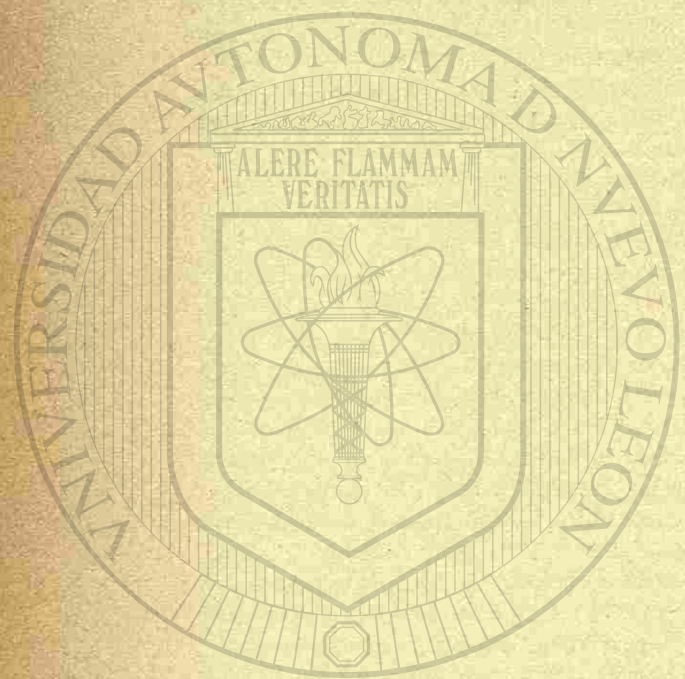
Kárr ha dicho que en toda unión de dos seres humanos hay siempre que considerar dos aspectos: el uno ama, el otro se deja amar; el uno besa, el otro se deja besar. Es absolutamente exacto, y en nuestra nueva amistad yo era el que besaba, Dmitri el que se dejaba besar... aunque también él estuvo á punto de besarme. Nos amábamos el uno al otro con un amor igual, pues sabíamos apreciarnos recíprocamente, pero todo esto no le impedía al príncipe ejercer sobre mí su influencia, ni á mí me impedía someterme á ella.

No hay que decir que, bajo la influencia de Nekhludov, adopté involuntariamente su misma dirección moral, cuya esencia era la adoración entusiasta de un purísimo ideal de virtud y la convicción

de que el destino del hombre está en su perfeccionamiento indefinido, eterno.

En aquella época, corregir á toda la humanidad, destruir todos sus vicios y sus males me parecía una cosa facilísima, tan fácil y tan sencilla como la de corregirse á sí mismo, adaptándose á la práctica de todas las virtudes, en la cual se ha de hallar forzosamente la verdadera felicidad...

No obstante, tan sólo Dios puede saber hasta qué punto son de veras ridículos estos hermosos ensueños de la juventud, y quien es el culpable de que nunca se realicen!



Juventud

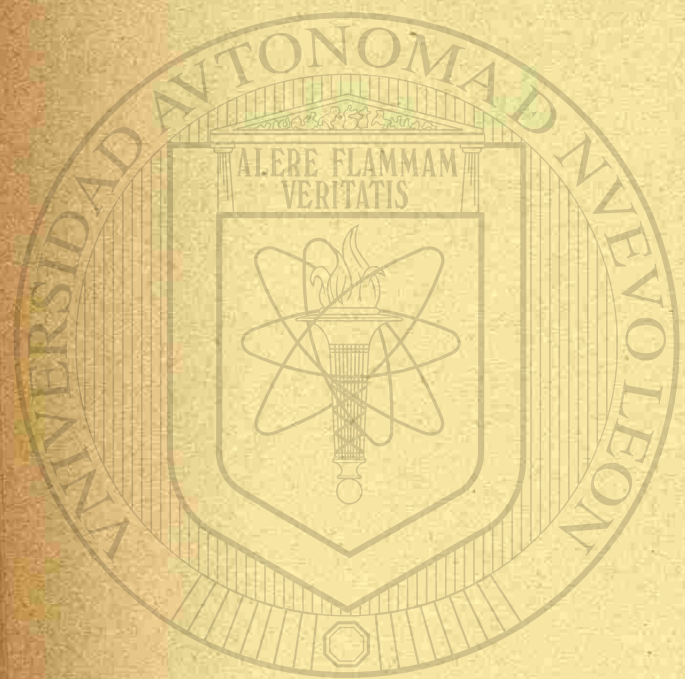
1855-57

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



I

Dónde está el principio de la juventud

HE dicho que mi amistad con Dmitri me había abierto nuevos horizontes sobre la vida, sobre su fin, sobre las relaciones entre los hombres. Obtuve entonces el convencimiento de que el destino de los hombres está en el deseo hacia la perfección moral, y que ésta era fácil, posible é indefinida. Mas yo no gozaba sino del descubrimiento de las ideas nuevas que se desprendían de esta consideración y de la elaboración de un plan de porvenir brillante, moral, activo; pero mi vida seguía su mismo orden mezquino, confuso y ocioso.

Estas ideas de virtud cambiadas en las conversaciones con mi predilecto amigo Dmitri, el *maravilloso Mitia*, como yo me le nombraba varias veces á mí mismo, han sido más gratas á mi espíritu que á mi corazón. En ciertos momentos, se me han aparecido con una fuerza de nueva revelación moral, hasta el punto de que muchas veces me asusto pensando en el tiempo perdido, y con todo, en el mismo instante, quiero aplicar estas ideas á mi vida con la firme resolución de no olvidarlas jamás.

Es en este momento donde está el principio de mi *juventud*.

Tenía entonces casi los diez y siete años. Los maestros continuaban viniendo á mi casa. Saint-Jerôme dirigía mis estudios, y

maquinalmente, sin gran entusiasmo, me preparaba para la Universidad. Fuera de mis estudios, mis ocupaciones consistían en delirios y reflexiones solitarias, vagas, en ejercicios gimnásticos, para

llegar á ser el primer atleta del mundo, en paseos sin rumbo fijo á través de todas las habitaciones y principalmente por el pasillo de los cuartos de las criadas, en contemplar mi propio individuo delante del espejo, no sin que me alejase siempre de él con un sentimiento de tristeza al mismo tiempo que de desprecio por mi misma persona.



Mi aspecto, como me constaba, no solamente no era elegante, sino que ni tan sólo podía consolarme con los descargos propios en este caso; no podía decir que mi aspecto fuese expresivo, inteligente y noble. No tenía nada de expresivo; los rasgos eran de los más ordinarios, groseros y al mismo tiempo feos; los ojos pequeños, grises, y sobre todo cuando me miraba en el espejo me parecían más torpes que espirituales. Enérgico, era más que todo, y bien que fuera grande y muy fuerte por mi edad, todos los rasgos de mi fisonomía eran blandos, flojos, indecisos. No había en ellos nada de nobleza, al contrario, parecían los de un simple aldeano; y mis manos y mis pies, muy desarrollados en esa época, me causaban una verdadera vergüenza.



II

La primavera

EL año de mi entrada en la Universidad, las Pascuas fueron en abril, tanto que los exámenes estaban fijados para después de ellas, y durante la semana santa debíme preparar para la comunión y acabar mi preparación para los exámenes.

El tiempo, después de derretida la nieve, que Karl Ivanovitch llamaba «*el hijo viene después de los padres*», era desde hacía algunos días dulce, calmoso, claro. En las calles no se veía apenas un copo de nieve; el pavimento brillaba, el correr del agua quitaba el lodo espeso. En los tejados, las últimas gotas brillaban al sol; en el jardín, los botones se hinchaban de los árboles; en el patio un pequeño sendero seco llevaba á la caballeriza delante de un montón de estiércol helado; cerca de la escalera, entre las piedras, crecía verdeante musgo.

Este momento singular de la primavera es el que influye fuertemente en el alma de los hombres; el sol brilla, pero sin ardor; corren los pequeños arroyos; el frescor perfumando el aire y los cielos de un azul tibio, con grandes nubes diáfanas. Yo no sé por qué, mas me parece que en la gran ciudad la influencia de este periodo en que nace la primavera es aun más sensible, más fuerte, se ve menos, pero se presiente mucho más. Estaba de pie junto á la ventana, en la sala de la clase que me enojaba horriblemente, y

el sol de la mañana, á través de los dobles vidrios, proyectaba sus rayos en que revoloteaba el polvo. Estaba ocupado en resolver en la pizarra una larga ecuación algebraica. En una mano tenía el Algebra de Franker estropeada, y en la otra, un pedazo de yeso con el cual me había ensuciado las manos, la cara y los codos de mi traje. Nikolai, con blusa, las mangas recogidas, levantaba con las tijeras la almáciga de la ventana y enderezaba los clavos de la vidriera que se abría sobre el jardín. Mi atención era distraída por su trabajo y por el ruido que hacía. En esa ocasión estaba yo de muy mal humor. Nada me salía bien; una falta que



hice al empezar mis cálculos me obligó á principiarlos de nuevo; dos veces dejé caer el yeso. Me convencí de que mi rostro y mis manos estaban sucias; la esponja estaba no sé dónde... y el ruido hecho por Nikolai me excitaba vivamente los nervios. Quise enfadarme, murmurar, pero tiré el yeso, el Algebra y me decidí á meterme en mi cuarto. Me acordé entonces de que debíamos confesar aquel día, y que me había de abstener de pecar; en aquel punto tomé una resolución de espíritu muy particular y dulcemente me acerqué á Nikolai.

—Déjame ayudarte, Nikolai,—le dije procurando dar á mi voz un tono amable.

La idea de que obraba bien dominando mi enojo para mejor

obligar á Nikolai, aumentaba aun en mí ese estado de espíritu profundamente conciliador.

El betún había saltado, los clavos estaban enderezados, mas á pesar de que Nikolai tiraba con todas sus fuerzas el marco de la vidriera no cedía.

«Tirando con él—pensaba yo,—si el cuadro se desprende de una vez... entonces esto será un pecado y ya no podré trabajar en todo el día».

La vidriera resbaló de un lado y salió.

—Dónde la llevo?—le pregunté.

—Permitidme que lo arregle yo mismo—respondió Nikolai visiblemente extrañado, y al mismo tiempo, según me pareció, descontento de mí celo.—No, es fácil que se confundan, porque allá abajo, en el cuarto oscuro, están todas numeradas.

—Yo las numeraré—dije levantando el cuadro.

Me parece que si el cuarto oscuro hubiese estado á dos *verses* lejos y que el marco hubiese pesado dos veces más, yo

hubiese estado muy contento. Hubiera querido rendirme de cansancio para prestar este servicio á Nikolai. Cuando regresé al cuarto, los ladrillitos y pequeñas pirámides de sal estaban ya quitadas del borde de la ventana abierta, y Nikolai sacudía con un plumero la arena y las moscas adormecidas. El aire fresco y perfumado rellenaba el cuarto, penetrando en él. Por la ventana se percibía el rumor de la ciudad, y en el jardín el murmurar de los gorriones.



Todos los objetos estaban vivamente aclarados, el cuarto era alegre, un suave viento de primavera levantaba las páginas

de mi Algebra y los cabellos de Nikolai. Acerquéme á la ventana, y sentándome en ella, me incliné hacia el jardín y me puse á soñar.

Un nuevo sentimiento, extraordinariamente poderoso y agradable, penetró súbitamente en mi alma. La tierra húmeda, en que se veían á un lado y á otro yerbas amarillas con las puntas verdes; los arroyuelos, brillando bajo el sol, arrastraban pedacitos de tierra y pequeñas porciones de leña; las ramas y los botones tupidos de las liláceas se balanceaban casi sobre las ventanas; los murmullos azorados de los pajaritos que se agitaban dentro del zarzal; el muro de contorno negro, húmedo de nieve derretida, y principalmente el aire húmedo y perfumado y el sol espléndido, me inspiraban claramente ideas nuevas y buenas que no sabría explicar tal cómo se me revelaban, pero que yo trataré de expresar diciendo que todo esto me hablaba de la belleza, de la dicha, de la virtud, y me las mostraba como cosa fácil de alcanzar, posible para mí, no insuperable, y cómo formando las tres no más que una sola y misma cosa.

«Cómo no he sabido comprender cuando he sido malo hasta el presente, y cómo podré ser bueno y feliz en adelante?» me dije. —«Es preciso inmediatamente procurar ser otro hombre y empezar á vivir de diferente manera». Sin embargo, á pesar de esto me quedé algún tiempo más junto á la ventana, pensando y sin hacer nada. Alguna vez os habrá ocurrido en verano, en tiempo sombrío y lluvioso, ir á dormir durante el día y despertar al ponerse el sol, abrir los ojos y en el marco agrandado de la ventana, tras la cortina de tela que ondula al viento, ver á un lado la hilera de los tilos mojados de lluvia y de color violeta y el pequeño sendero húmedo del jardín iluminado por los rayos del sol oblicuos y claros; y escuchar plácidamente en el jardín los cánticos festivos de los pájaros, percibir á través del espacio los insectos que revolotean, transparentes á la luz, respirar el perfume del aire después de la lluvia, y pensar: «Cómo no darne vergüenza de haber dormido en semejante tarde?» Y al mismo tiempo, correr al jardín gozando de la vida. Si esto habéis sentido, conocéis el vivo sentimiento que yo experimenté en aquel entonces.



III

Más sueños

Hoy me confieso, me purifico de todos mis pecados—pensaba,—no haré ningún otro jamás...» En este momento me acordé de todos los pecados que más me atormentaban. «Cada domingo, sin excepción, iré á la iglesia, y después, durante una hora entera, leeré los evangelios; y enseguida, del dinero que reciba cada mes, cuando esté en la Universidad, daré dos rublos y medio, una décima, á los pobres, mas de manera que nadie lo sepa; nada daré á los mendigantes, pero buscaré á los huérfanos y ancianos de quienes nadie se preocupa.

»Tendré mi cuarto aparte—el de Saint-Jerôme probablemente,—y me lo arreglaré yo mismo, y lo tendré lo más limpio posible; del criado no exigiré para mí ningún trabajo, ya que es un hombre como yo. Después iré cada día á la Universidad á pie—si me dan un coche lo venderé y el dinero será para los pobres. Lo haré todo puntualmente.—Lo que era este «todo», en aquella época yo no podía definirlo, mas lo comprendía vivamente y sentía este «todo» de la vida intelectual, moral, irreprochable.—Redactaré mis cursos, y al mismo tiempo estudiaré á la avanzada las lecciones, tan bien que el primer año seré ya el primero y escribiré mi tesis. En el segundo año, lo sabré todo y podré pasar directamente al tercero, tanto, que á diez y ocho años saldré de la Uni-

de mi Algebra y los cabellos de Nikolai. Acerquéme á la ventana, y sentándome en ella, me incliné hacia el jardín y me puse á soñar.

Un nuevo sentimiento, extraordinariamente poderoso y agradable, penetró súbitamente en mi alma. La tierra húmeda, en que se veían á un lado y á otro yerbas amarillas con las puntas verdes; los arroyuelos, brillando bajo el sol, arrastraban pedacitos de tierra y pequeñas porciones de leña; las ramas y los botones tupidos de las liláceas se balanceaban casi sobre las ventanas; los murmullos azorados de los pajaritos que se agitaban dentro del zarzal; el muro de contorno negro, húmedo de nieve derretida, y principalmente el aire húmedo y perfumado y el sol espléndido, me inspiraban claramente ideas nuevas y buenas que no sabría explicar tal cómo se me revelaban, pero que yo trataré de expresar diciendo que todo esto me hablaba de la belleza, de la dicha, de la virtud, y me las mostraba como cosa fácil de alcanzar, posible para mí, no insuperable, y cómo formando las tres no más que una sola y misma cosa.

«Cómo no he sabido comprender cuando he sido malo hasta el presente, y cómo podré ser bueno y feliz en adelante?» me dije. —«Es preciso inmediatamente procurar ser otro hombre y empezar á vivir de diferente manera». Sin embargo, á pesar de esto me quedé algún tiempo más junto á la ventana, pensando y sin hacer nada. Alguna vez os habrá ocurrido en verano, en tiempo sombrío y lluvioso, ir á dormir durante el día y despertar al ponerse el sol, abrir los ojos y en el marco agrandado de la ventana, tras la cortina de tela que ondula al viento, ver á un lado la hilera de los tilos mojados de lluvia y de color violeta y el pequeño sendero húmedo del jardín iluminado por los rayos del sol oblicuos y claros; y escuchar plácidamente en el jardín los cánticos festivos de los pájaros, percibir á través del espacio los insectos que revolotean, transparentes á la luz, respirar el perfume del aire después de la lluvia, y pensar: «Cómo no darne vergüenza de haber dormido en semejante tarde?» Y al mismo tiempo correr al jardín gozando de la vida. Si esto habéis sentido, conocéis el vivo sentimiento que yo experimenté en aquel entonces.



III

Más sueños

HOY me confieso, me purifico de todos mis pecados—pensaba,—no haré ningún otro jamás...» En este momento me acordé de todos los pecados que más me atormentaban. «Cada domingo, sin excepción, iré á la iglesia, y después, durante una hora entera, leeré los evangelios; y enseguida, del dinero que reciba cada mes, cuando esté en la Universidad, daré dos rublos y medio, una décima, á los pobres, mas de manera que nadie lo sepa; nada daré á los mendigantes, pero buscaré á los huérfanos y ancianos de quienes nadie se preocupa.

»Tendré mi cuarto aparte—el de Saint-Jerôme probablemente,—y me lo arreglaré yo mismo, y lo tendré lo más limpio posible; del criado no exigiré para mí ningún trabajo, ya que es un hombre como yo. Después iré cada día á la Universidad á pie—si me dan un coche lo venderé y el dinero será para los pobres. Lo haré todo puntualmente.—Lo que era este «todo», en aquella época yo no podía definirlo, mas lo comprendía vivamente y sentía este «todo» de la vida intelectual, moral, irreprochable.—Redactaré mis cursos, y al mismo tiempo estudiaré á la avanzada las lecciones, tan bien que el primer año seré ya el primero y escribiré mi tesis. En el segundo año, lo sabré todo y podré pasar directamente al tercero, tanto, que á diez y ocho años saldré de la Uni-

versidad licenciado con el número uno y dos medallas de oro; seguidamente pasaré el examen de grados, pronto el de doctor, y seré entonces el primer sabio de la Rusia... También en Europa, podré ser el primer sabio... Ahora bien! Y después?» me preguntaba yo; pero al llegar aquí advertía que estos sueños estaban repletos de orgullo, — un pecado que debía declarar aquella misma tarde al confesor, y volví á mis primeras reflexiones. «Para preparar mis cursos me iré á pie á la montaña de los Pájaros; allí,



escogeré un bonito paraje debajo de un árbol, y estudiaré. Muchas veces me traeré algo para comer, queso ó dulces de casa Pedotti ú otra cosa. Descansaré y enseguida leeré un buen libro ó dibujaré los paisajes de los alrededores, ó tocaré un instrumento cualquiera—decididamente aprenderé la flauta.—Después *ella* vendrá también á pasear por la montaña, y un día se me aproxi-

mará triste y me preguntará quien soy. Yo la miraré también tristemente, y le diré que soy el hijo de un sacerdote y que en ningún sitio me siento tan feliz como aquí, solo, del todo solo. Ella me alargará la mano, me dirá... no sé qué y se sentará cerca de mí. Y nos iremos allí cada día, seremos amigos, la abrazaré... No, esto no está bien. Al contrario, desde hoy, no miraré mas á las mujeres, no iré jamás, jamás, al cuarto de las criadas, procuraré no pasar siquiera por delante; pero al cabo de tres años saldré de tutelas, y me casaré, esto hace falta absolutamente. Haré los ejercicios que pueda, diariamente gimnasia, tan bien que á los veinte años seré más fuerte que Rappo. El primer día, aguantaré medio *pud* con el brazo tendido y durante cinco minutos; al día siguiente veintiuna libras, al tercer día veintidos, y así siguiendo hasta que lleve cuatro *puds* en cada mano; seré más fuerte que los criados, y si por fanfarria pretendiera alguno ofenderme ó hablar mal de *ella*, lo cogeré así, simplemente por el pecho, con una mano, lo levantaré del suelo y lo sostendré un rato para que sepa solamente mi fuerza, después lo dejaré; mas no, esto no está bien... Entonces, no le haré daño, le probaré solamente quien soy...»

No se me reproche que los sueños de mi juventud son tan pueriles ó más que los de la infancia y de la adolescencia. Estoy convencido de que si me está reservada la longevidad, si llego á viejo de setenta años, mis sueños serán también entonces tan infantiles como ahora. Soñaré con alguna hermosa María, que me querrá, viejo desdentado, como *ella* amó á Mazeppa. Soñaré que alguno de mis hijos, débil de espíritu, por alguna casualidad será de pronto ministro, ó que de pronto ganaré gran suma de millones. Estoy convencido de que ningún ente humano, cualquiera que sea su edad, está privado de este poder bienhechor y consolador del ensueño. Mas, salvo el rasgo general de imposibilidad y de magia, los sueños de cada hombre y de cada edad tienen sus caracteres diferentes. En este periodo que tomo por límite de la adolescencia y de la juventud, cuatro sentimientos hacían el fondo de mis sueños: el amor de *ella*, de la mujer ideal, que yo soñaba siempre de la misma manera y que á cada instante esperaba encontrar en alguna parte. *Ella* tenía un poco de Sonitchka, un poco de Macha, la mujer de Vasili, en el momento de lavar la ropa en la cubeta, y un poco de una mujer con un collar de perlas que le rodeaba el cuello y que había visto en el teatro, hacía mucho tiempo, en un palco vecino del nuestro. El segundo sentimiento, era el amor del amor. Yo quería que todos me conociesen y me amasen. Quería que al pronunciar mi nombre: Nicolás Irteniev,

todos sin ser llamados, rodeándome, me dieran gracias por alguna cosa. El tercer sentimiento, era la esperanza de un bienestar extraordinario, y era en mí tan fuerte esta esperanza, tan tenaz que se aproximaba algunas veces á la locura. Estaba tan convencido de que antes de poco, gracias á algún azar extraordinario, sería el hombre más rico y más célebre del mundo entero, que me sorprendía sin cesar la esperanza perturbadora de algún suceso mágico. Me parecía siempre que *eso* iba á empezar, y que iba á tener todo lo que puede desear un hombre en todas partes y siempre... El cuarto sentimiento, y el principal, era la fealdad de mí mismo y el pesar... Mas el pesar se confundía de tal modo con la esperanza del bienestar, que no tenía nada de triste. Me parecía tan fácil, tan natural separarme de todo lo pasado, transformándome, olvidar todo lo que fué y empezar mi vida con relaciones nuevas por completo, que el pasado no me atraía... Encontraba hasta placer en lo feo del pasado y trataba de verlo más sombrío de lo que era. Pero si la masa de recuerdos del pasado era negra, el presente se destacaba puro y claro, y más vivos resultaban los colores del arco iris del porvenir. Esta voz del sentimiento y del deseo pasional de la perfección, fué la principal sensación nueva en esta época de mi desarrollo moral y sirvió de base á mi opinión sobre mí mismo, sobre los demás y sobre el universo. Voz bendita, consoladora, que tantas veces, en los momentos tristes en que el alma se somete en silencio al poder del mentir y de la depravación de la vida, se subleva espontánea y audazmente contra toda injusticia, que denuncia el pasado, que señala, haciéndolo amar, el punto luminoso del presente, y marca para el porvenir el bien y la dicha... Voz tierna y consoladora, cesarás algún día de llamarme?



IV

Nuestra vida de familia

DURANTE esa primavera papá estuvo raras veces en casa. Mas cuando venía estaba muy contento, ensayaba en el piano sus aires favoritos, mirábalo todo con sus pequeños y tiernos ojos é inventaba sobre nosotros y sobre Mimi toda clase de chistes, como este: «El príncipe heredero de los Gruzines ha encontrado á Mimi en el paseo y se ha enamorado de tal suerte que acaba de presentar su requerimiento al Sínodo con el propósito de obtener el divorcio»; ó bien: «Me nombran agregado á la embajada de Viena»; y nos decía todo esto con el acento más grave; asustaba á Katenka con las arañas, á las que tenía un miedo horrible; y estaba muy amable con nuestros amigos Dubkov y Nekhludov, y sin cansarse nos explicaba á nosotros y á las visitas sus proyectos para el año próximo.

Bien que sus planes cambiaban casi cada día y que estuvieran siempre en contradicción, estaba tan interesante que le escuchábamos atentamente y Lubotchka, sin mover los párpados, miraba, boquiabierta, los labios de papá, por no perder una sola de sus palabras. Tan pronto su plan era dejarnos en Moscova en la Universidad, y partir él con Lubotchka á Italia por dos años; tan pronto comprar una propiedad al sud de Crimea é irse allí á pasar el verano; tan pronto ir á vivir en San Petersburgo con

toda la familia, etc. Mas su alegría extraordinaria, en estos últimos tiempos, operó en papá un cambio tal, que me alarmó mucho. Se hizo vestir á la moda. Traje aceituna, el pantalón tirado, y una



larga levita que le sentaba muy bien; amenudo empleaba buenos perfumes cuando iba de visita y sobre todo á casa de una señora de la cual Mimi no hablaba jamás sin un suspiro y sin una expresión de tristeza que significaba: «Pobres huérfanos! La desdichada pasión! Afortunadamente, *ella* no está aquí, etc.» Sabía por Nikolai, ya que papá no nos hablaba nunca de sus negocios de juego, que había estado de suerte este invierno, que había ganado mucho, mucho, pues depositó su dinero en el Banco Lombardo, y que en la primavera ya no quería jugar; era sin duda por miedo de no poderse contener que deseaba irse lo más pronto posible al campo. Al mismo tiempo decidió, sin esperar mi entrada en la Universi-

dad, irse á Petrovskoie con las niñas tan pronto llegara Pascua; yo y Volodia ya iríamos á juntarnos con ellos.

Volodia durante todo el invierno, lo mismo que en la primavera, fué el inseparable de Dubkov—con Dmitri empezó á estar un poco frío.—Los principales placeres, como pude juzgar por las conversaciones que tenían, consistían en beber sin cesar *champagne*, pasear en trineo por debajo de las ventanas de una señorita de la cual, por lo que me parecía, estaban enamorados los dos, y en danzar con ella no un vals de niños, sino un verdadero vals. Esta última circunstancia, á pesar de la afección que Volodia y yo sentíamos el uno por el otro, nos separó bastante. Sentíamos la diferencia que va de un niño para quien hacen venir aun profesores y el

hombre que baila con señoritas, para no confiarnos el uno al otro nuestros pensamientos.

Katenka estaba ya del todo crecida, leía muchas novelas y la idea de que podría pronto casarse no me parecía lisonjera, mas aunque Volodia era ya hombre, tampoco se entendían y hasta me parecía que se desdeñaban recíprocamente. En general, cuando Katenka estaba sola en casa, no le interesaban más que las novelas, y amenudo se enojaba; pero cuando llegaban forasteros, cambiábase diligente y muy amable daba una expresión tal á su mirada que yo no podía de ningún modo comprender lo que quería expresar con ella. Pero más tarde, cuando me dijo ella misma que la sola coquetería que se permite á las jóvenes es la *expresión* de los ojos, me pude explicar estas muecas extrañas y poco naturales, que me parecía no extrañaban nada á los demás. Lubotchka empezó á vestir de largo, de suerte que sus pies casi no se veían, mas seguía estando siempre llorona. Mientras tanto esperaba casarse con un *húsar*, un cantor ó músico, y con este intento se ocupaba seriamente de música.

Saint-Jerôme, que supo que no estaría en casa sino hasta acabar yo los exámenes, había encontrado una colocación en casa de un conde y desde entonces nos miró á todos con desdén. Estaba raramente en casa, dedicándose á fumar cigarrillos, que es naturalmente el colmo de la elegancia, y con una tarjeta puesta junto á los labios silbaba sin cesar sus arias picarescas. Mimi, de día en día estaba más melancólica, habríase dicho que á partir de la época en que empezamos á ser mayores, de las personas y de las cosas ella no esperaba nada bueno. Cuando iba á comer, encontraba solamente en el comedor á Mimi, Katenka, Lubotchka y Saint-Jerôme; papá no estaba en casa y Volodia, que preparaba sus exámenes en su cuarto con sus camaradas, pidió que le dejaran comer solo. En general, durante los últimos tiempos, Mimi ocupaba en la mesa el sitio de preferencia, ninguno entre nosotros le teníamos respeto y durante las comidas perdía á veces la calma. Ya no sucedía, como en tiempos de mamá ó de abuela, que una serie de



ceremonias nos reunían en hora fija á toda la familia y distribuíamos el día en dos jornadas. No nos permitíamos retrasarnos, y al llegar al segundo plato, bebíamos el vino en los grandes vasos... el mismo Saint-Jerôme nos daba el ejemplo de revolvernos en las sillas, de levantarnos antes de acabar de comer y de tomar otras licencias del mismo género. De este modo la comida dejó de ser como antes una cotidiana y gozosa solemnidad de familia. Era otra cosa en Pétrovskoie, cuando á las dos todos arreglados para comer, nos sentábamos en el salón y divididos alegremente aguardábamos aquella hora solemne. Tan pronto el péndulo del salón se movía para dar las dos, con la servilleta al brazo, la mirada digna y un poco severa, á paso lento, entraba Foka: «La comida está al punto!» pronunciaba gravemente y en voz alta, y todos, con la cara alegre y satisfecha, los mayores delante, los pequeños detrás, al ruido de las enaguas almidonadas, al crujido de las botas y zapatos, hablando á media voz, nos sentábamos cada cual en el puesto que le correspondía. También era muy otra cosa en Moscova; todos, hablando en voz baja, de pie delante la mesa, nos reuníamos en el comedor esperando á la abuela á quien Gavriilo le anunciaba que la mesa estaba puesta; de pronto la puerta



se abría y se oía el rozar de las ropas de pliegues acanalados, y la abuela, con su gorro de cintas, de un violado particular, ligeramente ladeado, con una sonrisa, ó con miradas oblicuas, severas, — según el estado de su salud, — penetraba en el comedor. Gavriilo, se precipita sobre su sillón y se oye un ruido de sillas, y mientras que se oye en la mesa un rumor, anunciando el apetito, toma su servilleta rayada, aun húmeda, y come un pedazo de pan,

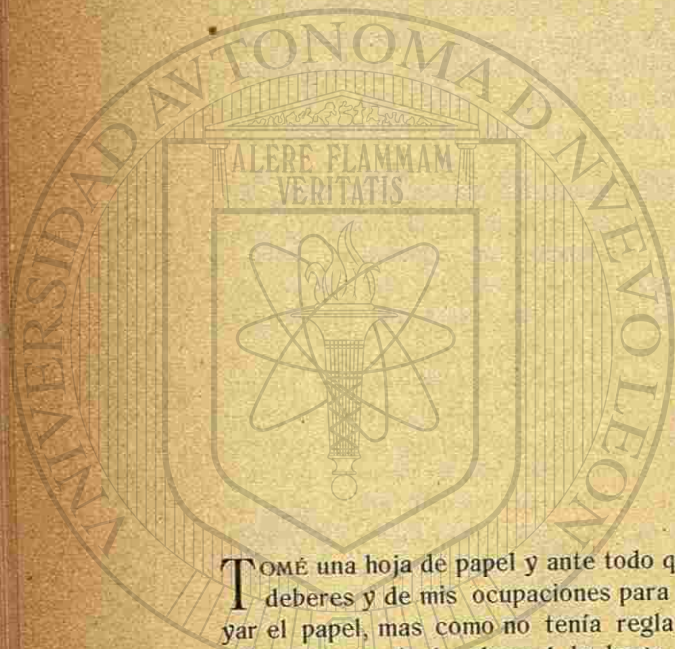
y con una asiduidad impaciente y alegre, frótase las manos sobre la mesa, mirando la sopera humeante, que el cocinero llena siguiendo el orden de dignidad, de la edad y de las atenciones de la abuela.

La habladuría de Mimi, de Saint-Jerôme, la charla de las niñas sobre las horrorosas botas del profesor de lengua rusa, sobre los vestidos con faldas de las princesas Kornakov, era habladuría que me inspiró, sobre todo hacia Lubotchka y Katenka, un franco menosprecio que no supe disimular, ni me distrajo de mi nuevo y virtuoso estado de espíritu. Estaba extraordinariamente afable, y sonriendo les escuchaba con un aire particularmente amable; les pedí respetuosamente que me pasaran el *krass*, el cual cedí á Saint-Jerôme, que me corrigió una frase pronunciada durante la comida.

Sin embargo, he de declarar que me era un poco desagradable, que nadie prestase atención especial á mi dulzura y á mi virtud. Después de comer, Lubotchka me enseñó un papel en donde estaban escritos todos sus pecados; encontré que esto estaba bien, mas que estaría mejor el inscribir todos sus pecados dentro de su alma y que «esto no era esto».

—Por qué no es esto?—preguntó Lubotchka.

—Sí, ya está bien así; mas tú no me comprendes.—Y subí á mi cuarto, diciendo á Saint-Jerôme que quería trabajar un poco, mas en realidad con el propósito de escribir para mí mismo y por toda mi vida, ya que antes de la confesión me quedaba una hora y media, el orden de mis deberes y de mis ocupaciones, expresando sobre el papel el fin de mi vida y las reglas que debía seguir sin separarme de ellas jamás.



V

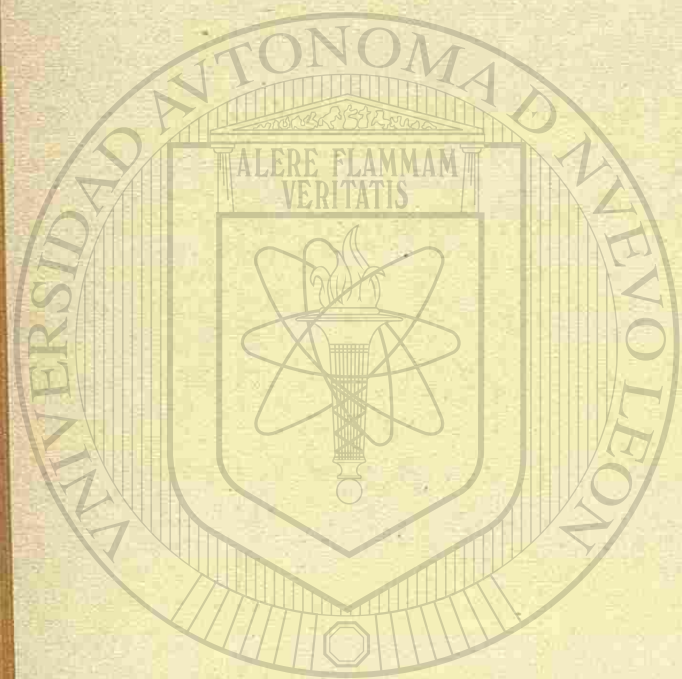
Las reglas de vida

TOMÉ una hoja de papel y ante todo quise señalar la lista de mis deberes y de mis ocupaciones para el año próximo. Quise rayar el papel, mas como no tenía regla, me serví del diccionario latín, y apoyando la pluma á lo largo del lomo del libro acabé pronto; resultó que en el trazado de una línea eché sobre el papel una gran mancha de tinta, y por otra parte el diccionario era menos largo que el papel y la línea se torció en el ángulo flexible del volumen. Tomé otra hoja de papel y cambiando de lado el diccionario, lo rayé bastante bien. Dividí mis deberes en tres grupos; los deberes para mí mismo, los deberes para con el prójimo, y los deberes para con Dios. Empecé por escribir los primeros, mas eran tan numerosos y se subdividían en tantas categorías que tuve desde luego que escribir: «Reglas de vida» y enseguida poner mi lista. Tomé seis hojas de papel, hice un cuaderno y escribí encima «Reglas de vida». Estas palabras me salieron tan irregulares que yo me pregunté largo tiempo si debía escribirlas de nuevo, contemplando la lista, echada casi á perder. En mi alma todo es bello y puro; por qué se vuelve feo sobre el papel y en general en la vida, cuando quiero realizar alguna de las cosas que pienso?...



TOLSTOI — LÁM. VII





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

—Ha llegado el confesor, queréis bajar á oír las oraciones?— me anunció Nikolai.

Escondí el cuaderno en la mesa, dirigí una mirada al espejo, alisé mis cabellos, que, según mi parecer, me daban un aire pensativo, bajé al salón, en donde había sobre la mesa una imagen de Dios y bujías encendidas. Al mismo tiempo que yo, papá entró por la otra puerta. El confesor, un viejo religioso con cabellos blancos y la mirada severa, bendijo á papá, papá besó su mano estrecha, larga y seca; yo hice lo mismo.

—Llama á Volodia—dijo papá.—En dónde está?... Ah! está en la Universidad que se prepara para la comunión.

—Trabaja con el príncipe,—dijo Katenka mirando á Lubotchka. Lubotchka se sonrojó, refunfuñó y pretextando algún quehacer salió del cuarto. La seguí. Se detuvo en el salón y con lápiz escribió algo sobre un papel.

—Qué, has hecho un nuevo pecado?—le pregunté.

—No, no es nada,—respondió sonrojándose.

En este momento, oí en la antecámara la voz de Dmitri que decía adiós á Volodia.

—Ea, para tí todo es tentación—dijo Katenka entrando en el cuarto y dirigiéndose á Lubotchka.

No pude comprender lo que pasó con mi hermana; estaba confundida, las lágrimas se desprendían de sus ojos, y llegando su confusión al extremo se transformó en despecho contra ella misma y contra Katenka que evidentemente la molestaba.

—Se vé bien que tú eres una *extraña*—nada hería más fuerte á Katenka que esta palabra y fué principalmente con esta intención que la usó Lubotchka;—ante ese sacramento—continuó en el colmo del enojo—me turbas expresamente... y debes comprender que esto está muy lejos de ser una broma.

—Sabes tú, Nikolenka, lo que ha escrito?—repuso Katenka, ofendida de oírse llamar *extraña*;—pues ha escrito...

—No te habría creído jamás tan mala!—exclamó Lubotchka confundida y dejándonos.—En tal momento y exprofeso, inducirme á pecar!... Yo no te molesto en tus sentimientos ni en tus angustias.



sacerdote leyendo sus plegarias y los pasos de papá saliendo de la estancia. Rechinó la puerta y apareció en el dintel papá, tosiendo y sin mirar cara á cara á ninguno de nosotros.

—Anda! entra tú ahora, Lubotchka, y pon mucho cuidado en decirlo todo... todo, pues ya sé yo que eres una gran pecadora,— hizo papá alegremente pellizcándole la mejilla.

Lubotchka palideció y se ruborizó luego, sacó el papel que tenía escrito, lo miró, lo volvió al bolsillo y hundiendo entre los hombros la cabeza, como temiendo que le viniese de arriba algún gran golpe, franqueó temerosa la puerta. No estuvo dentro mucho tiempo, y cuando salió se le conocía que había llorado.

Por fin, y después de la hermosa Katenka, que entró á confesarse con la sonrisa en los labios, me llegó mi turno. Con aquel mismo miedo interno, no sabía de qué, y con el deseo de aumentarlo aun más en mí penetré en la estancia, que estaba iluminada á medias. El confesor se hallaba de pie delante de la mesa-escritorio, y al oírme entrar volvió con lentitud su rostro hacia mí.

No estuve ciertamente más de cinco minutos en la estancia, y salí de ella enteramente feliz, y, según mis convicciones de entonces, del todo purificado, transformado moralmente en un hombre nuevo. Aunque me impresionaba desagradablemente toparme con las mismas y antiguas formas de vida, aunque me chocaba no poco ver iguales las mismas habitaciones y los mismos muebles, como era también la misma todavía mi propia figura—que yo hubiese querido ver cambiada, como había cambiado mi alma,—lo cierto es que pude conservar aquella especie de tranquilidad de espíritu hasta el momento de meterme en la cama.

Me dormí haciendo nuevamente memoria de todos los pecados de que me había purificado por medio de la confesión, cuando de pronto me acordé de un pecado realmente vergonzoso que no había dicho al confesor... y las palabras de la plegaria que precedió á la confesión resurgieron en mi espíritu y largo tiempo resona-



VI

La confesión

DISTRAÍDO por estas cuestiones y otras del mismo género, volví al salón cuando estaban ya todos reunidos, y el confesor, de pie junto al improvisado altar, se disponía á leer las plegarias que preceden á la confesión.

Pero en el momento en que, en medio del general silencio, resonó la voz expresiva y severa del monje leyendo los rezos y sobre todo cuando, dirigiéndose á nosotros especialmente, pronunció aquellas palabras: «Confesad todos vuestros pecados con entera franqueza, sin disimulos, sin procurar justificarlos, y vuestra alma se hará pura delante de Dios; pero si dejáis algo por confesar habréis cometido un gran pecado», reapareció en mí el sentimiento de respetuoso temor que había sentido ya por la mañana al pensar en el augustísimo sacramento que iba á recibir. Sentí hasta una especie de placer al tener conciencia de ese estado, y me esforcé en acentuarlo aun más, parando el vuelo de cuantas ideas se me acudían y esforzándome en sentir miedo hacia alguna cosa... que no sabía bien lo que era.

Papá fué el primero que se confesó. Permaneció largo tiempo en la estancia de nuestra difunta abuela, que sirvió de confesionario, y mientras en el salón aguardábamos nuestro turno estuvimos siempre callados, ó discutimos si acaso en voz muy baja á cuál de nosotros le tocaba pasar primero. Por último, se oyó la voz del

ron como una terrible acusación en mis oídos. Toda mi tranquilidad desapareció de pronto... «y si dejáis algo por confesar habréis cometido un gran pecado...» Me vi entonces tan despreciable pecador que no había castigo suficiente para mí. Largo tiempo me pasé revolviéndome de un lado á otro en la cama, reflexionando sobre mi situación y aguardando de un momento á otro el castigo de Dios y aún la muerte súbita, lo cual me causaba un espanto indecible. Pero en aquel mismo punto vino una idea luminosa; apenas se hiciese de día, á pie ó en coche, me dirigiría al convento, pediría al propio confesor y me confesaría de nuevo... Esta idea me dejó enteramente tranquilo, y me dormí.



VII

La ida al convento

DURANTE la noche me desperté varias veces con el temor de que se me pasase la hora, y no eran las seis de la mañana que yo estaba ya de pie. Por las rendijas de la ventana penetraban apenas las primeras luces del alba. Me vestí sin cepillar la ropa y me calcé las botas llenas de barro, pues Nikolai no había aun tenido tiempo de hacer la limpieza de todos los días, y sin rezar siquiera mis plegarias de la mañana y aún sin lavarme, por la primera vez en mi vida, salí solo á la calle.

Enfrente, por encima de los techos de la gran casa señorial, la fría aurora pintaba de color de rosa el brumoso cielo. Una fuerte helada, cómo de mañana muy fría de primavera, endurecía el todo de la calle, los arroyuelos crugían bajo mis pisadas y el aire heladísimo me picaba el rostro y las manos. No hallé en toda nuestra calle ni un cochero, y yo había pensado tomar un coche para estar más pronto de vuelta; tan sólo se veía alguna que otra carreta, y dos obreros albañiles pasaban casi corriendo



ron como una terrible acusación en mis oídos. Toda mi tranquilidad desapareció de pronto... «y si dejáis algo por confesar habréis cometido un gran pecado...» Me vi entonces tan despreciable pecador que no había castigo suficiente para mí. Largo tiempo me pasé revolviéndome de un lado á otro en la cama, reflexionando sobre mi situación y aguardando de un momento á otro el castigo de Dios y aún la muerte súbita, lo cual me causaba un espanto indecible. Pero en aquel mismo punto vino una idea luminosa; apenas se hiciese de día, á pie ó en coche, me dirigiría al convento, pediría al propio confesor y me confesaría de nuevo... Esta idea me dejó enteramente tranquilo, y me dormí.



VII

La ida al convento

DURANTE la noche me desperté varias veces con el temor de que se me pasase la hora, y no eran las seis de la mañana que yo estaba ya de pie. Por las rendijas de la ventana penetraban apenas las primeras luces del alba. Me vestí sin cepillar la ropa y me calcé las botas llenas de barro, pues Nikolai no había aun tenido tiempo de hacer la limpieza de todos los días, y sin rezar siquiera mis plegarias de la mañana y aún sin lavarme, por la primera vez en mi vida, salí solo á la calle.

Enfrente, por encima de los techos de la gran casa señorial, la fría aurora pintaba de color de rosa el brumoso cielo. Una fuerte helada, cómo de mañana muy fría de primavera, endurecía el todo de la calle, los arroyuelos crugían bajo mis pisadas y el aire heladísimo me picaba el rostro y las manos. No hallé en toda nuestra calle ni un cochero, y yo había pensado tomar un coche para estar más pronto de vuelta; tan sólo se veía alguna que otra carreta, y dos obreros albañiles pasaban casi corriendo



por la acera. Cuando hube andado ya un buen trecho, empecé á encontrar hombres y mujeres que se dirigían al mercado con grandes cestos ó que iban á llenar sendos cubos en la fuente próxima. En una callejuela abría un pastelero las puertas de su tienda, y hasta algo más lejos no hallé por fin un cochero; era un viejecito que estaba medio dormido en su carruaje, azul y muy desvencijado. A mis preguntas, contestó el cochero, quizás dormido aun, que por ida y vuelta me llevaría veinte *kopeks*; pero de pronto se dió una palmada en la frente y volviéndose atrás de lo dicho, cuando yo iba á poner el pie en el estribo del carruaje, arreó con el extremo de las riendas al caballo, y éste empezó á trotar mientras el cochero decía: «Imposible, imposible, señor! Ahora me acuerdo de que he de dar de comer al caballo».

Le exhorté á grandes voces para que se detuviese y le ofrecí por el viaje cuarenta *kopeks*. Entonces detuvo al caballo, me consideró atentamente largo rato, y me dijo: «Sube, señor!» Confieso francamente que sentí el temor de que me llevase aquel hombre á algún callejón desierto para robarme. Cogíendome á su blusa medio rota, con lo cual puse al desnudo su cuello arrugado emergiendo de unos hombros asaz encorvados, dí un salto y me senté en el desvencijado coche, el cual se puso inmediatamente en marcha y partimos para Vozdgenka. Por el camino observé que el asiento del coche estaba arreglado con un pedazo de la misma tela de que estaba hecha la blusa del cochero, y esto me tranquilizó un poco, no temiendo ya que aquel hombre me pudiese llevar á alguna calle oscura y solitaria para robarme.

Cuando llegamos al convento, el sol, ya bastante alto, doraba alegremente las cúpulas de las iglesias. En los sitios sombreados, veíase todavía nieve helada, pero á los lados de la carretera corrían rápidos los arroyuelos llevando un agua sucia, y el caballo trotaba por el líquido y fastidioso barro. Una vez hube franqueado la cerca del convento, pregunté al primero con quien topé dónde encontraría al confesor que andaba buscando.

—Aquella es su celda,—me dijo el monje, deteniéndose un momento y enseñándome con la mano extendida una casita que se veía al final de un gran patio.

—Os doy muchísimas gracias,—le dije.

Qué pensarían de mí los monjes que salían entonces de la iglesia y que todos, uno después de otro, me fueron mirando detenidamente? Yo no era ni un hombre ni un niño; no me había lavado la cara, mis cabellos estaban despeinados y mi traje no muy limpio, sin contar que mis botas estaban llenas de barro. «Estos monjes

que me miran, quién creerán que soy? En cuál de las clases de la sociedad me colocarán?» Y mientras ellos seguían mirándome con atención, yo seguía, no obstante, andando hacia donde me había indicado el monje.

Un anciano pequeñito, todo vestido de negro, con espesas cejas blanquísimas, me salió al paso en el estrecho sendero que conducía á las celdas, y me preguntó inopinadamente:

—Qué queréis?

Estuve por decirle: «Nada!» Después pensé que lo mejor sería correr en busca del cochero y volverme á casa; pero, aunque tenía muy fruncidas las cejas, el rostro del viejo acabó por inspirarme confianza, y le dije que iba en busca de *tal* confesor y que iba ya guiado á su celda.

—Vamos, señor, yo mismo os conduciré á ella,—dijo mirándome y adivinando indudablemente mi situación de espíritu—es aquí; ahora está en maitines el hermano, pero vendrá enseguida.—Abrió la puerta, atravesamos un corredor muy limpio y una antecámara con alfombra de tela también limpiísima, y penetramos por fin en la celda del confesor.

—Aguardad aquí un momento,—me dijo el anciano con expresión tranquilizadora, y salió.

La pequeña estancia en que me hallaba estaba muy limpia y puesto todo con visible gran cuidado. Todo su mobiliario consistía en una mesita cubierta de hule y colocada entre dos pequeñas ventanas en cuyo alféizar había dos hermosos tiestos de geranios; un pequeño armario ó capillita para los sagrados iconos, ante el cual estaba encendida una lamparilla; un gran sillón y dos únicas sillas.

En un rincón del cuarto estaba colgado en la pared un antiguo cuadrante de péndulo adornado con multitud de flores pintadas y provisto de sendas pesas de cobre suspendidas por cadenas de metal; en una pared medianera, que no llegaba al techo y tras la cual había sin duda la cama, estaban colgadas dos sotanas en grandes clavos.

Las ventanas daban sobre un cercano muro blanco, y en el espacio medianero crecía un pequeño arbusto de lilas. Ningún ruido



de fuera entraba en la celda, de tal modo que en medio de aquel silencio el tic-tac regular y agradable del péndulo parecía un ruido muy fuerte. Apenas me hube quedado solo en tan apacible retiro, se escaparon de mi cabeza todos mis viejos recuerdos y todos mis actuales pensamientos y me quedé sumido en un agradabilísimo y dulce ensueño. La vieja sotana de nankin amarillento, con sus forros rotos, los libros encuadernados con cuero negro, usados y grasientos, con sus cierres de cobre envejecido, las plantas de un verde sombrío, con las hojas brillantes como si las hubiesen lavado, los caminitos del jardín tan cuidadosamente limpios, y sobre todo el tic-tac regular y monótono del péndulo, hablábanme con inmensa claridad de una vida nueva, de una vida de soledad, de rezos, por mí hasta entonces ni sospechada y de una grande apacibilidad y dulzura.

«Los meses y los años pasan, pensaba yo, y siempre solo, siempre tranquilo, sintiendo continuamente que mi conciencia es pura delante de Dios y que escucha mi plegaria». Más de media hora permanecí sentado en la silla esforzándome por no mover ni un músculo del rostro, para no turbar la armonía del medio en que me hallaba, el cual me decía tantas cosas... Y el péndulo continuaba, como un símbolo de la eternidad, su tic-tac incansable, más fuerte hacia la derecha, más débil hacia la izquierda.



VIII

Mi segunda confesión

LOS pasos del confesor me sacaron de esos vagos ensueños.

—Buenos días,—dijo alisándose con la mano los grises cabellos.—Qué deseáis?

Le pedí la bendición, y hallé un placer inmenso en besar su pequeña y amarillenta mano.

Cuando le hube explicado el objeto de mi visita, sin decir palabra se acercó á las santas imágenes y empezó inmediatamente la confesión... Cuando hube terminado y, vencida mi vergüenza, hube dicho todo lo que tenía que decir, todo lo que me atormentaba el alma, tomó entre sus manos mi cabeza y con voz baja, pero bien timbrada, dijo estas palabras: «Que la bendición de nuestro celeste Padre te acompañe, hijo mío, y conserve en tí, toda la vida, la fe, la dulzura y la humildad. Amen».

Me sentí enteramente feliz y grandes sollozos de honda dicha querían salirse fuera y me ahogaban; llorando casi besé los pliegues de su sotana y levanté la cabeza. El rostro del monje estaba perfectamente tranquilo.

Sentí la profunda alegría del enternecimiento, y temiendo que algo lo pudiese disipar, me apresuré á despedirme del confesor, y sin mirar á un lado ni á otro, para no distraerme, salí del monasterio y subí otra vez á mi desvencijado coche. Pero los vaivenes del carruaje y la diversidad de objetos que pasaban por delante de

mis ojos fueron disipando estos puros sentimientos míos, y acabé por imaginarme que el confesor estaría ya pensando, sin duda, en que no había hallado jamás un alma tan hermosa como la mía, que no la encontraría tampoco en el porvenir y hasta que no existía siquiera otra parecida.

Estaba de todo esto convencido, y esta convicción me causaba una tal alegría que sentí la necesidad de comunicar mis pensamientos á alguno. Tenía grandes deseos de hablar y como no hallé á mano nadie más con quien hacerlo, al cochero me dirigí.

—Vamos, he tardado mucho?

—Ya lo creo, mucho. Hace rato que el caballo debiera haber comido! Yo soy cochero de *noches*,—dijo el hombre que, ahora, á los rayos del sol, parecía más alegre que antes.

—Pues á mí me parece que no he estado más de un minuto; y sabes tú por qué he ido al monasterio?—añadí sentándome todo lo cerca del cochero que pude.

—Qué me importa á mí eso? Donde el que paga quiere, allá le llevamos.

—Bueno, pero, qué piensas tú de mi visita?

—Tal vez tenéis que enterrar á alguien... y habrás ido para comprar la sepultura.

—Nada de esto, amigo mío, sabes por qué he ido?

—No puedo saberlo, señor,—repitió el buen hombre.

La voz del cochero me fué tan simpática, y por la voz él mismo, que decidí edificarle contándole el objeto de mi visita y hasta el singular sentimiento que experimentaba en aquel punto.

—Quieres que te lo cuente? Pues, verás...

Y se lo conté todo, hasta mis pensamientos más bajos y rastroso... Recordándolo, me avergüenzo todavía de mi confesión con el cochero.

—Todo esto?—hizo el hombre con desconfianza cuando hubo concluido.

Y luego permaneció callado largo tiempo, inmóvil, arreglando de vez en cuando los pliegues de su blusa, que dejaba al descubierto uno de sus pies, el cual llevaba fuera del enorme zapato, pues le bailaba dentro.

Ya empezaba yo á imaginarme que el cochero se hacía de mí la misma opinión que el confesor, esto es, que era mi alma la más pura del mundo y que yo era el más virtuoso de los hombres, cuando súbitamente me dijo:

—Vaya, señor!... Estas son cuestiones de gente rica, que no tienen nada más que hacer.

—Cómo?

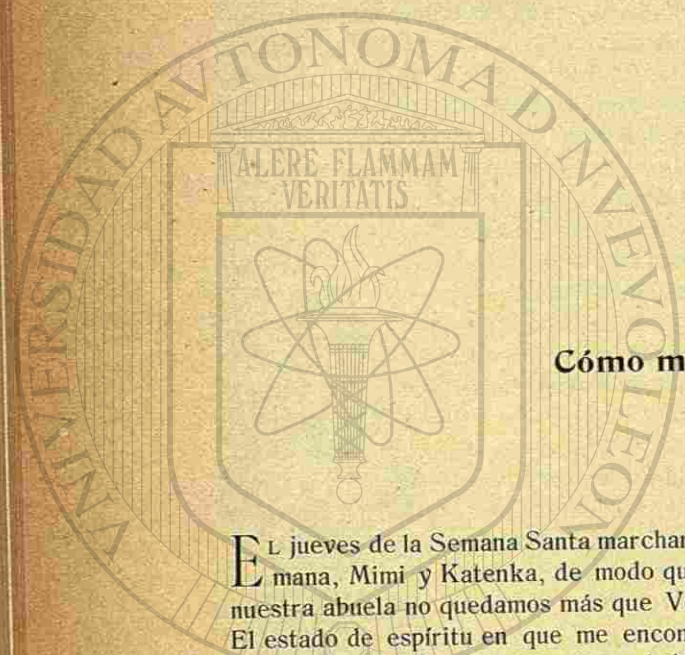
—Digo que esto es bueno para los señores... para los señores —repitió el hombre con su boca desdentada.

«No, no me ha comprendido», pensé, y ya no le hablé más hasta llegar á casa.

Ya no experimentaba el mismo sentimiento de profunda ternura y de devoción que me embargaba al salir del monasterio, sino el contento de mí mismo y éste lo conservé durante todo el camino, á pesar de que ya las gentes, bajo el clarísimo sol, hormigueaban por todos lados. Mas apenas llegado á casa, este sentimiento se desvaneció también... No tenía los cuarenta kopeks prometidos al cochero. El mayordomo Gavriilo, á quien ya debía no sé cuanto, no quería prestarme más dinero. Observando el cochero que por dos veces había ya dado la vuelta al patio, sin duda en busca de los cuarenta kopeks, saltó del carruaje y, á pesar de su apariencia bondadosa, gritó en alta voz con la intención evidente de molestarme: «Hay muchachos nobles que no pagan tan sólo al cochero!»

En casa todo el mundo dormía aun, y por lo tanto no podía pedir el dinero á nadie sino á los criados. Finalmente Vasili, por mi palabra de honor la más sagrada, en la cual—lo leí en sus inquietos ojos—no creía poco ni mucho, consintió, quizás por el cariño que me tenía y más que nada por el servicio que le había prestado pidiendo á papá el permiso para casarse con Macha, consintió, digo, en pagar al cochero. Mis sentimientos de há poco disipáronse como débil neblina. Cuando empecé á vestirme para ir con todos los demás al templo para tomar la comunión, y me encontré con que mi traje estaba por varias partes descosido y no me lo podía poner, empecé á cometer los más graves pecados... Poniéndome por fin otro vestido, fui con los demás á la iglesia; pero en mi espíritu una multitud de encontrados sentimientos chocaban con rapidez vertiginosa... Y empezaba ya á desconfiar de mis excelentes disposiciones de la mañana.





IX

Cómo me preparo para los exámenes

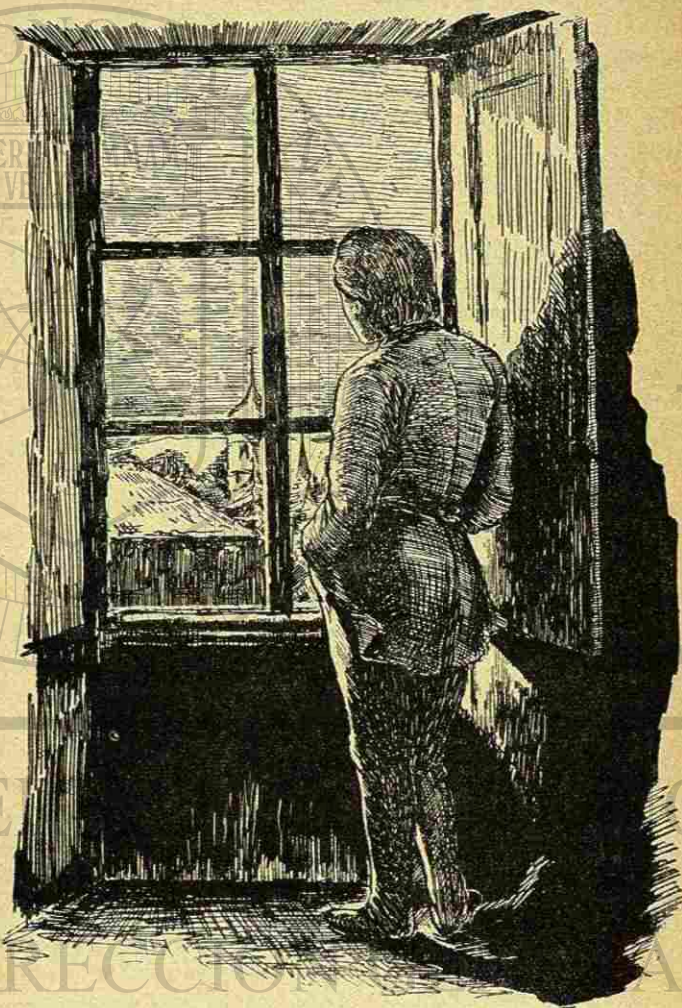
EL jueves de la Semana Santa marcharon al campo papá, mi hermana, Mimi y Katenka, de modo que en la vastísima casa de nuestra abuela no quedamos más que Volodia, yo y Saint-Jerôme. El estado de espíritu en que me encontraba el día de la confesión y de mi visita al convento, se había ya disipado del todo, y no me dejó más que un vago recuerdo, muy agradable, pero debilitándose cada vez más bajo las novísimas impresiones de mi vida libre.

El cuaderno con el encabezamiento: «Reglas de vida» estaba ya perdido entre mis cuadernos de estudio, aunque la idea de la posibilidad de dictarme reglas para todas las circunstancias de la existencia y de no guiarme sino por ellas, me gustaba mucho aun y me atraía; me parecía á la vez una hermosa y sencilla idea, y en más de un momento tuve nuevas intenciones de ponerla en práctica; pero, olvidándome de que era preciso hacerlo enseguida, lo dejaba todas las veces para más adelante. De todas suertes, una circunstancia me consolaba y es que todas y cada una de las ideas que se me ocurrían entonces encajaba perfectamente en alguna de las divisiones que había hecho de mis deberes; ó pertenecía á la serie de mis deberes conmigo mismo, ó á la de mis deberes con el prójimo,

ó era alguno de mis deberes con Dios. «Bueno, esto lo pondré en tal ó cual de las divisiones, y aún muchas más ideas que se me irán ocurriendo sobre el tema»—decíame. Hoy me sucede que me pregunto muchas veces: «En qué momento de mi vida estaba yo más cerca del bien y era más razonable: cuando creía en la omnipotencia del espíritu humano, ó ahora, en que, perdida toda la energía de aquel desdoblamiento, dudo de esta fuerza y aún de la importancia que tenga en la vida el humano espíritu?»—Y nunca todavía he podido dar á esta pregunta una respuesta definitiva.

La conciencia de mi libertad y aquella fuerte impresión que la entrada de la primavera me causó, cómo de la espera de algo que yo no sabía lo que fuese, se apoderaron de mí hasta el punto de que no era ya dueño de mí mismo, y así fui preparándome muy mal para los exámenes. Me sucedió varias veces que, hallándome en la sala de estudios trabajando para preparar mi examen de tal ó cual materia y sabiendo que me era necesario estudiar, pues debía presentarme al día siguiente, y apenas si sabía de todo aquello dos palabras, cuando de pronto entrábase por la ventana un fuerte aliento de primavera... y me parecía que algo había de recordar, no sabía qué... mis manos caían por sí mismas—nunca se ha dicho con tanta propiedad—sobre el libro y lo cerraban, mis piernas empezaban á moverse y ya me tenéis paseándome por todo lo largo del cuarto, mientras hubiérase dicho que, en mi cabeza, alguien tocaba un resorte y ponía toda la máquina en movimiento, y mis ideas ligeras y alegres empezaban una rápida carrera, tan rápida que apenas si distinguía de ellas otra cosa que sus colores claros, brillantes... Y así se pasaban, sin que yo lo sintiese, una ó dos horas. Otras veces, me estaba sentado y profundamente abstraído en el estudio de alguna lección difícil; de pronto oigo en el corredor pasos de mujer ó el simple roce de unas faldas, y todo lo que estaba aprendiendo huye de mi cabeza; ya no puedo estar quieto, y aún sabiendo que tan sólo la vieja Gacha podía pasar en aquellos momentos por el corredor, pienso fuera casi de mí mismo: «Ah! y si fuese *ella!*... Pudiera muy bien ser el comienzo de mi amor, y lo dejaría escapar?» Corro al pasillo... y me convengo de que es realmente Gacha la que anda por él. Otras veces, por la noche, solo en mi cuarto me estoy leyendo á la luz de una bujía, y por cualquier cosa, para despabilar la candela ó para acomodarme mejor en la silla, aparto un momento los ojos del libro, y veo que en todas partes, en la puerta, en los rincones de la estancia, en el techo, reina la oscuridad y noto que toda la casa está sumida en el silencio. Entonces, me es imposible seguir estudian-

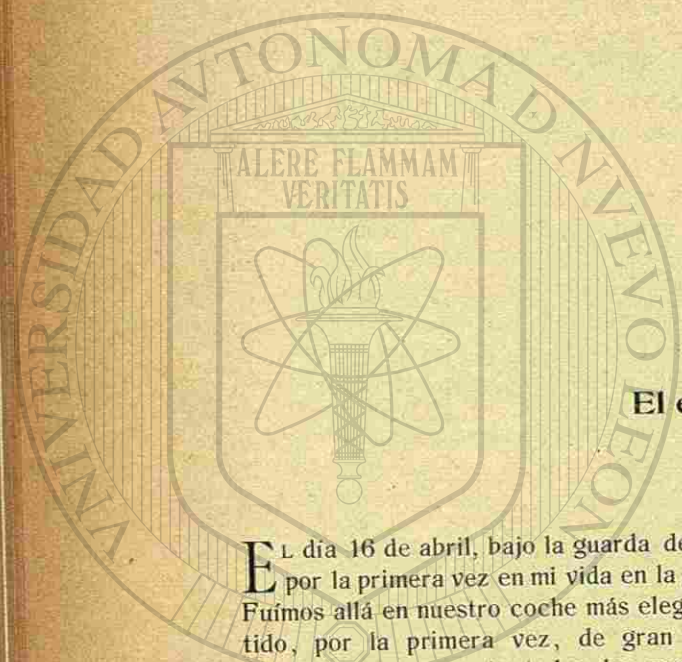
do, seguir indiferente á este silencio, y me pongo á observar la oscuridad de la puerta de par en par abierta sobre la estancia vecina á oscuras por completo, y permanezco inmóvil largos ratos, ó bien me voy abajo y atravieso en silencio los solitarios y oscuros



salones... Muchas veces también, por la noche, sentado en un rincón lleno de sombra, me estoy sin que ella me vea largo rato escuchando á la vieja Gacha, que, á la luz de una bujía se está sola

en el gran salón tocando en el piano, con solamente dos dedos, alguna delicadísima melodía. Y en noches de luna clara me es absolutamente imposible no levantarme de la cama... me visto de cualquier modo y me paso horas y horas ante la ventana que da al jardín, contemplando con beatitud indecible los techos de las casas vecinas iluminados por la plateada luz, así como el elegantísimo campanario de nuestra parroquia que surge allá lejos y se levanta al espacio... Tan largas horas me pasé á veces en este estado que al día siguiente no podía despertarme antes de las diez de la mañana.

De manera que, sin los profesores que venían aun á casa, y Saint-Jerôme que, sin querer y muy suavemente, hería alguna que otra vez mi amor propio, y sobre todo sin el deseo de parecer un buen muchacho á los ojos de Nekhludov, para quien esto de hacer unos brillantes exámenes era cosa muy importante, sin nada de todo esto, digo que la primavera y la libertad en que vivía hubieranme hecho olvidar lo poco que sabía, acabando por serme del todo imposible presentarme á exámenes.



X

El examen de Historia

EL día 16 de abril, bajo la guarda de Saint-Jerôme, entraba yo por la primera vez en mi vida en la gran sala de la Universidad. Fuimos allá en nuestro coche más elegante y nuevo, y yo iba vestido, por la primera vez, de gran uniforme y eran nuevas, flamantes enteramente todas las prendas que llevaba puestas, desde la cabeza á los pies. Cuando, en el vestíbulo, el criado me quitó el abrigo y aparecí ante sus ojos en toda la esplendidez de mi traje nuevo, hasta me dió un poquito de vergüenza verme á mi mismo tan hermoso. No obstante, apenas entrado en la gran sala, llena de luz y de gente, vi centenares de jóvenes con uniforme de colegial ó con traje negro, algunos de los cuales me miraron con la más completa indiferencia, y en la otra parte del salón los profesores, de aspecto imponente, sentados ó paseándose á lo largo de las mesas; en aquel punto perdí ya toda esperanza de atraer sobre mí la general atención, y mi fisonomía, que en casa y hasta en el vestíbulo, esforzábame por aparentar un aspecto noble é imponente, tomó de pronto una expresión de gran timidez y hasta de una especie de interno malestar. Casi inmediatamente, sin embargo, caí en el extremo opuesto, y hallé placer en observar cuanto veía entorno mío. En uno de los bancos más próximos vi sentado á un señor muy mal vestido y aún no muy limpio, no viejo

todavía, pero con el pelo casi todo gris; estaba sólo y muy apartado de los demás. Sentéme á su lado y me puse á examinar uno por uno todos los que se presentaban á exámenes, y á hacer sobre ellos mis reflexiones. Había allí gran número de personas y de muy distintas clases y aspectos; pero todas, según mis ideas de entonces, podían fácilmente dividirse en tres categorías; unos habían venido como yo con sus preceptores ó con sus padres, para asistir á los exámenes; entre éstos estaba el pequeño de los Ivine acompañado por su gentil preceptor, é Ilinka Grapp con su anciano padre; á todos esos les apuntaba ya el bozo sobre el labio superior, y se estaban todos muy quietamente sentados, sin hablar y sin abrir una sola



vez los libros y los cuadernos que habían llevado consigo; no hacían mas que mirar á los profesores y á las mesas de examen con evidente temor y una especialísima timidez. Los examinandos de la segunda categoría eran jóvenes que llevaban uniforme de colegial y bastantes de ellos iban ya afeitados; la mayoría conocíanse entre sí, hablaban en voz alta y nombraban á los profesores con sus nombres propios, se comunicaban unos á otros las respuestas que pensaban hacer, se pasaban de uno á otro los cuadernos y los libros, saltaban por encima de los bancos para ir de un lado á otro, traíanse de fuera pasteles y otras golosinas que se comían allí mismo, bajando un poco la cabeza para disimular. Finalmente, los de la tercera categoría eran poco numerosos, y ya de bastante edad, iban todos de negro, y estaban muy serios, sentados cada uno aisladamente y ofreciendo un aspecto por demás sombrío. El que en el momento de entrar fué para mí un gran consuelo, pues iba con toda evidencia peor vestido que yo, pertenecía á esta última categoría. Apoyada la cabeza entre las manos, á través de cuyos dedos se escapaban algunos mechones de sus cabellos ya algo encanecidos, estaba leyendo en un libro; un solo momento levantó los brillantes ojos y me dirigió una mirada en que no se leía por cierto la benevolencia, frunció las cejas y avanzó un poco el brazo hacia mi lado, sin duda para que no me acercase más. Los colegiales, por el contrario, eran excesivamente familiares y me daban hasta un poquito de miedo. Uno de ellos, poniéndome un libro en la mano, me ordenó: «Dádselo á aquel!» Otro, poniendo-

seme delante, me dijo: «Dejadme pasar, querido!» cuando había pasado ya. Un tercero, para saltar el banco, se apoyó en mí como en un poste y no me dijo nada siquiera. Todo esto me chocaba extraordinariamente y me disgustaba. Yo me creía bastante superior á todos esos pobres colegiales, y no pensé que pudiesen permitirse conmigo tales familiaridades. Finalmente, empezaron á ser llamados algunos nombres... Los colegiales, generalmente, se presentaban atrevidos y tranquilos ante el tribunal, contestaban muy bien y se volvían alegres á su puesto.

La categoría á que yo pertenecía presentábase con mucha más timidez y, según me pareció, contestaba generalmente bastante mal. Entre los viejos, los de la tercera clase, algunos contestaban pasablemente, otros muy mal. Cuando fué llamado Semenov, mi vecino, el de los cabellos grises y los ojos brillantes, me empujó groseramente, me pasó por encima de las piernas y se aproximó á la mesa de examen. Por la actitud que los profesores guardaban, comprendíase que contestaba muy bien y con todo aplomo. Ya en su sitio, sin preocuparse siquiera por la nota que hubiese obtenido, recogió sosegadamente sus cuadernos y salió. Muchas veces ya me había dado un vuelco el corazón al oír la voz del que iba diciendo los nombres de los que habían de presentarse á examen, pero no había llegado todavía mi vez, pues se seguía un orden rigurosamente alfabético.—«Ikonin é Irteniev!» gritó alguien súbitamente desde las mesas de los profesores. Un temblor recorrió todo mi cuerpo, hasta la punta de los cabellos.

—A quién han llamado?—Quién es este Barteniev?

—Anda, Ikonin, que te han llamado.—Pero, quién es Barteniev ó Marteniev... ó no sé qué?—iban diciendo algunos muchachos entorno mío.

—A fe mía que no sé quien pueda ser ese Birteniev,—dijo un colegial alto y muy rojo que estaba sentado detrás de mí.

—A vos os han llamado!—me dijo Saint-Jérôme.

—Mi nombre es Irteniev,—dije al colegial de cabellos rojos.—Es este el nombre que han dicho?

—Sí que lo es... Y por qué no vais? Vaya un simplín!—añadió en voz baja, pero de modo que yo le pudiese oír al salir del banco. Delante marchaba Ikonin, un mocetón alto, de veinticinco años, perteneciendo á la tercera categoría, la de los viejos. Llevaba un fraque de color de oliva, una corbata de satén azul, sobre la cual le caían, por la parte del cogote, unos largos cabellos cuidadosamente peinados á lo mujik. Me había ya fijado en él mientras estaba todavía en los bancos; no tenía mala apariencia y era muy

hablador; me había chocado mucho en él ver que se dejaba crecer unos largos pelos rojos debajo de la barba, y más todavía la extravagante costumbre que tenía de desabrocharse á cada momento el chaleco y rascarse el pecho por debajo de la camisa.

Tres profesores estaban sentados tras la mesa á la cual me acercaba yo en compañía de Ikonin. Ni uno sólo contestó á nuestro saludo. El más joven de ellos se entretenía en barajar las papeletas como si fuesen un juego de naipes; otro de ellos, que llevaba una gran medalla en el pecho, se estaba escuchando con atención lo que un colegial recibía sobre Carlomagno, diciendo á cada tres palabras «en fin»; el tercero de los profesores, uno de viejo con anti-



parras, con la cabeza baja nos miraba por encima de las gafas y nos indicaba con el gesto que tomásemos una papeleta. Yo sentí su mirada pesar igualmente sobre Ikonin y sobre mí y aún me pareció que en nosotros algo le disgustaba, quizás los pelos rojos de Ikonin, pues mirándonos á los dos nuevamente, hizo un gesto de impaciencia cómo para indicarnos que nos diésemos prisa en tomar las papeletas. Sentí entonces dentro de mí un gran despecho, y sentí también mi amor propio herido, primero porque nadie había contestado á nuestro saludo, luego porque se me englobaba con Ikonin en la categoría de los *aspirantes*, y finalmente porque se me miraba ya con marcada prevención por culpa de los pelos rojos de Ikonin. Tomé yo mi papeleta sin temor ninguno, y me disponía ya á contestar cuando el profesor indicó con la mirada que Ikonin era quien había de hablar. Mientras tanto leí mi papeleta, hallando que sabía perfectamente la lección de que se trataba; esperé, pues, con paciencia que me llegase el turno y observé lo que entorno mío iba pasando. Tampoco mostraba indicios de hallarse cohibido Ikonin, antes al contrario, se adelantó con decisión y tomó la papeleta, irguió la cabeza y leyó en voz bastante alta su contenido. Abría ya la boca para contestar cuando el profesor condecorado, que había despedido con muy buenas palabras al colegial, se volvió y se le quedó mirando; Ikonin, cómo si en aquel punto se acordara de algo, se detuvo en seco, y se produjo un silencio general que duró quizás dos minutos.

—Bien, y qué?—hizo el profesor de las antiparras.

Ikonin abrió de nuevo la boca y otra vez se paró.

—Reparad que no estáis solo. Queréis contestar, sí ó no?— dijo el profesor más joven.

Pero Ikonin ni le miró siquiera, se había quedado contemplando la papeleta que tenía en la mano y sin decir una palabra. El profesor de las antiparras se le quedó mirando á través de ellas, por encima de las antiparras y sin las antiparras, pues para todas estas maniobras le dió tiempo Ikonin con su mutismo y aún para volvérselas á poner sobre la nariz. Ikonin seguía sin decir una palabra; de pronto una sonrisa iluminó su semblante, de nuevo sacudió con fuerza la cabeza, avanzó hacia la mesa, depositó en ella la papeleta, miró de frente á todos los profesores, después me miró á mí, y con paso firme, agitando la mano, se volvió tranquilamente á su banco. Los profesores se miraron el uno al otro.

—Es decidido el palomino!—dijo el profesor joven.—Es un alumno libre!

Me acerqué á la mesa, pero los profesores continuaban á media voz hablando entre sí, como si ninguno de ellos se diese cuenta siquiera de que yo estaba allí. Yo estaba firmemente convencido de que los tres profesores habían de sentirse en aquel punto hondamente preocupados por saber si lograría yo hacer mis exámenes y si los haría ó no con brillantez, fingiendo indiferencia solamente por la pura forma.

Cuando el profesor de las antiparras se me dirigió con la más absoluta indiferencia, invitándome á contestar á la pregunta, le miré decididamente y me dió á mí mismo vergüenza por su propia hipocresía. Al principio hablé con alguna confusión, pero enseguida se me hizo la cosa más fácil, y cómo se trataba de una pregunta de historia rusa, que yo sabía muy bien, terminé con verdadera brillantez, de tal modo que, para demostrar á los profesores que yo no era Ikonin y que no se me podía confundir con él, propuse sacar otra papeleta. Pero el profesor, moviendo la cabeza, dijo: «Está bien» é hizo una señal en el registro de exámenes. Al volver á mi sitio, me dijeron los muchachos que me rodeaban que me habían puesto *cinco*, aunque yo no sé cómo diablos pudieron ellos enterarse de este detalle.

XI

El examen de matemáticas

Los siguientes días, aparte Grapp, á quien yo no consideraba digno de mí, é Ivine que, ignoro el motivo, me demostraba cierta frialdad, trabé conocimiento con muchos otros alumnos.

Algunos me saludaban ya afectuosamente, el propio Ikonin se mostró muy contento al verme y me contó que de nuevo sufriría el examen de Historia, pues el profesor se hallaba en contra suya á causa del examen del año anterior, en el cual le había también *desconcertado*. Semenov, que entraba como yo en la facultad de Ciencias, se mantuvo siempre separado de todos, hasta el fin de los exámenes. Estaba constantemente silencioso, siempre solo, apoyada la cabeza entre las manos y los dedos hundidos entre sus cabellos grises. Hizo unos exámenes brillantes y fué admitido con el número dos. El número *uno* era un alumno del Instituto. Era un moreno, alto y delgado, muy pálido y llevaba con un vendaje negro cubiertas las mejillas y muchos y grandes granos en la frente. Sus manos eran en extremo huesosas, con unos dedos extraordinariamente largos y unas uñas roídas de un modo lastimoso... Todo esto me parecía muy puesto en su punto y tal cómo debía ser tratándose del *primer colegial*. Con todos hablaba de la misma manera, y aún habló un rato conmigo, pareciéndome que en su modo de andar, en el movimiento de sus labios y en sus ojos negrísimos había algo extraordinario, algo magnético.

Ikonin abrió de nuevo la boca y otra vez se paró.

—Reparad que no estáis solo. Queréis contestar, sí ó no?— dijo el profesor más joven.

Pero Ikonin ni le miró siquiera, se había quedado contemplando la papeleta que tenía en la mano y sin decir una palabra. El profesor de las antiparras se le quedó mirando á través de ellas, por encima de las antiparras y sin las antiparras, pues para todas estas maniobras le dió tiempo Ikonin con su mutismo y aún para volvérselas á poner sobre la nariz. Ikonin seguía sin decir una palabra; de pronto una sonrisa iluminó su semblante, de nuevo sacudió con fuerza la cabeza, avanzó hacia la mesa, depositó en ella la papeleta, miró de frente á todos los profesores, después me miró á mí, y con paso firme, agitando la mano, se volvió tranquilamente á su banco. Los profesores se miraron el uno al otro.

—Es decidido el palomino!—dijo el profesor joven.—Es un alumno libre!

Me acerqué á la mesa, pero los profesores continuaban á media voz hablando entre sí, como si ninguno de ellos se diese cuenta siquiera de que yo estaba allí. Yo estaba firmemente convencido de que los tres profesores habían de sentirse en aquel punto hondamente preocupados por saber si lograría yo hacer mis exámenes y si los haría ó no con brillantez, fingiendo indiferencia solamente por la pura forma.

Cuando el profesor de las antiparras se me dirigió con la más absoluta indiferencia, invitándome á contestar á la pregunta, le miré decididamente y me dió á mí mismo vergüenza por su propia hipocresía. Al principio hablé con alguna confusión, pero enseguida se me hizo la cosa más fácil, y cómo se trataba de una pregunta de historia rusa, que yo sabía muy bien, terminé con verdadera brillantez, de tal modo que, para demostrar á los profesores que yo no era Ikonin y que no se me podía confundir con él, propuse sacar otra papeleta. Pero el profesor, moviendo la cabeza, dijo: «Está bien» é hizo una señal en el registro de exámenes. Al volver á mi sitio, me dijeron los muchachos que me rodeaban que me habían puesto *cinco*, aunque yo no sé cómo diablos pudieron ellos enterarse de este detalle.

XI

El examen de matemáticas

Los siguientes días, aparte Grapp, á quien yo no consideraba digno de mí, é Ivine que, ignoro el motivo, me demostraba cierta frialdad, trabé conocimiento con muchos otros alumnos.

Algunos me saludaban ya afectuosamente, el propio Ikonin se mostró muy contento al verme y me contó que de nuevo sufriría el examen de Historia, pues el profesor se hallaba en contra suya á causa del examen del año anterior, en el cual le había también *desconcertado*. Semenov, que entraba como yo en la facultad de Ciencias, se mantuvo siempre separado de todos, hasta el fin de los exámenes. Estaba constantemente silencioso, siempre solo, apoyada la cabeza entre las manos y los dedos hundidos entre sus cabellos grises. Hizo unos exámenes brillantes y fué admitido con el número dos. El número *uno* era un alumno del Instituto. Era un moreno, alto y delgado, muy pálido y llevaba con un vendaje negro cubiertas las mejillas y muchos y grandes granos en la frente. Sus manos eran en extremo huesosas, con unos dedos extraordinariamente largos y unas uñas roídas de un modo lastimoso... Todo esto me parecía muy puesto en su punto y tal cómo debía ser tratándose del *primer colegial*. Con todos hablaba de la misma manera, y aún habló un rato conmigo, pareciéndome que en su modo de andar, en el movimiento de sus labios y en sus ojos negrísimos había algo extraordinario, algo magnético.

El día del examen de matemáticas fui á la Universidad más temprano que otras veces. Estaba muy bien preparado, pero dos puntos de Algebra que había hecho de manera de no estudiarlos con mi profesor, me eran totalmente desconocidos. Tratábase, lo recuerdo como si fuese hoy mismo, de la teoría de las combinaciones y del binomio de Newton. Me senté en uno de los últimos bancos y me puse á estudiar estos puntos para mí enteramente nuevos; pero no acostumbrado á trabajar en una sala llena de ruidos y de las más variadas conversaciones y además apremiándome el tiempo, no pude comprender nada absolutamente de lo que leía.

—Aquí le tenemos, ven, Nekhludov,—dijo cerca de mí la voz bien conocida de Volodia.

Me volví y no lejos ví á mi hermano y á Dmitri, quien desabrochada la levita y agitando las manos venía hacia mí atravesando ó saltando los bancos. Se veía enseguida que eran ya estudiantes del segundo año, pues se sentían en la Universidad como en su casa. El solo hecho de llevar desabrochado el traje indicaba ya su menosprecio hacia los primerizos é imponía á éstos cierto respeto y aún les despertaba envidia. Me sentí profundamente halagado al pensar que todos aquellos que nos rodeaban veían que yo tenía amistad con dos estudiantes del segundo año y me apresuré á ir á su encuentro. Volodia no supo siquiera contenerse para expresar de algún modo su superioridad.

—Y tú, pobrecillo, no te has examinado aun?—hizo mi hermano con voz de conmiseración.

—Todavía no.

—Qué estás leyendo aquí? No estás bien preparado?

—Del todo no. Hay dos cuestiones que no marchan de ningún modo. No comprendo nada de esto.

—De qué?—hizo Volodia, y después de mirado el punto del libro que le indiqué, se puso á explicarme el binomio de Newton, pero tan aprisa y tan oscuramente que, leyendo quizás en mis ojos la duda acerca de su saber, miró á Dmitri y viendo en su mirada la misma expresión que en la mía, se ruborizó, pero continuó explicándome la cosa de tal modo que de nada le entendí.

—No, espera, Volodia, déjame; voy á ver si seré yo más afortunado,—dijo Dmitri, y echando una mirada hacia la mesa de los profesores, se sentó á mi lado.

Enseguida comprendí que mi amigo se hallaba en aquel dulcísimo estado de espíritu que ofrecía siempre que estaba contento de sí mismo, y que era cuando más me gustaba hablar con él. Como

era fuerte en matemáticas y hablaba con mucha claridad, me explicó tan bien el punto dudoso que todavía hoy lo recuerdo con la más absoluta precisión. Pero había acabado apenas, cuando Saint-Jerôme, con voz fuerte, dijo:

—Os llaman ahora á vos, Nicolás!

Y salí del banco detrás de Ikonin, sin haber podido repasar la otra lección que no sabía. Me acerqué á la mesa tras la cual estaban sentados dos profesores.

De pie ante el negro encerado había un estudiante escribiendo una fórmula algebraica, pero estaba tan seguro de la operación que el yeso crugía entre sus dedos, y seguía escribiendo aunque el profesor le había dicho «basta!» ya varias veces. Al ir á tomar la papeleta pensé: «Y si me toca ahora la teoría de las combinaciones?» y temblando puse la mano en el montón de los papeles ya preparados. Ikonin, con el mismo ademán decidido de los anteriores exámenes tomó su papeleta sin pararse un punto y sin escoger, la de encima, la miró inmediatamente y frunciendo de un modo horrible las cejas murmuró:

—Siempre esta endiablada!

Yo miré mi papeleta... Horror! Se me pedía en ella que explicase la teoría de las combinaciones, á mí que no sabía una palabra de ello...

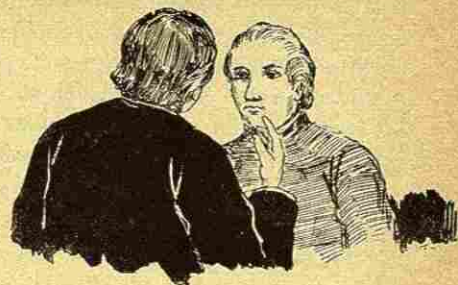
—Qué pregunta tenéis?—me dijo Ikonin. Yo se la enseñé.

—Yo sé esto perfectamente. Queréis cambiar?

—No, para qué? De todas maneras siéntome mal preparado.

Apenas había tenido yo tiempo de murmurar estas últimas palabras cuando ya el profesor nos llamaba á la pizarra. «Todo está perdido, pensé, en vez del examen brillante que creía poder hacer, me cubriré para siempre de una ignominia sólo comparable á la de Ikonin». Pero de pronto, bajo la mirada misma del profesor, Ikonin se volvió hacia mí, me arrancó de las manos mi papeleta y me dió la suya; la miré enseguida... era el binomio de Newton.

El profesor era un hombre todavía joven, de aspecto agradable, inteligente, el cual se lo daba en especial lo abultada que tenía la base de la frente.



—Qué es eso?—exclamó.—Habéis cambiado vuestras papeletas?

—No, es que me ha dado á ver la suya, nada más, señor profesor.—Contestó Ikonin. Y nuevamente las palabras *señor profesor* fueron las últimas que pronunció en ese lugar. Y otra vez al pasar por delante de mí para volverse á su sitio, miró al profesor y me miró á mí, levantó los hombros y se sonrió cómo diciendo: «Esto no es nada, amigo!» Después he sabido que Ikonin se presentaba por la tercera vez á los exámenes de ingreso.

Contesté perfectamente á la pregunta cuya explicación acababa de darme mi amigo Nekhludov, y aún el profesor me dijo que era mucho más de lo que podía esperarse. Me señaló cinco puntos.



XII

El examen de latin

TODO marchó perfectamente hasta el examen de latin. El estudiante del rostro vendado era el primero; Semenov era el segundo, y yo era el tercero. Empezaba esto á enorgullecerme, y á pesar de mis pocos años creíame todo un personaje.

Desde el primer día, todos hablaban temblando del profesor de latin, pintándolo como una especie de bestia feroz que hallaba placer en perder á los jóvenes estudiantes, sobre todo á los libres y que, según decían, hablaba siempre en latin ó en griego. Saint-Jerôme, que era quien me había enseñado el latin, me atentaba, y á mí me parecía en efecto que, traduciendo sin ayuda de diccionario á Cicerón ó algunas odas de Horacio y sabiéndome perfectamente la Gramática, no podía creerme peor preparado que los demás. Pero sucedió muy diferentemente. Durante toda la mañana no se habló de otra cosa sino del fracaso de cuantos se iban examinando antes que yo. A uno le ponía *cero*, á otro un solo punto, y al tercero que se examinó quiso arrojarle de la sala... Y así de los demás. Solamente Semenov y el «primer colegial» volvieron á sus sitios tranquilos como siempre, habiendo uno y otro obtenido cinco puntos. Presentí ya que iba á sucederme algo malo cuando fui llamado, junto con Ikonin ante la pequeña mesa tras la cual estaba sentado, sólo, el terrible profesor. El terrible profesor era un

hombre pequeño, enjuto, pálido, de largos y lucientes cabellos, y de aspecto muy pensativo.

Dió á Ikonin los discursos de Cicerón y le ordenó traducir.

Con gran sorpresa mía, Ikonin no tan sólo leyó correctamente sino que hasta tradujo algunas líneas, bien es verdad que con ayuda del profesor que le iba apuntando la traducción. Teniendo conciencia de mi superioridad enfrente de un competidor tan débil, no pude estarme de sonreír, y aún con cierto menosprecio, cuando á las preguntas de análisis, Ikonin, como las anteriores veces, se quedó encerrado en un silencio que tenía todo el aspecto de cosa eterna. Con mi espiritual sonrisa, manifestación clara de mi superioridad, quise hacerme agradable al profesor, pero sucedió todo lo contrario.

—Lo sabéis vos mejor, sin duda?—díjome en mal ruso el profesor.—Veámoslo, pues; hablad!

Supe más tarde que el profesor de latín protegía á Ikonin, pues era discípulo suyo. Yo contesté inmediatamente á la pregunta de sintaxis puesta á Ikonin; pero el profesor hizo un gesto de disgusto y apartó de mí la mirada.

—Bien, ya llegará vuestro turno; ya veremos lo que sabéis,—dijo sin mirarme siquiera y se puso á explicar á Ikonin lo que le había preguntado.

—Podéis marcharos,—añadió, y vi que en el registro, delante del nombre de Ikonin, marcaba un cuatro.—«Vaya! pensé, no es hombre tan terrible como dicen».



Después que se fué Ikonin, durante lo menos cinco minutos, que me parecieron cinco horas, estuvo el profesor preparando libros y cuadernos, se instaló cómodamente en el sillón, paseó la mirada despacio por toda la sala,

evitando mirarme á mí, y aun, como si todo esto no fuese bastante para demostrar su indiferencia hacia mí, abrió un libro é hizo como si leyese... Entonces me acerqué á la mesa y tosí.

—Ah! es verdad. Estáis aquí todavía? Muy bien. Traducidme algo,—dijo alargándome un libro.—Pero, no... traducidme esto.—Hojé el libro de Horacio y me lo presentó abierto indicándome un pasaje que, según mi parecer de entonces, nadie seguramente pudo traducir jamás.

—No es esto lo que había yo preparado,—me atreví á decir.

—Ah! queríais traducir lo que tenéis ya aprendido de memoria? Muy bien; pero será mejor que traduzcáis esto.

Apenas comenzaba yo á buscar el sentido de las palabras, cuando el profesor empezó ya á mover de un lado á otro la cabeza como en señal de descontento y lanzando un hondo suspiro murmuró: «No, no; no es esto». Finalmente cerró el libro, pero con tanta violencia que se cogió el dedo entre sus páginas, me dió una papeleta de gramática, y arrellenándose en el sillón, se quedó callado con un aspecto el más terrible. Iba á contestar, pero la expresión de su rostro me clavó los labios y me pareció que serían disparates todo lo que pudiese decir.

—No es eso, no es eso, no es nada de eso,—dijo de súbito con su malísima pronunciación; cambió de postura, y apoyado de codos en la mesa empezó á jugar con el anillo de oro que se deslizaba fácilmente por su dedo en exceso delgado.—No es posible, señores, prepararse de este modo para el ingreso á las escuelas superiores; pensáis que no hay más sino ponerse el uniforme de cuello azul; no estudiáis nada á fondo, y creéis que se puede ser así estudiante? No, señores, es preciso estudiar á fondo las ciencias...—y así en este tono continuó largo rato todavía.

Mientras pronunciaba este discurso en mal ruso, yo le miraba atentamente en los ojos que tenía bajos y medio cerrados. Primero sentí el desencanto de no ser ya el tercero, luego el temor de no ser admitido en la Universidad, y finalmente á todo esto se añadía la conciencia de la injusticia, el sentimiento de mi amor propio herido, la humillación no merecida, y por encima de esto el menosprecio hacia el profesor, quien, según mi pensar de entonces, no pertenecía á la categoría de los hombres decentes, pues en aquel punto mismo descubrí que tenía las uñas cortas, recias y muy redondeadas. Al echar sobre mí una mirada y al ver trémulos mis labios y llenos de lágrimas mis ojos, interpretó sin duda mi emoción cómo si yo pidiese gracia, pues, con voz en que se descubría la lástima me dijo, delante de otro profesor que se acercaba á la mesa en aquel momento:

—Bueno, os concederé la nota media, dos puntos, aunque no la merezcáis mucho; pero lo hago en consideración á vuestros pocos

años y esperando que en la Universidad no seréis tan ligero.

Esta última frase, dicha delante del otro profesor que me miraba de un modo cómo diciéndome: «Bien, ya lo veis, joven!» me turbó

definitivamente. Mis ojos cubriéronse como de una espesa niebla, el terrible profesor y la mesa ante la cual estaba él sentado se alejaban hasta perderse en lontananza, y una idea horrible, con una claridad extraordinaria, me vino á la cabeza:



«Y de todo esto, qué va á salir?» Pero no hice nada de lo que había pensado, muy al contrario, inconscientemente saludé con gran respeto á los dos profesores, y luego, hasta sonriendo un poco, con aquella misma sonrisa de Ikonin, me alejé de la mesa.

Esta injusticia produjo en mí una impresión tan grande que á haber sido dueño de mis acciones, con seguridad que no me hubiese presentado á más exámenes. Perdí de pronto toda ambición, puesto que ya no podía pensar en ser el tercero, y pasé los demás exámenes sin preocupación ninguna y sin emocionarme lo más mínimo. No obstante, obtuve una mediana algo superior á cuatro, pero ya no me interesaba nada todo esto. Me convencí seriamente de que era lo más necio del mundo pretender pasar por el primero, y que lo mejor era hacer como Volodia, ni muy mal ni muy bien, y tomé la resolución de portarme de este modo, para lo sucesivo, en la Universidad, aunque por la primera vez me hallase en desacuerdo con mi gran amigo.

No pensaba ya sino en mi uniforme, en mi coche, y sobre todo en mi libertad.

XIII

Ya soy grande

No obstante, todas estas cosas tenían también su encanto.

El día 8 de mayo, al volver de mi último examen, el de instrucción religiosa, me encontré en casa á un dependiente del sastre Rosanov, quien venía á traerme un traje de uniforme ya listo, después de haber hecho en él las correcciones que había indicado en anteriores pruebas con líneas de yeso.

Me puse el traje y juzgándolo magnífico, aunque Saint-Jerôme aseguraba que me hacía en la espalda algunas arrugas, descendí al gran salón con una sonrisa en los labios que iluminaba todo mi rostro, y fui al cuarto de Volodia, fingiendo no reparar en los curiosos de la gente de la casa, que me veían pasar desde la antecámara ó desde el corredor. El mayordomo Gavriilo me paró en la sala, me felicitó por mi admisión en la Universidad y de orden de papá me entregó cuatro billetes de los blancos, informándome igualmente de parte de mi padre que *tal* cochero, *tal* coche y *tal* caballo estarían por completo á mi disposición. Me halagó de tal modo todo esto y se me ofrecieron tan inopinadamente todas estas felicidades juntas que no pude simular indiferencia delante de Gavriilo, y algo confuso y ahogándome la alegría pronuncié la primera frase que me vino á los labios, y fué esta: «Paréceme que *tal* caballo es un magnífico trotador». Viendo las curiosas cabezas que aparecían por todas las puertas y pasadizos no pude contener-

años y esperando que en la Universidad no seréis tan ligero.

Esta última frase, dicha delante del otro profesor que me miraba de un modo cómo diciéndome: «Bien, ya lo veis, joven!» me turbó

definitivamente.

Mis ojos cubriéronse como de una espesa niebla, el terrible profesor y la mesa ante la cual estaba él sentado se alejaban hasta perderse en lontananza, y una idea horrible, con una claridad extraordinaria, me vino á la cabeza:



«Y de todo esto, qué va á salir?» Pero no hice nada de lo que había pensado, muy al contrario, inconscientemente saludé con gran respeto á los dos profesores, y luego, hasta sonriendo un poco, con aquella misma sonrisa de Ikonin, me alejé de la mesa.

Esta injusticia produjo en mí una impresión tan grande que á haber sido dueño de mis acciones, con seguridad que no me hubiese presentado á más exámenes. Perdí de pronto toda ambición, puesto que ya no podía pensar en ser el tercero, y pasé los demás exámenes sin preocupación ninguna y sin emocionarme lo más mínimo. No obstante, obtuve una mediana algo superior á cuatro, pero ya no me interesaba nada todo esto. Me convencí seriamente de que era lo más necio del mundo pretender pasar por el primero, y que lo mejor era hacer como Volodia, ni muy mal ni muy bien, y tomé la resolución de portarme de este modo, para lo sucesivo, en la Universidad, aunque por la primera vez me hallase en desacuerdo con mi gran amigo.

No pensaba ya sino en mi uniforme, en mi coche, y sobre todo en mi libertad.

XIII

Ya soy grande

No obstante, todas estas cosas tenían también su encanto.

El día 8 de mayo, al volver de mi último examen, el de instrucción religiosa, me encontré en casa á un dependiente del sastre Rosanov, quien venía á traerme un traje de uniforme ya listo, después de haber hecho en él las correcciones que había indicado en anteriores pruebas con líneas de yeso.

Me puse el traje y juzgándolo magnífico, aunque Saint-Jerôme aseguraba que me hacía en la espalda algunas arrugas, descendí al gran salón con una sonrisa en los labios que iluminaba todo mi rostro, y fui al cuarto de Volodia, fingiendo no reparar en los curiosos de la gente de la casa, que me veían pasar desde la antecámara ó desde el corredor. El mayordomo Gavriilo me paró en la sala, me felicitó por mi admisión en la Universidad y de orden de papá me entregó cuatro billetes de los blancos, informándome igualmente de parte de mi padre que *tal* cochero, *tal* coche y *tal* caballo estarían por completo á mi disposición. Me halagó de tal modo todo esto y se me ofrecieron tan inopinadamente todas estas felicidades juntas que no pude simular indiferencia delante de Gavriilo, y algo confuso y ahogándome la alegría pronuncié la primera frase que me vino á los labios, y fué esta: «Paréceme que *tal* caballo es un magnífico trotador». Viendo las curiosas cabezas que aparecían por todas las puertas y pasadizos no pude contener-

me más y eché á correr atravesando el salón al galope, luciendo mi traje nuevo, con sus brillantes y dorados botones. En el momento de entrar en el cuarto de Volodia, oí á mis espaldas las voces de Dubkov y Nekhludov que venían para felicitarme y para proponerme que fuese con ellos á comer en algún restaurant y á beber *champagne* para celebrar mi entrada en la Universidad. Dmitri me dijo que, aunque no le gustaba mucho el *champagne* iría también con nosotros para beber en mi compañía, *contigo* me dijo. Dubkov afirmó que me parecía muchísimo, no sé por qué, á un coronel; Volodia no me felicitó siquiera y dijo tan sólo muy secamente que ya podríamos ahora salir, dentro de dos ó tres días, para nuestra casa de Petrovskoie.



Sin duda estaba contento de verme admitido en la Universidad, pero le disgustaba también un poco que fuese ya tenido por tan hombre como él. Saint-Jerôme vino también al cuarto y declaró, con mucho énfasis, que su misión quedaba cumplida, que no sabía si la había cumplido bien ó mal, pero que había hecho todo lo posible para salir airoso de su cometido, y que desde mañana empezaría á ir á casa de su nuevo discípulo, el hijo del conde.

Como en contestación á todo lo que me decían, yo sentía que, muy á pesar mío, sobre mi rostro se derramaba toda la dulzura de una sonrisa resplandeciente, resplandeciente de felicidad, la cual me pareció que se desparramaba también sobre todos los que hablaban conmigo.

Y he aquí que no tengo ya quien me mande, y soy dueño de un carruaje y mi nombre figura en el registro de estudiantes, y llevo espada y los guardias de la ciudad me rendirán alguna vez honores. Ya soy grande, y me parece que soy completamente feliz.

Convenimos en que se comería en casa de Iar á las cinco en punto; pero como Volodia se iba con Dubkov y Dmitri, según su costumbre, se marchaba también, no se sabía nunca á dónde, pretextando algún quehacer urgente, me quedaban todavía dos horas

que podía emplear cómo mejor me pareciese. Largo rato me estuve paseándome por la habitación, mirándome en el espejo, ya con el uniforme todo abrochado, ya con un solo botón, ya desabrochado completamente, y de todas las maneras me parecía á mí mismo magnífico. Después, y apesar de una especie de vergüenza que me impedía mostrarme tan alegre como yo lo estaba interiormente, fuí al establo y á la cochería, y contemplé con inmenso gozo interno *mi* caballo, *mi* carruaje y *mi* cochero; luego volví al cuarto y á mis paseos, mirándome á cada punto en el espejo, y contando infinitas veces mi dinero, sonriendo sin cesar con sonrisa de inmensa felicidad.

Sin embargo, no había pasado una hora aun, cuando me sentí ya lleno de fastidio, ó por decirlo mejor, sentí en mí el vivísimo deseo de que alguien me viese y me admirase en mi brillante situación. Por esto dí orden de que enganchasen mi carruaje y decidí que lo mejor sería llegarme hasta el Puente de los Mariscales para comprarme algunas fruslerías.

Recordé que Volodia, cuando su entrada á la Universidad, había comprado litografías de caballos, tabaco y pipas; yo me creí en el caso de hacer algo parecido.

Llegué al Puente de los Mariscales, acompañado de las miradas de todo el mundo, pues me parecía que todo el mundo me miraba á mí, reluciendo el sol en mis botones dorados, y me detuve junto al almacén de cuadros de Daziaro. Después de haber mirado con cierta inquietud á todos lados, entré en la tienda. No quería comprar litografías de caballos, para que no se dijese que imitaba á Volodia; pero dándome pena del trabajo que ocasionaba el amable dependiente que me recibió, me quedé, sin mirarlo mucho, con una cabeza de mujer á la aguada que tenían en el aparador y por la cual pagué veinte rublos. No habiendo pagado más que veinte rublos, tuve por cosa vergonzosa haber estorbado por una patarata así á dependientes con tanta elegancia vestidos, y además creí observar que me miraban con cierta displicencia. Deseando hacerles sentir quien yo era, me puse á examinar un pequeño objeto de plata que había colocado en una vitrina; dijéronme que era un magnífico porta-lápiz y que valía dieciocho rublos. Hice que me lo envolvieran y lo pagué, y habiéndome indicado amablemente que en la tienda de al lado hallaría magníficas pipas y buen tabaco, saludé cortésmente á los dependientes y salí á la calle con mi cuadro debajo del brazo. En el otro almacén, que tenía por muestra un negrito fumando un cigarro, compré, para no imitar á nadie, tabaco de una nueva marca, una pipa de Stambul

y tubos de pipa de tilo y de rosál. Al salir de la tienda, cerca ya de mi coche, ví á Semenov que, con la cabeza baja, andaba á grandes pasos por la acera. Me sabía muy mal que pasase sin reconocerme, y dije en alta voz al cochero: «Acércatel!» é instalándome de un salto en el carruaje que empezó á andar al trote, atrapé enseguida á Semenov, á quien saludé diciéndole:

—Buenos días!

—Salud,— me contestó sin dejar de andar.

—Cómo no vais de uniforme?—le dije.

Semenov se detuvo, medio cerró los ojos y abrió la boca enseñando sus blanquísimos dientes, como si los rayos del sol le molestasen, pero en realidad todo ello no significaba más que un profundo desprecio por mi uniforme, por mi coche y por mi cochero; me miró un momento y alejóse sin decir nada.

Del Puente de los Mariscales me dirigí á la pastelería de la calle de Iverskaia, y aunque yo me empeñaba en hacer creer que lo que más me interesaba allí eran los diarios que tomaba y dejaba á cada punto de encima de la mesa, no pude contenerme y me tragué un pastel tras de otro pastel. A pesar de la gran vergüenza que me daba un señor que, fingiendo leer en su diario, no apartaba de mí los ojos, me comí con una rapidez asombrosa hasta ocho pasteles de todas las clases que en la tienda había.



Al llegar á casa sentí algo revuelto mi estómago, pero no hice caso y me puse á examinar todo lo que había comprado; el cuadro me disgustó de tal modo, que no solamente no lo hice encuadrar ni lo coloqué en mi cuarto, como había hecho Volodia con los suyos, sino que lo escondí cuidadosamente detrás de la cómoda donde nadie lo pudiese ver jamás. Una vez en casa y bien considerado, tampoco el porta-lápiz de plata me gustó, y lo dejé sobre la mesa, consolándome, sin embargo, con la idea de que de todas maneras era aquello un objeto de plata, sólido y para un estudiante muy útil. Y me decidí á probar inmediatamente los aparejos de fumar.

Abriendo el paquete llené con gran cuidado la pipa de Stambul con mi rico tabaco del Sultán, de un amarillo rojizo muy hermoso y finamente cortado, le apliqué la mecha bien encendida, y co-

giendo el tubo de la pipa entre el mayor y el anular, movimiento de mano que me placía mucho, me puse decididamente á fumar.

El olor del tabaco era muy agradable, pero en la boca sabía á muy amargo y apenas si lo podía resistir. No obstante, continué fumando largo espacio de tiempo, probando de aspirar el humo y de lanzar al aire grandes espirales. Pronto estuvo el cuarto lleno de nubecillas azuladas, la pipa comenzaba á crepitar y el tabaco saltaba como brasas de fuego. Sentía en la boca un grande amargor y en la cabeza un ligero vértigo. Quise dejar de fumar y contemplarme en el espejo con la pipa apagada en la boca; pero, con gran extrañeza mía, sentí vacilantes mis piernas, el cuarto se puso á girar entorno mío, y acercándome con gran trabajo al espejo ví que estaba mi rostro blanco como un papel. Me dejé caer en el diván y me sentí una tan fuerte opresión en el pecho y una debilidad tan grande que me imaginé que la pipa era cosa mortal para mí y que me iba á morir. Seriamente asustado, quise llamar en mi auxilio á un criado para que fuese inmediatamente en busca del médico.

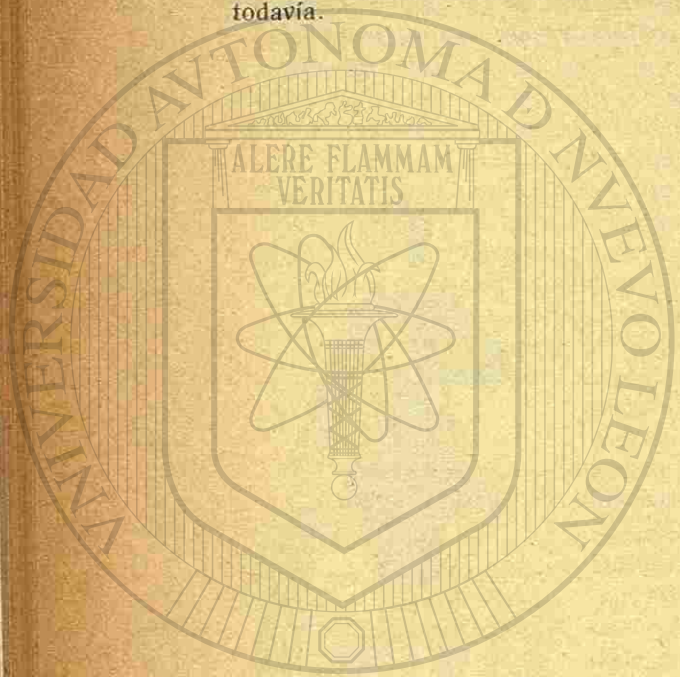
Sin embargo, este miedo no me duró mucho, comprendí enseguida lo que en realidad tenía, y con un horroroso dolor de cabeza y débil en

extremo, sin fuerza para nada, permanecí largo tiempo echado en el diván, mirando fijamente y con atención estúpida el escudo dibujado en el paquete del tabaco, ó bien poniendo mis apagados ojos en la pipa que yacía tirada al suelo y en el tabaco que se había desparramado, y con cierto desencanto en el fondo del alma yo pensaba: «No soy todavía *grande* de veras, pues no puedo fumar como los demás; es evidente que no puedo, como hacen los hombres, sostener el tubo de la pipa entre el anular y el medio, enviando al aire bocanadas de humo á través de los rubios bigotes».

Cuando, á las cinco, vino Dmitri á buscarme, me halló todavía en tan triste situación. No obstante, después de haber bebido un buen vaso de agua, me sentí perfectamente bien y me dispuse á salir con él.



—Pero, qué necesidad teniais de fumar?—me dijo Dmitri al ver la pipa por el suelo y el tabaco.—Es una tontería eso y un gasto bien inútil. Yo tengo tomada la resolución de no fumar en mi vida... Pero, démonos prisa, hemos de ir á buscar á Dubkov todavía.



XIV

En qué se ocupaban Volodia
y Dubkov

A PENAS entró Dmitri en mi cuarto, en su rostro, en sus gestos, en un ademán que le era muy propio cuando estaba de mal humor, guiñando los ojos y estirando el cuello como para arreglarse la corbata, comprendí inmediatamente que se hallaba en aquella disposición de espíritu fría y concentrada en que se le veía siempre que estaba descontento de sí mismo, y que enfriaba también, siquiera momentáneamente, mi afecto hacia él. En los últimos tiempos comenzaba ya á analizar y aún á discutir el carácter de mi amigo. A pesar de todo, nuestra amistad no se alteraba; era todavía tan nueva y tan fuerte que, aún examinando á Dmitri bajo toda clase de aspectos no podía dejar de considerarle como un verdadero modelo. Había en él dos hombres muy diferentes, y á los dos encontraba muy hermosos. Uno, el que yo amaba con más ardor, era bueno, dulce, alegre, y se reconocía en sí mismo todas esas cualidades. Cuando se hallaba en esa disposición de espíritu, todo su aspecto, el sonido de su voz, todos sus movimientos parecían decir: «Yo soy dulce y virtuoso, y hallo gran placer en serlo, según podéis todos vosotros convenceros de ello». El otro hombre, á quien yo empezaba solamente á conocer y ante la majestad del cual me inclinaba, era un hombre frío, severo para

los demás y para sí mismo, orgulloso, de una piedad extremada y austero como el que más lo fuese. En aquel momento, tenía delante de mí á este segundo hombre.

Con toda la franqueza que era la condición necesaria de nuestras relaciones, una vez instalados en el coche le dije cuán triste me era y cuán penoso verle en tan grave y tan severo estado de espíritu en día tan feliz para mí.

—Algo os habrá contrariado, probablemente, por qué no me lo decís?—continuó.

—Nikolenka, —me contestó sin precipitarse, inclinando á un lado la cabeza y medio cerrando los ojos,—os he dado mi palabra de que no tendría secretos para vos, de modo que no tenéis razón para suponer que ando disimulándoos algo; bien puede no estar uno siempre en la misma disposición de espíritu, y si fuese verdad que algo me haya puesto de mal humor he de declarar que ni yo mismo me he dado cuenta de ello.

«Qué hermoso carácter, y cuán franco y honrado!»—pensé yo y ya no le hablé en todo el camino.

Sin decir una palabra llegamos á casa de Dubkov. La habitación de Dubkov era muy hermosa, ó me pareció tal entonces. Por todas partes alfombras, cuadros, tapices, retratos, sillones, divanes, y en las paredes grandes panoplias con fusiles, pistolas, sables y cabezas de animales de todas clases. Al ver ese gabinete comprendí enseguida en quien Volodia se había inspirado para el arreglo de su cuarto. Encontramos allí á Dubkov y á mi hermano jugando á las cartas. Un señor á quien yo no conocía, y el cual era sin duda de escasa representación á juzgar por la actitud muy comedida que guardaba, hallábase sentado cerca de la mesa y seguía con gran atención el juego.



comprendíase que se hallaba absorbido enteramente por el juego. Al verme á mí se puso todavía más encarnado.

—Anda, á tí te toca dar ahora!—dijo á Dubkov. Comprendí que no le gustó que yo viese cómo estaba jugando á las cartas, aunque en su expresión no demostraba embarazo alguno; al contrario, parecía decirme con la expresión de su rostro: «Sí, estoy jugando, á tí te extraña, porque tú eres todavía muy joven; no solamente esto no es ninguna cosa mala, sino que á nuestra edad es hasta obligatorio».

Sentí y comprendí todo esto instantáneamente.

Sin embargo, Dubkov no dió las cartas, sino que se levantó, nos estrechó la mano, nos rogó que tomásemos asiento, y nos ofreció sendas pipas que nosotros no aceptamos.

—He aquí á nuestro diplomático, el triunfador,—dijo Dubkov.—Juro de nuevo que se parece extraordinariamente á un coronel.

—Bah!...—hice yo sintiendo dibujarse en mis labios una sonrisa de estúpida satisfacción.

Yo estimaba á Dubkov como un muchacho de dieciseis años puede estimar á un ayudante de campo de veintisiete años, del cual dicen todas las personas mayores que es un joven distinguido, que baila admirablemente y que habla muy bien el francés, y quien además, si bien desprecia en el fondo de su alma mi excesiva juventud se esfuerza en disimularlo.

A pesar de que le apreciaba muy afectuosamente, mientras duraron nuestras relaciones, no sé porque me fué siempre penoso mirarle en los ojos. Después, he observado que no sé mirar frente á frente á tres clases de hombres: los que son mucho peores que yo, los que son mejores que yo, y finalmente aquellos con quienes no sé atreverme á tener verdadera confianza. Dubkov era mejor ó peor que yo, no lo sé, pero es evidente que mentía algunas veces sin confesarlo después, y yo había observado en él esta debilidad sin atreverme á decírselo.

—Juguemos todavía un rey,—dijo Volodia, moviendo los hombros lo mismo que papá y dando con los naipes sobre la mesa.

—Vaya una afición!—hizo Dubkov.—Ya jugaremos más tarde!... En fin, va por un rey!—Y se sentó á la mesa.

Mientras jugaban, observé que las manos de Volodia eran largas y finas. Al coger las cartas ponía exactamente los dedos lo mismo que papá, de manera que llegué á creer por un momento que lo hacía expreso para tener semejanza con alguna persona mayor; pero mirándole al rostro, comprendíase enseguida que no pensaba entonces en nada, salvo el juego. Las manos de Dubkov, por el contrario, eran cortas, gordetas y dobladas hacia dentro, y parecían muy ágiles; tenía precisamente aquella especie de manos en

que se ven con frecuencia lucir grandes y hermosas sortijas y que pertenecen á hombres que tienen gusto por los trabajos manuales y que hallan placer en la posesión de objetos de gran precio.

Volodia perdió indudablemente, pues el señor que estaba mirando el juego hizo la observación de que mi hermano estaba de malas, y Dubkov tomó su cartera y escribió en una de sus hojas algunos números, que luego enseñó á Volodia diciéndole:

—Es esto?

—Esto exactamente!—contestó mi hermano haciendo que miraba lo escrito en el papel.—Ahora podemos ya irnos.

Volodia se fué con Dubkov, y Dmitri me tomó en su coche.

—A qué jugaban?

—Al *piquet*. Es un juego muy tonto... aunque, en general, el juego no es sino una gran tontería.

—Juegan fuerte?

—No... Pero, de todas las maneras, es una cosa mala.

—Vos no jugáis?

—No, me he dado á mí mismo la palabra de no jugar jamás; pero Dubkov no se puede pasar sin ganarle algo á alguien.

—Esto no está bien,—dije yo.—Y probablemente Volodia juega peor que él.

—Claro es que no está bien, aunque no hay en esto nada extraordinariamente malo. A Dubkov le gusta jugar y juega bien, y sin embargo de todo esto es un excelente amigo.

—No es que lo haya yo puesto en duda...

—Ni se puede pensar nada malo de él, pues es de veras un buen muchacho. En cuanto á mí, le quiero y le querré siempre, á pesar de todas sus debilidades.

Paréceme, aunque no sabría decir por qué, que Dmitri defendía con tanto calor á Dubkov precisamente porque ya no le quería ni le creía digno de su estimación; pero se empeñaba en no confesarlo en parte por tozudería, en parte para que no se le acusase de inconstancia. Era de esta clase de hombres que quieren á sus amigos toda la vida, no porque sus amigos les sean siempre fieles, sino porque habiendo amado un día á un hombre, aunque se hayan engañado, piensan que es cosa mala retirarle después su afección.



XV

Se me felicita

VOLODIA y Dubkov conocían los nombres de todos los mozos de casa lar, y todos, desde el portero al patrón, les demostraban una consideración extrema.

Se nos acompañó inmediatamente á un gabinete particular y nos sirvieron una soberbia comida, arreglada por el propio Dubkov sobre el *menú* francés. La botella de *champagne frappé*, que yo trataba de mirar con la mayor indiferencia posible, estaba ya preparada. La comida fué muy agradable y muy alegre, pues Dubkov, como siempre que se hallaba en situación semejante, no se cansó de contarnos, como si fuesen verdaderas, las más extravagantes historias. Entre otras cosas nos contó que su abuela mató á arcabuzasos á tres bandidos que la atacaron en despojado y quisieron abusar de ella...—Mientras contaba esto yo me avergoncé por él, y bajos los ojos no me atreví siquiera á mirarle. Volodia se mostraba inquieto cada vez que iba yo á hablar,—lo cual fué absolutamente inútil, pues recuerdo que no dije nada de que hubiese de avergonzarse. Al servirse el *champagne*, todos me felicitaron, y enlazado de brazos con Dubkov y Dmitri bebimos juntos en honor de nuestra futura amistad, y enseguida nos besamos. Como yo no sabía quién ofrecía la botella de *champagne* que acabábamos de bebernos, quise regalar á mis amigos con mi propio dinero, que acariciaba á cada punto dentro de mis bol-

que se ven con frecuencia lucir grandes y hermosas sortijas y que pertenecen á hombres que tienen gusto por los trabajos manuales y que hallan placer en la posesión de objetos de gran precio.

Volodia perdió indudablemente, pues el señor que estaba mirando el juego hizo la observación de que mi hermano estaba de malas, y Dubkov tomó su cartera y escribió en una de sus hojas algunos números, que luego enseñó á Volodia diciéndole:

—Es esto?

—Esto exactamente!—contestó mi hermano haciendo que miraba lo escrito en el papel.—Ahora podemos ya irnos.

Volodia se fué con Dubkov, y Dmitri me tomó en su coche.

—A qué jugaban?

—Al *piquet*. Es un juego muy tonto... aunque, en general, el juego no es sino una gran tontería.

—Juegan fuerte?

—No... Pero, de todas las maneras, es una cosa mala.

—Vos no jugáis?

—No, me he dado á mí mismo la palabra de no jugar jamás; pero Dubkov no se puede pasar sin ganarle algo á alguien.

—Esto no está bien,—dije yo.—Y probablemente Volodia juega peor que él.

—Claro es que no está bien, aunque no hay en esto nada extraordinariamente malo. A Dubkov le gusta jugar y juega bien, y sin embargo de todo esto es un excelente amigo.

—No es que lo haya yo puesto en duda...

—Ni se puede pensar nada malo de él, pues es de veras un buen muchacho. En cuanto á mí, le quiero y le querré siempre, á pesar de todas sus debilidades.

Paréceme, aunque no sabría decir por qué, que Dmitri defendía con tanto calor á Dubkov precisamente porque ya no le quería ni le creía digno de su estimación; pero se empeñaba en no confesarlo en parte por tozudería, en parte para que no se le acusase de inconstancia. Era de esta clase de hombres que quieren á sus amigos toda la vida, no porque sus amigos les sean siempre fieles, sino porque habiendo amado un día á un hombre, aunque se hayan engañado, piensan que es cosa mala retirarle después su afección.



XV

Se me felicita

VOLODIA y Dubkov conocían los nombres de todos los mozos de casa lar, y todos, desde el portero al patrón, les demostraban una consideración extrema.

Se nos acompañó inmediatamente á un gabinete particular y nos sirvieron una soberbia comida, arreglada por el propio Dubkov sobre el *menú* francés. La botella de *champagne frappé*, que yo trataba de mirar con la mayor indiferencia posible, estaba ya preparada. La comida fué muy agradable y muy alegre, pues Dubkov, como siempre que se hallaba en situación semejante, no se cansó de contarnos, como si fuesen verdaderas, las más extravagantes historias. Entre otras cosas nos contó que su abuela mató á arcabuzasos á tres bandidos que la atacaron en despojado y quisieron abusar de ella...—Mientras contaba esto yo me avergoncé por él, y bajos los ojos no me atreví siquiera á mirarle. Volodia se mostraba inquieto cada vez que iba yo á hablar,—lo cual fué absolutamente inútil, pues recuerdo que no dije nada de que hubiese de avergonzarse. Al servirse el *champagne*, todos me felicitaron, y enlazado de brazos con Dubkov y Dmitri bebimos juntos en honor de nuestra futura amistad, y enseguida nos besamos. Como yo no sabía quién ofrecía la botella de *champagne* que acabábamos de bebernos, quise regalar á mis amigos con mi propio dinero, que acariciaba á cada punto dentro de mis bol-

sillos. Saqué disimuladamente un billete de diez rublos, y llamando al mozo le di el dinero, y en voz baja, pero de modo que todos lo oyesen, le dije «que me hiciese el favor de traernos otra media botella de *champagne*». Volodia se ruborizó extraordinariamente y sacudió con fuerza sus hombros y me miró con espanto á mí y luego á los demás, lo cual me dió á entender que había comedido una plancha. Sin embargo, nos trajeron la media botella, nos la bebimos alegremente y todo pareció que seguía su curso natural. Dubkov no paraba de mentir con su habitual frescura, y Volodia contaba historias alegres que nunca hubiera esperado de él, riéndonos todos mucho. El carácter de sus bromas consistía en la imitación y exajeración de aquella anécdota bien conocida: «De modo que estabas en el extranjero?» figura que uno pregunta, y el otro le contesta: «No, yo no estaba entonces; pero mi padre toca la guitarra». En esa clase de cómico por el absurdo llegaban á una verdadera perfección... A todo género de preguntas contestaban en ese mismo tono, y aún á veces sin pregunta ninguna trataban de enlazar dos proposiciones enteramente contradictorias, y todo esto lo hacían con tan extraordinaria seriedad aparente, que resultaba la cosa más cómica del mundo. Empecé á comprender en qué la cosa consistía, y quise yo también decir alguna de las mías; pero todos me miraron tan extrañamente y con visible temor de que dijese ó hiciese alguna patochada que mi chiste no resultó, y todos apartaron de mí los ojos. Dubkov me dijo: «Tú divagas, querido diplomático». Pero el *champagne* y la compañía de los que eran mayores que yo me había sido tan agradable, que esa observación no me molestó lo más mínimo. Únicamente Dmitri, aunque había bebido lo mismo que los demás, conservaba su disposición de espíritu severa y algo triste, lo que ponía un poco de freno á la alegría general.

—Bueno, ahora escuchad, señores!—dijo Dubkov,—después de comer, tomaremos por cuenta nuestra al diplomático, nos lo llevaremos á casa de *nuestra tía*, y una vez allá...

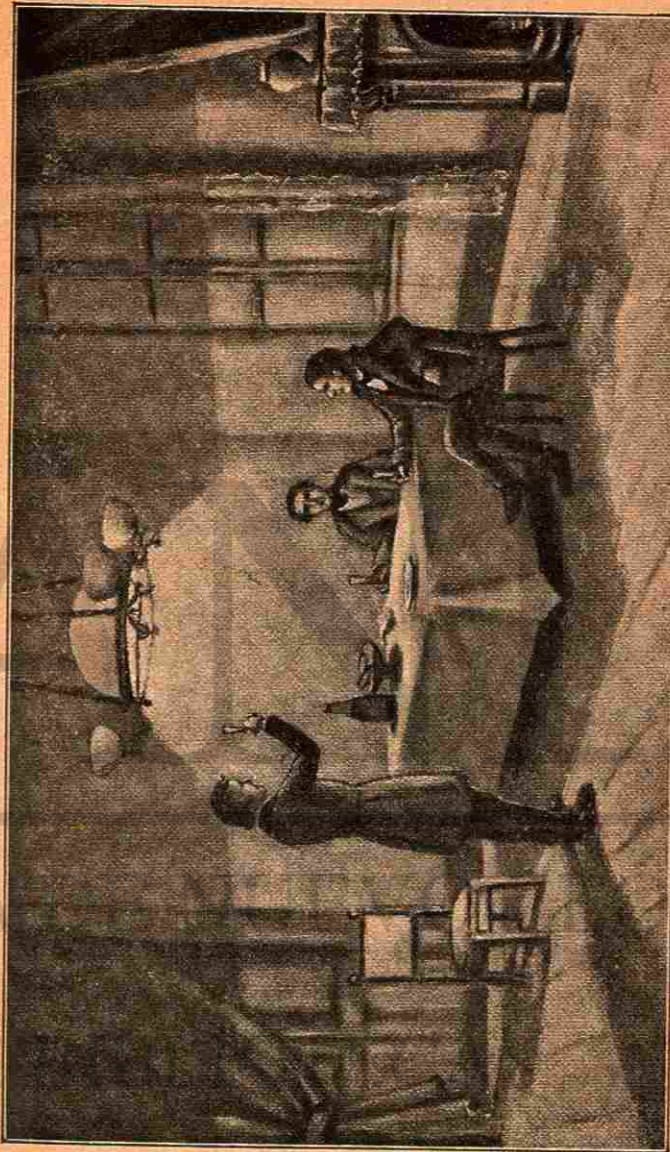
—Nekhludov no vendrá!—dijo Volodia.

—Eres un tímido y un miedoso insoportable,—añadió Dubkov dirigiéndose á Dmitri.—Vente con nosotros, y te convencerás de que *nuestra tía* es una excelente mujer.

—No solamente no vendré, sino que tampoco permitiré que él vaya,—exclamó Dmitri poniéndose todo encarnado.

—Quién, el diplomático? Verdad que quieres tú venir?... Mira cómo se ha alegrado apenas he nombrado á *nuestra tía*.

—No, no quise decir que no le dejara ir,—Dmitri prosiguió



TOLSTOÍ.—LÁM. VIII

levantándose y empezando á pasearse por el gabinete sin mirarme;— lo que digo es que no le aconsejo que vaya, y que yo no quisiera que fuese. Ya no es un niño, y si quiere puede ir, pero sin vuestra compañía. Y en cuanto á tí, Dubkov, debieras avergonzarte, pues porque tú obras mal quieres que los demás hagan lo mismo.

—Qué mal hay,—dijo Dubkov guiñando el ojo en dirección á donde estaba Volodia,—en que yo os invite á todos á tomar una taza de té en casa de *nuestra tia?* Pero, si á tí te desagrada, como tú quieras, yo iré con Volodia. Volodia, vienes?

—Vengo!—dijo Volodia.—Iremos allá un rato, después volveremos á casa y continuaremos nuestro interrumpido *piquet*.

—Vaya, quieres irte con ellos ó no?—me preguntó Dmitri viniendo hacia mí.

—No quiero ir,—contesté haciéndome á un lado en el diván para dejarle sitio;— no tengo deseos de ir, y si tú me lo desaconsejas, no iré de ninguna manera.—Luego añadí:—En realidad no estoy en lo firme al decir que no quiero ir con ellos; pero la verdad es que estoy contentísimo de no ir.

—Muy bien!—dijo Dmitri,—vive á tu modo; pero no bailes nunca al son que otro toque, es lo mejor.

No solamente esa pequeña discusión no disminuyó el placer que sentía en aquellos momentos, sino que lo acreció todavía. Dmitri recobró de pronto su dulce disposición de espíritu, aquella disposición que yo tanto prefería. Cómo después he podido muchas veces observar, toda acción buena ejercía esta misma influencia en él. En aquel momento estaba contento de sí mismo, pues juzgaba haberme librado de un peligro. Se puso muy alegre, pidió otra botella de *champagne*, lo que estaba en contra de sus principios, invitó á entrar á un caballero desconocido, que estaba en el restaurant, le hizo beber con nosotros y hasta cantó el *gaudeamus igitur*; nos pidió á todos que le hiciésemos coro, y finalmente propuso dar un paseo en coche por los jardines de Sokolniky, á lo cual objetó Dubkov que le parecía la cosa excesivamente sentimental.

—Divirtámonos hoy y alegrémonos en honor de su entrada á la Universidad. Me emborracharé hoy por la primera vez, no importa...—hizo Dmitri sonriendo.

Toda esta alegría le iba muy extrañamente á Dmitri, quien tenía el aire de un preceptor ó de un buen papá, que se ha excitado un poco, y quiere alegrar á sus hijos, demostrándoles que se puede uno divertir muy honestamente, guardando todas las con-

veniencias; sin embargo, esta alegría suya se nos pegó á todos, con tanta mayor facilidad por cuanto cada uno de nosotros nos habíamos bebido nuestra media botella de *champagne*.

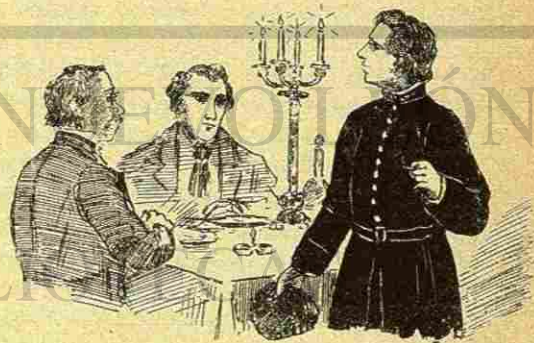
En tan agradable disposición de espíritu salí yo solo á la gran sala del establecimiento para fumar el cigarrillo que me había dado Dubkov.

Al levantarme de la silla, observé que la cabeza se me iba un poco, que mis piernas se negaban casi á andar y que mis manos no sabían permanecer en su posición natural sino esforzándose mucho en ello; de no hacerlo así, mis piernas se me iban por donde querían y mis manos ejecutaban involuntarios gestos. Concentré toda mi atención en mis miembros, ordené á mis manos que se agitasen convenientemente y abrochasen mi vestido, que arreglasen un poco mis cabellos que en aquellos momentos se mantenían lo más tiesos del mundo, y á las piernas les dí la orden de que se encaminasen hacia la puerta, y lo ejecutaron en verdad, pero andando unas veces muy aprisa y otras muy despacio, singularmente la pierna izquierda que á cada paso se encogía y se me quedaba apoyada en la misma punta del pie. Una voz me gritó: «¿Dónde vas? Ya nos traerán lumbre». Adiviné que la tal voz era la de mi hermano y hallé un íntimo placer en haberlo adivinado á pesar de todo, pero á manera de contestación no hice más que dibujar en mis labios una vaga sonrisa y proseguí mi camino.

XVI

La disputa

EN la gran sala, comiendo ante una pequeña mesa, estaba sentado un señor, pequeño y regordete, con unos bigotes muy rubios. A su lado se hallaba sentado un hombre alto y moreno, sin bigotes. Hablaban en francés y la mirada que me dirigieron al ver que yo avanzaba hacia ellos me intimidó un poco, pero decidí encender mi cigarrillo en una de las bujías que en su mesa ardían, por lo cual seguí avanzando, aunque ladeada un poco la cabeza, para evitar sus terribles miradas... Llegué y encendí en la bujía mi cigarro. Mientras hacía esto, no pude dejar de mirar al señor que estaba comiendo, y ví que sus ojos grises y sin brillo estaban fijos en mí con expresión nada tranquilizadora. En el momento de girar sobre mis talones para volverme, sus bigotes



rubios se agitaron y dijo en francés: «Caballero, no permito que se fume mientras yo como».

Yo murmuré alguna excusa que ni yo mismo entendí.

—Digo que no consiento esto—añadió el de los bigotes echando una mirada sobre el de la cara rapada, como para indicarle que se preparase á admirar la lección que iba á darme.—No soy amigo, caballero, no soy amigo de los sinvergüenzas que se atreven á fumar en mis propias barbas.

Comprendí entonces que aquel señor me estaba dirigiendo una reprimenda, y me creí en realidad culpable con él.

—No pensé que esto pudiese molestaros lo más mínimo,—dije.

—Cómo tampoco habréis pensado en que sois un mal educado, y en cambio yo sí lo pensé,—gritó el señor.

—Con qué derecho os permitís gritar así?—dije sintiéndome ofendido y empezando también yo á enfadarme.

—Con el derecho que tengo para no permitir á nadie que me falte, y con el mismo con que voy á dar una lección á un jovenzuelo tan mal educado. Cómo os llamais y dónde habitáis?

Estaba yo excitadísimo, mis labios trémulos palidecían y la respiración me faltaba. No obstante, me sentí probablemente culpable de haber bebido demasiado *champagne*, y no tan sólo no injurié al señor aquel sino que le dí lo más cortésmente que pude mi nombre y mi domicilio.

—Yo me llamo Kolpikov, señor, y de aquí en adelante sed más comedido. Ya tendréis noticias mías.

—Con mucho gusto...—acerté yo á decir tan sólo, procurando dar á mi voz la mayor firmeza posible. Me volví y con el cigarrillo en los labios, el cual se había ya apagado, entré en el gabinete.

No dije nada á nadie de lo que había pasado, con menos motivo aun, pues se hallaban empeñados mis amigos y mi hermano en una acalorada discusión. Me senté solo en el diván y me quedé pensando en mi extraña aventura; las palabras: «Sois un mal educado!» resonaban en mis oídos y me indignaban cada vez más. Mi borrachera se había completamente disipado. Al pensar en el modo cómo me había portado en este asunto, me vino de pronto la terrible idea de haber demostrado una excesiva cobardía. «Con qué derecho gritó aquel señor contra mí? Por qué no me ha dicho cortésmente que mi acto le molestaba? Pero, ha sido él el culpable? Entonces, cuando me ha dicho que yo era un mal educado, por qué no le contesté: El mal educado, caballero, es aquel que se permite una semejante grosería!—O bien, por qué no le he gritado: *Ca-l-l-a-o-s!* Hubiera sido admirable y de gran efecto. Por qué no le he

desafiado al menos? Nada de esto he hecho, sino que, como un gran cobarde he consentido en la ofensa: «Sois un mal educado!» Y esta frase resonaba incesantemente en mis oídos y me enervaba.

«No, la cosa no puede quedar así!» pensé, y me levanté con la firme intención de volver á ver á aquel caballero y decirle algo terrible, quizás hasta golpearle la cabeza con el propio candelabro, si ello fuese preciso. Me dió gran alegría este último partido tomado, y volví á la gran sala, en la cual, sin embargo, entré con un cierto temor. Por fortuna, el señor Kolpikov no estaba ya allí, y en la sala no había más que el camarero que estaba arreglando las mesas. Se me ocurrió la idea de contarle lo que había pasado, haciéndole entender que no era yo el culpable, pero después de reflexionar un poco desistí de ello, y con la más sombría disposición de espíritu volví otra vez al gabinete.

—Qué se ha hecho nuestro diplomático?—decía en aquel punto Dubkov.—Quizás esté decidiendo la suerte de Europa entera.

—Bah! déjame en paz, dije en tono de muy mal humor. Y enseguida, empezando á dar grandes pasos á través de la estancia, me fué pareciendo que Dubkov no era del todo un buen hombre. Y siempre con sus eternas bromas, siempre con su mote el «diplomático...» no es cosa muy agradable. No sabe más sino ganar el dinero á Volodia y luego irse á casa de una *tía* cualquiera... no es cosa muy agradable. Todo lo que dice no son sino mentiras ó banalidades, y siempre está buscando de quien pueda burlarse». Durante cinco minutos estuve haciendo reflexiones por este estilo acerca de Dubkov, y sentí crecer en mí una hostilidad tremenda contra él, mientras éste no demostraba el menor interés hacia mí, y esto me exasperaba aun más. Sentía hasta una especie de rencor contra Volodia y aún contra Dmitri porque hablaban con él.

—Comprendéis, señores? Es preciso dar una buena ducha á nuestro diplomático, pues no se porta muy bien,—exclamó de pronto Dubkov, mirándome con una sonrisa que me pareció péfida más aun que burlona.—Os juro que no se porta bien!

—A vos sí que será preciso daros una buena ducha; vos sois el que no se porta bien,—repliqué con una irónica sonrisa en los labios, sin acordarme de que le había tuteado ya.

Esta respuesta extrañó probablemente á Dubkov, pues me miró un rato con cierta sorpresa y luego con indiferencia volvió á su conversación con mi hermano y Dmitri.

Intenté un momento tomar parte en su conversación, pero comprendiendo que sería imposible fingir, me volví á mi rincón de poco antes, y allí me estuve hasta que partimos.

Una vez pagada la cuenta y mientras nos arreglábamos para salir, Dubkov saltó, dirigiéndose á Dmitri:

—Muy bien! Y á dónde encaminarán ahora sus pasos los nuevos Orestes y Píldes? Probablemente se irán á casa á hablar del amor; nosotros, en cambio, nos iremos á hacer una visita á *nuestra tia*, encantadora mujer, y os aseguro que eso vale mucho más que vuestra insípida amistad.



—Cómo os atrevéis á burlaros de nosotros?—grité de súbito acercándome á él con los ojos encendidos y agitando las manos.—Cómo os atrevéis á burlaros de los sentimientos que no comprendéis? Eso no os lo permitiré! Callad!—Y el que se calló fui yo mismo, no sabiendo ya qué cosa añadir y ahogándome la emoción.

Dubkov se quedó primeramente muy sorprendido, después quiso reirse y tomar á broma la cosa, pero finalmente, con gran extrañeza mía, cerró los ojos y bajó la cabeza como asustado.

—Jamás pensé en burlarme de vos ni de vuestros sentimientos; he dicho todo esto sin mala intención,—dijo con voz apagada, que me pareció hasta temblorosa.

—Eso es!—grité yo, y al mismo tiempo sentí lástima de Dubkov y le compadecí, pues su rostro expresaba una gran confusión y hasta un verdadero dolor.

—Pero, qué tienes?—preguntaron á un mismo tiempo Volodia y Dmitri.—Nadie ha querido aquí ofenderte.

—Sí que ha querido ofenderme...

—Vaya un muchacho resuelto, tu hermano!—dijo Dubkov cuando yo había pasado ya la puerta, y él creyó que no le podría oír.

Quizás me hubiera precipitado otra vez sobre él para injuriarle de nuevo, pero en aquel punto el camarero que había presenciado mi escena con el señor de Kolpikov me presentaba el abrigo, y esto me calmó instantáneamente. Pero delante de Dmitri continué fingiendo cierto enervamiento, para que mi súbito sosiego no pareciese extraño. Al día siguiente me encontré á Dubkov en el cuarto de Volodia, pero no hicimos la menor alusión á la historia lamentable del día antes y continuamos con el tratamiento de «vos», siéndonos muy difícil, sino imposible, lo mismo al uno que al otro, mirarnos frente á frente.

El recuerdo de mi querrela con el señor de Kolpikov, que ni al

día siguiente ni nunca me dió noticias tuyas, fué para mí durante muchos años muy vivo y muy penoso. Me reconvenía á mí mismo, aún cinco años después, siempre que recordaba el ultraje no vengado; pero me consolaba al recordar con vivísimo placer lo bien y lo valeroso que me había portado en mi disputa con Dubkov. Hasta muchísimo más tarde no empecé á sentir de muy distinto modo estos dos hechos; por lo que se refiere á Kolpikov me hacía reir su recuerdo, y en cambio lamentaba muy hondamente la ofensa inmerecida que infligí á ese *buen muchacho* de Dubkov.

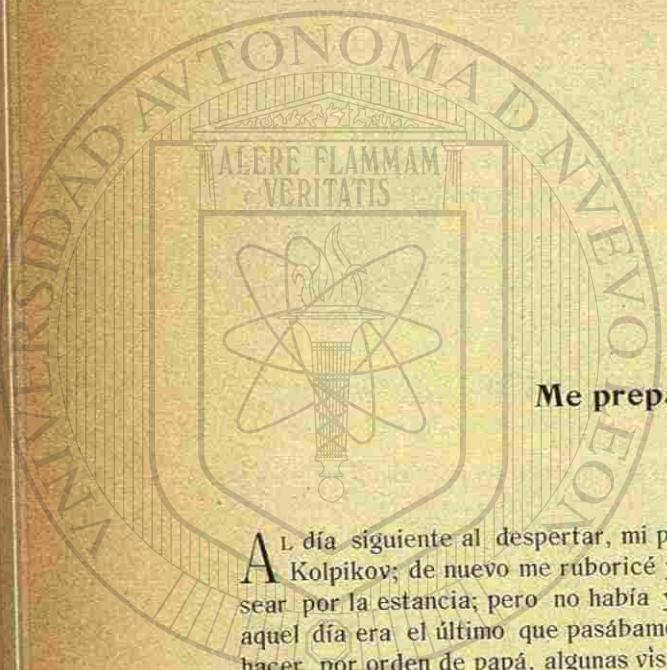
Cuando la misma noche conté á Dmitri mi aventura con el señor de Kolpikov, cuyo retrato le hice con exactitud, se quedó todo extrañado.

—Es el mismo,—dijo—figúrate que ese Kolpikov es un canalla, muy conocido; es griego, pero más que nada es un cobarde. Sus camaradas lo hicieron expulsar del ejército, porque habiendo recibido un día una bofetada no quiso batirse. Dónde habrá ahora adquirido valor?—añadió mirándome sonriente.—No dijo más que alguna grosería?

—No,—contesté lleno de vergüenza.

—Verdad que no sería cosa muy agradable; pero tampoco tiene verdadera gravedad,—concluyó Dmitri como para consolarme.

Solamente mucho tiempo después, reflexionando con calma en esa aventura, hice la suposición, muy verosímil, de que el señor de Kolpikov, sintiendo que podía impunemente insultarme, se vengó, en presencia de un amigo, de la bofetada que había recibido muchos años antes, así como yo me vengué en el acto de la frase «mal educado» sobre el inocente Dubkov.



XVII

Me preparo para mis visitas

AL día siguiente al despertar, mi primer pensamiento fué para Kolpikov; de nuevo me ruboricé y muy agitado me puse á pasear por la estancia; pero no había ya nada que hacer. Además, aquel día era el último que pasábamos en Moscova, y tenía que hacer, por orden de papá, algunas visitas que ya me había apuntado él mismo en un pedazo de papel. Los cuidados de papá con respecto á nosotros más que á la moral y á la instrucción, referíanse á nuestras relaciones mundanas. En el papel, con una escritura rápida y nerviosa, estaban las siguientes indicaciones: «Visita al príncipe Ivan Ivanovitch, *indispensable*; visita á los Ivine, *indispensable*; visita al príncipe Mikhail; visita á la princesa Nekhludov y á la señora Valakhina, si te queda tiempo». Seguían luego el Rector de la Universidad, el Decano y los profesores. Dmitri me desaconsejó estas últimas visitas, diciendo que no solamente no eran necesarias sino que hasta indiscretas. En cuanto á todas las demás, era preciso hacerlas hoy mismo. Entre éstas, las que más me preocupaban eran las dos primeras, seguidas de la indicación «indispensable». El príncipe Ivan Ivanovitch era general en jefe, anciano ya, muy rico, y vivía solo; trabar relaciones conmigo, estudiante de dieciseis años, parecíame que no le podía halagar mucho. Los Ivine eran también muy ricos; su padre era un fun-

cionario civil de gran categoría y que había venido una sola vez á casa, viviendo nuestra abuela. Después, observé que hasta el pequeño de los Ivine iba alejándose de nosotros y empezaba á tomar aires de gran señor. Había oído decir que el mayor de los Ivine había acabado ya la carrera y servía en San Petersburgo; el segundo, Serguei, el que yo admiraba tanto en otro tiempo, estaba también en San Petersburgo, convertido en un cadete del cuerpo de Pajes.



En mi juventud, no solamente no me gustaba tener relaciones con aquellos que se creyesen más que yo, sino que esta clase de relaciones me eran insupportables, gracias á mi temor perpetuo al menosprecio y á la tensión de todas mis fuerzas intelectuales para mostrarme en toda ocasión independiente. Sin embargo, puesto que faltaba ya á las últimas indicaciones de papá, convenía atenuar la falta cumpliendo exactamente las primeras. Subí, pues, á mi cuarto para ponerme mis ropas y mi traje, que estaba sobre una silla; me hallaba ya casi vestido cuando se me presentó el viejo Grapp, que venía á felicitar-me, llevando consigo á su hijo.

El viejo Grapp, un alemán rusificado, era de un natural excesivamente dulce y adulator y se emborrachaba con mucha frecuencia. En general no venía á casa sino para pedir algo, y papá, que le recibía siempre en su gabinete de trabajo, jamás le invitó á su mesa. Su humildad y sus reiteradas peticiones se unían perfectamente con su natural honradez, de tal modo que en casa, donde venía con mucha frecuencia, era bien tratado y alababan todos su servicial carácter. Mas yo, por mi parte, no le quería mucho, y en cuanto le oía hablar sentía siempre una especie de vergüenza por él.

Contrariado por la llegada de esos intrusos, ni siquiera traté de disimular mi disgusto. Estaba tan acostumbrado á mirar con desprecio á Ilinka, y él por su parte parecía estar tan bien acostumbrado á creernos con derecho á hacerlo así, que me daba hasta pena pensar que era un estudiante como yo, y aún me parecía que también él había de sentir vergüenza por esta especie de igualdad. Les dí los buenos días fríamente, y sin invitarles á tomar asiento, cohibido ante la idea de que podían hacerlo sin invitación mía, dí orden de que engachasen el carruaje. Ilinka era un

chico de una infinita bondad, de natural muy honrado y no torpe ciertamente, pero tenía un temperamento muy extraño: sin causa aparente, se hallaba siempre en alguno de los estados extremos del espíritu, á veces lloricon, á veces satírico, á veces susceptible por la menor cosa, y aquel día parecióme que se hallaba en esa última disposición. No decía nada, y nos miraba á su padre y á mí con cierto desprecio, y solamente cuando se dirigían á él



sonreíase con una sonrisa dócil, forzada, bajo la cual sabía muy bien esconder toda clase de sentimientos y en especial la vergüenza por su propio padre, que no podía dejar de sentir en nuestra presencia.

—Sí, sí; esto es, Nikolai Petrovitch, — me decía el viejo siguiéndome detrás mientras yo iba de un lado

á otro vistiéndome, y él iba dando vueltas en sus dedos, con lentitud y con respeto, á una tabaquera de plata que me había regalado mi abuela. — Apenas he sabido por mi hijo que habíais hecho tan brillantes exámenes—vuestro talento es de todos bien conocido!—me he apresurado á venir para felicitaros, mi querido padrecito. Más de una vez os he llevado en hombros, y bien sabe Dios que os amo á todos como si fueseis mis hijos; Ilinka me ha pedido venir también á felicitaros, pues también Ilinka se siente aquí como en su casa propia.

Ilinka que, durante todo ese tiempo, se estuvo sentado sin decir palabra cerca de la ventana, se quedó mirando mi traje de uniforme y murmuró entre dientes algo que ni pude entender, quizás alguna grosería.

—Pues, yo quería preguntaros—prosiguió el viejo incansablemente—quería preguntaros cómo ha pasado mi hijo los exámenes. Me ha dicho que procuraría estar siempre á vuestro lado; no le abandonéis, velad sobre él, aconsejadle.

—Pues, Ilinka ha hecho unos excelentes exámenes,—dije mirándole, y el muchacho, sintiendo sobre sí mis miradas, se ruborizó y dejó de murmurar.

—Y podría hoy pasar el día con vos?—se atrevió á decir el pobre anciano, con una tan tímida sonrisa que no parecía sino que tuviese miedo de mí.

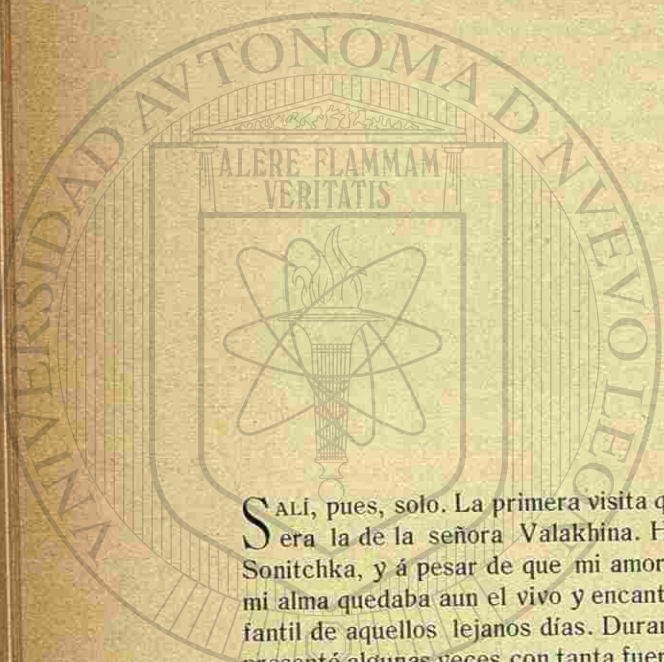
Y mientras tanto no dejaba de seguirme de un lado á otro, y tan de cerca que incesantemente sentía yo el olor á vino y á tabaco de que estaba el hombre impregnado. Me contrariaba extraordinariamente verme puesto en una tan falsa situación con respecto á Ilinka, y además porque con su presencia me impedía poner toda la atención que yo deseaba en ocupación tan importante como la de vestirme, y sobre todo lo que me disgustaba era aquel hedor insoportable que despedía, de modo que le contesté, muy fríamente, que no podía acompañar á su hijo, porque todo el día estaría fuera de casa.

—Pero, padre, no habéis dicho que teníais que ir á casa de mi hermana?—intervino entonces Ilinka, con la sonrisa en los labios, pero sin mirarme;—además, yo también tengo que hacer.

Esto aumentó todavía mi despecho, y para atenuar algo mi negativa, me apresuré á decirles que no me hallaría en casa durante todo el día porque tenía que ir á ver al príncipe Ivan Ivanovitch, á la princesa Kornakov, á los Ivine, y que probablemente comería en casa de la princesa Nekhludov. Parecióme que una vez sabedores de que tenía que visitar á tan elevados personajes, no podrían ya creerse con derecho á imponérseme.

Cuando se disponían á marcharse, invité á Ilinka á que en mejor ocasión viniese á casa, pues estaría con él con mucho gusto; pero él murmuró una excusa y se sonrió con una tal expresión, que yo comprendí enseguida que aquel muchacho no pondría nunca más los pies en mi casa.

Apenas se hubieron marchado, yo salí también para hacer mis visitas. Volodia, á quien por la mañana pedí que me acompañase para sentirme menos cohibido, me dijo que no lo haría, pues parecía cosa excesivamente sentimental y aún ridícula que dos hermanos se fuesen juntitos á hacer visitas.



XVIII

Mi primera visita

SALÍ, pues, solo. La primera visita que se hallaba en mi itinerario era la de la señora Valakhina. Hacía tres años que no veía á Sonitchka, y á pesar de que mi amor por ella había ya volado, en mi alma quedaba aun el vivo y encantador recuerdo de mi amor infantil de aquellos lejanos días. Durante esos tres años, me la representé algunas veces con tanta fuerza y tanta claridad que llegué á derramar lágrimas por ella, sintiéndome de nuevo amoroso de la niña, tal como me la imaginaba; pero esto duraba poco, y últimamente casi la había ya olvidado por completo.

Sabía que Sonitchka había ido con su madre al extranjero, donde pasó dos años y en donde, según contaban, había sufrido una grave caída de un carruaje; los cristales de la portezuela habíanle cortado á Sonitchka el rostro de tal manera que le robaba toda su belleza. Al dirigirme á su casa, me representaba yo á la antigua Sonitchka y preguntábame cómo la iba á encontrar ahora. A causa de su estancia de dos años en el extranjero, me la figuraba, no sé por qué, muy crecida, de hermoso talle, seria é imponente y, con todo, extraordinariamente atractiva. Mi imaginación se negaba á representármela con la cara llena de cicatrices, como oí decir que tenía; por el contrario, habiendo leído en alguna parte que un amante se había conservado fiel á su amor á pesar de que una atroz viruela desfigurara el rostro de la mujer adorada, yo me es-

forcé en creerme á mí mismo enamorado de Sonitchka para tener el mérito de permanecerle fiel á pesar de las cicatrices. Al acercarme á la vivienda de las Valakhina yo no estaba verdaderamente enamorado, pero habiendo despertado en mí los recuerdos del antiguo amor, estaba muy bien preparado para amar y aún lo deseaba ardientemente, con mayor motivo viendo á todos mis amigos enamorados y no queriendo quedarme atrás en este importante asunto.

Las Valakhina habitaban un pequeño y bonito hotel, construído todo de madera, cuya entrada principal se hallaba en el interior de un gran patio. Al primer golpe de timbre—el timbre era entonces en Moscova una rareza—vino á abrirme la puerta un hombre joven con cierta elegancia vestido. No sabía, ó no quiso decirme si las señoras estaban en casa, y dejándome solo en la oscura antecámara, desapareció por un corredor más oscuro todavía.

Permanecí solo bastante tiempo en aquella negra estancia, en la cual, además de la puerta del corredor, había otra puerta cerrada herméticamente. Me extrañó mucho el aspecto sombrío de aquella casa, haciéndome suponer que sería tal vez la costumbre de las personas que han viajado por el extranjero. Al cabo de algunos minutos más se abrió por la parte de adentro la puerta y el mismo elegante criado me introdujo en un salón muy modesto, pero arreglado con cierto gusto, y en el cual entró detrás de mí la propia Sonitchka.

Tenia diecisiete años, había quedado de corta estatura, estaba muy delgada y tenía un color amarillento, como enfermizo. En el rostro no se le conocía á primera vista ninguna cicatriz, y sus hermosos ojos, un poco saltones, y su sonrisa franca y alegre eran lo mismo exactamente que yo recordaba y que tanto me había entusiasmado en mi infancia. No esperaba hallarla así, por lo cual no supe en los primeros momentos adaptar á la ocasión los extravagantes sentimientos que había ido preparando en el camino. La joven me tendió la mano á la moda inglesa, que era entonces en Moscova tan rara como el timbre; estrechó, pues, cordialmente mi mano y me invitó á sentarme á su lado, en el diván.

—Ah! con qué placer vuelvo á veros, querido Nicolás!—me dijo mirándome de frente y con expresión de tan sincera alegría que de esas palabras: «querido Nicolás» me halagó extraordinariamente el tono amistoso con que fueron dichas, olvidando lo que tenían de protector. Con gran sorpresa mía, aún después de su viaje al extranjero, parecía más sencilla, más encantadora y sobre todo más familiar que antes en sus relaciones. Entonces llegué á distin-

guir dos pequeñas cicatrices que tenía cerca de la nariz y en las cejas, pero sus hermosos ojos y la encantadora sonrisa de sus labios continuaban fieles á mis recuerdos.

—Cómo habéis cambiado!—prosiguió;—os habéis convertido en todo un hombre... Bien, y á mi, cómo me halláis?

—Ah! yo no os habría reconocido ciertamente,—contesté, aunque en aquel mismo momento estaba bien seguro de que la hubiera



reconocido enseguida, donde quiera que fuese... Y me sentí en aquella alegre y descuidada disposición de espíritu en que me hablaba cinco años antes bailando con ella en casa de mi abuela.

—Tanto me he afeado?—insinuó moviendo graciosamente su menuda cabeza.

—Oh! no, nada de esto; habéis crecido, tenéis más edad,—me apresuré á contestar—Muy al contrario, pues estáis más hermosa aun...

—Bah! qué importa eso... Recordáis nuestras danzas, nuestros juegos; recordáis á Saint-Jerôme, á Mimi?... Ah! qué hermoso tiempo aquel!...—prosiguió, y la misma sonrisa y los mismos ojos aun más encantadores de lo que mis recuerdos me los representaban brillaron de nuevo ante mí; mientras ella hablaba, logré reflexionar un poco sobre mi presente estado de espíritu, y de este examen deducí que estaba realmente enamorado... al menos en aquel preciso momento. Apenas convencido de esto, mi alegre humor y mi

vago estado de espíritu desaparecieron totalmente, y una especie de neblina pareció que lo iba cubriendo todo, hasta sus mismos ojos y su sonrisa. Empecé á sentir una especie de malestar, me puse todo encarnado y perdí hasta la facultad de hablar.

—Ahora son muy otros tiempos,—continuó la joven suspirando y levantando un poco los ojos al techo;—todo lo del mundo está mucho más feo que antes, y aún nosotros mismos nos hemos vuelto más malos... no es verdad, Nicolás?

No supe que contestar, y me la quedé mirando en silencio.

—Qué se ha hecho de los Ivine, de los Kornakov? No los recordáis acaso?—añadió mirándome con cierta curiosidad al verme tan encendido el rostro.—Aquel era el buen tiempo!

Tampoco esta vez pude contestar á sus palabras.

Me sacó de esta penosísima situación la entrada en la sala de la señora Valakhina. Me levanté, la saludé, y esto pareció que me volvía el uso de la palabra. Pero con la llegada de la madre de Sonitchka, se hizo en la joven un extraño cambio. Toda su alegría y toda su familiaridad desaparecieron de golpe, hasta su sonrisa se hizo grave, y, aparte lo cortó de su talle, se me presentó en aquel punto tal como yo me la había figurado antes de llegar á su casa. No supe hallar la causa de este cambio súbito, pues su madre al entrar sonrió con la misma gracia que antes, y en todos sus movimientos se adivinaba la misma dulzura de siempre. La señora Valakhina se sentó en un sillón y me indicó un sitio á su lado. Dijo á su hija algunas palabras en inglés, y enseguida Sonitchka salió, lo que me dejó aun mucho más tranquilo. La señora Valakhina me preguntó por mis padres, por mis hermanos, después me explicó sus penas, sobre todo lo referente á la muerte de su marido, y pensando que no tenía ya nada más por decirme, se me quedó mirando en silencio, mirada que significaba, sin duda: «Si ahora, querido mío, te levantas, te despidas y te marchas, no harás en realidad sino lo que debes».

Pero me pasó entonces algo muy extraño. Sonitchka volvió mientras tanto al salón, con una labor en la mano, se sentó en el otro extremo de la estancia, y yo sentí al punto sus miradas sobre mí. Mientras la señora Valakhina acababa de explicarme la muerte de su esposo, pasó por mi cerebro la idea de que yo estaba enamorado, y creyendo que sin duda la madre lo había adivinado ya, me invadió una tan extraordinaria timidez que me sentí en la imposibilidad de hacer un solo movimiento que fuese natural. Sabía que para despedirme y marcharme, era preciso pensar dónde poner el pie, cómo tener los brazos y la cabeza; en una palabra, sen-

ti algo muy parecido á lo de la víspera, después de haberme bebido media botella de *champagne*. Presentí que no sabría cómo



salir de aquel atolladero, que *no podría* ponerme en pie, y en efecto, *no lo pude* hacer... La señora Valakhina se extrañaba sin duda de verme tan encendido el rostro y, aun más, de mi completa inmovilidad; pero me pareció que era preferible permanecer en esta situación estúpida, que arriesgarme á una despedida ridícula. Así me quedé, pues, bastante tiempo, esperando que algún hecho inesperado me sacase de tan embarazosa-situación. Y esta ocasión

se presentó, por fin, en la persona de un hombre joven que, como un habituado entrante de la casa, penetró en el salón y me saludó cortésmente. La señora Valakhina se levantó y, pretextando tener que hablar con su «hombre de negocios», me miró con un aire todo extraño que significaba: «Si es que pensáis quedaros aquí todo un siglo, lo que es yo no os arrojaré ciertamente de mi casa». Al fin, pude levantarme, pero no pude saludar y, seguido por una mirada de compasión de la madre y de la hija, salí haciendo rodar una silla que no se hallaba ciertamente en mi camino, pero con la cual topé por haber puesto toda mi atención en no dar contra una mesita que estaba en el centro del salón.

Al sentir en la frente el aire fresco de la calle, se fué disipando el extraño y penoso encogimiento de mi espíritu, y hasta el cochero hubo de preguntarme si deseaba algo, pues dije en voz alta algunas incoherentes palabras... Luego empecé á reflexionar en mi amor por Sonitchka y en sus relaciones con su madre, que me parecieron muy extrañas. «Pero el caso es que estoy enamorado», me dije subiendo otra vez al coche.

Cuando, más tarde, conté á mi padre esta visita y le dije que la señora Valakhina y su hija no parecían estar en muy buenas relaciones, me contestó:

—Oh! sí, la atormenta mucho á la pobre con su avaricia terrible... y es extraño!—prosiguió con mayor emoción de la que suele ponerse en asuntos que no son propios.—Una mujer tan encantadora, tan llena de seducciones! No comprendo cómo ha podido cambiar de este modo. Has visto también á su secretario?

Vaya una manía para una dama rusa la de tener secretario!—concluyó diciendo, mientras se alejaba de mí con cierto despecho.

—Sí, le he visto,—contesté.

—Bueno, pero, es un buen mozo al menos?

—No, no tiene nada de agradable.

—Oh! es incomprendible!—hizo papá, y levantó los hombros, como tenía por costumbre cuando algo le contrariaba.



XIX

Mi segunda visita

MI segunda visita fué para la familia Kornakov. Vivían en el primer piso de una grande y lujosa casa. La escalera era muy suntuosa y estaba admirablemente limpia. Toda ella cubierta por alfombras que mantenían fijas unas barras de cobre triangulares y relucientes; pero no había en parte alguna ni flores ni espejos. La sala que atravesé para pasar al salón estaba severamente amueblada, pero daba una impresión de gran frialdad; todo brillaba en ella y tenía apariencia de sólido, pero no había nada nuevo y menos aun elegante; tampoco había cuadros, ni cortinajes, nada de adornos inútiles.

Algunas de las princesas se hallaban en el salón, pero tan tiesamente sentadas y guardando todos sus miembros una tal inmovilidad, que enseguida se comprendía que no se sentaban de aquel modo sino cuando habían de recibir alguna visita.

—Mamá vendrá al momento,—me dijo la mayor de las princesas, sentándose más cerca de mí.

Durante más de un cuarto de hora, esa princesa me entretuvo con su conversación con tan extraordinaria habilidad que la charla no decayó ni un punto. Pero se descubría á la legua que lo que ella quería precisamente era eso, entretenerme, y por ello me disgustó doblemente. Me contó, entre otras muchas cosas, que su hermano

Estéban—ella le llamaba *Etienne*—entrado hacía dos años en una escuela militar, había sido ya nombrado oficial. Cuando hablaba de su hermano, y sobre todo cuando me dijo que había entrado en la carrera militar contra los deseos de su madre, la princesa puso una cara en que se pintaba el más grande de los horrores, y las demás princesas, sin decir ninguna de ellas una sola palabra, pusieron también cara de espanto. Al hablarme de la muerte de mi abuela tomó asimismo aires de gran tristeza, y las demás hicieron igualmente; cuando me recordó el modo cómo pegué á Saint-Jerôme y el castigo que después me dieron, se rió la princesa enseñándome unos dientes muy feos, y todas las demás princesas se rieron igualmente y me enseñaron todas unos dientes á cuál más feos.



Entró en esto la princesa madre; era la misma mujer pequeñita y delgada, con sus ojos huidos y sin haber perdido la costumbre de mirar á las demás mientras estaba hablando con alguien. Me tomó la mano y me levantó la suya hasta la altura de sus labios para que se la besase, lo cual ciertamente no hubiera yo hecho, pues no me pareció que hubiese necesidad ninguna.

—Estoy muy contenta de veros—dijo con sus habituales ganas de charlar y mirando á sus hijas.—Oh! cómo se parece á su madre!... No es verdad, Elisa?

A Elisa le pareció que era verdad, aunque á mí me constaba de un modo positivo que no había ninguna semejanza física entre mi madre y yo.

—El caso es que sois ya todo un hombre! Y mi Estéban, á quien recordáis seguramente, es ya oficial de húsares... Mi Estéban es primo vuestro, salido de hermano... No, dime Elisa, cómo es eso: Mi madre se llamaba Varvara Dmitrievna, hija de Dmitri Nikolaievitch, y vuestra abuela Natalia Nikolaievna...

—Entonces, son primos en cuarto grado, mamá—dijo la mayor de las princesas.

—Oh! todo lo confundes tú...—le gritó la madre malhumorada, —no son primos de cuarto grado, nada de esto, sino salidos de hermano... Esto es lo que sois con mi *Etienne*. Es ya oficial, en verdad; pero no conviene que ande demasiado libre. A vosotros, la

juventud, no se puede dejaros con demasiada libertad, es muy peligroso... Y no os enfadéis contra vuestra vieja tía si os dice la verdad! He educado muy severamente á mi hijo, y creo que ha de ser así. Ved, ved de qué modo somos nosotros parientes,—continuó diciendo:—el príncipe Ivan Ivanovitch es mi tío y era tío de vuestra mamá, de manera que vuestra mamá y yo somos primas hermanas, no salidas de hermanos. Sí, esto es, en efecto... Y decidme, amigo, habéis ido ya á casa del príncipe Ivan?

Contesté que no había ido todavía, pero que iría hoy mismo sin falta.

—Oh! es posible?—exclamó.—Es la primera visita que debíais haber hecho. Ya sabéis que el príncipe Ivan es para vos lo mismo que un padre. No tiene hijos, ni más herederos que vosotros y mis hijos. Habéis de respetarle por su edad, por su posición en el mundo y por todo lo demás. Ya sé yo que vosotros, la juventud de hoy día, no hacéis gran caso de los parientes y que tampoco sois amigos de los viejos, pero escuchad á esta vieja tía vuestra que tanto os quiere, que tanto quiso á vuestra madre y que amó y respetó mucho á vuestra abuela. Vaya, haced esta visita enseguida, hacedla.

Dije que iría á ver al príncipe Ivan con toda seguridad, y como me pareció que mi visita había ya durado bastante, me levanté para marcharme, pero ella me retuvo todavía.

—No, esperad un momento. Anda, Elisa, llama á tu padre. Estará muy contento de veros,—prosiguió dirigiéndose otra vez á mí.

En efecto, no habían pasado dos minutos cuando entró el príncipe Mikhail. Era un señor de mediana estatura, robusto, descuidadamente vestido, sin afeitar, y tenía su rostro una tan indiferente expresión que hacía el efecto de un puro idiota. No se mostró nada contento de verme, ó cuando menos no se esforzó lo más mínimo en demostrarlo. Pero la princesa, á la cual tenía indudablemente miedo, le dijo así:

—No es verdad que Volodia—sin duda había olvidado mi nombre,—se parece extraordinariamente á su mamá?

Acompañó sus palabras con tan repetidos signos con la mirada que al fin comprendió el príncipe sin duda lo que quería, se me aproximó y, con la expresión más indiferente que se podía esperar en tal momento, me tendió su mejilla no afeitada que me ví obligado á besar.

—Ah! pero no te has vestido aun y has de salir,—le gritó la princesa con tono de gran enfado, que le era sin duda habitual en sus relaciones con la familia.

—Enseguida, enseguida, madrecita!—dijo el príncipe Mikhail, y salió.

Yo saludé entonces á las princesas todas y salí también. Por la primera vez oía decir que éramos nosotros herederos del príncipe Ivan Ivanovitch, y esta noticia me causó un efecto deplorable.

XX

Mi tercera visita

DESDE aquel punto me fué todavía mucho más penoso pensar en la visita, visita indispensable, que había de hacer al viejo general. Pero antes de ir á casa del príncipe, visitaría á los Ivine, cuyo domicilio me salía al paso. Habitaban una grande y hermosa casa de la calle de Iverskaia. No sin algún miedo atravesé el vestíbulo, á cuya puerta se hallaba un gran suizo con una porra en la mano.



Le pregunté si sus amos se hallaban en casa.

—Qué deseáis? El hijo del general sí que se halla en casa,—me contestó aquel hombrón.

—El general está?—le pregunté haciendo un gran esfuerzo.

—Es preciso anunciar. Cómo os llamáis?—y tocó un timbre, apareciendo la figura de un criado en lo alto de la escalera. Estaba yo tan cortado que ni recuerdo lo que dije para que no me anunciase enseguida al general, sino que me hiciese pasar antes á las habitaciones de su hijo. Mientras subía yo la gran escalera, parecióme que me había vuelto infinitamente pequeño, no en el sentido figurado de la palabra, sino en su más propio sentido; experimenté la misma sensa-

ción que cuando mi carruaje se detuvo ante el inmenso portal de la casa: mi coche, mi cocheró y yo mismo me pareció que nos volvíamos todos pequeñitos. El hijo del general se hallaba tendido sobre el diván, con un libro abierto delante de los cerrados ojos, y dormía en el momento de entrar yo en la estancia. El señor Frost, su preceptor, que se hallaba todavía en la casa, con un aire de hombre decidido penetró detrás de mí en la estancia, y despertó á su discípulo. Ivine no demostró una alegría muy extraordinaria al verme, y observé que mientras hablaba conmigo no cesaba de mirarme á los ojos. A pesar de portarse con una gran cortesía, parecióme que se ocupaba de mí del mismo modo que había hecho la princesa; que no sentía hacia mí la más pequeña simpatía, ni le importaba gran cosa trabar relaciones conmigo, pues sin duda tenía ya otras muchas, de clase más apropiada á la suya. Comprendí todo esto al ver que con tanta tenacidad me miraba á los ojos y sobre todo á las cejas. En una palabra, su actitud con respecto á mí venía á ser la misma—por desagradable que fuese á mi amor propio—que yo había observado poco antes con Ilinka. Empecé á sentir mi susceptibilidad herida y cuando llegaba á descubrir que alguna de sus miradas se cruzaba con la de Frost, me parecía leer en ella algo que significaba: «Pero, por qué ha venido este chico á casa?»

Después de hablar un rato conmigo, me dijo Ivine que su padre y su madre estaban en casa, y que si quería verles él me acompañaría.

—Voy á vestirme... Vuelvo enseguida,—añadió dirigiéndose á un cuarto vecino, aunque me pareció á mí que no necesitaba vestirse, pues llevaba un traje muy nuevo, con chaleco blanco. Poco tardó, en efecto, en presentarse otra vez, vestido con el uniforme escolar y juntos empezamos á atravesar salas y salones, todos ellos de alta techumbre y proporciones vastas y, según á mí me pareció, amueblados con gran lujo. Se veía en todas partes mármoles y oro y muchos y grandes espejos. Al entrar nosotros en el gran salón, apareció en la puerta del opuesto lado la señora Ivine, que me recibió muy amistosamente y con grandes muestras de alegría; me hizo sentar á su lado y con mucho interés me fué preguntando por toda mi familia.

La señora Ivine, á quien yo recordaba haber visto únicamente dos veces y que examiné con toda la atención de que fui capaz, me gustó muchísimo. Era de elevada estatura, delgada, pálida y parecía estar siempre ó fatigada ó triste. Su sonrisa aparecía siempre impregnada de una profunda melancolía, pero también de

una gran bondad; sus hermosos ojos, un poco oblicuos, de mirar fatigado, le daban una expresión aun más triste, pero también más atrayente. Al sentarse aparecía, no encorvada, pero cómo aplana-
nada sobre sí misma, y en todos sus movimientos demostraba una gran fatiga moral. Hablaba despacio y muellemente, pero el sonido de su voz y la pronunciación indistinta de las letras *l* y *r* eran en ella muy agradables. No trataba de hacer ella sola todo el gasto de la conversación, como la princesa, y se comprendía que las noticias que yo le daba acerca de mi familia la impresionaban muchísimo, como si al escucharme á mí fuese recordando días mejores para ella. Su hijo nos dejó solos, y entonces se me quedó mirando lo menos dos minutos, y súbitamente rompió á llorar en abundancia... Yo me hallaba sentado enfrente de ella, y no supe en semejante trance qué hacer ni qué decir, mientras ella seguía llorando sin preocuparse siquiera de mi presencia. Sentí primero una gran lástima por ella, y enseguida pensé: «La habré de consolar; pero, cómo hacerlo?» Luego sentí una especie de despecho contra ella, pues me colocaba en una tan embarazosa situación. «Tengo yo acaso tan lúgubre aspecto que haga llorar á las gentes?» iba pensando yo. «O quizás lo ha hecho expresamente tan sólo para ver lo que yo haría. Pero marcharme ahora no estaría bien, pues sería lo mismo que huir de sus lágrimas», continuaba yo diciéndome mentalmente. Me moví entonces un poco en mi silla, para recordarle siquiera que estaba allí.



—Ah! cuán tonta soy!—hizo la señora Ivine, levantando los ojos y esforzándose por sonreír.—Hay días en que llora una sin verdadera causa para ello...

Recogió el pañuelo y se puso á llorar todavía con más fuerza.

—Ah! Dios mío!... Pero qué ridículo llorar así!... No obstante, amaba tanto á vuestra madre, éramos tan profundamente amigas... éramos... que...

Se cubrió el rostro con el pañuelo y siguió llorando todavía. De nuevo hallé que era muy embarazosa mi situación y que se prolongaba ya demasiado. Sentía á la vez lástima y rabia hacia la señora Ivine. Sus lágrimas me parecían sinceras, pero me pareció también que más que por mi madre lloraba por ella misma, sin duda porque

recordaría ahora tiempos mucho mejores. No sé cómo hubiera terminado la escena, sino hubiese entrado de pronto el joven Ivine diciendo que su padre la llamaba. Se levantó y se disponía á salir cuando el mismo señor Ivine penetró en el salón. Era un hombre pequeño, muy gordo, con unas cejas muy negras y espesas, con el cabello enteramente gris, rapado, y respirando todo él una expresión por demás severa y enérgica.

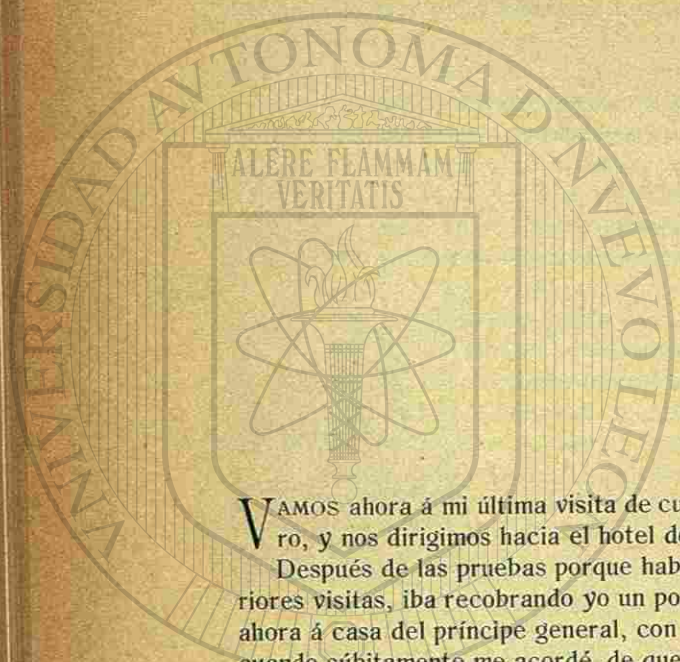
Me puse en pie y le saludé, pero el señor Ivine, sobre cuyo pecho lucían tres estrellas, no contestó á mi saludo ni me miró siquiera, de tal modo que en aquel punto comprendí con toda claridad que yo no era un hombre, sino un objeto cualquiera, indigno de toda atención, como una silla ó una mesa, ó bien que, aún siendo un hombre, no por eso representaba gran cosa más que una silla ó una mesa.

—No habéis escrito todavía á la condesa, amiga mía,—dijo á su mujer, en francés, con expresión de indiferencia, pero sin que abandonase un punto su semblante la habitual austeridad.

—Adios, señor Irteniev,—me dijo la dama, levantando orgullosamente la cabeza y mirándome á las cejas, cómo había hecho antes su hijo. La saludé á ella y á su marido, sobre quien hizo mi saludo el mismísimo efecto que la primera vez. Sin embargo, el estudiante me acompañó hasta la puerta, diciéndome por el camino que entraría en la Universidad de San Petersburgo, pues su padre había obtenido un cargo importantísimo en la ciudad imperial.

Al instalarme en mi coche, pensé: «Dirá papá lo que quiera, pero lo que es yo no pongo otra vez los pies en esta casa... La señora no hace más que lloriquear, al verme, como si yo fuese un sér desgraciado; Ivine, el imbécil, ni me devuelve siquiera el saludo. Ya le enseñaré yo...»—Qué es lo que yo quería enseñarle al imbécil de Ivine? No lo sé, pero lo cierto es que esto iba pensando.

Después, hube de escuchar varias veces las exhortaciones de papá, quien hallaba necesario que cultivase las relaciones con Ivine, pareciéndole natural mientras tanto, que un hombre de su posición no se ocupase de un muchacho, como yo era, al encontrarle en su casa; pero yo me defendí cómo pude durante mucho tiempo.



XXI

Mi cuarta visita

VAMOS ahora á mi última visita de cumplimiento!—dije al cochero, y nos dirigimos hacia el hotel del príncipe Ivan Ivanovitch. Después de las pruebas porque había ya pasado en mis anteriores visitas, iba recobrando yo un poco de aplomo, y me dirigía ahora á casa del príncipe general, con el espíritu asaz tranquilo, cuando súbitamente me acordé de que la princesa Kornakov me había dicho que yo era uno de sus herederos. Esto y el ver delante de su puerta dos coches parados, me devolvió toda mi anterior timidez.

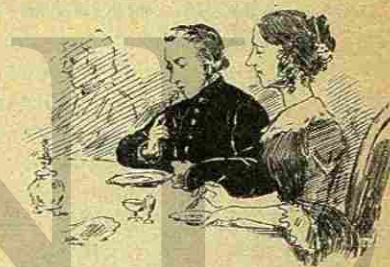
Parecióme que el viejo suizo que me abrió la puerta, y que el criado que me quitó el abrigo, y que tres damas y dos caballeros que se hallaban en el salón, y que, sobre todos, el mismo príncipe Ivan Ivanovitch que, vestido de paisano, se hallaba sentado en el diván, todos ellos me miraban como á un heredero, y por esto mismo con fuerte malevolencia. El príncipe estuvo muy amable conmigo, me besó, es decir, puso un segundo sus labios fríos y secos sobre una de mis mejillas, y me preguntó por mis ocupaciones y por mis proyectos; me preguntó también, con su poquito de ironía, si aun escribía versos como aquellos que dediqué á mi abuela, y hasta me invitó á comer con él aquel mismo día.

Pero, cuánta más amabilidad demostraba conmigo, más me parecía á mí que obraba de este modo para no descubrir lo des-

agradable que le era la idea de que fuese yo uno de sus herederos. Tenía la costumbre, por culpa de los dientes postizos que llevaba, de levantar un poco el labio superior hacia la nariz mientras hablaba, con lo cual producíase una especie de ligero ronquido, y entonces parecióme que al hacer esto quería decirme: «Niño, niño, ya sé, ya sé que eres mi heredero...»

En nuestra infancia llamábamos «abuelo» al príncipe Ivan, pero ahora, conocida ya mi calidad de heredero, no acertaba á llamarlo, y «Vuestra Excelencia», como los presentes decían, parecía-me humillante para mí, de tal modo, que mientras duró nuestra conversación hice lo posible para no llamarle de ningún modo. Sin embargo, la vieja princesa, que era también heredera y vivía en la casa con el general, era la que producía en mi ánimo mayor y más extraña confusión. Para la comida, me pusieron al lado de la princesa, y creo que no me dijo en todo el tiempo que estuvimos juntos una sola palabra, porque me detestaba en mi calidad de co-heredero del príncipe, y que el príncipe, además, no se dignaba poner en nosotros la menor atención, porque la princesa y yo éramos sus herederos y por esto sólo ya nos odiaba.

—Oh! si, no puedes figurarte, —decía yo aquella misma noche á Dmitri, deseando que viera en mí el disgusto con que me veía á mí mismo heredero del príncipe, pues me figuraba yo entonces que este menosprecio por su herencia era cosa digna de ser alabada. —A no ser por lo que te digo, no hubiera pasado del todo mal mis dos horas en casa del príncipe Ivan Ivanovitch, pues es un hombre encantador y ha estado muy amable conmigo, —añadí luego para hacer creer á mi amigo que cuanto acababa de decir no obedecía á que me hubiese sentido humillado por el viejo príncipe. —Pero, es para mí cosa terrible que se me pueda considerar como á la princesa que vive en su casa y que se humilla siempre ante él. Es un anciano de veras agradable, buenísimo y con todos muy fino y delicado, pero da gran pena ver del modo que trata á esa princesa. Oh! el dinero miserable es el que rebaja el valor de toda clase de relaciones entre los hombres! —Y continuando en mis razonamientos dije todavía á mi amigo: —Lo mejor creo que sería tener con el príncipe una franca explicación; decirle que le estimo mucho



como hombre y que le quiero como pariente, pero que no pienso en su herencia y que renunció á ella suplicándole que no me deje á mí nada, y finalmente que tan sólo con esta condición me avengo á volver á su casa.

Dmitri no rompió simplemente á reír al escuchar mis palabras, prueba de que tomaba también la cosa en serio. Permaneció un rato pensativo, y después de un corto silencio me dijo:

—Sabes?... No tienes completa razón en eso, pues tú no has de suponer que se tiene de tí la misma opinión que de una cualquiera princesa y si acaso quieres suponer esto, vé más lejos, esto es, supón que se pueden tener de tí semejantes ideas, pero que tales ideas están tan lejos de tu pensamiento que las desprecias enteramente y que nada harás basándote en ellas. Tú *supones* que él *supone* que tú *supones* esto... y pareciéndole tal vez que iba á perderse entre tantas suposiciones, concluyó diciendo:—pero, lo mejor de todo es no *suponer* nada.

Mi amigo tenía totalmente razón; más adelante fué haciendo en mí la experiencia de la vida más fuerte la convicción de que no es nunca conveniente suponer nada y aun menos conveniente hablar mucho de lo que se considera noble y levantado y ha de tenerse, por tanto, escondido en lo más hondo del corazón. También me he convencido más tarde de que el solo hecho de anunciar públicamente alguna buena intención, hace su realización imposible. Pero, cómo contenerse y no expresar de algún modo los entusiasmos de la juventud? Esto no se siente sino más tarde, cuando se los recuerda y se los echa de menos, como la flor que no ha sabido conservarse, que se ha arrancado antes que se hubiese abierto del todo y que una vez mustia se ha tirado y se ha pisoteado...

Yo mismo, que acababa de decir á mi amigo Dmitri que el dinero es el gran perturbador de las relaciones entre los hombres, al día siguiente, antes de nuestra partida para el campo, al darme cuenta de que había malgastado mis cuartos en cosas inútiles, le pedí prestados veinticinco rublos para tener algún dinero en el camino, los cuales me dió enseguida y yo le debí bastante tiempo.



XXII

Conversación íntima con mi amigo

ESTA conversación la tuve con Dmitri en su propio coche, haciendo el camino de Kuntzovo. Mi amigo me había aconsejado que no fuese á casa de su madre por la mañana, y él después de comer me vino á buscar y me llevó consigo para pasar la velada con su familia y aún, si fuese preciso, dormir aquella noche en su casa, pues habitaban en pleno campo. Cuando, al dejar la ciudad, dejamos también atrás las calles sucias y llenas de toda clase de ruidos insoportables y se presentó ante nuestros ojos la vasta campiña, con el dulce rodar del carruaje por la polvorienta carretera, y el aire perfumado y el amplísimo espacio me rodearon por todos lados, entonces solamente me puse sobre mí un poco, venciendo la especie de aturdimiento que en mi espíritu habían obrado las numerosas impresiones nuevas que experimentara estos dos últimos días. Dmitri se hallaba en aquel estado dulcísimo de su alma, ni una sola vez había hecho aquel gesto tan peculiar suyo, como si quisiera con un movimiento de cabeza arreglarse el cuello de la camisa ó la corbata, ni guiñaba siquiera los ojos... Yo por mi parte, me sentía contento de haberle confiado mis ideas más nobles, creyendo que él me había perdonado ya del todo mi ridícula aventura con el señor de Kolpikov, y no pensaba ya siquiera en ella.

Y hablamos amistosa é íntimamente de infinitas cosas muy hon-
das que no se dicen por cierto en toda ocasión. Dmitri me habló de
su familia, que yo no conocía aun, de su madre, de su tía, de su
hermana, y hasta de la mujer que Volodia y Dubkov llamaban «la
pasión» de mi amigo... De su madre me hizo un elogio frío y severo,
con el objeto, sin duda, de prevenir cualquiera objeción que luego



se le pudiese poner; de su tía me habló ya con más calor, pero con cierta indulgencia también; dijo muy pocas cosas de su hermana, como si le diese vergüenza hablar de ella; pero de su «pasión» que se llamaba Lubov Sergueievna, solterona ya bastante madura, y que debido á relaciones de familia vivía en casa de su madre, me habló con una verdadera admiración.

—Oh! es una mujer de veras notable,—me dijo ruborizándose, pero mirándome atrevidamente en los ojos,—ya no es lo que se dice una joven,

mas bien se la puede tomar por vieja; no es hermosa, ni bonita siquiera... Pero, qué tontería, qué insanidad más horrenda amar la belleza! No puedo comprender eso, tan insensato me parece!

—Y lo decía cómo si acabase de descubrir una verdad nueva y extraordinaria.—Pero con un alma tan grande, con un corazón, con unos principios!... Estoy convencido de que no hay en el mundo otra mujer semejante...—No sé de dónde había sacado Dmitri la costumbre de decir que todo lo que es bueno es también muy raro en el mundo actual; le gustaba mucho repetir este concepto, y le iba perfectamente. Luego continuó aplastando bajo su razonamiento á los hombres que amaban nada más que la belleza:—Temo únicamente que no puedas comprenderla enseguida y que por tanto dejes siquiera por un momento de apreciarla en lo que vale. Es muy modesta y aún reservada, no gusta de mostrar sus hermosas y admirables cualidades. Mi propia madre, que según tú mismo has de ver, es una mujer buena é inteligente, conoce á Lubov Sergueievna desde hace muchísimos años y no puede ó no quiere comprenderla del todo. Ayer mismo... ahora sabrás porque estaba de tan mal humor cuando tú me lo preguntaste. Anteayer, Lubov Sergueievna quiso que yo la acompañase á casa de Ivan Iakovlevitch... tú habrás, sin duda, oído hablar de Ivan Iakovlevitch, pasa por un loco y en realidad es un hombre

extraordinario. He de decirte ahora que Lubov es muy piadosa y comprende perfectamente á Ivan Iakovlevitch. Con mucha frecuencia va á verle, habla un rato con él y le da para los pobres el dinero que se gana ella trabajando... Oh! es una mujer admirable, tú verás. Pues bien, fui con ella á casa de Ivan Iakovlevitch, y le estoy muy agradecido por haberme hecho conocer á ese hombre de veras extraordinario si los hay en la tierra. Pero mi madre no quiere entender nada de esto, no ve en ello más que superstición. Y ayer, por la primera vez en mi vida, tuve con mi madre una discusión asaz viva,—concluyó, haciendo su habitual gesto con la cabeza, como en recuerdo del sentimiento de disgusto que experimentara cuando la discusión.

—Bien, y qué piensas ahora?... Quiero decir si has pensado alguna vez en el porvenir... Si los dos habéis ya hablado acerca de lo que puede suceder mañana y del modo cómo puede acabar este amor... ó esta amistad?—dije yo más que por nada por sacarle de sus penosos recuerdos.

—Tú quieres decirme con esto si acaso pienso en casarme con ella, verdad?—me preguntó ruborizándose de nuevo, pero mirándome también atrevidamente en los ojos.

«Eso es, en efecto, pensé yo, sin hacer más que mirar á mi amigo; somos ya como dos hombres que viajan solos y discuten acerca de su porvenir... á muchos gustaría podernos oír».

—Y por qué no?—hizo Dmitri después de una pequeña pausa. —Mi objeto, como el de todo hombre razonable, es el de ser feliz, feliz y bueno en toda la medida que posible sea, y si ella lo quiere, en cuanto llegue yo á mi mayor edad, estoy seguro de ser con ella mucho más feliz que con la más estupenda hermosura del mundo.

Así hablando, no habíamos reparado siquiera que nos acercábamos á Kuntzovo, como tampoco habíamos notado que el cielo se había ido oscureciendo y que amenazaba fuerte lluvia. El sol se mostraba ya muy bajo, hacia la derecha de los centenarios árboles de los jardines de Kuntzovo, y casi la mitad de su rojo disco aparecía cubierto por grises y transparentes nubecillas; de la otra mitad del disco solar se escapaban fragmentos de rayos inflamados iluminando fantásticamente los árboles del jardín que se destacaban inmóviles, recortándose sus copas verdes y espesas sobre la parte del cielo que era todavía azul y clara. El esplendor de esta parte del espacio contrastaba fuertemente con los pesados nubarrones de color violeta oscuro que veíanse allá lejos, enfrente de nosotros.

Algo más á la derecha, por detrás de los bosques, se descu-

brian ya las techumbres diversamente pintadas de las casas de campo, reflejando algunas los brillantes rayos del sol, mientras que tomaban otras los tintes oscuros del otro lado del cielo. En la parte baja, hacia la izquierda, relucía un azulado é inmóvil estanque rodeado de citisos de un verde muy pálido que se reflejaban en negro sobre la superficie mate de las aguas. Más allá del estanque se extendía una especie de terreno inculto, que se alargaba hasta parecer tocar el oscuro y plomizo horizonte. A cada lado del camino que seguíamos, extendíanse vastos campos de centeno cuyas espigas comenzaban á surgir tiernas y flexibles. El aire era suave y fresco, y el verde de los árboles, de las hojas, de los centenos se mantenía incambiante y por demás puro y claro. Cada hoja, cada yerbecilla parecía vivir de su propia existencia y plenamente feliz. Cerca de la carretera, descubrí de pronto un pequeño camino que serpenteaba á través de los sembrados ya crecidos, destacándose como una cinta oscura por entre el verde subido del centeno, y este caminito, no sé por qué, me recordó súbitamente los campos donde transcurrió mi primera infancia; y enseguida estos recuerdos, por una extraña asociación de ideas, me trajeron vivamente á la memoria la imagen de Sonitchka y la idea de que estaba yo perdidamente enamorado de ella.



Con todo y mi amistad por Dmitri y el inmenso placer que me causaba su franqueza, ya nada más quise saber de sus sentimientos y de sus intenciones acerca de Lubov Sergueievna, deseando comunicarle mi profundo amor por Sonitchka, el cual me parecía bastante más superior que el suyo. Pero, no sé por qué, no me decidí finalmente á comunicarle con franqueza todos mis planes para el porvenir: lo muy feliz que seré cuando, ya esposo de Sonitchka, viviré en el campo y seré padre de numerosos niños que se arrastrarán por tierra y me llamarán «papá» y lo que me gustará recibirles en mi casa á él y á su mujer Lubov cuando, en traje de camino, se detendrán ante mi hacienda... En lugar de todo esto, solamente le dije á mi amigo, mostrándole el sol poniente: «Mira, Dmitri, mira cuán hermoso es!»

Dmitri no me contestó, pero le pareció sin duda muy bien que,

como en contestación á sus francas confesiones, yo le llamase la atención sobre los hermosos espectáculos de la naturaleza, hacia la cual en realidad no sentía grandes entusiasmos. La naturaleza obraba en él de muy distinta manera que en mí. Le interesaba, más que por sus bellezas, porque despertaba su curiosidad, y si la admiraba era más con la cabeza que con el corazón.

—Yo me siento hoy muy feliz,—le dije luego, sin reparar que se hallaba absorbido enteramente por sus propias ideas é indiferente á todo lo que yo le pudiese decir;—ya te acordarás que alguna vez te he hablado de una niña de la cual me enamoré en mi infancia; pues bien, hoy la he visto y me siento profundamente enamorado...

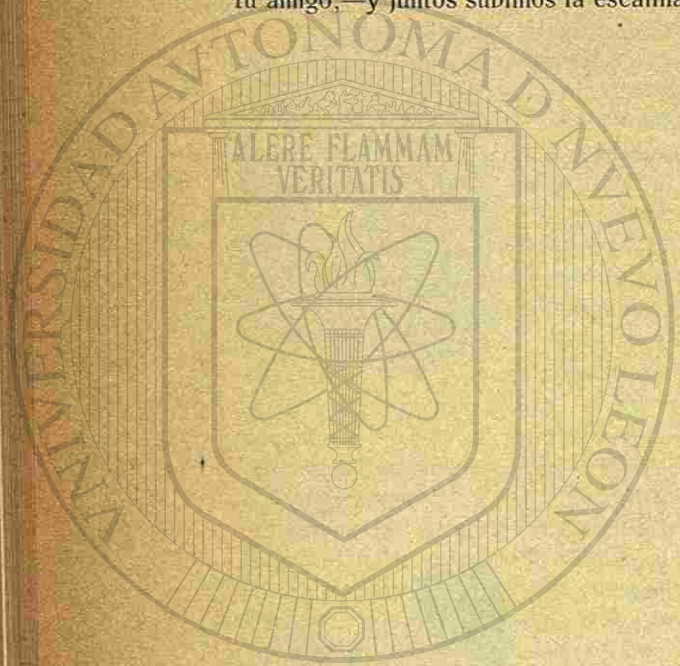
Y, á pesar de que persistía en su rostro la expresión de indiferencia, le conté toda la historia de mi amor, y también todos mis planes de futura felicidad conyugal. Pero, cosa bien extraña, á medida que le iba contando á mi amigo en todos sus detalles mis pensamientos, ponderándole la fuerza de mi pasión, empecé á sentir, en aquel mismo punto, que mi amor comenzaba á decrecer.

La lluvia nos atrapó en el momento que volvíamos la alameda que conducía á la casa, pero nosotros no nos mojamos lo más mínimo. Entendí únicamente que llovía porque algunas gotitas de agua me dieron en las manos y en la cara y porque se oía distintamente el golpetear de la lluvia sobre las hojas de los árboles, los cuales parecían recibir las transparentes gotas de agua con alegría inmensa, que se expresaba con el fuerte y delicioso aroma que llenaba toda la avenida. Bajamos del carruaje y dando una pequeña carrera, para no mojar nos tanto, llegamos á la casa, en cuyo vestíbulo hallamos á cuatro mujeres: dos de ellas estaban cosiendo ó bordando, la otra leía y la cuarta tenía un perrito sobre las rodillas. Todas cuatro al llegar nosotros, huyendo de la lluvia, corrían á meterse más adentro. Se detuvieron un punto al vernos, y Dmitri sin esperar á más me presentó en el acto y bajo la lluvia, á su madre, á su hermana,



á su tía y á Lubov Sergueievna; pero la lluvia se iba haciendo á cada momento más densa, y una de ellas, que me pareció ser la madre de Dmitri, exclamó de pronto:

—Vamos á la galería, allá arriba, y nos presentarás de nuevo á tu amigo,—y juntos subimos la escalinata.



XXIII

Los Nekhludov

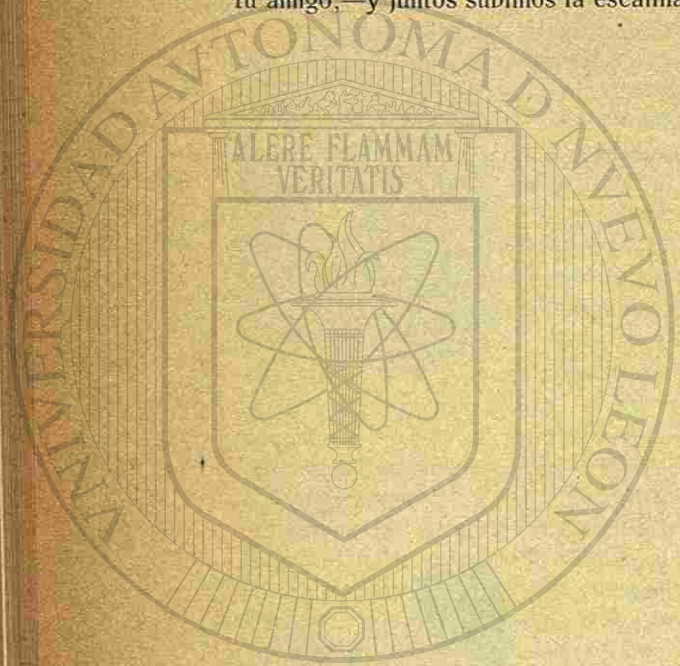
EN los primeros momentos, entre todas esas mujeres, la que más fuertemente atrajo mi atención fué Lubov Sergueievna, la cual con un perrito en brazos iba subiendo la escalera la última de todas, deteniéndose alguna vez para mirarme y besando luego á su perro cuantas veces ejecutó esta maniobra.

Era muy fea, fea de verdad; tenía el rostro muy encarnado y toda ella era extraordinariamente enjuta, y, además, de pequeña estatura y algo torcida. Y lo que afeaba todavía su feísimo rostro era el extravagante peinado que llevaba, con la raya toda á un lado: uno de esos peinados que inventan las mujeres calvas. A pesar de mis deseos de ser agradable á mi amigo, no supe hallar en ella el más insignificante rasgo que despertase simpatía ó atracción. Hasta sus ojos oscuros, aún expresando una profunda bondad, eran excesivamente pequeños, sin brillo y de veras feos; finalmente las manos, que en muchas mujeres constituyen la única prenda de hermosura que poseen, las tenía de forma ordinaria y desagradablemente arrugadas.

Al entrar detrás de ellas en la galería, cada una de esas damas me fué diciendo algunas frases de cumplido, menos Varenka, la hermana de Dmitri, que no hacía más que mirarme atentamente con sus grandes ojos de un gris oscuro, y cuando las demás volvieron á sus interrumpidas labores, ella se puso á leer en alta voz

á su tía y á Lubov Sergueievna; pero la lluvia se iba haciendo á cada momento más densa, y una de ellas, que me pareció ser la madre de Dmitri, exclamó de pronto:

—Vamos á la galería, allá arriba, y nos presentarás de nuevo á tu amigo,—y juntos subimos la escalinata.



XXIII

Los Nekhludov

EN los primeros momentos, entre todas esas mujeres, la que más fuertemente atrajo mi atención fué Lubov Sergueievna, la cual con un perrito en brazos iba subiendo la escalera la última de todas, deteniéndose alguna vez para mirarme y besando luego á su perro cuantas veces ejecutó esta maniobra.

Era muy fea, fea de verdad; tenía el rostro muy encarnado y toda ella era extraordinariamente enjuta, y, además, de pequeña estatura y algo torcida. Y lo que afeaba todavía su feísimo rostro era el extravagante peinado que llevaba, con la raya toda á un lado: uno de esos peinados que inventan las mujeres calvas. A pesar de mis deseos de ser agradable á mi amigo, no supe hallar en ella el más insignificante rasgo que despertase simpatía ó atracción. Hasta sus ojos oscuros, aún expresando una profunda bondad, eran excesivamente pequeños, sin brillo y de veras feos; finalmente las manos, que en muchas mujeres constituyen la única prenda de hermosura que poseen, las tenía de forma ordinaria y desagradablemente arrugadas.

Al entrar detrás de ellas en la galería, cada una de esas damas me fué diciendo algunas frases de cumplido, menos Varenka, la hermana de Dmitri, que no hacía más que mirarme atentamente con sus grandes ojos de un gris oscuro, y cuando las demás volvieron á sus interrumpidas labores, ella se puso á leer en alta voz

en el libro que había tenido hasta entonces sobre las rodillas medio cerrado.

La princesa María Ivanovna era una mujer de elevada estatura, de muy agradable aspecto, y de unos cuarenta años de edad. Se le podían fácilmente atribuir más años á causa de algunos rizos de cabellos enteramente grises que se le escapaban por debajo de la cofia. Pero, si se juzgaba por la frescura de su rostro, casi sin ninguna arruga, y sobre todo por el brillo y la alegría que despedían sus grandes ojos, parecía tener muchos menos. Sus ojos eran oscuros, abiertos; sus labios, delgados, con una caída severa; la nariz bastante regular, aunque parecía inclinarse un poco hacia la izquierda; su mano, sin sortija ninguna, era larga, casi masculina, pero con unos dedos muy afilados. Llevaba un vestido azul oscuro, sin escote, pero muy bien ajustado el talle, del que estaba sin duda orgullosa. Se hallaba sentada y cosiendo. En el momento de entrar en la galería, me tomó la mano, me atrajo hacia ella como con el deseo de verme más de cerca y dijo, mirándome con el mismo mirar franco pero también frío que tenía su hijo, que ya me conocía desde hacía mucho tiempo por los relatos de Dmitri. Y con el objeto de que nuestras relaciones pudiesen ser más íntimas, me invitó á que pasase un día entero en su casa.

—Haced todo lo que os plazca, sin preocuparos por nosotras, pues nosotras haremos también nuestra vida habitual. Pasead, leed, hablad, dormid, lo que os agrade más.

Sofía Ivanovna era una soltera ya entrada en años, hermana pequeña de la princesa, pero dijérase que era la de más edad. Tenía esa especie de complexión que no se ve sino en las solteras de poco talle, regordetas y con apretado corsé. Hubiérase dicho que toda su salud le subía hacia arriba con tanta fuerza que á cada momento amenazaba ahogarla. Sus manos eran pequeñas y gordiflonas.

A pesar de que la princesa María Ivanovna tenía los cabellos y los ojos negros y su hermana era rubia con unos ojos de un azul muy vivo, había entre ellas una semejanza extraordinaria: la misma expresión de la fisonomía, la misma nariz, los mismos labios; la única diferencia consistía en que la nariz y los labios de Sofía Ivanovna eran algo más duros ó más recios que en su hermana, y cuando sonreía, se le inclinaba la nariz hacia la derecha mientras que en la princesa María hacía lo hacia la izquierda. A juzgar por su manera de vestirse y de peinarse, Sofía Ivanovna trataba de rejuvenecer su persona y si hubiese tenido acaso cabellos grises ó blancos hiciera lo posible para no descubrirlos. Su actitud conmi-

go, en los primeros momentos, me pareció orgullosa y me intimidó, al paso que la princesa me fué simpática enseguida. Tal vez su obesidad y una cierta semejanza que ofrecía con un retrato de Catalina la Grande, que había visto no sé donde, le dieron á mis ojos un aspecto altanero; lo cierto es que me quedé todo confuso cuando mirándome frente á frente me dijo: «Los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos». Me tranquilicé luego, y mi opinión acerca de ella se modificó cuando, después de haber pronunciado aquellas palabras, abrió la boca como para respirar y levantando los ojos al cielo suspiró como si tuviese un pesar hondísimo. Con esa actitud suya expresaba, ni sé cómo, una tan encantadora bondad que, habiéndola visto suspirar de aquel modo, perdí con respecto á ella todo temor y hasta llegó á gustarme un poco. Sus ojos eran verdaderamente soberbios, su voz era sonora y agradable, y aun las líneas excesivamente pronunciadas de su excesiva obesidad, en esa época de mi juventud, no me parecían del todo desprovistas de belleza.

Parecióme que Lubov Sergueievna, como amiga de mi amigo, había de decirme algo en que se reflejase lo íntimo de su amistad; me miró en silencio largo tiempo, como si reflexionase en lo que iba á decir, para no comprometerse; pero rompió únicamente su silencio para preguntarme en qué Facultad había entrado. Una vez satisfecha su curiosidad, volvió á su silencio y á mirarme fijamente, como si dudase en decir las frases amistosas que se le ocurrían seguramente, viendo lo cual procuré con la expresión de mi rostro darle á entender que podía decirlo francamente todo, y entonces pronunció estas palabras: «Dicen que actualmente no se ocupan mucho de ciencias en la Universidad», y sin más llamó á su perrito.

Durante toda la velada, Lubov Sergueievna no se expresó sino por medio de máximas, la mayoría de las cuales estaban fuera de lugar y no respondían á nada; pero tenía yo tanta confianza en Dmitri y toda la noche se estuvo mirándola tan atentamente, para mirarme á mí después con expresión que significaba: «¿Qué te parece?» que yo, aunque convencido en el fondo del alma de que Lubov Sergueievna no tenía nada de extraordinario, no me atrevía aun á confesarme, ni siquiera á mí mismo, esa idea.

Finalmente, la última persona de esa familia, Varenka, era una joven de dieciseis años. No tenía verdaderamente hermoso más que sus grandes ojos grises, que, por su expresión, mezcla de alegría y de sosegada reflexión, se parecían mucho á los de la tía; llevaba una gran trenza rubia, y tenía unas manos delgadas y muy bellas.

—Creo, señor Nicolás, que habrá de seros poco agradable comenzar á escuchar en la mitad de una lectura,—me dijo Sofía

Ivanovna, con uno de sus habituales suspiros, volviendo del otro lado la labor en que trabajaba.

La lectura se había interrumpido en aquel momento porque Dmitri había salido de la estancia.

—O tal vez,—dijo luego—habréis ya leído *Rob-Roy*?

En aquella época, por el solo hecho de vestir el uniforme de estudiante, me creía en el deber de contestar con *ingenio y originalidad* á cualquiera pregunta que me hiciesen personas á quienes no conocía muy íntimamente, y consideraba como una verdadera vergüenza dar á esta clase de preguntas una respuesta

excesivamente lacónica. Echando una rápida mirada sobre mis nuevos pantalones y los botones dorados de mi levita contesté que no había leído ciertamente *Rob-Roy*, pero que había escuchado la lectura con grande interés, pues yo por mi parte prefería empezar á leer los libros hacia la mitad, porque de este modo, añadí, resulta mucho más interesante, pues se adivina lo que ha pasado ya y lo que ha de venir... Y me quedé tan satisfecho.

La princesa se rió con una risa que no parecía natural, aunque, según pude observar después, no se reía nunca de otra manera.

—No obstante, casi estoy por daros la razón,—añadió luego.

—Estaréis todavía mucho tiempo aquí, Nicolás?... No os ofenda que no os llame *señor*. Cuando partís?

—No lo sé verdaderamente, quizás mañana, quizás estaremos aquí todavía bastante tiempo,—dije sin saber por qué, pues me constaba que de todas las maneras habíamos de partir al día siguiente.

—Sería mi gusto que os quedaseis, por vos y por Dmitri,—dijo la princesa dirigiendo la vista á lo lejos, como si quisiera descubrir escondidos horizontes.—A vuestros años, la amistad es una gran cosa.

Comprendí que todas me miraban y que estaban aguardando lo que dijese, aún la misma Varenka aunque fingía estar exami-



nando la labor de su tía; comprendí que se me hacía pasar por una especie de exámenes, y que era preciso mostrarse bajo el mejor de los aspectos posible.

—Oh! sí,—dije al fin—la amistad de Dmitri me es muy útil, pero yo en cambio no puedo serle de ninguna utilidad; él vale infinitamente más que yo.—Suerte que no estaba presente Dmitri, pues de haberme oído estoy seguro que, después, me hubiera reprochado mi falta de franqueza.

La princesa se rió de nuevo, con aquella risa forzada que le era tan natural.

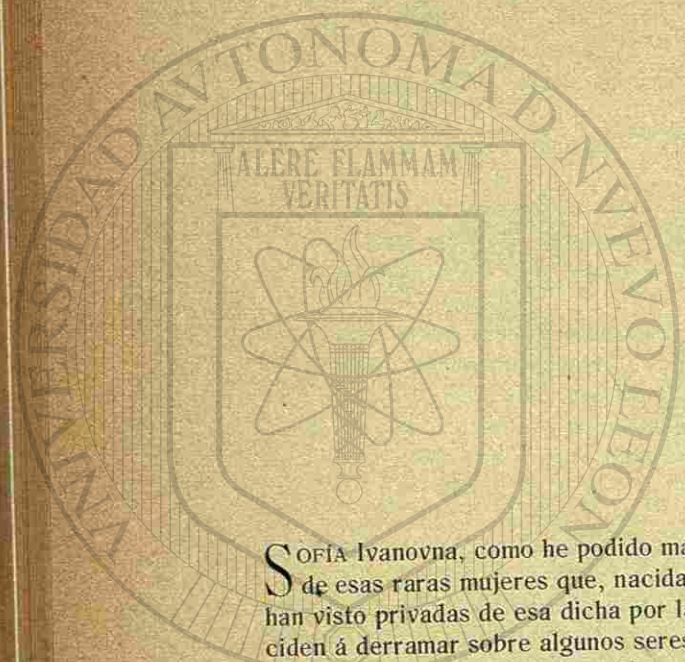
—Oh! pues, si le hemos de creer á él, sois vos el que puede considerarse como un verdadero monstruo de perfección.

«*Monstruo de perfección!*... pensé; muy bien, es cosa digna de ser apuntada».

—No obstante,—añadió—y sin hablar ahora de vos, mi hijo es maestro en conocer á la gente.—Y luego, bajando el tono, lo que me halagó mucho, é indicando con los ojos á Lubov Sergueievna:—Ha descubierto en la *tía pobre*, como entre nosotros la llamamos, y á quien yo conozco desde hace veinte años, cualidades que yo no podía sospechar en ella... Varia, dí que me traigan un vaso de agua,—añadió, lanzando otra vez su mirada á lejanías desconocidas, pareciéndole probablemente que era demasiado pronto ó tal vez enteramente inútil iniciarme en los secretos de la familia.—Pero será mejor que vaya él, él no hace nada, y tú estás leyendo. Id, amigo mío; una vez pasada la puerta y después de haber dado unos quince pasos, decid así, en voz alta: Piotre, trae un vaso de agua con hielo para María Ivanovna!—concluyó diciendo y riéndose con su forzada risa de siempre.

«Quiere probablemente hablar de mí, pensé mientras salía de la estancia; y querrá decir sin duda que ha observado que soy un joven inteligentísimo». No había hecho todavía los quince pasos cuando toda sofocada me atrapó la gorda Sofía Ivanovna, la cual andaba sin embargo con ligero y rápido paso, diciéndome:

—Gracias, gracias... amigo mío. Yo voy allá abajo, ya daré yo misma el recado.



XXIV

Del amor

SOFÍA Ivanovna, como he podido más tarde reconocer, era una de esas raras mujeres que, nacidas para la vida de familia, se han visto privadas de esa dicha por la suerte, y finalmente se deciden á derramar sobre algunos seres escogidos el amor que, largos años guardado para el marido y para los hijos, ha ido siempre creciendo y se ha fortalecido en su corazón. Y esta reserva de amor, en las solteronas de esta clase, es hasta tal punto inagotable que, aún siendo muchos sus elegidos, les queda todavía para derramarlo generosamente sobre todas las personas, buenas ó malas, que hallan en el camino de su existencia.

Hay tres clases de amor:

El amor estético.

El amor de sacrificio.

El amor activo.

No quiero hablar del amor del hombre joven por una mujer también joven, ó inversamente; me dan miedo esta clase de afectos, pues he sido desdichado en mi existencia precisamente porque nunca he visto en esta clase de amores ni una chispa de verdad, sino tan sólo la mentira, en la cual el sensualismo, las relaciones conyugales, el dinero, el deseo de unir ó de desunir las manos, ponen tantísima parte que uno acaba por no comprender

nada en esta clase de sentimientos. Quiero hablar del amor humano, del amor que, merced á la mayor ó menor fuerza del alma, se concentra sobre uno ó sobre muchos; quiero hablar del amor de la madre, del padre, del hijo, del hermano, del amor por el compañero, por el amigo, por el compatriota; en una palabra, del verdadero amor de los hombres.

El *amor estético* consiste en amar la belleza del propio sentimiento y su expresión. Para las personas que aman de este modo, el objeto amado no es amable sino en cuánto excita en ellas ese dulce sentimiento del cual gozan en conciencia y en realidad. Las personas que aman así se cuidan poco de la reciprocidad, pues ésta es una circunstancia que no influye nada en la belleza y el encanto del sentimiento. Cambian con frecuencia el objeto de su amor, pues su fin principal, ya que no sea exclusivo, consiste en que el agradable sentimiento del amor esté siempre despierto. Para conservar entero este sentimiento dulcísimo, hablan siempre de su amor, en los términos más elegantes que saben, al que es objeto de su amor y aún á cuantos ningún interés pueden tener en su amor. En nuestro país, las personas de una cierta clase que sienten este amor estético no tan sólo hablan de su amor á todo el mundo, sino que hablan siempre de su amor en lengua francesa. Es extraño y es ridículo, pero estoy convencido de que ha habido y hay todavía en una cierta clase de la sociedad muchas personas, mujeres sobre todo, cuyo amor hacia sus amigos y sus parientes desaparecería del todo apenas se les prohibiese hablar del mismo en francés.

El *amor de sacrificio* consiste en amar los medios del sacrificio propio que se hace en aras del objeto amado, sin preguntarse si este sacrificio es ó no conveniente. «No hay cosa que no esté dispuesto á sufrir para demostrar á todo el mundo y á él—ó ella—en particular, mi profunda devoción!» He aquí la fórmula de esa especie de amor. Las personas que aman así no creen en la reciprocidad—pues es más bello todavía sacrificarse por aquel que ni siquiera os comprende. Están siempre enfermos, lo que aumenta también los méritos del sacrificio, y en general son constantes, pues no se resignan fácilmente á perder el mérito de los sacrificios que llevan hechos en pro del objeto amado. Están siempre dispuestos á morir para demostrarle á ella—ó á él—toda la inmensidad de su amor; pero olvidan, en cambio, las pequeñas pruebas cotidianas, porque éstas no añaden brillo al sacrificio. No les importa gran cosa que haya el objeto de su amor dormido bien ó comido mal, ni si está alegre ó si está triste, no haciendo nada para

procurar al objeto de su amor alguna de esas pequeñas comodidades de la vida, aunque se halle en su mano hacerlo; pero afrontar la muerte, echarse al agua, ó al fuego, morir de amor, á esto sí que se hallan siempre dispuestos, si la ocasión se ofrece. Además, las personas inclinadas al amor de sacrificio se muestran siempre envanecidas de su amor, son exigentes, celosas, suspicaces, y, aunque parezca extraño, desean que el objeto amado se halle en algún peligro para poderle sacar de él, para poderle consolar, y aún ven de buena gana que tenga grandes vicios sólo para poderse los corregir. — Vivís en el campo, solo con vuestra mujer, que os ama con esta clase de amor. Os lleváis bien de salud, estáis tranquilo y no tenéis sino ocupaciones que os placen infinitamente. Vuestra amante esposa se siente tan débil que apenas puede ocuparse de la casa, que está en manos de los criados, ni aún de los niños, que están confiados á criados y criadas también, ni puede ocuparse de cualquiera cosa que sea, ni quiere nada, pues no quiere más que á su marido. Está *visiblemente* enferma, mas para no entristeceros, no os lo quiere decir; se aburre *visiblemente*, mas para daros gusto está dispuesta á aburrirse toda la vida; sufre *visiblemente* por el hecho de que os ocupéis tanto de vuestros asuntos, — cualesquiera que sean: caza, libros, agricultura — ve que estas ocupaciones os pierden y arruinan, pero ella no quiere decir nada: calla y sufre. Mas, caéis un día enfermo, vuestra amantísima esposa olvida sus enfermedades, é incesantemente, y á pesar de vuestros ruegos para que no se atormente en vano, la veis inmóvil en la cabecera de vuestro lecho, y á cada segundo sentís sobre vuestros ojos su mirada llena de compasión que os está diciendo: «A pesar de todo, no importa; yo no te abandonaré un momento». A la mañana siguiente, vais ya un poco mejor y abandonáis el lecho, pero la sala no ha sido preparada; la única sopa que hubierais podido comer no se ha cuidado nadie de hacerla ni de mandarla hacer, ni siquiera se ha enviado á buscar la medicina; pero vuestra amante esposa, fatigada ya de la vigilia, considerándoos siempre con la misma expresión de lástima profunda, anda por las habitaciones de puntillas y da á los criados órdenes incomprensibles y vagas. Queréis acaso leer, y vuestra amante esposa os dice: que no la escucharéis, que os enfadaréis con ella, á lo que está ya acostumbrada, pero que sería mucho mejor que no leyeseis. Habéis pensado quizás pasearos por la estancia, y sale ella diciendo que os sería mucho mejor no hacerlo. Queréis hablar con un buen amigo que ha venido á veros, y ella, vuestra amantísima esposa, os dice que no debéis hacerlo. Por la noche, tenéis de

nuevo un poco de fiebre y deseáis adormeceros; pero vuestra muy amante esposa, pálida, el rostro enjuto y pudiendo apenas respirar, en la semi-oscuridad del velador, está sentada á la cabecera de la cama, y su menor movimiento excita en vuestro espíritu sentimientos de ira concentrada y de impaciencia. Tenéis en casa un criado que os sirve hace veinte años y á cuyos servicios estáis acostumbrados; os sirve con diligencia y buena voluntad, pues duerme durante el día y recibe además su paga para serviros; pero ella no le permite que se os acerque. Lo quiere hacer todo ella misma, con sus débiles é inexperimentadas manos, y veis como sus blancos dedos se esfuerzan en vano para abrir una botella, ó apagan sin querer una bujía, ó derraman la medicina, ó bien os tocan á vos mismo con visible repugnancia. Si os impacientáis y finalmente le pedís que se marche, la oiréis tras la puerta suspirar y llorar, y aún decirle á vuestro criado las más inauditas tonterías. Finalmente, suponemos que no os morís, y vuestra amantísima esposa, que no ha dormido durante los veinte días de vuestra dolencia, cosa que os repite á cada momento, cae al fin enferma, se debilita, sufre y se hace todavía más incapaz de cualquiera clase de ocupación que sea. Y cuando os halláis en vuestro estado normal no acierta á expresar su amor de sacrificio sino por medio de un suave aburrimiento, que involuntariamente se os comunica á vosotros y á cuantos la rodean.

La tercera especie de amor — el *amor activo* — consiste en la aspiración á satisfacer todas las necesidades, todos los deseos, todos los caprichos, aún los vicios de la criatura amada. Las gentes que aman así, aman siempre y para toda la vida, porque cuanto más le aman, mejor conocen al sér amado y con más facilidad pueden satisfacer sus deseos. Su amor se expresa muy raramente en palabras, y si hablan no lo hacen con aires de satisfacción y con elocuencia, sino confusamente y casi nunca á derechas, pues temen siempre no amar todo lo debido. Estas personas aman hasta los vicios de la criatura amada, pues estos vicios les dan la posibilidad de satisfacer aún nuevos deseos suyos. Buscan de buena gana la reciprocidad, pero, aún saliendo engañadas, creen en ella y son felices creyendo, y no solamente procuran la felicidad del sér amado, sino que por todos los medios morales y materiales, grandes ó pequeños, que están en poder suyo, tratan constantemente de hacer la dicha del objeto amado.

Y ese amor activo hacia su sobrino y su sobrina, hacia su hermana, hacia Lubov Sergueievna, y aún hacia mí, nada más que por

ser amigo de Dmitri, ese amor activo se mostraba en los ojos, en las palabras, en los gestos de Sofía Ivanovna.

Hasta mucho más tarde no pude apreciar enteramente lo que valía Sofía Ivanovna, y entonces vinome al pensamiento esta pregunta: Porqué Dmitri, que trata de comprender el amor de muy otro modo de cómo lo comprende la generalidad de las gentes y que ha tenido siempre ante los ojos á esa buena y amante Sofía Ivanovna, se enamoró tan apasionadamente de la extraña Lubov Sergueievna, sin conceder á su tía más que *buenas cualidades*? Cuán cierto es que nadie es profeta en su tierra! Una de estas dos cosas: ó hay en cada hombre más maldad que bondad, ó bien el hombre es más accesible á lo malo que á lo bueno. No hacía mucho que conocía Dmitri á Lubov Sergueievna, y en cambio había sentido sobre sí desde su nacimiento el amor de su buena tía.



XXV

Mis conocimientos se ensanchan

CUANDO volví á la galería no hablaban de mí ciertamente, como yo había supuesto; pero Varenka no leía ya, y, puesto el libro de lado, discutía calurosamente con Dmitri, quien, dando grandes pasos, hacía casi sin parar su habitual gesto como para arreglarse la corbata y guiñaba cada vez los ojos. El asunto de la querrela era Ivan Iakovlevitch y la superstición, pero me pareció que lo hacían con calor excesivo para que la verdadera causa de la discusión, la interna, no fuese algún asunto que tocaba mucho más de cerca á la familia. La princesa y Lubov Sergueievna guardaban silencio, pero seguían con interés la discusión y hasta, de vez en cuando, parecía que iban á tomar parte en la disputa, pero acababan por no abrir la boca, dejando la una que hablase por ella Varenka, y la otra, Dmitri. En el momento de entrar Varenka me miró con la más completa indiferencia, siendo evidente que la discusión le tenía totalmente preocupada, sin que le importase gran cosa que pudiese oír ó no lo que decía. La mirada de la princesa, que evidentemente estaba de parte de su hija, tenía la misma expresión indiferente. Pero Dmitri en mi presencia se puso á discutir aun con mayores ardores, y Lubov Sergueievna pareció toda asustada al verme llegar, pronunciando, sin dirigirse particular-

ser amigo de Dmitri, ese amor activo se mostraba en los ojos, en las palabras, en los gestos de Sofía Ivanovna.

Hasta mucho más tarde no pude apreciar enteramente lo que valía Sofía Ivanovna, y entonces vinome al pensamiento esta pregunta: Porqué Dmitri, que trata de comprender el amor de muy otro modo de cómo lo comprende la generalidad de las gentes y que ha tenido siempre ante los ojos á esa buena y amante Sofía Ivanovna, se enamoró tan apasionadamente de la extraña Lubov Sergueievna, sin conceder á su tía más que *buenas cualidades*? Cuán cierto es que nadie es profeta en su tierra! Una de estas dos cosas: ó hay en cada hombre más maldad que bondad, ó bien el hombre es más accesible á lo malo que á lo bueno. No hacía mucho que conocía Dmitri á Lubov Sergueievna, y en cambio había sentido sobre sí desde su nacimiento el amor de su buena tía.



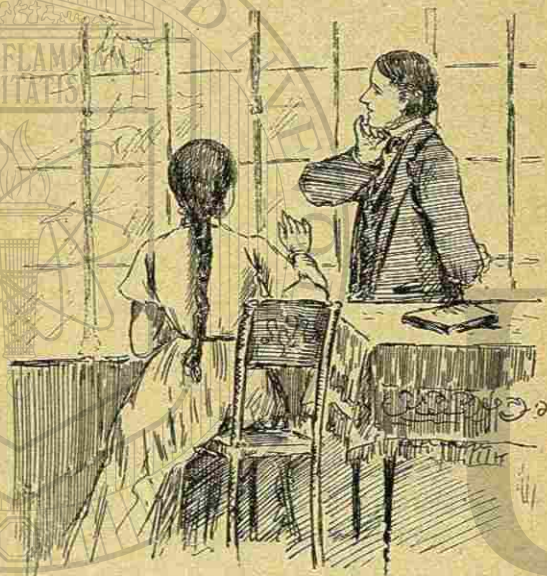
XXV

Mis conocimientos se ensanchan

CUANDO volví á la galería no hablaban de mí ciertamente, como yo había supuesto; pero Varenka no leía ya, y, puesto el libro de lado, discutía calurosamente con Dmitri, quien, dando grandes pasos, hacía casi sin parar su habitual gesto como para arreglarse la corbata y guiñaba cada vez los ojos. El asunto de la querrela era Ivan Iakovlevitch y la superstición, pero me pareció que lo hacían con calor excesivo para que la verdadera causa de la discusión, la interna, no fuese algún asunto que tocaba mucho más de cerca á la familia. La princesa y Lubov Sergueievna guardaban silencio, pero seguían con interés la discusión y hasta, de vez en cuando, parecía que iban á tomar parte en la disputa, pero acababan por no abrir la boca, dejando la una que hablase por ella Varenka, y la otra, Dmitri. En el momento de entrar Varenka me miró con la más completa indiferencia, siendo evidente que la discusión le tenía totalmente preocupada, sin que le importase gran cosa que pudiese oír ó no lo que decía. La mirada de la princesa, que evidentemente estaba de parte de su hija, tenía la misma expresión indiferente. Pero Dmitri en mi presencia se puso á discutir aun con mayores ardores, y Lubov Sergueievna pareció toda asustada al verme llegar, pronunciando, sin dirigirse particular-

mente á nadie, estas palabras: «Los antiguos decían verdad: Si la juventud supiese, si la vejez pudiese!»

Pero esta sentencia no puso fin á la discusión, ni mucho menos, y aún me dió á entender que la razón no estaba precisamente del lado de Lubov Sergueievna y de mi amigo. Aunque un poco cohibido por asistir involuntariamente á esa pequeña querrela íntima, me era no obstante muy agradable ver así como al descubierto las



verdaderas relaciones de esta familia, halagándome al mismo tiempo ver que mi presencia no les impedía explicarse.

Sucede con frecuencia que tratáis mucho tiempo á una familia, durante años enteros, y la veis siempre bajo el mismo aspecto uniforme y mentiroso de las conveniencias, mientras que las verdaderas relaciones entre sus diversos miembros continúan siendo para vosotros un misterio, y aún he observado que cuán más hermoso y más impenetrable es este aspecto externo de la familia, más groseras son las íntimas relaciones que esconde. Pero sucede un día, impensadamente, que en la intimidad de esa familia surge una cuestión cualquiera, que parece y es de veras insignificante; se discute si tal ó cual señora es morena ó es rubia, ó bien si son más ó menos hermosos los cabellos de un amigo, y entonces, sin causa

aparente, la discusión se hace de pronto ardorosa, se rasga el velo tras el cual se encubrían y quedan al descubierto sus verdaderas é íntimas relaciones, haciéndoos comprender de pronto cuán engañado habéis vivido. A veces resulta mucho menos doloroso darse un gran golpe contra la pared que poner siquiera el dedo en el lugar sensible. Este punto doloroso y suprasensible lo tiene casi toda familia. En la familia de los Nekhludov, este punto sensible era el amor extravagante de Dmitri por Lubov Sergueievna, amor que excitaba en la hermana y en la madre, si no un sentimiento de celos, al menos una especie de íntimo disgusto. He aquí porque la discusión sobre Ivan Iakovlevitch y sobre la superstición tenía para todas ellas una tal importancia.

—Precisamente en aquello de que todo el mundo se burla y menosprecia—decía Varenka con voz sonora, pronunciando distintamente cada palabra—es en lo que tratas tú de hallar siempre algo esencialmente hermoso ó bueno.

—En primer lugar, sólo una persona *muy ligera* puede hablar de menosprecio con respecto á un hombre tan extraordinario como Ivan Iakovlevitch,—contestó Dmitri volviendo bruscamente la cabeza hacia el lado opuesto al en que estaba su hermana—y en segundo lugar, tú eres quien se esfuerza en no ver la bondad que tienes delante de los ojos.

Vuelta también á la galería Sofía Ivanovna, de vez en cuando dirigía sus miradas, en que se pintaba el horror por lo que estaba oyendo, tan pronto á su sobrino como á su sobrina y aún á mí; y por dos veces, como si fuese á hablar, abrió los labios y suspiró profunda y penosamente.

—Varia, vuelve á tu lectura, ruégote,—hizo al fin tendiéndole el libro y acariciándole tiernamente la mano.—Quiero saber si la encontró finalmente...—Páreceme que en la novela no se trataba por cierto de nada que se pareciese á esto.—Y tú, Mitia, harías mucho mejor tapándote la cara, amigo mío, pues hace fresco y te dará otra vez el dolor de muelas,—dijo á su sobrino, á pesar de la mirada de rencor que éste le dirigió, sin duda por haber interrumpido la conclusión lógica de sus demostraciones. Y la lectura continuó.

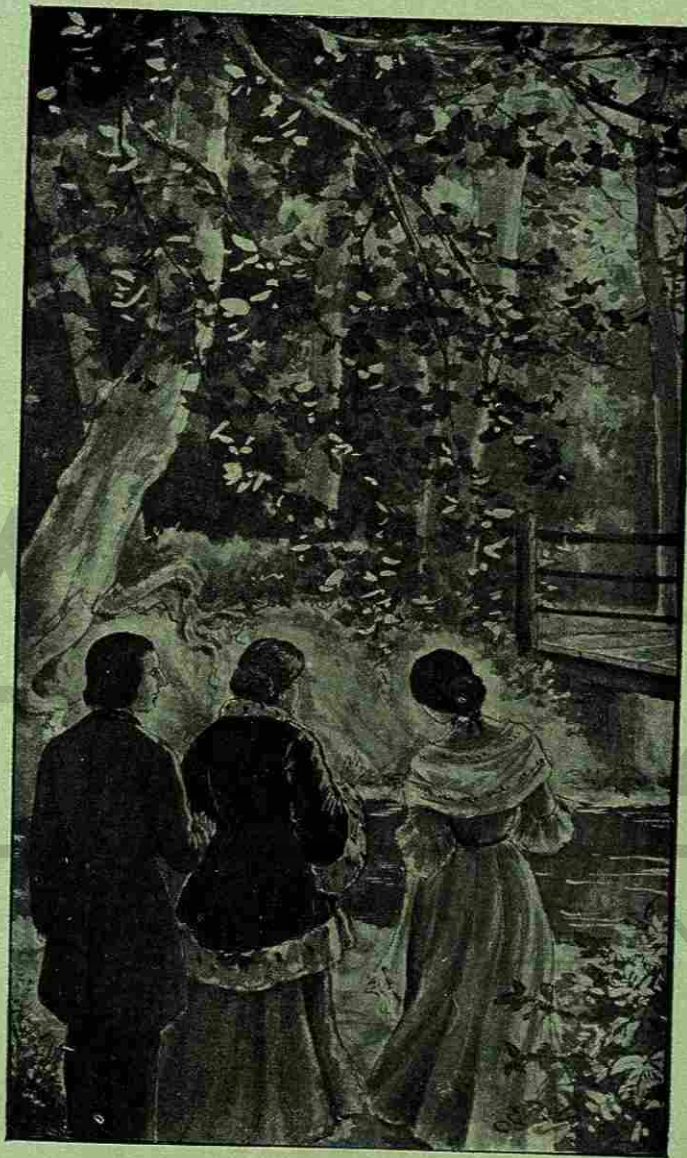
La verdad es que esta pequeña disputa no turbó lo más mínimo la tranquilidad de la familia, ni la razonable concordia que reinaba evidentemente entre todos aquellos seres.

El círculo familiar que formaban y al cual María Ivanovna daba visiblemente el tono, ofrecía para mí un carácter enteramente nuevo, atrayente, razonable y al mismo tiempo sencillo y elegante.

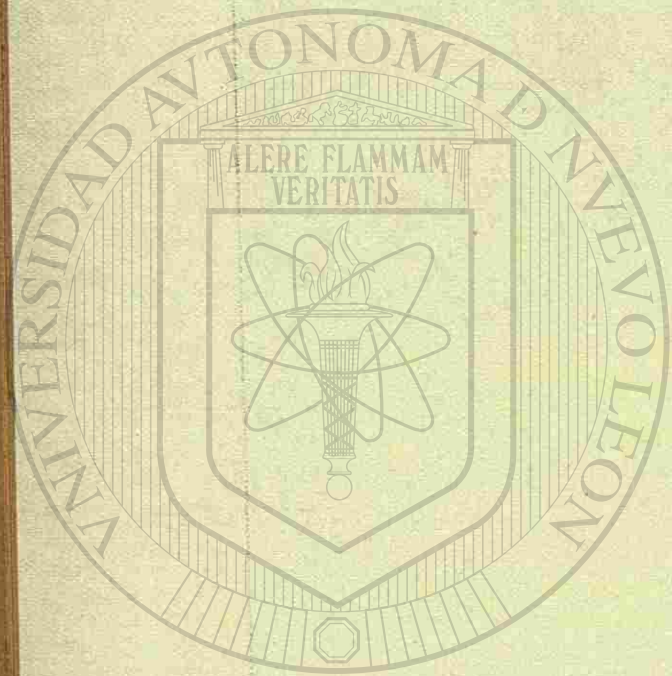
Este especial carácter me entraba por los ojos con lo bello y lo limpio y confortable de los objetos que tenía á la vista, los muebles, el decorado de las paredes, las encuadernaciones de los libros, y también se descubría en el talle elegante de la princesa, en los rizos de cabellos grises que se le escapaban de la cofia, en la manera de llamarme tan sencillamente, ya en nuestra primera entrevista, *Nicolás á secas*; en sus mismas ocupaciones, labores, lectura de libros escogidos, y sobre todo en la blancura extraordinaria de las manos de todas ellas. Pero lo más característico era su modo de hablar el francés y el ruso, en las tres igual, pronunciando distintamente cada letra, terminando con la mayor exactitud cada palabra y cada proposición. Todo esto y el hecho de que se me tratase con franqueza, tomándome en serio, como si fuese ya una persona mayor con la cual se cambian impresiones acerca de cosas interesantes, me era tan poco habitual que, á despecho de mis botones dorados y de mi cuello azul, á cada punto estaba temiendo que me dijese alguno: «Pensáis acaso que se os habla en serio? Id á la escuela todavía». Todo eso juntamente producía en mí un tan extraordinario efecto, que en medio de todas aquellas mujeres me sentía tan completamente dueño de mí mismo que, sin cortedad de ninguna clase, me levantaba, me sentaba, iba de una parte á otra, hablaba con todas ellas con el más absoluto aplomo, menos con Varenka, á la verdad, pues me parecía inconveniente hablar á una joven con excesiva familiaridad en una primera visita.

Mientras duró todavía la lectura, escuchando su voz sonora, agradable, y mirándome ahora á la joven, ahora dirigiendo la vista á los caminos enarenados del jardín en los cuales la lluvia iba formando pequeños charcos de agua turbia, ahora contemplando los lejanos tilos cuyas hojas recibían las escasas gotas de lluvia que se desprendían del borde de las nubes que se confundían allí con el azulado tinte de la parte del cielo que estaba despejada; mirándome de nuevo á Varenka, ó bien fijando los ojos en los últimos y rojizos rayos del sol poniente que doraban las copas de los mojadros árboles, y mirando á Varenka otra vez, iba pensando que no era ciertamente tan fea como me había parecido al principio, y aún llegué á meditar sobre esto:

«Lástima que yo esté ya enamorado y que Varenka no sea Sonitchka! Cuánto me gustaría llegar á ser un miembro de esta familia, pues así, de un solo golpe, me haría con una madre, una tía y una esposa!» Mientras esto pensaba, miré fijamente á Varenka que estaba leyendo, y se me ocurrió la idea de que estaba magnetizándola y que había de mirarme... En efecto, Varenka levantó los



TOLSTOI.—LÁM. IX



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ojos del libro, me miró y habiendo cruzado la suya con mi mirada, los bajó de nuevo.

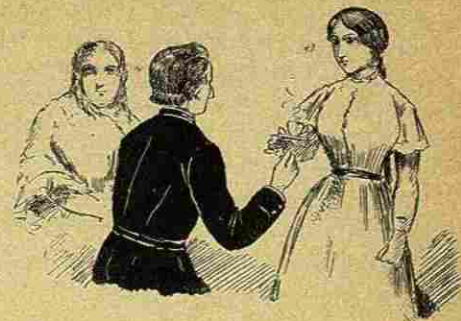
—No cesa la lluvia todavía,—dijo.

Y súbitamente experimenté una extraña sensación, recordé con la más absoluta claridad que lo que sentía en aquel momento era la repetición exacta de otro momento igual, que había sentido no sabía cuándo ni dónde. El medio era el mismo, caía también una finísima lluvia, poníase el sol tras un bosque de tilos, yo la miraba á *ella* y *ella* leía; la magnetizaba y *ella* levantaba los ojos... como si todo exactamente hubiese ya sucedido una primera vez.

«Significará esto que Varenka es *ella*? pensé. Es que está aquí el comienzo de mi verdadero amor?»

Pero enseguida decidí que no era *ella*, y que no se trataba de ningún comienzo. «Primeramente, porque no es hermosa, ni han venido mis relaciones con *ella* de un modo extraordinario—esta circunstancia era indispensable;—además, esta familia me gusta tanto ahora porque no conozco ninguna otra, y sin embargo, hay otras muchas familias semejantes á ésta, como las habré de encontrar sin duda durante el curso de mi existencia».

Al decir una tras de otra tantas y tan horribles y complicadas mentiras, me turbé y aun me ruboricé un poco, sospechando entonces que todos habrían adivinado ya que mentía. Varenka me daba en aquel preciso instante una taza de té, y Sofía Ivanovna no hacía más que mirarme mientras hablaba; las dos se volvieron y se pusieron á hablar de otra cosa distinta, notando en su rostro una singular expresión que después he observado muchas otras veces en personas de buen natural cuando un jovenzuelo se pone ante ellas á mentir desvergonzadamente, expresión que significa algo así: «Bien sabemos que está mintiendo; mas, por qué lo hará el pobre!»



Empecé diciendo que el príncipe tenía una tan hermosa finca porque no hallé otro pretexto para hablar de mi parentesco con él y para decir que aquel día mismo había comido en su casa. Pero, por qué hablé de una verja que valía 380,000 rublos, y por qué añadí que iba con tanta frecuencia á la dicha finca, cuando en realidad yo no había estado ni una sola vez, pues el príncipe Ivan Ivanovitch vivía constantemente en Moscova ó en Nápoles, todo lo cual sabían muy bien los Nekhludov? En verdad que no sé por qué dije todo eso, ni lo supe jamás. Ni en la infancia, ni en la adolescencia, ni más tarde, en la edad madura, observé en mí el vicio de la mentira; al contrario, fui siempre sincero y franco, quizás demasiado en algunas circunstancias; pero es lo cierto que en esa primera etapa de mi juventud me dió algunas veces el extravagante deseo de mentir, sin causa aparente, del modo más horrible. Digo precisamente «del modo más horrible» porque siempre que mentí lo hice en cosas que podían serme demostradas en el acto. Parece que el ansia ambiciosa de mostrarme un hombre distinto del que era en realidad, junto á la esperanza, irrealizable, de mentir sin quedar convicto de embuste, fueron la causa principal de esta inclinación extraña.

Después del té, y habiendo ya cesado la lluvia, poniéndose el tiempo dulce y sereno, propuso la princesa que bajásemos á dar un paseo por el jardín, para poder admirar su lugar favorito. Fiel á mi principio de querer mostrarme siempre original, y en la convic-

XXVI

Mi aspecto más favorable

DURANTE el té, cesó Varenka en su lectura y las damas pusieron á hablar entre ellas de personas y de cosas totalmente desconocidas para mí, y parecióme que lo hacían así para hacerme comprender, á pesar de la buena y cordial acogida que me habían dispensado, la gran diferencia de edad y de situación entre ellas y yo. Pero cuando se entablaron conversaciones en que yo pude tomar la palabra, traté de recompensarme á mí mismo de mi precedente silencio, desplegando toda mi inteligencia y mi originalidad, á lo cual creía yo que me obligaba mi uniforme.

Cuando la conversación recayó, no sé cómo, en las casas de campo, conté que el príncipe Ivan Ivanovitch tenía en los alrededores de Moscova una quinta tan hermosa que expresamente habían venido de París y de Londres para verla y admirarla, pues una sola de las verjas que había en ella costaba 380,000 rublos; también conté, todo de un firón, que el príncipe Ivan Ivanovitch era mi próximo pariente, que había comido en su casa aquel mismo día y que me había invitado, insistiendo mucho, para que pasase el verano con él, pero que yo no había querido aceptar de ninguna manera, pues conocía muy bien la finca, la cual, sin embargo, no me interesaba, pues dije que detestaba el lujo, especialmente en el campo, por creer que en el campo había de ser todo verdaderamente campestre.

ción de que personas tan inteligentes como yo y como la princesa habían de desentenderse de las formas de la banal cortesanía, dije que yo detestaba el paseo cuando no tiene algún objeto determinado, y que á mí lo que más me gustaba era pasearme enteramente solo. No me di cuenta entonces de mi infame grosería, imaginándome en aquella época de mi vida que si no había nada tan horroroso como un cumplimiento banal, tampoco había nada tan encantador como una cierta descortés franqueza.

No obstante, y encantado de mis propias palabras, salí al jardín con todos mis amables huéspedes. El sitio que la princesa prefería estaba á lo último del jardín y era un pequeño puente rústico echado sobre la parte más estrecha del lago. Desde allí quedaba muy limitado el panorama, pero no puede negarse que el sitio era al mismo tiempo que poético muy agradable. Solemos con tanta frecuencia mezclar el arte con la naturaleza, que muchas veces los aspectos naturales que no hemos visto jamás pintados nos parecen más que extraordinariamente bellos, como si la naturaleza no fuese esencialmente natural; y por el contrario, los aspectos que hemos visto pintados alguna vez, nos parecen vulgares, y otros, excesivamente penetrados del sentimiento que se halla en la misma realidad, los reputamos artificiales. El sitio que la princesa prefería en su jardín era de esta última clase. Comprendía en primer término el pequeño lago todo rodeado de verdor; más lejos se distinguía una pequeña colina cortada á pique y cubierta toda ella de viejos y grandes árboles y de numerosos arbustos que mezclaban sus diferentes matices de verde; un enorme álamo blanco se inclinaba sobre el estanque agarrado á la tierra por medio de gruesas raíces que medio estaban al descubierto y, elevándose por encima de los tilos, reflejaba sus retorcidas ramas y su follaje en las tranquilas aguas del pequeño lago.

—Qué hermoso es esto!—dijo la princesa al llegar á aquel sitio, inclinando á un lado la cabeza y sin dirigirse directamente á nadie.

—Oh! sí, es muy hermoso... Mas pareceme que se semeja demasiado á una pintura,—dije yo para demostrar que tenía también mis opiniones personales.

La princesa, como si no hubiese oído mi observación, continuó admirando el paisaje y dirigiéndose á su hermana y á Lubov Sergueievna, iba señalando sus menores detalles: la rama inclinada hacia abajo y su imagen que el agua reflejaba le placían en extremo.

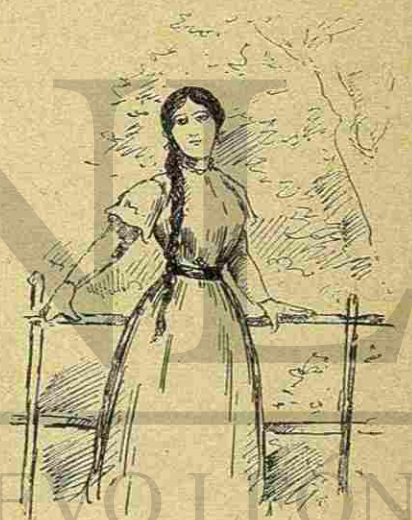
Sofía Ivanovna lo hallaba todo verdaderamente admirable, y dijo que su hermana se pasaba en este sitio horas enteras, pero no

había duda que si hablaba así era únicamente para dar gusto á la princesa.

He observado que las personas dotadas en muy grande escala de la capacidad de amar son casi insensibles á las bellezas naturales. Lubov Sergueievna lo admiraba todo también y preguntaba: Cómo podía aguantarse ese álamo con las raíces tan al descubierto, y si podría estar todavía así mucho tiempo, sin dejar por eso de contemplar á su perrito, que no paraba de correr de un extremo á otro del puente, agitando la cola y con aires de tal extrañeza como si fuese la primera vez que se veía allí. Dmitri entabló con su madre una discusión asaz lógica, sosteniendo por su parte que la vista no podía ser bella de ninguna manera cuando el horizonte es muy limitado. Varenka no decía nada. Cuando la miré se hallaba apoyada en la baranda del pequeño puente, de perfil y mirando á lo lejos... Algo, sin duda, la preocupaba muy hondamente, pues olvidándose hasta del sitio donde estaba, ni pensaba en sí misma ni se percataba de que la estuviesen mirando. En la expresión de sus grandes y hermosos ojos se adivinaban tantas ideas, puras y tranquilas; era tan natural su gesto y, á pesar de su pequeña estatura, tenía tal majestad en aquellos momentos, que otra vez me sentí como herido por algún vago recuerdo de ella misma, preguntándome de nuevo: «Estamos acaso en el comienzo?»

Pero de nuevo también me contesté á mí mismo que yo estaba enamorado de Sonitchka y que Varenka era sencillamente una de tantas señoritas, la hermana de mi amigo. Pero, lo cierto es que en aquel momento me gustó, y por esto sentí el vago deseo de decirle algo que le fuese desagradable.

—Sabes tú, Dmitri,—dije á mi amigo, pero acercándome á Varenka para que me pudiese oír—que éste sería de veras un lugar encantador si no hubiese mosquitos?—Y en aquel mismo momento me di un gran golpe en la frente aplastando un impertinente bicho



de esos.—Pero asegúrote que ahora es esto muy poco agradable.

—Páreceme que no sois muy amante de la naturaleza,—me dijo Varenka sin volver siquiera la cabeza.

—En efecto, creo que es ésta una ocupación bien inútil,—le contesté, muy satisfecho de haberle dicho algo asaz original y que le desagradara. Varenka levantó apenas los párpados, expresando con su mirada una gran lástima por mí y continuó tranquilamente en su contemplación.

Sentía un gran despecho contra ella, y sin embargo de esto, el pequeño puente, con la rústica baranda en que se apoyaba la esbelta y sugestiva imagen de Varenka al atardecer de aquel día, cuando ya iba faltando en el espacio la luz, y sobre todo su mirada atenta y concentrada... se me representó después espontáneamente muchas veces en la imaginación.



XXVII

Mi amigo Dmitri

CUANDO, después del paseo por el jardín, volvimos á la casa, Varenka no quiso cantar, como lo hacía de ordinario todas las noches, y yo tuve la vanidad de creer que la causa de esto era lo que le había dicho en el puente.

Los Nekhludov no comían por la noche, y se acostaban muy temprano, y como aquel día precisamente, cumpliéndose la predicción de Sofía Ivanovna, Dmitri tuvo dolor de muelas, se retiró aun antes que de ordinario, y yo me retiré con él. Creyendo haber hecho todo lo que de mí pedían mi cuello azul y mis botones dorados y en la convicción de haber complacido á todos, estaba muy contento de mí mismo, y Dmitri, por el contrario, á causa de la discusión con Varenka y del dolor de muelas, se mostraba taciturno y malhumorado. Se sentó á la mesa y sacó los cuadernos en que todas las noches apuntaba lo que había hecho y lo que había de hacer, y frunciendo sin cesar los ojos y apretándose con una mano la mejilla, escribió largo tiempo.

—Bah! Dejadme tranquilo!...—gritó á la criada que vino de parte de Sofía Ivanovna para preguntarle cómo iba el dolor y si quería acaso cataplasmas. Luego, diciéndome que se me prepararía una cama y que él volvía enseguida, fué á ver á Lubov Sergueievna.

«Lástima que Varenka no sea muy hermosa, y en general, lástima que Varenka no sea Sonitchka!... Así iba pensando apenas me hube quedado solo en el cuarto de Dmitri.—Al salir de la Universidad, oh! sería delicioso... Vendré aquí y pediré su mano, diciendo: Princesa, ya no soy joven;



pero os amaré siempre como si fueseis mi hermana querida; y en cuanto á vos, diré á la madre, á vos os quiero ya, lo mismo que á Sofía Ivanovna; decidme, pues, si me aceptáis por esposo.—Varenka me dirá: Sí! y me dará la mano. Yo entonces se la besaré amorosamente y le diré: Mi amor no se prueba con palabras, sino con hechos!—Y si entonces Dmitri se enamoraba de Lubotchka, como Lubotchka está ya enamorada de él, y quería casarse? En tal caso uno de nosotros tendría que renunciar á su amor (1), oh! sería una cosa admirable. He aquí lo que yo haría entonces: enseguida que observase la cosa, sin decir nada á nadie me vendría aquí y le diría á Dmitri: Amigo mío, en vano nos lo disimularíamos el uno al otro; tú sabes que mi amor por tu hermana no acabará sino con mi vida; pero yo lo sé todo, tú me has privado de mi esperanza más dulce, me haces desdichado; pero quiero que sepas cómo paga Nicolás Irteniev el dolor de toda su vida. Cásate con mi hermana!...—El dirá entonces: No, jamás!—Y yo replicaré: Príncipe Nekhludov, en vano queréis aparecer con mayor magnanimidad que Nicolás Irteniev, pues no hay en el mundo hombre tan magnánimo como él!—Saludaré entonces y saldré, viniéndome detrás Lubotchka y Dmitri con las lágrimas en los ojos para que acepte su sacrificio... Y yo podría al fin aceptarlo, y con ello ser feliz con Varenka... en el caso, naturalmente, de que estuviese enamorado de ella...—Me era tan agradable figurármelo todo eso así, que tuve grandes deseos de comunicárselo á mi amigo; pero á pesar de nuestro juramento de mutua franqueza, no sé cómo comprendí al fin que no habría manera de hablarle de estas cosas.

Dmitri volvió al fin de ver á Lubov Sergueievna, quien le dió unas gotitas para ponerse en la muela dolorida, pero sufría aun más que antes, y por esto conservaba todavía su mal humor, si es que no había aumentado. Mi cama no estaba preparada aun, y final-

(1) La religión ortodoxa no permite el casamiento entre cuñados.

mente vino un criado joven, el de Dmitri, á preguntarle dónde había yo de dormir.

—Vete al diablo!—gritó Dmitri golpeando el suelo.—Vaska! Vaska!...—siguió gritando y levantando cada vez más la voz, apenas hubo el muchacho salido escapado.—Vaska, prepárame el lecho en el suelo.

—No, ya dormiré yo en el suelo—dije.

—Bueno, me es igual, hazlo donde quieras,—continuó Dmitri enfadado todavía.—Pero, Vaska, cómo no haces la cama?

Pero Vaska no comprendía visiblemente nada de lo que se le decía y se quedó de pie sin moverse.

—Pero, qué haces parado?... Y mi cama?... Vaska, Vaska!... gritó otra vez con rabia concentrada.

Pero Vaska tampoco comprendía nada y lleno de miedo no daba siquiera un paso.

—Te has propuesto acaso perderme... ó volverme loco?

Y levantándose Dmitri de la silla corrió hacia él y con todas sus fuerzas le dió algunos puñetazos en la cabeza.

Le faltó tiempo al pobre Vaska para huir escapado, perseguido por Dmitri; al volver éste se detuvo junto á la puerta y me miró: la expresión de rabia y de furor que se pintaba un segundo antes en su rostro había completamente desaparecido, y en su lugar aparecía una expresión tan llena de timidez y de confusión al mismo tiempo, expresaba una tan infantil ternura que me dió lástima, y aunque había pensado no mirarle siquiera, no me sentí con fuerzas para tanto. No me dijo nada, y durante largo espacio de tiempo se paseó silenciosamente por la estancia, sin hacer más que lanzar de vez en cuando sobre mí una tímida mirada, y hasta me pareció que pidiéndome perdón; luego sacó otra vez de la mesa su Diario, escribió algo en él y lo cerró. Después se quitó la levita, la dobló cuidadosamente, se acercó al sitio donde estaba la santa imagen, juntó sobre el pecho sus largas y blancas manos y oró, oró largo tiempo, tanto, que Vaska tuvo tiempo de traer el colchón y de dejarlo en el suelo haciendo luego la cama, todo lo cual le fui yo explicando en voz baja. Me desnudé enseguida y me metí en el lecho así arreglado. Dmitri continuaba en sus plegarias. Con-



templando á Dmitri vuelto de espaldas y encorvado, rezando hasta tocar á veces el suelo con la frente, sentía que amaba á Dmitri aun mucho mucho más que antes y pensaba: «Será preciso que le diga, ó no lo será, cuánto he imaginado acerca de nuestras hermanas?»

Terminada su plegaria, Dmitri se tendió en mi propia cama, y apoyando la cabeza en la palma de la mano, me estuvo mirando por largo tiempo en silencio, con su mirada llena de confusión y de cariño. Con toda evidencia, esto le era muy penoso, pero lo hacía sin duda para castigarse. Yo sonreí al fin y él sonrió también.

—Por qué no me has dicho que he obrado mal?—pronunció con voz suave.—Así lo estás pensando ahora sin duda.

—Sí,—contesté.—Puede que estuviese pensando en otra cosa, aunque pareceme que pensaba en lo que dices, efectivamente. Y en cuanto á que has obrado mal, no lo dudes siquiera... Yo no esperaba esto de tí,—dije sintiendo un placer inmenso en tutearle entonces.—Y tus muelas, cómo van?

—Todo ha pasado... Ah! Nicolás, amigo mío,—hizo Dmitri con tanta dulzura que parecía que las lágrimas humedecían ya sus ojos brillantes.—Ya sé que soy muy malo, y Dios ve cuánto yo deseo que me haga mejor, por lo cual no ceso de suplicarle. Pero, qué hacerle, si tengo un carácter tan malo, tan innoble! Qué debo hacer? Yo procuro retenerme y corregirme, pero esto es imposible lograrlo de un solo golpe y sin ayuda de nadie, es preciso que alguien me sostenga y me aconseje... Lubov Sergueievna me comprende y me ayuda mucho en esto... Consultando mi Diario de todo un año, veo, sin embargo, que me he corregido ya bastante. Oh! Nicolás, amigo mío!—continuó con inmensa é indescriptible ternura, y con tono ya completamente tranquilo después de la confesión hecha.—Cuán saludable la influencia de una mujer así! Quizás iremos mucho mejor en cuanto yo sea del todo independiente y tenga á mi lado á esa mujer, que es ante todo una amiga. Con ella soy un hombre distinto.

Después empezó Dmitri á desarrollar sus planes de matrimonio, con su intención de vivir en el campo y con su idea verdaderamente obsesora de perfeccionarse á sí mismo sin cesar.

—Yo viviré en el campo, tú vendrás á vernos, ya tal vez casado con Sonitchka, y nuestros hijos jugarán juntamente. Todo esto parece cosa ridícula, y sin embargo puede muy bien suceder.

—Sin duda, es muy posible,—dije yo, pensando que estaría todavía mucho mejor si yo me casaba con su hermana.

—Quieres que te diga una cosa?...—exclamó de pronto, y des-

pués de una pequeña pausa prosiguió así:—Tú te imaginas que estás enamorado de Sonitchka, pero yo creo que se trata de un afecto puramente infantil... Tú no sabes todavía lo que es un amor verdadero.

No le contradije en esto, pues me sentí interiormente casi de su mismo parecer. Y ambos nos callamos un momento.

—Sin duda has podido observar que hoy me hallaba en una mala disposición de espíritu y que he sostenido muy mal mi discusión con Varenka. Además, aquello me era muy desagradable, principalmente porque se pasó en presencia tuya. Aunque acerca de muchas cosas no piensa Varenka cómo debería, es, sin embargo, una excelente joven y muy buena... Ya la irás conociendo mejor.

Su cambio de conversación, pasando de la afirmación de que yo no estaba de veras enamorado de Sonitchka á los elogios de su hermana, me alegró extraordinariamente y hasta me hizo ruborizar, á pesar de lo cual nada le dije ni de Varenka ni de Lubotchka, y proseguimos hablando de otras mil cosas diferentes, hasta que hubo cantado el gallo por segunda vez, y ya la pálida luz del alba empezaba á penetrar por las ventanas cuando fué Dmitri á apagar la bujía y á meterse en la cama.

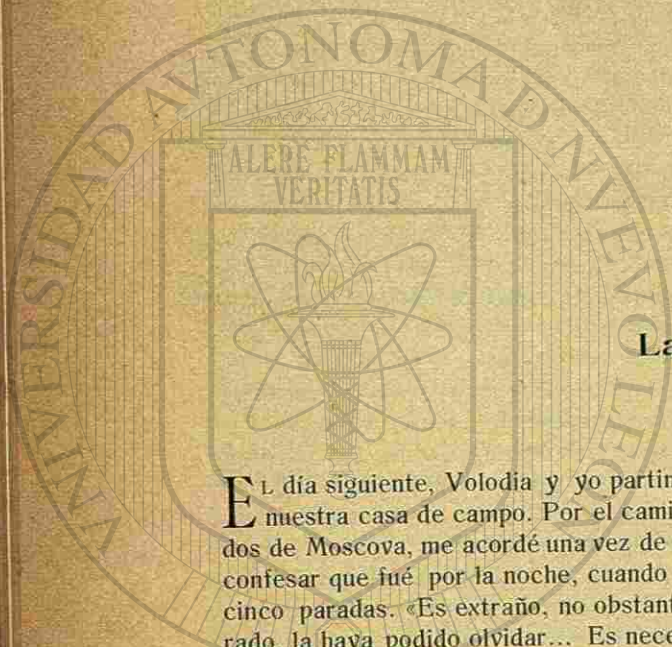
—Bueno, ahora á dormir.

—Sí, á dormir,—contesté.—Una palabra todavía...

—Qué?

—Hermosa es la vida!

—Hermosa es la vida!...—contestó con una voz en la cual, en medio de la oscuridad, parecióme ver su expresión alegre, acariante, y aún la clara luz de sus ojos y la infantil sonrisa de sus labios.

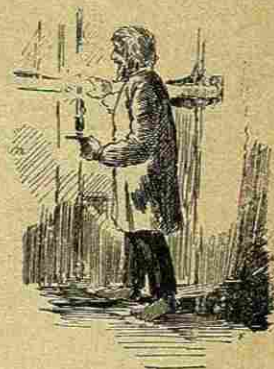


XXVIII

La llegada á mi casa

EL día siguiente, Volodia y yo partimos en silla de posta para nuestra casa de campo. Por el camino, repasando mis recuerdos de Moscova, me acordé una vez de Sonitchka; pero es preciso confesar que fué por la noche, cuando habíamos ya dejado atrás cinco paradas. «Es extraño, no obstante, que estando tan enamorado, la haya podido olvidar... Es necesario que piense en ella». Y me puse á pensar en ella como se piensa cuando se va de camino, es decir con mil interrupciones, pero con mucha intensidad, con tanta que al llegar á casa creí que me hallaba en el caso de parecer triste lo menos durante dos días delante de toda mi familia y singularmente delante de Katenka, á quien yo consideraba gran conocedora en cosas de amor y á quien hice algunas veladas alusiones acerca del estado de mi alma. Pero, á pesar de todos mis esfuerzos para fingir delante de los otros y aún á mí mismo; á pesar de la adaptación intencional de todos los indicios que había observado en las personas que me parecían enamoradas, tan sólo durante dos días, y no de una manera constante, sino únicamente al llegar con todos sus misterios la noche, logré darme cuenta á mí mismo de que estaba enamorado. Finalmente, una vez entrado de nuevo en las costumbres y en la vida del campo, con todas sus variadas ocupaciones, me olvidé enteramente de mi amor por Sonitchka.

Llegamos á Petrovskoie cerrada la noche, y estaba yo durmiendo tan profundamente que no ví siquiera la casa, ni la avenida de los álamos, ni á ninguno de los míos, los cuales cada uno en su cuarto dormían ya desde hacía rato. El viejo Foka, muy encorvado, descalzo y medio vestido tan sólo, con una palmatoria en la mano, bajó á abrir la puerta de fuera. Al vernos, todo su cuerpo tembló de profunda alegría, nos besó en el hombro y precipitadamente se acabó de vestir. Yo atravesé el vestibulo y subí la escalera, no bien despierto todavía; pero ya en la antecámara, las cerraduras y los clavos de la puerta, la vieja palmatoria manchada de sebo, las sombras que arrojaba al suelo la candela que llevaba encendida Foka, la doble ventana que no se quitaba nunca, llena de polvo y tras la cual crecía un arbolillo... todo eso me era tan



profundamente conocido, despertaba en mí tantísimos recuerdos, era tan amigo yo con todas aquellas cosas, aparecía tan bien unido todo en un solo pensamiento, que sentí en mí, en lo más hondo de mi sér como una íntima caricia de nuestra amable viejísima casa. Involuntariamente, me hice esta pregunta: «Cómo hemos podido yo, y la casa vivir tanto tiempo separados?» Y empecé á atravesar rápidamente salas y cuartos para cerciorarme de si estaba aun todo lo mismo que antes. Nada había cambiado, únicamente aparecía todo á mis ojos más pequeño ó más bajo, como si yo hubiese crecido mucho, mucho... No obstante, tal y como era la casa me recibía con inmensa alegría en su seno, y cada mueble, cada ventana, cada cosa que veía, cada ruido que llegaba hasta mí, excitaba en mí espíritu una multitud de imágenes y de sentimientos, de recuerdos del pasado para siempre desaparecido. Entramos en el cuarto donde dormíamos cuando niños, y de nuevo me asaltaron todos mis grandes miedos infantiles causados por la oscuridad... Atravesamos el salón, y un mismo amor dulce, tierno, maternal, envolvía todos los objetos, como si el espíritu de nuestra madre no se hubiese movido de allí. En la sala, la alegría ruidosa, descuidada, infantil, parecía haberse refugiado en ella, esperando que alguien la animase de nuevo. En el gabinete, donde Foka nos introdujo y donde nos había ya preparado las camas, con un *paravent*, con un espejo y con un viejo icono de madera, todo, hasta las blancas paredes, parecía estarme hablando de los

sufrimientos de la muerte, de lo que no volvería ya jamás á ser. Nos acostamos, y Foka, después de darnos enternecido las buenas noches se retiró.

—No obstante...— hizo Volodia—en este cuarto es donde murió nuestra madre.

No le contesté y fingí que dormía. Si hubiese querido decirle algo, con seguridad que hubiera llorado. Al despertarme á la mañana siguiente, papá, medio vestido aun y ya con el cigarro en los labios, estaba sentado al borde de la cama de Volodia y vivamente hablaba y se reía con él; al ver que me despertaba, lanzó un grito de alegría y dejando á Volodia se aproximó á mi cama y dándome en la espalda algunos golpecitos, me tendió la mejilla y la apoyó contra mis labios.

—Muy bien! Soberbio! Muchas gracias, diplomático!—dijo con señales evidentes de satisfacción, y mirándome fijamente con sus pequeños ojos brillantes, continuó:—Volodia dice que has hecho unos brillantes exámenes; muy bien, niño. Gracias, amigo mío. Ahora pasaremos aquí el verano, y en cuanto llegue el invierno quizás vayamos á San Petersburgo. La lástima es que haya terminado ya la época de la caza, pues sino bien hallaríamos modo de divertirnos... De todos modos, algo podrás cazar todavía con el fusil de Volodia, y aún es probable que yo mismo os acompañe á alguna parte, pues queda todavía muchísima caza por aquí... Lo importante es que, si Dios quiere, este invierno iremos á San Petersburgo, donde veréis á mucha gente y os crearéis buenas relaciones; ya sois hombres, como ahora mismo lo estaba diciendo á Volodia; ya estáis como quien dice en pie y podéis obrar por vosotros mismos, aunque no he de deciros que si queréis pedirme consejo podéis hacerlo. Ya no soy como quien dice vuestro *diatka*, sino vuestro amigo, al menos quiero yo serlo, deseo que me tengáis por camarada, por consejero si es preciso, nada más. Qué te parece esto? Cómo se aviene con tus filosofías, Cocó? Bien ó mal? Dímelo...

Es claro que yo declaré que todo eso me parecía admirable, y en efecto de veras me parecía así. Papá tenía aquel día una expresión singularmente atractiva; parecía muy alegre y muy feliz; las nuevas relaciones que estaba dispuesto á tener conmigo, á guisa de un igual ó un camarada, me lo hacían todavía más amable.

—Bueno, cuéntame; has estado á ver á nuestros parientes? Has visto á los Ivine? También á su padre? Qué te ha dicho?... Has estado en casa del príncipe Ivan Ivanovitch?

Tan largo tiempo estuvimos hablando sin vestirnos que el sol

se entraba ya por las ventanas del gabinete, y finalmente Iakov —que era el mismo viejo de siempre, agitando todavía sin cesar los dedos detrás de la espalda y diciendo á cada instante *sin embargo*—entró en el cuarto y anunció á papá que el coche estaba á punto.

—Dónde vas ahora, papá?—le pregunté.

—Ah! lo había ya olvidado,—hizo papá con una expresión de descontento y tosiendo con fuerza.—Prometí á los Epifanov que iría hoy á verles. Ya recordarás á la señorita Epifanov, la *belle flamande* como la llamábamos, y recordarás también que se visitaba con tu madre. Son buena gente.—Y papá, con un gesto en que me pareció descubrir cierto embarazo, salió de la estancia.

Mientras duró nuestra charla, Lubotchka se había acercado varias veces á la puerta y llamando quedamente preguntaba desde fuera: «Se puede entrar?» Papá le contestó invariablemente todas las veces: «Es absolutamente imposible. No estamos aun vestidos!»—«Qué desgracia, replicaba mi hermana; pero ya te he visto otras veces...»—«No es lo mismo con tus hermanos! Sería faltar á la conveniencia más elemental hablar con una joven, aunque sea una hermana, á medio vestir...»—«Oh! sois insoportables! Al menos daos prisa, y venid pronto al salón, pues Mimi desea mucho veros».

Apenas papá hubo salido, yo me vestí rápidamente, poniéndome, para hacer más efecto, el traje de estudiante y bajé al salón; Volodia, por el contrario, no se daba prisa ninguna y se quedó largo tiempo arriba, hablando con Iakov de los sitios en que se pudiese cazar palomas ó perdices. Como tengo ya dicho, nada temía tanto Volodia como caer en sentimentales enternecimientos con su hermanito, con su hermanita ó con papá, y para evitar toda manifestación sentimental caía en el extremo opuesto, la frialdad, que muchas veces molestaba á las personas que no le conocían bien. En la antecámara me hallé con papá que, andando con extremada ligereza, salía ya para subir al coche. Llevaba un hermoso traje á la moda, que se había hecho en Moscova, nuevo enteramente é iba todo perfumado. Al verme, me hizo con la cabeza un gesto de satisfacción, como queriendo decirme: «Qué te



parece?» Y de nuevo observé en sus ojos la expresión de intensa alegría que le había ya notado por la mañana.

El salón estaba exactamente lo mismo que antes, con sus grandes y claras ventanas, con el pequeño piano inglés de madera amarillenta, y viéndose un buen trozo del jardín, con sus árboles centenarios y los caminos y veredas enarenados. Después de besar á Mimi y á Lubotchka, al acercarme á Katenka, se me ocurrió súbitamente que no estaría bien que la besase y me detuve de pronto sin decir palabra. Katenka, sin la menor confusión, me tendió su pequeña mano blanca y me felicitó por mi entrada en la Universidad. Cuando entró Volodia en el salón, se detuvo ante Katenka del mismo modo que había yo hecho, y era natural, pues habiendo crecido juntos y viéndose todos los días, era difícil saber cómo habíamos de portarnos después de una primera separación, al volvernos á ver ya crecidos. Katenka se ruborizó con Volodia mucho más que conmigo, pero Volodia, sin cortarse, la saludó ligeramente, se acercó á Lubotchka y habló con ella un rato sin ninguna seriedad y luego se fué, solo, á dar un paseo por no sé dónde.



XXIX

Nuestras relaciones con Katenka y Lubotchka

VOLODIA tenía de las muchachas una tan extraña opinión que podía ocuparse de saber si habían comido bien ó si habían dormido, si se vestían convenientemente, si hacían ó no faltas de francés en su conversación, lo cual le hubiera dado gran vergüenza delante de gente extraña; pero no admitía que pudiesen pensar ó sentir algo esencialmente humano, y todavía menos admitía la posibilidad de que pudiesen discutir sobre cualquiera cosa que fuese. Nunca les contestaba cuando se le dirigían con preguntas sobre cuestiones serias, lo cual ellas mismas trataban de evitar en lo posible; si, por ejemplo, le pedían su parecer acerca de alguna novela célebre ó le interrogaban sobre sus ocupaciones en la Universidad, les contestaba con una mueca y se alejaba sin decirles palabra, ó bien poniendo cara seria y con expresión idiótica les lanzaba una frase cualquiera desprovista de sentido ó de toda relación con el asunto. Cuando alguna vez le repetía las frases que me hubiesen dicho Lubotchka ó Katenka, invariablemente me contestaba:

—Bah!... de modo que discutes aun con ellas? Ya veo que anda eso muy mal todavía.

Y era preciso verle y oír el modo cómo pronunciaba esta frase para comprender todo el profundo menosprecio que expresaba en so-

lamente aquellas palabras. Hacía ya dos años que Volodia se tenía por un hombre y se enamoraba de todas las mujeres bonitas que le salían al paso, pero aunque veía diariamente á Katenka, la cual hacía tiempo ya que llevaba vestidos largos y se hacía cada vez más hermosa, no le ocurrió siquiera que pudiese prendarse de ella. Era esto debido á que los recuerdos prosaicos de la infancia estaban aun demasiado frescos en su memoria, ó bien al desdén que los muy jóvenes solemos sentir por los que nos son demasiado familiares, ó quizás tenía su origen en esa debilidad común á todos los hombres que desprecian lo bueno y lo hermoso que tienen al alcance de la mano, diciéndose: «Bah! ya encontraré algo mejor en el camino de mi vida?» —Lo cierto es que Volodia no quería considerar á Katenka como una verdadera mujer.

Seguramente que durante todo el verano se aburría Volodia de lo lindo, siendo la causa principal de su aburrimiento el menosprecio que sentía por todos nosotros, el cual, como ya he dicho, ni trataba siquiera de disimular. La expresión ordinaria de su rostro parecía decir: «Oh! cómo me fastidió aquí, pues no hay con quien poder hablar siquiera!» Unos días salía muy de mañana á cazar, con su fusil al hombro, y otros días ni tan sólo se vestía, quedándose en el cuarto leyendo algún libro, generalmente una novela. Cuando no estaba papá en casa, comparecía á la mesa con el libro y comía leyendo, sin decir una sola palabra á nadie, mientras nosotros todos tomábamos aires de culpables... de culpables con él, por no saber evitarle el aburrimiento. Por la noche, se echaba en el diván del salón, y se quedaba dormido apoyando la cabeza en la palma de la mano, ó bien con la más seria expresión en el rostro poníase á contarnos las cosas más extravagantes y hasta algunas veces inconvenientes, con las cuales Mimi se enfadaba mucho y aún se ruborizaba, mientras nosotros nos moríamos de risa. Pero nunca se dignaba hablar en serio con nadie de nuestra familia, exceptuando á papá y á mí algunas pocas veces. Y á todo esto, aunque involuntariamente, yo imitaba á mi hermano en sus relaciones con las niñas, á pesar de que á mí la ternura y el sentimentalismo no me dió nunca miedo, y á pesar también de que mi menosprecio por Katenka y por Lubotchka ni era tan firme ni tan profundo como el suyo.

Hasta más de una vez, durante ese mismo verano, me sucedió que, buscando alguna distracción, intenté entablar una que otra conversación seria con mi hermana ó con Katenka; pero todas las veces encontré en ellas una tan grande incapacidad de reflexión y de lógica, una tan extraordinaria ignorancia de las cosas más

sencillas y más comunes, por ejemplo: lo que son metales, lo que es la guerra, qué es lo que enseñan en la Universidad, y por encima de todo una tan desconsoladora indiferencia por aprender nada de esto, que todas esas tentativas no hacían más que confirmarme en la mala opinión que ya tenía de ellas.

Recuerdo que una noche, Lubotchka repetía en el piano por la centésima vez un trozo de música que me disgustaba extraordinariamente y me ponía nervioso. Volodia estaba en el salón, echado como siempre en el diván, y de vez en cuando, sin dirigirse á nadie en particular, iba lanzando frases cortadas, pero siempre con una ironía tremenda, que hubiera hecho temblar á quien la hubiese entendido. Sus frases eran por el estilo de éstas: «Ah! y teclatea... teclatea! Muy bien!... Una verdadera pianista... Oh! Beethoven!... Bravo!... Vaya, otra vez aun!... Ahora, esto es!...» —Katenka y yo estábamos sentados á la mesa del té, y no recuerdo cómo logró llevar la conversación hacia su tema favorito: el amor. Estaba dispuesto aquel día á hacer filosofías, y me puse á definir el amor de un modo muy elevado, diciendo que era algo así como el deseo de hallar en otro aquellas cualidades de que uno siéntese desposeído... Katenka me contestó á esto que no puede existir el amor cuando una joven pobre desea casarse con un hombre rico; que, para ella, desposeída de riqueza, era precisamente la riqueza lo más insignificante de la vida; y que el verdadero amor no era sino aquel que podía resistir á una muy larga separación— con lo cual creo que quiso aludir á su amor por Dubkov. Volodia, que oyó probablemente nuestra conversación, se aproximó á la mesa y lanzó una de sus frases de costumbre, sin verdadero sentido directo.

—Siempre con tonterías!— exclamó Katenka. Pero yo no pude dejar de pensar que mi hermano era el que tenía indudablemente razón.

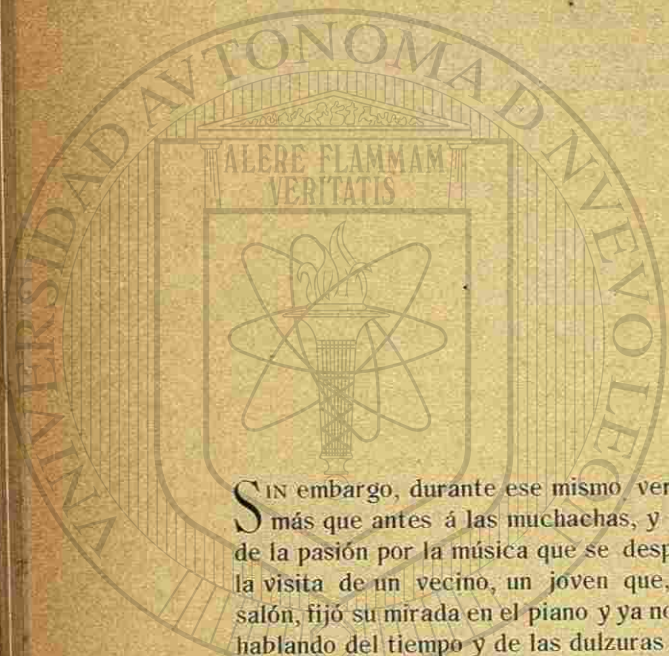
A parte de las capacidades generales más ó menos desarrolladas en cada persona, como la capacidad de espíritu, de sensibilidad, de sentimiento artístico, existe otra capacidad particular más ó menos desarrollada también en los diversos círculos de la socie-



dad, especialmente refiriéndonos á las familias, y es la capacidad que yo llamaré la *comprensibilidad*. Consiste en el sentimiento convencional de la medida justa y en el modo de considerar cada cosa también de un modo convencional y limitado. Dos hombres del mismo círculo social ó de la misma familia que tienen esta capacidad, admiten siempre en un punto igual la expresión del sentimiento, y más allá de ese punto los dos sienten también lo mismo: en el momento preciso ven donde acaba el elogio y donde empieza la ironía, donde acaba la sorpresa y donde empieza el fingimiento, en todo lo cual hombres de diferente comprensión pueden opinar muy diversamente. Para las personas de una misma comprensión cada cosa considerada en un mismo aspecto, les parecerá igualmente ridícula, hermosa ó repugnante. Para facilitar esta igual comprensión entre hombres de un mismo círculo ó de una misma familia, se establece una lengua particular, una manera especial de comprenderse, hasta palabras que definen y expresan estos matices de la comprensibilidad que para los demás no existen. En nuestra familia, entre papá y nosotros los muchachos, esta igual comprensión estaba desarrollada en el más alto grado. También Dubkov se había adaptado á nuestro círculo especial y nos *comprendía*, pero Dmitri, con ser mucho más inteligente que todos nosotros, se quedaba casi siempre á oscuras. Aún papá se quedaba alguna vez rezagado, de manera que muchas cosas que eran para nosotros claras como la misma luz, no alcanzaba él á comprenderlas. No obstante, la significación exacta de muchas palabras dependía no tan sólo del modo de pronunciarlas, sino también de la expresión del rostro á la mitad de la conversación general, y esto de tal manera que si alguno de nosotros inventaba alguna expresión nueva, los demás con ayuda de una pequeña alusión le comprendían enseguida. Las muchachas no participaban de la comprensibilidad nuestra y esto era la causa principal de nuestra desunión moral y del menosprecio que nos inspiraban.

Quizás tenían ellas una comprensión *suya*, pero si acaso correspondíase tan poco con la nuestra, que donde nosotros veíamos la frase figurada veían ellas tan sólo la expresión del sentimiento sincero, lo que era en nosotros irónico lo tomaban ellas por cosa verdadera. Pero en aquella época no sabía yo comprender que nada de todo esto les impedía ser unas muy gentiles y muy inteligentes muchachas, y por eso las menospreciaba. Además, recuerdo que una vez, llevando hasta el extremo en mí mismo el concepto de la franqueza, llegué á acusar de duplicidad el natural tranquilo y confiado de Lubotchka, sólo porque no veía ella la necesidad de

estar á cada momento analizando sus propios pensamientos y sus emociones... De manera que el hecho de que Lubotchka hiciese cada noche el signo de la cruz sobre el rostro de papá, ó que se pusiese á llorar en la capilla, al igual que Katenka, todas las veces que asistían á alguna misa por el alma de mamá, lo mismo que el hecho de que Katenka suspirase y cerrase los ojos mientras tocaba el piano, todo eso parecíame la expresión de una inmensa hipocresía, y me preguntaba: Cómo han aprendido á fingir lo mismo que la gente grande, y cómo no se avergüenzan de ello?



XXX

Mis ocupaciones

SIN embargo, durante ese mismo verano, me aproximé bastante más que antes á las muchachas, y esto principalmente á causa de la pasión por la música que se despertó en mí. Tuvimos un día la visita de un vecino, un joven que, apenas hubo entrado en el salón, fijó su mirada en el piano y ya no la apartó de allí, hasta que, hablando del tiempo y de las dulzuras de la vida en el campo llevó la conversación á cosas de música, declarando finalmente que él tocaba, y acercando al piano una silla, tocó con una viveza extraordinaria y seguidamente tres valsos. Mientras estuvo tocando, Mimi, Katenka y Lubotchka permanecieron á su lado mirándole atentamente. Después, ya no volvió este joven á casa, ni siquiera una vez; pero su manera de tocar, su actitud delante del piano, su modo de sacudir la cabeza de vez en cuando mientras tocaba y singularmente su manera de tomar las octavas con la mano izquierda, separando rápidamente el dedo pequeño y el pulgar, para juntarlos luego lentamente y separarlos de nuevo, me plugo mucho, á no poder más. Su ademán gracioso, su actitud de estudiado descuido, la agitación desordenada que imprimía á sus cabellos y la atención que las damas concedían á su talento, decidieronme á aprender también el piano, y llevado de esta idea y convencido de que tenía talento y pasión por la música me puse á estudiar, en lo cual obré como hacen millares de personas, hombres y mujeres,

que quieren aprender música sin un buen profesor, sin vocación verdadera y sin la menor idea de lo que es el arte y de lo que es preciso hacer para lograr algún provecho. Para mí la música, ó mejor dicho, el piano, no era más que un medio de causar cierto efecto en las niñas mediante mi sentimentabilidad. Con ayuda de Katenka aprendí el solfeo, y ejercitando mucho mis manos poco hábiles, en lo cual empleé dos meses con un verdadero celo, de tal manera que en la mesa y en la cama, sobre las rodillas y sobre la almohada no hacía mas que ejercitar mis dedos nada obedientes, empecé á tocar pronto algunos trozos de música, *con alma*, según decir de la misma Katenka, pero sin medida y sin compás.

La elección de los trozos es bien conocida, valsos, polkas, romanzas, arreglos... todo procedente de esos amables compositores de los cuales todo hombre sensato dirá al considerar sus obras: «He aquí la música que no hemos de tocar jamás, pues nunca se ha escrito nada peor sobre papel de música», y, sin embargo, esto es lo que hallaréis más comúnmente sobre el piano de todas las señoritas rusas. Verdad es que teníamos también en casa las malhadadas *Sonatas patéticas* de Beethoven, destrozadas lastimosamente por toda clase de jovencitas, y que Lubotchka tocaba alguna vez en recuerdo de nuestra madre, como teníamos también otras cosas buenas que le había dado su profesor de Moscova, como asimismo había algunas obras de ese profesor, marchas absurdas y polkas infernales que tocaba también mi hermana. A Katenka y á mí, sin embargo, nos gustaban mucho más las cosas alegres que las serias, prefiriendo á todo *El Ruiseñor*, que Katenka tocaba de tal manera que ni se le veían siquiera los dedos, tal era su correr por encima del teclado. Empecé á tocar bastante bien, y entonces procuré imitar los gestos y la actitud del joven, y muchas veces lamentaba que no hubiese en casa gente forastera para poder admirarme;

sin embargo, pronto dí con música bastante más difícil, que me demostró que me sería algo difícil hacerlo mucho mejor que Katenka. Esto me hizo creer que la música clásica había de serme



más fácil, y un poquito también por aparecer original, me decidí de pronto por la música alemana, declarando que la prefería á toda, y me entusiasmaba cada vez que Lubotchka tocaba la *Sonata patética*, aunque á decir verdad, estaba ya harto de esta música desde hacia mucho tiempo. A través de todas esas hipocresías y simulaciones, pienso que había, sin embargo, en mí algún talento musical, pues algunas veces me impresionaba con tanta fuerza la música que llegaba á hacerme derramar lágrimas, y además, sin ayuda del piano, muchos trozos de música difícil los recordaba con la más perfecta claridad, de manera que si, en aquella época, alguien me hubiese guiado y me hubiese enseñado la música, no como un medio para hacerme admirar de las muchachas, sino como una cosa realmente seria, tal vez llegara á ser un buen músico.

La lectura de las novelas francesas, que Volodia se trajo consigo en regular número, fué mi segunda ocupación durante ese verano. Entonces acababan de salir *El Conde de Monte-Cristo* y diversos *Misterios*; y me absorbí en la lectura de Sue, de Dumas y de Paul de Kock. Los personajes y los sucesos más extraordinarios eran para mí lo mismo que ciertos y reales, y no tan solamente no me atrevía á culpar al autor de mentiroso, sino que la personalidad de éste desaparecía á mis ojos, y no veía en el libro sino hombres vivos, acontecimientos reales. Y si bien no había aun encontrado personajes como los de las historias que leía, ni un momento dudaba de poderlos encontrar en el instante más impensado. En mí hallaba todos los caracteres descritos y una gran semejanza de carácter con los héroes y los malhechores de cada una de las novelas, como un hombre excesivamente temeroso é impresionable, al leer un libro de medicina, halla en sí mismo los indicios todos de las enfermedades que el autor describe. En estas novelas, lo que más me gustaba eran las ideas delicadas, los sentimientos ardientes, los sucesos sobrenaturales y los caracteres todos de una pieza; si malo, malo del todo; si bueno, bueno sin atenuantes, es decir, cómo yo me imaginaba ya á los hombres en mi infancia. Lo que me encantaba más que nada en mis lecturas era que todo eso estaba en francés y que podía guardar en la memoria, para lucirme cuando fuese ocasión, las frases nobles y levantadas que pronunciaban mis héroes favoritos. Con ayuda de esas novelas, inventé no pocas hermosísimas frases que diría al señor de Kolpikov, si alguna vez llegaba á encontrarle, ó con las cuales podría hacerle á ella mi declaración si la hallaba como era de esperar en mi camino. Y tales cosas pensaba decirles que de fijo quedarán muertos con sólo oírme. Con las novelas se desenvolvió en mí un nuevo ideal de las

cualidades morales que hay que tener. Ante todo quería aparecer *noble* en todas las cosas, pero *noble* en el sentido que tiene en francés esta palabra; luego, deseaba ser *apasionado*, y finalmente, deseo ya antiguo en mí, aparecer en todo *comme il faut*. Hasta en mi exterior y en mis maneras trataba de parecerme á los héroes que tenían esas cualidades. Recuerdo que en una de las novelas, no sé cuál, pues las leí á centenares, había un protagonista extremadamente apasionado, el cual tenía las cejas muy espesas, y tanto quise parecerme con él exteriormente, en lo moral ya me sentía igual á él, que al mirarme un día las cejas en el espejo, se me ocurrió la idea de cortármelas para que me crecieran luego más espesas. Pero sucedió que cortando, cortando, me quedé al fin sin cejas, de modo que con horror me vi en el espejo, gracias á mi malhadada operación, más feo que antes. Esperando, sin embargo, que pronto podría lucir unas bien pobladas cejas, ya no me inquieté sino por la explicación que habría de dar á los míos en cuanto me viesen de aquel modo. Tomé un poco de pólvora de Volodia, me froté con ella las cejas y les pegué fuego... la pólvora no prendió, pero quedé en realidad pareciendo que me había quemado, y con esto logré disimular mi treta para llegar á tener las cejas de un hombre *apasionado*. Y en efecto, cuando había olvidado ya á todos mis héroes más ó menos apasionados, mis cejas crecieron de nuevo más espesas que antes.



XXXI

Comme il faut

MUCHAS veces ya, en el curso de esta narración, he aludido al concepto que corresponde á esta expresión francesa: *comme il faut*, y en este momento tengo necesidad de dedicar un capítulo entero á este concepto, que fué en mi existencia una de las más grandes mentiras que me inspiraron la educación y la sociedad.

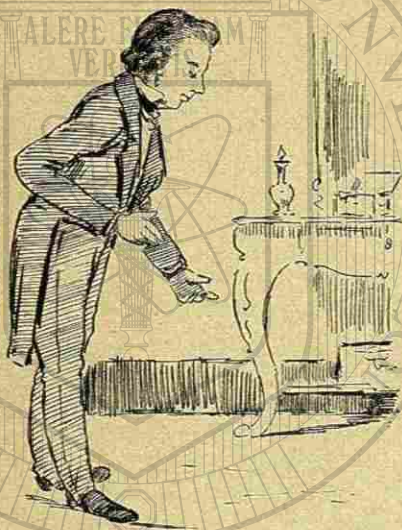
Se pueden establecer entre los hombres muchas divisiones: ricos y pobres, buenos y malos, militares y paisanos, inteligentes y tontos... Pero cada hombre se fabrica para su uso particular una especial clasificación, en la cual mete, quizás inconscientemente, á todas las personas que va conociendo.

MI clasificación principal y la preferida en la época á que me refiero, comprendía tan sólo dos grandes grupos: el de los hombres *comme il faut*, y el de los hombres *non comme il faut*. El segundo grupo dividíase de este modo: los hombres propiamente *non comme il faut*, y lo que yo llamaba la *plebe*. Estimaba yo mucho á los hombres de veras *comme il faut* y creía digno tener con ellos relaciones de igualdad; fingía despreciar á los de la segunda categoría, pero en realidad les odiaba y sentía hacia ellos como un sentimiento de mi propia personalidad herida; en cuanto á los de la tercera clase, para mí ni siquiera existían. Mi *comme il faut* consistía primera y principalmente en el perfecto

conocimiento y sobre todo en la correcta pronunciación del francés. La persona á quien oía pronunciar mal la lengua francesa, excitaba fuertemente en mí un gran sentimiento de odio. «Por qué quieres hablar tú como nosotros si no sabes?» le preguntaba yo mentalmente y con una sonrisa despreciativa en los labios. La segunda condición para mí consistía en tener las uñas largas, bien cortadas y limpias. La tercera, saber saludar, bailar y hablar. La cuarta condición, muy importante, consistía en demostrar indiferencia por todo y la perfecta expresión de un gran aburrimiento. Además, me servía de indicios generales con ayuda de los cuales, sin hablarle siquiera, ya sabía en qué categoría meter á todo aquel que se me pusiese por delante.

Lo extraño es que este concepto del *comme il faut* se ajustase de un modo tan absoluto en mi espíritu, pues yo era de una incapacidad absoluta para observarlo, aunque lo probable es que tomase tan hondas raíces en mí precisamente por el gran trabajo que su adaptación me exigía. Me horroriza ahora recordar el tiempo precioso que perdí, el mejor de la vida de un hombre de dieciséis años, esforzándome por adquirir todas esas vanas cualidades. En todos aquellos á quienes yo imitaba, Volodia, Dubkov y los demás jóvenes á quienes trataba, parecía todo ello una cosa natural. Los miraba con verdadera envidia, y procurando que no me viese nadie, yo estudiaba la lengua francesa, el arte de saludar sin mirar á quien se saluda, el arte de conversar y el baile; me esforzaba en demostrar indiferencia por todo y un gran aburrimiento; cuidaba mis uñas, y aunque llegaba á cortarme la carne con las tijeras, me parecía que mucho me faltaba aun para alcanzar la perfección. También hacía todos mis esfuerzos para tener el cuarto bien arreglado, pero no lo alcancé jamás, debido á mi poco gusto por las cosas prácticas. Y mientras tanto, yo notaba que en los otros todo marchaba perfectamente, sin el menor esfuerzo por su parte. Recuerdo que una vez, después de haberme tomado un trabajo penoso é inútil con mis uñas, pregunté á Dubkov, quien poseía unas uñas hermosísimas, si hacía mucho tiempo que las tenía así y qué era preciso hacer para lograrlo, Dubkov me contestó: «Hasta donde llegan mis recuerdos, las he tenido siempre igual, y no comprendo cómo podrían ser de otro modo las uñas de un hombre distinguido». Esta respuesta me desesperó en grande. Yo ignoraba todavía entonces que una de las condiciones principales del *comme il faut* consiste en no descubrir los medios por los cuales se alcanza. Y todo esto era para mí entonces, no tan sólo un mérito importante, una buena cualidad, la perfección que tanto quería

obtener, sino también condición necesaria de la vida sin la cual no era posible ni la dicha, ni la gloria, ni nada en el mundo. No estimaba á un artista célebre, ni á un sabio, ni á un bienhechor de la humanidad, sino era *comme il faut*; y el hombre que lo fuese estaba muy por encima de ellos: les dejaba pintar cuadros, hacer música, escribir libros, lo que quisieran y hasta los alababa por ello, — por qué no alabar lo hermoso donde quiera que se halle? —



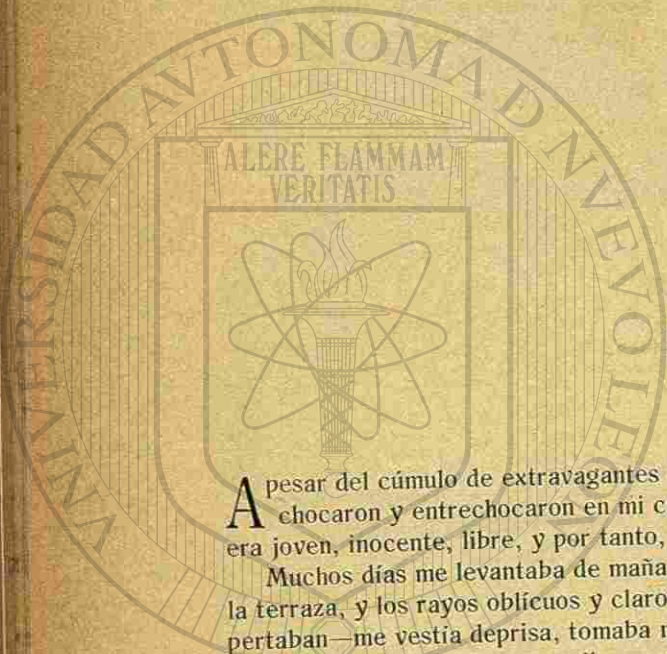
pero siendo él *comme il faut*, y no siéndolo ellos, no podía ponerse á su mismo nivel, les era superior. Parece hasta que si mi hermano, ó mi padre, ó mi madre no hubiesen sido *comme il faut*, yo hubiera tenido esto como una gran desdicha, mas declarara que entre ellos y yo no podía haber nada común. Pero ni la pérdida del tiempo precioso que empleé en lograr esas cualidades, las cuales excluyen toda ocupación seria, ni el odio y el menosprecio que inspiran hacia las nueve décimas partes de la humanidad, ni la falta de atención por todo el bien que se hacía fuera del círculo convencional trazado por mí, nada de esto fué en realidad el peor

mal que me causó esta idea. El mal principal fué en mí la convicción de que el *comme il faut* era una situación privilegiada de la sociedad, que el hombre no debe tratar de ser un funcionario, un fabricante, un soldado, un sabio, cuando es un hombre *comme il faut*, pues habiendo alcanzado esta situación cumple ya con su destino y se hace hasta superior á la inmensa mayoría de los hombres.

En cierta época de la juventud, después de muchos errores y de haber seguido algunos falsos caminos, que ha debido enseguida abandonar, todo hombre generalmente se halla en la necesidad de tomar una parte activa en la vida social, y escoge una rama cualquiera del trabajo y se consagra á él. Pero con un hombre *comme il faut* esto no sucede casi nunca. He conocido y conozco

aun á muchos hombres ya viejos, orgullosos, ambiciosos, de juicio severísimo para los demás, y á quienes si en el otro mundo se les preguntaba: «Quién eres? Qué has hecho allá abajo?» no podrían contestar sino con esta frase: He sido un hombre *comme il faut*.

Y he aquí, ni más ni menos, la suerte que me espera.



XXXII

En plena juventud

A pesar del cúmulo de extravagantes conceptos que ese verano chocaron y entrechocaron en mi cabeza, la verdad es que yo era joven, inocente, libre, y por tanto, casi dichoso.

Muchos días me levantaba de mañana—dormía al aire libre en la terraza, y los rayos oblicuos y claros del sol naciente me despertaban—me vestía de prisa, tomaba mi tohalla y llevando bajo el brazo una novela francesa, me iba un poco lejos de la casa y en el riachuelo me bañaba, á la sombra de los álamos. Luego, me tendía sobre la yerba y me ponía á leer, sin levantar los ojos de las páginas del libro sino de vez en cuando para contemplar la superficie del pequeño río, que la sombra de los árboles tenía de un color violáceo y cuyas aguas la brisa de la mañana empezaba á rizar; otras veces me quedaba contemplando el campo de centeno que se extendía más allá de la orilla opuesta, mientras la luz roja de sol de la mañana pintaba los troncos de los álamos que uno tras otro iban á perderse en lontananza... Y yo gozaba en aquellos momentos de la fuerza de vida, fresca y joven, que entorno mío exhalaba la naturaleza. Cuando el cielo aparecía cargado aun con las nubes grises de la noche y después del baño sentía escalofríos, para entrar en calor empezaba á correr bosques á través y, hallando en ello un gran placer, hacía de modo que el rocío fresco humedeciese mis piernas.

En aquellos momentos es cuando pensaba con más ardor en los héroes de la novela que acababa de leer, y ora me veía convertido en un gran capitán, ora en un ministro célebre, ora en un atleta extraordinario, ora en un hombre apasionado... y muchas veces me sucedió que temblando me puse á mirar entorno, con el temor de ver aparecer de pronto á alguno de mis héroes favoritos. Cuando, en mis paseos matinales, me hallaba con algún campesino ó campesina que se dirigía á su trabajo, aunque el *pueblo simple* para mí no existía, lo cierto es que experimentaba á su presencia una confusión extraña y hacía todo lo posible para no ser visto.



Cuando el sol picaba ya un poco, aguardando la hora del té, me iba á veces al huerto ó al jardín y me comía las frutas que hallaba maduras y hasta las legumbres que eran de mi gusto, en lo cual hallaba uno de mis principales placeres... Y allá en medio de las ortigas que me picaban la piel y entre los mil olores que se desprenden de los frutos ya maduros ó bien de los que ya podridos yacen por los suelos, entre las hojas secas del año pasado, y viendo en lo alto lucir los rayos claros y calientes del sol de la mañana, madurando con su calor verdaderos racimos de pequeñas manzanas relucientes y finas, me pasaba escondido horas y horas bajo la sombra de los frambuesos y demás arbustos que crecían en aquel sitio solitario, bien seguro de que nadie me descubriría, y oyendo á veces muy cerca los pasos del jardinero, ó bien al idiota Akime, que anda siempre murmurando no sé qué, sintiéndome los pies y las piernas humedecidos por el fresco rocío y entreteniendo con algún inmenso absurdo mi inteligencia, como la repetición incesante del abecedario, por ejemplo... Mientras tanto los rayos ya casi verticales del sol, que se han abierto un camino á través del ramaje de los manzanos, empiezan á calentar mi cabeza... Siento ya to-

talmente calmado mi apetito, y sin embargo, continúo tendido sobre la yerba, mirando, escuchando ó pensando y aún arrancando de vez en cuando alguna fruta que descubro al alcance de la mano y me trago con verdadera glotonería.

Ordinariamente, á eso de las once, me presento en el salón, casi siempre cuando ya se ha tomado el té y las señoras se hallan enfrascadas en sus labores respectivas. La cortina de tela cruda de la ventana que recibe de lleno los rayos del sol está completamente tirada, pero á través de sus pequeños agujeritos pasan todavía algunos rayos que pintan en todas partes circulitos de fuego tan brillantes que deslumbran á quien los mira con fijeza. Cerca de esta ventana está colocado un tambor de bordar y algunas moscas se pasean suave y desvergonzadamente por encima de la blanca tela; Mimi está sentada frente al tambor y á cada momento cambia de sitio, más adelante ó más atrás, huyendo de los rayos de sol que atravesando la cortina la molestan... Por las otras ventanas entran verdaderos torrentes de claridad, y al pie de una de ellas, en plena luz y poniendo una gran mancha sobre la blancura del pavimento,



está como de costumbre tendida Milka, con las orejas tiesas y fijando sus dormilones ojos en las moscas que se pasean por el suelo. Katenka, sentada en el diván, hace también alguna labor ó lee, y con movimientos bruscos trata de ahuyentar con sus pequeñas y blancas manos las moscas que la inquietan pareciendo transparentes en medio de tanta luz, ó bien, frunciendo graciosamente las cejas, agita con visible cólera la cabeza para espantar una malhadada mosca que se quedó prisionera entre sus dorados cabellos y que no acierta á escapar. Lubotchka va y viene por la estancia, con las manos cruzadas por detrás, aguardando la hora de bajar al jardín, ó bien toca al piano algún trozo cuyas notas, una por una, conozco yo desde hace mucho tiempo. Me siento en cualquier rincón, y escucho la música de mi hermana ó la lectura de Katenka, mientras espero el momento

de poder sentarme yo también al piano. Algunas veces, después de comer, me dignaba salir á caballo acompañando el coche en que iban las muchachas, considerando el paseo á pie como muy por debajo de mi edad y de mi posición, y el recuerdo de esos paseos, en los cuales las llevé á sitios donde no habían estado ellas nunca, me es muy agradable. Varias veces nos sucedieron trances ó aventuras en que yo me demostré arrojado, por lo cual las niñas alababan mi valentía y mi presencia de ánimo, considerándome como su protector, cosa que halagaba mi vanidad. Cuando no hay gente forastera en casa, por la noche, después del té que tomábamos en la sombreada galería y después de dar con papá un paseo por la hacienda, me siento en el mismo sillón de cuando niño, y escuchando la música de Katenka ó de Lubotchka, leo y al mismo tiempo sueño, como en la infancia... Solo alguna vez en el salón, mientras Lubotchka toca en el piano algún fragmento de música vieja, me sucede que involuntariamente dejo caer al suelo el libro, y sentándome junto á una ventana me paso largo espacio de tiempo contemplando las ramas inclinadas de los altísimos álamos, sobre los cuales van cayendo lentamente las sombras de la noche... Y me sucede que, escuchando la música del piano, y el rechinar de las puertas que se abren, y las voces de las mujeres que hablan fuera ó dentro de la casa, y el rumor de los rebaños entrando en el redil, espontáneamente se me presentan en la imaginación mi madre, Natalia Sáviczna y Karl Ivanovitch, y durante un largo rato me pongo hondamente triste. Pero mi corazón se hallaba entonces tan lleno de vida y de grandes esperanzas que todos esos recuerdos no hacían más que rozarme el alma y volaban más lejos.

Después de la cena ó después de un paseo nocturno por el jardín, que hacía siempre en compañía de alguien, pues me daba miedo recorrer solo los oscuros caminos, me tendía para dormir sobre el desnudo suelo de la terraza, y á pesar de los millares de insectos que me picaban y me devoraban, me sentía muy á gusto allí. En las noches de luna llena, me pasaba largas horas sentado en la cama, contemplando la claridad y las sombras, escuchando el silencio y los mil pequeños ruidos de la noche, soñando en mil cosas diversas, especialmente en la dicha poética y voluptuosa del amor de las mujeres, que me parecía entonces la suma de todas las felicidades de la vida, lamentando no haber podido hasta entonces más que imaginármelo. Muchas veces, cuando todos se habían retirado, y las luces del salón se habían desparramado por las habitaciones altas de la casa, cuando después de un rumor apagado de conversaciones, se oía abrir y cerrar ventanas, me iba

á la terraza y paseando escuchaba ávidamente todos los ruidos de la casa, que poco á poco iba quedando en silencio y se dormía. Mientras me quedaba la más débil y más infundada esperanza de obtener realmente la realización de mi voluptuoso ensueño, permanecía anhelante y sin atreverme á lanzar la imaginación por las regiones de la pura fantasía...

Al más pequeño rumor de pies desnudos deslizándose por las tablas del piso, al escuchar una tos lejana ó suspiros confusos, al ruido que hace una ventana al abrirse, salto anhelante del lecho,

me pongo á escuchar y fijo mi mirada llena de fuego en la oscuridad, y aún sin causa ninguna verdadera me siento lleno de una profunda emoción. Poco á poco va desapareciendo de las ventanas toda claridad. El rumor de los pasos y de las conversaciones va apagándose, y el guarda nocturno empieza á golpear de vez en cuando sus planchas de cobre. El jardín se ha hecho más sombrío, pero más claro también á medida que han ido desapareciendo las li-

neas de luz que arrojaban sobre los caminos y sobre los árboles las ventanas abiertas. La última ventana que se cierra es la de la cocina y veo proyectarse sobre el jardín la sombra encorvada del viejo Foka, que con una bujía en la mano se va también á dormir. A veces hallaba agradables sensaciones emotivas saliendo al jardín á estas horas y paseándome por entorno de la casa, oyendo á través de una ventana el roncar del mozo de cuadra, y más allá



los hondos suspiros de Foka que, sin pensar que alguien le está escuchando, lee una vez y otra vez sus interminables plegarias. Por fin, apaga el viejo su candela, se cierra también su ventana, y me quedo enteramente solo, empezando entonces á mirar entorno con gran timidez, pareciéndome descubrir ora tras de un arbusto, ora tras de un florido rosal, la blanquísima forma de la mujer por mí esperada... Finalmente, y cansado de ir de un lado á otro, me meto en la cama, vuelto el rostro contra el jardín y abierta la ventana; me quedo absorto escuchando los silenciosos rumores de la noche, perdiéndome entre mis sueños de amor y de dicha infinita.

En aquellos dulces momentos todo tiene para mí un muy diverso sentido; la vista de los álamos cuyas ramas aparecen brillantes por el lado que la luz de la luna ilumina, cubriendo con su negra sombra los arbustos y el camino del opuesto lado; la claridad sosegada y que parece eterna del luminoso creciente; el reflejo de la luna sobre las gotas de agua que ostentan las plantas y las flores que crecen enfrente de la galería, dibujando también sus graciosas sombras en el suelo; el grito de la codorniz que se posa más allá del estanque; el canturreo de un hombre que anda por la carretera grande; el rumor ligerísimo, casi imperceptible de los árboles al rozarse mecidos por la suave brisa de la noche; la caída de una fruta, que se enreda primero en unas ramas y cae luego al suelo, sobre la seca hojarasca; el salto de las ranas que llegan á veces hasta las mismas gradas de la terraza y cuyo verdoso caparazón brilla misteriosamente á la luz de la luna, todo eso tomaba para mí una significación extraña, un sentido de belleza muy grande, muy grande, una belleza casi infinita... Y he aquí que súbitamente aparece *ella*. Tiene una trenza muy negra y muy larga, es esbelto su tallo y tiene unos pechos durísimos, lleva los brazos desnudos y tiene caricias voluptuosas; parece estar triste y es hermosísima. Me ama y por un momento de su amor estoy dispuesto á sacrificar toda mi vida... Pero la luna va subiendo, subiendo, y cada vez se hace más clara, como el brillo del estanque aumenta asimismo y reluce más á cada momento que pasa, mientras las sombras se van haciendo más intensamente negras... Y mientras lo contemplo todo y tengo delante de los ojos su bellísima imagen, algo me dice que *ella*, con sus brazos desnudos y calientes caricias, está muy lejos de representar toda la dicha, que el amor por *ella* está muy lejos de ser todo el bien. Y cuanto mayor intensidad pongo en la contemplación del astro de la noche y del sublime espectáculo que tengo ante los ojos, más la verdadera belleza y el bien

me parecen más cerca de *El*, fuente de toda hermosura y de toda bondad, y ardientes lágrimas de una alegría profunda y no satisfecha inundan de pronto mis ojos.

Y siempre estaba solo, y siempre me parecía que la naturaleza llena de misterio y de majestad; que la hermosa brillantez de la luna que caminaba lentamente por el espacio, pareciendo detenerse alguna vez en lugar muy elevado é indefinido del azulado y clarísimo cielo, al mismo tiempo que parecía estar en todas partes, llenando todo el espacio infinito y aún mi propio sér, humilde gusanillo ya manchado por todas las pasiones, miserable, pequeño, humano, pero con toda la fuerza inmensa y soberana del amor... me llegaba á parecer, digo, en tales momentos que la naturaleza, la blanca luz de la luna y yo mismo no formábamos más que un solo sér.

XXXIII

Nuestros vecinos

ME extrañó y me chocó mucho que ya el primer día de nuestra llegada á casa, papá llamase á los Epifanov «buena gente», y más todavía que los tratase y fuese á su casa, pues entre nuestra familia y la de los Epifanov había pendiente un litigio á propósito de unas tierras cuya propiedad ambas se disputaban. Todavía niño, había oído no pocas veces á papá enfadarse con ellos y pedir á diversas personas consejo contra ellos; Iakov les llamaba siempre nuestros enemigos, *gentes negras*, y recuerdo que mamá ordenó una vez que en presencia suya no se pronunciase siquiera el nombre de esas gentes...

Por todos esos hechos, en mi infancia llegué yo á figurarme del modo más claro y vivo que los Epifanov eran adversarios nuestros, capaces de extrangular no tan sólo á papá sino también á sus hijos, si acaso un día caían bajo sus manos, y creí además que eran *gentes negras* al pie de la letra, de tal modo que al ver en casa, cuando la muerte de mamá, á la *belle flamande*, que la había cuidado en su enfermedad, me costó mucho convencerme de que formase parte de aquella familia. A pesar de este incidente, continuaba teniendo de esa gente la peor idea, y á pesar también de que durante ese verano nos vimos varias veces, no logré vencer mi hostilidad contra esa familia. En realidad, he aquí quiénes eran y cómo eran los Epifanov. Su familia se componía en aquel enton-

ces de: la madre, viuda, de cincuenta años de edad, todavía fresca y siempre alegre; una hija muy hermosa, Audotia Vasilievna, y un hijo, Piotre Vasilievitch, tartamudo, soltero, teniente retirado y de un carácter aparentemente muy serio.

Ana Dmitrievna Epifanova, separada de su marido veinte años antes de que éste muriera, no vivía casi nunca en San Petersburgo, donde tenía algunos parientes, sino que la mayor parte del año la pasaba en su finca de Mititschi, lindante con la nuestra. La gente de aquellos parajes contaba de su vida tales horrores, que, comparada con ella, Mesalina resultaba una niña inocente; por esto únicamente pidió mamá que el nombre de la señora Epifanov no fuese jamás pronunciado delante de ella. Hablando con seriedad, no creo que se pudiese creer ni la décima parte de las cosas estupendas que los campesinos contaban de ella; lo cierto es que en la época en que yo conocí á Ana Dmitrievna, aunque tenía entonces en casa á un secretario, siervo de origen, que siempre rizado y lleno de pomadas se mantenía en pie detrás de la silla de su señora mientras ésta comía, en nada más demostraba justificar los dichos de la gente campesina. En realidad, parecía



que desde diez años atrás, precisamente desde que hizo venir á su casa á su hijo, el respetable Petrucha, había cambiado totalmente de vida. La hacienda de Ana Dmitrievna era pequeña, contenía todo lo más un centenar de almas, y como durante su vida orgiástica los gastos fueron muchos y fuertes, resultó que la finca quedó muy mal parada y con riesgo de ser vendida en pública subasta. En tan extremas circunstancias y creyendo que toda su desgracia más que de su género de vida, dependía de que ella era una mujer, llamó á su hijo, entonces en el regimiento y aunque se hallaba éste en buen camino para hacer fortuna, dió enseguida la dimisión de su cargo, y para ir á salvar á su madre, como todo buen hijo debía hacerlo, lo abandonó todo y se vino al campo, con el objeto de hacer dichosa y tranquila la ancianidad de su madre.

A pesar de su rostro feo y casi repugnante, á pesar de su fastidiosa tartamudez, Piotre Vasilievitch era un hombre de principios firmísimos y de un espíritu extraordinariamente práctico. Con ayuda de pequeños préstamos, prometiendo á éste y pagando al otro parte de lo debido, logró por de pronto conservar la hacienda. Enseguida, y convertido ya en propietario rural, Petrucha endosó el vestido de su padre, que halló entre los trastos viejos, suprimió los caballos y los coches, poco á poco fué esquivando á la gente alegre que tan bien sabía el camino de Mititschi, aumentó los campos de explotación, disminuyendo las tierras de los siervos, hizo cortar y vender buena parte de los bosques y fué restableciendo así la situación de la casa. Petrucha se juró á sí mismo, y mantuvo la palabra, que no llevaría otro vestido que el de su padre y que no viajaría sino en carro mientras no quedasen totalmente pagadas las deudas. Se esforzó en imponer esta vida estoica á toda la familia, sin faltar por eso al respeto que debía á su madre, lo cual miraba como un ineludible deber. En el salón, tartamudeando, se esforzaba en cumplir y adivinar los más insignificantes deseos de su madre y reñía á los servidores si no obedecían inmediatamente á la señora Ana Dmitrievna; pero en su gabinete de trabajo castigaba con severidad al que se había atrevido á servir en la mesa, sin orden suya, algún manjar demasiado caro, ó á quien por orden de su madre había ido á saber noticias de la salud de algún vecino, en lugar de estarse trabajando en los campos ó en el huerto.

A cabo de los cuatro años todas las deudas estaban ya pagadas; Piotre Vasilievitch hizo entonces un viaje á Moscova, de donde volvió al cabo de unos días con traje nuevo y guiando un hermoso carruaje. Pero, á pesar de que los negocios de la casa iban bien, no interrumpió su vida sobria, de la cual se mostraba orgulloso delante de los suyos y delante de los extraños, diciendo con frecuencia, con su fastidiosa tartamudez: — «Aquel que de veras quiera verme, ya se contentará con que no le reciba vestido con mucha elegancia, y aún con satisfacción se sentará á mi mesa y comerá mi sopa de coles, como yo mismo me la como siempre contentísimo». En cada una de sus palabras y hasta en cada uno de sus gestos descubriase el orgullo que sentía por haberse sacrificado por su madre y por haber salvado la casa, al mismo tiempo que el inmenso desprecio que sentía hacia todos los que no habían hecho nada parecido.

La madre y la hija eran de carácter muy diferente y en muchos puntos totalmente opuestos. La madre era una agradabilísima mu-

jer, siempre alegre y habladora en sociedad. Todo lo que fuese bonito y alegre le satisfacía y alegraba á la vez. Hasta — y es este un rasgo de carácter que no se halla sino en las viejas y en la gente de buen natural — tenía en el mayor grado desarrollado el privilegio de sentir inmensa alegría viendo cómo se divierte la gente joven. Su hija Audotia Vasilievna era, por el contrario, de un carácter serio, ó por decirlo mejor, frío é indiferente, distraído y orgulloso sin razón ninguna, cualidad que se observa con frecuencia en las jóvenes muy hermosas y solteras aun. Cuando quería parecer alegre, lo era con extravagancia; ó se burlaba de sí misma ó de su interlocutor, ó de todo el mundo, aunque sin duda hacía lo inconscientemente, á pesar suyo. Yo mismo quedé con frecuencia sorprendido y me pregunté más de una vez qué es lo que quería decir al pronunciar esta frase: «Oh! sí, soy extraordinariamente hermosa, muy hermosa; de manera que todos los hombres están enamorados de mí...» — Ana Dmitrievna estaba siempre haciendo algo,



tenía la pasión de estar constantemente arreglando su casa ó su jardín, pues amaba mucho las flores, los pájaros y los *bihelots* ó pequeñas porcelanas artísticas. Sus habitaciones y su jardín no eran ni muy grandes ni muy ricos, pero estaba todo tan cuidadosamente arreglado, ofrecía en su conjunto un tan absoluto carácter de franca y generosa alegría, algo así como la alegría que expresa un airoso vals, que la frase *tacita de plata* que empleaban con frecuencia sus invitados en alabanza de su casa y de su persona le iba magníficamente, pues también ella era una *tacita de plata*: de poca estatura, delgada, el rostro fresco y sonrosado siempre, unas manos pequeñas, siempre alegre y bien puesta;

solamente las venas de las manos, muy abultadas y de un color violeta oscuro, destruían un poco el aspecto general. Audotia Vasilievna por el contrario, no hacía casi nunca nada, y no solamente no hallaba gusto en ocuparse de flores y de pájaros, sino que ni

siquiera de ella misma se ocupaba mucho, de modo que cuando llegaba alguna visita, había de correr á vestirse y arreglarse. Pero cuando se presentaba delante de la gente, hay que reconocer que estaba extraordinariamente hermosa, dejando á parte la expresión fría y monótona de sus ojos, expresión común á todas las fisonomías muy bellas. Su rostro severo, regular y hermoso de veras, su figura por demás graciosa, parecía estar siempre diciendo: «Muy bien! Podéis mirarme cuánto queráis». Pero, con todo y el carácter alegre de la madre y el frío é indiferente de la hija, algo había en ellas que os advertía de que la primera nunca había amado nada con verdad, fuera de la alegría, y que la segunda era una de esas naturalezas que, puestas á amar, sacrifican toda su existencia al que una vez han elegido.

XXXIV

El casamiento de mi padre

Mi padre tenía cuarenta y ocho años cuando se casó con Audotia Vasilievna Epifanova.

Cuando en la primavera llegó al campo con las niñas, imagíname que se hallaría en esa buena disposición de espíritu, muy frecuente en los jugadores al pararse un momento al hacer una buena ganancia. Sentiría también que había en él una gran reserva

de felicidad, y pues no quería malgastarla en los naipes, bien la podía emplear en las alegrías de la existencia. Además, era entonces la primavera, había adquirido de pronto una gran cantidad de dinero, se hallaba solo y se aburría. Hablando de los asuntos de la casa con Iakov, se acordó del antiguo litigio con los Epifanov, y esto le trajo

á la memoria á la bella Audotia Vasilievna que no había visto desde hacía tiempo. Ya me figuro lo que diría á Iakov: «Sabes, Iakov? en vez de estarnos toda la vida disputándonos este maldito terreno,



he pensado en abandonárselo de una vez. Qué te parece?» Y me figuro también cómo, al oír esta proposición, voltearían los dedos de Iakov teniendo por detrás las manos cruzadas, y aún me parece oírle diciendo á papá que «nuestra causa» era justa, y que no convendría tal vez abandonarla de este modo.

Pero papá dió orden entonces de poner el carruaje, vistió su traje de color de oliva, á la moda, peinó como pudo el resto de sus cabellos, perfumó su pañuelo y con el alegre humor de que obraba noblemente, y sobre todo con la esperanza de ver á una hermosa mujer, se dirigió á casa de nuestros vecinos.

Sé únicamente que en su primera visita, papá no halló en casa á Petrucha, que estaba en el campo, y que estuvo de visita con las damas solas más de dos horas. Me imagino cómo se desharía papá en los más finos cumplimientos y cómo se esforzaría en hacer valer todas las perfecciones de su persona y de su distinguida educación, y asimismo me imagino cómo la madre se enamoraría de él y cuánto no sería también el placer de su fría y hermosísima hija.

Cuando la criada, medio sofocada, llegó á anunciar á Piotre Vasilievitch que el mismo señor Irteniev estaba en casa, ya le oigo decir con rabia y con su tartamudeo insufrible: «Bueno! y qué importa que esté en casa?» Luego le veo dirigiéndose muy despacio á su casa, lo más despacio posible, y aún, antes de entrar en el salón, ir á ponerse el vestido más viejo y más sucio que tuviese y de paso hacer saber al cocinero que se guardase de añadir cosa alguna á la comida aunque su madre se lo ordenase.

Después he visto á papá y á Petrucha juntos algunas veces y por esto puedo imaginarme tan al vivo su primera entrevista. Estoy cierto de que, á pesar de la magnífica proposición de papá, Piotre se quedaría encastillado en su sombrío orgullo, pues él había sacrificado su porvenir á su madre, mientras que papá no había hecho esto ni nada semejante; le veo también sin extrañarse de nada y veo á papá, fingiendo no percatarse de esa frialdad, mostrarse como siempre alegre y frívolo, tratándole de muchacho extravagante, de lo cual se ofendía él alguna vez, sin embargo de lo cual papá no podía dejar de hacerlo.

Papá, con su inclinación á tomarlo todo en broma, llamaba á Piotre, no sé por qué, coronel; y aunque un día, en mi presencia, se enfadó el hombre y tartamudeando más fuertemente que nunca y rojo de ira, dijo que no era co-co-coro-nel sino te-te-te-niente, papá, cinco minutos después, le llamaba de nuevo coronel.

Lubotchka me contó que, antes de nuestra llegada á casa, veía

todos los días á las Epifanov y que era aquello muy divertido. Papá, con su gran habilidad de organizador, cosa que hacía siempre con simplicidad y elegancia, armaba un día una cacería, otro una pesca en el río, ó bien disparaba un castillo de fuegos artificiales, asistiendo siempre á la fiesta los Epifanov. Y hubiera sido de veras divertido, sin ese insoportable Piotre Vasilievitch quien, según dijo mi hermana, se enfadaba siempre tartamudeando y lo echaba todo á rodar.

Desde nuestra llegada al campo, los Epifanov vinieron á casa solamente dos veces, y una fuimos todos nosotros á la suya. Después de San Pedro, fiesta patronímica de papá, en la cual vinieron

los Epifanov, se acabaron de pronto las visitas, y papá solo continuó visitándoles.

Los escasos momentos en que ví juntos á papá y á Dunitchka, como la llamaba siempre su madre, he aquí lo que yo observé. Papá estaba siempre con

ella en el mismo excelente humor que tanto me chocó el día de nuestra llegada á casa. Aparecía rejuvenecido, alegre, desbordante de vida y tan feliz que parecía su cuerpo despedir rayos de felicidad, envolviendo en ellos á cuantos le rodeaban, de modo que les comunicaba su misma disposición de espíritu.

No se apartaba un paso de Audotia Vasilievna, y siempre haciéndole los más galantes cumplimientos, de modo que yo sentía vergüenza por él; ó bien en silencio la contemplaba, sonriendo de vez en cuando y hablándole en voz baja; y todo esto lo hacía con sus aires de ligera alegría que tan propios le eran aún en las cuestiones más serias.

Audotia Vasilievna, por su parte, parecía haberse apropiado esta misma expresión de alegre felicidad de mi padre, pues en aquella época la ví siempre brillar en sus ojos azules, excepto algunos momentos en que parecía presa de una tan grande timidez que yo, que conocía bien este sentimiento, experimentaba una verdadera pena al contemplarla. En tales momentos comprendíase



que sentía una especie de miedo cuando alguien le dirigía la palabra, pareciéndole que la miraban todos, que todos se ocupaban únicamente de ella... Se consideraba entonces á sí misma, su rostro cambiaba á cada punto de color, y entonces, en voz alta y atrevidamente, comenzaba á decir las mayores tonterías, y comprendiendo lo que hacía y el ridículo en que á sí misma se ponía iba ruborizándose cada vez más.

Papá, empero, no hacía caso de nada de esto, y seguía contemplándola encantado, con el mismo apasionamiento.

Observé que estos accesos de timidez, aunque casi siempre se producían sin causa ninguna, alguna vez se mostraban en Audotia cuando en presencia suya y de papá se hablaba de alguna mujer joven y hermosa. Su frecuente paso de la indiferencia que le era habitual á esta alegría extraña y ridícula de que acabo de hablar, el empleo repetido de palabras y de expresiones que eran favoritas de papá, la continuación con gente extraña de conversaciones que había comenzado con mi padre, y otros detalles como estos, si no se hubiese tratado de papá y yo hubiese tenido algunos años más, me hubieran explicado la clase de las relaciones que había entre nuestro padre y Audotia Vasilievna. Pero la verdad es que entonces no sospeché nada, ni siquiera cuando papá recibió en mi presencia una carta de Petrucha y quedó al leerla profundamente turbado, cesando hasta fines de agosto sus visitas á casa de los Epifanov.

A fines de agosto, papá reanudó sus visitas á casa de nuestros vecinos y el día antes de nuestra partida para Moscova, nos declaró á Volodia y á mí que se casaba con Audotia Vasilievna.

UNIVERSIDAD ALFONSO DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cierta seriedad como si me quisiera decir: «No hay por qué cortarse de ese modo, al fin y al cabo somos hermanos y nos hemos de aconsejar mutuamente acerca de un importante asunto de familia». Así lo comprendí yo y él continuó diciendo:

—Papá se casa con la señorita Epifanov... Lo sabes ya?

Hice un movimiento de cabeza como para indicar que había ya oído algo de eso.

—Pues, es cosa muy mala,—exclamó Volodia.

—Por qué?

—Por qué, dices?—repuso con cierto despecho.—Si te parece, será una cosa muy agradable tener un tío que tartamudea tan horrorosamente como ese coronel y una parentela además como la suya. Y la misma Audotia, parece ahora una buena mujer, pero no podemos saber lo que será después. Todavía para nosotros tiene poca importancia la cosa; pero Lubotchka tendrá que hacer pronto su entrada en el mundo, y con semejante madrastra no será por cierto cosa muy agradable, pues hasta habla mal el francés, y no tiene maneras distinguidas, ni de ninguna clase... Quizás es buena, no lo dudo, pero es una *verdulera*, eso te digo, es una *verdulera*...—acabó Volodia, sin duda satisfecho de haber hallado semejante epíteto.

A pesar de que me sorprendió mucho oír á Volodia juzgar tan tranquilamente la elección de papá, me pareció que tenía en efecto razón.

—Por qué se casa papá, entonces?—pregunté.

—Es una historia muy oscura, Dios lo sabe únicamente. No sé sino que Piotre Vasilievitch le exhortaba á casarse, que llegó á exigirselo, que papá no lo quería, pero que luego, de pronto, le dió por realizar una especie de fantasía caballeresca... Es una historia muy oscura. Ahora sí que empiezo á comprender á nues-

tro padre,—continuó Volodia, y á mí me causó honda pena que dijese «padre» y no «papá».—Es un hombre encantador, bueno, inteligente, pero muy frívolo, muy ligero! Lo extraordinario es que no puede ver á una mujer hermosa sin perder la cabeza. Ya sabes, no ha conocido mujer de la que no se enamorase. Ya sabes, hasta Mimi...



XXXV

Cómo recibimos la noticia

El día antes de esa declaración oficial, todos en casa conocían ya la noticia y la juzgaban muy diversamente. Mimi no salió de su cuarto en todo el día y lloró mucho. Katenka le hizo compañía, y solamente compareció para comer, con aires de profunda tristeza, que tomó indudablemente de su madre. Lubotchka, al contrario, estaba muy alegre, y declaró mientras comíamos que sabía un magnífico secreto, pero que no lo diría á nadie.

—Tu secreto no es nada bueno,—dijo Volodia, que no compartía su satisfacción.—Y si tú pudieses pensar en algo seriamente, comprenderías, por el contrario, que es una cosa muy mala.

Lubotchka, profundamente sorprendida, se le quedó mirando con la boca abierta.

Después de comer, Volodia hizo además de tomarme el brazo, mas pareciéndole esto demasiado sentimental, se limitó á darme un codazo y á indicarme que fuese con él al salón.

—Sabes á qué secreto se ha referido Lubotchka?—me dijo apenas se hubo convencido de que nos hallábamos solos.

Volodia y yo hablábamos muy raramente á solas de cosas serias, de manera que cuando esto sucedía alguna vez lo mismo él que yo experimentábamos cierto embarazo, imaginándonos mutuamente en nuestra primera infancia. Pero esta vez, como en respuesta á la confusión que se leía en nuestros ojos, siguió mirándome con

—Cómo?

—Lo que te digo. He descubierto no hace mucho que estuvo enamorado de Mimi cuando joven; le escribía versos, y aún es de creer que hubo algo más... Mimi sufre todavía...

Y Volodia se puso á reír.

—No es posible!—exclamé yo extrañado.

—Pero especialmente,—prosiguió Volodia en serio, poniéndose de pronto á hablar en francés,—no te digo yo lo agradable que va á parecer este casamiento á toda nuestra parentela!... Y cómo tendrá seguramente hijos...

El buen sentido y la predicción hecha por Volodia me sorprendieron de tal modo que no supe qué contestar; y en este preciso momento se nos acercó Lubotchka.

—De manera que lo sabéis también?—nos preguntó con el rostro resplandeciente de alegría.

—Sí,—dijo Volodia—lo sabemos. Pero tú me chocas en grande, Lubotchka. No eres ya una niña, y no sé la alegría que puedas hallar en que papá se case con una arrastrada cualquiera.

Lubotchka tomó entonces una expresión extraordinariamente seria y se puso pensativa, diciendo:

—Volodia, por qué una arrastrada? Cómo te atreves á hablar así de Audotía Vasilievna? Desde el momento que se casa papá con ella, no puede ser una arrastrada.

—Es un modo de expresarme, no digo que lo sea en realidad. Empero...

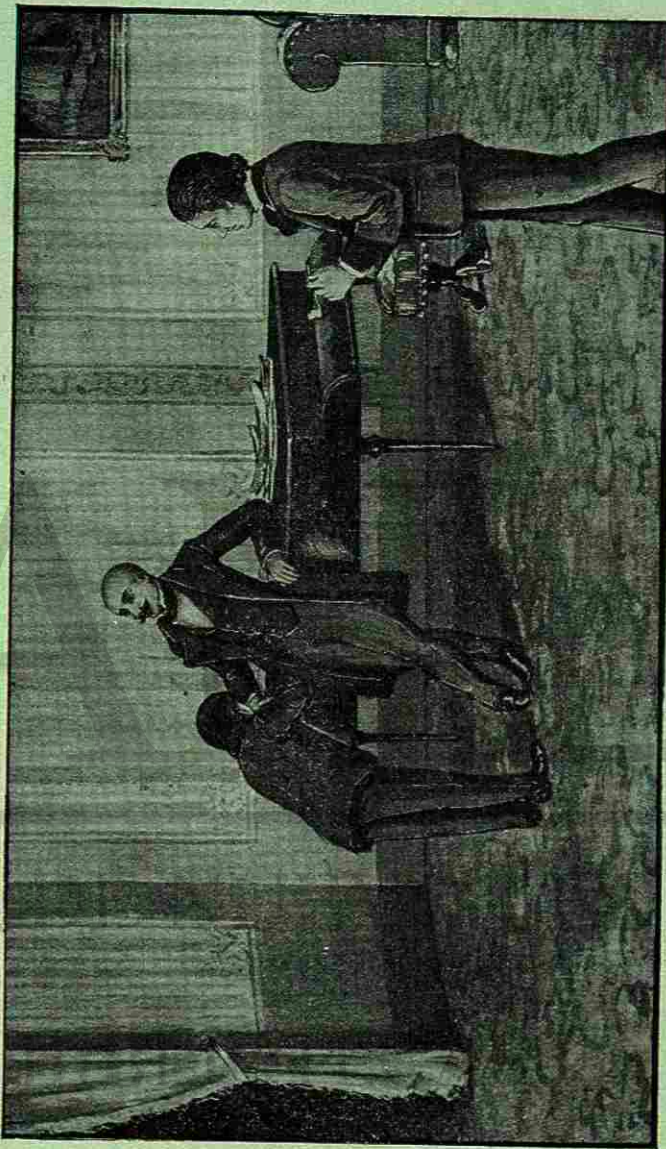
—No, no hay «empero» que valga,—le interrumpió Lubotchka exaltándose.—Yo no te dije nunca que fuese una arrastrada la señorita de que estabas tú enamorado! Cómo te atreves, entonces, á hablar así de papá y de una mujer admirable. Aunque seas el hermano mayor, te ruego que no hables así, no tienes el derecho de hacerlo.

—Pero, por qué no hemos de razonar sobre lo...

—No hay razonamiento posible,—le interrumpió de nuevo Lubotchka.—No se puede razonar sobre las acciones de un padre como el nuestro. Mimi puede quizás razonar, pero no tú, aunque seas el hermano mayor.

—No, es que tú no comprendes nada todavía,—dijo Volodia con desprecio.—Hazte cargo, reflexiona y comprenderás que no estará bien que una Epifanov, Dunitchka, venga á ocupar el puesto de nuestra difunta madre.

Lubotchka calló un momento, y luego aparecieron de pronto en sus ojos abundantes lágrimas.



TOLSTOÍ.—LAM. X



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

—Ya sabía que eres orgulloso, pero no que fueses tan malo,— hizo por fin la muchacha alejándose.

—*Por el pan!*—exclamó Volodia poniendo aquella ridícula cara seria con que se burlaba de las gentes, y guiñando de pasada los ojos.—Anda, ve razonando con ella!...—exclamó luego, como si se culpaba á sí mismo de haber llegado á querer discutir con Lubotchka.

Al día siguiente hizo muy mal tiempo, y ni papá ni las mujeres de casa habían bajado todavía á tomar el té, cuando yo entré en el salón. Por la noche, había caído una finísima y fría lluvia de otoño, y por el espacio se deslizaban aun las últimas nubecillas á través de las cuales brillaba débilmente el sol, ya bastante alto, y hacía un viento muy húmedo. La puerta de la terraza estaba abierta y en el piso de la misma, completamente mojado, se iban secando los pequeños charcos de agua de la nocturna lluvia; el viento hacía mover la puerta, que rechinaba desagradablemente. Los caminos y veredas del jardín estaban llenos de aguas turbias. Los árboles y los arbustos, las yerbas, las ortigas, los frambuesos inclinaban todos sus ramas hacia un mismo lado, como si quisieran arrancar del suelo sus raíces. En la avenida de los tilos arrastraba el viento montones de hojas amarillas y redondas, como si se persiguiesen las unas á las otras, hasta que impregnadas de humedad se aplastaban sobre la arena ó caían sobre la mojada yerba, de un verde oscuro, de los prados... Y á mí en aquellos momentos no me preocupaba sino el matrimonio de mi padre, tal y cómo lo apreciaba Volodia.

El porvenir de mi hermana, el nuestro, el de papá mismo no me prometía nada bueno. Me indignaba solamente la idea de que una mujer extraña y sobre todo joven, vendría á ocupar, de pronto, el sitio de mi madre, nada menos!... Esto me entristecía, y á cada momento me iba pareciendo mi padre más y más culpable. En aquel instante oí las voces de papá y de Volodia; no quise verle entonces y traté de escapar por otra puerta, pero entró Lubotchka diciéndome que papá preguntaba por mí y que quería verme.

Papá estaba en el salón, de pie, apoyada una mano sobre el piano, con apariencia solemne y á la vez un poco nervioso, mirando á la puerta por la cual había yo de entrar. En su rostro no aparecía ya aquella expresión de juventud y de dicha intensa que había observado en él durante todo ese tiempo. Estaba triste. Volodia, con la pipa en la mano, se paseaba por la estancia. Me acerqué á papá y le saludé.

—Pues, bien, amigos míos,—dijo resueltamente, pero con ese

tono breve con que se dicen siempre las cosas evidentemente desagradables y que no tienen ya remedio.—Creo que sabéis ya que me caso con Audotia Vasilievna.

Y se calló un momento.

—Había hecho la resolución de no casarme... después que vuestra madre... pero...

Y se calló de nuevo.

Pero evidentemente este era mi destino. Dunitchka es buena, es amable y no es ya muy joven; yo creo, hijos míos, que llegaréis á amarla, pues ella por su parte os ama ya con todo su corazón... Es muy buena. Ahora,—dijo precipitándose en hablar para que no le pudiésemos interrumpir,—ahora es tiempo ya de que partáis para volver á la Universidad. Yo me quedaré todavía aquí hasta año nuevo y entonces vendré á hallaros en Moscova...

Hizo papá una nueva pausa.

—Vendré á hallaros en Moscova con mi mujer y con Lubotchka.

A mí me causaba honda pena ver á mi padre tan cohibido y manifestando tanta timidez como si se reconociese culpable ante nosotros. Me acerqué un poco más á él, pero Volodia, con la pipa en la boca y la cabeza baja, continuaba paseándose por el salón.

—He aquí, hijos míos, he aquí lo que vuestro padre ha imaginado,—concluyó diciendo papá con el rubor en las mejillas y alargándonos las manos. Gruesas lágrimas brillaron en sus ojos al pronunciar estas palabras y ví que la mano que presentaba á Volodia, quien se hallaba en aquel momento en la otra parte del salón, temblaba fuertemente. La vista de esa mano temblorosa me hizo muchísima pena, ocurriéndome entonces la idea, que me entristeció aun más, de que mi padre había hecho la campaña de 1812 y que se había ganado en ella el renombre de valiente oficial. Tomé su gruesa mano surcada por grandes venas y la besé respetuosamente. Estrechó con fuerza mi mano, y luego llorando tomó la pequeña cabeza de Lubotchka y la cubrió de besos. Volodia dejó caer expresamente la pipa y al bajarse para cogerla se enjugó una lágrima con el revés de la mano, y tratando de no ser visto salió precipitadamente de la estancia.

XXXVI

Otra vez en la Universidad

EL matrimonio había de celebrarse al cabo de dos semanas, pero se abrían los cursos y Volodia y yo partimos para Moscova, á principios de setiembre. Los Nekhludov habían vuelto ya también del campo. Dmitri—al separarnos nos habíamos hecho la promesa de escribirnos con frecuencia, pero naturalmente no lo habíamos hecho ni una vez—vino á casa el primer día y convenimos en que al siguiente, por ser la primera vez, me acompañaría á la Universidad.

Era un día de un sol hermosísimo.

Apenas entramos en el aula, sentí desaparecer mi personalidad en medio de aquella multitud de jóvenes, fisonomías alegres que, bajo la clara luz del sol que penetraba á torrentes por los altos ventanales, aparecían en verdaderas oleadas por todas las puertas y todos los corredores. La conciencia de que yo formaba ya parte de tan numerosa y tan alegre sociedad me causó gran satisfacción. Pero entre tan innumerables gentes á bien pocos conocía, y aun por lo que á estos hace mi amistad se limitaba á un movimiento de cabeza y á estas cortas palabras: «Buenos días, Irteniev». En cambio, entorno mío, todo el mundo se estrechaba la mano, se abrazaban, por todas partes se oían frases amistosas, amabilidades, bromas, risas... Sentí profundamente los lazos que unían á toda esa joven sociedad y con tristeza comprendí que de mí no hacían el menor caso.

tono breve con que se dicen siempre las cosas evidentemente desagradables y que no tienen ya remedio.—Creo que sabéis ya que me caso con Audotia Vasilievna.

Y se calló un momento.

—Había hecho la resolución de no casarme... después que vuestra madre... pero...

Y se calló de nuevo.

Pero evidentemente este era mi destino. Dunitchka es buena, es amable y no es ya muy joven; yo creo, hijos míos, que llegaréis á amarla, pues ella por su parte os ama ya con todo su corazón... Es muy buena. Ahora,—dijo precipitándose en hablar para que no le pudiésemos interrumpir,—ahora es tiempo ya de que partáis para volver á la Universidad. Yo me quedaré todavía aquí hasta año nuevo y entonces vendré á hallaros en Moscova...

Hizo papá una nueva pausa.

—Vendré á hallaros en Moscova con mi mujer y con Lubotchka.

A mí me causaba honda pena ver á mi padre tan cohibido y manifestando tanta timidez como si se reconociese culpable ante nosotros. Me acerqué un poco más á él, pero Volodia, con la pipa en la boca y la cabeza baja, continuaba paseándose por el salón.

—He aquí, hijos míos, he aquí lo que vuestro padre ha imaginado,—concluyó diciendo papá con el rubor en las mejillas y alargándonos las manos. Gruesas lágrimas brillaron en sus ojos al pronunciar estas palabras y ví que la mano que presentaba á Volodia, quien se hallaba en aquel momento en la otra parte del salón, temblaba fuertemente. La vista de esa mano temblorosa me hizo muchísima pena, ocurriéndoseme entonces la idea, que me entristeció aun más, de que mi padre había hecho la campaña de 1812 y que se había ganado en ella el renombre de valiente oficial. Tomé su gruesa mano surcada por grandes venas y la besé respetuosamente. Estrechó con fuerza mi mano, y luego llorando tomó la pequeña cabeza de Lubotchka y la cubrió de besos. Volodia dejó caer expresamente la pipa y al bajarse para cogerla se enjugó una lágrima con el revés de la mano, y tratando de no ser visto salió precipitadamente de la estancia.

XXXVI

Otra vez en la Universidad

EL matrimonio había de celebrarse al cabo de dos semanas, pero se abrían los cursos y Volodia y yo partimos para Moscova, á principios de setiembre. Los Nekhludov habían vuelto ya también del campo. Dmitri—al separarnos nos habíamos hecho la promesa de escribirnos con frecuencia, pero naturalmente no lo habíamos hecho ni una vez—vino á casa el primer día y convenimos en que al siguiente, por ser la primera vez, me acompañaría á la Universidad.

Era un día de un sol hermosísimo.

Apenas entramos en el aula, sentí desaparecer mi personalidad en medio de aquella multitud de jóvenes, fisonomías alegres que, bajo la clara luz del sol que penetraba á torrentes por los altos ventanales, aparecían en verdaderas oleadas por todas las puertas y todos los corredores. La conciencia de que yo formaba ya parte de tan numerosa y tan alegre sociedad me causó gran satisfacción. Pero entre tan innúmeras gentes á bien pocos conocía, y aun por lo que á estos hace mi amistad se limitaba á un movimiento de cabeza y á estas cortas palabras: «Buenos días, Irteniev». En cambio, entorno mío, todo el mundo se estrechaba la mano, se abrazaban, por todas partes se oían frases amistosas, amabilidades, bromas, risas... Sentí profundamente los lazos que unían á toda esa joven sociedad y con tristeza comprendí que de mí no hacían el menor caso.

Pero esto fué una impresión del primer momento, gracias á la cual y al despecho que despertó en mí, pronto me pareció, por el contrario, que era mucho mejor no pertenecer á una semejante sociedad, pues yo había de tener mi círculo aparte y de hombres distinguidos, por lo cual me senté en el tercer banco, donde esta-



ban algunos condes y príncipes y entre ellos mi amigo Ivine. Pero todos esos me miraron de tal manera que comprendí enseguida que tampoco pertenecía yo del todo á esa sociedad. Sin embargo, no me moví, y continué observando lo que pasaba entorno mío. Semenov, con sus cabellos grises en desorden y desabrochada la levita, se hallaba sentado no lejos de mí, de codos sobre el pupitre

y royendo su portaplumas. El colegial que en los exámenes había ganado el número uno estaba sentado en el primer banco; llevaba todavía la cara cubierta con un vendaje negro y estaba jugando con la llavecita del reloj que colgaba sobre su chaleco de satén. Ikonin, admitido otra vez en la Universidad, estaba sentado en el último banco y con grandes risas gritaba que se hallaba de nuevo en el Parnaso. Ilinka, el cual, con gran sorpresa mía, me saludó no tan sólo fríamente, sino hasta con desprecio, como si quisiese recordarme que en tal sitio éramos ambos iguales, estaba sentado delante de mí y apretaba sus delgadas piernas contra el banco, pareciéndome que hacía esto sólo para molestarme; hablaba con otro estudiante y de vez en cuando me miraba. A mi lado, los amigos de Ivine hablaban en francés y todos esos caballeros me parecieron horriblemente tontos. Cada una de las frases que oía de su conversación me parecía no tan sólo insensata, sino además muy incorrecta, por lo cual iba pensando: «Esto no es francés»; y aún las actitudes, las palabras y los actos de Semenov, de Ilinka

y de los demás estudiantes me parecían desprovistos de nobleza, de distinción, no eran *comme il faut*.

No formaba parte de grupo ninguno, y sintiéndome solo é incapaz por entonces de ligarme á ninguno de los bandos que existían entre los escolares, me enfadé conmigo... Un estudiante, no lejos de donde yo estaba se entretenía royéndose las uñas, lo cual me causó un asco tan inmenso que procuré no mirarle. Mi recuerdo más fuerte de ese primer día pasado en la Universidad es el de una gran tristeza.

Cuando entró el profesor, todos se agitaron y se hizo un gran silencio; recuerdo que mi humor satírico las dió contra el catedrático, pareciéndome muy mal que comenzase su explicación con una frase que á mí me pareció vulgar y sin sentido. Yo quería que la conferencia fuese de veras notable desde el principio al fin, de manera que no se le pudiese quitar ni añadir nada. Pero frustrada ya mi primera esperanza, en el magnífico cuaderno que había traído y en cuya primera página había escrito con hermosa letra: *Primera conferencia*, no hice más que trazar dieciocho perfiles que se unían en el centro en forma de flor, mas iba moviendo con lentitud la mano para que el profesor, convencido como estaba de que había de ocuparse especialmente de mí, creyese que escribía sus palabras. En esa misma conferencia me convencí de que sería difícil y aún tal vez innecesario escribir todo lo que dijese los profesores, y así tomé por norma lo que acababa de hacer siguiendo esta regla hasta fin de curso.

En las conferencias siguientes ya no sentí con tanta fuerza mi soledad, pues trabé conocimiento con muchos estudiantes; ya tenía con quien dar grandes apretones de manos y con quien hablar; pero nunca entre mis camaradas y yo llegó á establecerse, no sé por qué, una verdadera corriente de simpatía, y muchas veces me ponía triste ó fingía estarlo. Con los camaradas de Ivine, los aristócratas, como les llamaban, no logré marchar nunca bien, porque, según ahora recuerdo, estuve siempre con ellos lo más grosero del mundo, no saludándoles sino cuando me saludaban ellos primero, debiendo tenerse además presente que tampoco ellos necesitaban de mi amistad. Con los demás estudiantes, mi apartamiento procedía de otras causas. Apenas comprendí que algunos de mis camaradas empezaban á sentir alguna simpatía por mí, me apresuré á hacerles saber que era pariente del príncipe Ivan Ivanovitch, que comía muchas veces en su casa y que tenía coche y cochero míos. Todo esto lo decía yo para presentarme á mis compañeros bajo el aspecto más favorable y para que me quisiesen

más; pero los informes que les daba acerca de mi parentesco y acerca de mis propiedades, con gran extrañeza de mi parte, no hacían sino volver más orgullosos y más fríos á mis compañeros para conmigo.

Uno de los escolares, que había obtenido una de las bolsas de estudio, Operov, era un joven muy modesto, muy inteligente y muy laborioso, el cual cuando tendía la mano lo hacía sin doblar los dedos, haciendo el efecto de una mano de madera, gesto que nuestros camaradas imitaban algunas veces para reírse. Casi siempre me sentaba al lado de éste y hablábamos como buenos amigos. Operov me gustaba, sobre todo, por las libres opiniones que exponía acerca de los profesores. Con claridad y justicia sabía definir los defectos y las cualidades de cada uno de ellos, y aún muchas veces se burlaba de alguno. Lo que me hacía mayor gracia y más me gustaba en él es que todo eso lo decía con su voz débil y baja, saliendo con pena de su minúscula boca. Apesar de todo, con su fina y clara escritura, tomaba cuidadosamente nota de todas las explicaciones de los catedráticos. Empezaba á nacer entre nosotros una mutua y fuerte simpatía, cuando una vez me pareció necesario explicarle, en medio de nuestra conversación, que mi madre, al morir, había dicho á papá que no nos pudiese nunca en pensionados, y mucho menos en establecimientos del Gobierno, á lo cual añadí que todos los alumnos de esos establecimientos oficiales eran quizás muy sabios, pero que por mí...—sin pensar que hablaba con uno de ellos,—aunque lo fuesen no eran gente *comme il faut*, y dije esto ruborizándome hasta las orejas. Operov no me objetó nada, pero al día siguiente no fué el primero en saludarme, ni me habló ni me tendió su mano, y cuando me senté inclinó la cabeza hacia el otro lado, fingiendo examinar uno de sus cuadernos. Me extrañó mucho esta frialdad, que me pareció no tener causa ninguna. Mas, me pareció que *un joven de buena casa* no había de hacer avances de ninguna clase con un alumno oficial como era Operov, y ya no me cuidé más de él. Una vez llegué al aula antes que él y cómo explicaba aquel día nuestro profesor favorito, estaba la sala completamente llena, asistiendo á la conferencia muchos que los demás días no venían. Viendo desocupado el sitio en que solía ponerse Operov, dejé mis cuadernos y mis libros sobre el banco, y me salí no recuerdo á qué. Al volver al aula, encontré mis cuadernos en el banco de atrás y Operov sentado en su sitio habitual. Le hice notar que yo había dejado allí mis cuadernos y que por lo tanto aquel sitio era mío.

—Nada sé,—me contestó rojo de ira y tratando de evitar mis miradas.

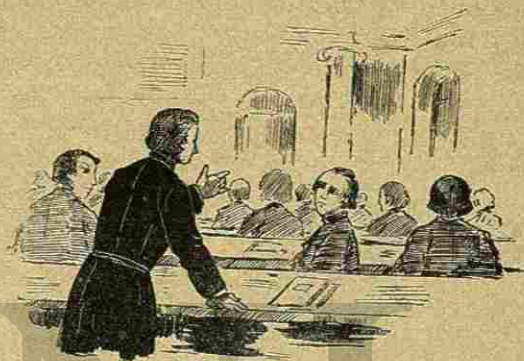
—Digo que he colocado mis cuadernos aquí y que este sitio es mío!—grité con gran calor, pensando asustarle con mi audacia.—

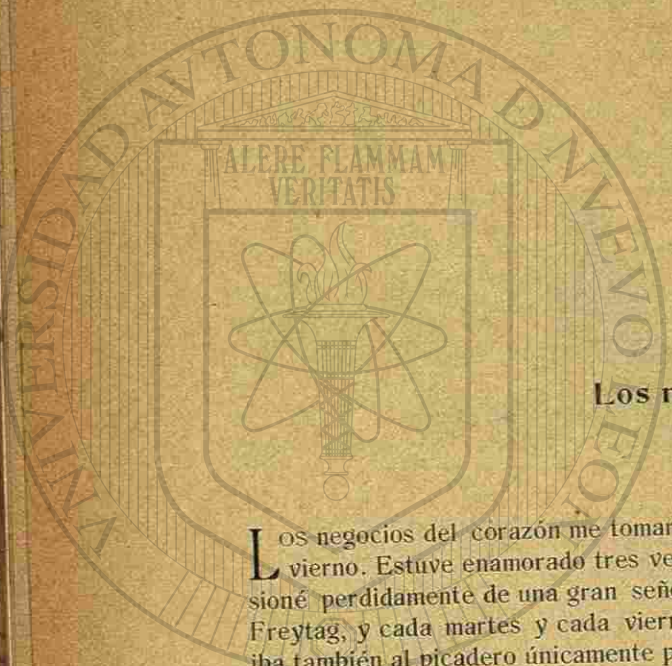
Todos lo han visto, —añadí, mirando á los estudiantes, pero ninguno dijo una palabra, aunque varios de ellos nos miraban con cierta curiosidad.

—Aquí no se compran los sitios, el primero que llegase sienta,—y se acomodó en el banco, dirigiéndome una rápida mirada llena de cólera.

—Esto significa que sois un mal educado!—dije. Creo que Operov contestó algo, hasta pareceme que dijo una cosa así: «Y tú no eres más que un imbécil», pero lo cierto es que no le oí. Qué necesidad había de oírle? Para estarnos injuriando como carreteros? Con todo, quizás le hubiese dicho yo alguna otra cosa, pero en aquel momento se abrió la puerta y el célebre profesor subió rápidamente á la tarima.

No obstante lo sucedido, antes de los exámenes, cuando tuve necesidad de los apuntes, acordándose Operov de la promesa hecha, me ofreció los suyos y me invitó á trabajar con él.





XXXVII

Los negocios del corazón

Los negocios del corazón me tomaron bastante tiempo este invierno. Estuve enamorado tres veces. La primera vez me apasioné perdidamente de una gran señora que ví en el picadero de Freytag, y cada martes y cada viernes, días en que iba ella, yo iba también al picadero únicamente para verla; pero tuve siempre tanto miedo de que ella me pudiese ver, que solía mantenerme muy apartado y echaba á correr hacia otro lado si ella había de pasar por donde yo estaba, volviendo á otra parte la cara cuando ella dirigía su mirada distraída hacia donde estaba yo, de manera que apenas puedo recordar ahora el rostro que aquella señora tenía, ni si era verdaderamente hermosa ó no.

Dubkov, que conocía á esa señora y que por Dmitri sabía mi pasión, hallándome un día en el picadero, escondido tras los criados que sostenían los abrigos, me propuso presentarme á la dama amazona, lo cual me aterrorizó de modo que escapé corriendo del local, y á la sola idea de que podía haberle hablado de mí, no me atreví ya á volver otra vez, ni siquiera poniéndome detrás de los criados, ante el temor de que pudiese aquella mujer mirarme.

Siempre que estuve enámorado de una mujer á quien no conociese mucho, y sobre todo si era una mujer casada, experimentaba una timidez mil veces mayor que la que sentía con Sonitchka. Lo que más temía en el mundo, era que el objeto de mi pasión llegase

á conocer este amor y aún que sospechase mi existencia; parecíame que si llegaba á descubrir el sentimiento que yo experimentaba por ella se sentiría ofendida para no perdonármelo jamás. Y en efecto, si esta amazona hubiese llegado á saber cómo yo la contemplaba escondido tras los criados, y cómo imaginaba robarla, llevarla al campo, vivir allí con ella... quizás se sintiera profundamente agraviada.

Una segunda vez me enamoré de Sonitchka, que hallé un día en el cuarto de mi hermana. Mi segundo amor por ella estaba olvidado hacia ya tiempo, pero me enamoré una tercera vez porque Lu-

botchka me dió un cuaderno de poesías que había copiado Sonitchka, entre las cuales había *El demonio* de Lermontov, cuyos pasajes tristes y amorosos estaban subrayados con tinta roja, y cuyas páginas estaban llenas de flores. Recordando cómo, el año anterior, Volodia besaba el pañuelo de su enamo-



rada, traté yo de hacer lo mismo y, una vez solo en mi cuarto, lancé la imaginación por los espacios de la fantasía, y contemplando las flores empecé á besarlas, lo cual me dejó en un estado agradableísimo y lleno de sentimentalidad, con lo cual creí haber quedado enamorado otra vez, amor que me duró algunos días.

Finalmente, este mismo invierno me enamoré una tercera vez, de una señorita de la que también Volodia estaba enamorado y que venía con alguna frecuencia á casa. Esta señorita, según ahora la recuerdo, no tenía nada absolutamente de hermosa, y aun menos de la hermosura que á mí me gustaba. Era hija de una señora de Moscova, muy conocida y según decían muy sabia; era pequeña, delgaducha y tenía un perfil muy duro. Todo el mundo decía que esta joven era mucho más inteligente y más sabia que su madre, pero esto nunca lo experimenté por mí mismo porque, dominado por un santo temor hacia su talento y su ciencia, no le hablé más que una sola vez y lleno de un terror inexpresable. Pero los entusiasmos de Volodia, que nadie ni nada cohibía, se me comunicaban con tal fuerza que al fin caí apasionadamente enamorado de esa joven. Pero comprendiendo que le sería desagradable á Volodia

saber que «dos hermanitos estaban enamorados de la misma mujer» nada le dije de esta pasión mía. A mí, por el contrario, lo que más me placía en este sentimiento, era precisamente la idea de que era tan puro nuestro amor, que seguíamos siendo tan amigos aún amando á la misma encantadora criatura, y que, si llegaba á ser necesario, estábamos los dos dispuestos á sacrificarnos el uno por el otro. No obstante, pareceme que Volodia no compartía del todo este sentimiento del sacrificio, pues era tan fuerte su amor ó él lo decía, que no hablaba sino de abofetear y aún de provocar en duelo á un verdadero diplomático, que, según decían, se iba á casar con esta señorita. En cuanto á mí, quizás me era agradable esta idea del sacrificio, porque no había hablado con ella más que una sola vez sobre música, y especialmente porque mi amor, á pesar de todos mis esfuerzos para inflamarlo, desapareció del todo la semana siguiente.



XXXVIII

En el gran mundo

Los placeres mundanos, á los cuales, al hacer mi entrada en la Universidad, soñé que podría entregarme imitando á mi hermano, no me dieron más que desengaños. Volodia bailaba mucho y asistía á toda clase de reuniones; papá frecuentaba también la sociedad con su joven esposa, pero de mí nadie se acordaba, quizás porque les parecería demasiado joven, quizás porque no me juzgarían digno de tomar parte en sus placeres; lo cierto es que no tenían prisa en llevarme á las casas donde se celebraban esta clase de reuniones.

A pesar de mi promesa de ser sincero con Dmitri, ni á él ni á nadie le dije cuánto deseaba asistir á los bailes y la honda pena que me causaba el que me dejasen en casa como olvidado; sin duda me consideraban todos como un filósofo, porque, precisamente á causa de esto, yo me presentaba artificialmente como tal.

Pero á mediados de invierno la princesa Kornakov dió un gran baile, y nos invitó á todos, incluso á mí, de manera que por la primera vez asistiría á una de estas reuniones del gran mundo. Antes de salir, Volodia entró en mi cuarto para ver cómo me vestía. atención que me sorprendió mucho de su parte y me cohibió extraordinariamente. Parecíame á mí que el deseo de aparecer bien puesto y bien vestido era cosa vergonzosa y se había de disimular en toda ocasión. Mi hermano, por el contrario, hallaba tan natural

saber que «dos hermanitos estaban enamorados de la misma mujer» nada le dije de esta pasión mía. A mí, por el contrario, lo que más me placía en este sentimiento, era precisamente la idea de que era tan puro nuestro amor, que seguíamos siendo tan amigos aún amando á la misma encantadora criatura, y que, si llegaba á ser necesario, estábamos los dos dispuestos á sacrificarnos el uno por el otro. No obstante, pareceme que Volodia no compartía del todo este sentimiento del sacrificio, pues era tan fuerte su amor ó él lo decía, que no hablaba sino de abofetear y aún de provocar en duelo á un verdadero diplomático, que, según decían, se iba á casar con esta señorita. En cuanto á mí, quizás me era agradable esta idea del sacrificio, porque no había hablado con ella más que una sola vez sobre música, y especialmente porque mi amor, á pesar de todos mis esfuerzos para inflamarlo, desapareció del todo la semana siguiente.



XXXVIII

En el gran mundo

Los placeres mundanos, á los cuales, al hacer mi entrada en la Universidad, soñé que podría entregarme imitando á mi hermano, no me dieron más que desengaños. Volodia bailaba mucho y asistía á toda clase de reuniones; papá frecuentaba también la sociedad con su joven esposa, pero de mí nadie se acordaba, quizás porque les parecería demasiado joven, quizás porque no me juzgarían digno de tomar parte en sus placeres; lo cierto es que no tenían prisa en llevarme á las casas donde se celebraban esta clase de reuniones.

A pesar de mi promesa de ser sincero con Dmitri, ni á él ni á nadie le dije cuánto deseaba asistir á los bailes y la honda pena que me causaba el que me dejasen en casa como olvidado; sin duda me consideraban todos como un filósofo, porque, precisamente á causa de esto, yo me presentaba artificialmente como tal.

Pero á mediados de invierno la princesa Kornakov dió un gran baile, y nos invitó á todos, incluso á mí, de manera que por la primera vez asistiría á una de estas reuniones del gran mundo. Antes de salir, Volodia entró en mi cuarto para ver cómo me vestía. atención que me sorprendió mucho de su parte y me cohibió extraordinariamente. Parecíame á mí que el deseo de aparecer bien puesto y bien vestido era cosa vergonzosa y se había de disimular en toda ocasión. Mi hermano, por el contrario, hallaba tan natural

y tan corriente este deseo que, con toda franqueza, confesó su temor de que yo pudiese caer en ridículo. Me ordenó que me pusiese botas de charol, él mismo me colocó la cadena del reloj de una manera particular, me indicó los guantes que había de tomar y finalmente me llevó á una peluquería del Puente de los Mariscales. Allí me rizaron; mi hermano empezó á contemplarme desde algunos pasos de distancia para ver bien el efecto, y dijo:

Muy bien, bastante bien!... Pero no se podrían alisar un poco esos malditos mechones de pelo?

Mas aunque el peluquero se esforzó, llenándome la cabeza de pomadas, en dejar completamente aplacados mis rebeldes cabellos, todo fué inútil, pues apenas me hube puesto el sombrero levantáronse otra vez; en general me gustaba á mí mismo menos rizado que antes de rizarme. Mi único modo de parecer tal cual era el de afectar cierto descuido.

Creo que Volodia fué de mi mismo parecer, pues me pidió por el camino que me despeinase, lo cual hice con mucho gusto; pero

ya deshechos los rizos y no pareciéndole pasable todavía mi aspecto, ya no me miró Volodia más en todo el camino, llegando silencioso y disgustado á casa de los Kornakov.

Penetré con gran desembarazo en los salones, acompañado de Volodia; pero cuando la princesa me invitó á danzar, yo que había ido allí con la intención de bailar lo más posible, contesté, no sé por qué: «Perdón, no bailo». Desde aquel punto me puse taciturno,

y me quedé solo entre desconocidos, cayendo en mi timidez ordinaria que fué creciendo á cada punto. En silencio, no me moví del mismo lugar casi en toda la noche.



Durante el vals una de las princesas se me acercó y con la amabilidad oficial de que hacía gala toda la familia, me preguntó por qué no danzaba... Recuerdo lo mucho que me intimidó esta pregunta, pero al mismo tiempo, y contra mi más íntima voluntad, una sonrisa de satisfacción iluminó mi rostro y empecé á decir en francés y en frases enfáticas tan enormes tonterías que aun hoy, después de los años transcurridos, siento una gran vergüenza de mí mismo. Sin duda era la música lo que obraba de este modo sobre mí, excitando mis nervios.

Hablé de la alta sociedad, de la tontería de los hombres y de las mujeres, y llegó un punto en que me hube de parar en el momento de ir á pronunciar una palabra que de ningún modo podía ser dicha allí.

Aún la princesa, mujer acostumbrada al trato mundano, se quedó confusa y me miraba con aires de reproche, pero yo continuaba sonriendo estúpidamente. En ese momento crítico, Volodia, que me vió hablar con calor y deseó sin duda saber cómo me desquitaba hablando de mi negativa á danzar, se nos acercó junto con Dubkov; pero al ver mi rostro sonriente y la cara de espanto que ponía la princesa y sobre todo al oír la inmensa tontería con que puse fin á mi discurso, se ruborizó y se alejó sin decirme nada. La princesa se levantó y se alejó también, pero yo me quedé sonriendo, aunque la conciencia de mi simpleza me hizo sufrir mucho, tanto, que sentí ganas de meterme bajo tierra, experimentando entonces la necesidad de moverme, de agitarme á toda costa, diciendo ó haciendo algo para destruir una tan ridícula situación.

Me acerqué á Dubkov y le pregunté si había bailado muchos valsos con *ella*. Fingí frivolidad y alegría, pero en realidad iba mendicando auxilio de ese mismo Dubkov al cual había insultado en casa de Iar, gritándole: «Callaos!» Dubkov hizo como si no me oyese y se alejó. Me fui entonces á Volodia, y haciendo un esfuerzo sobrehumano le dije, tratando de dar á mi voz el tono chancero: «Anda, Volodia, mucho bailas; te hallarás ya reventado!» Pero



Volodia me miró, como diciéndome: «Así hablas conmigo únicamente estando solos», y sin decirme tampoco nada se alejó igualmente, quizás temiendo que me cogiese á él. «Pero, Dios mío, también mi hermano me abandona!» pensé.

No obstante, no hallé en mí la fuerza para marcharme, y permanecí medio escondido, en el mismo sitio, hasta el fin de la velada. Y cuando ya todos reunidos en la antesala para marcharnos, me puso el criado el abrigo sobre los hombros y con el movimiento que hizo me levantó el sombrero, que por poco se me cae al suelo, exclamé riendo: «Esto sí que es gracioso!» pero en verdad no tenía en aquel momento sino grandes ganas de llorar, con las lágrimas á punto de saltárseme de los ojos.

XXXIX

La gran orgía

AUNQUE, gracias á la influencia de Dmitri, no me entregué nunca del todo á esas fiestas estudiantiles que ellos llamaban *orgías*, no obstante, este mismo invierno pude tomar parte en una de esas fiestas, pero la impresión que guardo de ella no es por cierto muy agradable. He aquí cómo sucedió la cosa.

Al principio de año, estando en clase, el barón de Z... un joven de elevada estatura, muy rubio, de fisonomía correcta y grave, nos invitó á todos para una gran fiesta de estudiantes. «Todos» quiero decir los camaradas más ó menos *comme il faut* de nuestra clase, entre los cuales no se hallaban ni Grapp, ni Semenov, ni Operov, ni todos los demás escolares de poco más ó menos. Volodia sonrióse despreciativamente cuando supo que yo asistía á una fiesta de estudiantes del primer año, pero yo esperaba divertirme lo indecible en esa velada, donde se pasarían cosas por mí totalmente ignoradas, y á las ocho en punto, hora previamente señalada, llegaba yo á casa del barón de Z...

El barón de Z..., desabrochada la levita y con chaleco blanco, recibía á sus invitados en el salón profusamente iluminado, en el pequeño hotel donde habitaba con sus padres, quienes para esta ocasión le habían cedido las habitaciones de ceremonia. En el corredor, se percibían, medio escondidas tras las puertas, las faldas y las curiosas cabezas de las criadas de la casa, atraídas por el

anuncio de que había de ser la casa invadida por jóvenes de la Universidad. Eramos en totalidad unos veinte invitados, todos estudiantes menos el señor Frost, que acompañaba á Ivine, y un señor vestido de paisano, de mejillas muy encarnadas, que había de dirigir el orden de la fiesta y quien era presentado como un pariente del barón y antiguo estudiante de la Universidad de Derpt.



La luz demasiado viva y los muebles severos y graves del salón, parecidos á los de todos los salones, mantuvieron al principio cierta frialdad entre todos esos jóvenes ganosos de divertirse, aunque ninguno sabía cómo; casi todos nos estábamos quietos sentados en los sillones ó en el sofá sin atrevernos apenas á hablar. Tan sólo algunos más osados, al frente de los cuales se había puesto el estudiante de Derpt, iban de un lado á otro, charlando y riendo, sobre todo este último, quien empezó por quitarse la levita y, con el chaleco desabrochado, parecía hallarse al mismo tiempo en todas partes, llenando el salón y las salas contiguas con su voz de tenor agradable y sonora.

Ya he dicho que la mayoría de los estudiantes callaban ó hablaban sosegadamente de los profesores, de las ciencias, de los exámenes, en general de asuntos serios é interesantes. Todos sin excepción dirigían de vez en cuando miradas á la puerta del comedor, y aunque todos procuraban disimularlo, su expresión decía bien claro: «Bueno, ya sería tiempo de empezar». También á mí me parecía que era tiempo de empezar, aunque no sabía á punto fijo qué es lo que había de *empezar*...

Después del té, que los criados sirvieron á los invitados, el estudiante de Derpt preguntó á Frost, en ruso:

—Sabes tú hacer el ponche, Frost?

—Oh! sí,—dijo Frost, poniendo las piernas en elegantísima postura.

—Entonces, puedes encargarte de ese trabajo.—Se tuteaban, como antiguos estudiantes de la Universidad de Derpt. Frost, entonces, con sus grandes piernas arqueadas y musculosas, empezó á hacer viajes desde el comedor al salón y desde el salón al comedor, dejando por fin sobre la mesa una gran fuente y un grueso pan

de azúcar y colocando sobre la fuente tres espadas cruzadas. Mientrastanto, el barón de Z... no hacía más que ir del uno al otro de los invitados y, sin dejar de vista la fuente con las espadas, las cuales parecían causarle cierta desazón, decía á todos lo mismo: «Bien, señores, bebamos al estilo de estudiantes, en círculo, pues en nuestra clase no puede decirse que reine el verdadero compañerismo. Pero, desabrochaos... ó mejor será que os quitéis la levita, como él ha hecho ya!» En efecto, el estudiante de Derpt, remangada la camisa hasta más arriba de los codos, y separadas las piernas se disponía á pegar fuego al ron, haciendo los más enfáticos ademanes.

—Señores, apagad las bujías!—gritó de pronto el estudiante de Derpt, pero con voz tan potente como si todos nosotros hubiésemos gritado á un tiempo. Pero todos nosotros, en silencio, no hacíamos más que mirar ora la gran fuente, ora la camisa blanca del estudiante de Derpt, comprendiendo que el momento solemne había llegado por fin.

—Apaga las bujías, Frost!—gritó otra vez, pero en alemán, el estudiante de Derpt. Entonces nos lanzamos todos á apagar bujías y quedó la estancia á oscuras, no percibiéndose casi nada más que las mangas de la blanca camisa del estudiante y sus manos sosteniendo el pan de azúcar por encima de la azulada y movediza llama del ron. Ya no se oía solamente la voz de tenor agudísima del estudiante de Derpt, pues todos reíamos y cantábamos ó hablábamos estruendosamente. Algunos estudiantes se quitaron la levita, sobre todo aquellos que llevaban camisa limpia y planchada de nuevo; yo fui uno de estos, pues comprendí que, en efecto, la orgía había comenzado ya. Aunque no era la cosa muy alegre ni divertida hasta entonces, me convencí firmemente de que sin duda llegaría á lo admirablemente grande cuando hubiésemos tragado cada uno un vaso de la bebida que se estaba preparando. Por fin, quedó hecho el ponche, y el estudiante de Derpt, manchando horrorosa-



mente la mesa, llenaba los vasos y gritaba: «Ea! señores, empecemos ya!» Cuando cada uno de nosotros tuvo en la mano su vaso lleno, rebosante del caliente líquido, el estudiante y Frost entonaron una canción alemana... y todos nosotros les seguimos en el más completo desorden; empezamos á trincar los vasos, cantando y gritando como energúmenos, alabando el ponche y bebiendo cogidos el uno del brazo del otro, como verdaderos camaradas, bebiéndonos grandes tragos del licor fuerte y dulce. Ya no había que esperar nada más, la orgía había llegado á su apogeo, y cuando hubé bebido un gran vaso de ponche me llenaron otro vaso. Mi pulso se aceleraba y batía con fuerza, la luz me parecía de un rojo oscuro, á mi alrededor todos reían y vociferaban, y, sin embargo, aquello no solamente no tenía nada de alegre, sino que estaba hasta convencido de que lo mismo yo que todos los demás nos aburríamos soberanamente, pero que todos también, no sé por qué, nos creíamos obligados á parecer alegres. Quizás el único que no fingía era el estudiante de Derpt. Cada vez con la cara más encendida y cada vez con más entusiasmo, iba llenando los vasos de todos y manchando horriblemente la mesa, que estaba ya hecha un asco. No recuerdo bien todo lo que sucedió después ni cómo sucedió, sé únicamente que aquella noche fuí un entusiasta admirador de Frost y del estudiante de Derpt, que me aprendí de memoria la canción alemana y que les besé á los dos en medio de la boca llena de azúcar. Recuerdo también que aquella misma noche odí ferozmente al estudiante de Derpt, que quise tirarle una silla á la cabeza y que no sé cómo me contuve; recuerdo además, que, aparte la gran dejadez que noté en todos mis miembros cuando la comida en casa de Iar, me hacía la cabeza tanto daño y giraba entorno mío todo de tal manera que tuve miedo de morirme allí mismo. Recuerdo también que nos sentamos todos en el suelo y que agitando los brazos para imitar el movimiento de los remos cantamos la célebre canción: «Al bajar por las aguas del padre Volga...» y recuerdo que en aquel preciso instante yo pensaba: «He aquí una cosa que no debiéramos hacer». Recuerdo que tendido en el suelo empecé una lucha á la manera de los tziganos y que luchando causé grave daño en el cuello de no sé quien y que yo pensé que esto no hubiera sucedido si éste «no sé quien» no hubiese estado borracho. También recuerdo que cenamos y que bebimos todavía algo más, que yo salí al patio para refrescar mi ardiente cabeza, que luego sentí frío en ella, que al marcharnos estaba todo muy oscuro, muy negro, que el estribo del coche se había puesto resbaladizo... Pero lo que principalmente recuerdo

es que fuí un verdadero imbécil durante toda aquella noche fingiendo estar alegre y que me gustaba mucho el beber y que no estaba borracho, cuando nada de esto era verdad y comprendía que todos los demás hacían lo mismo, cometiendo una idéntica tontería. Parecióme que á cada uno de por sí le era aquello tan desagradable como á mí, pero que creyendo ser el solo que experimentara semejante impresión, cada uno hallaba necesario aparentar alegría para no turbar la alegría de los otros; además, aunque parezca extraño, me creí obligado al fingimiento porque en la gran fuente habían echado tres botellas de *champagne* de diez rublos cada una y diez botellas de ron, á cuatro rublos, lo que hacía un total de setenta rublos, sin contar la cena. Estaba tan convencido de todo esto que al día siguiente, en la Universidad, me quedé muy sorprendido al ver que mis camaradas que habían asistido á la fiesta dada por el barón de Z... no solamente no se avergonzaban de contar lo que habían hecho allí sino que lo explicaban de modo que los demás pudiesen entenderlo bien. Decían que fué una fiesta extraordinaria y sorprendente, que los estudiantes de Derpt son maestros en tales negocios, que veinte personas se bebieron cuarenta botellas de ron, y que muchos de los convidados fueron á parar bajo la mesa completamente borrachos. No pude entonces comprender por qué contaban con tanta satisfacción cosas tales, y menos aun porque mentían de ese modo.

XL

Mi amistad con los Nekhludov

DURANTE ese invierno ví con mucha frecuencia, no tan sólo á Dmitri, sino también á toda su familia, con la cual empezaba á tener estrechas relaciones.

Las señoras Nekhludov, — la madre, la hija y la tía — pasaban siempre la velada en casa, y á la princesa le gustaba que fuesen á verla jóvenes que, según decía ella, supieran pasarse toda una noche sin cartas y sin danzas. Pero, sin duda, habría muy pocos hombres de una fuerza semejante, pues yo iba casi todas las noches á su casa y no recuerdo haber hallado en ella muy numerosas visitas. Me acostumbé al trato con las personas de esa familia, con sus diversos caracteres, y llegué á hacerme una clara idea de sus relaciones recíprocas. Me habitué al modo de ser de aquella casa, me familiaricé con sus muebles y sus habitaciones, y en no habiendo en ella gente extraña me sentía libre y dueño de mí mismo, menos cuando me hallaba á solas con Varenka; me parecía que, como no era muy hermosa, hubiera deseado que me enamorase de ella. Pero también esta especie de confusión en mis sentimientos empezó pronto á desaparecer. Demostraba serle de tal manera indiferente hablar conmigo, con su hermano ó con Lubov Sergueievna, que me acostumbé al fin á mirarla simplemente como á una persona que no ve ni peligro ni placer alguno en estar en compañía de uno. Mientras duraron nuestras relaciones la encontré unas

veces muy fea, otras veces no tan fea, pero jamás me pregunté si estaba ó no enamorado de ella. Algunas veces hablaba con ella directamente, pero con mayor frecuencia al hablar con Varenka me dirigía á Lubov Sergueievna ó á Dmitri, y esta manera de hablar con la joven me gustaba infinitamente más. Hallaba un gran placer en hablar en su presencia, y también me gustaba oírle cantar ó leer, y en general estar donde ella estuviese; pero la idea de mis relaciones futuras con Varenka, y aquella otra de sacrificarme en aras del amor de Dmitri por mi hermana se me ocurrían ya muy raramente. Y si acaso alguna vez pensaba en ello, sintiéndome feliz con lo presente, procuraba alejar de mí esas preocupaciones del porvenir.

No obstante, y á pesar de tan íntimas aproximaciones, continué creyendo que era mi deber estricto disimular á los Nekhludov y sobre todo á Varenka mis verdaderos sentimientos y mi inclinación, tratando de mostrarme muy diferente de cómo era en realidad y aún cómo no puede en realidad ser hombre ninguno.

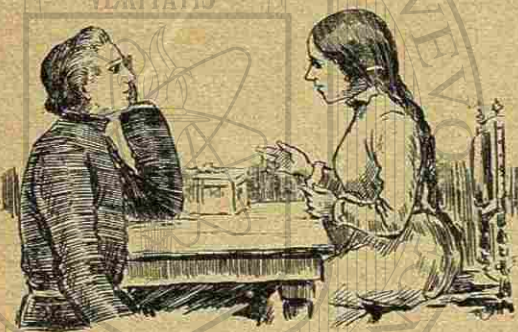
Me esforzaba en parecer entusiasta, apasionado; prorrumpía á lo mejor en grandes exclamaciones y hacía gestos que expresaran mi pasión cuando quería significar que algo me gustaba mucho; y al mismo tiempo de esto trataba de aparecer indiferente por todo lo que fuese de veras extraordinario, esforzándome en parecer burlón, malo, implacable y al propio tiempo uno de los más finos observadores; trataba de parecer lógico en todos mis actos, preciso y puntual en la vida, y sin embargo, afectaba al mismo tiempo un gran desdén por las cosas materiales. Puedo afirmar que era mucho mejor en realidad de lo que me esforzaba en parecer. No obstante, tal y cómo me ofrecía, los Nekhludov me amaban y aún creo que, felizmente para mí, no lograba engañarles con mis fingimientos. Únicamente Lubov Sergueievna, que me consideraba como al peor de los egoístas, ateo y burlón, creo que no me quería mucho; con frecuencia discutía conmigo, se enfadaba y me lanzaba alguna de sus frases cortas y no siempre lógicas ó pertinentes. Pero Dmitri conservaba con ella las mismas extravagantes relaciones de siempre, más que amistosas, y decía que nadie sabía comprenderle tan bien como ella y que le hacía mucho bien. Esta extraña amistad continuaba teniendo contrariada á toda su familia.

Un día Varenka, hablando conmigo de esta amistad ó amor incomprensible para nosotros todos, me lo explicó del modo siguiente:

—Dmitri tiene mucho amor propio. Es demasiado orgulloso y á pesar de todo su talento gusta mucho de las alabanzas y de la

admiración de los demás; quiere ser el primero en todas partes, y *lía pobre*, en la inocencia de su alma candorosa, está en constante admiración delante de él y no tiene tacto bastante para disimular esta admiración; de donde resulta que le está alabando sin cesar y sin fingimiento, con toda franqueza.

Recuerdo que después, discutiendo con ella misma este razonamiento, no pude menos de pensar que Varenka era una mujer muy inteligente, y á consecuencia de esto la levanté mucho en mi estimación. Esta especie de rehabilitación debida al talento que



descubrí en ella, junto con sus demás excelentes prendas morales, aunque me causó un grato placer, fué parcamente medida por mí y nunca la llevé hasta el entusiasmo. De manera que cuando Sofía Ivanovna, que hablaba siempre de su

sobrino, me contó un día que Varenka, cuando tenía apenas cuatro años, dió una vez sus vestidos y sus zapatos á una pobre niña campesina, quedándose ella casi desnuda, no me pareció que este hecho hubiese de mejorar mi opinión acerca de ella y aún en mi interior me burlé de una concepción de las cosas tan poco práctica.

Cuando había gente extraña en casa de los Nekhludov, y algunas veces venían Volodia y Dubkov, muy contento de mí mismo y orgulloso de poderme tener por uno de los habituados de la casa, me quedaba detrás de todos y guardaba silencio escuchando lo que decían los demás. Y lo que decían me parecía tan tonto, que interiormente me extrañaba de que personas de tan clara inteligencia como la princesa y toda su familia pudiesen escuchar impasibles tamañas tonterías y aún responder á ellas. Si entonces se me hubiese ocurrido comparar lo que decían tales huéspedes con lo que pensaba yo mismo estando solo, sin duda no me hubiera sorprendido tanto. Menos me hubiera extrañado aun, si hubiese pensado en lo que decían los individuos de mi propia familia—Audotia, Lubotchka, Katenka—que no eran ciertamente inferiores al tipo medio, cuando se pasaban largas veladas hablando de cosas insus-

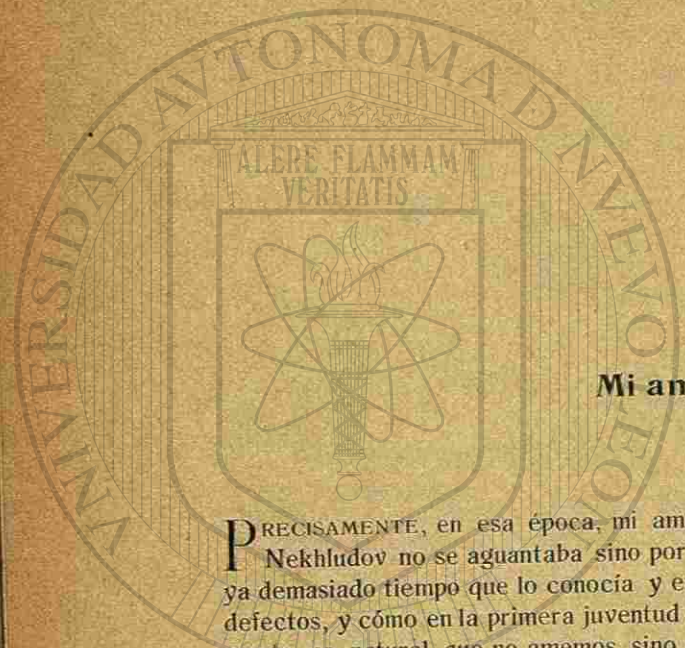
tanciales y riéndose con Dubkov, quien invariablemente se ponía á recitar, apoyado en algún mueble, aquellos versos:

En el banquete de la vida, infeliz convidado...

ó bien fragmentos de *El demonio* que declamaba con gran sentimentalidad.

Naturalmente que cuando había invitados, Varenka hacía menos caso de mí que cuando estábamos solos, y entonces no había lectura ni música, que á mí tanto me gustaba oírle. Cuando hablaba con los invitados, perdía para mí todo su encanto, que consistía en su tranquilo y firme razonamiento. Recuerdo la profunda extrañeza que me causaba en sus conversaciones con mi hermano sobre el teatro y sobre el tiempo que hacía, sabiendo que esto era lo que Volodia despreciaba más en el mundo y sabiendo que también Varenka se burlaba siempre de las conversaciones cuyo tema era el tiempo ú otros igualmente insustanciales.—Yo no sabía comprender porque al hallarse uno enfrente del otro no sabían sino decirse las más estupendas tonterías, como si tuviesen vergüenza el uno del otro. Cada vez que la oía sostener conversaciones de esta índole, me enfadaba interiormente contra Varenka; y al día siguiente me burlaba de los invitados, quienes quiera que fuesen, y hallaba todavía mayor placer en hallarme solo en medio de la familia de los Nekhludov.

Cómo quiera que sea, es lo cierto que yo empezaba á hallar mayor gusto en hallarme reunido con toda la familia de Dmitri que con Dmitri á solas.



XLI

Mi amistad con Dmitri

PRECISAMENTE, en esa época, mi amistad con el príncipe de Nekhludov no se aguantaba sino por un simple cabello. Hacía ya demasiado tiempo que lo conocía y examinaba para no hallarle defectos, y cómo en la primera juventud si amamos es apasionadamente, es natural que no amemos sino á los hombres perfectos. Pero cuando las brumas de la pasión empiezan á esclarecerse y á través de ellas pasan los rayos del razonamiento y vemos el objeto de nuestra pasión en su aspecto verdadero, con todas sus cualidades y con todos sus defectos, únicamente éstos, como cosa no esperada que son, se proyectan en sombras exajeradas ante nuestros ojos recién iluminados; la novedad, el deseo de saber y la creencia de que la perfección, en los demás, no es nunca imposible, nos inclinan no tan sólo á la frialdad, sino que contribuyen á disgustarnos del que era antiguo objeto de nuestra pasión, y cruelmente lo abandonamos para correr tras de una perfección nueva. Si no fué enteramente esto lo que me sucedió con Dmitri, débese tan sólo á la obstinada devoción que sin motivo alguno se empeñaba en guardarme, más hija de la cabeza que del corazón, la cual no quise, empero, traicionar. Por otra parte, nuestra extravagante franqueza nos mantenía unidos. Ambos teníamos miedo de que al separarnos quedasen en poder del otro todos los secretos que nos habíamos confiado, algunos de ellos vergonzosos para nosotros

mismos. No obstante, era indudable que hacía tiempo habíamos dejado en completo olvido nuestra antigua regla de franqueza; con frecuencia, por el contrario, nos servía de gran estorbo y establecía entre nosotros las más extrañas relaciones.

Durante ese invierno me hallé muchas veces en casa de Dmitri con su antiguo compañero de Universidad, el estudiante Bezobiedov, trabajando juntos. Bezobiedov era pequeño, delgado, con unas manos minúsculas y manchadas de rojo; sus cabellos eran de un rubio encendido, muy espesos y nunca los llevaba peinados; iba siempre mal vestido y sucio; además, era no solamente poco instruído sino que trabajaba también pésimamente. Las relaciones de Dmitri con él me eran tan incomprensibles como las que mantenía con Lubov Sergueievna. La única causa que le hubiese determinado á trabar relaciones con él, escogiéndole entre todos sus camaradas, no podía ser otra que ésta: en toda la Universidad no había estudiante cuyo exterior ó apariencia fuese más repugnante que la de Bezobiedov, y sin duda por esto, por ir en contra de todo el mundo, se había complacido Dmitri en otorgarle su amistad. En sus relaciones con ese estudiante, parecía á cada momento descubrirse este orgulloso sentimiento: «Ya veis que para mí importa muy poco lo que sois cada uno; para mí todos sois iguales. Amo á éste porque es bueno».



A mí me sorprendía que Dmitri se mantuviese en una tan continuada compresión de sus sentimientos, y me preguntaba también cómo el infeliz Bezobiedov consentía en una situación para él tan desagradable. La verdad es que su amistad me repugnaba en extremo.

Un día fui á casa de Dmitri con la intención de pasarme algunas horas en el salón, hablando con la princesa ó escuchando la lectura ó la música de Varenka. Pero Bezobiedov se hallaba con Dmitri en su cuarto, y al pedirle que bajásemos al salón me contestó rudamente:

—No puedo, ya ves que tengo aquí un amigo... Además, no me parece que se pase muy divertido el tiempo abajo!

Aunque la idea de estarme dos horas en compañía de Bezobiedov no me halagase mucho, no me atreví á bajar solo al salón, y

disgustado por la extravagante salida de mi amigo, me eché en la mecedora, dispuesto á pasarlo lo mejor posible, aún sintiéndome irritado contra Dmitri y contra Bezobiedov por haberme privado del placer de pasar un buen rato en el salón. Esperando, sin embargo, que Bezobiedov se marchase de un momento á otro, escuché, sin decir palabra, su conversación. «Vaya un huésped agradable!» pensé cuando trajo el té el criado, y aún creció mi irritación cuando cinco veces seguidas Dmitri le invitó á que tomase el té, que Bezobiedov rechazaba siempre diciendo: «Tomadlo vos».—Durante toda la noche se esforzó Dmitri en mantener conversación tirada con su huésped y hasta varias veces intentó obligarme á tomar parte en la conversación, pero en vano, pues yo permanecía callado siempre, con el aire más lúgubre que podía dar á mi persona.

«Nada, es imposible; no existe aun quien pueda siquiera sospechar que me aburro ó que me causa enojo», venia á expresar la fisonomía de Dmitri; mas, en silencio, yo continuaba en mi balanceo. Hallando en ello cierto placer, me esforzaba en encender en mí un sentimiento de sorda cólera contra mi amigo. «Vaya un tontol pensaba, podría pasarse una muy agradable velada en compañía de su amable familia; pues no, se queda con este animal, y el tiempo pasa y pronto será ya demasiado tarde para bajar al salón». Y desde el rincón donde estaba sentado, contemplaba á mi amigo: su mano, su cuello, su postura y sobre todo sus puntiagudas rodillas me eran insoportables, no podía sufrir su vista, de manera que con gran placer le hubiera causado en aquel momento algún disgusto, aunque hubiese sido un gran disgusto.

Finalmente, levantóse Bezobiedov; pero Dmitri no podía dejar que se fuese así como así un tan excelente y tan agradable amigo, y le invitó para que se quedase á dormir; por fortuna, Bezobiedov no lo aceptó y se fué enseguida.

Dmitri lo acompañó hasta la puerta y volvió al cuarto, con una sonrisa de satisfacción en los labios y frotándose las manos,—sin duda porque fatigado ya de fingir, sentíase finalmente libre. Empezó á pasearse por la estancia, dirigiendo hacia donde yo estaba muy raras miradas, con lo cual me disgustó aun más. «Pero cómo diablos se atreve á pasearse de este modo?»

—Por qué te enfadas?—me dijo de pronto parándose delante de mí.

—No me enfado—contesté como se contesta siempre en casos semejantes.—Solamente, lo que me desespera es ver cómo finges conmigo, con Bezobiedov y contigo mismo.

—Vaya una tontería! No finjo nunca, ni contigo ni con nadie.

—Yo no he olvidado nuestra promesa de comunicárnoslo todo francamente, y voy á decirte lo que pienso. Bezobiedov te molesta, como me molesta á mí, porque es un gran simple, que Dios sabe de donde ha salido; pero te gusta y te es agradable hacerte el importante en su presencia...

—No! nada de eso... y ante todo he de decirte que Bezobiedov es un hombre agradabilísimo.

—Bueno, si así lo quieres; pero yo te diré también que tu amistad con Lubov Sergueievna viene igualmente de que te considera como á un dios.

—Pues yo te digo que no!

—Pues yo te digo que sí!... porque lo sé por mi propia experiencia,—exclamé con todo el calor del despecho hasta entonces contenido; y queriendo desarmarle con un rasgo de franqueza, le dije así:—Lo que te digo es que siempre he creído amar á las personas que me dicen cosas agradables ó halagadoras; pero, cuando lo pienso bien, veo que no existe en estos casos una verdadera amistad, que no se trata sino de la satisfacción de mi amor propio.

—No!—exclamó Dmitri haciendo aquel ademán tan suyo, como quien trata de arreglarse la corbata,—cuando yo amo de veras, ni las alabanzas ni las injurias pueden cambiar mis sentimientos.

—Esto no puede ser verdad. Recuerda que yo te he confesado que cuando papá me ha dicho alguna mala palabra he sentido contra él un odio tan profundo que he llegado á desear su muerte. Tú mismo...

—Habla por tí. Y cree que es muy lamentable que seas cómo dices...

—Al contrario,—grité pegando un brinco y mirándole en los ojos con el valor que da la desesperación,—no es cierto lo que dices. No me hablaste un día de mi hermano?... No es que te lo eche en cara; pero no me hablaste de él?... Ahora te diré, sin embargo, cómo te comprendo yo...

Y tratando de molestarle más hondamente que él á mi, empecé á demostrarle que no amaba á nadie, echándole además en cara



todo lo que, según mi parecer, podía reprocharle. Luego quedé satisfecho de habérselo dicho todo, olvidándome de que precisamente el único objeto que podía haberme propuesto, el cual no era otro que el de molestarle, no lo había de lograr hallándose tan excitado. Siendo la verdad que cuando se hallaba en su estado normal, que es cuando podía tener mayor eficacia mi acusación, no le hablaba nunca de esto.

La discusión empezaba ya á transformarse en disputa, cuando súbitamente Dmitri se calló y abandonó la estancia. Yo le seguí hablando todavía, pero él no me contestó ya una sola vez. Yo sabía perfectamente que en la lista de sus defectos figuraban los raptos de cólera y comprendí que en aquel momento no hacía sino grandes esfuerzos para contenerse... Cien veces maldije esa lista.

Aquí tenéis á lo que nos condujo nuestra regla de *decirnos el uno al otro todo lo que sintiéramos y de no decir nunca á los demás lo que mutuamente nos hubiésemos confesado*. A veces nos dejábamos llevar por la franqueza hasta llegar á las confesiones más humillantes, y tomábamos, para vergüenza nuestra, las suposiciones y los sueños por verdaderos sentimientos ó deseos, como por ejemplo lo mismo que acababa de decirle; pero todas estas confesiones no tan sólo no fortalecían los lazos de nuestra amistad, sino que secaban el propio sentimiento y nos desunían más cada vez. En aquel mismo instante, en el calor de la discusión, el amor propio le impedía hacer la más sencilla de las confesiones, y al contrario, en nuestras querellas nos servíamos de las armas que nos habíamos dado el uno al otro y con las cuales nos hacíamos un daño terrible.



XLII

Mi madrastra

Nos dijo papá que no vendría á Moscova con su mujer sino pasado año nuevo, y sin embargo se nos presentó en otoño, en el mes de octubre, cuando había todavía en el campo mucha caza que correr. Papá dijo que había cambiado de parecer porque su pleito debía verse por aquel entonces en el Tribunal Supremo; pero Mimi contaba que Audotia Vasiliévna se aburría en el campo, estaba siempre hablando de Moscova y se fingía enferma todos los días, hasta que papá resolvió satisfacer sus deseos: «Porque no le ha amado jamás, aunque ha fatigado los oídos de todo el mundo con su amor, pues ella no quería sino casarse con un hombre rico...» acababa diciendo Mimi lanzando un hondo suspiro que parecía decir: «No se han portado así con él *ciertas personas*, que él no ha sabido apreciar».

Esta acusación era manifiestamente injusta, pues Audotia Vasiliévna quería á papá con amor apasionado, descubriéndose el sacrificio de sí misma en cada uno de sus actos, de sus palabras, de sus gestos. Pero este amor no le privaba sin embargo de desear un magnífico sombrero con plumas de avestruz, ó bien un vestido de terciopelo azul de Venecia, con grandes escotados que dejasen ver la hermosa garganta y los redondos brazos cuya vista no habían podido gozar hasta entonces sino su marido ó sus criadas. Naturalmente, Katenka era del partido de su madre, y entre nosotros

todo lo que, según mi parecer, podía reprocharle. Luego quedé satisfecho de habérselo dicho todo, olvidándome de que precisamente el único objeto que podía haberme propuesto, el cual no era otro que el de molestarle, no lo había de lograr hallándose tan excitado. Siendo la verdad que cuando se hallaba en su estado normal, que es cuando podía tener mayor eficacia mi acusación, no le hablaba nunca de esto.

La discusión empezaba ya á transformarse en disputa, cuando súbitamente Dmitri se calló y abandonó la estancia. Yo le seguí hablando todavía, pero él no me contestó ya una sola vez. Yo sabía perfectamente que en la lista de sus defectos figuraban los raptos de cólera y comprendí que en aquel momento no hacía sino grandes esfuerzos para contenerse... Cien veces maldije esa lista.

Aquí tenéis á lo que nos condujo nuestra regla de *decirnos el uno al otro todo lo que sintiéramos y de no decir nunca á los demás lo que mutuamente nos hubiésemos confesado*. A veces nos dejábamos llevar por la franqueza hasta llegar á las confesiones más humillantes, y tomábamos, para vergüenza nuestra, las suposiciones y los sueños por verdaderos sentimientos ó deseos, como por ejemplo lo mismo que acababa de decirle; pero todas estas confesiones no tan sólo no fortalecían los lazos de nuestra amistad, sino que secaban el propio sentimiento y nos desunían más cada vez. En aquel mismo instante, en el calor de la discusión, el amor propio le impedía hacer la más sencilla de las confesiones, y al contrario, en nuestras querellas nos servíamos de las armas que nos habíamos dado el uno al otro y con las cuales nos hacíamos un daño terrible.



XLII

Mi madrastra

Nos dijo papá que no vendría á Moscova con su mujer sino pasado año nuevo, y sin embargo se nos presentó en otoño, en el mes de octubre, cuando había todavía en el campo mucha caza que correr. Papá dijo que había cambiado de parecer porque su pleito debía verse por aquel entonces en el Tribunal Supremo; pero Mimi contaba que Audotia Vasiliévna se aburría en el campo, estaba siempre hablando de Moscova y se fingía enferma todos los días, hasta que papá resolvió satisfacer sus deseos: «Porque no le ha amado jamás, aunque ha fatigado los oídos de todo el mundo con su amor, pues ella no quería sino casarse con un hombre rico...» acababa diciendo Mimi lanzando un hondo suspiro que parecía decir: «No se han portado así con él *ciertas personas*, que él no ha sabido apreciar».

Esta acusación era manifiestamente injusta, pues Audotia Vasiliévna quería á papá con amor apasionado, descubriéndose el sacrificio de sí misma en cada uno de sus actos, de sus palabras, de sus gestos. Pero este amor no le privaba sin embargo de desear un magnífico sombrero con plumas de avestruz, ó bien un vestido de terciopelo azul de Venecia, con grandes escotados que dejasen ver la hermosa garganta y los redondos brazos cuya vista no habían podido gozar hasta entonces sino su marido ó sus criadas. Naturalmente, Katenka era del partido de su madre, y entre nosotros

y nuestra madrastra establecieron de golpe las más extravagantes y aún divertidas relaciones. En el momento de descender Audotia del carruaje, Volodia con aspecto el más serio y mirada vaga, se le acercó, le hizo una gran reverencia y le besó la mano diciendo:

—Tengo el honor de felicitar cordialmente á nuestra encantadora mamá y de besar con todo respeto su blanca mano.

—Ah! querido hijo mío!—exclamó Audotia con su monótona sonrisilla de siempre.

—No olvidéis á vuestro segundo hijo!—hice yo á mi vez avanzando para besar su mano y tratando involuntariamente de imitar la expresión y la voz de Volodia.



Si nosotros y nuestra madrastra hubiésemos estado unidos por mutua simpatía, esa expresión hubiera demostrado negligencia en la demostración de nuestro afecto; si hubiésemos estado mal dispuestos los unos con respecto á los otros,

hubiera podido indicar ironía ó el deseo de fingir en presencia de nuestro padre y disimular nuestros verdaderos sentimientos. Pero en el presente caso, la expresión adoptada, que se avenía muy bien con el espíritu de Audotia Vasilievna, no significaba absolutamente nada, sirviendo tan sólo para disimular la ausencia de todo sentimiento. Más tarde he podido observar que en las familias cuyas relaciones no son buenas del todo, se tratan siempre como en broma los unos á los otros, y esto es lo que hicimos nosotros involuntariamente con la mujer de nuestro padre, guardando siempre con ella una cortesía afectada. Hablábamos con ella en francés, le hacíamos grandes reverencias y la llamábamos *querida mamá*, á todo lo cual contestaba ella siempre con alguna broma del mismo género y con su monótona sonrisilla. Únicamente la lloricona Lubotchka, con sus conversaciones siempre ingenuas y su figura poco graciosa, era la que de veras amaba á nuestra madrastra, y muchas veces, no siempre con el mejor acierto, trataba de ponerla en buenas relaciones con la familia. He aquí porque fué Lubotchka la única persona á quien, á parte el apasionado amor que tenía á papá, tuvo Audotia un poco de afección verdadera. Hasta, y esto sí que me

extrañó no poco, sentía por la muchacha un profundo é indudable respeto.

En los primeros tiempos, Audotia, llamándose á sí misma «madrastra», gustaba repetir que las familias juzgan siempre mal á las mujeres que tienen una tan falsa situación, con injusticia casi siempre, por lo cual hácese penosa la existencia de la madrastra. Pero lo cierto es que aún conociendo las desventajas de su posición en la familia, nunca hizo nada para evitarlas ó atenuarlas, cuando tan fácil le hubiera sido, dado su carácter, halagar á uno, hacer un regalito á otro, no reñir con nadie; pero no solamente no hizo nada de esto sino que, aún sin esperar el ataque, estaba siempre pronta á la defensa, en la suposición constante, no del todo infundada, de que en la familia todos buscaban, por cualquier medio, causarle disgustos y aún ofenderla. Parecíale ver en todos y siempre nada más que deseos de molestarla, y creyó que su dignidad consistía en soportarlo todo en silencio; y naturalmente, con su actitud llena de reservas, en vez de conquistarse simpatías, no hacía más que aumentar la hostilidad contra sí misma.

Además, carecía en absoluto de esa capacidad de *comprensión* de que he hablado ya, y sus costumbres eran también tan contrarias á las nuestras, que la multitud de pequeños hechos que de todo esto se derivaban nos disponía ya en contra suya, viviendo en nuestra casa siempre como si acabase de llegar á ella. Se levantaba ó se retiraba á veces muy tarde, á veces muy temprano; unos días comparecía á comer, otros no comparecía; ora cenaba, ora no... Habitualmente, cuando no había en casa gente forastera, no acababa de vestirse y no le importaba presentarse delante de los criados llevando solamente una especie de bata blanca, con un chal sobre los hombros y los brazos desnudos.

Primeramente me gustó esa sencillez, pero muy pronto, á causa de esta misma sencillez, empecé á perderle el poco respeto que le tenía. Otra cosa muy extraña pude observar, y es que Audotia se mostraba bajo dos aspectos diferentes, según había en casa gente forastera ó no; delante de las visitas aparecía como una mujer joven, fuerte, fría, hermosa, ricamente vestida, ni tonta ni espiritual, mas siempre alegre; pero cuando no había en casa más que la familia, aparecía como fatigada, descuidada en todo y como aburrida, aunque siempre amorosa. Quien la viera sonriente, encendido el rostro por el frío del invierno, dichosa con la conciencia de su hermosura, al volver de hacer visitas, quitándose el sombrero delante del espejo, ó bien cuando con su soberbio traje de baile escotado, vergonzosa y llena de orgullo á la vez pasaba

por delante de los criados como una reina para subir al coche, ó bien cuando se daba en casa alguna pequeña velada y aparecía ella en su magnífico traje de seda con finísimas puntillas rodeando su delicado cuello... qué dirían los que en tales ocasiones la admiraban si la hubiesen visto como yo por la noche cuando, á medio vestir y despeñada, se paseaba como una sombra por las salas y salones, aguardando á su marido que volvía del club á media noche? A veces se sentaba al piano, y con una atención visiblemente afectada se ponía á tocar el único vals que sabía; otras veces tomaba una novela, leía algunas líneas y la tiraba enseguida; otras veces, para no despertar al criado, se iba al comedor y tomaba por sí misma algo de lo que hallaba en el aparador y se lo comía de pie junto á la puerta del mismo... Pero lo que más nos separaba de ella era la falta de *comprensión*, la cual se revelaba claramente en su costumbre de inclinar la cabeza y sonreír casi inconscientemente siempre que se le contaba algo que no la interesaba de veras, y de veras no se interesaba sino por su marido ó por ella misma... Pero la verdad es que esa inclinación de cabeza y esa sonrisilla, siempre repetidas, llegaron á hacérsenos insoportables. Su alegría, como si quisiese burlarse de sí misma y de los demás, no lograba nunca comunicarla á nadie, y su sensibilidad era excesivamente dulzona. Por encima de todo esto, no tenía ningún inconveniente en hablar á todo el mundo y á todas horas de su amor hacia papá; y ciertamente no mentía al afirmar que toda su existencia estaba en el amor de su marido, pues toda su existencia lo demostraba así; pero según nuestra comprensión especial, esta manera de repetir sin cesar y tan libremente la expresión de su amor resultaba repugnante; y cuando hablaba de esto mismo delante de gente extraña sentíamos por ella una vergüenza igual á cuando cometía alguna grave falta de francés.

Lo que más amaba ella en el mundo era su marido, y su marido la amaba también, sobre todo en los primeros tiempos, cuando observó que gustaba también á los demás. El único objeto de su vida era el de retener el amor de su marido, mas hubiérase dicho que lo hacía todo expreso para serle desagradable, poniéndole constantemente delante de los ojos la imagen de su amor y su deseo de sacrificarse por él.

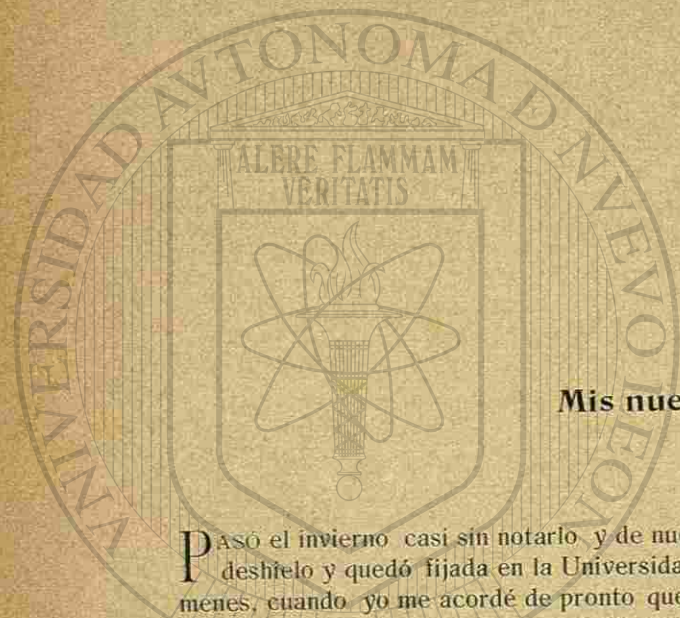
Mi padre tenía especial gusto en verla brillar en el mundo, excitando las alabanzas y la admiración de los hombres, y también á ella le gustaba aparecer triunfante en medio de los esplendores de la sociedad; pero Audotia sacrificó este gusto en aras del amor de su marido y creyendo gustarle así más, se acostumbró á per-

manecer en casa, descuidadamente vestida y nunca ataviada. Papá, que consideró siempre la libertad y la igualdad como una condición esencial en las relaciones de familia, creyó que Lubotchka y su nueva esposa se unirían por medio de una franca y sincera amistad; pero Audotia Vasilievna sacrificó su propia persona y creyó necesario mostrar á la *verdadera dueña* de la casa, como llamaba á mi hermana, un respeto fuera de lugar que disgustaba soberanamente á papá.

Durante ese invierno, mi padre jugó mucho y fuerte, y como es natural sufrió finalmente grandes pérdidas; pero, siguiendo su antigua costumbre, no quiso tampoco mezclar su vida de jugador con su vida de padre de familia, y no comunicó á nadie nada de esto. Audotia Vasilievna, siempre sacrificándose, á veces enferma y hacia los últimos del invierno ya en cinta, creía deber suyo aguardar á papá, cuando volvía del casino á las tres ó las cuatro de la madrugada, habiendo perdido gruesas cantidades y no estando por consiguiente de muy buen humor. Su mujer le preguntaba sonriente é inclinando la cabeza si había ganado ó si había perdido aquella noche, y con una grande indiferencia pintada en el rostro escuchaba las explicaciones de su marido, quien acababa por suplicarle que no le aguardase hasta tan tarde... Pero á Audotia nadie le quitaba de la cabeza que papá no volviese á aquellas horas de casa de alguna querida, por lo cual procuraba leer en el rostro de su marido sus deseos de amor...

A causa de esto y de otras muchas pequeñas mortificaciones, al finalizar el invierno, en que papá perdió en el juego grandes sumas y no estuvo siempre alegre, sus relaciones con su mujer empezaron á enfriarse, presentándose con intermitencia chispazos de aquel *odio* latente, de aquella especie de contenida aversión hacia el objeto un día tan querido, aversión que se manifestó en él con una tendencia inconsciente á molestarla con toda suerte de pequeños disgustos morales.





XLIII

Mis nuevos camaradas

Pasó el invierno casi sin notarlo, y de nuevo vino el tiempo del deshielo y quedó fijada en la Universidad la fecha de los exámenes, cuando yo me acordé de pronto que había de contestar á dieciocho diferentes materias que habían sido tratadas en mi presencia y de las cuales no me había enterado ni había tomado una sola nota. Lo extraño es que ni una sola vez se me hubiese ocurrido hacerme á mí mismo la pregunta de cómo haría los exámenes; pero en el fondo de mi conciencia pensaba: Los demás los pasarán y serán admitidos, aunque ninguno de ellos es hombre *comme il faut* en el grado que yo lo soy. Asistía á las clases por costumbre, porque mi padre me enviaba á estudiar. Además me había hecho ya con algunos amigos y me gustaba infinitamente la vida de estudiante, con su aturdidora alegría y sus infinitas travesuras, yendo de vez en cuando con los demás á beber aguardiente ó á comer pasteles en alguna de las casas que frecuentaban los alumnos universitarios. Apenas empezaron los estudiantes á asistir con mayor asiduidad á las clases, terminó su curso el profesor de física y se despidió; entonces se dedicaron los alumnos á poner en orden sus apuntes, confrontándolos unos con otros. Operov, con quien continuaba cambiando fríos saludos, me ofreció sus cuadernos y me invitó á trabajar con él, lo que acepté pensando que concediéndole este honor borraría pasados resentimientos. Aunque insistí para

que viniesen á trabajar todos á mi casa, pues tenía un cuarto magnífico, se convino que se haría un día en casa de cada uno de nosotros. La primera reunión se tuvo en casa de Zukhin, en un cuarto pequeño, y recuerdo que llegué tarde á la cita, empezado ya el repaso. El cuarto estaba lleno de humo de tabaco muy malo, sobre la mesa había una botella de aguardiente, un vaso, pan, sal y un hueso de cordero, y Zukhin, sin levantarse, me invitó á beber un vasito y me dijo que me



quitase la levita. Lo hice todo asimismo y para que no creyesen que me molestaba su compañía me tendí como los demás en el diván.

Zukhin iba leyendo en su cuaderno, y los demás escuchaban, interrumpiéndole de vez en cuando con alguna pregunta, acerca de la cual daba muy cortas, pero muy claras y comprensibles explicaciones. Me puse también á escuchar, pero sin comprender gran cosa, pues desconocía los precedentes, y se me ocurrió hacer una pregunta.

—Vaya, querido!— dijo Zukhin.—Se ve que no podéis seguirnos, pues estáis muy atrasado. Os dejaré el cuaderno y lo estudiaréis... Ahora es imposible explicároslo.

Me avergoncé de mi ignorancia y, comprendiendo que tenía razón Zukhin, dejé ya de escuchar y me puse á observar á mis camaradas.

Todos ellos pertenecían evidentemente á la clase de los *non comme il faut*, y por esto despertaban en mí no tan sólo un profundo desprecio sino también una fuerte animosidad, debido á que no solamente no me consideraban su igual sino que hasta parecían concederme una especie de humillante protección.

No obstante, y á pesar de sus apariencias poco agradables, se adivinaba algo bueno en el fondo de esos hombres, y, envidiando el compañerismo que los unía, sentí como una especie de atracción y quise aproximarme á ellos, aunque lo hallé empresa difícil. Conocía ya á Operov, y también Zukhin me gustó mucho. Era éste pequeño y moreno, fuerte, de rostro muy inteligente y de carácter vivo. Parecía preocuparse poco de sí mismo, cosa que me gustaba mucho en los hombres, pero se comprendía que su espíritu no estaba nunca inactivo.

Al terminar la lectura, bebimos todos un poco de aguardiente, como para sellar nuestro compañerismo, y se vació la botella. Entonces pidió Zukhin veinticinco kopeks para mandar traer más aguardiente; yo ofrecí mi dinero, pero Zukhin, como si no me hubiese oído, aceptó los cuartos de Operov, quien le dijo:

—Ten cuidado, no te emborraches.

—No tengas miedo,—le contestó Zukhin, chupando el hueso que había encima de la mesa; recuerdo que entonces pensé que si Zukhin era tan inteligente lo debía, sin duda, á que estaría siempre chupando el meollo de los huesos; y sonriendo con su sonrisa especial, que despertaba un modo de agradecimiento, repitió Zukhin:

—No tengas miedo... Y aunque beba no ha de sucederme nada malo; otros caerán antes que yo. Mira á Semenov, lleva ahora una vida que no sé cómo va á acabar...

En efecto, de Semenov se trataba, el de los cabellos grises y que recibido con el número *dos* en los anteriores exámenes, había asistido con regularidad á las clases hasta mediados de curso, para no vérselo ya más por la Universidad.

—Qué ha sido de él?—preguntó no sé quien.

—Le he perdido de vista—prosiguió Zukhin—la última vez echamos abajo él y yo la taberna de Lisboa; fué una cosa muy divertida. Después le pasó no sé qué... Vaya una cabeza! Es un espíritu fuerte aquel hombre! Qué alma! Lástima que se pierda así. Y se perderá, no hay duda, pues ya no es un niño para seguir en la Universidad con tales ímpetus.

Después de hablar un poco nos separamos, quedando para el día siguiente también en casa de Zukhin, pues era la que estaba más próxima de todos nosotros. Al hallarnos en el patio me dió vergüenza que todos fuesen á pie y yo solamente en coche, por lo cual invité á Operov que me acompañase. Zukhin pidió prestado un rublo á Operov y se fué á pasar la noche entera no sé dónde... Operov, por el camino, me habló de Zukhin y de su extraordinario carácter y yo estuve vacilando entre dar ó no mi estimación á esos nuevos amigos, pues si por un lado me atraía su indudable saber, y su honradez y su amable franqueza, por otro lado me era repugnante su apariencia poco decorosa, y en aquellos tiempos me había de ser muy difícil intimar con ellos, pues nuestra respectiva concepción de la vida era muy distinta. Pero, sin duda, lo que constituía el mayor obstáculo para nuestra amistad eran las diversas manifestaciones de mi mejor posición, mi coche y mis caballos, mis trajes y mis camisas de tela de Holanda. Me parecía que con todo esto les humillaba, y yo mismo indignábame contra esta inmerecida humillación...

Durante dos semanas, casi, cada tarde fui á casa de Zukhin, aunque yo estudiaba y trabajaba muy poco; y hallándome muy atrasado y sin fuerzas para estudiar yo solo, lo que hacía era escuchar y fingir que iba entendiendo lo que se explicaba, pero en realidad lograba muy pocos avances. Creó que mis compañeros se habían hecho ya cargo de esto y no me dirigían jamás pregunta alguna, como si prescindieran de mí.



Cada día, olvidándome progresivamente del *comme il faut*, sentíame más fuertemente atraído por la vida y el modo de ser de mis nuevos camaradas y era más indulgente con ellos; de manera que la palabra que dí á Dmitri de que no iría á parte alguna con mis amigos, me salvó de la tentación de compartir sus distracciones más ó menos libertinas.

Un día quise alabarme de mis conocimientos en literatura francesa, y no fué poca mi sorpresa al notar que ellos sabían mucho más que yo, y que conocían también la literatura alemana y aún la española, aunque pronunciaban no muy correctamente los títulos de las obras que citaban. También pude observar que ni en música les llevaba ventaja alguna, pues quien más quien menos tocaba con relativa perfección algún instrumento y sabían apreciar la buena música, á pesar de lo cual no se mostraban nada envanecidos. Dónde estaba, pues, mi pretendida superioridad con respecto á ellos? En mi parentesco con el príncipe Ivan Ivanovitch? En mi correcta pronunciación del francés? En mi coche y mis caballos? En mis camisas de tela de Holanda? En mis uñas?—Pero no son solemnes tonterías todo eso?—Así pensaba yo muchas veces, tímidamente, bajo la influencia de la envidia que me daba el franco compañerismo de mis amigos y la profunda alegría de vivir que en todos ellos descubría.

Todos se tuteaban; la simplicidad de sus relaciones iba á veces hasta la grosería, pero una grosería nada más que exterior, pues ya tenían buen cuidado de no molestarse mutuamente, aunque he de confesar que algunas de las palabras que se decían me causaban un poquito de asco. En sus mutuas relaciones, sin embargo, eran atentos y delicados, como únicamente pueden serlo hombres jóvenes y pobres. Algo grande y magnífico adivinaba yo

en el carácter de Zukhin y aún presentía que sus tabernarias orgías debían ser cosa muy diferente de lo que había visto en la célebre fiesta celebrada en casa del barón.



Ignoro á qué clase de la sociedad pertenecía Zukhin; sé únicamente que era pobre y que no pertenecía á la nobleza. Tendría en aquel entonces dieciocho años, pero aparentaba tener muchos más. Tenía mucho talento y sobre todo una comprensión muy fácil. Se sabía inteligente y estaba orgulloso de ello, y merced quizás á este mismo orgullo se mostraba sencillo y bondadoso en sus relaciones con todo el mundo. Sin duda había sufrido mucho en la vida. Con su natural entusiasta é impresionable había llegado ya á sentir el amor, la amistad, los afectos todos y hasta los pesares que da la falta de dinero. Aunque colocado en una situación social inferior, no había cosa que no menospreciase ó hacia la cual no sintiese indiferencia, debido á su gran facilidad á hacer siempre lo que se proponía, entregándose con ardor á todo lo nuevo, que olvidaba después de alcanzado. Y asimismo se portaba como estudiante, no dando importancia alguna á lo que se enseñaba en la Universidad, á pesar de lo cual sabía llevarse con los profesores de manera que éstos le estimasen.

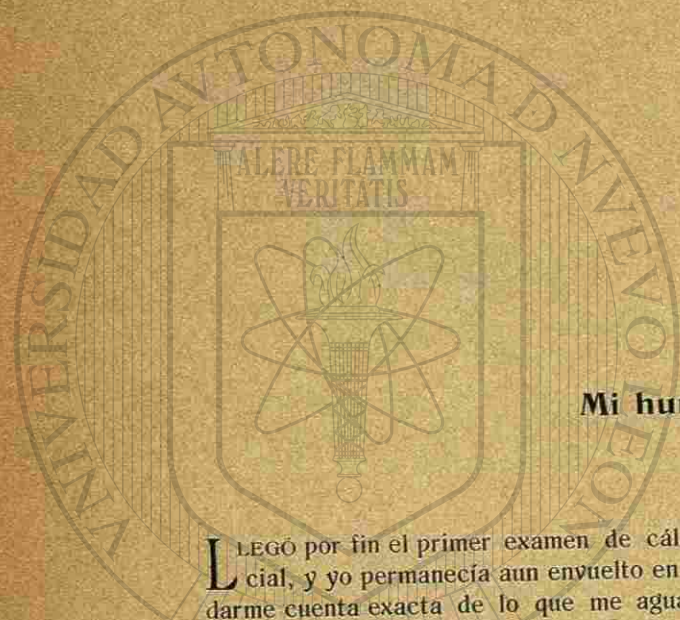
Pero como la vida de estudiante no absorbía más que una décima parte de su mentalidad, para ocupar su naturaleza ardiente y activa necesitaba «vivir» como él decía, y así es cómo se entregó con calor á la vida desordenada que llevaba. Zukhin y Semenov eran siempre los que organizaban y hacían los principales papeles en toda clase de estruendosas aventuras, en las cuales tomaba parte también Ikonin, aunque pronto se deshizo de su compañía por hallar excesivas esas diversiones. En la Universidad eran mirados los dos jefes de las partidas orgiásticas con cierto terror y unos á otros se contaban al oído sus más extraordinarias aventuras. Antes de los exámenes sucedió lo que había predicho Operov:

desapareció de pronto Zukhin sin que se supiese nada de él, viéndonos obligados á reunirnos en casa de otro estudiante... Pero llegó el primer día de exámenes y compareció en la Universidad el gran Zukhin, con los ojos hundidos, pálido el rostro, deshecho... é hizo unos exámenes brillantísimos, tan brillantes como los pudiese hacer el más aplicado y más inteligente de los escolares...

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



XLIV

Mi hundimiento moral

LEGÓ por fin el primer examen de cálculo integral y diferencial, y yo permanecía aun envuelto en una extraña bruma, sin darme cuenta exacta de lo que me aguardaba. Por la noche, al volver de casa de Zukhin, se me ocurría que algo había que cambiar en mis convicciones y que algo había también que marchaba como era debido. Pero por la mañana, al ver brillar en el cielo la luz del sol, volvía á ser *comme il faut*, estaba contento de mí y no pensaba ya en cambiar nada.

Con esta especial disposición de espíritu llegué al primer examen. Me senté alegre en el banco donde estaban también los príncipes, los condes, los barones, y me puse á hablar con ellos en francés, y, cosa rara, ni siquiera una vez pensé que dentro de poco tendría que contestar á preguntas cuya materia no conocía poco ni mucho. Con una sangre fría incomprensible, miraba á los que volvían de los exámenes y aun me permití burlarme de algunos de ellos.

—Hola Grapp,—dije á Ilinka cuando volvía al banco.—Habéis tenido mucho miedo?

—Ya veremos cómo vos contestaréis!—hizo el muchacho, que desde principios de curso se había indispuerto conmigo, contestando siempre secamente á mis preguntas.

Contesté con una sonrisa de desprecio á las palabras de Ilinka.

aunque la duda que expresara me aterrorizó un momento... Pero de nuevo la espesa bruma que me envolvía cubrió este pasajero horror, y continué distraído, indiferente, de manera que llegué hasta á convenir con el barón de Z... que en acabando los exámenes iríamos á comer á una fonda entonces muy conocida. Cuando me llamaron, junto también con Ikonin, me arreglé el uniforme y tranquilo avancé hasta la mesa de exámenes. Solamente cuando el joven profesor me miró en los ojos y yo toqué con la punta de los dedos la papeleta en que estaba escrita la pregunta á que había de contestar, un profundo escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Ikonin tomó su papeleta con un balanceo de todo el cuerpo, lo mismo que el año anterior y, bien que mal, oí que algo contestaba; en cuanto á mí, no sabiendo qué contestar á la primera pregunta que me tocó, tomé una segunda papeleta, ante la cual tampoco supe qué decir. El profesor entonces me miró con lástima y con voz baja, pero firme, dijo estas palabras:

—No podéis pasar al segundo año, señor Irteniev, y será mejor para vos no continuar los exámenes... Y vos tampoco, señor Ikonin.

Ikonin suplicó que se le dejase examinarse, que estudiaría; pero el profesor le contestó que no podría hacer en dos días lo que no había hecho en todo un año... Volvió Ikonin á suplicar humildemente, pero el profesor se negó de nuevo.

—Podéis retiraros, señores,—nos dijo con la misma voz baja y firme.

Solamente entonces me decidí á alejarme de la mesa; yo estaba avergonzado, pues con mi silencio parecía tomar parte en las humillantes súplicas de Ikonin. No recuerdo cómo atravesé la sala llena de estudiantes, ni lo que contesté á sus preguntas, ni cómo salí al vestíbulo, y menos aun cómo llegué á mi casa... Me sentía humillado, herido en lo más hondo de mi alma, verdaderamente infeliz.

Tres días estuve sin salir de mi cuarto, no quise ver á nadie, y, como en mi infancia, hallé en las lágrimas un gran consuelo. Pensé en matarme, creyendo que Ilinka Grapp me escupiría al rostro cuando me viese y que al hacerlo obraría perfectamente; que Operov se alegraría de mi desdicha y que la contaría á todo el mundo; que Kolpikov tuvo gran razón al burlarse de mí en casa de Ilinka; que mi estúpida conversación con la princesa de Kornakov no podía haber tenido otras consecuencias... Todos los penosos momentos de mi vida, en que hubiese sufrido mi amor propio, me venían á la imaginación uno después de otro, y quería poder acusar

á alguien de mi desgracia, y aun llegué á pensar que había sido el resultado de algún plan tramado contra mí. Me indigné contra los profesores, contra los camaradas,



contra Volodia y Dmitri, hasta contra papá que me había enviado á la Universidad. Me indigné también contra la Providencia, pues me dejaba sobrevivir á mi gran vergüenza. Finalmente, y comprendiendo que á los ojos de todo el mundo mi pérdida era ya definitiva, pedí á papá que me dejase entrar en los húsares ó que me dejase ir al Cáucaso. Papá estaba descontento de mí, pero al ver mi profundísimo dolor trató de consolarme diciendo que el daño no era irremediable, que se podía reparar entrando en una distinta facultad. Volodia, que tampoco veía en mi mal nada terrible, me dijo que en otra facultad no habría de avergonzarme delante de mis nuevos compañeros.

Las mujeres de casa no comprendían ó no querían comprender lo que eran unos exámenes, ni lo que había de humillante en tener que pasar á otra facultad, y me compadecían únicamente porque veían mi gran dolor.

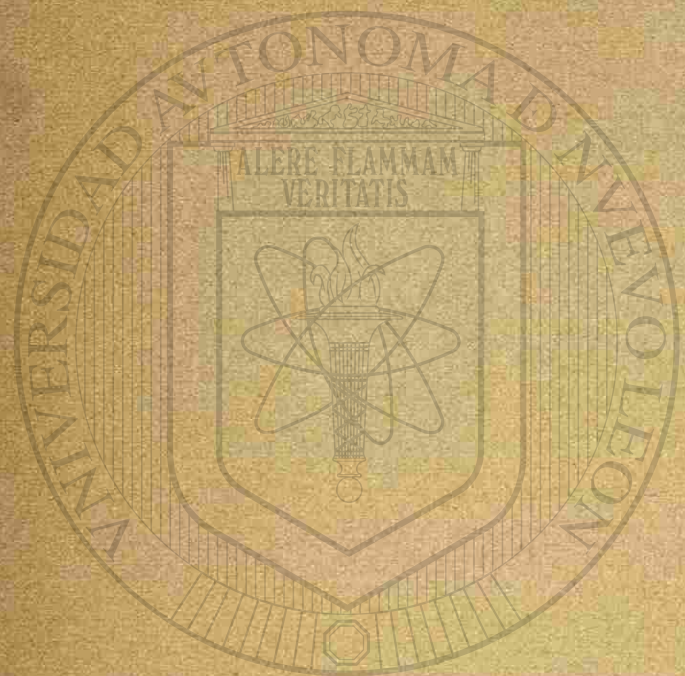
Dmitri vino á casa todos los días, mostrándose conmigo muy dulce y muy tierno, pero tal vez á causa de esto mismo me pareció excesivamente frío. Me sentía cohibido y con profundo malestar cada vez que subía á verme y se sentaba á mi lado, con aquella expresión del buen doctor que se sienta á la cabecera de un enfermo muy grave. Sofia Ivanovna y Varenka me enviaban por su mediación libros que había manifestado deseos de tener, mandándome también decir que fuese á su casa. Pero precisamente en todas esas benévolas atenciones yo no veía sino aquella especie de humillante indulgencia con que se quiere consolar á los hombres que han caído muy bajo. Al cabo de algunos días me fui calmando y volvió poco á poco la tranquilidad á mi espíritu, pero no salí de casa, siempre absorbido en mi dolor, hasta que llegó el día de marchar al campo.

Y yo pensaba, pensaba... y una vez, ya muy tarde de la noche,

recuerdo que me estaba solo en el salón escuchando el vals de Audofia Vasilievna, cuando de pronto me puse en pie de un brinco, subí corriendo á mi cuarto, busqué el cuaderno en el cual había escrito *Reglas de vida*, lo abrí, contemplé sus páginas en blanco, y un momento me sentí profundamente arrepentido, con fuertes impulsos de enmienda moral. Entonces lloré, lloré copiosamente, pero ya no eran mis lágrimas, lágrimas de desesperación. Sosegado, tomé otra vez la resolución de escribir para mí mismo unas verdaderas reglas de vida, convencido firmemente de que no podría nunca hacer nada malo no estando ocioso y observando siempre y en todos los momentos de la vida mis nuevas reglas.

Este impulso de mejoramiento moral duró mucho tiempo? En qué consistía en el fondo de todo? Cuáles fueron las nuevas bases que dí á mi desenvolvimiento anímico?

He aquí lo que tal vez cuente algún día, si llego á escribir la historia de mi segunda juventud, mucho más feliz que la primera.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

ÍNDICE

	Págs.
ADVERTENCIA PRELIMINAR.	5
LEÓN TOLSTOI.	7

INFANCIA

I.—El preceptor Karl Ivanovitch.	15
II.—Mi madre.	20
III.—Mi padre.	25
IV.—La clase.	28
V.—El inocente.	32
VI.—Preparativos de caza.	37
VII.—La cacería.	40
VIII.—Los juegos.	45
IX.—Algo así como el primer amor.	48
X.—Qué clase de hombre era mi padre.	50
XI.—Lo que se hacía en el gabinete y en el salón.	55
XII.—Gricha.	57
XIII.—Natalia Savichna.	61
XIV.—Separación.	66
XV.—La infancia.	72
XVI.—Los versos.	76
XVII.—La princesa Kornakhova.	85
XVIII.—El príncipe Ivan Ivanovitch.	88
XIX.—Los Ivine.	93
XX.—La llegada de los invitados.	101
XXI.—Antes de la mazurka.	106
XXII.—La mazurka.	111
XXIII.—Después de la mazurka.	114
XXIV.—En la cama.	119
XXV.—La carta.	122
XXVI.—Lo que nos aguardaba en el campo.	128
XXVII.—Nuestro gran dolor.	132
XXVIII.—Últimos tristes recuerdos.	138

ADOLESCENCIA

	Págs.
I. — Nuestro viaje.	151
II. — La tempestad.	159
III. — Nuevo punto de vista.	165
IV. — En Moscova.	170
V. — El hermano mayor.	172
VI. — Macha.	176
VII. — Los terribles perdigones.	179
VIII. — Historia de Karl Ivanovitch.	185
IX. — Continúa la historia de Karl Ivanovitch.	187
X. — Acaba la historia de Karl Ivanovitch.	192
XI. — El primer «Uno».	195
XII. — La llavecita.	201
XIII. — La traidora Sonitchka.	204
XIV. — Mi gran extravío.	207
XV. — Mis ensueños.	211
XVI. — Después del dolor viene el placer.	216
XVII. — Mi rencor.	221
XVIII. — El cuarto de las criadas.	224
XIX. — Mis ideas de adolescente.	229
XX. — Mi hermano Volodia.	235
XXI. — Katenka y Lubotchka.	237
XXII. — Mi papá.	240
XXIII. — Nuestra abuela.	244
XXIV. — Mi personalidad.	247
XXV. — Los amigos de Volodia.	249
XXVI. — Los grandes razonamientos.	252
XXVII. — El comienzo de la amistad.	258

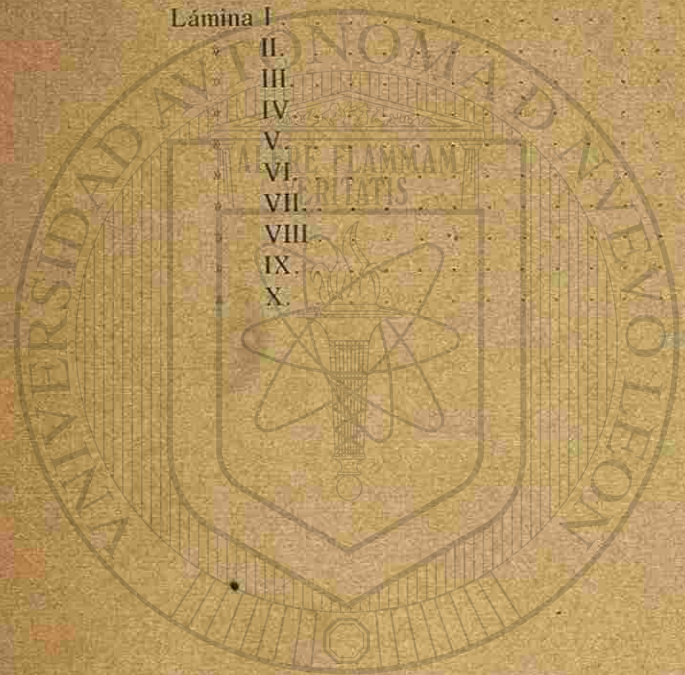
JUVENTUD

I. — Dónde está el principio de la juventud.	265
II. — La primavera.	267
III. — Más sueños.	271
IV. — Nuestra vida de familia.	275
V. — Las reglas de vida.	280
VI. — La confesión.	282
VII. — La ida al convento.	285
VIII. — Mi segunda confesión.	289
IX. — Cómo me preparo para los exámenes.	292

	Págs.
X. — El examen de historia.	296
XI. — El examen de matemáticas.	301
XII. — El examen de latín.	305
XIII. — Ya soy grande.	309
XIV. — En qué se ocupaban Volodia y Dubkov.	315
XV. — Se me felicita.	319
XVI. — La disputa.	325
XVII. — Me preparo para mis visitas.	328
XVIII. — Mi primera visita.	332
XIX. — Mi segunda visita.	338
XX. — Mi tercera visita.	342
XXI. — Mi cuarta visita.	346
XXII. — Conversación íntima con mi amigo.	349
XXIII. — Los Nekhludov.	355
XXIV. — Del amor.	360
XXV. — Mis conocimientos se ensanchan.	365
XXVI. — Mi aspecto más favorable.	370
XXVII. — Mi amigo Dmitri.	375
XXVIII. — La llegada a mi casa.	380
XXIX. — Nuestras relaciones con Katenka y Lubotchka.	385
XXX. — Mis ocupaciones.	390
XXXI. — «Comme il faut».	394
XXXII. — En plena juventud.	398
XXXIII. — Nuestros vecinos.	405
XXXIV. — El casamiento de mi padre.	410
XXXV. — Cómo recibimos la noticia.	414
XXXVI. — Otra vez en la Universidad.	419
XXXVII. — Los negocios del corazón.	424
XXXVIII. — En el gran mundo.	427
XXXIX. — La gran orgía.	431
XL. — Mi amistad con los Nekhludov.	436
XLI. — Mi amistad con Dmitri.	440
XLII. — Mi madrastra.	445
XLIII. — Mis nuevos camaradas.	450
XLIV. — Mi hundimiento moral.	456

COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

Lámina I	Pags.	4
II		48
III		58
IV		132
V		160
VI		214
VII		284
VIII		320
IX		372
X		418



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

